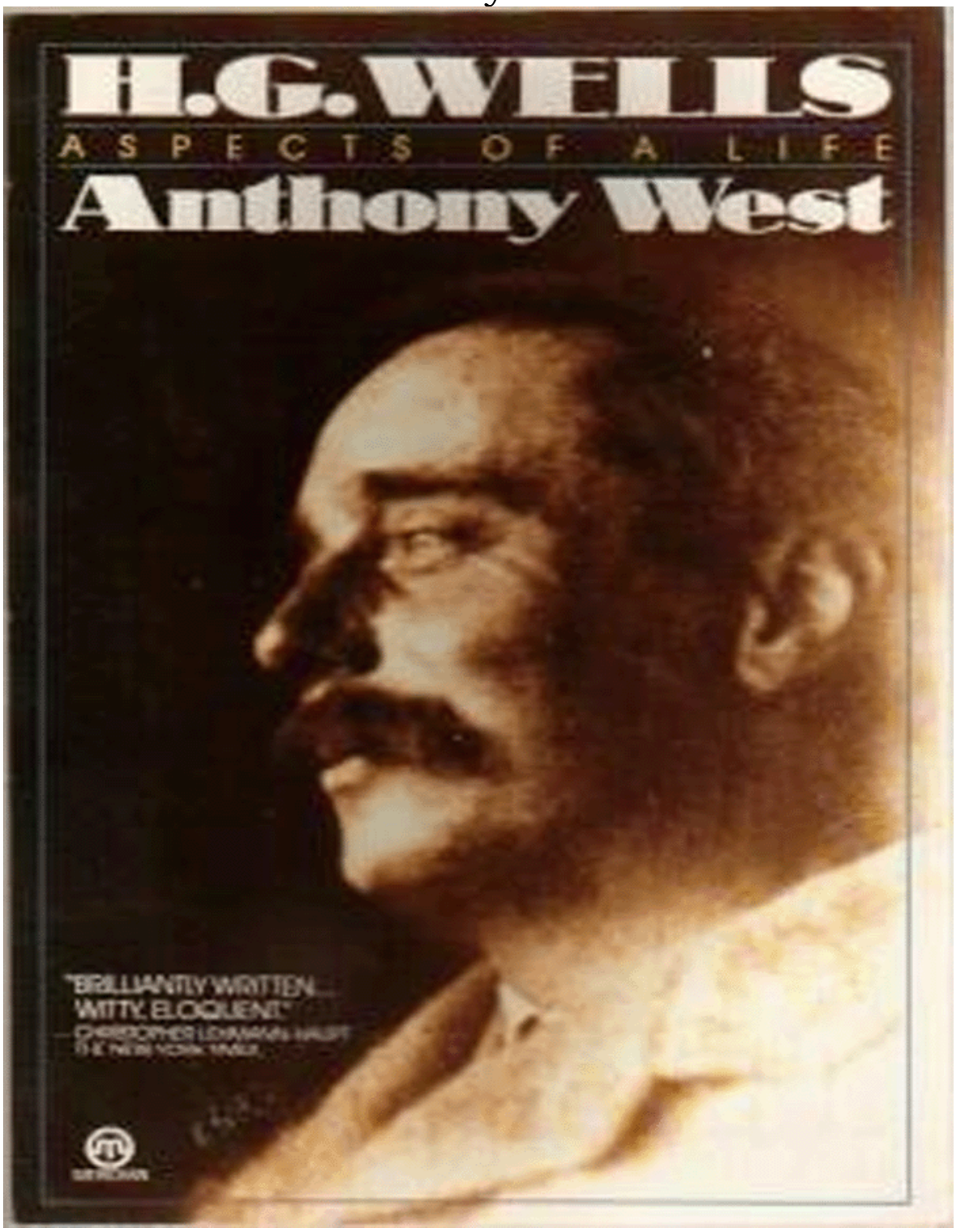
H. G. Wells, aspectos de una vida
Anthony West



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

AGRADECIMIENTOS

He contraído una profunda deuda con G. P. Wells y con Amber Blanco White por la información que me proporcionaron sobre mi padre, valiosísima y fundamental de cara a la interpretación de su carácter y su conducta que se ofrece en este libro. Frank Wells, E. S. P. Haynes, Odette Keun y Moura Budberg también me proporcionaron, los cuatro antes de morir, importantes ayudas, sólo que algo menos vitales para mi comprensión de su persona. Mi madre, Rebecca West, así como Dorothy Richardson y Edward Pease, antiguo secretario de la Sociedad Fabiana, me ayudaron mucho, pero de manera harto diferente. Mary Ceibert, de la Sala de Libros Raros de la Biblioteca de la Universidad de Illinois, en Champaign-Urbana, fue en todo momento un dechado de cortesía y de eficacia al dar cumplida cuenta de cuantos favores le solicité para dar con el mejor camino que me llevase al Archivo Wells.

Fisher's Island, 1983 *A.P.W.*

Capítulo I

«... se ocultaba entonces bajo una animada superficie de actividades diversas con las que Mr. Direck se había familiarizado; de la última de ellas había surgido todo un sistema de aflicciones difícil de abarcar, la octava de estas aventuras digresivas...»

Mr. Bulling Sees It Through

Mientras estaba a punto de venir yo a este mundo, durante los primeros minutos del 5 de agosto de 1914, mi padre no estaba en disposición de proporcionar a mi madre su consuelo y su respaldo. Hallábase en otra parte, su atención concentrada por entero en otro asunto. En esos precisos minutos, un jovencísimo Harold Nicolson atravesaba a paso firme St. James's Park, en Londres. Iba de camino desde el Ministerio de Asuntos Exteriores a la Embajada de Alemania, sita entonces en Garitón House Terrace, y llevaba consigo los pasaportes del embajador y del personal de la embajada. El plazo del ultimátum que había dado el Gobierno británico al Gobierno alemán había expirado a medianoche, momento desde el cual ambos países habían entrado en guerra. Mi padre, H. G. Wells, se dedicaba a dar las últimas pinceladas a

un artículo en el que comentaba el significado de esta catástrofe, un artículo que habría de ser el primero de una serie de doce que ya había colocado al Daily Chronicle en Inglaterra y que confiaba vender también a un sindicato de prensa norteamericano.

A mi padre no le había cogido por sorpresa la ruptura de las hostilidades. Era una de tantas otras personas que habían visto venir la guerra desde varios años antes, y a medida que notó que se extendía el conflicto por los Balcanes, a medida que iban implicándose las grandes potencias, ya desde finales de junio, fue dedicándole cada vez más atención. No pensaba que fuese posible evitar la guerra, y de ninguna manera quería creer que la guerra resultase a la larga un acontecimiento fútil. Confiaba en que sirviera para algo más que para enseñar a los alemanes que ninguna agresión sale a cuenta, y también en que su costo probable y los indudables horrores que traería consigo pusieran fin a la época de la competencia nacionalista. Lo que deseaba ver terminado, destruido de una vez por todas, no era sólo la Alemania de los Junkers y del expansionismo de Bismarck; ansiaba ver arrasado de todo el escenario europeo la. totalidad del antiguo sistema monárquico y militarista. No es que fuese una persona de estrechas miras anti-germanas, sino que detestaba en pleno a la casta de los empenachados, los engualdrapados, los acorazados, los príncipes y grandes duques, los archiduques de casco y corona que representaban en el fondo todas las divisiones de Europa, y confiaba en que la guerra trajera a la postre el fin de todos ellos.

Mientras mi padre trabajaba en su artículo, en la tranquilidad de una noche de verano, mentalmente se adelantaba en lo posible a la hora que estaba viviendo. Cuando hubiese terminado la guerra, se presentaría la oportunidad de crear un nuevo orden en Europa. Vencedores y vencidos tendrían que reunirse y fundar una Liga de Naciones. Una de las funciones primordiales de esta institución habría de ser la de constituir un foro en el cual pudiera desarrollarse una diplomacia abierta; sería algo equivalente a un parlamento internacional. Otra de sus funciones habría de ser la organización de una fuerza internacional, encargada de mantener la paz. Si un cuerpo de tales características pudiera disfrutar de una existencia activa y permanente, tal vez las guerras de agresión pasaran a ser reliquia del pasado. Cualquier ataque contra cualquier nación equivaldría a un asalto contra la totalidad de la comunidad internacional; así, la agresión sería a ciencia cierta caballo perdedor. Si los hombres se pusieran a trabajar con todo su empeño cuando hubiese terminado la guerra, tal vez nunca más volviese a darse ninguna guerra entre dos naciones.

Mi padre intuyó que se le había ocurrido el título perfecto para el artículo que acababa de concluir. Lo anotó y se dio cuenta de que le complacía: «The War That Will End War» («La guerra que pondrá fin a la guerra.») Apagó las luces de su estudio y subió a la primera planta, dispuesto a acostarse. Estaba alojado en Easton Glebe, la espaciosa y placentera vieja rectoría de una minúscula aldea próxima a Great Dummow, en el condado de Essex, al nordeste de Londres, lugar en el que

había residido con su esposa Jane y sus dos hijos desde 1912. Mi madre en cambio se encontraba a un centenar de millas de distancia, al otro extremo de East Anglia, en unos atildados aposentos, en Hunstanton, condado de Norfolk. La acompañaban una hermana suya y una amiga. No estaba casada, y empezaba a darse cuenta de su difícil situación.

Mi madre tenía diecinueve años, y cuando conoció a mi padre, en 1912, era veintiséis años más joven que él. Había querido ser actriz, y durante aquella época adoptó diversos seudónimos, desde Cicily Fairfield hasta Rebecca West. Este seudónimo fue un acto de homenaje a Henrik Ibsen, cuya obra Rosmersholm le había afectado profundamente. Era una joven provinciana, de origen mixto, escocés y nordirlandés, que se había criado en Edimburgo. Cuando conoció a mi padre, llevaba casi cuatro años viviendo en la zona de Hampstead Garden, en Londres, con su madre y sus dos hermanas. Había cursado estudios en la Royal Academy of Dramatic Arts durante un par de años, y había viajado algo, pero estaba a punto de descartar sus ambiciones teatrales y sacrificarlas en aras de sus ambiciones literarias, por cierto muy considerables. Una fotografía realizada poco después que mi padre irrumpiese en su vida la muestra en actitud desafiante junto a un busto de Dante Alighieri. La fotografía da a entender que ella deseaba que se hiciese la hipotética comparación, al tiempo que proclama ante el mundillo literario de la época que pronto habrá que tener en cuenta a una nueva figura de primerísima fila.

Mi madre hizo sus primeros pinitos de escritora redactando recensiones para un semanario feminista radical llamado The Freewoman; la directora del mismo, algo más esnob de lo debido, consideraba el derecho al voto una simple cuestión de segundo orden. En esta publicación de corte marginal publicó una recensión que era en realidad un vapuleo en toda regla de aquella novela de mi padre titulada Marriage[1] (Matrimonio), en la cual arremetía contra las ideas del autor respecto a las mujeres. Fue un artículo sin duda vivaz, que despertó la curiosidad de mi padre e hizo gracia a Jane Wells, a resultas de lo cual la invitaron a pasar un fin de semana con ellos, en su casa de Easton Glebe.

Lo que ocurrió con exactitud tras aquella visita es algo que no tengo ni mucho menos claro, aunque sí es evidente que mi madre tomó la iniciativa. Los originales de las cartas que escribió a mi padre antes de que propiamente diese comienzo su aventura no han sobrevivido, pero las copias que con notorio pundonor ella hizo y conservó celosamente no dejan lugar a ninguna duda. Aunque el tono de aquellas cartas recuerde el de una novela rusa del siglo pasado que hubiese sido tamizada por la mentalidad de un Woody Allen, no conviene pasarlas por alto a la ligera. Dejan patente su intención de involucrarse sentimentalmente, y a ser posible de manera monumental, con mi padre. Ella le apremió entonces a emprender los dos juntos un *grand amour*, una de esas historias que constituyen la sustancia de las biografías románticas de los grandes personajes.

[1] Recensión, Rebecca West. The Freevoman. 19 de septiembre de 1912

Las contestaciones de mi padre a aquellas cartas -al principio una simple maniobra de retroceso, y luego, con un candor cuya única intención solamente pudo haber sido disuasoria, una afirmación tajante de hasta qué punto, por cierto que muy limitado, estaba dispuesto a mostrarse accesible no dan pie a concebir la menor duda acerca de su postura[2]. Si no quedase más remedio que tener una aventura con ella, por fuerza tendría que tratarse de algo que de ninguna manera pudiera tomarse demasiado en serio; al contrario, tenía que prevalecer un tono de ligereza: ella tenía que recordar en todo momento que se trataba única y exclusivamente de que dos personas habían descubierto una mutua atracción física y se habían emparejado única y exclusivamente porque sí. Además, aquella aventura no debía durar. Mi padre fue explícito en este particular. Cuando por fin le escribió para comunicarle, casi con estas mismas palabras, que «muy bien, sea. Si insistes... », lo dijo a las claras: ella debía comprender que el horizonte que él adjudicaba a su historia, la localización de su punto de fuga conceptual, nunca iría más allá de su próximo cambio de humor. Tenía que ser algo ante todo entretenido; de otro modo ninguna relación sería posible. Él haría cuanto estuviese en su mano para no causarle ningún daño, pero ella tenía que tener en mente que tan pronto a él le resultara su aventura aburrida o tediosa, la abandonaría sin pensárselo dos veces. Y ahí se habría acabado todo.

Cuando mi padre propuso mantener su relación en estos términos tan tentadoramente acomodaticios, no tenía ni la más remota idea de que mi madre era una de las personas mejor dotadas de su generación, ni sabía tampoco que a su debido tiempo se la iba a respetar por ser una mujer pertrechada con una inteligencia casi pareja a la suya, e incluso de un ingenio más vivaracho y más penetrante. Todas estas cosas, para él, todavía no fueron de ninguna manera discernibles. En aquella época, ella estaba profundamente envuelta en una crisis postadolescente de una gravedad poco común, y se mostraba encerrada en sí misma hasta extremos insospechados. Cuando se conocieron, cuando empezaron a ser amantes, ella no le sorprendió por ser la brillante y entretenida conversadora, la maravillosa compañera en que iba a convertirse a la larga. Sus encuentros estuvieron sembrados, evidentemente, de una inequívoca y mutua torpeza. Ella había aparecido revestida del papel de la mujer completamente liberada, y al interpretar su papel se había excedido un tanto. A mi padre le había parecido una joven afectada, tontuela, pretenciosa. Él consumó la ruptura[3] por carta, y quiso poner fin a toda correspondencia mutua con una gélida reprensión tan pronto ella emitió una sola protesta. Ella gozaba de las simpatías de él, pero hasta que se mostrase de acuerdo en tomarse la relación muy a la ligera era obligatorio el adiós.

[2] Carta de H. G. W. a Rebecca West, febrero de 1913.

[3] Carta de H. G. W. a R. W., junio de 1913

No se volvieron a ver hasta que ella hizo otra crítica de una de sus novelas. Esta vez le tocó en suerte The Passionate Friends (Amigos apasionados). En su crítica, ella dejó caer de pasada la observación de que, efectivamente, podían darse determinadas circunstancias en las cuales fuese lícito tomarse el sexo a la ligera y «no dedicar mayor consideración a dos amantes que se separan que la que se dedica al hecho de que la primavera abandone esta tierra a comienzos del mes de junio». Esta observación a él le hizo pensar que ella era entonces más proclive a una llana aceptación de las reglas elementales que él había establecido para gobernar sus aventuras amorosas; al menos, lo estaba más de lo que él había creído, con lo cual decidió que, si ella sentía aún aquella inclinación, estaba dispuesto a darle una segunda oportunidad.

Hay algo un tanto ominoso en el hecho de que fuese la crítica que ella escribiera sobre esta novela en concreto la que sirvió para revivir en él su interés por ella. Al margen de lo que pueda suponer dentro de la literatura, se trata de un libro cuando menos obsesionante para quien conozca ciertos detalles de la vida de mi padre. Cuando lo escribió, se esforzaba por quitarse de encima una pena muy honda. Había amado a Amber Reeves[4], la joven que le dio una hija el último día de 1909, con toda la plenitud de que era capaz de amar, y fue el dolor de su pérdida lo que le proporcionó la sustancia de su novela.

Amber Reeves había encarnado el ideal de mi padre respecto de lo que debiera ser una mujer liberada. Sus amables y bienintencionados padres habían defendido concepciones muy avanzadas en este sentido. La habían educado en el convencimiento de que debía consultar con su conciencia antes que con su conocimiento de las convenciones siempre que tuviese que escoger entre una modalidad de conducta y otra. Ella se había educado con una mentalidad despierta, extravertida, generosa, valerosa, tal como habían confiado sus padres. Pero era también bastante terca, exactamente igual que lo había sido su madre y, tal y como suele ser el caso de muchas jóvenes inteligentes, a medida que fue creciendo sintió mayor interés por sus mayores que por la compañía de los miembros de su propia generación. Primero conoció a mi padre porque era amigo de los suyos, y se hizo amiga de él sin haber cumplido aún los veinte años. Fue conociéndole mejor cuando empezó sus estudios en Cambridge, cuando ya empezaba a considerarse una mujer. Al descubrir que le quería, al tener la certeza de que él sentía idéntica atracción por ella, consultó con su conciencia, la cual le indicó que no tenía ninguna importancia el que ella acabase de cumplir veinte años y él tuviese casi cuarenta, aparte de creer que no había nada malo en el hecho de ser su amante. Ella consideraba el deseo físico como algo saludable y natural, y no vio que existiera ninguna razón para rehuirlo tan pronto lo empezó a experimentar. Le encantaba la compañía de mi padre, en quien descubrió un amante adorable. No sintió malestar ni temor cuando le resultó evidente, al cabo de un tiempo de ser amantes, que estaba embarazada.

[4] Comunicación oral: A. R. al autor

Fue, una vez más, consecuencia de su educación. Desde su más tierna infancia había oído a su madre y a las amigas de su madre hablar de la nueva mujer y de los derechos de la nueva mujer a vivir su vida como le viniese en gana. Sintió que, tanto si tenía en cuenta las convenciones al uso como si no, debería disponer de la libertad necesaria para ser una madre soltera si ése fuera su deseo. Cuando sus padres tuvieron noticia de su estado y supieron cuáles eran sus intenciones se quedaron abrumados. Nunca se habían propuesto que su hija confundiera los principios con la práctica, nunca habían soñado siquiera que su hija iba en realidad a hacer lo que ellos a lo sumo sólo habían deseado que se sintiera libre de hacer. Ella hizo al pie de la letra una lectura literal de los que eran a su parecer principios esenciales de dicha libertad. Con el corazón hecho trizas, perplejos, sus padres montaron en cólera contra mi padre por lo que, en su opinión, no había sido más que una cínica maniobra para aprovecharse de la ingenuidad de su hija. Ella escapó a Francia con él, para distanciarse de aquella fea disputa y de la presión subsiguiente, y para dar a sus padres tiempo suficiente para que se recuperasen del revés sufrido.

Mi padre instaló a Amber Reeves en una desgarbada villa, apta si acaso para pasar unas vacaciones, en Le Touquet. Al vivir con él y entre desconocidos, en el extranjero, ella hizo unos cuantos descubrimientos acerca de él y acerca de sí misma. Nunca se había parado a pensar ni un minuto en el arte de gobernar una casa, y no tenía ningún deseo de aprenderlo. Él no pudo soportar la indiferencia casi sacrílega de que ella hacía gala en lo tocante a las comodidades más elementales. Y no tardó en viajar de un lado a otro del Canal a toda velocidad, ausentándose a veces durante varios días, para refugiarse de la superficialidad de Amber Reeves con Jane Wells, quien tan maravillosamente sabía cuidar siempre de él, aparte de administrar sus asuntos literarios y financieros con auténtica eficacia. Amber Reeves terminó por comprender aquellas ausencias en profundidad y en toda su amplitud una noche en que se pasó varias horas tendida al pie de la empinada escalera de la villa. Mi padre se hallaba en Inglaterra, con Jane, y ella se había quedado sola. Había tenido la mala suerte de caerse por la escalera cuando iba al cuarto de baño, en plena oscuridad. Cuando hizo un esfuerzo por levantarse, un intenso dolor de espalda le indicó la conveniencia de quedarse donde estaba. Y allí se quedó, preguntándose cuál sería el alcance de su lesión, preguntándose si el bebé no habría sufrido las consecuencias, hasta que por la mañana llegó la mujer de la limpieza. A medida que fueron pasando las horas, terminó por darse cuenta de que conocía a Jane Wells casi tan bien como conocía a mi padre, y de que en realidad entendía aquella relación mucho mejor de lo que hasta la fecha había estado dispuesta a reconocer. Formaban una pareja ideal y equilibrada: así como Jane Wells era una mujer que, por la razón que fuese, necesitaba un marido cuya infidelidad para con ella, con una mujer tras otra, pudiese dar por sentada, también era él un hombre que necesitaba tener a una mujer en el centro de su vida, una mujer capaz de perdonar sus interminables infidelidades y de procurarle apoyo afectivo en esas etapas que separaban una ausencia de otra, en los interludios entre una persecución y la siguiente. Amber no

tenía ni la más remota intención de desbaratar los planes de Jane Wells; no tenía ningunas ganas de participar en su juego, y menos aún de echarlo a perder. Y en su soledad se había dado cuenta como nunca hasta entonces de cuan profundamente convencionales, cuan ajenos a la aventura eran en realidad sus padres, por mucho hincapié que hiciesen en sus concepciones liberales y avanzadas; se dio cuenta del espantoso quebradero de cabeza que les había causado, y de lo mucho que, pese a todo, le complacían. No tenía ningunas ganas de pisotear sus sentimientos.

Cuando mi padre volvió a Le Touquet estaba de un pésimo humor. Le cansaba cruzar a la carrera el Canal, ir y venir a todas horas. Y se lo dijo a Amber. Ella contestó que, efectivamente, todo aquello iba poniéndose cada vez más imposible. Él le preguntó, en ese caso, cuáles eran sus deseos. Ella le dijo que no tenía ni idea. No alcanzaba a ver de qué forma podría continuar junto a él, ni mucho menos cómo podría dejarlo. Él le soltó a botepronto que se estaba portando de forma pueril y muy poco realista. Discutieron largo y tendido la cuestión hasta haber armado sin darse cuenta una auténtica trifulca. Con furia glacial, él le dijo que si no era capaz de sacar adelante aquello en !o que se había embarcado, era preferible que saliera por la puerta falsa y que se casara con el joven Rivers Blanco White, quien en ningún momento había dejado de solicitar sus favores. A ella le dejó pasmada esta sugerencia. ¿Estaba pidiéndole mi padre que se casara con un hombre por el cual no sentía nada en particular, simplemente para que los dos sortearan una dificultad social de cierta envergadura? ¡Acto seguido le recomendaría que se prostituyera! Él se dejó llevar por un estallido de cólera. La llamó imbécil; la tachó de imbécil de cabo a rabo. Ella no entendió ni palabra.

Mi padre regresó a Inglaterra aquel mismo día, dejando a su elección seguirle o no: eso no era asunto suyo. Y ella, por su parte, no disponía de muchas opciones. Por el momento, no se le ocurría ninguna otra cosa que hacer. Ni siquiera tenía la seguridad de que pudiera contar con Blanco White. Era un joven abogado, poco mayor que ella misma. No hacía todavía mucho tiempo que le pidió que se casara con él, y se había portado como todo un caballero cuando ella rechazó su petición. Él le dijo que todo lo que sentía por ella no iba a cambiar, y que si en algún momento se encontraba en un aprieto no dudase en acudir en su busca, porque estaba dispuesto a hacer por ella cualquier cosa. Claro que todo eso, evidentemente, era lo que se decía en tales ocasiones. ¿Habría alguien que, llegado el caso, fuese de veras tan noble?

En el paquebote en que cruzó el Canal no dejó de pasear de un lado a otro, preguntándose qué debería decirle a Blanco White si, en efecto, estuviese en Newhaven. Lo primero que debería decirle, antes que nada y por honor, era que seguía sin amarle; lo segundo, que esperaba un niño de otro hombre; en tercer lugar, que quería por todos los medios tener ese niño. Sus dudas la abrumaban. Se le ocurrió que algo tendría que haber, algo que pudiese decirle al pobre Rivers, algo que de una u otra forma pudiese hacer y que no lo arrastrase a su desastre personal...

Un joven camarero que había estado observando sus agitados movimientos durante un buen rato, leyó en su rostro lo que estaba pensando y se anticipó a su acción agarrándola de la muñeca y llevándosela a rastras hasta encerrarla en un camarote vacío. Regresó momentos después con la gran panacea universal de los ingleses, una taza de té bien caliente. Mientras ella tomaba el té el camarero hizo alguna observación, por lo demás completamente trivial, acerca de que nada, sin importar qué, podría resultar tan negativo ni tan desastroso como ella pensaba, y esa observación a ella le dio de lleno y le devolvió la confianza. A la postre, las cosas no fueron nada mal. Rivers Blanco White la estaba esperando en Newhaven, tras la barrera del puesto de aduanas, y demostró estar a la altura de su palabra. Hizo de Amber Reeves su esposa a finales de julio, de forma que pudo afrontar los últimos cinco meses de su embarazo con la seguridad de ser ya una mujer desposada.

Los padres de Amber Reeves se quedaron encantados. Creyeron que por fin su hija había recuperado la cordura y que había roto relaciones con mi padre. Se sintieron ultrajados al enterarse de que mi padre corría con el pago del alquiler de la atractiva casa de campo de Woldingham, Surrey, en la que se había instalado la pareja, aparte de que mi padre pasaba allí buena parte de su tiempo con conocimiento y aquiescencia del yerno. Al padre de Amber Reeves este descubrimiento le resultó particularmente difícil de tragar. Se persuadió de que se había urdido una elaborada trama con objeto de engañarle, y se encolerizó con su hija y con mi padre mucho más que hasta la fecha. Le dio por hablar de ellos tildándolos de »Wells y su concubina» y, con una actitud mental compleja a más no poder, aparte de rastrera, se puso a contar a todo aquel que quisiera escucharle todo cuanto sabía e imaginaba de sus desvergonzadas y abominables prácticas.

La furia de William Pember Reeves[5] fue la de un hombre que se siente traicionado por uno de sus mejores amigos. En calidad de miembros de la Sociedad Fabiana, él y su esposa habían llegado a ser buenos amigos de Jane Wells y de mi padre en la época en que éste intentó hacerse con las riendas de dicha sociedad, para lo cual tendría que arrebatar el control a sus dirigentes fundadores. Mi padre había intentado organizar y encabezar una revuelta de los miembros más jóvenes de esta asociación de inspiración socialista, en contra de la tertulia de los mayores, hombres y mujeres por igual, que dominaban el comité ejecutivo. A lo largo de mi relato tendré tiempo de tratar este episodio; baste decir por el momento que a los miembros de la vieja guardia no les hizo ninguna gracia que se retase de tal forma su dominio sobre aquel juguete, aparte de sentirse desconcertados por el estrecho margen con que habían salido victoriosos. Se mantuvieron en el poder pero ciertamente amargados; aunque a raíz de la derrota mi padre firmó su dimisión, fue perseguido por toda suerte de malicias, pues a su marcha dejó un considerable legado de oposición interna y activa contra su

[5] Comunicaciones orales: H. G. W., E. S. P. H. y otros.

persona. Los dos dirigentes de la vieja guardia, Beatrice y Sidney Webb, lo detestaban desde entonces con encendido fervor.

Sidney Webb aborrecía[6] a mi padre por dos razones: envidiaba su habilidad en apelar a las emociones de otras personas, habilidad de la que él carecía, y se sentía amenazado por la mezcolanza de sentimientos encontrados que mi padre había despertado en su esposa. Mi padre desagradaba a Beatrice Webb por la segunda de estas razones. No era una mujer a la que le gustase verse disturbada por emociones que no era capaz de dominar ni de explicar. Las tensiones existentes entre los Webb y mi padre se complicaron más aún por lo mucho que tenía éste en común con Sidney Webb. Ambos eran de apariencia poco o nada distinguida, y ninguno de los dos era fuerte. El único punto esencial en el que la diferencia era notable estribaba en que mientras Sidney Webb era un hombre virtualmente asexuado, tan desafecto como poco atractivo para la mayoría de las mujeres, mi padre era precisamente todo lo contrario. Y en este punto Beatrice Webb era más de la línea de mi padre que de la de su esposo, pero por más que fuese una mujer sensual había reprimido adrede su sexualidad a edad muy temprana, cuando descubrió que un determinado hombre a punto estuvo de llevársela por delante; se trataba de Joseph Chamberlain, quien por cierto representaba en el orden de la política y de las ideas todo aquello que ella detestaba. La experiencia le había resultado especialmente desagradable, y había decidido que tal cosa no volvería a ocurrirle jamás. El esfuerzo por refrenar recurrentemente sus instintos le había supuesto, a la larga, un coste muy elevado, y hacia 1909 había dado en desarrollar muchos de los rasgos que tradicionalmente se adscriben a las solteronas de cierta edad. Fue la peor de las suertes que estas dos personas, cuyos sentimientos hacia mi padre estaban tan absolutamente influidos por el resentimiento y la envidia, fuesen las primeras a las que Pember Reeves refirió con pelos y señales la historia de la terrible injuria que el grosero de Wells le había infligido.

La respuesta de Beatrice Webb a sus quejas fue tan violenta como excéntrica. Empezó a tratar el asunto como si fuese de dominio público, como si mi padre no fuese más que un lúgubre empleado a quien hubiesen descubierto en flagrante contravención de la Ley de Factorías y Pequeños Talleres. Dio por hecho que Amber Reeves no había sido más que su víctima, pasiva e incompetente, y que era menester salvarla de sus propias inclinaciones mediante una acción colectiva. Y dijo a su hermana Kitty cómo se proponía proceder[7] a realizar la operación de rescate: «Haremos un gran esfuerzo por apoderarnos de ella y dominarla para impedir que la pudrición avance todavía más.» La réplica que recibió la asombró por completo, pues fue lisa y llanamente que a menos que supiese con toda certeza que algo efectivamente espantoso estaba en marcha, aquello no era asunto de su incumbencia, pues Amber y mi padre tenían todo el derecho del mundo a que les dejasen en paz y a vivir sus vidas privadas a resguardo de cualquier intruso. Beatrice se dio cuenta de

[6] Comunicaciones orales: G. B. S. (1948) , diarios de B. W. 1906-1910, passim.
[7] Biografía: B. W., Kitty Muggeridge y Ruth Adam, 1967

que ésta era una línea argumental susceptible de convencer a muchos de los fabianos, y se propuso socavar sus fundamentos extendiendo tanto como le fue posible la historia de que la relación entre ambos había sido una sórdida intriga en la cual un hombre casado y lascivo había explotado la inocencia y la falta de experiencia de una muchacha defectuosamente educada. Empezó a escribir cartas envenenadas a todos los miembros de la Sociedad Fabiana que tuviesen hijas de edades comprendidas entre los quince y los veinte, advirtiéndoles que por su propio bien las apartasen de mi padre.

Sidney Olivier, un amigo de mi padre cuyas cuatro hijas aparecen en las biografías de Rupert Brooke y David Garnett, y en muchos volúmenes de memorias referidos a aquel período, fue uno de los fabianos que recibieron la tal advertencia. La extraordinaria circular de Beatrice Webb le llegó una mañana, mientras estaba desayunando cara a cara con mi padre, a quien había invitado a su casa la noche anterior. «Esto sí que te va a hacer gracia, Wells», le dijo a la vez que le pasaba la carta. A mi padre no le hizo ninguna gracia, y acto seguido escribió una enfurecida carta de respuesta a los Webb. La ferocidad del lenguaje empleado atemorizó a Sidney Webb, quien ya se había llevado un considerable susto en un roce anterior con mi padre; Webb, al parecer, no se había dado cuenta de lo lejos que había llegado su esposa. Le advirtió, eso sí, de los riesgos que corría al poner por escrito sus libelos seguidos de su firma de puño y letra. Después de esto ella agachó algo la cabeza, y en lo sucesivo dejó en manos de su secretario personal, W. A. Colegate, la campaña de difamación. Veterano en la lucha por el poder interno de la Sociedad Fabiana, Colegate era un fino trepador que iba a terminar de director de la junta de Brunner Mond y de miembro del Parlamento elegido por el Partido Conservador. Por entonces sabía que lo mejor no era precisamente poner por escrito tales encargos, habida cuenta de la situación. El ataque contra la reputación de mi padre prosiguió con redoblada intensidad, y causando efectos aún más perjudiciales, mediante una campaña de susurros.

A medida que el escándalo fue cobrando impulso gracias a los molestos exabruptos de Pember Reeves y a las mañas de Colegate, Beatrice Webb empezó a tener ciertas dudas respecto de su papel de instigadora al menos en parte. Para justificar su conducta le dio por confeccionar opiniones cada vez más extravagantes acerca del horroroso destino que sin duda iba a hacer mella en Amber Reeves si de hecho se la dejara en paz. Era capaz de imaginar, según dijo a sus amistades, «a la pobre Amber[8] en el arroyo, convertida en la desesperada consorte de algún otro hombre, condenada a hundirse más y más, con cada nueva aventura, en los más infectos lodazales». Cuando no se dedicaba a cocinar tales fantasías, titubeaba. Un buen día iba a decirle a Amber Reeves que su verdadero y más hondo deseo era «salvar a H. G. Wells de semejante desdoro», y al día siguiente le iba a otra persona con el cuento de que de

[8] Ibid.

ninguna manera podía soportar la idea de que Wells, fuera como fuese, pudiera escapar a la situación sin ser debidamente castigado.

Llegados a este punto[9], George Bernard Shaw, quien de manera ostensible mantenía buenas relaciones con todas las partes implicadas en esta ya encarnizada querella, decidió meter baza en el asunto. Pensó que Beatrice Webb estaba a punto de perder los estribos a causa de toda la excitación que le producía el caso, y decidió que ya era hora de que pusiera pie a tierra, antes al menos de que fuese demasiado tarde. Empezó por felicitarla con la esperanza de que ello bastase para poner fin a sus desmanes, por haber tenido el sentido común de ordenar casi textualmente a Pember Reeves y a Colegate que se callaran de una vez. Hecho esto, prosiguió diciéndole que sus siniestras opiniones sobre el futuro que le aguardaba a Amber Reeves y sobre el comportamiento de mi padre eran de todo punto irreales y absurdas. Lo peor que podía permitirse proclamar impunemente acerca de la relación entre ambos, le dijo, era que se trataba, si acaso, de un discutible experimento de índole social.

Bajo la presión de ese sentido común tan de andar por casa que manifestó Shaw, Beatrice Webb, si bien poco a poco y de mala gana, fue bajándose del burro. Sin embargo, y mientras lo hacía, dejó caer desperdigadamente unas cuantas observaciones cuando menos peculiares. Las irregularidades sexuales[10], sostenía, por fuerza entrañaban el engaño y los secreteos, y esto era precisamente lo que traducía en pura sordidez, en la más absoluta abyección, cualquier divergencia que se apartase de la moral convencional. Precisamente por eso, dijo a su hermana Kitty, toda persona de mentalidad recta se anda con mucho cuidado, y no hace experimentos si no es dentro de los cánones al uso. No se extendió sobre esta arcana sugerencia, y su hermana entendió que Beatrice era de la opinión de que ciertos varones casados y de mentalidad muy recta deberían recurrir a las prostitutas siempre que necesitasen aliviar las constricciones propias del vínculo matrimonial. Era por entonces incapaz de pensar con claridad o con una cierta coherencia por hallarse obcecada por una fuerte impresión. Shaw la había conmovido en lo más hondo de sus cimientos al explicarle que la idea que se había hecho de la seducción de Amber Reeves era del todo errónea. Lo único que para él resultaba asombroso en toda la historia real era que mi padre hubiese conseguido resistirse a tan atractivo y decidido ataque durante todo el año que logró mantener intacta su resistencia. Evidentemente, había sido una muestra de debilidad por su parte terminar por ceder, si bien él también era notoriamente débil a tales respectos, y en su opinión era banal tomar la debilidad por perversidad. Aún es más: habría sido incluso peligroso enfurecer más a mi padre tachándole de perverso. No era precisamente un imbécil, y sabía perfectamente que los Webb llevaban años haciendo la vista gorda ante las innumerables irregularidades que se producían en la vida privada de

[9] Carta de G. B. S. a B. W. 30 de septiembre de 1909.
[10] Muggeridge y Adam, op. cit.

muchos fabianos. Habían cerrado los ojos ante manifestaciones abiertas de lesbianismo, ante manifestaciones abiertas y encubiertas de homosexualidad, ante incontables acuerdos muy particulares gracias a los cuales las esposas encubrían a sus maridos y los maridos a sus esposas. Si los Webb optasen por seguir explotando su conocimiento de la vida privada de Wells, más les valdría dar por sentado que él iba a devolverles el golpe donde más daño les hiciese; tenía una diana a punto de caramelo precisamente en la persona de aquel depredador, tan activo en el terreno amoroso dentro de la propia sociedad como él mismo, sólo que fuera de la misma, que por si fuera poco llevaba años y años jactándose de su conquista. La única consecuencia que cabía esperar de aquel continuo y ulterior airear los trapos sucios de los fabianos sería, por fuerza, una reafirmación de la imagen de desatino que existía de la organización en determinados círculos, imagen que, por cierto, se habían pasado los últimos veinte años procurando restaurar. ¿Era eso acaso lo que se proponían?

La ducha fría de Shaw actuó de sordina sobre el entusiasmo que Beatrice Webb había puesto en su vendetta particular, y el escándalo dejó de ser una operación por parte de los fabianos contra mi padre a comienzos del otoño de 1909. Claro que, para entonces, semejante escándalo ya no necesitaba ni de un alimento determinado ni de una dirección concreta, pues había adquirido vida propia, y se extendía sin cesar, espoleado por la natural afición al cotilleo. Hasta el propio Shaw, a pesar de su amistad profesa a todos los involucrados en el asunto, llegó a sacar partido de la historia, contándola por ahí posiblemente como ningún otro. Desarrolló incluso una espléndida pieza escénica de una ocasión en la cual un Pember Reeves, todavía embotado por sus coléricos sentimientos, había estado a punto de pescar in fraganti a mi padre cuando pasaba una amigable velada en compañía de Amber y de su esposo en la pequeña sala de estar de la casa de Woldingham. Mi padre tuvo que ocultarse a toda prisa tras las cortinas del ventanal, nada más oír la voz de Pember Reeves en el umbral de la casa, inquiriendo a la doncella si había alguien allí. Tras las cortinas, con las punteras de los zapatos ocultas debajo del sofá, mi padre se vio obligado a pasar de semejante guisa el resto de la velada, escuchando cómo el que en tiempos fuese su amigo sacaba a colación el tema, una y otra vez, aludiendo de continuo a su malvada carencia de todo principio moral. Shaw llegó incluso a ofrecerme una representación de este número cuando fui a visitarle a Ayot St. Lawrence en 1948, y la agilidad y la gracia con que la hizo bastó para convencerme de que la había escenificado muchísimas veces, aparte de disfrutarla posiblemente más que entonces, a pesar de que habían transcurrido cuarenta años. Contada con sus palabras, la anécdota era mejor que una pieza teatral: podría haber sido, ciertamente, fruto de su invención.

Efectivamente, pudo habérsela inventado. Ahora bien, aunque los maledicentes del estilo de Colegate y los cotillas compulsivos como Shaw se hubiesen callado todos de la noche a la mañana, nadie ni nada podría haber salvado a mi padre del desastre que estaba a punto de producirse

en su persona. Había escrito una novela, y aun cuando todos y cada uno de sus amigos que la leyeron le rogaron que no la publicase, amparándose en que los efectos que aquel escándalo produciría bien podrían compararse a los de un galón de gasolina arrojado al fuego por las bravas, nadie pudo convencerle de que aplazase su publicación.

Al lector moderno que tope con Ann Veronica sin la debida preparación, probablemente le resulte muy difícil de entender la que se armó. Referido el argumento en líneas generales, puede decirse que la novela trata de la doma y seducción de una joven idealista que se considera la encarnación misma de la Nueva Mujer, y que se propone vivir cabalmente de acuerdo con sus principios. Mi padre enfrenta a este personaje limpio y honesto con las sucias realidades de la clase media inglesa de la época. Esta joven descubre, dolorosamente, que aún no ha llegado el momento en el cual puedan ejercerse las libertades que ella consideraba parte inalienable de sus derechos. Empieza por retar todas las convenciones y termina por casarse de la forma más corriente. La última vez que la ve el lector, vive, como ella misma dice, «constreñida por la discreción... casi tanto como por todo este mobiliario». A pesar de todo, no existe, tal como tuvo que reconocer hasta el más vehemente detractor de la novela, ni una palabra más alta que otra ni, por supuesto, un solo pasaje explícitamente erótico.

Evidentemente, no es que en aquel momento importase Ann Veronica. La novela de mi padre fue objeto de iracundos ataques porque pudo leerse a la luz del escándalo en tanto intento de justificación de su escandalosa conducta. Desde este punto de vista era enteramente vulnerable, ya que no podía existir ninguna duda respecto de la propia Ann Veronica; era un personaje plasmado con demasiada evidencia a partir de la realidad de la vida. Utilizaba incluso giros lingüísticos muy familiares para todos aquellos que conociesen a Amber Reeves, y hablaba, por así decirlo, con su misma entonación, aparte de comportarse exactamente igual que ella. El que su heroína fuese tan claramente reconocible hizo de la novela un arma mortífera en manos de uno de los enemigos más peligrosos que tuvo mi padre en toda su vida.

Este enemigo no fue otro que John St. Loe Strachey, director del Spectator y cabecilla de una especie de movimiento que se hacía llamar Cruzada por la Pureza Social de la Nación. Strachey llevaba observando fijamente a mi padre, sin perder de vista ni uno solo de sus gestos, desde hacía tres años, exactamente los que habían pasado desde la publicación de In the Days of the Comet (En tiempos del cometa). Había considerado esta novela como propaganda de la promiscuidad sin límites, como una peligrosísima amenaza contra la familia, el Estado y, en definitiva, contra la civilización misma. Cuando hizo la crítica de Ann Veronica a mediados de noviembre, comenzó por decir que una de las reglas de la casa que desde antaño se respetaban escrupulosamente en el Spectator era no dar jamás ninguna publicidad a ningún libro que pudiera resultar piedra de escándalo, y muy en especial a ninguna novela que pareciera en esencia depravada y susceptible de herir la sensibilidad de sus lectores. Sin

embargo, continuaba, toda regla tiene sus excepciones, y la publicación de una novela que sólo podía motejar de «venenosa» le invitaba a hacer dicha excepción. El aborrecimiento y la indignación que Ann Veronica inspiró en Strachey se debía al hecho de que con toda probabilidad el texto podría socavar el sentido de la continencia y del autocontrol del individuo, sentido imprescindible en un estado saludable. El libro se basaba en la negación de la pureza de la mujer y de la buena fe del hombre en todo lo que concerniese a las relaciones sexuales. Enseñaba que no existe algo que pueda considerarse el honor femenino, y que cuando las tentaciones sexuales son suficientemente fuertes, la persona que siente dicha tentación no solamente está plenamente justificada en ceder a la misma, sino que además puede enorgullecerse de hacerlo. Enseñaba, de hecho, que si la lujuria más animal es suficientemente fuerte, no queda más remedio que plegarse a ella y obedecerla. El sacrificio de uno mismo es un sueño, y la contención de los propios instintos no es más que una ilusión, de acuerdo siempre con mi padre, en el fangoso mundo en que tienen lugar tales imaginaciones, para las cuales no debe haber lugar en este mundo. La comunidad de sus ideales era una comunidad de abyectos roedores a los que no ilumina nunca el rayo del deber y de la abnegación.

Hasta ahí, la introducción y la bienvenida; después, Strachey descendía a lo que de veras le importaba. Añadía un párrafo en el cual afirma que la heroína de la novela había pecado contra la castidad de tal manera que había llegado a sacrificar a cambio de nada la pureza de su cuerpo y de su mente. Señalaba después las correspondencias existentes entre los hechos más destacados de la biografía del héroe y los que se conocían de la vida de mi padre, estableciendo de ese modo que la novela era hasta cierto punto autobiográfica y sugiriendo, en consonancia, que la heroína probablemente estaría plasmada tomando por modelo a alguna de las conocidas de mi padre. Y después pasaba a hacer verdadero daño. Tras decir que seguramente habría lectores que se habrían dejado engañar y que tal vez moderasen la aspereza de la condena que a todas luces merecían los vicios de Ann Veronica, ya que no en vano era una joven de verdadero encanto e incluso dotada de una cierta bondad, recordaba la agudeza con que el doctor Johnson había silenciado a Jamie Boswell cuando éste quiso defender al personaje de una mujer casada que tenía un amante. «Queridísimo señor mío —había dicho el gran farsante—, no acostumbréis jamás vuestra capacidad de raciocinio a la mezcla del vicio con la virtud. Esa mujer es una puta de tomo y lomo, y no hay más que hablar.»

La crítica de Strachey vino lógicamente a recrudecer el escándalo público. Mi padre descubrió muy pronto que era víctima del ostracismo de buena parte de los habitantes del mundo social y de su mundo profesional en concreto. Henry James[11] llegó a rehuir su contacto durante una temporada, e incluso llegó a ser víctima de la sanción social definitiva de aquella época. Se vio obligado, mediante una desproporcionada reprimenda verbal, a renunciar a ser miembro de su club londinense.

[11] Diario de Sidney Waterlow, 29 de noviembre de 1911

Sin embargo, ésos fueron tan sólo inconvenientes de menor cuantía; lo que verdaderamente tuvo importancia fue que la crítica le dolió, y mucho, a Amber Reeves. Cuando apareció semejante diatriba, ella no se llevó ninguna sorpresa, pero en cambio sí se sintió herida en lo más hondo por el hecho de que la intrepidez y la falta de la más elemental cautela en que había incurrido mi padre la expusieran a ella a estas sádicas burlas. A ella le importó la publicación de la novela más incluso que la crítica de marras, ya que contenía elementos más que suficientes para acrecentar la incomodidad de aquellas personas que ya bastante dolidas se habían sentido a causa de sus acciones. Llegó a encontrarse al borde de una crisis nerviosa. Ya desde que descubrió que estaba embarazada empezó a sentirse muy inquieta, y hacía tiempo que había dejado de encontrar alivio en la emoción que pudiera producirle su rebelde gallardía. Empezaba a sentir las inconveniencias puramente físicas de su estado, así como la tensión que le producía su desafiante actitud. Se encontraba, pues, muy baja de forma, sufriendo verdaderamente. Rivers Blanco White[12], quien por cierto estaba más enamorado de ella que nunca, fue testigo de su dolor, y fue testigo iracundo.

Blanco White era abogado; había descubierto además la maldad que subyacía al venenoso ataque de Strachey: éste, a su juicio, se había propuesto demostrar que el libro estaba potencialmente a merced de una acusación en toda regla por difamación y libelo. Blanco White, a pesar de todo, no era partidario de la idea de castigar a mi padre de una forma que Strachey habría encontrado deliciosa, es decir, llevándole a juicio. En consecuencia, desarrolló una estrategia más acorde con su parecer. Un tribunal solamente habría sido capaz de añadir más daños una vez que se hubiese demostrado la injuria; un proceso legal solamente habría servido para exponer el escándalo al dominio de todo el público. Él no tenía ningunas ganas de ver la historia de Amber publicada en los periódicos ni tampoco de arruinar la reputación de mi padre. Deseaba, lisa y llanamente, eliminar a mi padre de una vez por todas de la vida de Amber y de la suya propia. La influencia con que contaba en este caso era muy fuerte. Tal como prescribía la ley británica del libelo, una acusación de relaciones prematrimoniales contrarias a la castidad, en contra de una mujer casada, se consideraba entonces tan perjudicial como la peor de las difamaciones; el perjuicio, además, iba en detrimento tanto del marido como de la mujer. Casi podría asegurarse que los perjuicios de que podría ser objeto Blanco White serían ilimitados en el supuesto de que el asunto llegase a los tribunales, y la afirmación de Strachey, hecha sin paliativos, según la cual cualquier jurado compuesto con arreglo a lo habitual probablemente enjuiciaría muy hostilmente la conducta de Ann Veronica, especialmente si se le presentase bajo una luz desfavorable, no le dejó ni la menor duda. La posibilidad de que la cuestión de la identificación pudiese constituir un problema había quedado deshechada cuando Blanco White se hubo asegurado el testimonio de varios lectores del libro, en el sentido de que todos ellos habían visto en Ann Veronica un retrato

[12] Comunicación oral: A. R. al autor

de su esposa. A los abogados de mi padre les presentó pues un caso que de ninguna manera podrían defender. Y éstos se sintieron muy aliviados cuando Blanco White les propuso una alternativa al proceso judicial. Estaba dispuesto a no llevar las cosas más allá siempre y cuando mi padre firmase un compromiso según el cual renunciase a ver a Amber Reeves y a intentar ponerse en contacto con ella al menos durante un determinado plazo, a concretar en unos cuantos años. A él no le quedó nada por hacer; estaba maniatado, y un mes antes que naciese la hija de Amber firmó este pacto. Shaw le dijo no mucho después que había firmado en vano, dado que, como Amber era una mujer voluble, como era la inconstancia personificada, su relación no podría haber durado mucho más. A mi padre esto le sirvió de flaco consuelo; su propia intuición le había llevado a pensar que su derrota había sido muchísimo más completa que lo que daban a entender los términos del acuerdo firmado. Le había fallado a Amber, y se había fallado a sí mismo.

En su reseña de Amigos apasionados, la novela que mi padre extrajo casi de inmediato a partir de esta lamentable experiencia, mi madre le reprendió por consentir a sus amantes que abandonasen el barco con demasiada facilidad, por así decir, antes incluso que las ratas, y por justificar además esa rendición sin condiciones. Según ella le dijo, él no estaba siendo fiel consigo mismo; se estaba comportando como un perfecto pusilánime en su esfuerzo por acomodarse al gusto del común. Dejaba en nada su virtud, anulándola, al ser precisamente el profeta de un nuevo orden del candor y de la honestidad, al colocar a su héroe ante un puñado de imprecaciones y desafiantes descalificaciones, por parte de la convención imperante, después de haberle hecho formar cola a latigazos; además, parecía tolerar las debilidades y los titubeos de su heroína y, a la postre, parecía preferir la pesada sabiduría colectiva del rebaño que componía la sociedad en vez del rápido conocimiento instintivo del individuo de carne y hueso. En efecto, ella llegó a retarle a que defendiera el que en tiempos había sido el estandarte de Ann Veronica: «Toda vez que uno empieza un amor, tiene que verlo terminar.»

Tras la palabra impresa, mi padre creyó oír un eco de la voz de una Amber Reeves todavía intacta. Allí estaba aún el timbre de la juventud, de la pasión, de la intensidad. Así empezó otra vez a ver a mi madre; esta vez, estaba rendido de antemano.

Mi madre, claro está, era ya por entonces la notable mujer que sería después, muy segura de sí misma, y el estímulo que recibió él gracias a la animada compañía de ella da cuenta, al menos en gran parte, de su hechizamiento; por encima de todo, lo crucial era que ella fuese joven y prometedora. Era la encarnación de esa audiencia de jóvenes que, tan sólo unos años antes, él creyó tener en un puño. Aquella audiencia se le había escapado irremisiblemente a consecuencia del escándalo que había acabado con su reputación. Gracias al ansia de él que ella manifestó en todo momento, gracias a su evidentísima decisión de hacerse con un lugar propio en la vida de él, ella le hizo sentir que, después de todo, aún no estaba arrinconado, que aún contaba, que posiblemente aún le aguardase

todo un futuro. Él se volvió hacia ella, como quien se vuelve a la fuente de la juventud, siempre que se sintió necesitado de una revitalización en todos los sentidos. Se alimentó —no existe otra palabra para describirlo— de su inmensa provisión de promesas, que estaba virtualmente por empezar. Ella le devolvió la confianza en su ilimitada capacidad creativa. La dependencia que él rué desarrollando para con ella se acrecentaba cada vez que se veían. Seguía aumentando sin cesar cuando, pasados tres embriagadores meses después de renovada su aventura, en los primeros días de 1914, una incertidumbre que a ella le asediaba se convirtió en certeza inapelable: sintió la ineludible necesidad de comunicarle que estaba esperando un hijo.

Capítulo II

> *«Mr. Ending se había metido en ello de cabeza, tal como había metido la pata hasta el fondo la mañana anterior al trompazo. No se había parado a pensar con detenimiento en el asunto, no lo había sopesado con el debido esmero. Por si fuera poco, aquello caía por su propio peso exactamente de la forma que menos le hubiese apetecido.»*
>
> *Mr. Britling Sees It Through*

Muy al principio del embarazo de mi madre —casi tan pronto se dio cuenta de que no tenía ninguna posibilidad de convencerla para que abortase—, mi padre pudo al menos persuadirse de que nada tendría por qué cambiar entre ellos dos. Cuando todo hubiese terminado, los dos podrían reanudar aquel pasatiempo lúdico y compartido que consistía en ser espíritus libres, en ser los mejores compañeros posibles, en seguir exactamente igual que hasta entonces. Optó por ignorar los problemas que tendría que afrontar al volver a emprender el camino que tan desastrosamente había recorrido con Amber Reeves; consiguió cegarse, echándose el polvo del camino a los ojos al concentrarse únicamente en un solo problema, al excluir de su consideración todos los demás. Se dijo que la relación con Amber se había ido al garete, desastrosamente por cierto, porque eran demasiadas las personas que la conocían; esta vez, en cambio, todo saldría bien siempre que supiera mantener en secreto, en la

medida de lo posible, el acontecimiento que aún estaba por venir. Solamente los amigos más íntimos y unos pocos y escogidos parientes debían compartir el secreto. Mi madre, por lo tanto, se vio empujada a realizar una serie de maniobras rocambolescas y complicadísimas durante las primeras semanas de enero de 1914. Hicieron falta muchos y muy súbitos cambios de dirección, así como el constante empleo de nombres falsos; además, muchas veces hubo que recurrir a estratagemas que parecían extraídas del mundo de las farsas de Feydeau: por ejemplo, viajes hacia un mismo destino pero en trenes distintos o por rutas alternativas. La comedia alcanzó su punto culminante mientras mi padre estaba en Rusia. Escribió a mi madre[13] desde San Petersburgo, dándole detalladas instrucciones para que se mudara a vivir a Llandudno, en Gales, lugar que le había parecido el más idóneo para que ella diese a luz, basándose en que gozaba de unas excelentes conexiones ferroviarias con Bournemouth, población costera del sur de Inglaterra a la que era muy fácil llegar desde Londres casi a cualquier hora del día. Al final, prescindió de Llandudno para quedarse con otra opción si cabe aún más extraña: Hunstanton, en Norfolk.

El lugar en que nací era entonces, y aún lo es hoy en día, un pueblo costero casi diríase que imprudente por su completa falta de pretensiones, expuesto además al viento del Noroeste. Su principal atractivo es un muelle de cierto empaque que se adentra en el río Wash o, más bien, en una vasta extensión de aguas muy poco profundas, de la que suele decirse que conforma un brazo del mar del Norte, cuando en realidad se trata de una ampliación de los pantanales de Lincolnshire y Cambridgeshire. A mi padre solamente pudo interesarle este pueblo por hallarse tan apartado de los caminos socialmente más transitados, aparte de ser un sitio tan desesperadamente desprovisto del más mínimo atractivo que nadie que se preciase de ser alguien en esta vida, absolutamente nadie, iba a encontrárselo en aquellas circunstancias tan inconcebibles. Tan pronto mi madre se hubo instalado sana y salva en Hunstanton, era muy poco probable que la viese ningún amigo, ningún conocido que de otro modo podría haberse fijado en su inequívoco porte de embarazada y de ese modo haber dado alas a toda clase de rumores. Mi padre extremó desmesuradamente todas las precauciones. A pesar de que la fecha prevista para el parto era a finales de julio, había consumado la desaparición de mi madre de los lugares que solía frecuentar y la había ocultado en Hunstanton ya a finales de febrero. Allí pasó marzo, abril, mayo, junio y julio, procurando sentirse tan cómoda como le fue posible en aquella villa victoriana fea, cruda y un tanto estrecha, llamada Brig-y-Don, en la cual una tal Mrs. Crown alquilaba habitaciones amuebladas. Mientras mi madre hacía todo lo que estaba a su alcance para que le resultara más llevadero su exilio, mi padre siguió con su vida de costumbre, sin dejar de visitarla toda vez que se lo permitieron sus restantes compromisos.

[13] Carta de H. G. a R. W., enero de 1914

No es que mi padre descuidase a mi madre mientras se prolongó la espera; hizo todo cuanto pudo por remediar la brevedad y la irregularidad de sus visitas a Brig-y-Don escribiéndole muchísimas cartas. En estas cartas decía una y otra vez que todo iba a salir a pedir de boca, que no había por qué preocuparse, que ella debía confiar en él y esperar la llegada de tiempos mejores que sin duda ninguna empezarían tan pronto hubiese nacido la criatura. Entonces disfrutarían de una casa propia, y él podría ir a verlos siempre que le apeteciese, y quedarse tanto tiempo como le diese la gana. A su debido tiempo, ella podría ocupar su lugar propio, un lugar vertebral en la vida de él. Ella, en cambio, de ninguna manera podía saber entonces que al mismo tiempo él daba a su esposa reiteradas muestras de que el lugar preeminente en su vida le pertenecía precisamente a ella, e iba a pertenecerle por entero y de por vida.

Amy Catherine Wells, o Jane, que es como mi padre prefería llamarla, estuvo desde el primer momento al corriente de los amoríos que mi padre tenía con mi madre. En las etapas posteriores de la crisis que dentro de su matrimonio había desencadenado la relación de mi padre con Amber Reeves, ella había decidido hacer un trato con su esposo: mientras no le ocultase ni uno solo de tales asuntos, y siempre y cuando los tuviese con mujeres que fuesen del agrado de ella, podría tener todos los amoríos que le viniesen en gana. Había considerado a mi madre poco más que una pollita presuntuosa y afectada que de ninguna manera iba a representar ninguna amenaza para su matrimonio, al menos cuando le fue presentada en Easton Glebe en el otoño de 1912, y por lo tanto no había puesto ni la más mínima objeción cuando empezó el asunto amoroso entre ellos dos. No creyó que existiera ninguna razón que la obligase a modificar su punto de vista cuando el asunto se renovó en 1913, ni cuando le fue comunicado que mi madre estaba embarazada. Contaba con la palabra de honor de mi padre, según el cual el asunto no pasaba de ser, por lo que a él se refería, un mero episodio sin la menor importancia. Se había sentido, pues, en condiciones de ofrecer toda su simpatía a aquella joven que se había dejado llevar en volandas por su instinto dramático. Sin duda que había llegado a conocer a mi padre casi a la perfección, o al menos mucho mejor que cualquier otra persona, y en consecuencia sabía de sobra en qué se había metido mi madre, queriendo o sin querer. Se compadeció de ella, igual que se compadeciera de Amber Reeves cuando empezaron sus tribulaciones.

Aunque no hay excusa posible para dar cuenta de las escandalosas mentiras que le contó mi padre a mi madre mientras duró su embarazo, sí que resultan por lo menos sencillas de explicar. Dada la situación en que se encontró en 1914, necesitaba de ambas mujeres. Necesitaba a Jane como timón de su existencia, pero necesitaba también a mi madre en calidad de tonificante, como reafirmación de su soberanía frente a la sensación de que empezaba a envejecer y a chochear.

Aunque el año de 1914 había empezado muy bien para él, a lo largo del año iba a sufrir una serie de reveses. Había recibido una calurosa bienvenida por parte de Alexandr Tyrkov y de los miembros de su círculo

literario cuando emprendió su viaje a Rusia, en compañía de Maurice Baring, a finales de enero y comienzos de febrero, pero el ánimo que le supuso la admiración de aquellas personas cultas e inteligentes pronto desapareció por completo. Pasó poco tiempo desde su regreso[14] a Inglaterra hasta que Henry James publicó un artículo en el Times Literary Supplement en el cual hablaba de él con notable condescendencia, tachándolo de miembro de la joven generación, comentando sus obras junto con las de Hugh Walpole y D. H. Lawrence, los cuales no pasaban de ser meros principiantes, aparte de tener unos quince años menos que él. James apreciaba en la obra de mi padre una espantosa advertencia. Era preciso tomar sus novelas como manifestación del maligno efecto que el compromiso con la democracia puede llegar a tener sobre el estilo de un escritor. La disminución del interés y de la calidad de sus escritos, que en otro tiempo le habían resultado fascinantes, había que tomárselos, según sostenía James, como signo de los tiempos, como indicador del colapso generalizado de los criterios literarios y artísticos que cabía esperar a medida que engrosaba el número de las personas que estaban sucumbiendo a la añagaza de los ideales democráticos.

A mi padre no le hizo ninguna gracia aparecer en la prensa escrita como precursor de una nueva edad entregada a la barbarie, y la infelicidad que ello le produjo no la modificó siquiera la desgarradora conciencia que le obsesionaba, dado que su más reciente ofrecimiento al público lector había pasado ciertamente sin pena ni gloria. Buena parte de su éxito inicial como escritor se había debido a lo que hasta más o menos 1910 podría considerarse como el dominio que tenía de un sentido casi sobrenatural: conocía por anticipado qué era lo más apropiado al momento histórico que le había tocado vivir. Había conseguido que cada uno de sus libros se relacionase con un tema, fuera cual fuese, al cual el curso de los acontecimientos iba a dotar de una importancia inusitada y de un tremendo interés para un gran número de lectores. Este don, por el momento, parecía haberle abandonado por completo. The World Set Free (El mundo en libertad) resultó grotescamente

inadecuado al contexto de los acontecimientos de 1914. Durante el verano y el invierno del año anterior, mientras se dedicó a la redacción de esta novela, debió de haber sido una de las poquísimas personas, en el supuesto de que hubiese alguna más, que en el mundo entero se habían dedicado a pensar seriamente en los horrores que la guerra atómica traería consigo. A medida que transcurría 1914, a medida que la amenaza de una guerra civil estalló en el Ulster y se extendió por Inglaterra, a medida que empezó a ser palmaria la certeza de que antes que terminase el verano iba a estallar un gran conflicto en toda Europa, la pasmosa y absoluta irrelevancia de su tema tuvo que parecerle espantosa. No sólo eso, sino que además la manera que tuvo mi padre de expresar su preocupación bien pudiera haber servido de justificación al ataque de Henry James. Toda vez que rompió las amarras que le unían a aquel libro mediante su publicación, cuando por fin pudo gozar de una apreciación objetiva del mismo, tuvo que darse cuenta de los múltiples errores que

[14] Artículo en el N. Y. World, 1 de enero de 1909

había cometido. Página tras página se había dedicado a sermonear a sus lectores sin prestar ninguna atención a sus silenciosos, inactivos personajes; cuando aquellos títeres metían de rondón alguna frase que otra, solamente se les permitía hablar con su voz de predicador.

Un fracaso público y además resonante es algo muy duro para cualquier persona, a cualquier edad, si no le queda más remedio que convivir con ello, pero esto es algo que golpea con una fuerza muy especial a quienes tienen que aguantar semejante desgracia a los cuarenta y tantos años de edad y después de haberse acostumbrado a las mieles del éxito. Mi padre iba a cumplir cuarenta y ocho años aquel mes de septiembre, y a medida que le fue resultando inapelable el grosor del fracaso de aquel libro infortunado, la moral se le cayó por los suelos. En sus primeros tiempos como escritor a menudo se le había comparado a Dickens, sobre todo por la fuerza y la vitalidad de su obra. En cambio, en este momento empezaron a menudear quienes optaron por seguir la pista en la cual les había puesto, de manera impía a más no poder, Max Beerbohm -el primero en vincular el nombre de mi padre al de Thomas Hardy—, quien por cierto era veintiséis años más joven que él. A finales de junio, mi padre estaba hecho una pena; fue entonces cuando el atentado de Sarajevo empujó a toda Europa hasta deslizarse por la pendiente que iba a desembocar en una guerra generalizada.

No me parece que sea injusto para con mi padre decir que encontró el anhelado alivio a sus tensiones privadas en la emoción de aquel acontecimiento público, de proporciones desmesuradas y amenazadoras. Pudiera objetársele que nadie pudo pensar en la guerra que se avecinaba en tales términos, pero es cierto que él sí. El día en que fue asesinado el archiduque Francisco Fernando, mi padre se acercó a visitar a R. D. Blumenfeld, vecino suyo y periodista norteamericano expatriado, por entonces director adjunto del Daily Express; discutieron acerca de lo que estaba a punto de ocurrir. Blumenfeld estaba convencido de que iba a desencadenarse la guerra, aunque también creía que no iba a ser una guerra de grandes proporciones. Mi padre le dijo que aquella guerra iba a prender fuego al mundo entero. Blumenfeld respondió que no alcanzaba a entender por qué iba a pelearse el mundo entero por culpa del acto que había cometido un lunático. Mi padre había adoptado la postura de un adivino; llevaba prediciendo la gran guerra desde 1908, cuando el New York World le pidió un artículo sobre lo que podían tenerles reservado los próximos treinta años a los neoyorquinos. Él respondió con una advertencia. Europa estaba armándose de cara a la guerra, y era harto probable que la guerra se desencadenase más pronto o más tarde. De ser así, iba a tratarse de una guerra generalizada; como la prosperidad de Norteamérica dependía estrechamente de Europa, ambas podrían resultar muy empobrecidas por el conflicto. Era probable que, en vez de seguir adelante sin encontrar ninguna resistencia, la civilización atlántica sufriese un serio revés. Con ello de ninguna manera quiso decir que los norteamericanos tuviesen que correr con los gastos generados por una gran guerra en Europa en forma de dos décadas de depresión; quiso decir, antes bien, que los norteamericanos iban a encontrarse en medio de un

mundo arruinado, que tendrían que volver a erigir toda una civilización a partir de sus despojos. Y allí, de repente, aun cuando hombres como Blumenfeld no compartieran su punto de vista, había saltado la chispa que encendería la gran

guerra. Decidió, así pues, que era asunto suyo abrir los ojos de sus congéneres y mostrarles los peligros y las oportunidades que la guerra acarrearía. Se puso manos a la obra con ánimo muy optimista, casi regocijado, y tenía preparada la primera de sus series de doce artículos, lista para dar a la imprenta, el día después de que Inglaterra entrase en el conflicto.

No le duró aquel estado de ánimo. Descubrió que, lisa y llanamente, a nadie interesaba lo que pudiera decir. No le cupo hacer nada por contribuir, aparte de que a los soldados les daban igual las ideas que habían comenzado a bullir en su cerebro. Al fin y al cabo, eran unos profesionales, y no deseaban ninguna sugerencia respecto al mejor modo de realizar el trabajo que tenían por hacer, menos aún por parte de un especulador especializado solamente en el reino de las ideas, cuya única condecoración era el hecho de haber escrito un librito bastante entretenido, titulado Floor Games (Juegos de salón), que era una adaptación del Kriegspiel que se representaba en las escuelas de enfermeras. Se mofaron de las cualificaciones de un hombre cuya única experiencia militar era el haber jugado con soldaditos de plomo.

Y entonces, después de haberse librado la batalla del Maine, cuando los destrozados ejércitos enemigos empezaron a tomar posiciones para afrontar la ominosa perspectiva de la guerra de trincheras, después que el primer Ypres se hubiese agotado en un punto muerto, tuvo la mala suerte de verse alcanzado por el último y desagradable chisporroteo que restaba del asunto Oscar Wilde: un pleito por libelo contra Lord Alfred Douglas[15], llevado por Robert Ross. Mi padre tuvo que personarse un desangelado día de noviembre entre los testigos del caso, para testificar sobre el buen carácter de Robert Ross; la verdad es que lo pasó francamente mal, en calidad de abogado confeso del amor libre, a causa del consejero de Lord Alfred. Aquello le devolvió a los viejos tiempos de la clamorosa invectiva de Strachey contra Ann Veronica. Salió desmadejado de los sórdidos, góticos, hollinosos juzgados del Strand, con la sensación de haber recibido una soberana paliza. En aquellos tiempos tan arduos, su necesidad del efecto tonificante que pudiera suponerle la compañía de mi madre se hizo acuciante. Sin embargo, cuando acudió a ella descubrió que su relación había adoptado un nuevo cariz.

Mi padre se había alegrado infinito cuando la larga vigilia de mi madre junto al Wash por fin tocó a su fin. Todo había marchado como la

[15] Contra Douglas se habían realizado cuatro acusaciones distintas por haber incurrido en delito de libelo; la audiencia, en la Central Criminal Court, comenzó el 19 de noviembre y terminó ocho días después. El jurado parecía hambriento, y el fiscal introdujo una querella nolle prosequi el 11 de diciembre. Véase William Freeman, Life of Lord Alfred Douglas.

seda. No los había descubierto nadie. Nadie había dicho nada. Y era poco probable que corriese ningún rumor. El estallido de la conflagración había dado a los ociosos otras cosas en qué pensar. Aquella vez, todo iba a salir de maravilla; él no corría ningún peligro de verse obligado a abandonar a su joven amante y al hijo de ambos. Su júbilo encontró su natural vía de escape en las animadas cartas

que escribió a los escasos amigos que estaban al comente del asunto. A uno de ellos le dijo que no cabía en sí de gozo por haber tenido un «hijo varón» de mi madre, y a ella le dijo exactamente lo mismo, en varias cartas[16] en las que se dirigía a ella como «querida compañerita».

Ahora bien, el entusiasmo que sintió mi padre por su paternidad era más propicio a crecer cuando estaba separado de mi madre que cuando estaba con ella. Hay en la naturaleza muy pocas cosas cuyo interés y energía se hallen más completamente hipotecados que los de una madre entregada a los cuidados de su hijo, y posiblemente hay menos cosas aún que sean capaces de hacer sentir su presencia con la intensidad con que lo hace un recién nacido. Cada vez que mi padre iba a visitar a mi madre, después de aquel dichoso día del mes de agosto, se daba cuenta con mayor claridad de que ya no tenía la exclusiva sobre la persona y sobre la atención de aquella mujer animada e independiente, feraz y solitaria, que tan denodadamente, contra viento y marea, había decidido ser su amante.

De hecho, mi madre había dejado de existir con los atributos de tal personaje. Había transformado su estilo de vida, y mi padre ya nunca se la encontraba a solas. Se había convertido en la señora de la casa, y siempre había más gente a su alrededor. Había un aya, una doncella, y a veces incluso una segunda doncella. Había una cocinera, y a menudo se encontraba con una acompañante o una amiga que hacía las veces de carabina. Era absolutamente necesario, incluso en fecha tan avanzada, a fin de salvarla de lo que habría sido una fatal pérdida de toda su respetabilidad: una mujer que vivía sola, sin esposo, y con un niño recién nacido, habría tenido todas las de la ley de quedar en evidencia y de echar a perder su reputación a menos que en la casa hubiese otra mujer de su misma condición social. Mi madre se había criado en Edimburgo, ciudad que para la clase media escocesa es lo que Roma para el católico devoto, y se había educado en una de las escuelas más rígidas y ortodoxas, la Academia para Damiselas de George Watson. Después de dar felizmente a luz, todos los valores de su educación volvieron a hacerse respetar por medio de las prerrogativas otorgadas por una autoridad indiscutible. Así como en ausencia del recién nacido no se le había pasado por la cabeza, de pronto sí se le ocurrió que su gesto de rebeldía fácilmente podría dar pie a malentendidos: tal vez al mundo entero no le resultase nada claro que, pese a ser madre soltera, seguía siendo en lo más hondo de su corazón una alumna de la Academia George Watson, una convicta de la respetabilidad. Precisamente para salvaguardar las apariencias se mantuvo en semejante estado.

[16] Cartas de H. G. W. a R. W. y a R. R., agosto de 1914

Al rodearse de personal doméstico[17], mi madre se había comprometido en cosas de las que no tenía ni la menor idea. No había tenido demasiada experiencia con los criados, y desconocía cuánto esmero hay que poner en el tacto necesario para tratarlos. Sobre todo, desconocía por completo cuan cruelmente tercos pueden llegar a ser en el caso de que uno llegue a verse en el brete de llevarles la contraria. Los consideraba, con toda su ingenuidad, como gentes sencillas, bienintencionadas, capaces de ayudarle, de brindarle su amistad, de serle leales mientras ella los necesitase, mientras fuese capaz de pagarles un buen salario. Se quedó de una pieza al descubrir que muy pocos respondían a ese cliché, descubrimiento que además hizo por las duras, pues no en vano tenía una habilidad especial para escoger a los más amargados, resentidos y desafectos miembros de la profesión. Una y otra vez dio en contratar a su servicio a mujeres que no tenían ningunas ganas de servir, mujeres ansiosas por sacar tajada, a manera de compensación, por las circunstancias que les habían llevado a la desagradable tesitura de tener que emplearse al servicio de una mujer llena de puntos débiles y bien fáciles de explotar. Mi madre, todavía muy verde para la vida, manifiestamente soltera, y con un recién nacido en brazos, era exactamente lo que hubiese bastado para hacer salir a la luz lo peorcito de cada una de sus criadas. A consecuencia de todo ello, cada vez que mi padre iba a verla tenía todas las de encontrarse su minúsculo imperio bien desgarrado por una nueva crisis, o bien con la desmoralización a punto de hundirlo. Podía tratarse de que la cocinera hubiese acusado a las doncellas de tener líos de índole lasciva, o bien que las doncellas acusaran a la cocinera de beber en exceso, o bien que a una u otra la hubiesen cogido sisando o hurtando alguna cosa de la despensa, o bien echando mano del dinero destinado al mantenimiento de la casa, o si no, sencillamente, que alguien hubiese dado una orden o pedido un favor en un tono poco adecuado y a la persona menos indicada. Y cuando mi madre trataba de esgrimir la firmeza que se le requería, enseguida aparecía la resistencia. Se le decía que la suya no era precisamente la casa en la que hubiese deseado trabajar cualquier chica decente, que había mujeres con todo el derecho del mundo a dar órdenes a otras mujeres, pero que ése no era su caso, y que de nadie que tuviese un mínimo de estima por sí mismo cabía esperar que se quedase allí donde las cosas estaban manga por hombro, es decir, observaciones altisonantes que hubiesen necesitado a manera de respuesta la suspensión de la paga semanal o el despido inmediato. Mi padre se encontraba al llegar con el aire electrizado, en plena escena, o bien colmado de las vibraciones que se quedan flotando tras una de dichas escenas. Alguien había hecho las maletas a todo correr, había desaparecido, y los criados supervivientes se mostraban huraños y evasivos. Mi madre paseaba de un extremo a otro de

[17] Correspondencia entre H. G. W. y R. W. en ambos sentidos, 1914-1920, pássim. 36 «Ella dijo que el tal caballero era Mr. West...» El desarrollo de esta anécdota puede seguirse secuencialmente en las siguientes cartas: de H. G. W. a R. W.. entre febrero y octubre de 1914. En su justo punto, se puede ver en carta de H. G. W. a R. W.. julio de 1911.

la sala de estar, procurando calmarse de una forma que parecía responder a tan minucioso cálculo para aumentar su agitación. Iba de acá para allá, como un animal enjaulado, dándose la vuelta en redondo al verse frente a una pared, o estorbada por un mueble, para volver a las andadas en dirección opuesta, hasta que un nuevo obstáculo la obligaba a darse la vuelta otra vez. Según caminaba presa de este frenesí, se frotaba la muñeca y el pulgar de la mano izquierda tan rápida y vigorosamente con la mano derecha que a veces se despellejaba la piel del radio y de la zona inferior del pulgar. Cuando mi padre aparecía y se la encontraba en semejante estado, ella le daba la espalda y, exasperada aún, le espetaba que él la había puesto en una tesitura intolerable, que más le valía hacer algo para remediarlo. Él la apaciguaba con zalamerías y conseguía ponerla de mejor humor, pero no era aquello lo que había buscado al venir a verla.

Mi padre, qué duda cabe, había metido la pata. No había dedicado ni un minuto a pensar en dónde y cómo iba a vivir mi madre después del parto, o al menos no se había parado a pensarlo hasta que ya fue demasiado tarde. Entonces había improvisado una solución provisional que de hecho no tomaba en consideración más que su conveniencia personal, y la había puesto a caminar por el peor camino. Se la había traído de Hunstanton y la había instalado en una casa de alquiler, en una oscura aldehuela llamada Quinbury que, si no exactamente en frente de su casa, sí que estaba a escasa distancia de la puerta de atrás de su residencia en Essex. Un paseo campo a través, de menos de diez millas, y además por caminos poco transitados, le bastaban para llegar de una casa a la otra. Podría acudir a verla casi a diario.

Dicho lo anterior acerca de Quinbury, hay que poner término a la enumeración de sus virtudes. La casa en cuestión, a muy corta distancia de un camino de tierra que no llevaba a ninguna parte, y a un cuarto de milla de la minúscula congregación de casuchas en las que vivían unos cuantos jornaleros asalariados, aparte de la pequeña taberna que daba entidad a la aldea, era un dechado de brutalidades victorianas, completamente falto de encanto. Había sido construida en tanto parte de un conjunto de edificios de campo, absurdamente carísimos, a comienzos de la década de 1870, y parecía talmente un conjunto de desatinos. Por fuera no puede ser más desangelada, y por dentro es incómoda y siniestra. No es difícil suponer que ha sido un lugar poco afortunado para quien haya vivido en él, que sin duda ha debido de acabar con unos cuantos arrendatarios.

Mi madre se mudó a vivir a esta casa tan poco halagüeña a comienzos de septiembre de 1914, cuando yo tenía poco más de un mes. Cuando los días empezaron a acortarse y empezaron a caer las primeras lluvias del invierno, el camino de tierra por el que se llegaba a la casa, lleno de roderas y de huellas de los animales que iban y venían de las granjas, se convirtió en un mar de barro. El mal tiempo trajo consigo los demás defectos del lugar: en Quinbury no había tienda de ninguna clase, y la población más cercana, que estaba a milla y media de camino, no era el sitio idóneo para ir de compras. A la puerta de la casa llamaban una o

dos veces por semana algunos repartidores, pero no era gran cosa lo que podían ofrecer; si a mi madre le apetecía comprar cualquier cosa de una mínima calidad, no le quedaba más remedio que alquilar la desvencijada tartana que tenía el dueño de la taberna, a fin de recorrer las cinco millas que la separaban del centro comercial más próximo. Si quería tomar un tren para ir a Londres, ello implicaba alquilar el mismo vehículo para llegar al apeadero de Standen, a dos millas y media de distancia. La jaca gorda que tenía el tabernero ya no era joven, y al trote iba poco más aprisa que al paso, de manera que tener que ir tras ella era poco menos que un tormento. Todas estas nimiedades tienen siempre un efecto acumulativo, así que no pasó mucho tiempo hasta que mi madre tuvo la sensación de que se la estaba tratando francamente mal.

La situación de mi madre se deterioró rápidamente cuando echó con cajas destempladas a un ama de llaves a la que había pillado robándole algún dinerillo. La mujer montó en cólera y se dedicó a hablar por los codos en la taberna del lugar antes de marcharse. Los aparceros de Quinbury ya se habían formado sus sospechas acerca de aquella mujer joven que había aparecido de pronto, como caída del cielo, para vivir con su recién nacido en aquella casa desolada, y a la cual por si fuera poco visitaba de cuando en cuando un caballero que tan pronto llegaba como se marchaba. Ella dijo que el tal caballero era Mr. West, que era un periodista sumamente ajetreado que trabajaba en Londres, aunque por allí hubo más de uno empeñado en decir que de eso nada, que era un tal Mr. No-sé-qué, que tenía mujer y dos hijos en algún lugar, por el camino de Dunmow. La tradición local en materia moral no podía ser más robustamente realista, y por ello daba pie a permitir con fácil tolerancia cualquier desliz, así como la conducta francamente licenciosa de una mujer que no era ya una chica casadera, si bien no contemplaba con ninguna misericordia a quienes pretendiesen dárselas de virtuosos sin serlo. La fachada exterior que mi madre trató de aparentar en aquella casa de campo, en Quinbury, resultó hondamente ofensiva a los aparceros. Tan pronto supieron a ciencia cierta que ella no era la tal Mrs. West —ni Mrs. Nadie — , y que el tal Mr. West era en realidad Mr. Wells, se convirtió en diana de las estúpidas insolencias y de la mofa malencarada que suele ser la respuesta tradicional de los campesinos más oprimidos ante las falsedades y los fingimientos de esos habitantes de la ciudad que tienen a bien dárselas de listos con ellos.

Forastera, pues, en medio de una campiña de todo punto hostil, mi madre no tardó en pensar que su posición era más que intolerable. Y como además padecía la consabida depresión postparto, sus pensamientos adquirieron un matiz más lúgubre de lo que habría sido de esperar. Le dio por sospechar que mi padre podría haber escogido adrede aquel agujero olvidado de la mano de Dios en el cual la había arrojado, bien para apartarla de sus amistades más jóvenes, y de su futuro, o bien, debido a la presión de alguna necesidad psicológica por lo demás incomprensible, para obligarla a representar el papel de la desgraciada y maltratada heroína de quién sabe qué novelería victoriana. Al margen de lo que tuviera en mente, lo cierto es que de ninguna manera estaba

cumpliendo las promesas que le había hecho durante su estancia en Hunstanton. Ella había dejado de ser el centro de su existencia, caso de haber llegado a serlo en alguna ocasión. Vivía en cambio una existencia arrinconada, metida en un agujero. Le dijo que Quinbury no serviría ni siquiera como refugio provisional. Ella tenía que tener, fuera como fuese, algo que se pareciera más a una casa propia de los dos, es decir, algo más parecido a lo que él le había prometido. Él tenía que lograr que para ella fuese posible vivir con orgullo y abiertamente, como si en realidad fuese su esposa. Si bien no iba a ocupar el puesto de Jane Wells, cuando menos sí tenía que recibir una clara paridad con ella en lo tocante a la calidad de su alojamiento, y además tenía que encargarse de su manutención a una escala tal que le posibilitase vivir de forma igualmente acomodada. No pensaba conformarse con menos.

Mi padre hizo todo[18] cuanto estuvo en su mano para convencerla de que siguiera alojada en Quinbury al menos un poco más. A manera de excusa, manifestó que la confusión y los trastornos que había sembrado la declaración del conflicto le dificultaban, y mucho, el disponer del tiempo necesario para ponerse a buscar la casa ideal. Sin embargo, sí que le encontró rápidamente un nuevo lugar en el que vivir tan pronto ella le comunicó que ya había resuelto el problema. Según le dijo, había llegado a un acuerdo con Violet Hunt, según el cual se mudaría a vivir a South Lodge. Sería una maravilla estar de nuevo en Londres, aparte de que guardaba excelentes recuerdos de South Lodge.

South Lodge era una de esas maravillosas casas de los alrededores de Londres, con terreno propio, que aún pueden verse relativamente cerca del centro de Londres. Durante unos cuantos años, antes de la guerra, había sido el cuartel general desde el cual el amante de Violet Hunt, Ford Madox Ford, había dirigido la English Review a manera de intento por dar savia nueva a las letras inglesas. En calidad de director de dicha publicación periódica, Ford, quien ya entonces conocía a todas las personas de cierta nota dentro del mundillo literario inglés, había podido desempeñar las funciones de padrino afable y entusiasta para toda una nueva generación de recién llegados al medio de la literatura. Se empeñaba en invitar a South Lodge a todo escritor joven que apuntase la menor posibilidad de progresar, presionándole para que fuese a almorzar, a disfrutar del lujo de aquellos tés a la antigua usanza, a las partidas de tenis y a los cócteles subsiguientes, y a las veladas alegres y concurridísimas que organizaba a la perfección la propia Violet Hunt. El tono de aquellos años en los que Ford[19] regentó South Lodge queda plasmado en una anécdota que al parecer tuvo lugar en el Pall Mall Restaurant. Entró por lo visto Maurice Baring, al cual saludó mi padre desde una mesa en la que estaba sentado en compañía de Ford,

[18] Carta de H. G. W. a R. W.. abril de 1915

[19] Memorias. Portraits from Life, Ford. 1937. Al igual que todos los demás textos que traten sobre e! mundo real, el conjunto resulta más o menos fiel a la realidad, aunque no sea posible fiarse de ningún detalle en concreto.

Chesterton y Belloc. «Acércate -le dijo mi padre-; Fordie nos estaba contando que acaba de descubrir a otro genio.» El nuevo hallazgo de Ford resultó ser nada menos que D. H. Lawrence, del cual por entonces nadie tenía ni la menor noticia.

Ford había descubierto a mi madre, y había creído que llegaría a ser alguien de cierta importancia, en los tiempos en que trabajaba en The Freewoman; en consecuencia, la había llevado a conocer al grupo de South Lodge en calidad de nueva promesa, a fin de incluirla entre una serie de habituales de South Lodge a los cuales gustaba llamar les jeunes. Ella encajó en el acto y a la perfección entre la compañía de Compton Mackenzie, Wyndham Lewis, Ezra Pound y algunos descubrimientos procedentes de los Estados Unidos. Pound y sus amigos habían conseguido que aquel sitio fuese para ellos un hogar lejos del hogar, hasta el punto de que se cuenta que el loro real de Violet Hunt se ponía a chillar de repente «¡Ezra! ¡Ezra!» en imitación del saludo de bienvenida que profería ella tan pronto aparecía Pound. Wyndham Lewis era por entonces más bien el pintor que el escritor; había redecorado dos de las estancias de la planta baja de South Lodge con el estilo decorativo del movimiento vorticista, dando de esa manera a la Inglaterra literaria el primer atisbo de los motivos angulosos propios de la pintura abstracta. Aquella manera de probar por anticipado el sabor de lo que aún estaba por llegar no resulta menos sorprendente por su relación con los retratos familiares de estilo prerrafaelista que habían llegado a South Lodge a través de Violet Hunt, que no en vano era sobrina de Holman Hunt. En cierto sentido, ella era en persona un icono prerrafaelista. De adolescente, había servido de modelo a Burne-Jones, quedando inmortalizada en la adorable y perpleja virgen que aparece en El rey Cophetua y una doncella mendicante, cuadro que durante muchos años figuró entre los más conocidos y los más populares de entre los últimos coletazos de la pintura prerrafaelista. South Lodge también tuvo sus vínculos con la vertiente literaria del movimiento. Cuando Ford estaba a punto de trasladarse allí en compañía de Violet Hunt, resultó que ella le había acondicionado un estudio que presidía la imponente mole del escritorio en el cual Christina Rosetti había escrito su famoso Goblin Market.

Es fácil entender por qué, tras un año entre Hunstanton y Quinbury, South Lodge encandilaba tanto a mi madre. Observándolo con objetividad, su proposición de marcharse a vivir allí parece cuando menos razonable. Ford estaba en el Ejército. Violet y mi madre se llevaban muy bien. ¿Qué podía ser más natural que una mujer que de pronto se encontraba en la más completa soledad, en una mansión súbitamente vaciada, pensara en compartirla con una buena amiga? ¿Qué podía ser más natural que mi madre se sintiera atraída por la perspectiva de regresar a un lugar que para ella estaba repleto de asociaciones sumamente placenteras? En su caso, se trataba simplemente de volver precisamente a una casa londinense en la cual había sido calurosamente acogida al principio de su carrera. Volver allí iba a ser un paso adelante en el camino de regreso a la circulación activa. Le sería muy sencillo renovar los contactos literarios adquiridos en South Lodge, y tan pronto se hubiese acomodado en

compañía de Violet volvería a estar en el buen camino hacia la reanudación de su actividad profesional, y exactamente además en el punto en que la había suspendido.

Mi padre en cambio no vio aquella proposición a la misma luz. A sus ojos, aquella mudanza tenía un cierto aire teatral. En la iniciativa de mi madre entrevio a la actriz que había querido ser, y consideró que se proponía ocupar el centro del escenario, con su vergonzoso fardo en brazos, para hacerse tan visible como pudiera. En Londres, todo aquel que se preciara de ser alguien conocía a Violet, y caso de haber dentro de todo el ambiente literario un charlatán más desaforado e irresponsable que el propio Ford, no podía ser otro que ella. Le encantaba el cotilleo hasta apasionarla, y era tan incapaz de abstenerse de hacer preguntas de índole personal como de transmitir las respuestas a quien fuese. Si mi madre desease dar publicidad a las razones de su prolongada ausencia del escenario londinense, mudarse a vivir a South Lodge con Violet y con un bebé sería la mejor forma de hacerlo. Tan pronto empezase a vivir allí iba a ser incapaz de guardar cualquier secreto, aparte de relacionarse con una persona que ya había estado involucrada en un escándalo público.

Ford era en múltiples sentidos[20] un hombre muy dulce, pero también era un perfecto idiota, y además terco hasta la médula de los huesos. En 1909, cuando su esposa Elsie se había negado a concederle el divorcio después que él se fugase en compañía de Violet Hunt, había tomado la decisión de mostrarle cuan poco le importaba seguir viviendo exactamente como si estuviese legalmente casado con su amante. En este punto, Violet Hunt le había dado su apoyo al hacerse llamar Mrs. Ford. Mi padre, a pesar de la furia que ello suscitó en Ford, le advirtió que no lo hiciera. Como por entonces se encontraba sumido en medio del maremágnum que se le había venido encima a raíz de sus errores en el trato que mantuvo con Amber Reeves, Violet se le rió a la cara y le agradeció irónicamente que le ofreciese el beneficio de su sabiduría. Ella no estaba dispuesta a dejarse convencer de que fuese posible llevar a juicio una acusación por difamación contra una persona que aplicase el apellido reconocido y legal de una mujer casada a la amante de su marido. Y siguió sin convencerse de ello hasta que la esposa de Ford, muy legalista, exigió daños y perjuicios al Daily Mirror y al Throne, y una suma en calidad de indemnización y disculpa del Daily. El juicio contra el Throne lo presidió el juez Avory, haciendo gala de una acrimonia particularmente vindicativa, por no decir sedienta de sangre, y al abogado de la esposa de Ford se le dio manga ancha a la hora de reunir toda clase de pruebas en detrimento de Violet Hunt. Como ella no formaba parte directa del pleito que se dirimía, que técnicamente era un asunto que enfrentaba a la esposa de Ford con la revista, no obtuvo permiso para que la representase un abogado, y las alegaciones en contra de su carácter y su reputación

[20] Memorias. Portraits from Life, Ford. 1937. Al igual que todos los demás textos que traten sobre e! mundo real, el conjunto resulta más o menos fiel a la realidad, aunque no sea posible fiarse de ningún detalle en concreto.

pasaron a los periódicos sin que nadie pudiese impedirlo. Cuando concluyó la vista del caso, que había durado dos días, su reputación había quedado a la altura del barro, y se vio en la amarga tesitura de tener que descubrir que muchas personas a las que había contado entre sus amistades le habían cerrado las puertas. Ford se la llevó al extranjero durante seis meses, con la esperanza de que todo aquel desagradable asunto se olvidara, pero aunque sus amistades más bohemias formaron una piña a su alrededor y volvieron a South Lodge a su regreso, las puertas de los más respetables solamente volvieron a abrirse poco a poco muchos años después, e incluso con ciertas reservas. En 1915 aún estaba considerada en general como una mujer de mala fama y depravada reputación.

Se puede entender que mi padre no se comportó de forma del todo irracional cuando le dijo a mi madre que, siendo como era una madre soltera, no iba a procurarse nada bueno yéndose a vivir a South Lodge con Violet Hunt. La intentó persuadir por entonces para que entendiese su punto de vista, pero ella no llegó a convencerse del todo. La sospecha de que él intentaba mantenerla alejada de sus jóvenes amistades, de los contactos que había hecho en South Lodge, permaneció aletargada en su mente, y allí iba a seguir creciendo hasta convertirse en una fijación y un motivo de agravio a medida que la relación fue deteriorándose.

Tras su liberación de Quinbury, mi madre se vio implicada en una serie de mudanzas y cambios de acompañantes que a mi padre le resultaron lisa y llanamente exasperantes. Pasó dos meses en el chabacano y disoluto Riviera Hotel, a orillas del río, en Maidenhead, y luego encontró una casa de estilo eduardiano, bastante grande, pero de todo punto inservible, en Hatch End, al noroeste de Londres. Parecía más apacible que Quinbury, pero seguía siendo un lugar desastroso en el cual vivir, y allí pronto empezaron a torcerse las cosas. Mi madre volvió a verse en medio de una nueva debacle o un nuevo drama cada vez que mi padre acudía a visitarla; esta vez, él atribuyó sus problemas a una vieja amiga de ella llamada Wilma Meikle[21], que se había unido a ella en calidad de compañera y ama de llaves. Mi padre llegó a la conclusión de que Wilma era una incompetente, una liante y una alborotadora, de manera que no tardó en apremiar a mi madre para que se deshiciera de ella. Con tal de que aquella mujer se fuese, todo volvería a salir a pedir de boca. Sin embargo, aquella mujer se quedó. Su compostura, al dar órdenes absurdas y desatinadas a los criados, los exasperaba, y su presencia depresiva y descontenta en los almuerzos y en las veladas, siempre que mi padre deseaba estar a solas con mi madre, a él lo exasperaba más si cabe. A comienzos de 1916, las cosas estaban a punto de llegar a un punto decisivo. Mi madre escribió a una antigua amiga[22], en términos muy

[21] Todo lo que pueda decirse a favor de este personaje secundario, e incluso algo más. queda recogido en una recensión: W. M., Mirards a Sane Feminism, R. W. Daily News, 17 de noviembre de 1916.

[22] Carta de R. W. a S. K. R.. 4 de febrero de 1916.

sombríos, para decirle que rara vez se le permitía ver a mi padre, al cual pasó a referirse, de forma pesadamente irónica, y con mayúsculas, como «El Gran Hombre», aparte de comunicarle que siempre que podía verle era en compañía de desconocidos. Se encontraba, según sus palabras, en una situación tristísima, y perdía a cada paso la escasa confianza en sí misma que podía quedarle. Se había apoderado de ella la terrorífica sensación de que iba envejeciendo, de que ya no quedaban pavorreales ni puestas de sol en este mundo.

Mi padre supo que ella empezaba a pensar en tales términos, pero descubrió que le costaba Dios y ayuda tomarse estas quejas tan en serio como ella hubiese deseado. Él todavía consideraba que Wilma era la raíz del problema, así que le dijo a mi madre que aquella mujer se tenía que marchar. Mi madre se refugió de este ultimátum en una simple huida. Se alojó en diversos lugares de la costa sur durante la mayor parte del mes de mayo de 1916, y luego volvió una temporada al Riviera Hotel, para alojarse después en Whitby, en Yorkshire. Allí pasó la mayor parte de agosto y septiembre de 1916, mientras mi padre estaba de gira por las zonas que habían sido escenario de los más encarnizados combates, en Francia e Italia. Cuando regresó, pasaron juntos un largo fin de semana en un lugar secreto, entre Maidenhead y Bray. No estaba dispuesto a tolerarlo, no podía de ninguna manera ir de nuevo a Hatch End, no quería afrontar ni una sola de aquellas estultas veladas en compañía de Wilma. Y así se lo dijo. Ella le escribió con tristeza[23], diciéndole cuánto aborrecía verse separada de él. ¿Se daba él cuenta de que tan sólo había ido a verla en dos ocasiones desde que volvió de Francia?

Mi padre le contestó a su manera, con su característica contención. Las condiciones bajo las cuales podían verse eran sin duda una prueba muy severa al amor que él le tenía. Ella debía idear algo que le permitiera poner orden en su entorno doméstico. Tenía que conseguir hacer de su casa un lugar en el que ella pudiese trabajar, en el que él pudiese trabajar también siempre que estuviese con ella. Y, para empezar, tenía que deshacerse de Wilma a toda costa. Mi madre hizo todo lo posible. Se mudó de aquella casa de Hatch End, imposible de manejar; se alejó de la ajetreada trivialidad del sector noroeste del extrarradio, para regresar al sur de Essex. Descubrió un alojamiento que le resultó mucho más practicable, más agradable, en Leigh-on-Sea, en la costa norte del estuario del Támesis, muy cerca de Southend, a unos cuarenta minutos de la estación de ferrocarril de Fenchurch Street, en Londres. La casa a la que se había mudado mi madre era una casa encantadora, si se tienen en cuenta los criterios del extrarradio londinense. Daba exactamente encima de la amplia bocana del estuario desde una especie de balconada encajada en unos cerros que corren paralelos a la costa. Dichos cerros tienen la inclinación y la altura necesarias para impedir que llegase a la casa todo el ruido de los trenes de cercanías que pasaban por la línea férrea más próxima a la casa. A menos de cinco minutos a pie, un tramo de escaleras

[23] Carta de R. W. a H. G. W.. 19 de septiembre de 1916

conducía a una estación en la cual se detenían los trenes de Londres. Desde aquella nueva casa, a mi madre le resultaba muy fácil acudir a reunirse con mi padre en su pied-á-terre de Claverton Street, en Pimlico, al igual que a él le costaba poco tiempo llegar a verla desde Dunmow, pasando por Chelmsford.

Por si fuera poco, Leigh era uno de esos lugares que a mi padre le agradaban de veras. Poco más allá de la pequeña estación de ferrocarril, había auténticos botes pesqueros sobre los guijarros de la orilla, entre las casamatas de tablones embreados en las que los pescadores cocían los bígaros que habían recogido en Leigh Sands y en Marsh End Flats, aquellos bígaros que para los que frecuentaban por entonces el East End eran una auténtica delicia. Al Oeste había millas y millas de buenos paseos por entre los diques de tierra batida que resguardaban las salinas de Leigh de la pleamar, y también por Benfleet Creek y Canvey Island, en aquel entonces desconocedoras aún de los enormes depósitos de hoy en día. A mi madre le entusiasmaba salir a caminar, y disfrutaba de aquellos sitios tanto o más que mi padre. Disfrutaron de unos cuantos días muy gratos, paseando juntos a la orilla del mar, por los alrededores de Leigh, entre marzo de 1917 y el comienzo del verano. Sólo que entonces volvieron a surgir las tensiones entre ellos dos.

Los problemas se presentaron como de costumbre. La reducida hacienda de mi madre se había sumido de nuevo en el ya conocido y desastroso desorden cuando se marchó una de las criadas, celosa de otra que acababa de anunciar su boda en breve. A mi padre le resultó de todo punto imposible entender ni una sola palabra del relato que le hizo mi madre de lo sucedido; no pudo entender el cómo ni el porqué, y presa de su exasperación cometió el error de sacar a relucir un antiguo proyecto suyo para reformar el planteamiento doméstico de mi madre. Tres años antes, cuando mi madre estaba aún en Quinbury, él había llegado a la conclusión de que la incapacidad de mi madre para tener satisfechos a sus criados se debía a su absoluta falta de experiencia en tales cuestiones. Le había preguntado a Jane si podría echarle una mano, si no podría encontrar a una mujer algo mayor, que hubiese trabajado toda la vida de criada y que se prestase a trabajar para mi madre durante unos seis meses o un año en calidad de ama de llaves, para enseñarle a llevar una casa como es debido.

Jane, que siempre estuvo muy inclinada a echar una mano en tales materias (no en vano había proporcionado a Amber Reeves su ajuar cuando resultó evidente que nadie iba a ocuparse de ello), hizo toda suerte de indagaciones por la zona en que residía y a la sazón encontró a Auntie North. Auntie North había empezado a trabajar de niñera en una gran casa de campo, había sido cocinera durante una temporada y había terminado por ser dueña y señora de las criadas de la casa. Los señores para quienes había trabajado se deshicieron en elogios sobre ella, si bien mi madre no se animó a tomarla a su servicio. Aguantó las presiones para contratarla hasta que por fin se marchó de Quinbury y así arrinconó la idea.

No me resulta nada claro por qué titubeó y por qué flaquearon las fuerzas de mi madre cuando mi padre volvió a revivir el proyecto de contratar a Auntie North, ya en el verano de 1917; de todos modos, su rechazo inicial a relacionarse con aquella señora resultó estar perfectamente justificado. Era una de esas criadas de confianza que habían trabajado toda la vida al servicio de una familia, una de esas criadas que terminan por ganarse el privilegio de hablar a las claras con sus señores. Sabía positivamente que no era sino una criada, pero también se le había metido en la cabeza que era una criada de la pequeña nobleza que de hecho se hallaba en pie de igualdad con sus señores. Se quedó de una pieza, completamente fuera de sí, cuando descubrió que había ido a parar a una casa de clase media en la cual ni siquiera había una habitación reservada para las criadas, ni tampoco una sala de estar para la servidumbre. Sintiéndose como pez fuera del agua, llegó a la conclusión de que su lugar natural en casa de mi madre estaba en la sala de estar, y que para cumplir con su cometido le bastaría con soltar un par comentarios ácidamente críticos siempre que surgiera la ocasión de hacerlo. No le costó siquiera dos días llegar a la conclusión de que mi madre era un cero a la izquierda, y que en el trato no tenía por qué ser superior a ella. Como no se preocupó ni lo más mínimo de guardarse para sí sus opiniones, no tardó nada en provocar una nueva crisis doméstica en casa de mi madre. La siguiente vez que mi padre fue a verla, poco después que mi madre resolviera más o menos la crisis mediante el sencillo sistema de echar de casa a Auntie North y a la cocinera, se quedó genuinamente sorprendido al descubrir que ella estaba hecha una furia con él. Después de todo, él solamente había hecho todo lo posible por ayudarla.

Mi padre no se dio cuenta, al menos por un tiempo, de que este episodio de farsa había servido para abrirle a mi madre los ojos sobre ciertos aspectos de su situación que hasta la fecha había pasado inconscientemente por alto. Cuando se metió de lleno en su relación con mi padre, se le explicó con toda claridad que él formaba una piña con Jane, pero ella no llegó a entender del todo las implicaciones de lo que se le había comunicado. En su experiencia previa nada había que hubiese podido ponerle sobre aviso de la fuerza imparable que puede llegar a desarrollar una pareja casada y dispuesta además a consentir semejantes apaños. Solamente después del breve episodio de Auntie North, que a ella por cierto la dejó muy dolida, empezó a entender con una cierta claridad con quién se estaba jugando los cuartos. Aquel incidente le dio a entender que su embarazo y el nacimiento de su criatura no habían cambiado las cosas absolutamente nada. Podría haber hipotecado su futuro y haber entregado todos los años de su vida a un intento desaforado por conseguir lo que más deseaba, que con eso y con todo sus amoríos con mi padre no pasarían de ser una minucia completamente secundaria y marginal respecto del matrimonio que presidía su vida. Descubrió, sin el menor regusto de placer, que se había colocado en una situación dada la cual a Jane le sería muy sencillo mostrarse condescendiente con ella. Y cuando ya era demasiado tarde también entendió que todo lo que le había dicho

mi padre, sobre todo al principio, respecto de sus relaciones con su esposa, equivalía a decirle a las claras que bajo ningún concepto podía ella aspirar a convertirse en nada que superase la categoría de actriz secundaria respecto del papel de protagonista que investía a Jane.

Aquello tuvo que serle sumamente doloroso, pero también entendió, por si fuera poco, que Jane estaba al cabo de la calle. Jane tuvo muy claro desde el principio que no tenía nada que temer de ninguna mujer que estuviese de acuerdo en relacionarse con mi padre según los términos que preveía su acuerdo matrimonial. Jane se había propuesto ser la esposa legal de mi padre hasta que la muerte los separase, y no estaba de ninguna manera dispuesta a tolerar, ni siquiera en la franja que más distaba de su relación conyugal, la presencia de una hipotética rival a la cual tuviese que considerar digna de su respeto. No era una mujer sensual, y nunca había alcanzado a entender los sentimientos ni de los hombres ni de las mujeres que consentían que sus apetitos físicos gobernasen su conducta. En consecuencia, le resultaba imposible respetar a ninguna mujer que estuviese dispuesta a rebajarse y humillarse ante ella a fin de obtener licencia para acostarse con su esposo. Incluso notaba un cínico placer en calibrar hasta qué punto estaban dispuestas a llegar, en este sentido, las mujeres con las que mi padre andaba en tratos. A menudo, mediante un derroche de gestos de consideración y de amistad hacia ellas, dándoles a entender de ese modo que todo aquello no le afectaba para nada, y que tampoco les guardaba ningún rencor, conseguía arrastrarlas a una abierta correspondencia con ella. Todas las cartas que le escribieron estas mujeres las conservó anotadas con suma precisión. En los márgenes nunca puso una frase descortés, ni mucho menos malintencionada, consiguiendo en cambio expresar de forma más efectiva sus sentimientos de desdén y de irrisión mediante el subrayado, con un lápiz de punta dura, de todas aquellas notas de falsedad y de obvia insinceridad que aparecían en las cartas; si no, a veces añadía una tétrica exclamación al margen. Era una mujer que a muchos hombres y a muchas mujeres que no llegaron a conocerla del todo daba la imagen de una pastorcilla de porcelana de Dresde, si bien, tal como Beatrice Webb reconoció en un momento de clarividencia, y muy al principio de su relación, en su porte había siempre algo duro como el acero. Cuando se trataba de defender lo que ella consideraba sus intereses vitales, era sin duda alguna una mujer muy dura, indomeñable, a pesar de lo cual resultaba formidable, sobre todo por tener un muy escaso sentido del humor. Cuando mi padre le dijo que podría tener aquella amabilidad con mi madre, es decir, hacerle el favor de conseguirle una criada mayor y experta en asuntos domésticos que le enseñara todo lo necesario en la materia, la sugerencia se le antojó de lo más gracioso. Y aún pareció más extravagante si cabe cuando volvió a presentarse la misma ocasión por segunda vez, tres años más tarde.

De haberse reído mi madre a la cara de mi padre cuando le propuso que contratase a Auntie North por segunda vez, podría haber zarandeado a Jane, pero aún estaba demasiado verde para entender que de ninguna manera podría haberse permitido prestar oídos a semejante sugerencia, y

mucho menos a considerar en serio el asunto. Y una vez cometida la torpeza de permitir que aquella anciana chiflada e irritable entrase en su casa, agravó más el error. No tenía la experiencia necesaria para saber que tales errores de ninguna manera pueden repararse mediante una acción vengativa, y que lo propio es considerarlos meros errores que antes o después se quedan atrás. Desgraciadamente, mi madre, al igual que más tarde, se quedó con una imagen de sí misma en la que salía parecida al típico mozalbete del Norte, con la gorra encasquetada, decidido a dar golpe por golpe y a aguantar a pie firme, sin tener en cuenta el hecho de hallarse arrinconado. Sintió que se le había ofrecido un recordatorio provocativo de su estatus, de su calidad de actriz secundaria, y reaccionó como si se le hubiese propuesto un reto. Decidió mostrarle a Jane de qué pasta estaba hecha, es decir, dejarle bien claro que era una soprano, y no una mera figurante, y que se había propuesto ser la atracción principal en todos los espectáculos en que fuera a tomar parte. Aquella mujer que había osado tratarla condescendientemente, en calidad de protegida, tenía que morder el polvo o, por lo menos, recular en sus actitudes. Mi padre tendría que divorciarse de Jane para poder casarse con ella. Estaba dispuesta a pelear hasta que ya no quedase ni la más mínima duda acerca de cuál de las dos era la figura central de su vida.

Jane pudo seguir este nuevo giro de los acontecimientos a su propio paso, tan pronto se hubo percatado del mismo. No era una persona que creyese en la conveniencia de ponerse a soltar mandobles; ni siquiera solía levantar la voz. Celebró unos cuantos almuerzos, e invitó a unas cuantas amistades a tomar el té. Dejó correr la voz de que estaba algo disgustada con mi madre, que por cierto la había dejado asombrada, más que nada por no prestarse a aceptar las reglas del juego. Dijo a sus amigos íntimos que nunca había metido baza, que nunca se había propuesto echar a perder los amoríos de mi madre con su esposo, y que, al contrario[24], se había mostrado tan comprensiva y tan amable en todo aquello como de ella habría podido esperarse de manera mínimamente razonable. Y mi madre, de pronto, estaba dispuesta a pagarle su tolerancia forzándola a aceptar el divorcio. Estaba completamente segura de que mi padre ni siquiera habría soñado tal cosa, en el supuesto de que a él le tocase decidir, claro que mi madre era muy joven, y muy atractiva, y mi padre tenía una debilidad inocultable por las mujeres jóvenes y atractivas. Él se encontró sometido a una enorme presión.

El rumor de que mi madre había empezado a comportarse de mala manera, de que estaba haciendo todo lo posible por destrozar el matrimonio de mi padre, de manera tal que el desenlace solamente podría resultar muy duro a su simpática esposa, comenzó a extenderse... tal como estaba previsto. Y, tal como también estaba previsto, alcanzó de lleno a mi madre. Ella contestó, como era previsible, devolviendo el golpe. Encolerizada, empezó a pensar en Jane, y a hablar de ella, como quien piensa y habla de una hipócrita vengativa, y tampoco ocultó que creía firmemente en que mi padre estaba obligado sin duda a divorciarse de su

[24] Carta de H. G. W. a Jane, 4 de agosto de 1914

esposa y a casarse con ella. Comenzó a apremiar a mi padre para que reconociese la existencia de esta obligación, para que se dispusiera a hacerle los honores. Cuando Jane se enteró de que mi madre estaba en éstas, pudo retirarse airosamente de una pelea desigual. Ya no hacía falta que dijera nada más. Lo único que tenía que hacer era sonreír con amabilidad y

dárselas de mártir, antes de cambiar de tema de conversación. Podía dejarlo todo, con toda tranquilidad, en manos de mi madre, que no en vano se había hecho llamar Rebecca West: que fuera ella sola la que se hiciese todo el daño que la situación podía entrañar. Su propia postura no podía ser más fuerte, y su joven adversaria sólo podía salir perdiendo y quedar malparada, aparte de agravar la situación de mi padre, si se proponía salir al ataque.

Jane Wells no se pasó en ningún momento de confianza en sí misma. Había hecho mucho por mi padre desde que contrajeron matrimonio, y con él había acumulado una enorme cuenta de crédito, por así decir. Ella había decidido muy pronto qué era lo que de ninguna forma iba a consentir: que su notorio esposo la zarandease más de la cuenta. Él era la respuesta a las necesidades que ella tenía, y ella iba a ser la respuesta a las suyas, fueran las que fuesen. Hay una fotografía en la que aparecen los dos, tomada a mediados de la década de 1890, que relata lo principal de la historia. Él está remando, con ademán muy varonil, al frente de la pequeña embarcación, y ella le mira desde el asiento de popa. Él es el joven delgado de aquellos años, con aquellos ojos maravillosamente azules, con esa manera de estar alerta, igual que un ave de presa, puro nervio, inseguridad, pujanza, y una brillantez aún incierta, a punto de elevarse sobre el mundo como un cohete. Ella es, con diferencia, la más avejentada de los dos, al menos por lo que atañe al ánimo, y parece considerarlo a él sin bajar la guardia, con ternura y con asombro. ¿Quién es ese extraordinario ser que se bastará para que ella haga lo que sea? Se trata de la expresión que podría esperarse en el rostro de una madre cuyo hijo a punto está de convertirse en un prodigio, mientras la madre se pregunta hasta dónde llegará la criatura.

Mi padre había puesto a Jane a prueba con gran dureza a lo largo de los años de vida en común, pero ella nunca perdió el aguante. Cuando él le pidió que dejaran la casa de que disfrutaban en Sandgate, a orillas del Canal de la Mancha y que habían construido en sus primeros tiempos de prosperidad, para irse a vivir a Church Row, en Hampstead, de manera que él pudiese seguir adelante más fácilmente con el amorío que tenía con Amber Reeves, ella hizo lo que él le pidió sin titubear. Y cuando él se consoló del final de su historia con Amber Reeves dando inicio a otra aventura amorosa, esta vez con Mary Beauchamp, prima de Katherine Mansfield, ella tampoco se dejó desconcertar. A ella le divertía Mary Beauchamp, y disfrutaba de su compañía, pero es cierto que empezó a preocuparse un poco cuando la inquietud que sembró aquella aventura en mi padre le llevó a planear una vuelta al mundo que le habría tenido alejado de las dos al menos por espacio de un año. A ella no le agradó la idea ni lo más mínimo. Sus hijos tenían entonces once y siete años, y los

dos necesitaban de su padre. La respuesta que ella adujo al problema de su marido, a la larga, no podría haberle salido mejor. Había descubierto una casa que a él le ofrecería la posibilidad de empezar de cero y en un ambiente nuevo por completo, la Vieja Rectoría de Little Easton, en Essex. Había algo en aquella casa -su solidez de estilo georgiano, su amplitud de espacio- que le cautivó. Alquilaron la casa por una breve temporada, y cuando se les acabó el alquiler, en la primavera de 1914, lo renovaron por un plazo aún mayor, un plazo que justificaría los extensos planos de renovaciones y modificaciones que los dos creían que necesitaba la casa en el supuesto de que fuesen a vivir en ella durante unos años. Firmaron el nuevo contrato, y las modificaciones estuvieron previstas a comienzos del verano. Mientras Jane repasaba los planes de aquellas reformas con mi padre y con el arquitecto, Randall Wells, sabía perfectamente que había construido un futuro para los dos, y que no había nada de qué preocuparse. Aquel niño que iba a nacer en breve, en las honduras de los bosques de Norfolk, no iba a cambiar nada entre ellos dos.

Pero resultó que[25] la nueva casa, Easton Glebe, que es como iban a llamarla, iba a despertar en Jane los primeros, los únicos síntomas de preocupación por culpa de mi madre. Las obras de reforma, las cuales comprendían varios cuartos de baño, la modernización de las cocinas, la adición de tres dormitorios para los criados, y un estupendo balcón en el comedor, apenas habían comenzado cuando en agosto se produjo la ruptura de las hostilidades, de manera que las obras se alargaron interminablemente. La instalación de fontanería les dio muchos quebraderos de cabeza. En la casa, de comienzos del siglo XVIII, existía una instalación que era producto de diversas improvisaciones de la época victoriana, algunas de ellas sumamente primitivas, y la modernización de la casa entrañó interminables demoliciones de tabiques, con lo cual la casa se llenó de polvo y de hollín. Durante buena parte de 1915, mi padre estuvo menos veces en su nueva casa que fuera de ella.

Jane tuvo sus dudas durante aquel año. Sus dos hijos habían empezado a estudiar en un internado, y ella se sentía sola. ¿Acaso mi padre, después de todo, se había propuesto abandonarla? Le planteó la cuestión, y él le devolvió la confianza, claro está que a su manera. Reconoció haber estado particularmente irritable e impaciente durante los meses anteriores, aun cuando ella, según opinión de él, no hubiese llegado a entender cuan torturador le había resultado tener que trabajar en una casa que no era más que una promesa de comodidad que de ninguna manera parecía que fuese a cumplirse. Aborrecía los proyectos a medio terminar. Aborrecía que nada estuviese en su sitio. Aborrecía los martillazos, las lonas que aleteaban por todas partes. Deseaba que todo terminase. Deseaba que su casa fuese un sitio en el cual fuera posible vivir, un sitio al cual pudiese invitar a otras personas. No podía soportar la casa mientras fuese un continuo desorden, una continua agresión. Además, había que considerar otra cuestión: cada vez que pasaba varios días seguidos en Easton, se sumergía en un estado de absoluta

[25] Carta de H. G. W. a Jane, mediados de abril de 1915

irritabilidad... cuando la realidad, en crudo, era que tenía apremiantes necesidades físicas que ella no podía satisfacer. Él era un hombre afectuoso, que de veras amaba a su familia, y todo lo demás, pero tenía una necesidad mucho más simple. Necesitaba aquello cada vez que le entraba el hambre, a fin de apaciguar sus nervios, a fin de disponer de su mente para las cuestiones de verdadera importancia. A ella la quería horrores. Era carne de su carne y sangre de su sangre, y ella había sido además la que había hecho de él quien era. No podría abandonarla.

Jane respiró tranquila de nuevo. Él tan sólo había ido a decirle lo que ella ya sabía, aun cuando fuese un alivio que volviese a decírselo. Quedó renovado su antiguo pacto, asegurado en el conocimiento de que él seguía necesitándola para serle infiel, y más que nunca, mientras ella se encontró libre de nuevo para pensar en las cosas de verdadera importancia, como era, sobre todo, poner orden en la casa y en el jardín. Jane invirtió todas sus energías en aquella tarea, y empezó a obrar milagros. A finales de verano, Easton pasó a ser el lugar perfecto para que mi padre trabajase en él, para que disfrutase de él, y así adquirió el carácter que iba a tener durante toda una década.

Aquellos meses fueron importantes para ellos dos por otra razón. A mediados de 1915, mi padre había conseguido salir a pulso, escribiendo, del fiasco en que se encontraba desde el fracaso de El mundo en libertad, de 1914. La confianza que antes tuviera en sí mismo había vuelto de lleno, y volvió a ver cuál era el camino que tenía que seguir. Ya no necesitaba que le certificase nadie su valía: él era H. G. Wells, y estaba escribiendo un nuevo libro. Lo iónico que anhelaba era, por una parte, tiempo para poder trabajar, y por otra una estimulante relajación. Ya no tenía ningún sentido molestarse y preocuparse. En contra de Jane y de Easton Glebe, mi madre no tenía nada que hacer.

Capitulo III

«Claro está que la verdadera literatura, según sabe todo el mundo, es algo que tiene que ver con el ocio, el lujo, las personas cultas, los libros, las lámparas de pantalla y todo eso. Hallery sin embargo quiere meter dentro de ese saco no sólo las catedrales y los santuarios, sino también las señales que se han visto en el cielo y los tesoros... Quiere que la literatura abarque todo aquello que existe y además todo lo que cambia a lo largo del trayecto, con la salvedad de los particulares puramente personales.»

Boon

Mi padre llegó a uno de los momentos decisivos de su carrera en 1914. Pocos meses después del fracaso de El mundo en libertad, salió a la calle The Wife of Sir Isaac Harman (La esposa de Sir Isaac Harman), obra que fue tibiamente recibida. Él nunca se había empeñado de todo corazón en aquel libro, y tampoco había conseguido convencerse nunca de que el libro siguiente, Bealby, dejando al margen la cuestión monetaria, hubiese sido un libro digno de terminar. Le dijeron que era una maravilla de libro las personas deseosas de consolarle por los dos fracasos precedentes, aun cuando él sabía que tanto los consuelos como el libro no tenían sangre en las venas. Y The Research Magnificent (La indagación espléndida), libro al cual había consagrado dos años de trabajo, seguía escapándosele. Cada

vez era más frecuente que, siempre que se propusiera insuflarle nueva vida, o añadir alguna novedad, se encontrase frente a frente con el interrogante fundamental: ¿qué es lo que estoy tratando de hacer?

Era quien era tan de pies a cabeza, que solamente podría hallar una respuesta a este interrogante: la solución al problema era claramente escribir un nuevo libro. Trataría sobre un novelista famoso que pierde la fe en su vocación ante el creciente horror que le inspira la guerra. Pero no podría ser un libro pesado, pues de ese modo terminaría por asfixiarse, tal como se había asfixiado con La indagación espléndida; estaba demasiado desanimado como para tener suerte con otro empeño de esas características. Tendría que intentar algo distinto, probar otra vena, si de veras aspiraba a la liberación que tanto ansiaba. Tenía la costumbre de refrescarse con alguna actividad lúdica siempre que se sentía agotado, y de pronto se encontró con que acababa de desenterrar un antiguo chiste de familia sobre un escritor imaginario llamado George Boon.

George Boon era la caricatura que de sí mismo había trazado mi padre: se trataba de un personaje marginal, de corta estatura, de carácter inconstante y tornadizo y cierta tendencia a la obesidad, cuyo súbito e inmenso éxito de crítica y de público le habían convertido en prominente figura de un mundillo literario al cual no creía pertenecer. Mi padre se lo había inventado durante los años que pasó en Sandgate, a escasa distancia —que recorría en bicicleta— de Lamb House, la mansión que poseía Henry James al otro lado de Romney Marsh. Hubo cierto trato entre los dos, y Boon empezó a existir para aliviar algunas de las tensiones provocadas por la proximidad con que se perfilaba aquella presencia literaria.

La relación que tuvo mi padre con Henry James ha sido objeto de diversos errores de interpretación en las biografías de ambos hombres. León Edel, escritor norteamericano, se ha permitido el lujo de decir que fueron excelentes amigos al menos durante una determinada época. Nada más lejos de la realidad: nunca fueron amigos, y por una razón bien sencilla: los sentimientos que albergaba James hacia mi padre debieron de ser muy parecidos a los que debió de tener Balaam para con su asno después que éste le hablase. Reconocía que mi padre era un fenómeno, pero no era capaz de pensar en él en términos de igual a igual. Lo trataba con una condescendencia punto menos que implacable, y lo hacía de la forma más ofensiva que le fuera posible. A mi padre quiso dejarle bien claro que daba por hecho que era tan tarugo que no sería capaz de entender lo que a él, a James, se le estaba haciendo. Muy al principio de su relación, James pasó a ser una figura que tanto mi padre como mi madre se tomaban a chirigota, en parte por el engolamiento y la reverencia en que se tenía conceptuado, aquel gran vicio cuyo cultivo tanto fomentó en él su hermana, Alice, y en parte por la persistencia de sus esfuerzos misioneros para con mi padre, al cual quiso inculcarle la absoluta necesidad de enaltecer la dignidad y el decoro que requería su nueva posición en la sociedad. James le dejó bien claro que era su deber no consentir que la literatura decayese.

Mi padre tenía verdadero talento para la imitación, y nada le divertía tanto como repetir las elaboradísimas, fantásticas e hiperbóreas pagodas verbales con que expresaba James su asombro ante hechos tales como que el pobre e infeliz George Gissing[26], nacido entre las filas más oscuras de la clase media baja -y, por si fuera poco, en el norte del país-, fuera capaz de hablar francés con un acento de perfección casi exquisita, o que hubiese algunas personas educadas, refinadas, que pese a todo creían a pie juntillas que aquel patán irremediablemente provinciano[27], William el Juglar, hubiese escrito las obras de teatro y los poemas.

Sin embargo, el chiste de James había terminado por amargarse. Había escrito a mi padre en demasiadas ocasiones para ensalzarlo con untuosas adulaciones a manera de preliminar, es decir, antes de comunicarle que su último libro volvía a poner de manifiesto que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Le daba por jugar a este juego de oscuras motivaciones con excesiva frecuencia, por ejemplo cuando escribió a mi padre a propósito de Amigos apasionados[28], para decirle lisa y llanamente que de ninguna forma sería posible tomárselo en serio como escritor.

> *Me siento absolutamente incapaz de aproximarme a su obra, y ni siquiera noto que lo desee ó que pueda llegar a desearlo... bajo la luz de ninguna óptica de la crítica literaria, para estatuir ninguna clase de juicios, comparaciones o conclusiones; de hecho, no comparto ni puedo compartir con usted ninguna relación estética o «literaria»...*

Que un escritor se dirija a otro en privado con el exclusivo propósito de hacerle saber que su obra tendrá validez solamente mientras tenga derecho a despertar el interés de los lectores en tanto manifestación de su propia personalidad, y que en caso contrario carecerá de todo valor, es una forma perfecta de meterse donde no le llaman. Y la ofensa de James fue tanto mayor por cuanto que su carta le llegó a mi padre en un momento en que albergaba serias dudas respecto de sí mismo. Empuñó la pluma[29] para mitigar sus sentimientos, e hizo saber ajames, con un lenguaje intencionadamente abrasivo, cuan estéril e impertinente le resultaba la crítica de un colega tan claramente incapaz de comprender propósitos e intenciones diferentes de los suyos. Además, dejó caer al desgaire la observación de que James se había excedido al adoptar la actitud del maestro para con el discípulo con un escritor que nunca le había invitado a hacerlo, y que, como se las había arreglado para encontrar editor para una treintena de novelas que no habían fracasado

[26] Recogido en el diario de Sydney Waterlow, 7 de diciembre de 1907
[27] Carta de H. J. a V. H., 4 de julio de 1903
[28] Carta de H. J. a H. G. W., 21 de septiembre de 1913
[29] Carta de H. G. W. a H. J., 21 de septiembre de 1913

del todo estrepitosamente, bien podría considerar que había echado a andar por el buen camino.

James, quien gustaba mucho de rodearse de cobistas, y que por tanto estaba acostumbrado a que le lamiesen las botas, consideró irritante el sarcasmo de mi padre. Volvieron a encenderse en su interior una serie de sentimientos que habían permanecido apagados desde 1912. Aquel año, James unió sus fuerzas con Edmund Gosse[30], un crítico distinguido aunque algo cursi, cuya más elevada ambición en lo literario iba a cumplir en definitiva mediante su nombramiento como bibliotecario de la Cámara de los Lores; ambos intentaron persuadir a mi padre para que se hiciera miembro del Comité Académico de la Royal Society of Literature. Los dos lo hicieron con sus mejores intenciones. Se habían propuesto ayudar a mi padre para que recuperase su respetabilidad después del escándalo por el que había pasado, y recibieron como una afrenta su instantánea negativa[31] a tener ninguna relación con semejante propuesta. Al desecharla, mi padre dijo a James que no tenía ningún interés por ninguna academia, y que no creía que la institucionalización de las artes redundase en beneficio de las mismas, añadiendo que, en el supuesto de que alguna vez llegase a considerar la posibilidad de hacerse miembro de una sociedad literaria, jamás sería una sociedad patrocinada por la Casa Real. James se sintió herido donde más podía dolerle. Comunicó a Gosse que la respuesta de mi padre a la invitación de ambos había puesto de relieve que «de ninguna de las maneras podría figurar entre nosotros»[32]. Prosiguió elevando la negativa de mi padre a hacerse miembro de su rancia organización al rango de una decisión consciente de apartarse de la propia literatura. Habida cuenta de la ulterior afrenta de mi padre, negándose a someterse a su autoridad crítica en relación con Amigos apasionados, James llegó a la conclusión de que había llegado el momento de dar una lección, o un correctivo, a aquel jovenzano surgido de abajo. Procedió, a su debido tiempo, a publicar en el Times Literary Supplement la insufrible crítica que ya he mencionado antes. Una de las frases que James aplicaba a la escritura de mi padre, la incorregible levedad, le resultó en particular muy ofensiva. Era excesivo que le acusase de tal defecto un hombre que había reconocido renunciar a un año entero de su vida para consagrarlo a un esfuerzo, a resultas del cual concluyó The Awkward Age, por vencer a Gyp, la titulada dama francesa que escribía con éxito una novela de medio pelo tras otra, sin cesar, en su propio y ridículo terreno.

Me resulta muy fácil adentrarme en la sensación de ultraje que embargó a mi padre. Al margen de lo que hubiese podido hacer y deshacer desde que quince años atrás escribiese Love and Mr. Lewisham (El amor y el señor Lewisham), cuando menos había intentado enfrentarse a todas las cosas que en su fuero interno tenían una importancia más apremiante. Había llegado a pensar que los asuntos particulares que

[30] Carta de H. J. a H. G. W., 20 de marzo de 1912
[31] Carta de H. G. W. a H. J., 25 de marzo de 1912
[32] Carta de H. J. a E. G., 26 de marzo de 1912

había tratado merecían a su vez ser tratados en público, pues estaba seguro de que esos asuntos, o tal vez otras preocupaciones similares, eran la sustancia de que estaban entretejidas las vidas de la gran mayoría de hombres y mujeres que veía sufrir a su alrededor. En sus libros nunca dejó de preguntarse, y de preguntar a sus lectores, por las cuestiones que para él tenían vital importancia. ¿Por qué resultaba la vida de tantas personas tan estrecha y limitada? ¿Por qué abundaba tanto la fealdad, en el plano físico y en el plano moral? ¿Por qué las relaciones sexuales, que deberían ser fuente de alegría, resultaban a menudo tan pobres y degradantes? ¿Por qué seguían tolerándose ciertas convenciones que deformaban por completo la vida de las personas? ¿Acaso no existían mejores formas de vivir? ¿Acaso esas continuas probaturas, esos esfuerzos por llegar al corazón mismo de lo que verdaderamente importa, de lo que auténticamente tiene sentido en la vida de tantas personas de a pie, por muy poco artísticamente que estuviesen tratados, podían resultar una empresa menos seria que entregarse de lleno, un año sí y el otro también, a la producción de objetos artísticos sumamente elaborados y exquisitamente terminados que solamente podrían saborear los más privilegiados, los más refinados, en sus ratos de ocio?

Cuanto más tiempo dedicó a pensar en ellas, más intolerables le resultaron a mi padre las pretensiones pontificias de James. El muy ladino no podía reposar en paz con su absoluta libertad para dedicarse a sus preciosismos: tenía que excluir además todas las demás formas de la novela, e insistir en la necesidad de que la literatura se limitase al cumplimiento del único esfuerzo que estaba dispuesto a reconocer, a saber, el logro de la experiencia estética en sí misma. Todos los novelistas estaban obligados a escribir novelas jamesianas y de acuerdo con el estilo jamesiano. Había intentado funcionar como si él mismo fuese toda una Academia, imponiendo las reglas que estipulasen lo que podía hacerse con la novela y lo que no, y amenazando a todos los que deseasen continuar la explotación de sus formas infinitamente variadas con imponerles una especie de excomunión. En medio de su irritación, a mi padre se le ocurrió que las dudas que tenía George Boon respecto de lo que estaba haciendo con su tiempo encontrarían su natural cauce de expresión en una revisión de las propias dudas que él sentía acerca de la cultura de los salones de recepción y de las casas de retiro de fin de semana, de las cátedras y los colegios universitarios, de los clubes del West End, de los cuales era Henry James la última y más excelsa floración. A través de Boon podría dar un repaso a toda la masa que hablaba continuamente de aquella idea de una Academia Británica, a todos aquellos hombres como el presidente perpetuo de las cenas literarias, Lord Reay, quien por cierto no había escrito ni una sola línea en toda su vida, o como el Sir Walter Raleigh de entonces, o como el «viejo Q», Sir Arthur Quiller-Couch, o como el profesor Saintsbury, del salón del libro y, por descontado, como Edmund Gosse, el «gentleman» y arbitro del vestir de toda la cultura literaria.

Al consiguiente ataque contra la élite de las letras, que fue uno de los esfuerzos pioneros en este campo, mi padre le dio la forma de un volumen de homenaje. Fallecido George Boon, un tal Reginald Bliss, refinadísimo

aficionado que ha conocido a Boon en su vejez, aun sin haberlo llegado a comprender, se convierte en su albacea literario y se le ocurre la idea de que sin duda podrá escribir un relamido ensayo en memoria de George Boon que servirá de introducción a su testamento literario. Sobre este testamento alberga grandes esperanzas, ya que Boon le arrastró a la suposición de que llevaba varios años trabajando en un texto omnicomprensivo sobre el estado actual de la cultura literaria. Descubre, pasmado, que esta opus magnum no existe, que nunca ha existido. Boon había comentado la posibilidad con sus amistades, pero nunca llegó a escribir ni una sola línea. Bliss descubre unas cuantas anotaciones incomprensibles, pero eso es todo lo que hay. Al final, se ve llevado a intentar recuperar tantos restos como le sea posible, tamizando sus recuerdos de Boon mediante una serie de conversaciones con sus restantes amistades. Lo único que brota de sus denodados esfuerzos es una colección extremadamente divertida de piezas cortas y parodias arracimadas en torno a una sátira de The New Republic, de W. H. Mallock, una extravagancia literaria que a la postre y en esencia es un ataque guiado por un anglocatólico ultraconservador contra las ideas de Benjamin Jowett, teólogo liberal que había sido profesor en Balliol siendo mi padre un niño.

Mi padre despreciaba las ideas genéricas de Mallock, pero le tenía simpatía por su odio hacia Jowett, en el cual detectó mucho en común con su propio disgusto hacia Henry James. Tal como iba a manifestar su conversión al catolicismo, profesada ya en el lecho de muerte (vivía aún cuando fue publicado Boon), creía firmemente que los cimientos de aquella cultura que tanto valoraba descansaban sobre una aceptación de la fe cristiana. Creía exactamente igual que creía Pascal, y detestaba a Jowett por considerarlo el prototipo del teólogo católico tendencioso, dado a rebajar la fe hasta un extremo en el cual pierde toda su esencia. En The New Republic, la caricatura que hace Mallock de Jowett es una prédica en un servicio ecuménico que comienza por el recitado de un pasaje del Corán, pasa por una versión de una oración anglicana de la cual ha sido amputado el Credo y termina con una breve oración de San Francisco Javier. En el sermón que forma parte de la ceremonia, el pseudo-Jowett deja bien claro que lo que propone es una creencia cristiana que no requiera la

aceptación de nada en concreto. Se centra en una cita de ciertas palabras de Cristo que no figuran en ninguno de los evangelios, sino que proceden de una de las obras de Clemente de Alejandría, quien no creía en la divinidad de Cristo:

> *Al preguntársele al Señor cuándo vendría a nosotros Su reino, contestó: «Cuando el dos sea uno, cuando lo que está fuera y lo que está dentro sean uno, cuando el varón y la hembra sean uno... que no será ni hembra ni varón.»*

Mallock creyó ver en esta clase de afirmaciones la muerte del Cristianismo en tanto fe profesable, y a mi padre debió de impresionarle la similitud existente entre su reacción desaforada ante la actitud teatral de

Jowett frente a lo religioso y su propia respuesta ante el esteticismo de James. Sentía que la trivialización de la literatura por parte de James, y la frivolidad con que abusaba de las más altas pretensiones del arte para justificar su inmersión en las minucias propias de las transacciones que se realizaban entre los miembros de la clase privilegiada, estaba a la par de la perversión de la virtud y de la fuerza primitiva del ethos cristiano en que había incurrido Jowett, aparte de considerarlo como algo que fácilmente podría precipitar la muerte de la literatura en tanto fuerza dentro de la sociedad. Las reglas jamesianas que definían las preocupaciones más apropiadas de la escritura producirían, caso de aplicarse siquiera con la mitad de rigidez que él proponía, un corpus de literatura de tan escaso significado para la vasta mayoría de los lectores que carecería de peso por completo. Sería un simple juego, una partida de referencias privadas que solamente jugarían los cultistas.

Este punto de vista puede parecer extremado, pero mi padre había intentado discutir de asuntos muy serios con él, oportunidad que en cambio tuvieron muy pocos de los admiradores de James que empezaron a menudear en los departamentos universitarios al final de su vida. La experiencia le había llevado a pensar que James desconocía en qué consistía la seriedad. A fin de expresarlo, escribió la soberbia parodia -amargamente resentida- de una novela típicamente jamesiana, que constituye el meollo de Boon y que resulta cardinal en la trama de la novela. Trata directamente de las dos objeciones principales que hizo mi padre a la escritura de su adversario: que en ella no se dice nada con excesiva claridad y que tampoco se dice gran cosa. Son precisamente los puntos que condensa Hardy en su observación en sordina, según la cual James había desarrollado «un estilo asombrosamente cálido[33] para no decir nada, eso sí, mediante frases interminables». Mi padre hace estas objeciones tomando por pretexto The Spoils of Poynton (El expolio de Poynton], la novela corta que tenía en mente como ejemplo primordial de la tendencia a la trivialización propia de James desde que la leyera, en 1897; en ella detecta el grosero y premeditado debilitamiento de un tema -relacionado con la pasión de adquirir- extraído de Balzac.

Para llevar a término esta parodia, mi padre tuvo que resolver primero un problema de orden técnico: tuvo que inventarse una historia abrumadoramente insustancial en la cual hubiese una sustancia que a nadie pudiese pasársele por alto. Dio con la respuesta en el relato de las desventuras que acaecen a un tal Mr. Blandish, un hombre más que acomodado y sin ninguna ocupación, que pasa buena parte de su tiempo tratando de encontrar dentro de su casa algo que previamente estuvo y que ya no está. Se trata de una de esas personas perezosas que pasan el rato yéndose de compras, pasatiempo al que da un barniz de dignidad diciendo que es coleccionista de antigüedades. Con el paso de los años, ha reunido en su casa multitud de objetos, y ahora ha emprendido la búsqueda de un lugar apropiado en el cual conservarlos, la pieza

[33] Diario, T. H., 1886, citado en The Earh Life of TH (biografía), Florence Emily Hardy, 1928

definitiva que busca todo amante de las antigüedades, es decir, esa perfecta casa de campo a la que el tiempo haya dado una pátina de serenidad, la antigüedad en la que de hecho sea posible ingresar para formar de una vez por todas parte de ella. Mr. Blandish encuentra a la postre lo que estaba buscando, aunque solamente para enterarse, cuando haya tomado posesión de la casa, y la casa de él, que con ella ha adquirido también algo muy raro y vagamente amenazador. De qué pueda tratarse ese algo, Mr. Blandish no lo consigue descubrir. Sus esfuerzos por identificarlo se prolongan lo indecible porque, al ser un personaje jamesiano, no será capaz de hacer preguntas directas a ninguna de las personas que

tal vez pudieran ayudarle. Está condenado, por su cruel destino literario, a perseguir ese algo de atisbo en atisbo, a través de una espesa telaraña de interminables conversaciones, mantenidas con diversas personas que tampoco podrán hacer afirmaciones directas acerca de nada, y a las cuales no es posible decir de qué se trata el problema del pobre Mr. Blandish. La solución del caso termina por hallarse en el reino de la alegoría: resulta que cuando Mr. Blandish adquirió la casa, emparedada en la bodega había una enorme partida de licor de la vida. Cuando por fin se entera, ya es demasiado tarde para que dicho conocimiento le haga ningún bien, ya que alguien[34] ha hecho previamente ese descubrimiento y ha dado cuenta de todas y cada una de las botellas de ese preciado líquido. A Mr. Blandish no le queda ni una gota; lo único que llegará a saber es que una vez hubo algo ciertamente valioso en aquel lugar.

Lo que mi padre afirma mediante esta parodia, y en las páginas de Boon, es que la vida, el hecho de estar vivo, abarca ese conjunto sobrecogedoramente importante e interesante del cual el arte y las dotes del connaiseur no son sino meras partes que coadyuvan a darle existencia, aunque de forma menor. En la medida en que Boon fue la respuesta directa de mi padre al cicatero y rencoroso ataque aparecido contra él y contra su obra en el Times Literary Supplement, puede decirse que es un libro que anima una buena dosis de malicia, aunque de hecho su respuesta pasó a ser su sopesado rechazo, de una vez por todas, de los valores elitistas de la cultura literaria inglesa establecida.

Cuando hubo concluido Boon, y así hubo definido su actitud, mi padre tuvo la sensación de haberse quitado un gran peso de encima. Había hecho desaparecer aquello que le bloqueaba tal y como salta el corcho de una botella de champán, y una nueva novela —Mr. Britling Sees It Through (El señor Britling lo ve claro)- pronto empezó a absorber su energía y su atención. Cuando Boon estuvo impreso y listo para su distribución, por lo que a él concernía era ya un asunto concluido.

[34] Se trata del mayordomo de Mr. Blandish, Mutimer. El nombre está tomado prestado de la novela de George Gissing, Demos, en la cual, de forma probablemente muy significativa, se atribuye a un personaje que lee infinidad de libros solamente por lo que pueda sacar en claro de ellos, ajeno e indiferente al valor estético de los mismos, en el supuesto que tal cosa sea posible

Distanciado del libro por el hecho de estar impreso y encuadernado, le parecía lisa y llanamente una contribución legítimamente recia a ese debate todavía en marcha sobre las cuestiones primordiales, que de hecho constituye la sal de la vida y la salud misma de la profesión literaria. En cuanto a su tratamiento de James, el buen señor ya había probado su látigo sobre sus carnes, así que más le valía dar por sentado con toda tranquilidad que iba probar un sorbo de su propia medicina. Los editores le facilitaron sus ejemplares de respeto en junio de 1915, y pocos días después mi padre dejó caer uno, debidamente envuelto, en manos del conserje del club del West End que frecuentaba James, diciéndole que no había ninguna prisa por hacérselo llegar a Mr. James, que podía esperar hasta que él viniese al club.

Se me ha sugerido que el hecho de que mi padre no adjuntase ninguna nota con el libro, cuando lo dejó en manos del conserje del club, indica que tenía mala conciencia acerca del irreverente tratamiento que del Maestro hacía en el libro. Lo cierto es más bien que a esas alturas no creía deber casi nada, ni siquiera en materia de cortesía elemental, a un hombre que se había dedicado a hablar mal de él con entera libertad y a sus espaldas[35] desde hacía ya algunos años. A James le encantaba contar historias, y le encantaba pulir las historias que contaba. Desde la trifulca con los fabianos, habían circulado sin término los cotilleos concernientes a mi padre, y desde el asunto de la Royal Society of Literature James no vaciló ni una sola vez en sumarse al juego. Era por entonces una regla no escrita, dentro de las cortesías de sociedad, que no se debía impedir ni silenciar ningún comentario cuando se trataba de arruinar a una persona que no encajaba, o que no tuviese la debida talla moral; algunas de las historias que James se había dedicado a contar eran sin duda harto desagradables. En consecuencia, mi padre se sintió genuinamente asombrado cuando James, con quien había tenido muy escasos contactos de un tiempo a esta parte, le escribió a comienzos de julio para protestar contra la acerba embestida que entendía había sufrido en Boon, como si fuese algo que le hubiese llovido del cielo, y no algo que se había merecido a pulso. Esta revelación —que James fuera por completo inconsciente de su conducta, cada vez más ofensiva y provocativa— sirvió a mi padre como primer indicio de que James había empezado a resbalar por la cuesta de la senilidad que muy pronto iba a llevarle a permitirse creer[36] que era el Emperador Napoleón y que residía en las Tullerías. Tras efectuar algunas discretas indagaciones acerca de la condición en que se encontraba James, tras enterarse de que ciertamente andaba de capa caída, mi padre contestó por escrito a aquella carta con una evasiva. Le decía a James que no era preciso tomarse Boon demasiado en serio: la parodia que tanto había dolido a James no era sino un jeu d'esprit escrito, de veras, varios años antes. Había descubierto una versión primeriza del

[35] H. J. tenía el imperdonable hábito de la doblez en este sentido. Véase, por ejemplo, su alabanza de Tess, la novela de Hardy, delante del propio Hardy, al tiempo que denigraba y tachaba de vil la misma novela ante Robert Louis Stevenson.

[36] Carta de H. J. a W. J. y a A. J., 12 de diciembre de 1915

texto mientras ordenaba antiguos papeles, y en ella había creído descubrir algo que expresaba a la perfección uno de los pensamientos que le habían acuciado mientras redactaba la novela, de manera que trabajó sobre aquella versión a manera de entretenimiento: se trataba, de hecho, del primer motivo de alivio que había encontrado a su obsesión por los crecientes horrores de la guerra. Cuando hubo terminado, creyó que se ajustaba a sus intenciones. James debería procurar olvidar todo el caso, que en realidad no tenía ninguna importancia.

Que mi padre no se amilanara y no le pidiera disculpas enfureció más a James, quien siempre fue patológicamente sensible a la parodia. Le replicó con el majestuoso aunque incomprensible reproche de que sus admiradores habían escrito e impreso sus obras desde siempre con auténtico temor. Se dice que esta afirmación machacó a mi padre, pero la verdad es que la tomó por el confuso balbuceo de un hombre muy enfermo, y le resultó patética. No le impresionó lo más mínimo la famosa profesión de fe con la que aquella carta se aproxima a su final:

> *«Es el arte el que hace la vida*[37]*, el que la dota de interés, el que le da su importancia... y no conozco nada que pueda sustituir la fuerza y la belleza de este proceso.»*

Mi padre pudo admirar la sonoridad de esta afirmación, pero cuanto más se paró a pensar en ella, menos significado pudo detectar. En su respuesta apunta con cierta mansedumbre que a él le da la impresión de que, en efecto, carece de significado («*No entiendo con claridad*[38] *su frase concluyente*»), y así pone punto final al intercambio de opiniones.

Algunos han insistido en que mi padre no se defendió con más vigor en esta ocasión precisamente por saber, en el fondo de su corazón, que James estaba en lo cierto, y que su propia postura y su conducta resultaban insostenibles. La verdad es mucho más simple: se había enterado de lo rápidamente que iba deteriorándose la salud de James cuando recibió la segunda de estas cartas; por eso no quiso añadir más confusión e inquietud a la situación de un hombre que empezaba a agonizar. Ciertamente, James estaba por entonces a punto de perder el contacto con la realidad. Cuando en octubre perdió la capacidad de hablar, dejó de recibir visitas, y desde diciembre y en lo sucesivo se sumió en un estado en el cual desconocía durante largos lapsos de tiempo quién era o dónde estaba. Falleció en febrero.

Dos son las razones por las cuales me he ocupado con todo este detenimiento en las cuestiones en que pensaba mi padre mientras escribía Boon, y en la verdadera naturaleza de sus relaciones con James. La más convincente de las dos es que mi padre hablaba de Boon como de la novela más reveladora de su propio yo que nunca hubiese escrito. En segundo lugar tengo que hacer mención de mi creencia en que un cabal

[37] Carta de H. J. a H. G. W., 10 de julio de 1915
[38] Carta de H. G. W. a H. J., 14 de julio de 1914

entendimiento de estas cuestiones arroja una clarísima luz sobre el espinoso asunto de su incompatibilidad con mi madre. El primer libro que publicó ella, aparecido poco después de publicarse Boon, fue un estudio crítico de la ficción de James. En él hizo excepción de algunos de los manierismos más insufribles de James, pero en cambio refrendaba sin cortapisas sus opiniones sobre la suprema importancia del arte y del artista dentro del universo. Al hacerlo, afirmaba su punto de vista de que el artista como escritor no era un simple mortal cuando inventaba una historia, cuando razonaba y discriminaba a la manera de James; según su manera de entenderlo, James tenía más bien la naturaleza de un derviche utilizado a manera de instrumento por un poder más elevado. Propuso su opinión, según la cual mi padre quedaba a años luz, de que el artista, en el momento de la creación, debe ser como *...el santo que aguarda el abrazo de Dios, y debe librarse de los apetitos de este mundo, apartarse de las sensaciones como si de hecho fuesen el pecado mismo, suprimir su propio yo y alzar su conciencia como si fuese un cuenco vacío en el cual recibirá el líquido celestial...*

Mi padre consideraba esta clase de párrafos como meros ejercicios en el abuso de la lengua en aras de la contemplación de uno mismo y del enaltecimiento de su propia importancia; pese a detestar sobradamente estos alardes, le resultaban doblemente exasperantes cuando los oía de boca de una amiga íntima. De haber querido introducir mi madre una cuña insalvable entre los dos, difícilmente habría podido dar mejor en el clavo que mediante la publicación de este libro en concreto y en un momento no menos concreto.

Su relación pronto estuvo expuesta a otras tiranteces. Poco después que mi madre se mudase de Hatch End a Leigh-on-Sea empezaron a sentirse las consecuencias de las radicales innovaciones[39] que se habían hecho en los bombarderos alemanes. Un nuevo Gotha cuatrimotor hizo que el bombardeo de Londres, hasta entonces inconcebible, pasara a ser una propuesta viable. Estas máquinas eran capaces de atravesar el mar del Norte y, tras avistar la costa de Essex, seguir la ribera norte del estuario del Támesis, hasta llegar a la capital, antes de regresar a sus bases. A los primeros ataques diurnos, que sembraron el pánico en el East End londinense, sucedieron de inmediato los ataques nocturnos. Los aviadores alemanes habían descubierto que por espacio de varias noches, indistintamente antes o después de la luna llena, se podía recorrer el estuario con la misma facilidad de noche que de día. Al sobrevolar Essex y mirar al Sur, los pilotos podían ver dónde terminaba la oscura masa de la tierra y dónde empezaban las aguas, sobre las que rielaba la luna. Otra cuestión muy distinta era saber con precisión en qué punto de la ruta se hallaban, sobre todo por los primitivos instrumentos de navegación que se usaban entonces, de manera que sucedía con cierta frecuencia que los pilotos caían en un equívoco al ver el súbito estrechamiento del estuario

[39] E. B. Ashmore, responsable de la Defensa de Londres entre 1915 y 1919. Air Defence. 1929.

entre Canvey Island y Tilbury: así pensaban que se hallaban ya a las puertas de Londres. Soltaban pues las bombas sobre los pantanos salinosos que hay entre Southend y Tilbury y se volvían a sus bases. Quiso la suerte que mi padre estuviese de visita en casa de mi madre en un par de ocasiones en que se produjo este error, y la verdad es que no disfrutó con la experiencia. Los dos, muy comprensiblemente, se asustaron. Pero así como la manera que tenía mi madre de hacer frente a sus temores era más bien céltica, y proclive a la declamación, mi padre prefería ocultar sus emociones. Esta diferencia se agudizó sobremanera en la segunda ocasión en que se encontraron a tiro de piedra de las explosiones. Los gemidos de mi madre -*«¡Dios, oh, Dios!»*- cada vez que otro Gotha zumbaba por encima de sus cabezas, a mi padre simplemente le dieron arcadas. Creyó que todo aquello formaba parte de una representación teatral. Le pareció que ella siempre se empeñaba en hacer que las cosas resultasen más exageradas de lo que eran en realidad, le pareció que aprovechaba todas las ocasiones que podía para convertirse en el centro de atención. Él, obvio es decirlo, nada tenía que ver con ese talante.

Por entonces, mi padre se guardó su resentimiento, que sin embargo fue creciendo y madurando en su interior hasta que ya no pudo dominarlo, cuando volvía a Easton Glebe al día siguiente. Poco después de llegar a su hermosa residencia[40], poco después de sentirse cómodamente instalado, se sentó a escribir a mi madre, para hacerle saber con toda exactitud el giro que habían tomado sus pensamientos. Los acontecimientos de la noche anterior le habían llevado a preguntarse por qué seguía empeñado en mantener viva la relación entre ambos; llegó incluso a preguntarse si de veras era amor lo que sentía por ella. Sospechó que en el fondo estaba aferrándose desesperadamente a una mera ilusión. Al principio de sus amores él había tomado la decisión de creer que ella era una mujer valerosa y determinada que iba a ser su compañera en el amor y en la felicidad, al menos en privado, y que iba a descollar gallardamente en público, y que iba a tener, en definitiva, una gran historia con él. En cambio, nada había sido como él se lo pintaba; los años anteriores habían sido un cúmulo de desagradables incidencias, de líos interminables con los criados y de insignificancias representadas sobre la base de su intratable madre y su desgarrador repudio de su situación. El ambiente de sus diversas residencias a él siempre se lo había envenenado la presencia de extraños, y amarla había terminado por ser lo mismo que dominarla mediante una sucesión de estados de ánimo limitados, tímidos, cómicos y en definitiva lamentables. Entre sus allegados y sus familiares, la vida en conjunto de que pudieran haber disfrutado se había ido al garete. No quedaba nada más que unas cuantas tardes, unas cuantas veladas que rapiñaban de entre los restos del naufragio yéndose al único lugar en el que podían contar con el hecho de estar a solas los dos: aquellas patéticas habitaciones de Claverton Street en las que vivían sin deshacer las maletas. El no la culpaba por nada de lo acaecido, pero así estaban las cosas. Ella vivía con demasiada atención al

[40] Carta de H. G. W. a R. W., 13 de septiembre de 1917

qué dirán, preocupándose continuamente por personas cuya opinión acerca de ella no importaba ni un comino; dejaba a todas horas que su aprensión por lo que tal vez pensaran dichas personas dominase todos sus actos. No tenía el don necesario para sacar el mejor partido de las cosas. El suyo era un natural propicio a oscurecer su mundo, a cerrarse todas las oportunidades de ser feliz que se presentasen en su camino mediante lúgubres presentimientos. Él se había dado cuenta de que las cosas iban a ser así durante todo el tiempo que siguiese a su lado. En realidad, lo que estaban haciendo no tenía ningún sentido.

No tengo la menor idea de cómo pudo responder mi madre ante este golpe tremendo, pero la respuesta que dio mi padre a esa réplica hoy inaccesible da a entender que ella se lo tomó por las buenas, y que estuvo de acuerdo en iniciar un período de enfriamiento durante el cual los dos pudieran pensar las cosas con detenimiento, es decir, que reaccionó de forma relajada y casi cariñosa. El le dijo que si ya no iba a seguir siendo su amante, sí pensaba seguir comportándose como un hermano. Se alegró de que se hubiesen disipado las nubes de tormenta. La carta de ella le había dado a entender con toda claridad que ella estaba tan desconcertada como él respecto de cuál pudiera ser el deenlace final de sus relaciones; él por su parte lo único que sabía con certeza era que había terminado para siempre con los amoríos. La lujuria, la excitación, las mujeres guapas todavía podían hacerle mella de cuando en cuando, pero el amor se había terminado. No estaba dispuesto a dejarse llevar por más compromisos emocionales; iba a hacer del mundo sin fronteras su único amante[41], e iba a amarlo.

Una vez dicho lo indecible y lo imperdonable, canceladas todas las apuestas aquello debiera haber terminado. Pero no fue eso lo que sucedió. Mi madre seguía estando tan decidida como siempre a ganarle la batalla a Jane Wells, a expulsarla de su posición, y eso difícilmente podría llevarlo a cabo sin renovar la relación con mi padre en tanto asunto activo. A pesar de la franca advertencia de mi padre, quien le había dejado bien claro que no pensaba dejarse tratar nada más que en sus propios términos, la relación se renovó en cuestión de semanas. Mi madre volvió a tomar su baza perdedora para jugar la partida con más obstinación que nunca.

[41] Carta de H. G. W. a R. W., 18 de septiembre de 1917

Capítulo IV

«Que yo me marchase continuamente, hasta convertirse mis despedidas en una costumbre, tuvo que impresionar a Helen y resultarle el ultraje supremo. Y es que hay que darse cuenta de que no es que yo me fuese para ocuparme de cosas necesarias y más o menos engorrosas: eso podría habérseme perdonado. Lo que pasa es que me marchaba para ocuparme de cosas que para mí tenían mayor importancia. Ella no pasaba de ser un mero incidente, y aquellas cosas eran en cambio esenciales. Era increíble. ¿Acaso era posible que hubiese cosas más importantes que estar al servicio de la personalidad y del estado de ánimo propio del amor?»

The World of William Clusold

Hacia 1917 ya había empezado a ser demasiado tarde para que mi madre retase a Jane Wells por la posesión del centro de la vida de mi padre, ni siquiera con la más remota esperanza de tener éxito. Él

identificaba a Jane con Easton Glebe, y desde aquellos difíciles tiempos de las reformas interminablemente pospuestas, en el invierno de 1914-1915, Easton Glebe había adquirido gran solidez. Le proporcionaba inmejorables condiciones para trabajar, así como abundancia de vida relajada y sencilla, y esa especie de retozos sociales de los que tanto disfrutaba. No estaba demasiado lejos de Londres, y Jane había conseguido hacer de la casa un atractivo lugar al que verdaderamente apetecía ir.

El típico fin de semana en Easton había adoptado una forma establecida, en tanto completo alivio de las siniestras tensiones de la guerra. Era posible realizar toda clase de juegos de equipo al aire libre, o dar largos y animados paseos por el parque privado que pertenecía a la chabacana y simpática Lady Warwick, aparte de organizar veladas que bien podían consagrarse a continuar las charlas empezadas de paseo, a bailar, a celebrar acaloradas partidas de juegos de mesa, a representar charadas elaboradamente montadas, a vestirse para representar como aficionados piezas de teatro. Por encima de todo lo demás, aquellos fines de semana congregaban a una asombrosa mezcla de personajes: escritores conocidos, periodistas, actores, políticos, pintores, científicos y académicos, así como gente joven, principiantes en todos aquellos campos que, con la guerra o sin ella, seguían estando llenos de ideas nuevas, de risas, de energía. Algunos de los jóvenes eran simplemente los hijos ya crecidos de los viejos amigos, y otros eran los hijos súbitamente crecidos de otros desconocidos que, de la noche a la mañana, se habían transformado en oficiales de los regimientos de infantería que hacían la instrucción por los alrededores. Una oleada de visitantes recomendados bien por su vivacidad o su talento inundaba la casa cada viernes, para marcharse precipitadamente tras un madrugador desayuno el lunes por la mañana. La rutinaria animación de aquellas reuniones nunca le sentó mal a mi padre, pues Jane Wells se había puesto de acuerdo con el arquitecto responsable de la reforma de Easton Glebe para disponer las estancias de tal manera que cuando él quisiera apartarse de las tertulias y del jaleo le fuese muy fácil interponer un par de puertas entre él y el ruido de la multitud, para proseguir con su trabajo sin que nada le molestase. Durante la semana laborable, toda la maquinaria atendía a sus necesidades. Nunca pudo sentirse tan mimado.

Todo ello fue posible gracias al éxito de *El señor Batling lo ve claro*. A comienzos de 1914 mi padre tenía a su nombre tan sólo unas 20.000 libras esterlinas, y podía darse por satisfecho. Ahora bien, en el otoño de 1915 la combinación de sus escuetas ganancias con el coste de la reforma de Easton Glebe, a lo cual hubo que sumar la cifra necesaria para que mi madre se encargase de la casa, había dado al traste con el total de sus ahorros y del líquido de que disponía, de modo que le quedaban poco más de 5.000 libras esterlinas. Aun cuando llegado a ese punto todavía no estuviese excesivamente apretado, no andaba muy lejos de pasar estrecheces. Y entonces apareció *Mr. Batling*, que empezó de inmediato a venderse muy bien. Durante los primeros dieciocho meses le devengó unas 50.000 libras esterlinas, una cantidad equiparable a unos 275.000 dólares según el cambio de entonces, cuando tanto la libra como el dólar

tenían unas ocho o diez veces más poder adquisitivo que en la actualidad[42]. Había cruzado una importante frontera, y no estaba dispuesto a tener que retroceder sobre sus pasos.

A medida que mi padre fue prosperando, prosperó también su sociedad con Jane. Ella había florecido, por así decirlo, con sólo ver crecer el placer que a él le producía Easton Glebe, y con el florecimiento de ella él encontró cada vez mayor placer en su optimismo, en sus ácidos chistes, en su fuerza y estabilidad interior, en su inmenso tacto. Ella siempre estaba allí donde se la necesitaba y nunca metía las narices donde no le llamaban; él había terminado por apreciar y admirar aquellas cualidades tan enteramente suyas. Le agradaba todo lo que ella había hecho por él, le agradaba lo que había hecho por sus dos hijos. Se habían criado de maravilla. A los quince años de edad, Gip ya había empezado a desarrollar un humor rápido y mordiente, muy suyo, así como una manera de afrontar los asuntos de la vida ajena a todo temor. Frank, que se parecía tanto ajane como Gip a mi padre, también hacía sus progresos, y empezaba a dar muestras de estar en posesión de algo que se acercaba mucho a la comprensión de su madre. Hubo, por ejemplo, un momento difícil en el que a mi padre le dio la vena de inventarse una grotesca teoría sobre los atletas griegos. Sobre la base de un detenido examen de la cerámica decorada griega que se conserva en el British Museum, había llegado a la conclusión de que a estos atletas se les había enseñado a dominar sus instintos hasta el extremo de conseguir correr de tal manera que balanceaban los brazos y las piernas sincrónicamente, el brazo derecho con la pierna derecha, el brazo izquierdo con la

pierna izquierda. Insistió en que Gip se esforzase por aprender el arte de los atletas griegos para triunfar en las competiciones deportivas de la Oundle School. Fue Frank quien se encargó de lidiar este delicado asunto. Aprendió a moverse de la manera indicada, y enseñó ese arte a Gip, a la ágil y hermosa hija de Lady Warwick, Mercy, y a otros dos de los chavales de su edad que acudían habitualmente a pasar el fin de semana en Easton Glebe. Cuando todos sus alumnos adquirieron un cierto dominio en el ejercicio en cuestión, montó una demostración en el césped de Easton Glebe, y bastó con eso para que, con tan sólo ciertos indicios de parodia de ballet ya al final, la teoría aquella pasara a mejor vida sin que nada ni nadie pusiese ninguna pega.

Esta anécdota puede dar a entender que mi padre estaba un poco chiflado en todo lo que tuviese algo que ver con el deporte, pero así como en efecto le gustaba creer que era mejor jugador de tenis de lo que era en realidad, no puede decirse que esto fuese cierto en términos generales, y sí que sabía aprovechar su rapidez y su astucia para paliar su falta de peso y de fuerza. Llegó a inventar un juego muy peculiar, privativo de Easton Glebe, que era una especie de voleibol al que se jugaba en el viejo establo. Cuando Jane Wells vio por vez primera aquel lugar, se le quedó en la mente una imagen decrépita de un establo con vaquería, tras el cual había

[42] Nótese que el autor escribe antes de 1984. [N. del. T.]

un desastrado espacio para que pastara el ganado, a escasa distancia de la esquina noroeste de la casa. Tan pronto llegó el momento y hubo fondos disponibles, ella volvió a agitar su varita mágica sobre aquel lugar y, después de transformar el prado de atrás en un delicioso jardín en cuyo centro había incluso una pequeña piscina, convirtió el establo en una soberbia sala de baile añadiéndole unos amplios ventanales y haciendo instalar un suelo de tarima. Creo que disponer que el baile, así como todas las demás actividades ruidosas, se celebrasen fuera del edificio principal, fué el motivo que más tuvo en cuenta cuando se embarcó en este programa, y mucho dudo que mi padre llegara más que a enterarse si acaso por asomo de lo que constituían las principales dedicaciones de ella a lo largo del día hasta que las obras estuvieron concluidas. Pero tan pronto como se hizo cargo

de que la naturaleza de aquella edificación había cambiado del todo, cayó en la cuenta de que Jane había conseguido crear una respuesta, como enviada por el cielo, al problema que suponían los fines de semana lluviosos, en los cuales resultaba imposible la práctica de los juegos al aire libre que había pasado a formar parte integral de la tradición de Easton. Contempló aquel entramado de vigas, correajes y tirantes que sostenían la masa de la vieja techumbre de paja, y que parecían proscribir allí dentro la práctica de ningún deporte que no fuese el ping-pong, y de inmediato sintió una nueva inspiración: jugar al voleibol a pesar de aquel complejo entramado, a pesar de todos aquellos estorbos, tenía que ser de lo más divertido. Y cierto que lo era; los partidos de voleibol resultaron tanto más apetecibles por cuanto que aquellas vigas bajas igualaban las cosas entre los jóvenes y fuertes y los más viejos y torpones.

Los años a lo largo de los cuales fue cobrando Easton Glebe su propia personalidad fueron también los años a lo largo de los cuales yo empecé a formarme las primeras impresiones de mi padre. Fueron impresiones harto extrañas, en parte porque al menos en teoría yo no debía saber cuál era la relación de parentesco que nos ataba, y en parte porque por entonces él había renunciado a todo fingimiento de que seguía compartiendo la rutina vital de mi madre. La casa de Leigh-on-Sea era por entonces ya menos que nunca el hogar propio que él le prometiera en 1914. Era más bien el lugar en el que ella le esperaba a que viniera a recogerla, o el lugar al cual él la llamaba cuando deseaba tenerla a su lado. Por lo que a mí respecta, él era por costumbre un hombre genial, muy amigable, que venía de cuando en cuando en su automóvil para llevarse a mi Tita Panther o para traerla después de haber pasado un día con ella. Podía haber un día, dos, una semana, dos semanas, e incluso un mes entero entre cada una de sus apariciones. A veces todo era un tanto distinto. Ella se marchaba sola y, fuera cual fuese el tiempo que pasaba fuera, él la traía después en aquella máquina apasionante.

La expresión que he dejado colarse en este sucinto relato, «mi Tita Panther», era, aunque yo no lo supiera entonces, un motivo más de las disputas que se dirimían entre los dos. A mí se me había criado, desde el día mismo en que tuve la conciencia necesaria para darme cuenta de tales cosas, para que pensara en mi madre y hablara de ella como quien piensa

y habla de su tía. Mi padre siempre se había mostrado contrario a esto, más que nada por razones esencialmente pragmáticas y realistas. En los tiempos de Quinbury, le había dicho a mi madre que a cualquier niñera, a cualquier criada mínimamente observadora, a cualquier persona con dos dedos de frente y con un par de ojos en la cara, le habría bastado vernos juntos para darse cuenta de lo que éramos el uno del otro; le había dicho además que aquella treta tenía todas las de generar muchas más dificultades de las que tal vez pudiera ahorrarnos. Al principio fue incapaz de quitarle la idea de la cabeza, y más tarde tampoco consiguió hacerle cambiar de parecer, ni siquiera después que ella atravesara aquella desastrosa racha con las criadas, entre 1915 y 1916. Le dijo una y otra vez que todos aquellos problemas tenían su origen en el hecho de que ella había empezado por un punto de partida completamente falso, pero ella no quiso prestarle ninguna atención sobre ese respecto. Después de todo, él mismo había dado pie a los engaños al hacerse llamar «Mr. West», a pesar de lo cual seguía insistiendo en que de ninguna manera debía yo saber que él era mi padre. Se me permitía llamarle «Wellsie», pero se me había prohibido expresamente llamarle «padre» o «papá», y tampoco podía hablar de él en esos términos. Por su parte, nunca dijo absolutamente nada que a mí pudiera darme la pista de que gozaba en especial de su interés o de su buena voluntad, aun cuando él mismo se encargaba de hacer patente ese interés y esa buena voluntad mientras estaba conmigo, hasta el punto de que el cálido recuerdo de sus presencias me ayudaba a vadear con buen pie las aguas revueltas de sus ausencias. Ciertas expresiones, gestos, tonos de voz, ciertos contactos físicos, debieran haberme dado a entender a las claras cuál era la verdad de todo aquello, pero a mí no se me dijo nada, y hasta diez años más tarde no pude tener ninguna seguridad. En 1917, por lo que yo podía entender conscientemente, mi padre no pasaba de ser lisa y llanamente un hombre en todo momento fascinante que, viniendo o sin venir a cuento, aparecía de repente en mi vida y desaparecía de mi vida de igual manera, cada vez que le venía en gana. Con eso y con todo, para mí fue un serio motivo de inquietud y desasosiego darme cuenta, a lo largo de 1918, que sus visitas escaseaban e iban espaciándose.

Más avanzada su vida[43], mi madre iba a dedicar una enorme cantidad de su tiempo y de su energía a maquinar y diseminar toda clase de pruebas que respaldasen su punto de vista, según el cual mi padre en realidad no tenía ni idea del berenjenal en que anduvo metido a lo largo de

[43] El desarrollo de toda esta urdimbre puede seguirse desde su aparición en la carta anteriormente citada, de R. W. a S. K. R., 21 de marzo de 1923. a través de una forma intermedia, en H. G. W.. His Turbulent Life and Times, la biografía de Lovat Dickson, capítulo 17, pp. 292 y ss.; a través de otra versión ampliada y más detallada, ofrecida por Norman y Jeanne MacKenzie, The Time Traveller, capítulo 21, pp. 336-340; a partir de aquí, pasa a su versión definitiva, acompañada de una documentación mucho más sospechosa (esbozos de cartas de las que no existe constancia, memoranda fechados en distintos momentos, presuntos extractos de diarios, cuyos originales cabe a lo sumo la posibilidad de que existan), en Gordon Ray, H. G. W. And R. W., op. cit.

los años durante los cuales su relación fue desmoronándose. Aireó por vez primera esta idea en una carta que envió a una amistad en marzo de 1923. En esa carta dice que ha sobrellevado una vida lamentable durante los últimos cinco años. Sus horrores —la palabra es suya- se han debido en parte a las dificultades surgidas de la naturaleza de su relación con mi padre, y también en parte a una creciente inestabilidad nerviosa por parte de él. Prosigue señalando que este estado de hechos ha desembocado en largas temporadas en las que, empezando por arrebatos de una cólera casi maníaca, él se ha mostrado casi como un niño en su dependencia de ella. El año anterior había pasado con él dos meses en España, de los cuales solamente durante diez días se mostró en un estado normal Ella había permanecido a su lado a lo largo de aquellos cinco años en parte por él y sobre todo por mí. aunque en realidad sus motivaciones se debieran sobremanera a su atención por él, dado que mi padre, a pesar de que nadie se hubiese dado cuenta de ello, no tenía a nadie en este mundo que se ocupase de él. En cambio, ella ha empezado a percibir cada vez con mayor intensidad que así no puede seguir. Por ejemplo, no puede emplear la mayor parte de su tiempo en cuidar de él como cuida una enfermera a un enfermo, a la vez que sigue atendiéndome a mí y cultiva sin descanso su trabajo de escritora, aparte de estar en condiciones de poder asegurarle a él que no obtiene ni la más mínima compensación financiera por las continuas molestias que se toma... etcétera, etcétera, apasionadamente y por extenso.

El tono y la sustancia de esta carta pueden sorprender a quienes tengan conocimiento de la obra publicada por mi madre, si bien uno y otra son característicos de buena parte de lo que escribiera. Al igual que George Sand, ella consideraba la historia de su vida como un material narrativo que fácilmente podría mejorarse sólo con editarlo y, también igual que George Sand, se dio cuenta de que si sus biógrafos iban a retratarla conforme a su gusto, tendría que facilitarles los materiales adecuados para que trabajasen. En consecuencia, dedicó gran parte de su tiempo y una parte nada desdeñable de su energía creativa a la confección de un dossier que le garantizase una buena prensa, aunque fuese postumamente, y que le certificase que las generaciones futuras pudieran verla a la debida luz, bajo la luz más favorecedora. Antes de haber cumplido los treinta años había empezado ya a sembrar la documentación necesaria para una biografía ideal en gran disparidad de corresponsales, e iba a seguir haciéndolo durante el resto de su vida. Es posible que no llegase a escribir tantas cartas como George Sand en su día, pero por lo común escribía con mayor generosidad que la señora Nohant cuando se dirigía directamente a la posteridad. Sus reservas de cartas al futuro abundan en ejemplos que ocupan de siete a diecisiete páginas, llegando a veces a la veintena, y que no son sino atractivas mezclas de ingenio, penetrante observación, comentarios agudos e inteligentes y desaforadas paranoias. La rareza de estas páginas, así como la crueldad con que caricaturiza a muchos de sus contemporáneos, a todo lo cual hay que sumar la libertad con que afronta la verdad, hacen que sea harto improbable que sus depositarios las pongan a disposición de quien se

interese por ellas, al menos por el momento, y seguramente hasta dentro de bastante tiempo sigan sin estar disponibles.

Pero así como todos esos secretos se pueden seguir guardando durante un tiempo, ciertos apuntes de su estilo y su contenido se pueden colegir a partir de una fuente paralela. No pasó mucho tiempo después que falleciese mi padre hasta que mi madre se dio cuenta, tardíamente, de que tendría que preocuparse por los biógrafos de mi padre tanto o más que por los suyos propios, sobre todo si quería cerciorarse de que la posteridad iba a apropiarse de su punto de vista respecto de lo bueno y de lo malo que hubo en su relación. En consecuencia, a lo largo de la década de los cincuenta anduvo muy atareada tratando de componer las fuentes y los materiales que mejor documentasen su visión de la historia que había vivido con mi padre, su manera de entender su carácter. Una vez provista de este corpus documental, desde mediados de los sesenta empezó a desempeñar un papel cada vez más relevante en tanto fuente capital en el campo de los nacientes estudios sobre la figura y la obra de Wells. La calidad de las pruebas fehacientes que adujo en abundancia ante sus interlocutores siempre me ha parecido dudosa, a causa de los defectos inherentes al archivo de fondo, que no es sino un cajón de sastre en el que figuran cosas tales como recuerdos esbozados, sin razón aparente, a veces treinta o cuarenta años después que se produjeran los acontecimientos a que hacen referencia, o borradores de cartas cuyas redacciones en limpio no se conservan en ninguna otra parte, así como extractos ya mecanografiados de una serie de diarios cuyos originales no aparecen por ningún lado; más aún, dicha calidad me parece tanto más dudosa por la saturación de toquecillos enteramente imposibles de verificar, de detalles que el fabulador convicto no pudo resistirse a añadir para revestir una mentira que hasta entonces estuvo desnuda. Aduciré un ejemplo en este sentido, tomado de una autoridad norteamericana acerca de los difíciles tiempos que pasó mi madre en Quinbury, en 1914. Ya he descrito los encontronazos y los roces que tuvo con el personal de servicio mientras residió en aquella desdichada casa; no pondré en tela de juicio la realidad de sus dificultades ni tampoco de su desdicha en aquellos tiempos. En cambio, no puedo creer que lo siguiente, en lo cual hay que reconocer que dicha autoridad norteamericana ha captado con increíble precisión el tono y las inflexiones de mi madre, pueda reclamar la más remota, la más tenue relación con el mundo de la experiencia vivida:

> *«Por ejemplo, la cocinera entró en el salón una noche y se puso a barbotar obscenidades acerca de la niñera y de la doncella, con esa manera de farfullar indecisa y borrosa, tan típica de los que se han vuelto locos. Rebecca descubrió que había perdido a su novio y a tres de sus hermanos en la guerra.»*[44]

[44] Ibíd., p. 61

Esas obscenidades, aparte de la locura, por no hacer mención del novio y de los tres hermanos, me reafirman en la convicción de que mi madre solamente está echando más leña al fuego.

En otro pasaje tomado de la misma fuente que el anterior, mi madre y mi padre se ven en un aprieto durante un viaje por Italia. Poco después de haberse registrado en un hotel de Amalfi, tropiezan con un «mayor del Ejército[45] que estaba borracho como una cuba, un hombre de convicciones fieramente conservadoras», el cual descubre quiénes son en realidad, para conducirse acto seguido de la forma menos decorosa que se pueda imaginar. El azoramiento de ellos dos aumenta muchos enteros poco después, cuando aparece «un británico conocido de Wells». La reacción de mi padre es desmesurada, propia de un mentecato, cuando se propone suavizar el desconcierto que le ha producido el verse en tan escandalosa situación y nada menos que ante un conocido: se empeña en mostrarse desatinadamente descortés y rudo con mi madre delante de dicha persona. El hotel entero se da cuenta de lo que está ocurriendo:

> *«Rebecca se sintió tan incómoda y tan humillada que llegó a conmoverla el más minúsculo favor. Años después iba a recordar con verdadera gratitud cómo un ferretero, una persona muy versátil, y que con el tiempo llegaría a ser alcalde de Croydon. capaz de conversar interminablemente acerca del hierro forjado que se hacía en la localidad, se desvió de su recorrido, en compañía de su hermana, para acompañarles a Wells y a ella misma a las ruinas de Paestum. Sin embargo, este despliegue de amabilidad, al igual que otros por el estilo, de nada sirvieron, ya que Wells se negaba a aceptarlos. Tan pronto algunos empezaban a comportarse cordialmente, los encontraba absolutamente aburridos.»*

El diario de bolsillo[46] que llevó mi padre durante 1921 nos proporciona otra impresión de este viaje por Italia. El británico conocido suyo con el cual se tropezaron en el hotel era Sir Maurice Hankey, secretario permanente del gabinete británico. Dos días después de llegar se les unió para dar un paseo. De Amalfi marcharon a Roma, donde vieron bastantes veces a Reggie Turner, un hombre entretenidísimo que había contado entre sus amistades a Oscar Wilde. De Roma marcharon a Florencia, en donde almorzaron con Ettie y Willie Desborough, quizá los mejores amigos que tenía mi padre en la alta sociedad, y pasaron unas horas muy agradables en compañía de George Orioli, el más generoso de todos los editores, el que tenía además mejor humor. En ese cuaderno queda claro, pienso yo, que la Italia a la que mi padre llevó a mi madre formaba parte tanto de su mundo como del mundo de ella, y que en nada se parecía a esa tierra de pesadilla gótica, llena de anónimos y fantasmales personajes, que ella iba a inventarse años después.

---

[45] Ibíd., p. 108

[46] Los diarios de bolsillo de H. G. W. están recogidos entre los Wells Papers

El relato de mi madre, tal como lo refiere este autor norteamericano, se mantiene al nivel de la aludida aventura de Paestum. Durante aquel otoño, mi padre viajó a los Estados Unidos, y allí se quedó hasta fin de año. A su regreso no se dirigió directamente a Inglaterra; por el contrario, viajó de Nueva York a Gibraltar, donde tenía previsto reunirse con mi madre. Habían planeado pasar juntos un par de meses en España, antes de volver a Londres pasando por París. Pero parece ser que la aventura estaba condenada desde el principio al fracaso. Mi padre tocó tierra a la sombra de la Roca, a un tiempo exhausto por los rigores de sus viajes y sus conferencias por los Estados Unidos y peligrosamente exaltado por las adulaciones con que lo habían recibido allí. Nada más instalarse con mi madre en un hotel en Algeciras, ella se encontró con que tenía que pasar por una espantosa repetición de las abominables experiencias por las que ya había pasado penosamente la primavera anterior en Amalfi. Los habituales y anónimos testigos de sus humillaciones se presentaban ante ella de tres en tres para ofrecerle su ayuda y su atención.

> *«El propietario del Hotel María Cristina vino a verme y me dijo que si no disponía del importe del viaje de regreso, él o su mujer me harían llegar de inmediato esa cantidad, y se ocuparían de conseguirme el pasaje en un barco que me llevase a Gibraltar. En Sevilla, el capellán anglicano y su esposa me preguntaron si no deseaba poner un telegrama a mis familiares, a Inglaterra, para que viniesen a recogerme.»*[47]

Estas amables intervenciones en favor de la que era poco más que una niña, a sus veintiocho años de edad, no la llevaron, a pesar de los pesares, a romper las ataduras de su terrorífica esclavitud, y consintió en seguir recibiendo un trato más despectivo aún, ya en Madrid y en París. Parte de la conducta de que él hizo gala en cada una de estas ciudades resultó tan desatinadamente extravagante que ella incluso llegó a pensar si no habría perdido el seso. A ella le pareció que él había perdido todo contacto con la realidad. A pesar de todo, Arnold Bennett, persona juiciosa y ecuánime donde las haya, al encontrarse con él por la calle, al día mismo de su regreso, no notó nada de particular. E incluso puso por escrito su opinión. Al escribir una nota a Hugh Walpole desde su club, sin que hubiese pasado una hora desde el encuentro, añadió un renglón que decía: «Wells ha vuelto y lo he encontrado en plena forma.»

Aunque mucho me temo que tal vez el lector empiece a pensar que ya ha leído más que suficiente acerca de esta cuestión, debo seguir ocupándome de ella hasta llegar al punto en el cual mi padre traspasó definitiva e irreversiblemente la frontera que separa la cordura de la locura. Ello tuvo lugar en agosto de 1922, como justa secuela de los melancólicos episodios en España y Francia, que databan de febrero y de marzo, por más que sea imposible precisar dónde pudo acontecer. Mi padre fue en su automóvil a Cornualles, a reunirse con mi madre, alojada entonces en The Ship Inn, en Porlock, con un grupo de amistades más o

[47] Ray, op. cit., p. 117

menos de su edad. Se habían congregado en The Ship Inn para celebrar el primer éxito comercial de cierta envergadura de que disfrutaba G. B. Stem, una novelista que por entonces empezaba su andadura; entre otros estaban su esposo, Geoffrey Holdsworth, por entonces víctima de lo que solía denominarse en aquella época «shock del granadero»; mi formidable Tía Letitia, hermana de mi madre, rubia y con ojos azules, opuesta a ella en todas las cosas de la vida y contrincante empedernida, que había ido con su amigo, el abogado Dicky O'Sullivan, por lo demás deseoso de ser su amante; una joven a la que habían contratado para que cuidase de mí, y, por último, yo mismo. Mi padre había acudido para ver a mi madre, y muy pronto se dio cuenta de que no iba a disfrutar más que de unos escasos minutos a solas con ella, caso de quedarse en Porlock con todas aquellas personas. En consecuencia, se la llevó a saber dónde por espacio de tres días. No tengo más remedio que ser así de impreciso, pues cuando ella refirió este incidente al norteamericano que vino a entrevistarla a comienzos de los setenta, le confesó que no tenía ni la más remota idea de dónde podían haber ido. Apostaría algo a que él conocía algún lugar cómodo y agradable por los alrededores, y que allí se la llevó, pero eso a ella no le habría servido de cara a la clase de relato que le apetecía contar. Así pues, decide contar que mi padre condujo el automóvil al azar, y entonces:

> *«Por último nos quedamos a pasar la noche en medio de un páramo desolado, cerca de un sitio que creo recordar que se llamaba Box. Allí se ocupaba de todo un hombre que evidentemente estaba chalado, que vivía allí a solas con su exasperante hija. Creo que el hombre aquel había adquirido la posada con [sic] alguna suerte de propina recibida al concluir su servicio en las tropas coloniales. De tocios modos, a la posada aquella nunca iba nadie, cosa por otra parte muy natural, ya que por allí no se veía ni un alma en pena. El pueblo más cercano estaba a varias millas. Llegó una persona más, un viajante de comercio, y H. G., el dueño de la posada y el viajante se pasaron jugando a las cartas el día entero, mientras la hija y yo esperábamos en la cocina y nos ocupábamos de las tareas de la casa.»*[48]

De todo esto no puedo creer ni una sola palabra, así como tampoco me creo que el coche dejase de funcionar al haber sido alcanzado por una ráfaga de ametralladora, ni aquellas entretenidas conversaciones acerca del hierro forjado de Paestum en compañía del futuro alcalde; tampoco me creo la agitación y la preocupación del capellán anglicano en Sevilla. Y menos me impresionan aún estas invenciones desde el momento en que el erudito norteamericano a quien llevo un rato citando por lo menudo aduce a su vez la carta que mi madre escribió a su antigua amiga y mentora, S. K. Ratcliffe, como prueba inapelable de genuina documentación. En este caso, el zapato está cambiado de pie; se trata de fabulaciones tramadas como soporte de las alegaciones esgrimidas en esa carta del 21 de marzo

[48] Ibíd., p. 122

de 1923, y la maravillosa combinación de hechos de todo punto imposibles de verificar, junto con su extremada adecuación al propósito que la guía, deja bien a las claras de qué se trata.

A la postre, es la propia fecha que ostenta la carta la que da buena cuenta de su credibilidad. El período de cinco años del que se habla en ella nos devuelve a marzo de 1918, y el recuento de lo que entre esas dos fechas estaba haciendo mi padre en el mundo real, por oposición a las fantasías de mi madre, de ninguna manera podría reconciliarse con la presunción de que era un hombre echado a perder en aquella etapa de su trayectoria.

Durante la primavera de 1918, mi padre se vio inesperadamente envuelto por la máquina de la guerra. Desde 1916[49] había dedicado buena parte de su tiempo a personas como Gilbert Murray, H. N. Brailsford, J. A. Spender, J. L. Garvin, Henry Wickham Steed y Leonard Woolf, en calidad de miembro del comité que trabajaba en pro de la declaración de los objetivos de guerra para los Aliados, y también a favor de la idea de crear una Liga de Naciones. Estas solemnes reuniones arrojaron por saldo una cierta abundancia de papeles de posicionamiento, de memoranda y circulares, de panfletos redactados con gran honradez, si bien no habían conducido, en cambio, a encabezar ningún movimiento más o menos notable en el seno de la opinión pública. En el depresivo ambiente de aquel desolado invierno de 1917-1918, mi padre había perdido casi por entero la fe en la utilidad de su trabajo en este terreno. Tenía la impresión de que las únicas personas a las que llegaba eran aquellos miembros de la intelligentsia liberal que ya de por sí simpatizaban con las propuestas que él respaldaba. En consecuencia, quedó encantado de que, poco después del nombramiento de Lord Beaverbrook como ministro de Información, en febrero de 1918, se le solicitara que se uniese al personal de Crewe House en calidad de presidente del Comité Político para la Propaganda en los Países Enemigos. Le dio la impresión de que por fin había llegado la ocasión que durante tanto tiempo había esperado.

Mi padre dio un paseo muy corto en esta carroza de calabaza. La brevedad del lapso durante el cual ocupó aquel cargo tan resonante a menudo se esgrime como argumento en su contra, como clara indicación de su absoluta falta de disciplina mental, así como de su incapacidad constitutiva para trabajar en unión de sus colegas. Empezó a trabajar en Crewe House en mayo de 1918, y en el mes de julio ya había dimitido de aquella presidencia ilusoria. Ahora bien, no fue su conducta tan caprichosa como podría parecer a primera vista. Su iniciativa a la hora de ocupar el puesto no había sido otra que ofrecer a su director el esbozo de un documento en el que perfilaba su concepción de la única política susceptible de lograr el éxito que, para él, podría emprender la agencia. Sostuvo que sería una pérdida de tiempo pretender incitar a los ciudadanos de los países enemigos a repudiar a su cúpula militar y a su

[49] H. G. W. se hizo miembro de la Liga de la Asociación de las Naciones Libres al año siguiente de su fundación por parte de Leonard Woolf entre otros

gobierno sin proporcionarles previamente una clara idea de las dimensiones de la paz que podían esperar. Tras esto lanzó una serie de sugerencias, basadas en los dieciocho meses que había dedicado a trabajar con el comité, sobre la clase de garantías de seguridad que tendrían que proporcionar los Aliados a las poblaciones enemigas si de veras se deseaba alcanzar el resultado previsto. Este documento fue aprobado por el director de Propaganda Enemiga y remitido al Ministerio de Asuntos Exteriores, con el resultado de que a mi padre se le convocó a reunión con Sir William Tyrrell[50] en dicho ministerio.

Cuando acudió a esta reunión, mi padre tuvo la ingenuidad necesaria para suponer que se le había convocado con objeto de discutir el contenido de su documento; así pues, se había pertrechado de cara a un intercambio de opiniones. En cambio, Sir William, que era perro viejo dentro del Ministerio de Asuntos Exteriores, no tenía ni la más remota intención de ponerse a discutir minucias con nadie en este mundo. Mientras mi padre permaneció sentado, observándole, le endosó una filípica que venía a rechazar de plano el documento y sus contenidos, en favor por el contrario de un discurso vagamente profrancés basado en el curso de las relaciones francoalemanas de los pasados setenta y cinco años, y dio por sentada la completa ignorancia de su contertulio sobre este tema. Cuando hubo terminado, se puso en pie, y tras darle a mi padre un masaje consistente en unos minutos de conversación genérica, le indicó que la reunión había concluido.

A mi padre este encuentro le sumió en una serie de dudas relativas más que nada al motivo de semejante cita, si bien al repasar el acontecimiento en conjunto se dio cuenta de que había gato encerrado en el blando agasajo que se le ofreció al final: un oscuro indicio acerca de que el Comité para la Propaganda en los Países Enemigos no debería considerarse de manos atadas, pues era absoluta su libertad a la hora de recomendar cualquier iniciativa que las poblaciones extranjeras fueran susceptibles de tragarse por las buenas, sobre todo en lo tocante al carácter genérico de la paz que los Aliados victoriosos pudieran decidir. El comité no tenía por qué consultar al Ministerio de Asuntos Exteriores respecto de los detalles que pudieran pronunciarse; de hecho, sería preferible que en el Ministerio de Asuntos Exteriores no se supiera nada de tales cuestiones.

A mi padre empezó a hacérsele la luz, ya que previamente no se había parado a pensar en investigar cuál era el estatus concreto de la institución para la cual trabajaba. Crewe House, según pudo colegir, no era sino una creación ad hoc, ideada por Lloyd George con el único y definitivo propósito de mantener a su director, Lord Northcliffe, bien ocupado, para que no le crease problemas. Northcliffe era por entonces el propietario del Times, del Daily Mail y del Evening News, y podía constituir una molestia más que considerable para el Gobierno, siempre que se lo propusiera e incluso sin querer. El puesto de director de

[50] Autobiografía, H. G. W., capítulo 9, sección 6

Propaganda Enemiga se había inventado simplemente con objeto de hacer que Lord Northcliffe se sintiera parte del Gobierno, con la esperanza de que dicha atadura le llevase a respaldarlo, si bien la organización que presidía de ninguna manera gozaba del estatus legal de organismo gubernamental. Sus acciones no podían comprometer al Gobierno a nada en absoluto, y sus tomas de posición podían ser descartadas por el Gobierno a su antojo y conveniencia. Al proponerse tener ocupado y feliz a Lord Northcliffe, Lloyd George no había

pensado ni por asomo en darle más poder del que ya tenía de por sí. Mi padre había sido atraído a la añagaza de Crewe House de manera muy similar a la de ciertos ceros a la izquierda, dotados de título nobiliario, que fueron invitados a formar parte de algunos organismos, esto es, para prestarles una cierta apariencia de respetabilidad y de poder. El trabajo que se le había encomendado consistía en hacer promesas a las poblaciones enemigas, sobre todo a los alemanes, que el Gobierno no tenía ninguna intención de cumplir.

Tan pronto comprendió mi padre cuál era la verdadera naturaleza de la organización en la cual le había introducido Beaverbrook. la fatuidad de su cometido no le ofreció ni la menor sombra de duda. Mientras apremiaba a la población alemana para que creyese en la buena voluntad de los Aliados, los periódicos de los que era propietario su superior no hacían sino echar leña al fuego de un ánimo proclive a los pogromos. Día a día, los periódicos de Northcliffe anunciaban que cuando llegase la derrota de los alemanes, les iban a dar una lección que no olvidarían jamás. El armisticio, cuando se produjese, se trazaría sobre la línea implícita en aquel dictum de los romanos: «Ay de los vencídos » Mi padre escribió una carta al director de su organización, a finales de junio para comunicarle que mientras la organización y sus periódicos hablasen en dos lenguas irreconciliables, ni una ni otra podrían resultar dignas de crédito. Northcliffe le contestó con enojo, diciéndole que no estaba dispuesto a discutir la línea política de sus periódicos ni con él ni con nadie. Mi padre dimitió después de este cruce de opiniones, y lo hizo de forma tan razonable como le fue posible. Se le había ocurrido una idea algo extravagante. Tenía cosas mucho más importantes que hacer, antes que andar con mentirijillas con los alemanes. Tenía que ponerse manos a la obra y escribir una historia popular de la humanidad, una historia de las especies biológicas[51] que diera la sensación de unidad de la raza humana con una sustancia de la que carecía, y proporcionar así el fundamento emocional que diera al concepto de una Liga de Naciones un aire superior al del mero atractivo intelectual. Quizá de ese modo pusiera en marcha algo que, a la larga, hiciese de la creación de un estado mundial o de una federación mundial una propuesta realmente práctica.

Mi padre fue así perfilando una perspectiva de su Outline of History (*Perfil de la historia*), entre mediados de julio y finales de septiembre de

[51] La declaración de intenciones sobre esta cuestión que hiciera H. G. W. se imprimió en el número correspondiente a septiembre-octubre de 1918 de la revista Today and Tomorrow, de la Liga de Naciones

1918. Mientras aquella guerra ya abatida y quebrada se arrastraba hacia su fin, él leía con voracidad y se reunía asiduamente con el grupo de amigos y conocidos que iban a ser sus asesores a lo largo de la ejecución de aquel magno proyecto: Ray Lankester, Gilbert Murray, Denison Ross, Ernest Barker, Philip Guedalla y Harry Johnston. En octubre ya tenía un plan sobre el papel, capaz de servir de base al contrato que firmase con sus editores en Inglaterra y en los Estados Unidos. Apoyado sobre ese sólido terreno, podía seguir adelante y dedicarse a organizar un equipo de investigadores y a confeccionar el esqueleto del libro. Empezó a trabajar sobre el texto muy a principios de 1919, y tuvo terminada la primera versión a finales de ese mismo año. Fue recibida con fuertes críticas por parte de los especialistas en distintas épocas históricas, que reclamaron una serie de revisiones sustanciales; cuando las hubo hecho, cuando hubo preparado una versión abreviada para su publicación en 1922, mi padre tenía escritas más de 750.000 palabras con aquella Waterman de émbolo y de tajo fino con la que siempre escribía.

Sin embargo, *El perfil* no constituye el total de la producción de mi padre entre marzo de 1918 y finales de 1923. En ese mismo período escribió la segunda parte de su novela Joan and Peter, y escribió y publicó las siguientes novelas, colecciones de artículos y panfletos: The Undying Fire (*El fuego eterno*, novela), British Nationalism and the League («*El nacionalismo británico y la Liga de Naciones*»), The Idea of a League of Nations («*La idea de una Liga de Naciones*») y The Way of a League of Nations («*Hacia una Liga de Naciones*», panfletos), en 1919; Russia in the Shadows («*Rusia en la penumbra*», artículos revisados y aumentados), en 1920; The Salvaging of Civilization («*El rescate de la civilización*», artículos reunidos), The New Teaching of History («*La nueva enseñanza de la Historia*», panfleto), Washington and the Hope of Peace («*Washington y la esperanza de paz*», artículos revisados y aumentados), en 1921; The Secret Places of the Heart (*Lugares secretos del corazón*, novela), The World, Its Debts and Rich Men («El mundo; deudas y riquezas de los hombres», panfleto) en 1922 y Men Like Gods (*Hombres como dioses*, novela). Esta lista representa por sí sola un cúmulo de trabajo muy considerable, y pone en evidencia la presunción de mi madre en su carta a S. K. Ratcliffe, según la cual durante aquellos años su relación con mi padre exigía continuamente de ella que ocupase todo su tiempo en cuidarle y mimarle: es imposible que sea cierto.

La explicación obvia de esa carta no habrá que buscarla muy lejos. Desde el comienzo mismo de *El perfil*, la vida de mi padre resultó profundamente afectada. Su consecuencia más inmediata fue el confinamiento de su vida en Easton Glebe, con lo cual se sintió más cerca de Jane que nunca. Ella llevaba muchos años actuando como administradora suya, y tan pronto hubo rechazado su trabajo en Crewe House tuvo que preguntarle a Jane si estaba dispuesta a resistir las consecuencias del enorme proyecto en que se había embarcado. Ella le prestó con gran entusiasmo todo su respaldo, y se convirtió en socia trabajadora actuando como ayudante de investigación hasta que la obra estuvo ultimada. Regresó, así pues, parte del espíritu de sus primeros

años de casados, durante los cuales habían sido buenos compañeros en la empresa común y balzaquiana de salir adelante contra todo pronóstico; Easton Glebe se convirtió en una colmena industriosa. Algunos de los hombres que acudían a la casa a trabajar en el proyecto -sobre todo Philip Guedalla y Frank Horrabin- no olvidarían nunca el ambiente de feliz cordialidad que allí encontraron, el inspirador ejemplo que supuso la dedicación absoluta de mi padre. La casa, y el trabajo que en ella se realizaba, cobraron para él la máxima importancia, hasta el extremo de no desear pasar ni un minuto lejos de allí en tanto en cuanto no estuviese finalizado el texto.

Ahora bien, aquello solamente fue el principio. El éxito de *El perfil* cambió por completo el carácter de la vida que llevaba mi padre. Se completó la transformación de sus asuntos financieros, iniciada ya con las impresionantes ventas de *Mr. Britling*, convirtiéndose en un hombre adinerado[52], en un definitivo exilado de entre los bohemios. También le llevó a contraer una relación personal con Lord Beaverbrook, el cual le introdujo en un mundo nuevo dentro del cual pudo verse a sí mismo con nuevos ojos, como una persona cuya importancia no estaba estricta y únicamente relacionada con el valor literario de sus escritos. La naturaleza de sus amistades experimentó un cambio similar. En las memorias de William Gerhardie se puede encontrar una viñeta en la que aparecen mi padre y Jane dentro de este reino en el que acababan de ingresar. Beaverbrook había invitado a este novelista anglorruso a una cena a la cual iban a acudir también los Wells; él fue el primer invitado en llegar. Sin saber con precisión qué debía esperar, pero dando por hecho que seguramente iba a tratarse de una velada literaria, Gerhardie fue quedándose más y más boquiabierto a medida que llegaron las personas con las que iba a pasar aquella noche: Su Alteza Real el Aga Khan, el conde Beatty (Almirante de la Flota) y Reginald McKenna, antiguo secretario de Interior y canciller del Tesoro Público, que había dejado la política para dedicarse a su cargo de presidente del Midland Bank. Por fin llegaron los Wells, más o menos cuando Gerhardie empezaba a sospechar que se había equivocado de noche; ahora bien, así como su aparición le tranquilizó sobre ese particular, se quedó con la duda de qué demonios podía hacer mi padre en compañía de semejantes personalidades.

La respuesta a esta pregunta, que por lo demás no llegó a pronunciarse, se puede hallar en The Autocracy of Mr. Parham (*La autocracia del señor Parham*), una novela satírica escrita unos diez años más tarde, en la cual mi padre traza una descripción muy aguda de la regocijante, seductora experiencia que le supuso el ser acogido de igual a igual por Beaverbrook. En esta obra entretenida y ligera hace una caricatura de sí mismo en la figura del tal Mr. Parham del título, y manifiesta en primicia lo que pensó que hacía cuando pasó a ser uno de los habituales de las cenas que ofrecía Beaverbrook en Stornoway House, aparte del aprecio que le había tomado a aquel extraño y seductor monstruo cuando llegó el momento de seguir por caminos distintos. El

[52] Las cuentas bancarias y demás documentación se encuentran en los Wells Papers

grupo congregado para aquella cena a la que asistió Gerhardie era típico de las compañías de que gustaba rodearse Beaverbrook, y mi padre de hecho cultivó el trato de Beaverbrook por ese motivo. No deseaba conocer a tales personalidades por el hecho de que fueran celebridades, sino porque la mayor parte de ellos eran personas responsables de la toma de decisiones de gran importancia, o bien personas cuya situación dentro del entramado social les posibilitaba la influencia directa sobre tales otras personas. Y no fue la perenne fascinación por los pasillos del poder la que le imbuyó este interés; se trataba más bien de una apasionada creencia en dos propuestas cuya aceptación por parte de dichas personas deseaba fervientemente. A lo largo de 1918 había llegado a la convicción de que sería un absoluto desastre para Europa, y posiblemente para el mundo entero, que los ministerios de exteriores de las potencias Aliadas hicieran de su tradicional hostilidad a todo aquello que tuviese trazas revolucionarias la base de su aproximación al nuevo régimen de Rusia; creía también que sería un desastre de proporciones aún mayores que la Liga de Naciones que había de crearse al término de la guerra pudiese considerarse una mera Liga de Vencedores cuyos intereses no fuesen más allá de lo estrictamente nacional. A finales de aquel año había entendido con absoluta claridad que los Aliados victoriosos estaban decididos a acabar con el régimen del Soviet mediante la fuerza de las armas, y que el tratado de paz, cuando se firmase, iba a constituir un instrumento para castigar a los derrotados y a los rusos, de acuerdo con la sempiterna paranoia de los franceses. La doble derrota de estas causas que mi padre había hecho suyas le hicieron entender que Winston Churchill[53] había estado en lo cierto cuando le dijera, en torno a 1900, y después de la publicación de Anticipations (Anticipaciones), que había cometido un error al denigrar a los políticos. Churchill había proseguido su argumentación diciéndole que los políticos detentaban una función social muy útil en calidad de propagandistas de los nuevos conceptos, sobre todo en lo tocante a lo que podría y debería hacerse por parte de los gobiernos. No era propio, pues, de un hombre de su sabiduría y su ideología, que en el fondo deseaba introducir una serie de reformas de carácter social, ignorar por completo a la clase política. Las posibilidades de lograr lo que se había propuesto mediante un llamamiento directo a la opinión pública eran más bien escasas. Era preciso conquistar en cambio a los hombres elegidos por el público para su gobierno, siempre y cuando se pretendiese obtener una serie de resultados tangibles con una cierta celeridad. Tan pronto se hubiesen convencido los representantes del poder de las virtudes de una nueva idea, les sería sumamente sencillo conseguir que el público también asumiese dicha idea.

A la luz de una visión retrospectiva, la decisión de mi padre, cuando en efecto decidió echarse su cuarto a espaldas en el intento por conseguir una reversión de la política gubernamental británica, en lo tocante a Rusia y a la Liga, simplemente yendo a hablar al oído de Beaverbrook y de sus amiguetes, podría parecemos harto ingenua. Sin embargo, cuando empezó la década de los veinte Beaverbrook seguía ejerciendo un poder

[53] Carta de W. C. a H. G. W., Wells Papers

dotado de absoluta credibilidad, ya que operaba tras las bambalinas del escenario político británico. Había desempeñado un importantísimo papel en las maniobras que terminaron por expulsar al incompetente Asquith del ministerio para convertir en primer ministro a David Lloyd George, ya en 1916, aparte de ser amigo íntimo y confidente de un importante líder conservador, Bonar Law, quien tenía a su vez todas las de la ley de convertirse en el sucesor de Lloyd George tan pronto llegase el momento apropiado de sustituir la coalición formada durante la guerra por un gobierno unipartidista. Todavía habría de quedarse deshecho por el súbito fallecimiento de Bonar Law, acaecido en 1923, a raíz del cual se convirtió en líder de los conservadores Stanley Baldwin, quien era en su opinión un perfecto inútil; además, todavía no había sido reducido al absurdo por obra y gracia del caricaturista David Low y sus imitadores, proceso que duró unos diez años y que sólo daría sus frutos después de 1930. Mi padre tuvo pues razones de mucho peso para pensar que empezaba a aproximarse al centro de las cosas, sobre todo una vez que pudo ingresar en el círculo de este encantador de serpientes.

En 1920, una de las cuestiones más punzantes que se discutían en las cenas celebradas en Stomoway House era la del intervencionismo, cuestión que había resucitado tras el estallido de la guerra entre Polonia y Rusia[54], acaecido en aquel mes de enero. Churchill, así como gran parte de sus seguidores del partido, consideraban que la acción de los polacos al entrar en Ucrania y dar ayuda armada a los separatistas ucranianos, al frente de los cuales estaba Petlyura, había generado una ocasión favorable para renovar los esfuerzos de derrocar al Gobierno del Soviet. Al posicionarse mi padre en contra de este punto de vista, se dio cuenta de que en realidad no disponía de un conocimiento exhaustivo, con el cual pudiese respaldar adecuadamente sus palabras. Sus impresiones de Rusia databan de 1914 y estaban casi del todo desfasadas; además, nunca había visitado un país del este de Europa. Decidió, en consecuencia, paliar estas deficiencias tan pronto le fuera posible, y en cuestión de semanas, poco después del comienzo de la guerra, se puso en camino hacia Checoslovaquia.

Cuando mi padre llegó a Praga, a finales de junio, se encontró la ciudad sumida en un inocultable nerviosismo. La guerra había comenzado sonriendo a los rusos, y daba la impresión de que no iban a cometer ni un solo error en el proceso de expulsar a las fuerzas polacas de Ucrania. Las noticias referían siempre nuevas victorias de los rusos; cobraba ímpetu el rumor de que el Ejército rojo podría llegar incluso a las puertas de Varsovia, y que acto seguido le tocaría el tumo a Checoslovaquia. Los únicos checos que parecían impertérritos ante este estado de cosas eran los soldados ya licenciados que se habían abierto paso a través de Rusia, hasta Siberia, durante la guerra civil, en calidad de miembros de la Legión checoslovaca, y también Masaryk, el primer presidente de la nación recién constituida. Mi padre tuvo ocasión de verle con cierta frecuencia, ya que, siguiendo el consejo de Karel Capek, el presidente hizo todo cuanto estuvo

[54] Georg von Rauch, A History of Soviet Russia, p. 117

en su mano por mostrarle su cordialidad. Entre otras cosas, Masaryk le explicó[55] que las victorias de los rusos en Ucrania eran más bien síntoma de la debilidad de Polonia que de la fortaleza de Rusia. A mi padre le aseguró que las condiciones eran inimaginablemente malas, pésimas, en el interior de Rusia, y que lo más probable era que el régimen bolchevique fuese incapaz de sobrevivir hasta el invierno. Masaryk tenía la certeza de que el Ejército rojo terminaría por desintegrarse tan pronto sufriera su primera derrota seria, acontecimiento que esperaba tuviese lugar poco después que la guerra empezase a disputarse ya en territorio polaco. Por bueno que fuese el Ejército rojo cuando luchaba motivado por la defensa de la patria, no sería capaz de exportar la revolución al extranjero; la mitad de su poder se volatilizaría tan pronto se convirtiese en un ejército invasor combatiendo en otro territorio que no fuese el suyo propio. En Rusia, lo único que los soviets veían con claridad era la inexistencia de una alternativa plausible a su propio régimen.

Mi padre transmitió a Beaverbrook y a sus amigos esta optimista visión de los hechos tan pronto regresó a Londres, a finales de julio. Sus palabras tuvieron que resultar por fuerza hueras, ya que los rusos obtuvieron una resonante victoria[56] en el frente Norte el mismo 7 de julio, y ya era a todas luces evidente que se dirigían a la capital de Polonia. Los líderes comunistas más beligerantes hablaban ya de ir mucho más allá de Varsovia, de tomar contacto con los camaradas alemanes. Se habló incluso de la posibilidad de instalar nuevos regímenes revolucionarios en Polonia y en Alemania antes de fin de año. Se diría que Masaryk se había equivocado de medio a medio en sus apreciaciones. Y fue entonces, durante la tercera semana de agosto, cuando el general Weygand junto con su amplísimo séquito de asesores, aparte de numerosos trenes cargados de armas y municiones, transformó la situación. Un Ejército polaco debidamente equipado detuvo en seco a los rusos a escasos kilómetros de Varsovia, y después los derrotó de forma tan inapelable que las fuerzas rusas simplemente se disolvieron.

Este dramático desenlace dio pie a un nuevo peligro. Winston Churchill y sus seguidores vieron en el resultado de la guerra en Polonia la justificación más plena que podía darse a la política intervencionista. A su manera de ver la recuperación de Polonia era debida a la ayuda que habían recibido de los franceses. Así pues, había llegado con toda claridad el momento de que Gran Bretaña uniese sus fuerzas a Francia en la renovación de la gran cruzada antibolchevique. El don que tenía Churchill para comprender los hechos y sus consecuencias a largo plazo salió a la luz: como el grueso del Ejército rojo había desaparecido del tablero a las puertas de Varsovia, nada podía impedir que un Ejército blanco respaldado por diversas naciones atravesara Ucrania para conectar con los restos de las fuerzas de Petlyura, cerca de Kiev. Acto seguido proseguirían la marcha para enlazar con los ejércitos del general Wrangel, que seguían en activo, y en posesión además de la cuenca carbonera de

[55] Comunicación oral de H. G. W. al autor
[56] G. von R., op. cit., p. 118

los Donets y de Crimea. Caso de llevarse a cabo todo esto -y, de hecho, podría llevarse a cabo- los cosacos podrían levantarse en armas de nuevo, podrían prender fuego al país entero y así el régimen revolucionario podría caer de una vez por todas.

Masaryk había previsto el surgimiento de estas tentaciones. Cuando le dijo a mi padre que en realidad no le producía ningún temor lo que pudiera hacer el Ejército rojo en Polonia, le dijo también qué era lo que sí le producía verdadero temor. Temía que se produjese el colapso de Rusia: esa posibilidad sí le hacía sudar a altas horas de la noche. Estaba convencido de que si la guerra civil iba a estallar de nuevo, la anarquía echaría raíces por toda Europa, del Este al Oeste, y así podría incluso asistirse al inicio de otra guerra de los Cien Años, en la cual una serie de ejércitos bandidos pelearían interminablemente a lo largo y a lo ancho del mapa, dedicados al saqueo y al pillaje, sembrando la destrucción. Estaba convencido de que era pura paranoia de la desesperación lo que en realidad motivaba la beligerancia de los rusos; estaba convencido de que la región entera estaba necesitada más que nada de fondos con los cuales financiar la reconstrucción económica, así como de tiempo para ponerse a trabajar.

Cuando mi padre comunicó las ideas de Masaryk, contrarias al intervencionismo, a Beaverbrook y a los testarudos de sus amigos, dedicados a los negocios y la banca, éstos reconocieron que, ciertamente, tenía mucho sentido, habida cuenta de su punto de vista. Ahora bien: ¿cómo iban a tener la seguridad de que el planteamiento de Masaryk era acertado? ¿Estaban las condiciones de Rusia realmente tan deterioradas? Las gentes de Wrangel, así corno los franceses, insistían en que era posible provocar un vuelco en la situación e instalar un nuevo régimen, sin excesivos derramamientos de sangre, sin demasiados gastos, y en un plazo relativamente breve, de unos dieciocho meses.

En agosto[57], mi padre recibió una nueva carta de Gorki, quien ya le había escrito antes para asegurarle que Lenin y los suyos no eran ni mucho menos los monstruosos enemigos que en Occidente se empeñaban en considerar. Esta vez Gorki le escribió para pedirle que hiciese un favor a Rusia. Su solicitud fue para mi padre como un nuevo haz de luz que vino a iluminar la realidad de la situación rusa, aparte de confirmar las más aciagas sospechas de Masaryk. Mi padre dio a leer la carta de Gorki al propio Beaverbrook. En ella, Gorki solicitaba de mi padre que organizase una misión humanitaria en privado. El invierno ya se avecinaba; la escasez alimentaria en la zona de Petrogrado estaba ya por entonces tan agudizada que resultaba evidente un inmediato recorte del racionamiento, y un recorte ulterior, antes de que se agotasen las provisiones. Ello significaba, lisa y llanamente, que muchas personas, sobre todo los ancianos, iban a morir de hambre. Algunos de los más destacados científicos rusos, como por ejemplo Pávlov, ya no eran jóvenes, y la guerra había provocado una tremenda disminución de la población en

[57] Wells Papers

edad de sustituirles de acuerdo con un desarrollo normal de los acontecimientos. Existía un riesgo abrumador de que la comunidad científica sufriese un daño irreparable. Ello podría impedirse si a estas celebridades se les asignase una ración extra de grasas y azúcares. Además, se trataba de que dichas cantidades supusieran una radical diferencia respecto de sus posibilidades reales de sobrevivir. Doscientas o tal vez trescientas libras de manteca, mantequilla y azúcar, así como cierta cantidad de alimentos que no necesitasen de cocción, como caramelos y chocolate, bastarían para resolver el problema. La distribución de semejante mercancía podría en principio presentar algunas dificultades, si bien podría embalarse en tres o cuatro cajones de unas cien o ciento cincuenta libras de peso neto; cualquier viajero podría hacerlos llegar a Petrogrado camuflados entre sus efectos personales. ¿No conocía mi padre a ninguna persona capaz de realizar ese viaje y de hacer entrega de esas mercancías, cuya necesidad empezaba a ser desesperada?

Mientras Beaverbrook leía la carta cazó al vuelo el sobreentendido; no en vano reflejaba una situación que sin duda ninguna debía de ser lamentable. Se le ocurrió de inmediato la idea de una serie de artículos para el Sunday Express, bajo el título de Wells Goes to Russia («Wells viaja por Rusia»). El hombre estaba en la cresta de la ola. Las entregas quincenales de su Perfil de la historia se vendían por entonces a razón de cien mil ejemplares por entrega. Su firma bastaría para relanzar el periódico. «¿Por qué no va usted mismo?», le propuso. Mi padre partió hacia Rusia el 15 de septiembre.

La última vez que estuvo allí fue durante la primavera de 1914, teniendo por guía a un astuto rusófilo, Maurice Baring. Baring se había enamorado del país, de sus gentes, durante los primeros años del siglo, y ya en 1906, cuando aún no había terminado de posarse la polvareda levantada por las perturbaciones del año anterior, pronosticó la inmediatez de un segundo estallido revolucionario, de consecuencias mucho más serias que el primero, en el plazo de una década. Mientras se dedicó a introducir a mi padre en los más escogidos círculos sociales de San Petersburgo tal como era la ciudad en 1914, descubrió también el enorme abismo que se había abierto ya entonces entre la monarquía y el pueblo. A la luz de los comentarios de Baring mi padre había visto la más hermosa de las ciudades del Norte como algo que participaba de la naturaleza de un asombroso escenario teatral, como un revestimiento de desmedidas pretensiones, erigido ante la imponente estructura del propio teatro. Ahora bien, no pudo compartir los temores de Baring, relativos al día en que habría de derruirse el andamiaje construido para la representación del último acto de la tragedia zarista. Se había puesto del lado de los órdenes inferiores, los cuales, según creía, serían exaltados cuando por fin llegase el gran día de la revisión. Se encontraba en aquel aborrecible apartamento[58] de Claverton Street, con mi madre, cuando llegó a Londres la noticia de que el último de los zares había sido obligado a abdicar en marzo de 1917. Su reacción inmediata ante este

[58] Comunicación oral de R. W. al autor

acontecimiento había sido la de correr a reunirse con ella. Por lo visto, la recibió con verdadera excitación, diciéndole: «Ha empezado...» En aquel momento creyó hallarse ante el comienzo de una revuelta de dimensiones universales. Los hombres que entonces estaban en el frente iban a renunciar a las armas, iban a volver a sus casas, y aquella guerra interminable por fin iba a terminar; a todos los reyes que aún estorbaban el desarrollo natural del pueblo iban a arrancarles literalmente las coronas de las sienes. Todavía albergaba claras esperanzas cuando Guchkov y Miliukov[59], los derechistas del Gobierno provisional, fueron destituidos en beneficio de Kérenski, en el mes de mayo. Mi padre había escrito una alborozada carta a Gorki para desearle lo mejor en su «esfuerzo por liberar a la humanidad, inclusive el pueblo alemán, de las opresivas redes de la monarquía, y por establecer la buena voluntad a nivel internacional sobre la base de la justicia y el respeto internacionales». Le emocionó que San Petersburgo hubiese desempeñado un papel primordial en los inicios de esta era gloriosa: había sido la ciudad a orillas del Neva, y no Moscú, la cuna de la revolución.

Aun cuando llevaba en su equipaje más de doscientas cincuenta libras de comestibles, aun cuando supiera que existía allá una necesidad desesperada de dichas mercancías, esperaba a medias que su destino experimentase una transformación y que la población se hallase electrificada, tal y como se encontró electrificados a Praga y a sus habitantes, por el advenimiento de una nueva era.

Sin embargo, no iba a volver a San Petersburgo. Iba de camino a Petrogrado, la ciudad desierta, la maldición que sobre la creación de su esposo había conjurado la esposa de Pedro el Grande. Las puertas y ventanas de más de la mitad de sus edificios estaban cerradas a cal y canto, con tablones claveteados y las fachadas deterioradas, descuidadas, parecían víctimas de alguna insidiosa enfermedad. Una pesada tranquilidad -un sopor casi- asfixiaba a la ciudad, meditabunda, en cuyas fábricas no se producía absolutamente nada. Las instalaciones portuarias se hallaban virtualmente en punto muerto, y la estación de ferrocarril, en las afueras, era un solar silencioso, repleto de vagones y locomotoras inutilizadas, en un estado ya irrecuperable, por haber sufrido toda clase de rapiñas, por hallarse la maquinaria despiezada, abandonada en las vías. Apenas había nada de tráfico por las calles. Los droshkys y los coches privados se habían desvanecido al mismo tiempo, escaseaban las carretas y los decrépitos tranvías, atiborrados de viajeros, traqueteaban a intervalos muy espaciados e inciertos. La animada multitud de San Petersburgo parecía haberse derretido, como la nieve, y las pocas y entecas personas que se veían por la calle vestían bien uniformes andrajosos o bien unos pocos harapos. Mi padre no oyó ni una risa[60], no vio a nadie sonreír al pasear por las desangeladas aceras. La mayor parte de los hombres y mujeres que pudo ver hacían cola, con la piel grisácea y

[59] G. von R.. op. cit., p. 40

[60] Comunicación oral de H. G. W. al autor. Véase también Nina Berberova, Nina Berberova, Circe Ediciones, Barcelona, 1990

sin expresión ninguna, bien ante los edificios del Gobierno, en los cuales se expendían bonos para cubrir todas las necesidades de la vida cotidiana, o bien ante los almacenes de ropa y de alimentos, en los cuales era posible intercambiar dichos bonos siempre y cuando hubiera existencias. Todo lo que en su día supuso la animación de San Petersburgo había desaparecido, había terminado, y ninguna cosa que pudiera devolver mínimamente la vida a una Petrogrado medio desierta parecía tener ningún viso de iniciarse. A mi padre le espantó la lentitud con que se movían las personas, la lentitud aún mayor con que se hacían las cosas, el estado general de entumecimiento y de apatía que reinaba en todas partes. La ciudad entera llevaba trescientos años soportando el hambre, y por fin había llegado una hambruna implacable. Todos los habitantes sabían de sobra cuál era el significado de esa situación. Varios millares no conseguirían sobrevivir al invierno. Cuando llegase la primavera, millares de ciudadanos habrían muerto de hambre y de privaciones.

Mi padre se hospedó con Gorki en el monumental apartamento de la avenida Kronwerk que el escritor había conseguido simplemente derribando una puerta, para apropiarse de las habitaciones interiores. Allí se encontró en medio de una población heterogénea, compuesta en parte por viejos amigos de Gorki, procedentes casi todos del mundo de la literatura y de las artes, y en parte de personas anteriormente desconocidas, provisionalmente carentes de hogar o huidas de la policía. Uno de los residentes habituales había sido en su día Gran Duque y mecenas, un hombre llamado Gabriel K. Románov; ocupaba una habitación que compartía con su esposa y con un perrito de lanas. En la misma categoría se hallaban la primera mujer de Gorki, Ekaterina Péshkova, y la segunda, María Andréieva. Jodasiévich, el poeta, iba y venía sin que nadie pudiera predecir sus andanzas, al igual que Tallin, el constructivista; en cambio, la sobrina de Jodasiévich y la joven amante de Tatlin estaban allí a todas horas. Iban y venían otros tantos, entre los cuales se encontraba Zamiatin. el escritor que era por entonces el principal admirador que tenía mi padre en Rusia; a veces se quedaban unas horas, otras veces se quedaban a pasar la noche. Mi padre, por sentirse bastante solitario entre tantas caras nuevas, por sentirse además muy inseguro respecto de qué idea debía hacerse de aquella rica y confusa cohabitación en grupo, buscó apoyo moral en la única de las habitantes del piso, aparte de Gorki y de María Andréieva. a la que conocía con anterioridad: la condesa Benckendorff, Moura Zakrévskaia. La había conocido en 1914, cuando ella era una elegante recién llegada, aparte de disponer de dinero de sobra para adquirir todo aquello que pudiera adquirirse con dinero. En cambio, cuando la vio por segunda vez era dueña únicamente de las ropas que llevaba puestas, aparte de un juego de ropa interior de repuesto. Acababa de empezar a trabajar como secretaria de Gorki, además de ser su amante, aun cuando él supiera, ya que ella misma se lo había advertido, que había llegado a él en calidad de espía de la policía, comisionada por Zinóviev, personaje cuyo odio por Gorki era notorio.

Parte, y solamente una parte muy pequeña, de la complicada historia de Moura, se halla relatada en un libro titulado Memorias de un agente británico, en el cual Bruce Lockhart refiere sus aventuras y desventuras como primer secretario de la Embajada Británica en Petrogrado durante la revolución. Cuando mi padre renovó el trato con ella, en 1920, seguía envuelta en la pesadillesca situación[61] derivada de aquel compromiso. La GPU la había liberado hacía muy poco de la cárcel, a la cual había sido condenada por cómplice de las actividades de espionaje desarrolladas por Lockhart, a cambio de su servicio a la organización en calidad de confidente. Se le había encargado acceder al entorno de Gorki. Desde el primer momento se le antojó intolerable su situación, y casi de inmediato se sintió en la obligación de advertir a Gorki de su contacto con la policía. Gorki sintió por ella una honda admiración, por haber tenido el valor de ser absolutamente franca con él, habida cuenta de la adversidad de las circunstancias, y se erigió en protector suyo. Aprovechó la considerable influencia que tenía sobre Lenin para quitarle hierro a su situación, que, pese a todo, siguió siendo muy precaria, ya que Zinóviev, que era en efecto el virrey de Lenin en la región de Petrogrado, desde ese momento y en lo sucesivo la tuvo por desertora, aparte de incluirla en el odio que sentía por Gorki y por todas sus obras. La GPU dejó de ejercer sobre ella toda presión, pero sí que se aseguró de que ella supiera que se hallaba constantemente vigilada. El irreprimible ingenio de Moura, su desbordante buen humor y la frialdad con que se condujo frente a tales presiones, produjeron en mi padre una impresión indeleble. El afecto que le cobró casi de inmediato tuvo el refuerzo adecuado en el hecho de que Moura fuese una mujer extremadamente atractiva, muy desinhibida, de talante pasional y de una gran inteligencia. Era inevitable que se enamorase perdidamente de ella.

Gorki, tal vez con torpeza, dio pie a este giro de los acontecimientos. Consiguió convencer a algunos de los bolcheviques más prominentes, que por entonces estaban mucho más abiertos a los contactos con el extranjero de lo que iban a estarlo en un futuro inmediato, de que mi padre era una persona a la que probablemente se le escuchase con gran atención tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, y que dado que el régimen iba a necesitar todos y cada uno de los amigos extranjeros con que pudiera contar, más les valdría desvivirse por granjearse su favor, fue, por lo tanto, objeto de una operación de captación extremadamente eficaz, basada más que nada en la adulación. Hasta el propio Zinóviev, que en principio se había opuesto en redondo a la política de enjabonar con zalamerías a la izquierda burguesa extranjera, mantuvo con él una larga charla, ostentosamente amigable. Al dar por terminado este encuentro, aduladoramente propuso a mi padre que pronunciase una conferencia nada menos que ante el Soviet de Petrogrado; él se encargaría de los preparativos. Acto seguido, Zinóviev hubo de marcharse a Alemania para asistir a la Conferencia de La Haya, en la cual se fundó la Internacional Comunista, y en la cual denunció con ferocidad la tesis de que podría existir alguna clase de cooperación beneficiosa entre la izquierda de la

[61] Comunicación oral de M. B. al autor

clase trabajadora y la izquierda burguesa de Europa occidental. Antes de partir a Halle dejó a mi padre en manos de Chicherin, que era por entonces el más destacado de los diplomáticos bolcheviques, subordinado tan sólo a Kámenev en lo tocante a su influencia en la política exterior soviética. Chicherin compartía a pie juntillas los puntos de vista de Zinóviev, y tenía una visión especialmente denigrante de la izquierda británica, por el mero hecho de que sus integrantes no estuvieron dispuestos a ayudarle cuando el Gobierno británico lo encarceló por haberse presentado con las credenciales del embajador de Rusia en St. James, sede del Ministerio Británico de Asuntos Exteriores. Era, pese a todo, un hombre de ingenio felino, capaz de resultar encantador siempre que se lo propusiera. Cuando conoció a mi padre le ocultó sus sentimientos, reprimiéndolos, presentándose además como una persona sumamente agradable, y prometiéndole inclusive que se encargaría de proporcionarle una entrevista con Lenin. Habló con Lenin por teléfono y le convenció de que invitase a mi padre a celebrar una conversación privada en Moscú. Cuando lo hubo hecho, se puso en contacto con la persona encargada de controlar los movimientos de Moura desde la CPU y le sugirió que la recomendase para hacer las veces de guía e intérprete de mi padre en ese viaje.

Durante los escasos días que pasaron juntos en Moscú, Moura estableció con mi padre un lazo afectivo que a la larga iba a resultar irrompible. El había disfrutado muchísimo todos y cada uno de los instantes que le fueron dados pasar a solas con ella, y aborreció el instante en que hubo de separarse de ella para regresar a Inglaterra. El dolor de tener que abandonarla tan pronto fue tanto mayor por las escasas esperanzas que por entonces pudo albergar de volver a verla alguna otra vez. Aquellas horas que pasaron juntos les habían sido arrebatadas. Supo, al iniciarse esta aventura amorosa, que Gorki se sentía tan fascinado por ella como él lo estaba; supo incluso que había llegado a establecer con ella una relación de clara dependencia. Por si fuera poco, sabía que ella estaba en deuda con Gorki, y que le tenía una tremenda devoción. Mientras estuvieron en Moscú, ella le había dicho -y él lo había aceptado sin reservas- que no era capaz de pensar siquiera en separarse de Gorki, en abandonarlo por otro hombre, en tanto en cuanto él no le diera claras muestras de haber terminado con ella. Mi padre, sin embargo, no fue capaz de zafarse de aquella embriaguez que ella le producía, y por muy escaso que pareciese el futuro reservado a su pasión, volvió a casa sintiendo arder esa pasión en su interior.

De la entrevista que sostuvo mi padre con Lenin es mucho lo que podría decirse, aun cuando el hecho más sobresaliente es que no estuviese presente un taquígrafo en dicho encuentro. A Lenin le llenaba de orgullo su conocimiento de la lengua inglesa, y ni siquiera hubo un intérprete presente en la sala. Hay diversas versiones sobre el desarrollo de la entrevista. Una de ellas la redactó mi padre, que no en vano fue uno de los dos protagonistas, muy poco después de celebrarse. Otra es obra de León Trotski. Por descontado que no estuvo presente; ni siquiera se encontraba en Moscú en aquella ocasión, y su versión está escrita unos

tres años después de que se celebrara la susodicha reunión, tras la muerte de Lenin. La versión de Trotski se debe al hecho de que alguien llamase su atención sobre un capítulo de ese libro de mi padre titulado *Rusia en la penumbra*, en concreto el capítulo titulado «Un soñador en el Kremlin». Puede ser muy significativo, o puede que no lo sea, el que Trotski no tuviese nada que decir de aquella entrevista aparte de lo que pudiera derivarse de dicha fuente. No tuvo nada más que añadir; su única contribución es que alega lo que Lenin le dijo acerca de tal entrevista cuando no había nadie más.

Por hacer justicia a Trotski, conviene recordar que en 1924, cuando por fin redactó su versión del encuentro, era una víctima frenética de la frustración y la ansiedad. Stalin le había ganado definitivamente la partida en el seno de la lucha intestina que se libró tras el fallecimiento de Lenin, y se encontraba literalmente sobre una trampilla, con la soga del georgiano atada al cuello. Había perdido, de una vez por todas, la gran batalla doctrinal entre los partidarios de la tesis de que había llegado el momento inaplazable de la revolución universal y los que por el contrario consideraban que dicha revolución en un solo país era el genuino caballo ganador. A Trotski, su derrota le había dejado el amargo poso del aborrecimiento más absoluto frente a una serie de enemigos, tanto reales como imaginarios, entre los cuales, por extraño que sea, figuraba un heterogéneo grupo de personas que le eran casi por completo desconocidas, personas que mentalmente había organizado dentro de una especie de izquierda inglesa, maquiavélica, antirrevolucionaria y partidaria del parlamentarismo. Este monstruo, producto de su propia invención, lo había denunciado en un envenenado panfleto titulado «¿Se marchita Gran Bretaña?». En él se puede detectar la rabia incontrolada que tan a menudo es firma inconfundible del genuino espíritu trotskista:

> *Aparte de la literatura teológica, el fabianismo quizá es lo más inservible de este mundo; en cualquier caso, sí parece ser la forma más aburrida de la creación verbal... La época victoriana, barata y optimista, en la cual siempre daba la sensación de que el mañana sería ligeramente mejor que el hoy. Partiendo de la base de que pasado mañana sería mejor que mañana, ha encontrado su expresión más acabada en los Webb, los Snowden, los Macdonald y tantos otros fabianos... Estos sujetos arrogantes, apoltronados, viscerales... envenenan sistemáticamente el movimiento laborista, nublan la conciencia del proletariado y paralizan su voluntad. A estos pedantes pagados de sí mismos, a estos eclécticos balbuceantes, a sentimentales trepadores, a estos amostazados tragaperras serviles para con la burguesía hay que mostrarlos tal y como son ante la clase obrera. Hay que revelarlos tal y como son, lo cual dará pie a una desacreditación impagable.*

Etcétera, etcétera, chirriante, punzantemente etcétera. Nada más tener conocimiento de esta diatriba pensé que era un tanto erudito por

parte de Trotski el tener noticia de Snowden en fecha tan temprana como 1923, pero al repasar con más detenimiento este asunto, descubrí que la totalidad del texto de «¿Se marchita Gran Bretaña?» debe casi con toda certeza su existencia al hecho de que la esposa de Philip Snowden hubiese estado en Georgia[62] en 1921 y de que al regresar a Inglaterra informase que ninguno de los georgianos que había tenido la ocasión de conocer era comunista, y que ninguno de ellos desease que Georgia formase parte de la patria rusa. Sea como fuere, a mí me parece bien claro que cuando Trotski escribe ese texto en el que afirma que cuando le mencionó el nombre de mi padre reaccionó exclamando «¡Puaj! ¡Qué burgués engreído y estrecho! ¡Puaj! ¡Qué filisteo!», meramente se propone «mostrarlo tal cual era, al natural, ante la clase obrera», o bien miente, como era su costumbre, debido a un determinado propósito. Inventarse determinadas desacreditaciones de sus rivales y enemigos atribuyéndoselas a Lenin terminó por ser algo semejante a una industria manual en los círculos del partido, sobre todo durante el proceso de prueba en el cual Stalin fue abriéndose paso, poco a poco, hasta la cúspide, hasta lo más alto de la cucaña, y Trotski hizo gala de una fertilidad asombrosa en este terreno de la ficción creativa, al igual que en muchos otros. Me parece altamente improbable que Lenin llegase decirle nada a Trorski. ni acerca de mi padre ni acerca de aquel encuentro, y tengo casi por cierto que las dos exclamaciones deprecativas citadas anteriormente, y también en muchos otros libros, por cierto que con deleite, son meras invenciones.

Sin embargo, fuera lo que fuese lo que Lenin dijo[63] o lo que dejó de decir de mi padre, no pueden ponerse en duda sus sentimientos acerca del líder ruso. Le tomó simpatía, le agradó por su coraje, su talante abierto y decidido. Creyó a pie juntillas lo que le dijo Lenin acerca de sus intenciones de crear una sociedad nueva, mejor y más humana que ninguna de las sociedades existentes, a partir de las ruinas del estado zarista. Ahora bien, Lenin también le pareció una persona digna de lástima y conmiseración. No creyó que el líder ruso tuviese en cuenta lo lamentable que era la situación en que se encontraba, ni lo improbable de que llegaran a cumplirse sus esperanzas de transformar Rusia, sabiendo hasta qué extremo era grave la escasez de alimentos y de combustible en las principales ciudades de Rusia, sabiendo cuan cerca del colapso había estado el nuevo régimen, simplemente por no poder ofrecer respuestas adecuadas a los problemas generados por dicha escasez, por el desmoronamiento virtual de la red nacional de ferrocarriles, se sintió desazonado al comienzo de la entrevista cuando Lenin le dijo que contaba en cambio con un vastísimo plan, enormemente exigente, para electrificar los medios rurales y urbanos, única manera, en su opinión, de poner fin a las dificultades por las que atravesaba el país. La instalación de enormes

[62] Estuvo en Georgia en calidad de miembro de la Delegación de la Segunda Internacional, enviada con objeto de expresar la solidaridad del movimiento socialdemócrata con el régimen menchevique que ostentaba entonces el poder en Tiflis con el apoyo de los nacionalistas georgianos. Véase G. von R., op. cit p. 122.

[63] Artículos de H. G. W., «El soñador en el Kremlin», «El colapso de Petersbtirgo». en el Daily Express, 1920, y recogidos en el volumen Rusia en la penumbra en aquel mismo año

centrales hidroeléctricas, la creación de una red nacional de líneas de alta tensión, iban a ser sus respuestas a los problemas de suministro y de distribución. Mi padre tuvo la sensación de que le estaba comentando una serie de sueños imposibles de poner en práctica, y no de conocer un planteamiento real de lo que Lenin podría en efecto llevar a la práctica. A manera de tentativa dejó caer la observación de que a él no le parecía que el régimen dispusiera del tiempo ni de los recursos necesarios que requeriría semejante programa: por ejemplo, ¿de dónde iba a sacar Rusia el ejército de técnicos, fabricantes de herramientas, maquinistas, electricistas, ingenieros, aparejadores, etcétera, necesarios para llevar a cabo semejante supuesto? ¿Y el formidable déficit educacional que parecía entrañar tal empresa? Una mano de obra que carecía de la educación necesaria para estar a la altura de sus planes probablemente no iba a mostrarse dispuesta a colaborar de buena gana, ni con las mínimas garantías de eficacia; aquellos hombres no iban a ser capaces de entender qué se esperaba de ellos, ni iban tampoco a comprender por qué se les pedía tal cosa. ¿Cómo iba a resolver Lenin semejantes dificultades con el escasísimo tiempo de que disponía?

Lenin le contestó esbozando un inverosímil programa de choque para afrontar la educación popular, idea mediante la cual pretendía resolver rápidamente el problema de la alfabetización de los adultos, un programa tan omnicomprensivo como el que había previsto para la creación de una red eléctrica nacional. A mi padre le habían enseñado algunas escuelas de Petrogrado en las cuales la escasez afectaba a artículos tales como los lápices y el papel, e incluso las pizarras y las tizas, así como los libros de texto, de forma que semejante planteamiento le hizo parpadear, incrédulo. Se había percatado de que era muy poco lo que quedaba del antiguo sistema educativo zarista, y de que el nuevo régimen tendría que partir prácticamente desde cero cuando en efecto pusiera manos a la obra. No pudo evitar el preguntarse si Lenin tenía siquiera la más remota idea del esfuerzo requerido por sus planes educacionales. A fin de descubrir la respuesta, se embarcó en una pormenorizada explicación del plan a quince o veinte años vista que se había llevado a cabo en Inglaterra para ampliar el sistema escolar británico durante sus años de juventud. ¿Iban a llevar a cabo los hombres de Lenin un plan de características similares? ¿O acaso se le había ocurrido otra solución para contar de inmediato con profesores experimentados? ¿Cómo se proponía llevar a cabo esta solución?

En ese momento le tocó a Lenin el tumo de parpadear con evidente incredulidad. ¿Cómo era posible que aquel inglés cuya inteligencia y simpatía le había garantizado el mismísimo Gorki le exigiera tener en cuenta los méritos de una reforma por etapas, gradual, tal como si no hubiese existido la revolución? ¿No se daba cuenta acaso de que el juego reformista había terminado, no se daba cuenta de que la revolución exigía soluciones revolucionarias? Por un instante, la conversación pareció desfallecer, para convertirse acto seguido en una de esas discusiones con un continuo toma y daca, que a Lenin tanto le divertía sostener con el amigo británico de Radek, Arthur Ransome, allá por 1919. Lenin le explicó

que la revolución había hecho del país entero una sola escuela. En el Ejército rojo, por poner un ejemplo, los que en cada batallón sabían leer y escribir se convirtieron en maestros de los analfabetos, y de igual manera se procedía en las fábricas y en las granjas. La revolución significaba una liberación absoluta de todas las constricciones propias del formalismo burgués.

Lenin habló con aplomo y convicción, con una atractiva agilidad, con una vivacidad de la cual no queda ni huella en sus plúmbeos, mendaces escritos. Lo que dijo en aquella ocasión conmovió a mi padre en lo más profundo, aunque no fuese suficiente para hacerle creer que las improvisaciones propuestas bastasen para obtener los resultados deseados. A pesar de todo ello, Lenin era el cabeza visible del comunismo, y los comunistas eran el único pueblo que quedaba en el país, el único contingente dotado de la determinación necesaria para pasar a la acción al unísono, para arrostrar la enorme hecatombe social que amenazaba a la nación. Su liderazgo, junto con la coherencia y el sentido del deber que tenían los comunistas, les había llevado a detentar el poder sobre el desastre generado por la ineptitud y la estupidez de sus rivales: ya no había nadie más que ellos mismos. Mi padre se dio cuenta de que la situación era peor incluso de lo que Masaryk había supuesto, y de que las posibilidades de salir con bien eran mínimas: era sumamente probable que su pesadilla se hiciese realidad. Todavía estaba por llegar lo peor, pero lo cierto es que rondaba ya muy cerca. Mi padre regresó a Inglaterra con la redoblada convicción de que la amenaza que entrañaba Rusia estribaba no en la posibilidad de que los bolcheviques consolidasen su posición, sino en la posibilidad de que no sacaran adelante sus propósitos. Si los bolcheviques resultasen incapaces de gobernar, todos los demás también serian incapaces de poner orden, con lo cual el país caería a mayor velocidad si cabe por la cuesta abajo de la barbarie y la anarquía. La respuesta a la amenaza que se cernía sobre el mundo entero no podía ser una intervención militar: tenía que ser una misión humanitaria, el comercio, los préstamos.

Gorki tuvo mucho que ver con la forma que adoptaron las opiniones de mi padre. Las ambigüedades que cercaban la situación de este escritor a él se le pasaron por alto en aquellos tiempos, y tomó a Gorki por fuente irreprochable, digna de toda confianza. Y en cierto sentido lo era. Por ejemplo, no cabe ninguna duda de que la experiencia de Gorki con los «niños errantes» fue de lo más auténtica, aparte de ser algo que a mi padre le causó una tremenda impresión. 1920 fue el tercer año consecutivo en que estos niños constituyeron un

apremiante problema de índole social. Eran seres asilvestrados, náufragos a raíz de la separación o la desaparición de sus familias causada por la guerra primero, la revolución después y, por último, la guerra civil. A Gorki se le había solicitado su participación en la

confección de un programa de cara a su rehabilitación[64]; a fin de averiguar cuáles eran las dimensiones reales del problema, hizo una visita a uno de los albergues en los que se les había alojado, en Petrogrado. Sin darse cuenta de que la institución que fue a explorar era en efecto una cárcel, se propuso mantener un diálogo amistoso, interrogando a los residentes acerca de qué deseaban que hiciera él en su beneficio. Le contestaron a aullidos, burlándose de su conducta; lo arrojaron incluso por una escalera y le despojaron de la mayor parte de sus ropas, antes que el personal del centro fuese capaz de rescatarle. Lo que más abrumó a Gorki fue que los niños recogidos en dicho centro fueran en su totalidad niñas menores de quince años. La mayoría estaban embarazadas, o bien habían dado a luz recientemente; todas habían vivido de la prostitución, del robo, posiblemente del asesinato, durante dos años o más. Cuando empezó la revolución, tenían todas entre diez y doce años... El horror que se apoderó de Gorki ante la degradación que habían experimentado aquellas criaturas fue inconmensurable. Le fue muy difícil hablar de lo sucedido; se preparó para hacerlo, se armó de valor, pero cuando le llegó el momento empezó sudar por todos los poros, con los puños apretados.

Mi padre experimentó un horror similar cuando Gorki le mostró con orgullo los asilos y los centros de recogida a los que habían ido a parar los intelectuales o los miembros de la intelligentsia que, a instancias suyas, había montado el Soviet de Petrogrado bajo epígrafes tan grandilocuentes como La Casa de las Ciencias, La Casa de las Artes y La Casa de los Escritores. Allí encontró a ciertas personas que aún seguían funcionando con resolución a pesar de la desintegración del mundo en que vivían, pero aún le impresionaron más los otros,

los que se habían desintegrado a su vez. Seguían con vida, pero habían renunciado a sí mismos y a las posibilidades del futuro, y habían terminado por ser lo que el mundo conocería más tarde, con los campos de concentración de los nazis: muertos vivientes que se habían rendido antes de tiempo a la negación de todas sus esperanzas. Habían sido previamente personas inteligentes y creativas, personas de considerable reputación, sólo que en un momento dado algo se había hecho trizas en su interior. Estos residuos sociales, junto con los niños echados a perder, de los cuales le habló Gorki a su debido tiempo, pasaron a ser, desde el punto de vista de mi padre, un emblema de los elevadísimos costes de la hecatombe rusa: el empobrecimiento radical del presente y del futuro. Fuera como fuese, era absolutamente necesario frenar esa tendencia.

Cuando mi padre regresó a Inglaterra, ya a finales de octubre, empezó de inmediato a propagar sus ideas, y pronto se vio enredado con Winston Churchill. Sus discusiones, iniciadas en varias cenas y en un ambiente de amistad y distensión, tanto en Stomoway como en otras casas, no tardaron en ampliarse. Mi padre se encontró con que formaba parte de un grupo de personas que tomaron parte en un ataque

[64] Berberova, op. cit., p. 129, informa de una ocasión en la cual Vladislav Jodasiévich y Gorki compararon sus respectivas notas respecto de lo que habían experimentado en sus visitas a dicho albergue

generalizado contra el servilismo del Ministerio de Asuntos Exteriores británico para con la política del Quai d'Orsay. Los principales esfuerzos de la política exterior británica a lo largo de 1919 y 1920 estuvieron dirigidos a la consecución de dos objetivos, ambos elegidos por los franceses. El primero, destinado a la consumación de la derrota militar de Alemania mediante un arruinamiento cabal de su economía, fue la garantía de los 132 billones de marcos de oro que habrían de pagar los alemanes en calidad de indemnización por las pérdidas generadas por la guerra. El segundo, cuya presunción no era otra que acelerar el derrumbamiento del régimen ruso, fue garantizar el aislamiento diplomático y económico de Rusia, la creación de un cordón sanitaire de estados asociados y vinculados a Francia mediante una fina telaraña de pactos económicos y militares. Ambas iniciativas políticas fueron concebidas sobre la nebulosa de una casuística sumamente pesimista, según la cual Francia habría de ser objeto de un ataque aniquilador tan pronto Alemania hubiese consumado su recuperación económica; por si fuera poco, se daba por sentado que el enemigo invencible sería una rara combinación de la potencia industrial alemana, de su maestría tecnológica, con la inagotable mano de obra de Rusia. Los políticos derechistas franceses veían en el comunismo una infección social altamente contagiosa, ante la cual los alemanes tenían todas las de sucumbir. Hombres como Clemenceau y Poincaré estaban convencidos de que solamente mediante la ruina de Alemania y la estricta cuarentena de Rusia podría prevenirse la formación de un superestado comunista que se extendería desde las costas de Frisia hasta Vladivostok. Creían que tan pronto se constituyese semejante entidad, no habría manera de tapar la caldera en la que iba a cocerse la revolución universal, cuya inminencia anunciaba Trotski casi en todos los discursos que pronunciaba, tanto en público como en privado.

Mi padre estaba convencido de que estas perspectivas estaban más o menos vueltas del revés. Creía que la ruina de Alemania supondría en la paz el equivalente exacto del desastre de la guerra, culpable de que la Revolución rusa hubiese sido una revolución, y no una revuelta constitucional. Los planes que tramaban los franceses para la contención de Rusia no eran sino una receta perfecta para la destrucción de Europa. Desde el invierno de 1920 y en lo sucesivo, hizo todo lo posible por cimentar una oposición pública y privada al respaldo que Inglaterra prestaba a estas iniciativas fatales, a fin de sustituirlas por otras más acordes con el correcto funcionamiento del continente europeo. Defendió continuamente y con denuedo una política a largo plazo, tendente al reconocimiento del Gobierno de Rusia v a la integración de dicho país en la comunidad de naciones, a la rebaja de las indemnizaciones hasta el punto en que estuvieran a la medida de las posibilidades reales de Alemania, una política tendente, en definitiva, a un desarme eficaz.

Mi padre no estuvo solo al llegar a la conclusión de que eran éstas las iniciativas políticas adecuadas a su tiempo; tampoco fue quien consideró con mayor profundidad dichas medidas, dado que fueron bastantes las personas que se aunaron a sus esfuerzos. Sin embargo, tuvo

una intensa fe en todas estas cuestiones, y una idea muy acertada de cuáles serían las consecuencias si se adoptase una línea errónea, aparte de sus excepcionales dotes para tratar de estas cuestiones con un lenguaje común, asequible a la gran masa de los ciudadanos de a pie.

Visto de manera retrospectiva, sería muy fácil subestimar la habilidad y la eficacia de mi padre en la divulgación y popularización de estas ideas; sería muy fácil tenerle por un simple propagandista. Buena parte de lo que decía él a comienzos de la década de los veinte ha terminado por ser lugar común, pues no en vano su defensa obtuvo una rápida difusión. Sin embargo, en aquella época no se pensaba que estuviese tratando de lugares comunes. Cuando el Sunday Express empezó a publicar los artículos que le había encargado Beaverbrook antes de su viaje a Rusia, la circulación del periódico alcanzó los 80.000 ejemplares al día. y ese incremento se sostuvo, tal como se habían sostenido las ventas quincenales de su Perfil, hasta que apareció el último artículo de la serie. El éxito de sus artículos condujo lógicamente a una reimpresión en volumen, titulado *Rusia en la penumbra*, el libro que tanto iba a disgustar poco después a Trotski. Al verlo publicado, Beaverbrook decidió exprimir más aún la naranja. Dio el libro a Winston Churchill y le encargó una reseña[65], al tiempo que invitó a mi padre a contestar sus críticas. Cuando apareció la diatriba de

Churchill y la réplica de mi padre en el Daily Express, su circulación dio un salto comparable al experimentado en su día por el Sunday Express.

Ésta es una prueba convincente[66] de que mi padre se había labrado una reputación capaz de vender por sí sola el periódico que fuese, así como *Perfil de la historia*; por otra parte, se encontró en la copa del poblado árbol del periodismo, y cuando Lord Northcliffe quiso que se encargase de la cobertura de la Conferencia de Washington sobre Desarme Naval, por parte del sindicato de prensa que se había convertido en el último de sus caprichos, a finales del año siguiente, le ofreció la por entonces pasmosa cifra de 10.000 libras esterlinas. Su llegada a ese terreno coincidió con un tremendo aumento de su reputación en calidad de escritor, pero ya fuera del mundillo literario. En sus diversas ediciones, todas ellas enteladas, *Perfil de la historia* había vendido más de dos millones de ejemplares entre Inglaterra y los Estados Unidos, aparte de muchísimos más en sus diversas traducciones. Este éxito generó un mercado óptimo para la reimpresión en formato de bolsillo y a bajo precio de las novelas que escribiera a finales del siglo pasado y durante los primeros años de éste; publicadas en rústica por Ernest Benn y en tapa dura por Nelson's, en su Biblioteca de Clásicos Modernos, llegaron a vender más de tres millones de ejemplares solamente en Inglaterra. Toda esta actividad tentó a varios editores extranjeros a publicar traducciones

[65] Artículos: recensión de W. C. sobre el libro de H. G. W., 15 de diciembre; contestación de H. G. W., 16 de diciembre de 1920, ambas en el Daily Express

[66] La correspondencia y los contratos relativos a estas cuestiones se encuentran en los Wells Papers

de sus obras a varias lenguas en las cuales nunca habían sido publicadas. Entre 1918 y 1923 se convirtió en una figura de renombre mundial, cuya fama era de sobra conocida allí donde se vendieran libros y periódicos.

A mí me resulta muy difícil, por qué negarlo, identificar al héroe de esta historia de éxitos, un héroe de amplísimos intereses, que hizo gala de una enorme energía en la consecución de sus objetivos, con el Wells medio loco que transparece en esa descabellada carta que mi madre escribió a S. K. Ratcliffe. Creo que es evidente por sí mismo que al margen de lo que ocurriese por entonces respecto de su carrera de novelista, en aquellos cinco años, mi padre se transformó por entonces en un publicista ajetreado, productivo y cada vez más seguro de sí mismo que, en conjunto, era cuando menos digno de toda credibilidad, aparte de sacar grandes beneficios de todas sus actividades. Pero el enigma no se desvanece: ¿cómo podría explicarse dicha carta? Dije anteriormente que no hay que ir muy lejos en busca de esa explicación, y que el primer lugar en donde conviene buscar las claves es la insistencia de mi madre en que los preparativos del viaje a Checoslovaquia, en 1920, tuvieron un efecto anormalmente hinchado sobre su ego. No cabe pasar por alto la coincidencia que se desprende.

En mayo de 1920, mi padre dio con una mujer que parecía estar hecha de la pasta idónea para una de esas aventurillas sentimentales a las que se dedicaba con la licencia de su entendimiento con Jane. Era una radical neoyorquina, amiga o cuando menos conocida de personas tales como Big Bill Haywood, John Reed, Emma Goldman y Mabel Dodge. Se había labrado una cierta reputación en los círculos en que se movía mediante la dirección de una publicación periódica de su propiedad, llamada Woman Rebel; se la conocía más aún por haber sido juzgada y condenada a unos meses de cárcel por el solo delito de abogar en pro de la venta de anticonceptivos sin restricciones de ninguna clase, desafiando de este modo la ley federal que prohibía la difusión de toda información relativa al control de la natalidad. Liberada en el moderno sentido del término, pasó un verano de vacaciones en Inglaterra, a su

aire, preparándose por otra parte para dar los pasos necesarios, tras tres años de retraso, para poner fin a un matrimonio insatisfactorio mediante el divorcio. Cuando se añade además que Margaret Sanger era una bella mujer de ojos grises, cabello castaño, muy animada, repleta de energía tanto física como mental, se entenderá perfectamente por qué mi padre cogió al vuelo la ocasión de tener una historia con ella. De unas cuantas travesuras con ella era imposible que se siguiese ninguna complicación. Ella sabía bien qué se traía entre manos, ya tenía su pasaje de vuelta a los Estados Unidos, y tenía que reanudar su vida en Norteamérica tan pronto regresara. Parecía muy difícil que una aventurilla así se les fuese de las manos.

Claro que Margaret Sanger no era una mujer a la que nadie pudiera tomar a la ligera. Poseía, por así decir, un radiante sentido común, aparte de un agudo sentido del humor. Era tan pronta de ingenio como mi padre, e igualmente carecía de reverencia por su persona. A él le deleitó verse en

tratos con una mujer que tan firme pisaba sobre la tierra, y que tenía por costumbre fijarse una serie de metas muy altas, pero en todo caso alcanzables. Sin que él llegara a darse cuenta, se habían hecho amigos y amantes, y cuando llegó la hora de que ella regresara a los Estados Unidos, a finales de octubre, los dos sabían que aquella despedida de ninguna manera podría constituir el punto final de sus relaciones.

Si este ejemplo se sostuviera por sí mismo, si quedase al margen, no me arriesgaría a sugerir que la observación de mi madre acerca del efecto anormalmente hinchado sobre el ego de mi padre que tuvieron los preparativos de su viaje a Praga fuese en realidad una referencia codificada a los comienzos de su muy duradera relación con Margaret Sanger; ahora bien, es digno de mención el que las «salvajes» actuaciones de mi padre en Amalfi, durante el mes de enero de 1921, en donde se mostró tan asombrosamente insensible a los comentarios del futuro alcalde de Croydon, y tan «horroroso» para con mi madre aparentemente sin razón ninguna, tuvieran lugar muy poco después de su regreso de Rusia, embebido y embriagado por su romance con Moura Zakrévskaia-Benckendorff, cuyos efectos seguían siendo muy visibles en su persona. Las descabelladas repeticiones de aquellas escenitas de Amalfi se dieron en el Hotel María Cristina de Algeciras sin que llegase a transcurrir un año entero entre unas y otras, al regreso del viaje de mi padre por los Estados Unidos, viaje en el curso del cual el animado, ligero affaire que mantuviera con Margaret Sanger se convirtió en una muy duradera relación, que solamente concluiría con su fallecimiento.

Por fuerza me tienen que parecer muy sugerentes estas correlaciones. Me dan a entender que el relato que hace mi madre de la demencial conducta de mi padre, por agudo, penetrante, detallado e incluso plausible que sea dentro de su literalidad al estilo de un trompe l'oeil, no es sino mera expresión del estado de ánimo de ella, en vez de descripción de una serie de ocurrencias más o menos lunáticas. Se me antojan artefactos, invenciones tendentes a sustituir una serie de percepciones de una realidad cuando menos intolerable. Estoy casi seguro de que no fue simplemente asunto de las objeciones que ella pudiera interponer ante las infidelidades en que tan a menudo y con tanta intrepidez se embarcaba mi padre, sino más bien cuestión de algo en resumidas cuentas mucho más objetable, algo que sin duda tuvo que resultar muchísimo más difícil de soportar. Fuera lo que fuese, se trata de algo que se presenta con asombrosa claridad en su relato de ese episodio rarísimo, casi diríase que pretematuralmente improbable, acaecido a finales de 1922. A mí más que nada me parece una alegoría bellamente organizada, urdida con objeto de expresar los sentimientos de una mujer que se sentía ultrajada, relegada al último escalafón de la escala de intereses de un hombre.

Existe otro indicador que apunta en dirección a la identificación de ese algo que tan importante papel desempeña en el relato de la vida que llevaba mi padre a comienzos de los años veinte, relato que mi madre, conviene no olvidarlo, trama a finales de la década de los sesenta, y que

ha transparecido en las biografías más recientes. Se suele pensar que vale por sí solo para explicar el desastroso estado de absoluto cansancio físico y mental que se apoderó de mi padre entre 1923 y 1924, y se trata de una desgarradora descripción de la rutina que prácticamente había terminado con él. «Iba sin cesar de acá para allá, como un ratoncillo en un laberinto», se le dijo a un determinado biógrafo, al cual se le proporcionó también un perfil de la semana rutinaria, del cual destacaba «*el febril fin de semana en Easton Glebe, para pasar después de lunes a jueves en el piso de Londres, dos días conmigo, otros dos días de nuevo en Londres, antes de volver a Easton*». Este perpetuum mobile se me antoja una invención extraída de uno de los cuentos de fantasmas de M. R. James; me da la sensación de que no es posible justificar la existencia de ese octavo día que se cuela de rondón en dicha semana rutinaria. Al margen de cuántos sean los días de que consta la susodicha semana, lo cierto es que de siete u ocho nunca son más de dos los que mi padre dedica a mi madre. Y, triste es decirlo, no puedo pasar por alto la evidencia que nos proporcionan los diarios de bolsillo de mi padre. En ellos no se pone de manifiesto que le estuviese dedicando a mi madre una determinada cantidad de su tiempo, al menos a lo largo de este periodo; si acaso, queda muy claro que cada vez eran menos las horas que pasaba en compañía de ella. Por decirlo de forma quizá demasiado contundente, mi madre no disfrutó de una asombrosa vida con mi padre durante los años que desembocaron en aquel día de marzo de 1923, en el cual decidió escribir por lo menudo a S. K. Ratclife; antes bien, la vida que llevaba ella, asombrosa o no, estaba muy lejos de contar en su mayor parte con la presencia de mi padre. Dejando a un lado lo que ella se hubiese propuesto hacer creer al destinatario de su carta, la deprimente realidad era que su relación con mi padre no se había convertido precisamente en un trato que a ella le requiriese dedicar gran parte de su tiempo a cuidar de él como quien cuida a un enfermo; lisa y llanamente, su tiempo y su dedicación para con él habían dejado de ser imprescindibles. En realidad nunca había sido así. y creo que esos cinco años tuvieron que resultarle extremadamente difíciles de soportar a causa, a fuer de ser precisos, de las dolorosas molestias que fue tomándose él, a medida que pasaba el tiempo, para dejarle absolutamente claro que desde su punto de vista, no existía ninguna circunstancia que pudiera concebirse en la cual fueran a cambiar las tomas.

Capítulo V

«Terminó por obsesionarle la idea de que debería casarme con ella, de que así "todo sena distinto .

»A mí en cambio nada podía parecerme más obvio: todo sería exactamente igual.

«Volvimos a despedimos acalorados, con amargura: la segunda reconciliación no condujo a ninguna conclusión de peso...

»... Y entonces, rebosando de ira. aunque no fuese una ira dirigida tanto a ella como a mí misino, me propuse. malhumorado pero con resolución, terminar de una vez por todas con aquellos lazos humillantes e intolerables.

»Le dije a las claras que por fin podíamos dar por terminadas nuestras relaciones.»

Antes de partir con destino a Rusia, en el otoño de 1920, mi padre había empezado la redacción de una nueva novela, *Lugares secretos del corazón*, inspirada directamente en sus experiencias de la primavera anterior. Sin embargo, no tuvo tiempo de meterse de lleno en ella cuando recibió el llamamiento de Gorki, intervención que, como sabemos, iba a arrancarle de su rutina. Solamente a finales del año siguiente pudo ponerse de nuevo manos a la obra en la redacción de esta novela. Por entonces se dedicó a pulirla, posiblemente con mayor rapidez de la que hubiese sido aconsejable, para tener lista su publicación en 1922. No puede contarse entre sus mejores obras, pero a pesar de todos sus defectos sigue siendo un libro que no puede ignorar nadie que se proponga escribir una biografía de mi padre.

El protagonista de Lugares secretos del corazón es un hombre prominente en público, cuya vida privada es un absoluto desastre. Su matrimonio se encuentra en una situación lamentable, dado que su trabajo y su trayectoria le han exigido esfuerzos y dedicación mucho mayores de lo conveniente. Su mujer ha terminado por acostumbrarse a encontrar la felicidad y la satisfacción en una suerte de vida interior en la que él no tiene ni arte ni parte. Lo único que le pide es que por lo menos mantenga las apariencias de ser un marido ejemplar; mientras cumpla con ese requisito, tendrá absoluta libertad para hacer lo que le venga en gana. Él tiene una amante llamada Martin Leeds, aun cuando las relaciones que mantiene con ella también hayan empezado a deteriorarse. Se trata de una joven romántica y emancipada, para la cual las relaciones sexuales solamente son comprensibles en tanto sello definitivo de una relación comprometida y absoluta, en la que no pueden tener cabida los engaños y las infidelidades. Nada más empezar el libro nos encontramos a Sir Richmond Hardy — así es como mi padre se llama en esta ocasión— paralizado por la indecisión. Sabe que debería dar por concluido su matrimonio, emocionalmente estéril, para honrar como es debido las obligaciones que ha contraído con Martin Leeds, pero cuando por fin se convence de que ha llegado el momento se da cuenta de que no es eso lo que desea hacer. Por mucho que la ame, por mucho que ella le agrade y le satisfaga, tiene la sensación de que ella desea de él mucho más de lo que él podría darle.

Con la confianza de que un cambio de aires pueda servirle para desembarazarse de ambas mujeres, o al menos para tomar una decisión en uno u otro sentido, emprende un viaje en coche por la zona oeste de Inglaterra en compañía de su consejero médico. Se ha propuesto comentar con él todo el asunto. Ahí lo encontramos en una graciosa caricatura de sí mismo: charlan y charlan y charlan sin cesar mientras el automóvil devora los kilómetros -Sir Richmond es quien conduce, por descontado-, y de cuando en cuando, aunque no con demasiada frecuencia, el profesional consigue meter baza. Apenas puede decirse que haya empezado ha surtir efecto la terapia cuando llegan a Stonehenge; es entre esas antiquísimas ruinas donde Sir Richmond se encuentra con una joven norteamericana que va de exploración por la campiña inglesa en compañía de una amiga. El médico se las ve venir, trata de disuadir a Sir Richmond, procura

impedir el inicio de una aventurilla irrelevante y termina por marcharse muy molesto al comprobar que sus consejos no van a servir de nada.

El asunto que constituye el meollo del libro tiene su inicio en este punto. Resultaría ciertamente muy banal si no se presentase en parte como si un alcohólico curado con el tiempo estuviese a punto de volver a darle al jarro. La visitante norteamericana es el sueño dorado de cualquier mujeriego hecho realidad. Considera que el sexo es algo que puede disfrutarse por las buenas, sin asomo de vergüenza, sin pensar en el pecado, siempre y cuando se presente la ocasión junto con el apetito necesario para que tal disfrute sea posible. Tiene la impresión de que el acto sexual es algo que a nada la compromete, y que a quien haya elegido como compañero de juegos, en un día y en una hora determinados, no le supone mayores obligaciones que las de mantenerse en contacto y escribirse de cuando en cuando para darse mutuas noticias de sus vidas. No creo que pueda caber ninguna duda: se trata del retrato de Margaret Saneer[67] tal como percibió mi padre su personalidad desde el principio, antes incluso de haber llegado a conocerla como es debido. Los motivos que le llevaron a juguetear con esa lectura -absolutamente errónea- de un carácter por lo demás estimabilísimo no pueden quedar más claros a medida que se desarrolla la aventura. Está escribiendo en esas páginas un estudio sobre el arte, o el vicio, de engañarse a sí mismo. A lo largo del episodio, ambos participantes van a mentirse en todo momento.

Aunque Sir Richmond sepa que la mujer con la que está conversando no es más que un ave de paso que no tiene ninguna intención de permanecer en Inglaterra durante más de quince días, la llama amada mía y compañera del alma cuando la besa por primera vez. Para entonces llevan ya una semana juntos, y les queda por delante toda una semana. Pocas líneas después Sir Richmond se dice, con cierta solemnidad, que está enamorado de ella, que está mucho más enamorado que nunca. Cuando vuelven a encontrarse cara a cara, los dos saben perfectamente que van a irse de cabeza a la cama. Así pues, él le dice que la ama con todo su corazón, y ella le dice que también le quiere con toda el alma. Después pasan una semana yendo en coche de un sitio a otro, de turismo, comiendo en restaurantes y acostándose en hoteles. No tienen más remedio que sacar el mejor partido que puedan de esa breve semana. La última noche que pasan juntos él le asegura que conocerla a ella ha sido lo mejor que podía pasarle en la vida; añade que ella es todo lo que su corazón puede desear, su sacerdotisa de la vida, la encarnación de su idea de la divinidad. El siguiente lugar al que se dirigen es Exeter, donde él la deja con un pie en el tren que ha de llevarla a Southampton, de cuyo puerto zarpará el barco que la lleve a Norteamérica, y ahí termina todo.

[67] Novela de H. G. W., Lugares secretos del corazón. Aunque se trate de una obra de ficción, contiene un relato casi literal de la impresión que causó M. S. en H. G. W., así como una descripción de lo que en su opinión debiera ser una de estas «aventuras».

Es tentador, habida cuenta de la ineptitud de mi padre cuando se trataba de escribir escenas de amor, achacar la resolución con que Sir Richmond degrada el lenguaje cortés a una causa puramente accidental. Sin embargo, dispongo de pruebas que respaldan la creencia de que mi padre sabía perfectamente qué estaba haciendo en esta ocasión, sobre todo si se tiene en cuenta la sorpresa apresuradamente concebida y plasmada que sigue a la despedida de la norteamericana. Después de que Sir Richmond vea partir el tren de la estación de Exeter, de repente se encuentra como en suspenso. Le quedan por delante varios días de asueto, ya que nadie le espera en el trabajo, pero no se le ocurre qué hacer para distraerse durante esos días:

> *Al salir de la estación se quedó boquiabierto contemplando su automóvil. A alguna parte tendría que ir. ¡Pues claro: a Cornualles, a la casa de campo de Martin! Tenía que acudir a su lado y portarse con amabilidad, ofrecerle su consuelo... Por alguna razón inexplicable siempre había tratado a Martin de malas maneras: la había molestado, la había culpabilizado, la había incluso amenazado. Tal situación tenía que terminar como fuese. Ni la más remota sombra de la aventura que acababa de vivir podría recaer sobre Martin... y Martin de ninguna manera debería albergar ni la más mínima sospecha. ¡Martin! ¡Vieja amiga! Todavía le quedaban ocho días por delante... ocho días de una dorada amabilidad. No pretendía turbar a Martin mediante una torpe confesión; al contrario, pensaba hacerla feliz, tal y como ella adoraba que se le hiciese feliz...*

Difícilmente puede llevarse más allá el candor. Mi padre ha perfilado ahí un cuadro despiadadamente honrado de sus procedimientos, un retrato transparente de sí mismo. Sir Richmond es tan incapaz de hacer frente a todas las exigencias emocionales serias que se le planteen como lo es también de tratar con una mínima honestidad a las mujeres de su vida; además, siente una auténtica compulsión por trivializar toda relación a raíz de la cual puedan surgir semejantes exigencias. Su aventurilla con la turista norteamericana es, para un hombre que se encuentre en su misma situación, una decisión tendente a la trivialidad; su siguiente proyecto, que es pasar el resto de sus vacaciones vendando cuidadosamente los ojos de su amante, es su confirmación. No le queda más remedio que hacer de sus relaciones con ella una copia calcada de las relaciones que mantiene con su mujer. No le queda más remedio que hacer de Martin Leeds la segunda mujer a la que abandone, a la que sea infiel, a la que haya de regresar después, a la que compre una absolución carente de significado mediante garantías asimismo desprovistas de todo sentido. Al pensar en ella en tales coordenadas, le resulta muy viable sentir incluso un nuevo afecto por ella.

De haber suspendido mi padre *Lugares secretos del corazón* en ese punto, habría conseguido una obra sumamente reveladora y plena de la vena ácidamente irónica que había pretendido escribir. Sin embargo, pasa

de ese climax tan indicado al anticlimax cuya grotesca ridiculez ya he descrito. Ése es ni más ni menos el aspecto que debe tener para cualquier lector que se aproxime al texto sin disponer de las claves, y no estoy del todo seguro acerca de que un claro conocimiento de los cimientos reales sobre los cuales se hallan construidos esos personajes sea suficiente para limpiarlo de una ridiculez absurda aunque jugosa. Lo que sucede, lisa y llanamente, es que, primero, mi padre se hace asesinar descuartizado en la persona de Sir Richmond y acto seguido, tras hallarse rígido y expuesto sin el más mínimo pudor, hace entrar en el escenario a Martin Leeds con objeto de que le llore en público. Hasta ese instante, ella ha sido poco más que una presencia fuera del escenario, y al lector no se le ha dado ninguna pista que pueda llevarle a contar con que ella se convierta en un personaje recién salido de un melodrama de opereta. Se le ha dado un nombre que sexualmente es de una ambigüedad absoluta, y se le ha descrito diciendo que su rostro era el de un joven sensible, sin mencionar que su rostro es un rostro de mujer, si bien la actuación que tiene ante el ataúd todavía abierto de Sir Richmond, ante la azarada pero comprensiva presencia del médico a quien vimos por última vez en Stonehenge, solamente puede calificarse como producto de una intensa intimidad.

> *Extendió las manos con las palmas abiertas hacia el médico.*
>
> *-¿Qué podré hacer durante el resto de mi vida? ¿Con quién voy a reír, con quién voy a alegrarme? No tengo ninguna queja de él. No le echo la culpa de nada. Hizo todo cuanto pudo... por ser tan amable conmigo... Ahora, durante los días que me queden de vida lloraré su pérdida y le echaré de menos.*
>
> *Se volvió en ese momento al ataúd. Súbitamente perdió hasta los últimos vestigios del más elemental dominio de sí misma. Se postró de hinojos junto al caballete en que se apoyaba el ataúd.*
>
> *-¿Por qué me has abandonado? -exclamó entre sollozos-. Hablame, dime algo, amor mío; ¡hablame, te digo! ¡Hablame!*
>
> *Fue una apasionada tormenta, monstruosamente infantil, espantosa. Aporreó con ambas manos el ataúd. Lloró tan ostentosa y ferozmente como llora una niña desconsolada...*

Al comentar este libro a comienzos de la década de los setenta, mi madre dijo que este pasaje, por no mencionar la novela entera, siempre le había parecido de una gracia desbordante. Añadió que mi abuela materna, la temible Mrs. Fairfield, que por norma general consideraba las relaciones de su hija con mi padre un asunto propio de una tragedia, se vio incapaz de dominar un incontenible ataque de risa [sic] cuando leyó este pasaje. Siguió diciéndome que a mi padre le supo a cuerno quemado la reacción de la anciana señora. Siento cierta inclinación a pensar que, caso de que en efecto a mi padre se le hubiese transmitido esta información, casi con toda probabilidad le habría dejado pasmado, antes que molestarle. No estaba en absoluto acostumbrado a enterarse de que sus libros los habían

leído personas en condiciones como las de mi abuela: tras una larga convalecencia, enfermó gravemente en junio de 1921, y falleció el 9 de agosto de aquel año. Tal como ya he dicho, la novela no fue impresa y publicada hasta la primavera de 1922.

Esta incauta afirmación por parte de mi madre me lleva a dudar que a ella llegase a resultarle graciosa la novela. Tengo para mí que era precisamente esa escena final, a un tiempo absurda y agudísima, la que dio pie a sus objeciones: subraya muy a las claras el detalle de que Martin Leeds sea una actriz, dado que su respuesta ante todo, incluso ante la visión del cadáver de su amante, es pura representación. Su postura, pese a todo, está en abierto contraste con el hecho de que poseyera una genuina perspicacia, una aguda capacidad de penetración. Tiene perfectamente en cuenta la realidad de la situación: Sir Richmond está muerto, está fuera de su alcance, y siempre lo ha estado. Su representación termina con un pronunciamiento que, pese a ser absolutamente falso desde el punto de vista del discurso, resulta absolutamente verdadero por lo que atañe a su contenido:

> *«A veces, creo yo, me amaba. Pero eso es algo muy difícil de saber... podía ser intensamente amable, a pesar de lo cual no parecía que le importases un pimiento. En su proverbial amabilidad había algo, digamos, deshonesto. No estaba dispuesto a hacerte saber la dura verdad. Nunca habría podido decir que no te quería...»*

A mi padre no lo perdonó nunca jamás por haber escrito estas líneas.

La ofensa infligida por *Lugares secretos del corazón* queda compensada con algunas cartas que escribió a mi madre a lo largo de los años 1922 y 1923. En dichas cartas queda bien claro que mi padre se esforzó por obligarle a elegir. Una de dos: o mi madre rompía sus relaciones con él, y punto, o continuaba dichas relaciones de acuerdo con los términos que él impusiera. Esto de ninguna manera supuso que él desease que las cosas siguieran entre ellos dos sin cambiar lo que se dice nada. Todo lo contrario: ella tenía por fuerza que corregir sus defectos. Él no aprobaba su conducta: ella pasaba demasiado tiempo con personas en modo alguno recomendables. Por ella misma, y por la carrera a que aspiraba, tendría que empezar a frecuentar a las personas que pudiera considerar sus semejantes tanto por talento como por posibles. Además, estaba rifando descuidadamente sus dones más preciados en la publicación de una cantidad excesiva de reseñas, críticas por lo demás asombrosamente astringentes. A mi padre le daba exactamente igual que ella siguiera manteniendo el trato con él o que lo rompiera de una vez por todas, pero sí le importaba, y mucho, que no se dedicase a su auténtico cometido, es decir, a hacer todo lo posible por convertirse en una escritora de auténtico fuste.

Alguna vez se ha sugerido que adoptar este comportamiento propio de una institutriz con una joven de genio, cuya posición literaria estaba

bien establecida, fue por parte de mi padre una grosera impertinencia, concebible únicamente en un hombre hastiado y enfermo, al borde mismo de la vejez. A decir verdad, mi padre estaba, a los cincuenta y seis años de edad, en la cresta de la ola, y a mi madre aún le quedaba un largo camino por recorrer. Se había demostrado a sí misma su talante para las reseñas, pero en cambio los amigos de Henry James habían tirado a la basura su opúsculo sobre la obra del maestro; había escrito una novelita sentimental, The Return of the Soldier (*El regreso del soldado*), y aunque su esfuerzo más notorio, The Judge (*El juez*), tuvo entonces, como tiene aún ahora, sus admiradores, fue considerado más que nada como un intento condenado al fracaso por intentar derrotar nada menos que a Dostoievski en su propio terreno. En gran medida, mi padre tuvo sobrada justificación al calificarlo[68] de «*libro desgarbado, en el cual el protagonista y el climax son por completo falsos*» y de «*un despilfarro absoluto de la capacidad artística de ella*». Mientras destripaba y destrozaba esta novela, tuvo el detalle de

hacerle saber por qué la consideraba a ella en persona un desastre sin paliativos y con tan feroz insistencia. Había intentado, según le dijo, abandonarla y cortar con ella por lo sano, sin traumas, pero había creído que, si en efecto habían de seguir juntos, era conveniente que ella supiese qué opinión tenía él de su obra. Ninguno de los dos habría podido reprimir sus impresiones sobre la obra del otro: la irritación producida por ese silenciamiento voluntario habría destruido toda clase de comunidad mental que pudiesen tener; entre ellos dos, o existía un entendimiento absoluto o no existiría nada. Y él había empezado a preguntarse si en efecto existía la base idónea para tal entendimiento.

La línea de argumentación que propuso me lleva a pensar que mediante tales cartas únicamente se proponía buscar una ruptura sin paliativos. El tono de tales cartas va tornándose más y más provocador a lo largo del invierno de 1922-1923. Le dice una y otra vez que sí, que de veras la ama, claro que a su manera, y que sí, que de veras admira muchas de sus virtudes, sólo que ha empezado a tener muy en cuenta el hecho abrumador de su incompatibilidad de caracteres, propósitos, aspecto exterior, etc. Él no desea lo que ella desea, y ella no desea lo que desea él. Al final es así de sencillo, sin más ni más.

La manera que tuvo mi madre de contestarle tampoco está ni mucho menos clara, ya que la parte que a ella le toca en este prolongado intercambio de pareceres no está por el momento disponible. Ahora bien, a juzgar por la cantidad de veces que siente él la obligación de explicar por qué sigue creyendo, cada vez con mayor convicción, que sus disputas serán interminables, aun cuando llegara a divorciarse de Jane para casarse con ella, así como las razones por las cuales no tiene ni la más remota intención de hacer ni una cosa ni la otra, es muy fácil suponer con la debida cautela cuál fue la estrategia que adoptó mi madre. Su persistencia en este viejo planteamiento a mi padre le condujo a un súbito recrudecimiento de su amargura que, curiosamente, tuvo lugar en una

[68] Carta de H. G. W. a R. W., agosto de 1922. La crítica tiene su mérito

fecha harto significativa, el 21 de marzo de 1923. No pensaba, le escribió entonces, que fuese justo por parte de ella el acosarle sin cesar con su manía persecutoria respecto de la injusticia que él le estaba causando por no asesinar a Jane. Ella había insistido en este respecto a machamartillo, y él había terminado por hartarse. Se arrepentía amargamente de haberla conocido, de haber mantenido un trato con ella, aun cuando hubiese hecho todo lo posible por conseguir que la relación fuese al menos un poco más tolerable. No creía que hubiese podido hacer más de lo hecho. Era asunto de ella olvidar todos los escándalos a que hubiese podido dar pie, y marcharse a los Estados Unidos para obtener el éxito que, él estaba convencido, aún le aguardaba en algún momento de su vida.

Al margen de todo lo que pueda añadirse acerca de esta carta, hay un hecho que está fuera de toda duda, y es que fue escrita el mismo día en que mi madre dirigió a S. K. Ratcliffe la misiva a la que tan a menudo me he referido con anterioridad. Merece la pena comparar su contenido con el párrafo final de la carta de mi madre:

> *He intentado abandonar a H. G. en innumerables ocasiones, si bien nunca ha dejado de perseguirme, de acosarme, de pedirme cjue volviera a su lado. Lo cierto es que. de hecho, por el momento lo he abandonado, si bien mucho me temo que cuando menos lo espere intentará como sea conseguir que vuelva a su lado. Además, corno soy de natural absolutamente monógama, como habría sido la esposa más amantísima de la tierra, me resulta extremadamente difícil no tropezar otra vez en la misma piedra. Por lo tanto, la única esperanza que tengo si de veras quiero marcharme y liberarme de todo esto es, lisa y llanamente, irme a los Estados Unidos*[69]*.*

La verdad sea dicha: mi padre no tenía ni mucho menos ganas de intentar una vez más semejante jugada. Su próximo paso fue una proposición para regularizar sus asuntos financieros: por decirlo de manera quizá algo tosca, trató de comprar la ruptura definitiva. Le sugirió que él quedaría liberado de todas sus responsabilidades para con ella siempre y cuando se comprometiera a pagarle la suma de 500 libras esterlinas al año, al menos hasta el momento en que ella contrajera matrimonio, aparte de asumir en su totalidad los costes de mi manutención y mi educación hasta" que me hubiese licenciado en una universidad. A mi madre se diría que este ofrecimiento se le antojó tacaño, aparte de hacérselo saber con todas las de la ley. A juzgar por la contestación que suscitó su carta, se diría que también quiso recordarle todas las humillaciones, todas las experiencias degradantes que en su opinión había tenido que padecer por el mero hecho de ser su amante; asimismo, redondea los detalles del caso contándole una vez más que lo único que podría hacer para salir honradamente del atolladero, para darle

[69] Carta de R. W. a S. K. R., 21 de marzo de 1923

la debida compensación por todo lo que había tenido que sufrir, era, como de costumbre, divorciarse de Jane y casarse con ella.

La necedad de este regreso a la primera casilla del juego exasperó a mi padre de forma desmesurada. Sin embargo, contuvo su reacción y todo volvió a empezar por enésima vez. Fue muy preciso respecto de sus sentimientos. De ninguna manera creía que un matrimonio entre los dos pudiera funcionar debidamente, ya que no lograba entender cómo iban a cimentar su unión dos personas cuyo punto de partida iba a ser tanto resentimiento, tanta hostilidad acumulada. Le volvió a recordar todo lo que se dijeron con ocasión de su último encuentro. Ella le había dicho cara a cara que estaba harta de la relación. Él le había dicho, con idéntica contundencia, que se sentía exactamente igual. Ella le había dicho que no quería volver a verlo nunca más; él a su vez le dijo que no tenía ningunas ganas de que volviese a su lado. Se arrepentía, y mucho, de un fracaso de proporciones disparatadas; le daba verdadera pena haber echado a perder nada menos que diez años de sus respectivas vidas. Era evidente que ella aún tenía todas las trazas de obtener un éxito resonante; era todavía lo suficientemente joven para recuperarse con facilidad de todas las heridas que pudieran habérsele abierto durante el tiempo en que ambos se obligaron a fingir estar enamorados en contra de sus inclinaciones. Todo lo que él pudo decirle, con toda honestidad, fue que no la amaba, que no sentía ni el más leve asomo de celos respecto de ella. Sentía por ella una honda admiración; albergaba para ella sentimientos cuando menos de una gran amistad. ¿Es que no era posible llegar a un acuerdo para separarse, como dos seres humanos razonables, en los términos que fuesen?

No sirvió de nada. Semejante afirmación solamente dio lugar a otra retahila como las anteriores, culminada con una nueva exigencia de que Jane fuera puesta en la picota. Mi padre intentó responder con una nueva estrategia. Procuró explicarle por qué no creía que a mi madre le agradase encontrarse en una posición análoga a la de Jane, en el supuesto de que tal cosa fuese posible. Le explicó cuántas, cuáles eran las cosas que su mujer hacía por él a diario, le explicó hasta qué extremo tal cosa implicaría una renuncia a sus intereses, a su carrera profesional, en beneficio de la suya. ¿Era de hecho posible que mi madre desease meterse en semejante berenjenal? Jamás había dado muestras de desear tal cosa, y él no creía que, dadas sus ambiciones y su temperamento, llegase a disfrutar de tal situación. ¿No sería acaso más sensato, toda vez que ya habían rondado muy cerca el punto de la separación definitiva, renunciar a la idea de que tal vez pudieran formar una pareja, un matrimonio, al menos en el sentido en que lo eran Jane y él? ¿No sería mejor afrontar la realidad de que no eran ni de lejos semejante pareja, de que ni por asomo podrían serlo?

Y así siguieron incordiándose, a medida que terminó la primavera y empezó el verano. Llegados a ese punto, en junio de 1923[70], una joven austriaca llamada Hedwig Verena Gattemigg hizo una breve pero muy perturbadora aparición en la vida de mi padre. Él había disfrutado de ella durante un breve episodio, acaecido durante el otoño anterior. Había sido uno de tantos episodios, desprovistos de contenido emocional, que iban produciéndose con cierta frecuencia, a un ritmo de tres o cuatro por año y ya desde 1900, el año en que expresó por vez primera y públicamente su opinión de que las relaciones sexuales, habida cuenta de que los métodos anticonceptivos más dignos de confianza estaban ya a disposición de cualquiera, podrían considerarse un placentero pasatiempo de dimensiones sociales, a la altura de una partida de golf o de una partida de naipes. La andanada de cotilleos a que dieron lugar los esfuerzos de John St. Loe Strachey por terminar con él en su faceta de escritor, ya a finales de la primera década del siglo, sirvió para difundir el rumor de su absoluta disponibilidad para los asuntillos livianos, los líos de faldas de menor cuantía, y la ambigüedad de su reputación le convirtió, por así decir, en imán para las chicas y las mujeres «simpáticas», deseosas de disfrutar de uno o vanos aventurados experimentos, deseosas sobre todo de poner en práctica su recién conquistada libertad. Después de 1911 mi padre se vio casi de continuo asediado y agasajado por nuevas candidatas a gozar de tales cortesías. La mayoría de las mujeres que se le ofrecieron en tales términos iban y venían sin causar mayores molestias o sobresaltos, y desaparecían después de haberle colmado en sus «horas más aciagas» -entre las cinco y las siete de la tardeunas tres o cuatro veces, si bien hubo otras, como es el caso de Hedwig Verena, que, deseosas de sacar mayor tajada, no se lo pensaron dos veces y volvieron a la carga. Mi padre había estado bastante enamoriscado de ella el año anterior; le gustaron su complexión delgada pero atlética, sus rasgos delicados, su cabello oscuro, espeso, lustroso, así como sus grandes ojos castaños, sus largas y rizadas pestañas. Sin embargo, cuando volvió a verla ya en 1923, no paró mientes en el brillo de determinación que delataban precisamente aquellos mismos ojos. Retrocedió, se guardó lo mejor que pudo, procuró convencerla por todos los medios de que su apretadísimo horario no iba a dejarle ni una hora libre para dedicarse a lo que ella se proponía, y dio un salto de angustia cuando ella empezó a pedirle que la ayudase a comenzar una carrera de periodista en toda regla. Ansioso, así pues, de mantenerla tan alejada como fuese posible de su cuerpo, aun cuando fuera a tiro de piedra, decidió ayudarla en todo lo que pudiese, y le dio infinidad de nombres de personas a las que podría entrevistar teóricamente con buenos resultados. Todas aquellas personas sin ninguna duda dispondrían del tiempo necesario para verla, siempre y cuando se presentase con las cartas de recomendación que él le proporcionaría de muy buena gana.

[70] Carta de G. P. W., número de Books and Bookmen correspondiente a marzo de 1976, en el cual se establece la cronología correcta de este episodio. Comunicaciones orales de H. G. W. y E. S. P. al autor

Esta táctica habría resultado suficientemente razonable siempre y cuando mi padre no hubiese incurrido en la pifia monumental, e imperdonable, de incluir el nombre de mi madre en la lista de los escritores de renombre y de escritores muy prometedores a quienes iba a intentar entrevistar Hedwig Verena. No nos es posible tener ninguna certeza de lo que pudo cocerse en la mente de aquella joven mujer, aun cuando resulte sumamente probable que este error le sugiriese el guión del drama menor que ella misma decidió escenificar, asumiendo por si fuera poco el papel de protagonista. En 1923, los cotilleos habían hecho de la relación de mi padre con mi madre un asunto de dominio común, al menos entre los observadores de las celebridades del mundillo literario; en calidad de periodista, Hedwig Verena tuvo que intuir el valor potencial de un relato acerca del intento de suicidio por parte de una mujer joven, llevado a cabo en el piso de un novelista muy conocido, a renglón seguido de una encrespada discusión con la amante de dicho novelista, que había sostenido a primera hora del mismo día. Sin duda ninguna, una cosa así causaría un cierto revuelo, en el centro del cual iba a encontrarse ella. Era incluso posible que uno de los grandes dominicales adquiriese su relato... «Por qué lo hice», o «El Wells que yo conocí». En fin, cosas por el estilo.

Hedwig Verena, pertrechada pues con las cartas de presentación de mi padre, apareció en casa de mi madre, en Kensington, a última hora de la mañana del 20 de junio, y le pidió permiso para entrar. Mi madre la recibió[71] y, tras charlar con ella durante tres cuartos de hora, Hedwig Verena se marchó. Qué pudo hacer durante el resto del día es algo que no he podido averiguar, pero lo cierto es que aquella misma tarde se presentó en el apartamento que tenía mi padre en Westminster. La criada que acudió a abrir la puerta le dijo que era imposible que mi padre la recibiera en aquel momento, a pesar de lo cual Hedwig Verena insistió en que se trataba de un asunto de la máxima urgencia, de algo que no podía esperar. Tenía que ver inmediatamente a Mr. Wells. Se le hizo pasar a su estudio, en el cual él la recibió siendo presa de una irritación considerable, nada más vestirse para la cena. Casi no había tenido ni tiempo de empezar a regañarla por haberle interrumpido a hora tan imprudente, cuando ella extrajo una navaja de afeitar del bolsillo de su abrigo, la esgrimió a escasos centímetros de sus narices y le dijo que la próxima vez que fuese tan descortés con ella se mataría sin dudarlo ni un momento. Él no llegó a creer que ella hablase en serio, así que tras hacer un breve y en apariencia eficaz esfuerzo por tranquilizarla, la dejó sentada en un sillón mientras iba a buscar al conserje del edificio para que le ayudase a resolver tan molesta situación. Cometió una equivocación. Al regresar en compañía del portero, se encontró a Hedwig Verena deambulando por su estudio, con aire ausente, como si estuviese ida, con la navaja de afeitar en la mano. La navaja estaba empapada de sangre, al igual que su abrigo. Se había producido una serie de heridas de diversa consideración en el cuello y en las muñecas.

[71] Comunicación oral de R. W. a G. R., 1971 o l972, cit. en Ray, op. cit.

El portero fue la única persona que estuvo presente; la única persona de talante práctico. Habiendo servido en el Ejército, y habiendo llegado al rango de sargento, en algún momento y quién sabe dónde debió de aprender qué había que hacer cuando a uno le toca vérselas frente a una mujer armada con una navaja de afeitar. Lo primero, quitársela. Conocía además un truco gracias al cual no debiera resultarle difícil. Así pues, se la arrebató. Desprovista de su talismán, Hedwig Verena perdió la noción de estar dominando la situación en que se hallaba envuelta. A su alrededor, y por encima de ella, había mucha sangre, muchísima más sangre de la que estaba preparada para ver; además, la sangre parecía manar de ella sin cesar. Perdió el conocimiento, se tambaleó, cayó al suelo, y la idea que sin duda ninguna tuvo que conducirle al desmayo también se le pasó por la cabeza a mi padre: ¿era tal vez posible que se hubiese pasado de la raya, que se hubiese hecho un corte profundo en una arteria? Esta idea la suprimió casi en el acto la aparición de otra, otra que solamente podría resumirse en estos términos: «¡Dios! ¡Cuando los periódicos le hinquen el diente a este suceso...!» Cuando el portero hubo colocado boca arriba a la mujer, con intención de prestarle a saber de qué manera los primeros auxilios, el abrigo que llevaba puesto se abrió de par en par y saltó a la luz el hecho de que debajo no llevaba nada más que un camisón.

A medida que el resto de la velada y buena parte de la noche se consumieron en las fastidiosas diligencias propias de esta clase de sucesos, es decir, en llamar a un médico, en ver qué se podía hacer para detener las hemorragias, en llamar después una ambulancia, en llamar a la policía, en hacer todo lo que era preciso hacer a raíz de tales llamadas, todo ello a la sombra de la incertidumbre más absoluta respecto de la posible recuperación de la mujer, teñida por las sospechas de que en efecto estuviese a punto de fallecer, y en calcular cuánto tiempo iba a pasar antes de que los reporteros pudieran hincarle el diente al suceso, mi padre tuvo a su vez tiempo de sobra para consagrar uno o dos pensamientos llenos de admiración al trabajito tan exhaustivo que acababa de hacérsele.

Mentalmente, además, aun cuando no pueda poner la mano en el fuego, tuvo que retroceder en el curso de aquella noche hasta 1912, hasta la época en que mi madre también le amenazó con suicidarse. Una y otra situaciones habían sido muy similares. Se había dejado arrastrar perezosamente a un breve paseo y se había encontrado con un abrupto final. Había existido una completa ruptura y, pasados unos cuantos meses, la joven mujer había decidido volver a empezar de nuevo, cayera quien cayese. El nunca quiso que tal cosa sucediera de esa forma, y cuando se lo comunicó a la mujer en cuestión, ella le había contestado mediante una amarga carta que se abría además con una amenaza: si no tuviera noticias de él en el transcurso de los días siguientes a la fecha del matasellos, estaba decidida a hacer algo irreversible, probablemente a descerrajarse la tapa de los sesos. Prosiguió diciéndole -él creyó que era por su parte un supremo esfuerzo para que él se la tomara en serio— que, de hecho, ya había intentado suicidarse en dos ocasiones. A él le resultó

imposible creérselo, así como le había resultado imposible creerse aquel largo relato sobre el incidente acaecido en España, en el curso del cual, según decía ella, se había provocado una herida con un revólver… y, además, por fuerza hubo de tener en cuenta aquella estupidez que tuvo lugar en su propio piso, la vez en que ella se arrojó sobre la alfombra, simulando una serie de convulsiones que a él le impresionaron menos aún. La posdata que ella añadió a una de las cartas en las que amenazaba con suicidarse es, en este sentido, clásica: «Si sigo con vida, escríbeme de vez en cuando…»[72] Semejante absurdo a él le facilitó las cosas a la hora de rechazarla: «¿Cómo podría yo ser amigo tuyo en estas circunstancias? No creo que pueda serte de ninguna utilidad, no creo que pueda ayudarte de ninguna manera. Cuentas con toda mi simpatía, pero hasta que no podamos relacionarnos sobre la base de una elemental sensatez, adiós muy buenas.»

En el supuesto de que mi padre hubiese contestado a ese brusco rechazo ante sus amenazas precisamente llevándolas a cabo, igual que Hedwig Verena, maldita sea su estampa, ¿qué habría podido ocurrirle a él? Por otra parte, ¿cómo iba a tomarse ella el hecho de estar implicada en semejante incidente, aun cuando fuese de forma tangencial? Era, de alguna forma, una grotesca vuelta atrás a aquel incidente del pasado.

Se diría que mi madre se tornó aquel mini-drama con la debida calma, al menos en un primer momento; no puso ninguna objeción a la hora de colaborar en la estrategia ideada por el abogado de mi padre, E. S. P. Haynes, a lo largo de aquella noche y durante la mañana siguiente: se trataba de mantener la boca bien cerrada, de no dar a nadie la impresión de que había ocurrido nada que se saliese de lo normal. Mi padre llamó a Haynes tan pronto se dio cuenta de que iba a abrirse una investigación policial, y a la mañana siguiente todo estaba bien atado. La policía estuvo de acuerdo en no decir nada de nada a los periódicos, a menos que terminase por ser absolutamente necesario; tan pronto se pudo comprobar con todas garantías que la vida de Hedwig Verena no corría peligro, se la sacó de la sala de urgencias del Charing Cross Hospital para trasladarla a una habitación privada en el Westminster Infirmary, ya en el otro extremo de la ciudad. A media mañana, las administraciones de ambas instituciones habían recibido instrucciones muy precisas para que no discutieran ni comentasen la situación de la paciente con ningún desconocido.

Haynes se las vio y se las deseó para organizarlo todo, porque el tiempo era de vital importancia, y corría además en contra de su cliente. Aunque la perspectiva de que se desempolvase un feo escándalo por las revelaciones que se siguieran de las pruebas detectadas por la investigación se hallaba de momento congelada, gracias a que ninguna de las heridas de Hedwig Verena eran sino superficiales, todavía era preciso

[72] Boceto de carta de R. W. a H. G. W.; fecha de composición aducida, junio de 1913. Fecha real de composición, desconocida.

hacer frente a otro peligro muy distinto, el que representaban los reporteros de los diarios de cobertura metropolitana y sus directores. Caso de que algún reportero hiciese presa en la historia de lo acaecido en el piso de mi padre la noche anterior, antes de que Haynes pudiera echar mano de la única agencia capaz de pararle los pies, la Asociación de Propietarios de Periódicos, no habría manera de evitar el escándalo.

El rumor de que posiblemente mereciese la pena investigar lo que había ocurrido a lo largo de la noche en Whitehall Court llegó a Fleet Street al terminar la mañana del 21 de junio, y durante la tarde un reportero del extinto Evening Star consiguió delinear la historia a grandes rasgos. Preparó el reportaje a tiempo de que saliera en la última edición vespertina. El periódico ya se vendía en la calle cuando mi padre, actuando según consejo de Haynes como si no le preocupase nada que se saliera de lo normal, llevó a mi madre a cenar a The Ivy, en St. Martin's Lane, y después al teatro. Tres diarios habían publicado algo al respecto a la mañana siguiente: el Daily Express, el Daily News y el Daily Herald, pero por la tarde, cuando aparecían a la carrera las ediciones de los vespertinos, solamente el Star insistía en la carga, y todo lo que se publicó entonces fue un breve en el que se destacaba la mejoría de Hedwig Verena, dejando a mi padre al margen del caso. En el transcurso de la mañana, mi madre había ido a ver a uno de sus más útiles conocidos. Lord Riddell, propietario de News of the World y presidente de la Asociación de Propietarios de Periódicos, al tiempo que mi padre fue a ver a Beaverbrook. A mediodía, estos poderosos personajes habían realizado las llamadas pertinentes a los demás miembros de la Asociación, pidiéndoles en calidad de «favor personal» que dejaran correr la historia, y así terminó el incidente. Por lo que atañe a la prensa y el público, eso fue todo el asunto Gattemigg. El 22 de junio fue viernes, y hacía un tiempo excelente. Era la temporada de las fresas. El fin de semana bastó para que se olvidara todo el interés público que pudiera haber suscitado el asunto.

En cuanto a los participantes en el caso, mi padre fue a Easton Glebe aquel viernes por la noche, con la intención de ver a Jane por vez primera desde el estallido de aquella tormenta pasajera, acaecida cuarenta y ocho horas antes. Ella había quedado al margen de todo por una razón bien sencilla. Aquella semana no había ido a la ciudad en compañía de su esposo porque su hijo primogénito, George Philip, iba a recibir su licenciatura en Artes y Letras en Senate House, en Cambridge, aquel mismo jueves. Habían decidido que, una vez concluidas las ceremonias públicas, Gíp la llevaría en coche a Easton Glebe, donde iba a celebrarse una fiesta y un baile. A Easton Glebe acudirían también cinco de sus amigos de Cambridge, de los cuales dos en concreto habían recibido la invitación de quedarse desde el miércoles por la noche. La recepción iba a celebrarse por todo lo alto, más incluso de lo que podría hacer pensar el número de invitados, ya que Gip tenía muchas amistades en los alrededores, a las cuales se esperaba para la cena y el baile. Frank, así como unos cuantos amigos suyos, también iba a participar en el festejo. Jane se había quedado aquella semana en el campo en parte porque su hijo deseaba que participase en su fiesta y en parte también porque ella

quiso encargarse personalmente de todos los preparativos domésticos necesarios para asegurar el debido desarrollo de la fiesta. En cuestiones como éstas, Jane era una perfeccionista incorregible.

Así como sus motivos para no estar presente en el piso de Whitehall Court cuando Hedwig Verena representó su pobre y nimio drama son de todo punto irreprochables, su comportamiento a tenor del suceso está libre de toda crítica. Cuando mi padre la llamó por teléfono el miércoles por la noche para darle cuenta de lo sucedido, y para advertirle de que por la mañana era posible que los reporteros la persiguiesen para obtener sus declaraciones, ya era demasiado tarde para que decidiese ir corriendo a la ciudad, a su lado. La mañana del jueves se le indicó que Haynes era contrario a que ella hiciese ningún movimiento que pudiera interpretarse como síntoma de agitación dentro del círculo más íntimo de mi padre, y que mi padre regresaría a Easton Glebe el mismo viernes. Jane fue con mi padre a Londres pasado el fin de semana, el lunes 25 de junio, y allí pasó con él el resto de la semana, cumpliendo con aire rutinario con varios compromisos sociales que llevaban algún tiempo aplazados. Cenaron, por ejemplo, con la bestia negra de Trotski, Philip Snowden, el líder del partido laborista que habría de convertirse en el primer socialista que fue canciller del Tesoro, y con su esposa, en la Cámara de los Comunes, el jueves 28 de junio. Para entonces, mi madre se hallaba en Alemania: el 25 había partido hacia Marienbad, de acuerdo con el plan que se había trazado algunas semanas antes. No había en Londres nada que la atase.

En cuanto a la pobre Hedwig Verena, había sido trasladada desde el desolador Westminster Infirmary a una clínica privada, en la cual permaneció internada durante varias semanas, a expensas de mi padre, hasta que por fin se la consideró más que preparada para afrontar el sin duda doloroso trámite de regresar a casa de sus padres. Jane, que no por nada era la financiera de la familia, pagó la factura de la clínica y se encargó de que Hedwig Verena tuviera cubiertas todas las necesidades y comodidades que pudiera requerir. A todos los que estuvieron implicados les pareció evidente que Jane no podría tomar a su cargo y en persona la recuperación de Hedwig Verena, de manera que dar con cuáles eran las necesidades y caprichos de la joven, así como mantener a los Wells al corriente de sus progresos, fue tarea de la que muy amablemente se ocupó una norteamericana impulsiva, algo carente de tacto, pero sin duda persona de un gran corazón, que era conocida de Jane Wells: Nancy Astor.

Podría dar la impresión de que me he detenido en exceso en esta crisis profunda, que solamente duró tres días, dentro de la vida de mi padre, así como en la insignificante aventurilla amorosa de la cual se siguió. Ahora bien, todas las versiones sobre este asunto, todas las que se basan en las informaciones proporcionadas por mi madre, y que son a un tiempo abundantes en falsedades y además conducentes a diversos errores, han llegado a ocupar lugares destacados en las tres biografías que se han escrito hasta la fecha. En la más ingrata de ellas se dice que Jane estuvo en el piso de mi padre cuando Hedwig Verena escenificó su intento frustrado de suicidio —caso de que en efecto fuera un intento de

suicidio—, y se dice que fue de hecho la primera persona que acudió a verla después del incidente. La versión de mi madre daba a entender que Jane se largó inmediatamente, en cuanto hubo descubierto lo que había que descubrir, dejando que mi padre se las compusiera él sólito. Se dice además que a él le entró el canguelo y la melancolía tan pronto se vio abandonado, que le rogó de rodillas a mi madre que le diese el apoyo que su esposa le había negado. También se sostiene que utilizó impunemente a mi madre para protegerse después del incidente, de manera egoísta, sin hacer caso de los riesgos que le estaba pidiendo a mi madre que asumiera. Lo peor de todo, una vez que se hubo disipado la posibilidad de que fuese requerido su testimonio en la investigación sobre Hedwig Verena, fue que a resultas de estar expuesta a la perfidia de Nancy Astor, a la cual se compara nada menos que con Yago y de la cual se dice que no se alejó ni un minuto del lecho de la pobre jovencita, por tener la esperanza de «hacer uso de sus armas demoledoras:» y de pasar al ataque contra la reputación de mi madre, empeñada en poder ensuciar su imagen a partir de aquella paciente destrozada. Al final del episodio, y de acuerdo con su versión, mi madre se quedó embargada por la sensación de que mi padre estaba «enloquecido de puro egoísmo». Llegó a la conclusión de que ya había sufrido más que suficiente, y de que había llegado el momento de romper todos los vínculos que la ligaban a mi padre y a Jane. Tenía que hacerlo fuera como fuese, por mucha resistencia que opusiera mi padre a lo inevitable. Cuando se embarcó con rumbo a Estados Unidos, a finales de octubre de aquel mismo año, se propuso zanjar la separación necesaria, dar definitivamente por muerta la relación.

Al menos, en ese punto insiste mi madre. Según su versión[73], mi padre se reunió con ella en el Hotel Klinger, en Marienbad, el 19 de julio, en el cual permaneció hasta el 27. Los dos estaban de regreso en Inglaterra ya en el mes de agosto; entre agosto y septiembre pasaron juntos varias semanas en Eastbourne y Swanage. En la segunda quincena de septiembre y a principios de octubre cenaron juntos varias veces, o fueron al teatro, en Londres. Todo parecía ir como la seda; como de costumbre, se llevaban a las mil maravillas siempre que estaban juntos, y rebrotaban las disputas cada vez que se separaban. El caballo de batalla seguía siendo el matrimonio, si bien había adoptado una nueva forma. A mi madre se le había ocurrido la siguiente proposición: si mi padre no estaba dispuesto a divorciarse de Jane para contraer matrimonio con ella, lo menos que podía hacer, a fin de mantener la decencia y el decoro elementales, era hacerle llegar la suma anual de 3.000 libras esterlinas. No estoy del todo seguro acerca de lo que pudiera implicar esta sugestión de talante tan balzaquiano, pero la cuestión no pasa de ser algo puramente académico, dado que mi madre no consiguió llevar adelante su idea. Se empeñó en que la cantidad anual fuese de 5.000 libras, al margen de las cuales mi padre habría de encargarse de todos los costes derivados de mi educación.

[73] Diarios de bolsillo de H. G. W., op. cit., y correspondencia entre H. G. W. y R. W.,passim.

Todo esto hace pensar, antes bien, que estaba a punto de alcanzarse algo muy semejante a un acuerdo definitivo, aun cuando las cartas que escribió mi padre a mi madre a raíz de su viaje a Estados Unidos no dan a entender que se hubiese producido una ruptura tajante, ni mucho menos. La primera carta que recibió de ella[74] después de su travesía del Atlántico es evidente que le produjo una impresión completamente contraria. Parte de su contenido tuvo que haberle llevado a suponer que ella seguía albergando esperanzas de reconciliación, de que las cosas siguieran como hasta la fecha, pues no en vano pretendía disuadirla. Él le aconsejó que caso de existir[75] alguna perspectiva de prolongar su estancia en Norteamérica, la prolongase sin dudarlo. Él no estaba bien, ni mucho menos, y había decidido tomarse las cosas con muchísima calma, al menos durante un período; tenía previsto pasar una temporada en un lugar de clima más cálido. A causa del carácter animado e impaciente de mi madre, no iba a ser la acompañante más indicada para él —y si se empeñase en acompañarle, se iba a aburrir hasta decir basta, aparte de que a él también le aburriría su compañía — , desde el momento en que ella no se levantase temprano por la mañana hasta la hora en que no regresara al hotel después del baile. Él ni siquiera tenía ganas de hacer un experimento. No alcanzaba a ver que existiese ninguna razón por la cual no debiera expresar con toda franqueza, sus sentimientos. Ella era vivaz en demasía, y demasiado jovial y alegre, en términos discursivos, para aguantar el estar atada a él muy en corto; él, por su parte, andaba demasiado preocupado consigo mismo como para aguantar más sus brillantes, irrelevantes actividades. Cada cual tenía que seguir la ruta que le reservase su destino, y sus respectivos destinos empezaban a diverger. No existía ninguna razón por la cual no debieran seguir amándose, partiendo siempre de la base de que no debían verse más de la cuenta.

Podríamos suponer que una carta que viene a abrir las puertas de par en par, y además de esta guisa, se le habría antojado un regalo de los dioses a una mujer que estaba decidida a escapar a toda costa de las garras del autor de dicha carta. El curso natural de los acontecimientos habría hecho necesaria a su vez una respuesta en la cual aceptase sus conclusiones sintiéndose incluso aliviada, alegrándose del final feliz con que terminaría un período repleto de crispadas preocupaciones. Sin embargo, su carta no obtuvo respuesta, con lo cual mi padre no tuvo noticias de ella hasta que volvió a escribirle, para comunicarle, no sin ciertas muestras de irritación, que acababa de encontrarse con Robert y Sylvia Lynd, quienes con mucho tacto le habían hecho saber que, según tenían entendido, ella estaba en los Estados Unidos a fin de huir de él. ¿Por qué, en nombre del cielo[76] -le preguntó-, tuvo que sacarse de la manga todo un drama a partir de su separación, cuando habría sido infinitamente más fácil y acertado separarse razonable, amigablemente, con la llegada de la primavera?

[74] Carta de R. W. a H. G. W., 3 de noviembre de 1923
[75] Carta de H. G. W. a R. W., 19 de noviembre de 1923
[76] Carta de H. G. W. a R. W., 26 de noviembre de 1923

El texto con que contesta mi madre a esta mansa reprimenda, una vez más, sigue sin estar por el momento disponible, pero la respuesta de mi padre proporciona todos los indicios de que contenía un renovado alegato de sus intenciones de seguir adelante con la relación. En su respuesta, mi padre dice que sigue considerándola la misma persona entrañable y maravillosa de siempre, pero que en realidad no tiene ninguna intención de volver a verla[77], al menos durante una larga temporada. Se había aburrido a morir cuando estuvieron juntos en Marienbad, se había vuelto a aburrir hasta decir basta al pasear con ella por Londres, ya en otoño. Ella había planeado marcharse a los Estados Unidos al menos durante todo un año, sin él, para pasárselo tan bien como le fuera posible. ¿Por qué se negaba a afrontar la realidad? Además, y es de todo punto increíble, él se siente obligado -y solamente puede deberse a algo que se dijera en la carta de ella— a volver de nuevo sobre la ya rancia cuestión de su matrimonio imposible. ¿Por qué, le pregunta en términos casi lacrimógenos, tenía que traer a colación a Jane, a cada dos por tres, siempre que discutían su situación? Jane no le había hecho nada de nada, no tenía que ver nada en absoluto con ella. ¿Es que no era capaz de comprender que habrían terminado de mala manera, en el supuesto de haber cometido la torpeza de casarse? ¿Qué diferencia podía entrañar[78] la existencia o la inexistencia de un contrato matrimonial respecto de su situación actual? El tiempo había dejado bien claro que a ella le gustaba una clase de personas para las cuales él no podía servir absolutamente de nada, y qtie a ella le encantaba hacer una serie de cosas que a él ni siquiera le apetecía imaginar. El terreno común que tuvieron en su día había desaparecido. Era absurdo pensar que nunca habrían llegado a plantearse la ruptura en el supuesto de haberse casado con anterioridad: el matrimonio no habría alterado sus relaciones ni un ápice.

Me parece que, a partir de todo esto, queda bien claro que el asunto Gatternigg ha sido desproporcionadamente exagerado, alejado por completo de su significación original, más de cuarenta años después de acaecido, con objeto de disimular la intragable esencia de la situación, tal como era a medida que la principal relación amorosa de mi padre se arrastraba a paso cansino, deprimido, hacia su fin. No puede resultar en exceso complicado confeccionar un guión parejo de lo que en realidad aconteció. Todas las pruebas disponibles apuntan a que los principales acontecimientos de la vida insuficientemente privada que llevaba mi padre entre 1920 y 1922 habían proporcionado a mi madre una base más que suficiente para llegar a la conclusión de que aun cuando su matrimonio con Jane fuese a deshacerse, por improbable que fuese tal desenlace, era más improbable aún que fuese ella la beneficiaría de tal disolución. De todos modos, se diría que mi madre estuvo en todo momento decidida a no hacer las paces, de ninguna manera, con lo que por fuerza tuvo que admitir como hechos irrefutables, aparte de seguir al acecho hasta que ya durante el invierno de 1922-1923 por fin tuvo que hacer frente al significado inapelable de las declaraciones que mi padre repetía de

[77] Carta de H. G. W. a R. W., 27 de noviembre de 1923
[78] Carta de H. G. W. a R. W.. 15 de diciembre de 1923

continuo, según las cuales su compañerismo a él no le había servido de nada, aparte de estar ya cansado de la relación. Se diría que es entonces cuando ella opta por una estrategia que con suerte podría haberle deparado otra ocasión de ganarse sus favores, y, en caso contrario, de tomar la iniciativa en la ruptura de las relaciones. Haría la prueba en un último intento por hacerle comprender que debían seguir juntos al menos durante la primavera y el verano y, si esto fallase, ella se marcharía a Estados Unidos en otoño, no sin antes comunicar a todos sus amigos íntimos que se había visto obligada a realizar ese viaje, por entender que era la única vía que le quedaba abierta si de veras deseaba librarse del posesivo frenesí de mi padre. Así pues, la historia parecería haber concluido según imposición de ella.

El único defecto de esta estrategia a mi madre le resultó bien claro cuando recibió la carta de mi padre en la cual le mencionaba su encuentro con los Lynd. El texto de dicha carta tuvo que hacerle entender a las claras que él les había contado a los Lynd su versión de la historia, aparte de decirles sin pelos en la lengua que había perdido todo interés por mantener en marcha las relaciones con mi madre. No estaba, así pues, dispuesto a volver a ella en ningún caso, aun cuando fuese posible llegar a un mutuo acuerdo. Esta reflexión, a ella tuvo que plantearle una cuestión harto peliaguda: la gran cantidad de amistades que tenían en común. Y sabe Dios cuántos no habrían tenido a esas alturas conocimiento de ambas versiones. Había incluso posibilidades mucho peores. Mi padre, por ejemplo, era buen amigo de Arnold Bennett[79]. Arnold Bennett era a su vez un rendido admirador de Jane Wells y, como bien sabía todo el mundo, llevaba un diario. Una de sus aspiraciones era convertirse en un nuevo Goncourt; ello formaba parte de su frenético esfuerzo por purgarse del provincianismo y del anglicismo en que se había criado, al igual que su patética relación con la horrorosa francesa con la que, de forma rematadamente estúpida, había contraído matrimonio. Pretendía, pues, asumir el aire de un hombre de letras típicamente francés. Todo lo que llegaba a conocimiento de Arnold iba a parar a ese desastroso diario. Supongamos, pues, que mi padre comentó la historia con Arnold, de hombre a hombre. ¿Qué podría haberle referido? Si le dijo que el final de la relación le había supuesto un gran alivio, nada mejor para Arnold: era la anécdota ideal para que Arnold la trasegase y la depositase en su abominable recuento. Por si fuera poco, mi padre podría haberles dicho más o menos lo mismo a muchas otras personas, a personas mucho más maliciosas. La historia de cómo había terminado todo entre ellos dos, la historia que ella había perfilado con tanto esmero, probablemente no se sostendría, ni siquiera a corto plazo.

La desmesurada inflación que experimentó la importancia del asunto Gatternigg, que es uno de los rasgos característicos de los más recientes

[79] Dejando aparte los temores que pudiera sentir mi madre respecto de lo que A. B. pudiera haber anotado en su diario a partir de las confidencias que le hiciera H. G. W., el intenso desprecio que R. W. siente por A. B. en esta época se debe en gran parte a que la pianista Harriet Cohen le había tomado en cambio verdadero aprecio

estudios biográficos sobre la figura de mi padre, así como su asombrosa transformación en un drama en el cual mi madre actúa como personaje principal, y no como mero accesorio vagamente involucrado en la acción, son con toda obviedad productos de una cadena de pensamientos probablemente muy similar a la que aquí he delineado. El cálculo habría sido más o menos que, si la tormenta acaecida en una simple taza de té pudiera urdirse a fondo, hasta poder presentarse como uno de los ultrajes típicos del comportamiento de mi padre, un comportamiento intrépido, egoísta y absolutamente desconsiderado, seguramente valdría para pasar por la gota que desbordó el vaso, es decir, uno de esos sucesos que cualquier persona mundana, normal y corriente, sería capaz de aceptar en tanto miembro de una clase social en la que abundaban los acontecimientos explosivos, esos acontecimientos que a hombres y mujeres por igual les llevan a pensar «¡Ya basta!» y a abandonar a sus amantes o a sus esposos tras años e incluso décadas de tolerancia. Puede incluso aceptarse como un acontecimiento de ese jaez, al menos por parte de quien no esté muy ducho en los usos y costumbres de dicha clase, pero en cambio yo, por mi parte, no puedo creer que fuese precisamente algo tan simple y tan manifiestamente desprovisto de importancia como el breve tránsito de Hedwig Verena por los márgenes más distantes del centro mismo de la vida de mi padre lo que vino a poner fin, definitivamente, al prolongado juego en que se había enzarzado con mi madre desde hacía no sé cuantísimos años. Desde su comienzo mismo, el curso que adoptó el asunto lo impusieron una serie de imperativos psicológicos cuyo predicamento era notable sobre ambas partes, aparte de estar profundamente enraizados en sus experiencias anteriores.

Cuáles pudieran ser en concreto dichos imperativos es algo que siguió siendo un misterio, en el caso de mi padre, incluso hasta después de su muerte, cuando por vez primera empecé a tener en consideración el carácter absolutamente inusitado de la telaraña de relaciones en la que había estado enmarañado desde 1924 y hasta comienzos de la década de los treinta. A lo largo de la mayor parte de este período —desde 1926 en lo sucesivo— mantuvo una relación de cordial enemistad con mi madre. Aun cuando no tolerase el estar con ella, aun cuando no le agradase lo que estaba haciendo, o las gentes que frecuentaba, insistía en que lamentaba amargamente el haberla perdido, insistía en que siempre la había querido, y mucho. Lo que le sucediera en su día con Amber Reeves había vuelto a ocurrir punto por punto. Tan pronto tuvo la certeza de haberla perdido, y de que dicha pérdida era irreversible, fue capaz de expresar los sentimientos que tenía por ella de manera completamente desinhibida. Igualmente, tuvo la misma certeza de estar enamorado de Margaret Sanger, la cual, vacaciones al margen, vivía de forma típicamente norteamericana, por si fuera poco al otro lado del Atlántico; no fue menor su certeza de haber amado perdidamente a Moura Zakrévskaia-Benckendorff, la cual gracias a un fugaz matrimonio se había convertido

en la baronesa Budberg y vivía por entonces con Gorki en Villa Sorito[80], en Sorrento. Margaret Sanger se había casado con un hombre muy acaudalado y no menos tolerante, que estaba más que deseoso de permitirle hacer todo aquello que, según ella, le valiese para ser más feliz, al tiempo que Gorki dependía de Moura muchísimo más que antes. No existía ni el más mínimo peligro de que ninguna de las dos acudiesen a mi padre, dispuestas a exigirle cualquier cosa. Jane, quien nunca había exigido nada, seguía aún en Easton Glebe, tan grata, paciente, eficaz, tan infinitamente tolerante, tan perfecta compañera como siempre. Precisamente por estar siempre en donde mi padre había querido que estuviera, por no meterse nunca en medio, sobre todo si él no la necesitaba, mi padre no llegó a darse cuenta en su momento de que esta relación vertebral en su vida había empezado a cambiar.

Lo cierto es que Jane iba retirándose poco a poco de la vida, sin hacer siquiera ningún ruido. Cada vez permitía más y más que las secretarias de mi padre asumiesen sus funciones de directora de sus asuntos y controladora de sus finanzas, y cada vez pasaba más y más tiempo recluida en sus pensamientos, lejos de Easton Glebe, en un minúsculo apartamento de Bloomsbury, que celosamente guardaba como sede de su privacidad, por lo tanto inaccesible. A pesar de los pesares, mi padre seguía convencido de que Jane era aún su Peñón de Gibraltar, y de que su vida seguía girando alrededor de ella, tal como siempre había sido. Resueltamente hizo la vista gorda ante el hecho de que él pasaba la mayor parte de su tiempo en Provenza, en donde vivía ya con Odette Keun, la tempestuosa hija de un holandés y una griega que se había criado en Constantinopla. Esta nueva relación estuvo dotada casi desde el principio de un rasgo sumamente interesante: se trataba de un asunto que solamente pudo haberse desarrollado en Ultramar, lejos del Reino Unido. Esta curiosa característica se debía al hecho de que Odette Keun figuraba en la lista negra de las Autoridades Militares Británicas, desde la época en que Gran Bretaña intervino en la guerra civil rusa.

Odette había sido periodista; trabajaba para diversos periódicos franceses de izquierda, y había escrito unas cuantas cosas que a las Autoridades Militares Británicas no les hicieron ninguna gracia, sobre todo en lo tocante a las repúblicas petrolíferas del Cáucaso. Fue expulsada de aquella región por sospechosa de simpatizar con las ideas izquierdistas, y consecuentemente no pudo de ninguna manera conseguir un visado de entrada en Gran Bretaña, al menos por espacio de varios años. Esto vino a significar que mi padre solamente podría cohabitar con ella cuando estuviese en el extranjero. Y esto, que a ella se le antojaba un contratiempo, a él no se lo pareció, sino todo lo contrario: se trataba de una clara ventaja de orden táctico. Si, por la razón que fuese, desease en un momento dado apartarse de ella, aun cuando fuese por una temporada, le bastaría con decir que las necesidades de su vida

[80] Mussolini había dado permiso a Gorki para que permaneciese en cualquier lugar de Italia salvo en Capri, durante la primavera de 1924, después que le fuese permitido salir de Rusia. La vida en la villa queda recogida en Berberova, op. cit., pp. 138-142

profesional hacían obligatoria su presencia en Inglaterra. A él le gustaba vivir con ella, pero de todas formas no podía soportarla más que en muy determinadas dosis.

Mi padre llevaba dos años viviendo con Odette Keun cuando publicó The World of William Clissold (*El mundo de William Clissold*), la más extraña de cuantas novelas escribió. Uno de los elementos que contribuye a esa extrañeza es el retrato de Odette Keun que contiene la novela. Aparece cerca del final del volumen segundo[81], poco después de que el protagonista haya roto con una actriz testaruda y egoísta en la cual es perfectamente reconocible la figura de mi madre. Mi padre llama a Odette, Clementina, y dispone que se encuentre con el protagonista en París, cuando éste pasea una tarde por los Campos Elíseos. Las circunstancias dejan entrever a las claras que después de haber sido lo que podría con toda tranquilidad denominarse una mantenida, Clementina se halla al borde de convertirse en una mujer de la calle. Tal y como a Odette Keun iba a terminar por gustarle decir, semejante solución fue algo que solamente un escritor que albergara sentimientos encontrados hacia las mujeres podría hacerle a la mujer con la que entonces convivía. Ahora bien, por extraño que sea, no es lo más extraño de la novela. Lo más extraño es que se produzca el fallecimiento, poco después de que mi madre haga su aparición en el texto, de un personaje llamado Sirrie, que empieza por ser una persona completamente distinta pero que termina convirtiéndose en Jane Wells.

En la novela este personaje padece tuberculosis, si bien la descripción de su muerte, dado que el protagonista se niega contumazmente a reconocer lo mal que se encuentra de salud, se niega a reconocer que su muerte está muy próxima y que, es inevitable, resulta extrañamente idéntica a la muerte de Jane Wells, enferma de cáncer, que no iba a acontecer sino un año después de la aparición del libro.

Capítulo VI

Mi padre no conoció a Odette Keun ni por casualidad ni en los Campos Elíseos. La conoció mediante cita previa en Ginebra, tras haberse cruzado algunas cartas. La correspondencia se originó, aunque muy de

[81] Novela, H. G. W., El mundo de William Clisiold, libro IV, sección 14

lejos, en el hecho de que ella hubiese sido deportada de Constantinopla. Cuando regresó a esta ciudad, procedente de la República de Georgia, las Autoridades Militares Británicas la apresaron y, sin pararse en las tonterías al uso, acerca del procedimiento legal del caso, la embarcaron de inmediato con rumbo a Crimea. Así debiera haber terminado ella, pero lo cierto es que se las agenció para atravesar Rusia, con papeles falsificados, para llegar a Moscú, y de allí volver a la postre a Francia. Se instaló en un pueblecito llamado Maganosc, cerca de Grasse, y escribió un librito sobre sus experiencias. Cuando apareció este volumen, con el título de *Sons Lénine*, a mi padre le envió un ejemplar con una nota adjunta, en la cual comentaba lo mucho que admiraba su obra y la fuente de inspiración que siempre había sido para ella. A él le gustó tanto su carta como su libro, y cuando llegó el momento de escribir una reseña sobre el mismo, le fue muy favorable. Ella le escribió dándole las gracias, carta a la cual él decidió contestar. La correspondencia que así se inició entre ellos dos no tardó mucho en adoptar un tono más cálido; no pasó mucho tiempo hasta que ella le hubo referido buena parte de su historia. Era hija de un holandés que había trabajado en el servicio consular de su país en Grecia, y de una dama griega que de niña se había criado dentro de la comunidad fanariota, en la Constantinopla turca. Se habían conocido a resultas de la estancia del padre en la última de las ciudades europeas que existen por el Este. A su hija le habían dado una educación curiosa v progresista, aun cuando en su mayor parte ello se debiese a una cierta inadvertencia, ya que ninguno de los dos se sentía capaz de imprimir en la niña el sello de sus propias convenciones, por temor a traicionar las del otro cónyuge. A resultas de todo ello, Odette se encontró prácticamente a la deriva cuando a los dieciocho años fue enviada a una Holanda por entonces atildada y conformista, con objeto de completar su educación. Se refugió de aquel entorno tan poco griego, al cual se le había arrojado sin contemplaciones, lanzándose en los brazos de la Iglesia católica. Tras su conversión, siguió erre que erre haciéndose postulante en un convento de dominicas. Muy fácilmente habría podido dar el paso siguiente, y tomar los votos que la habrían convertido en monja, de no haberse sentido ultrajada al enterarse de que algunos historiadores estaban convencidos de que Santo Domingo había desempeñado un feo papel en la aniquilación de la llamada herejía albigense. Por encontrarse entonces en su tercer año de noviciado, la intensidad de la simpatía que sentía por los albigenses le dio a entender que de ninguna manera podía ser la suya una verdadera vocación, así que saltó la tapia del convento para dedicarse en cambio a la causa del socialismo radical. Se instaló en París una temporada, pero mientras oficialmente vivía allí pasó la mayor parte del tiempo recorriendo Argelia y Marruecos, sobre todo las zonas que nominalmente se hallaban bajo control francés. Viajó por esta región con un amante que era médico, con un dispensario móvil, facilitando medicamentos a las mujeres de las aldeas y enseñándoles a administrarlos para prevenir dolencias infantiles menores, pero muy frecuentes y traumatizantes, como por ejemplo el tracoma, que era entonces endémico en la región. Mientras se dedicó a esta admirable obra humanitaria, explicó a los lugareños, hombres y mujeres por igual, que los franceses no tenían ningún derecho a estar en su país, a menos que fuese para facilitarles regularmente mejores

servicios médicos y sociales. La administración colonial francesa no tardó demasiado en considerarla una molestia y un motivo de perturbación, de manera que a su debido tiempo fue expulsada del dominio francés en el norte de África.

Sus problemas con las Autoridades Militares Británicas en Constantinopla, entre 1919 y 1920, fueron de índole muy similar. Los artículos que había escrito y publicado en diversos periódicos franceses hacían especial hincapié en el hecho de que tanto las potencias Aliadas como los bolcheviques pusieran sus intereses en los campos petrolíferos de Bakú por delante de los intereses del pueblo de Georgia. Se sintió particularmente irritada por la irresponsabilidad de que hicieron gala los Aliados al convencer a los georgianos de que se expusieran a la cólera y la venganza de Rusia proclamando la independencia de la República de Georgia, aun sabiendo perfectamente que serían incapaces de dotar al nuevo país del respaldo militar adecuado. Esta historia tuvo un final especialmente desabrido. Cuando, tal y como era de esperar según el lógico decurso de los acontecimientos, se produjo el colapso de la República de Georgia, se llevó a cabo una evacuación. A los ministros del Gobierno nacionalista y antisoviético, a sus ayudantes y a sus familias, se les asignaron tres vagones de cola del que obviamente iba a ser el último tren que los británicos conseguirían sacar de Tiflis con rumbo a la costa. Instantes antes de que arrancase el tren, estos vagones fueron desenganchados, y los políticos georgianos se quedaron abandonados, con sus familias, para que se las compusieran frente a las fuerzas rusas que en aquellos momentos hacían su entrada por el extremo opuesto de la ciudad. Este episodio sembró en Odette la rabia, la indignación y el desprecio.

A decir verdad, era una mujer sincera e idealista, emprendedora y humanitaria. Sin embargo, su profundísima seriedad estaba siempre enmascarada, casi por completo, por unas ganas de epatar por lo menos un tanto pueriles, aparte de desplegar un elevado grado de exhibicionismo sexual. Le encantaba sacar a relucir su libertad tanto como le fuera posible, su desobediencia frente a las inhibiciones propias de la burguesía, y sobre todo en presencia de personas estiradas y chapadas a la antigua. Fue esta debilidad la que a la postre iba a terminar por deshacer sus relaciones con mi padre. Fue esta debilidad, asimismo, la que la llevó a tramar un primer encuentro con él que le dejase la imborrable impresión de que ella era simplemente otra intelectual más con ganas de pasárselo bien, sexualmente hablando, en compañía de toda una celebridad. Había planeado el encuentro de manera tal que cuando mi padre llegase a la habitación que ocupaba ella en un hotel de Ginebra, a fin de presentarse, se la encontrase desnuda y a oscuras. Borró después todas las posibilidades que podría haber tenido de vivir bajo el signo de esta torpeza inicial, convirtiéndola en una estupenda historia que relataba en las ocasiones menos apropiadas, es decir, siempre que le venía en gana. Por ejemplo, a mí me la contó en presencia de mi padre, y con evidente consternación por su parte, sin que hubiesen transcurrido ni veinticuatro horas desde que nos conocimos. Yo tenía catorce años, una

considerable incertidumbre respecto de mi identidad sexual y era tan impresionable como solamente puede serlo un adolescente muy inseguro. Mi padre iba al volante de su magnífico Voisin, plenamente absorto en la conducción, por la carretera que discurre a espaldas de Niza, por Vence, hacia Grasse. Odette iba sentada en el asiento del copiloto, junto a mi padre, pero se daba la vuelta continuamente, para darme la cara, pues yo iba en el asiento de atrás. Quería que me sintiese a mis anchas, creo yo, mostrándome lo abierta y lo muy libre que podía llegar a ser, haciéndome saber que no tenía por qué asustarme de ella, y en un momento dado dejó que se colase de rondón esta sorpresa inesperadísima en su chachara intrascendente.

A Odette le encantaba soltar estas sorprendentes cargas de profundidad, pero prefería actuar delante de un público escogido. Yo fui víctima de una de sus provocaciones teatrales, pocos días después, cuando vinieron a almorzar Elizabeth Russell[82] y el Aga Khan, que estaba pasando unos días en St. Jean de Cap Ferrat en compañía de Sommerset Maugham. Durante el almuerzo, Odette consiguió que la conversación versara sobre el importantísimo papel que ha tenido el incesto en la cría de caballos de pura sangre, y desarrolló sus puntos de vista a pesar de las abiertas protestas de mi padre. Sospechaba que allí había gato encerrado, y estaba en lo cierto. De pronto me percaté de que Odette, que era muy dada a la gesticulación dramática, me estaba señalando con el brazo extendido.

—¡Mirad! —gritó—. ¡Miraaad! Anthony se está poniendo colorado. ¡Se está poniendo colorado! ¿Será posible que aún no sepas nada de todo esto? ¿Será posible que aún seas virgen, cariño?

—¡Odette! —exclamó mi padre—. Estás yendo demasiado lejos, y eso es algo que no pienso tolerar. Haz el favor de comportarte…

—Oh, Pidou, Pidou —Odette le devolvió el grito—, la verdad es que eres un mojigato de tomo y lomo, a pesar de tu estupenda conversación — se dio la vuelta para buscar apoyo en el Aga Khan—. ¿No le parece a usted que los ingleses son un pueblo extraordinario? ¡Tan mojigatos en público, y tan encantadores, tan sumamente encantadores y… tan lúbricos en privado!

---

[82] Último de los avalares de la que había sido anteriormente Mary Beauchamp y antes incluso Elizabeth von Arnim, que se casó con el hermano mayor de Bertrand Russell, el segundo conde Russell, en 1916. Nacida en el mismo año que H. G. W., había tenido gran éxito con su primera novela, publicada en 1898 con el seudónimo de «Elizabeth». Su trayectoria de novelista fue larga y de relativo éxito, aunque terminase súbitamente con la publicación de su undécima novela, en 1934. Con evidente hostilidad, aunque muy probablemente fuese cierto, solía decirse que cada una de sus novelas ponía punto final a una aventura personal suya. Mantuvo tratos con H. G. W. entre el otoño de 1911 y comienzos del verano de 1913, y en lo sucesivo siguió siendo su amiga. Auténtica gata que sacaba las garras cuando se la incordiaba, su línea de comportamiento era más proclive a una ironía distanciada; rara vez perdía los estribos

El Aga Khan me miró inquisitivamente, y pasó a decir algo acerca de los horrorosos efectos del odio al cuerpo que se inculcaba en la versión protestante de la religión cristiana. La conversación siguió su curso.

Sin embargo, no quedó olvidado el tema de mi desarrollo sexual, y fue Odette la que volvió a sacarlo a colación más adelante. Esta vez íbamos en el automóvil por las montañas que hay en los alrededores de Grasse, de camino a Thorenc, donde pensábamos almorzar. La carretera era estrecha y muy empinada, llena de curvas; había innumerables puntos ciegos, a medida que serpenteaba al ascender hacia esa campiña en la que con tanta abundancia crece la lavanda. Estaban en aquella época recogiendo la perfumada cosecha de aquellos campos del altiplano, y a cada cinco minutos poco más o menos nos cruzábamos con un nuevo camión que bajaba con rumbo a alguna de las fábricas de perfumes de Grasse, descendiendo por aquellas inclinaciones con una carga de lavanda más grande que un montón de balas de heno amarradas a la caja. La inclinación y las curvas llevaban a los conductores a ocupar el centro de la calzada, y nos daba la sensación de encontrárnoslos siempre que salíamos de un punto ciego. Odette iba sentada junto a mi padre, como de costumbre y, como de costumbre, iba retorcida en su asiento como si le hubiesen dado la vuelta con un sacacorchos, de manera que yo no me aburriese ni me sintiese excluido; por eso iba hablando continuamente conmigo. No cesaba de parlotear, y mi padre, ojo avizor, hacía sonar con fuerza el claxon cada vez que nos metíamos en un ángulo ciego.

La incertidumbre que sentía yo respecto de mi identidad sexual a aquellas alturas a ella le resultaba evidente. Estaba deseosa, por no decir ansiosa, de saber hasta dónde había podido llegar yo. ¿Había mucha homosexualidad, me preguntó, entre los alumnos de mi escuela? ¿Había hecho yo algún que otro progreso en ese terreno? ¿No tenía un amigo en especial? ¿Acaso no me había dado cuenta, en algún momento, de que albergaba sentimientos más complicados que la simple amistad, sobre todo por alguno de mis compañeros en concreto? ¿Había venido a verme alguna de mis amiguitas de Londres en días

lectivos? ¿No tendría, por un casual, una amiga de cierta edad, que pudiera visitarme de cuando en cuando...?

-Odette -exclamó mi padre llegados a este punto-, por el amor de Dios, déjalo en paz de una vez. Deja el tema, por favor. ¡Oh, maldición!

Un nuevo camión cargado de lavanda hasta los topes bajaba hacia nosotros a toda velocidad. Sonó el claxon. Nuestro claxon le devolvió la seña. En la ventanilla del conductor apareció un puño cerrado. Su propietario lo agitaba, evidentemente cabreado.

-Una mujer ya crecida -chillaba en ese momento Odette- puede desempeñar un papel importantísimo en la vida de un chico de cierta edad. Puede hacer por él cosas que ninguna jovencita, por muy amante que sea, podría hacer nunca, precisamente por ser toda remilgos,

inexperiencia y egoísmo. Si deseas ser feliz en tu vida amorosa, deberías iniciarte con una mujer ya mayor, con una mujer que sepa de qué va la cosa en la cama, sobre todo cuando la cosa vaya muy en serio. Una mujer así sabrá indicarte el camino adecuado, y poner punto final a todas tus confusiones y vacilaciones; créeme, te lo digo de corazón.

El auténtico impacto de estas parrafadas se pierde sin tener en consideración el acento de Odette, por lo demás irreproducible. Hablaba alargando muchísimo todas las vocales, sin aspirar las haches iniciales; era el suyo un acento francés exageradísimo, como el que suelen adoptar los personajes típicos de las farsas inglesas. Había veces en que sus errores de pronunciación, tanto si los cometía adrede como si no, ponían a mi padre hecho un basilisco. Ésta fue una de esas veces. Aparcó el automóvil en la cuneta y apagó el motor.

-Estoy hasta la coronilla, Odette -le dijo, y acto seguido salió del coche.

Odette saltó por encima de su portezuela y dio la vuelta a todo correr, para darle la cara. Estaba encantada: ¡iban a montar una escenita! Los dos empezaron a gesticular como dos posesos, a gritar sin parar, de manera que enseguida me di cuenta de que mi padre había estado muy acertado al detener el automóvil antes de dar inicio a la discusión. No pude oír todo lo que se dijeron, pero lo que pude captar bastó para que me hiciese una idea. Mi padre insistía en que no era asunto de ella meter semejantes ideas en la cabeza a un niño como yo, y ella insistía a su vez en que de niño, nada, en que ya estaba crecidito, en que no me quedaba nada para hacerme todo un hombre, en que tenía serios problemas, en que no era capaz de mirar a una mujer a los ojos, y mucho menos de hablarle cara a cara, en que me había pasado tantísimo tiempo rodeado exclusivamente por mujeres que no estaba ni mucho menos seguro

de cuál era el sexo al que pertenecía, aparte de que a ella le daba la sensación de que alguien podría haberme metido en la cabeza, la idea de que había algo erróneo, o desacertado, en el hecho de ser varón, y pensaba que estaba pésimamente preparado para afrontar la vida, porque él nunca había hecho por mí lo que un hombre debiera hacer por sus hijos varones; le dijo además que él me estaba causando una honda decepción a la que tenía que poner remedio cuanto antes, o sacarme cuando menos del monumental embrollo en que, según opinión de Odette, estaba yo metido hasta el cuello. Más o menos en ese momento, mi padre la agarró por el brazo y se la llevó por la carretera hasta un punto desde el cual ya no pude oírles.

Permanecí observándolos desde el asiento de atrás del Voisin, mirando a través del parabrisas, por encima del capó curvo, por encima del halcón que sobre la tapa del radiador formaba la V de Voisin con las alas abiertas. Odette estaba delgada, casi podría decirse muy flaca, y morena como una gitana. Tenía el cabello muy negro, es posible que teñido. Era tan alta que a mi padre le sacaba la cabeza. Él era de hecho bajo y robusto, con la complexión de un oso de peluche. Llevaba un

sombrero de panamá, una reliquia de la moda eduardiana, racionalizada mediante el detalle de que a causa de sus claros ojos azules no era capaz de soportar el resplandor cenital del sol de Provenza sin cubrirse los ojos. Llevaba una camisa blanca especialmente confeccionada para él, y pantalones de seda de shantung. Ella llevaba un vestido blanco, de tenis, un foulard de colores y una docena de brazaletes repartidos entre ambos brazos. Los brazaletes relucían al sol, al agitarlos con sus gesticulaciones frente a él. Ella se inclinó para sacudir el dedo índice de la mano derecha exactamente debajo de la nariz de él. Él alzó las manos, dando evidentes muestras de haber quedado desarmado. Los dos cedieron ante un ataque de bon rire, los dos echaron la cabeza hacia atrás, dejando que las carcajadas brotaran sin impedimentos. Volvieron al coche cogidos del brazo.

— De cuando en cuando tenemos estas peleas —dijo mi padre—, y la verdad es que son un infierno, pero una vez terminadas, han terminado para siempre. No dejes que te afecte, ¿eh? Bien, sigamos camino, a ver si llegamos a Thorenc con tiempo de almorzar como es debido...

Odette me lanzó un guiño de complicidad. Yo hice todo lo posible por devolverle la sonrisa, pero me sentí desazonado, convencido de que los dos estaban más locos que las cabras.

He interpolado este fragmento autobiográfico por creer que pone de manifiesto con qué facilidad el estilo de Odette bastaba para que las personas que no la conocieran bien no la interpretasen como ella se había propuesto. A mí me desazonó y me entristeció este episodio porque me pareció que ella me había sacado de dentro y por la fuerza los secretos problemas que yo no había sido capaz de contar libremente a nadie, más que nada por no pasar un momento infernal... y por si fuera poco delante de mi padre, la persona que con más ansia habría deseado yo dejar al margen de semejante discusión. Entendí que esto fue algo que ella hizo simplemente porque yo no le caía bien, porque me despreciaba. Su preocupación por mí se me pasó por alto hasta algunos años después, hasta que pude enterarme de que cuando descubrió que mi padre había zanjado lo que consideraba una provisión de fondos adecuada para mí, cifrándola en una suma que oscilaba en tomo a las 100 libras anuales, que percibiría tan pronto cumpliese los veintiún años de edad, Odette se lanzó a una campaña de acoso verbal, de burlas inmisericordes hacia él, tachándole de tacañería patológica, hasta que consiguió que le prometiera que iba a engordar dicha cantidad hasta cinco veces más que la cantidad inicial.

La gratitud que siento por Odette en este sentido no la empaña ni lo más mínimo la certidumbre que tengo, y es que estoy seguro de que en semejante acto no operó simplemente su desinterés al prestarme un determinado servicio. A la postre, fueron los sentimientos que albergaba hacia mi padre los que actuaron de espoleta. Ella le tenía en muy alta consideración, y deseaba que él estuviera a la altura de su estima. Se había enamorado rendidamente de la mejor parte de él, e hizo cuanto

estuvo en su mano por salvarle de sus tentaciones de ser copioso, verboso y superficial, tentaciones a las cuales le habían expuesto su fama y sus grandes éxitos periodísticos. A causa de la manera que tuvo ella de escenificar su primer encuentro, él no fue nunca capaz de reconocer que los asaltos que ella lanzaba continuamente sobre su persona, cuando simplemente le parecía que le estaba fastidiando sólo por fastidiar, fueron siempre producto de una genuina devoción. A medida que fue pasando el tiempo, él fue encontrándose con una Odette tercamente determinada, aunque fuera de mala manera, a salvarle de sí mismo; esta Odette cada vez le resultó más y más difícil de tragar. Su ruptura se habría producido mucho antes de lo que se produjo de no haber sido porque Odette, a pesar de las escandaleras, las peloteras y las mutuas salvajadas, fue en todo momento una estupenda administradora y organizadora. Cuando mi padre estaba con ella, todo lo que ella pudiera hacer por él lo hacía a la perfección y sin rechistar. Se cuidó de sus caprichos y necesidades domésticas, tanto cuando estaba con ella como cuando estaba en Easton, con Jane. Y antes de que las monumentales irritaciones de mi padre con ella alcanzaran un punto desde el cual ya no hubo marcha atrás posible, aquel centro de su vida que tanto tiempo llevaba establecido se volatilizó por completo. Con la muerte de Jane, Easton Glebe se convirtió en una cáscara vacía. Esto supuso una tajante desviación del plan lúdico acordado, que mi padre de ninguna manera había sido capaz de prever. En su guión, Jane iba a estar siempre allá, en la casa que él había construido para ella; siempre que sintiera la dependencia de ella, a ella podría acudir; no importaba dónde estuviese él, ni qué hubiese estado haciendo, que ella iba a recibirle con su generosa comprensión, capacidad de perdón, tolerancia y orgullo, tan pronto regresara. Sin previo aviso, y sorprendentemente, cambiaron las tornas. Ella dejó de cumplir con su papel, y a él ya no le quedó a quien confesar sus penas y sus regocijos, no le quedó nadie que le absolviera cuando hubiese terminado su último arranque. Se encontró perdido, desconsolado, hasta que concibió la estrafalaria idea de seguir con Odette como siempre, sólo que adjudicándole además el papel que Jane había representado para él durante tantísimo tiempo.

Cuando Jane empezó a morirse[83], durante los primeros meses de 1927, mi padre se refugió de la evidencia en la más absoluta de las negaciones. En ningún momento quiso darse por enterado de que iba a abandonarle. Su hijo Frank, el menor de los dos que tuvo con Jane, que en aquella época estuvo más cerca de él que ningún otro mortal, le advirtió reiteradas veces de que ella empezaba a dar muestras de hallarse en serios problemas, sobre todo cuando él mismo pudo comprobar cuan exhausta se hallaba a lo largo de las por lo demás relajadas y afables festividades navideñas, celebradas exclusivamente en familia, a finales de 1926. Mi padre hizo oídos sordos a esta advertencia. A Frank le dijo que era natural que una mujer de la edad de Jane se cansara con gran facilidad al enfrentarse a determinadas situaciones. No quiso admitir

[83] Comunicaciones orales: H. G. W., G. P. W., F. R. W., Peggy Wells, Juliana y Juliette Huxley, y otros

nunca que su mujer se estaba muriendo; no quiso reconocerlo al menos hasta las últimas e irreversibles etapas de su prolongada enfermedad.

Parte de su rechazo a reconocer que su esposa estaba, aun en calma y sin hacer ningún aspaviento, cada vez más decaída, puede achacarse a sus preocupaciones. De nuevo se había embarcado en un proyecto monumental, la confección de una obra que habría de ser para la biología lo que *Perfil de la historia* fue en su día para la historia. The Science of Lije (*La ciencia de la vida*) tenía por objeto proporcionar a las gentes de a pie, a las gentes de educación modesta, una serie de conocimientos de biología que les posibilitara conocer qué lugar ocupaban en el orden de la naturaleza, con idéntica inmediatez con que los lectores del Perfil habían sido capaces de localizar su lugar y el de su sociedad en el grandioso movimiento del esquema evolutivo del tiempo. El proyecto no podía ser más exigente, y a fin de llevarlo a cabo dentro de un plazo razonable —se trataba de redactar un sucinto comentario sobre todos los conocimientos acerca de los seres vivos y de sus procesos vitales — , mi padre tuvo que tratar implacablemente a sus colaboradores, Julián, el nieto de Thomas Henry Huxley, y su propio hijo, George Philip. Julian Huxley ha dejado dicho que tuvo que renunciar a todos sus demás trabajos mientras duró la redacción de *La ciencia de la vida*, con objeto de mantener el ritmo trepidante que exigía mi padre, y Gip también se vio completamente absorbido por el proyecto. Mi padre marcó el ritmo de sus colaboradores; al tiempo que les estimulaba al mantenerse por delante de ellos, no dejó de trabajar en otra idea propia, en lo que más adelante habría de titularse The Open Conspiracy (*La conspiración abierta*), sin dejar de escribir un artículo semanal sobre temas de actualidad, para publicarlo en alguno de los periódicos de Beaverbrook. En febrero de 1927 llegó a encontrar el tiempo suficiente para preparar el texto del discurso que había sido invitado a pronunciar en la Sorbona a mediados de marzo.

Mi padre se había sentido muy honrado por esta invitación, y le pareció apropiado que Jane, que tanto había hecho por su reputación a lo largo de los años, compartiese con él aquellos instantes de gloria. También se había hecho a la idea de que a ella le sentaría muy bien pasar unos cuantos días en París. Si hemos de creer a Frank, desde las navidades andaba bastante alicaída. Un viaje serviría para distraerla... Así pues, mi padre hizo que Odette lo instalase en el tren en Carmes, el 13 de marzo, y se hospedó en París dispuesto a esperar a su esposa, que debía llegar de Inglaterra al día siguiente. Estuvieron juntos en París, sin parar de hacer cosas e ir a diversos lugares, hasta el 19 de marzo, día en el cual él la acompañó en la travesía del Canal. Pasaron por Londres sin pararse y fueron derechos a Easton Glebe. Mi padre había pronunciado su discurso en la Sorbona, titulado «La democracia, a revisión», el día 15, tras lo cual siguió una larga ronda de festejos que vino a culminar con una gran cena ofrecida en su honor por André Maurois, el 18. A mi padre no le sorprendió el estado de agotamiento en que se encontraba Jane cuando llegaron a Easton. Había aguantado todo el ajetreo lo mejor que pudo. Sin embargo, él creía que unos cuantos días de descanso le devolverían su bienestar. Confiaba ciegamente en que estuviese de nuevo en óptimas

condiciones hacia el 20 de abril, fecha prevista para la celebración de la boda de Gip con Marjorie Craig, la joven y austera escocesa que había sido su secretaria, con una eficiencia a prueba de toda duda, durante poco más de un año. Seguía sin tener conciencia de que Jane atravesaba una etapa en la que empezaron a ser muy frecuentes los rebrotes de dolor, un dolor no demasiado intenso, pero persistente e inquietante. Nadie tuvo tampoco constancia de ello, dado que Jane no se lo comentó a nadie; nadie supo que dichos dolores manifestaban una evidente tendencia al recrudecimiento. No le dijo nada a nadie, ni siquiera a Frank. No quería parecer agorera ante la inminencia de la boda.

La presentación de mi padre en la Sorbona no fue nada mala, y recibió incluso la aprobación definitiva que acarrea el hecho de que el texto fuese publicado por Leonard y Virginia Woolf en la Hogarth Press, a finales de aquel mismo año. A decir verdad, resulta hoy en día mucho más convincente que entonces; hoy parece más honda y penetrante la visión de mi padre, así como su profesión de fe en el futuro de la democracia, y en cambio, al contrario que entonces, adolece de una considerable ceguera ante la tendencia histórica que manifestaba el alza del fascismo. Por alegres y desenfadados que se nos antojen hoy en día los años veinte, impresión debida a quienes los contemplan única y exclusivamente a través del Charleston, las orgías nocturnas y el lujo, de Scott y Zelda, de Hemingway, del Art Decó y de la eflorescencia que dio lugar a obras como las de Joyce y Proust, Picasso y Matisse, por entonces se percibieron y se experimentaron como una época gris, contraída, cada vez más angosta, cercada por los golpes de estado, las revoluciones abortadas, las represiones brutales y las usurpaciones militares, todo lo cual tuvo lugar sobre un telón de fondo desesperanzado, compuesto por la confusión económica y el desmoronamiento de las estructuras sociales. Mi padre tuvo la inteligencia precisa para decir ante el público congregado en la Sorbona que no era cuestión de vivir desde el principio una nueva época autoritaria o totalitaria, sino de resistir a una época repleta de problemas que iban a definir la transición de una época democrática a otra época asimismo democrática. Sintió que en algún momento se había producido un craso error dentro de la democracia parlamentaria cuya época dorada tocaba a su fin, ya que sus rasgos característicos de Gobierno y oposición, de debes y haberes, conducían de forma casi ineludible a la bipolarización militante, a una confrontación abierta entre dos sectores sociales. De ahí las dicotomías del estilo de whigs y tories, radicales y conservadores, mano de obra y capital, izquierda y derecha, nosotros y ellos, etc. Bajo las normas que regían los destinos de la democracia parlamentaria, la primera preocupación de cualquier partido que llegase al poder, al Gobierno o a la administración, iba a ser con toda probabilidad la reversión o anulación de la mayor parte posible del programa y la política de su predecesor. Una vez logrado este objetivo, pasaría a la aprobación de una serie de programas y medidas «positivos», pero menos preocupados por el bien común que por el establecimiento de su propia, y tenue, identidad.

Las creencias de mi padre radicaban en que la revitalización de la democracia podría lograrse mediante una transición que arrancase del antagonismo parlamentario rumbo hacia una política de consenso. Creía que el primer paso que era preciso dar en este sentido era una reforma electoral, sosteniendo que la representación proporcional y el voto único y transferible arrojarían por resultado el surgimiento de gobiernos de coalición y la rotura del sistema de partidos. Pensaba que cuando esto hubiese acaecido, la energía que tradicionalmente se había invertido en el mantenimiento de las diferencias entre unos partidos y otros, en azuzar los conflictos, por así decir, entre Villarriba y Villabajo, revertiría mediante esta nueva canalización en una búsqueda de los puntos de contacto, de los objetivos comunes, y en una serie de esfuerzos realizados en colaboración por el logro de una serie de objetivos legislativos que genuinamente mereciesen la pena.

Mi padre no creía, sin embargo, que dicha reforma electoral bastase por sí sola. No creía que ninguna forma de democracia fuese capaz de sobrevivir a la larga si la mayoría de los votantes seguían siendo marginados, analfabetos y, por lo demás, constituían el grueso de la población. Su pensamiento en esta clase de temas resulta muy británico, y el electorado que mejor conocía estaba en su mayor parte compuesto por personas cuya educación había concluido abruptamente tan pronto aprendieron lo estrictamente necesario para fichar en un reloj de control laboral y para rellenar los formularios de apuestas. Consideraba al votante que carecía de una educación elemental un ser por su propia naturaleza sujeto al soborno, un votante capaz en todo momento de vender su voto no ya al mejor postor, sino al primero que acertase a pasar a su lado y le ofreciese una pinta de cerveza o un cuartillo de té gratis. Mi padre consiguió enfatizar hasta tal extremo su aversión por los votantes carentes de educación, en «La democracia, a revisión», que llegó a sembrar las sospechas de que estuviese pensando en términos de un estrechamiento de la franja de votantes, despojando precisamente de su voto a los analfabetos. Nada de eso; al contrario, abogaba por lo que a muchos fieles creyentes en una democracia a carta cabal les tuvo que parecer un principio erróneo. Defendía que había llegado el momento de que las personas cultas salvasen a la democracia de los peligros que ella misma entrañaba, convirtiéndose lisa y llanamente en una

fuerza política de primera magnitud. Aquello era un llamamiento a la intelectualidad de todo el mundo, cuyos miembros debieran comprometerse masivamente en la creación de un consenso liberal y humanitario basado en una concepción científica y con la misma devoción y ardor con que los miembros de los fascisti de Mussolini, del Kuomintang de Chang Kai Chek y del Partido Comunista Ruso se dedicaban a tales ideologías. La empresa que proponía no era ni mucho menos, según sus afirmaciones, una empresa fútil. Lo que habían logrado estos diversos grupos de carácter autoritario no era otra cosa que apoderarse de países enteros, de poblaciones compuestas por muchísimos millones de habitantes, cuando por el contrario contaban con una fuerza no superior a unos cientos de miles de adeptos. A la vista de estos ejemplos, en lo tocante a lo que una minoría altamente motivada es capaz de hacer, ¿a

cuento de qué debieran contenerse los liberales humanitarios? Deberían aunar sus fuerzas y proponerse metas comunes. ¿Qué podría impedir un esfuerzo conducente a la creación de una unidad mundial en lo social y en lo económico, qué podría impedir ese logro monumental, si la minoría culta de todos los países -es decir, de la humanidad toda que en el fondo importa- se pusiera manos a la obra?

Son muchos los que han visto la pezuña hendida de la Bestia Fascista en esa frase elitista y casi desafiante, «de la humanidad toda que en el fondo importa», y así como debo confesar que ciertamente carece del retintín genuinamente democrático, pienso también que responde a un uso inocente. Mi padre no propuso en ningún momento una toma del poder por la fuerza, ni un recio control de las instancias del poder ni, es evidente, ninguna clase de autoritarismo. Tenía en mente, antes bien, algo más parecido a la obra de la levadura en una barra de harina: tenía que tratarse de una permeabilidad, una cierta influencia, una obra de persuasión. De ninguna manera alentaba el golpe, la toma del poder por la fuerza, ni el dictado ni la coerción. «Los que conspiran abiertamente», tal y como iba a denominarlos más adelante, tenían sencillamente que estar allí siempre que hubiese que llevar a cabo una determinada política o tomar una determinada decisión. Tenían que estar rutinariamente presentes en los partidos políticos, en los órganos de gestión de los gobiernos nacionales y locales, en las juntas directivas de las compañías del sector público y de las grandes corporaciones multinacionales, en la banca, en los colegios profesionales y en las organizaciones sindicales. Tenían que hacer gala de una conducta intachable, y tenían que hablar en nombre de la causa de la razón y del bien común. La racionalidad habría de abrirse paso como una oleada a la que fuera imposible hacer frente ni poner coto.

Todo esto tuvo que haber resultado puramente visionario en su día, e imagino que es una de esas cosas que Lord Beaverbrook tenía en mente cuando me relató, unos veintidós años más tarde, con una guerra mundial por medio, que uno de los principales problemas de mi padre fue que siempre había gozado de una vida muy resguardada, que nunca tuvo que aprender qué era preciso hacer para que una serie de personas trabajasen juntas en un negocio o en la política. A pesar de todo, fue precisamente un consenso internacional de opiniones cultas lo que consiguió que primero las Naciones Unidas y más adelante la Comunidad Económica Europea tuviesen razón de ser después que los fascistas hubieron mordido el polvo. Se trata de esa misma fuerza nebulosa que ha mantenido estas organizaciones supranacionales vivas y activas desde entonces. Estoy persuadido de que mi padre desempeñó un papel muy útil, lo cual le honra, en la creación de esa fuerza, simplemente yendo a contrapelo de la historia de su época, es decir, generando una serie de escritos a lo largo de los años veinte y los años treinta, de los cuales «*La democracia, a revisión*» es un ejemplo típico. Ha sido objeto de burlas por su empeño en traficar con un optimismo característicamente moderno y fatuo a lo largo de aquellos años, aun cuando lo cierto es que se condujo de manera bastante anticuada. No hizo sino reafirmar, con un lenguaje

propio de una época posterior, una de las principales ideas de Swift: «*Dios ha dado al grueso de la humanidad la capacidad de entender perfectamente la razón, siempre y cuando se le ofrezca en condiciones de justicia, y mediante la razón la humanidad podría ser fácilmente gobernada, siempre y cuando esto se dejase a su libre albedrío.*» Mi padre, yo diría que «corajudamente», trabajó en un escrito suyo, propio sin duda del siglo XVIII, en una de las horas más oscuras del siglo y de cara a su discurso en la Sorbona, llegando a ver más allá de las cabezas de los fascistas que desfilaban sin cesar por el continente, más allá de las cabezas de las tropas de asalto, en un momento en que la democracia parlamentaria y escindida podría haber dado pie a una democracia de la razón ofrecida en condiciones de justicia. Tengo para mí que aquel público francés lo entendió debidamente, y que se dio perfecta cuenta de que él estaba exhortándoles a mantenerse firmes en su fe en la razón, a pesar de las tentaciones del momento, aun cuando no consiga imaginar qué pudo pensar Jane Wells allí sentada, con los dientes apretados y sin dar ninguna muestra de que se hallaba acosada por el peor de los problemas, por el único problema del cual no existe escapatoria posible.

Tras regresar de París, mi padre permaneció en Easton Glebe, tomándoselo todo con mucha tranquilidad, hasta finales de mes. Después reanudó su rutina inglesa de costumbre, pasando el fin de semana en Easton tras haber estado del lunes a mediodía hasta el viernes por la tarde en Whitehall Court. Siguió con verdadero escrúpulo este orden, convencido de que a su mujer no le pasaba nada del otro mundo, hasta el día en que Gip contrajo matrimonio, el 20 de abril. Después volvió a Francia, a reunirse con Odette. Partió de París el
mismo 21 de abril y recorrió el camino hacia el Sur en breves etapas, deteniéndose en Vichy, Le Puy y Aviñón. Llegó a Grasse el 26 de abril.

Mientras mi padre se regalaba con este viaje de placer, Frank Wells empezó a sentirse cada vez más inquieto por la salud de su madre. Tan pronto se hubo celebrado la boda, Jane ya no tuvo por qué guardar las apariencias, la imagen apacible que había mantenido de cara a la galería. Frank volvió a advertir a su padre de que a su madre le estaba pasando algo muy serio, exactamente después que Gip emprendiese su luna de miel; le dijo con torpeza que se encontraba en una situación mucho peor de la que ella misma estaba dispuesta a reconocer. Le pidió a su padre que la llevase a un especialista, y que se quedase con ella hasta que dicho especialista hubiese emitido su dictamen, pero mi padre se quitó de enmedio la advertencia y la súplica en un santiamén. Mi padre dio por sobreentendido que Jane estaba atravesando por una fase sobradamente conocida. Las personas envejecen sin darse cuenta, y de pronto cobran conciencia plena de lo que les ha ocurrido a lo largo de la vida. Un descubrimiento de tales características, naturalmente, socava los cimientos de la personalidad; quien se lo encuentra de sopetón intenta por todos los medios posponer el día en que haya de afrontar la verdad, y a veces lo hace declarándose enfermo. Jane no tardaría en hacer las paces con su propia situación, y una vez zanjase ese asunto pendiente ya no tendría ningún sentido hablar de enfermedades. Volvería a tomar aliento,

por así decirlo, y asumiría de nuevo su vida con su mismo espíritu de siempre. Aún le quedaban muchos años por delante.

Con esta alegre despedida, mi padre partió rumbo al sur de Francia, dejando a su hijo, de veinticuatro años de edad, al frente de la situación, al cargo del giro que pudieran tomar los acontecimientos. Quedó en manos de Frank el llevar a su madre a un especialista, y lidiar después con las secuelas de una consulta médica. Sir Hugh Rigby fue el segundo doctor en medicina a cuya consulta se acudió en este caso, y no le cupo ninguna duda de que a Jane ya no iba a ser posible ayudarla. Tan pronto como el especialista hubo emitido su veredicto, Frank, sintiéndose abrumadoramente solo, escribió a su padre para decirle que las circunstancias del caso aconsejaban su inmediato regreso a Easton. Sin embargo, esta carta llegó a su destino cuando mi padre llevaba en el Sur tan sólo dos días. No le apetecía nada marcharse tan pronto. Así pues, optó por contemporizar, y escribió a Frank para decirle que no podía creerse que la cosa estuviera tan mal como él la pintaba. Era muy fácil llamarse a error a raíz de una exploración por rayos X; podría tratarse de una falsa alarma. Aguardaría una segunda opinión antes de cambiar de planes... en cualquier caso, tal y como estaban las cosas, llegaría a Inglaterra a finales de mayo. Que los planes de mi padre incluyeran su regreso a Inglaterra pasando antes por Ginebra, en donde se encontraba Margaret Sanger en calidad de participante en una Conferencia Mundial sobre Demografía, pudo haber sido uno de los factores determinantes de su tibia respuesta. Fuera como fuese, no movió ni un dedo para marcharse de Grasse antes de recibir una nueva carta de Frank, en la cual le decía lo que dijo el inapelable Sir Hugh Rigby. No le quedaba, pues, otra alternativa que afrontar la realidad de la situación. Su esposa estaba muriéndose.

Esta mala noticia la recibió el 10 de mayo, y partió hacia Londres al día siguiente por la tarde. Antes de ir a Carmes para tomar el Train Bleu, escribió a Margaret Sanger para hacerle saber que, después de todo, no podría reunirse con ella en Ginebra. Su pequeña esposa, le dijo, estaba muriéndose de cáncer, y deseaba pasar a su lado el tiempo que a ella le quedase. Evidentemente, se sintió un tanto incómodo al tener que comunicarle esta noticia desde una dirección que le situaba a más de mil millas del objeto de sus preocupaciones, e hizo cuanto pudo por explicarse diciendo que la enfermedad de Jane «*ha sido un duro golpe para todos nosotros, sobre todo por lo repentino... La dejé en Londres no hace ni siquiera tres semanas, sonriente y decidida, aunque con aspecto un tanto cansino...*».

La maldición que pende sobre todas las personas de ingenio pronto y vivida imaginación descendió sobre mi padre. Aunque de muy mala gana y con reticencia, había terminado por asumir los hechos. Su mujer tenía cáncer y le quedaba muy poco para morir. Sin embargo, el cáncer, que tan súbitamente se apodera a veces de sus víctimas, también puede ser muy lánguido en la consumación de sus conquistas. Jane siguió con vida durante lo que quedaba de mayo, durante junio, julio, agosto... No habría

de fallecer hasta el atardecer del 6 de octubre. Mi padre empezó a impacientarse ante aquella lúgubre prolongación de un proceso que en su mente ya se había cerrado. Empezó a manifestar su impaciencia escapando a la ciudad un día esta semana, dos a la siguiente, etcétera. Pocas cosas más razonables que esa reacción. Después de todo, la vida sigue. El ingente resumen de la biología clamaba por su atención, y la obra empezaba a quedarse atrasada. Pronto se vio en el brete de pasar de martes a jueves en su piso londinense, todas las semanas. Y entonces, cuando había quedado más que demostrado que su esposa podía estar segura y quedarse sin su compañía durante dos o tres días por semana, extendió por así decir su radio de acción y empezó a escaparse a la otra orilla del Canal, para reunirse con Odette un par de veces al mes. Mientras se encontraba en Easton, hizo todo lo posible por conseguir que allí la vida simulara una perfecta normalidad. Julian Huxley y G. P. Wells quedaban citados en la casa para seguir adelante con *La ciencia de la vida*, tal y como si las cosas estuvieran exactamente igual que cuando pergeñaban el *Perfil de la historia*. Se escenificaron remedos de los antiguos, animados parties de fin de semana, así como ruidosos juegos y competiciones, charadas, etc., sin tener nunca en cuenta el coste emocional de los mismos. Julian Huxley, quien por cierto se vio obligado a participar en estas actividades, sintió la creciente tensión que se respiraba en la casa. También la sintió Arnold Bennett[84], el cual acudió para dar una desdichada despedida a Jane, en compañía de Dorothy Cheston Bennett, durante un fin de semana del cual quedan consignadas dos entradas en el diario de bolsillo que llevaba mi padre: «Ha bajado Jane por última vez. Hemos mirado juntos el fuego del hogar» y «Jane empeora». A Bennett, quien tenía verdadero aprecio por Jane, le desagradó aquel ambiente de fiesta forzosa que se vivía en la casa llena de gente, y anotó agriamente que «H. G. necesita de un montón de gente que le distraiga». También anotó Bennett, sin atisbo de complacencia, que la aceptación de la muerte de Jane por parte de mi padre había alcanzado un punto en el cual le había sido posible preparar incluso una oración que habría de pronunciarse en su funeral, aparte de tener los arrestos suficientes para pedirle a él, a Bennett, que sondeara a una persona adecuada para pronunciarla. Mi padre había escogido a un hombre llamado Page, conocido por tener una voz campanuda y convincente, aun cuando no tuviera ningún derecho a gozar de tal distinción, por no haber tenido ni arte ni parte en la vida de Jane ni en la suya propia.

[84] Diarios, A. B., vol. III. Bennett nunca dio su visto bueno al modo que tuvo mi padre de comportarse en aquella época, y así se lo hizo saber; esta desaprobación terminó por romper su ya antigua amistad, de por sí bastante deteriorada por la incapacidad que tuvo H. G. W. para disimular su creencia de que A. B. había incurrido en un error imperdonable cuando dio en convivir con Dorothy Cheston Bennett. Las cosas ni siquiera fueron más fáciles entre ellos dos cuando el desarrollo de los acontecimientos demostró que, en esta opinión, H. G. W. había acertado de pleno. Los dos hombres no se habían reconciliado cuando sobrevino el fallecimiento ríe A. B.. razón por la cual resultó doblemente doloroso a H. G. W

Bennett se volvió a su casa, hondamente deprimido, el domingo por la tarde, dejando a mi padre en condiciones de empezar su trabajo en el vigésimo artículo de la serie que escribía para el sindicato que presidía Beaverbrook. Se trata de un texto muy penetrante sobre la importancia de organizar una política energética coherente a nivel mundial. Iniciado el lunes, el artículo salió a tiempo en el correo de la mañana del martes. Aquella muerte tanto tiempo aplazada tocaba ya a su fin, y sus últimos momentos quedan registrados mediante escuetas entradas en su diario de bolsillo: «*28 de septiembre. Contemplamos las sombras en la pared. 2 de octubre. Otra recaída, le faltan las fuerzas. 4 de octubre. Últimos días. 6 de octubre. Muere Jane a las seis y media de la tarde... 10 de octubre. Cremación. 11 de octubre. Terminado el vigésimo primer artículo.*» Mi padre viajó a Londres el 16, y el 18 por la mañana cambió Londres por París..

Todos los que no conocieran a mi padre seguramente se sentirán tentados a pensar que su comportamiento a lo largo de aquel desdichado verano proclama a los cuatro vientos que se hallaba acuciado por una prisa casi indecente de emprender una nueva vida. Sería un craso error. Era su vieja vida la que deseaba proseguir, y precisamente durante aquel verano decidió que las cosas seguirían igual que hasta entonces, sólo que Odette ocuparía el puesto de Jane. No existía ni la más remota posibilidad de que semejante programa llegase a funcionar, pero a él esto ni se le había pasado por la cabeza. Ello se debe en parte, tal como ya he dicho, a que él tuviese una idea fundamentalmente equivocada de ella, y en parte porque él no había entendido como hubiese sido deseable la voluntad que ella manifestó, es decir, tocar de segundo violín en la orquesta al menos durante la vida de Jane. Él se lo tomó como un paralelismo de la desmesurada tolerancia que había manifestado su esposa para con sus passades. No se dio cuenta de que la voluntad de Odette en cuanto a seguir adelante con semejante pacto se basaba en una admisión formal de los derechos de una antigua amistad. Ella era en lo más hondo de su corazón una mujer completamente convencional, y nunca tuvo la impresión de estar investida del derecho de suplantar a una mujer que tanto había significado para mi padre, durante tantísimo tiempo, y que además le había hecho muchísimo bien. Sin embargo, para Odette una cosa era dejarle marchar siempre que a él le viniese en gana estar con otra mujer con la cual tenía una enorme deuda contraída, aun cuando hubiese dejado de mantener con ella una relación sexual activa, y otra cosa muy distinta hubiese sido estar de acuerdo con que él la dejase a su aire, todas las veces que le vino en gana, siempre que se encontrase con una nueva mujer que le hubiese caído en gracia, y que estuviese deseosa de tener una aventura con él. Ella simplemente podría haberle perdonado el que tuviese aventuras pasajeras, sin más, mientras ella hubiese seguido siendo el centro vital de su existencia física, pero no tenía ni la más remota intención de someterse al pacto que él le iba a proponer. Esto a él le pareció una enloquecedora incongruencia por parte de ella. ¿Qué derecho tenía para convertirse en una mujer tan exigente y tan posesiva, virtualmente de la noche a la mañana, después de haberle dejado ir y venir a sus anchas a lo largo de varios años? A mi padre le exasperó la

absoluta irracionalidad implícita en el cambio de actitud mostrado por Odette. Ella empezó a sentirse cada vez más impaciente ante lo obtuso de su actitud, ante la evidente falta de percepción por parte de mi padre: ¿cómo era que no conseguía entenderla tal cual era?

La tensión que surgió entre los dos empezó a crecer a un ritmo constante, ya a lo largo de los últimos seis años, y aunque de vez en cuando se aliviaba mediante arranques de farsa como el que ya he descrito, finalmente alcanzó un nivel en el cual por fuerza tuvo que producirse una explosión. La espoleta la encendió la respuesta de Gorki a los acontecimientos que habían tenido lugar en Rusia. En su placentero retiro de Sorrento, Gorki empezó a tener plena constancia de la persecución de que eran objeto sus colegas los escritores allá en su patria, persecución que había pasado de un simple acoso pertinaz de todos aquellos que fueran sospechosos a convertirse en algo más parecido a un auténtico pogromo destinado a la destrucción de la clase entera de literatos prerrevolucionarios. Todas aquellas voces que no se limitaron a ser eco de lo que dictaba el partido fueron silenciadas. Alexéi Maxímovich empezó a tener la sensación de vivir como un desertor, de no haber cumplido con su deber precisamente por haberse marchado al extranjero y por haber abandonado su puesto de intermediario reconocido entre los escritores y el régimen. Tuvo la

sensación de que debía regresar, comprobar si podía ser bajo el régimen de Stalin el mismo que había sido en tiempos de Lenin. Quizá aún podría salvar a unos cuantos supervivientes de la vieja vanguardia de la deportación, los campos de concentración o el exilio. Su propio y acérrimo enemigo, Zinóviev, se había echado a perder en la aciaga lucha por el poder que sucedió a la muerte de Lenin, y había sido formalmente expulsado del partido en 1926. Con la desaparición de este personaje, con su propio puesto oficialmente reconocido en el seno del partido, y en calidad de padre del socialismo realista ruso y de padrino de la literatura soviética, quizá tuviese alguna oportunidad de que Stalin le prestase atención. Gorki regresó brevemente en 1928 y finalmente, tras probar la temperatura del agua otras dos o tres veces, terminó por embalar todos sus libros y papeles y marchó a Rusia acompañado por su hijo, su nuera y sus dos nietas, en mayo de 1933.

Moura Budberg, tal como se la conocía ya entonces, no regresó a Rusia con Gorki. Él le había dicho desde el principio que aun cuando estuviera casi seguro de que su situación interna e internacional le posibilitaría la vida en Rusia, no creía que el manto de su nombre y de su fama fuera suficiente para protegerla a ella en el supuesto de que quisiera acompañarle. Aquel riesgo era algo que él no podía pedirle que asumiera; él se sentiría de hecho más cómodo si ella se quedase en el extranjero. La baronesa Budberg marchó a Londres mientras Gorki estaba en Rusia, durante el otoño de 1931, y allí vio a mi padre. Todos los sentimientos que ella le había suscitado en 1920 despertaron con este encuentro, y él empezó a escribirle tan pronto como ella regresó a Sorrento. En sus cartas, él le insta a que vaya a vivir a Inglaterra, siempre y cuando Gorki se mantenga en sus trece e insista en repatriarse; también volvió a

reiterarle cuánto había significado ella para él. Ella contestó a estas cartas de una manera que no dejaba lugar a dudas: seguía tan interesada por él como él siempre lo había estado por ella.

Odette se las ingenió para echar mano a alguna de las cartas de Moura Budberg a mi padre, a finales de 1932. Juzgó simplemente por el tono de las mismas que mi padre estaba a punto de embarcarse en una nueva aventura, mucho más seria de lo que sería aconsejable. Armó una pataleta tremenda. Mi padre aplacó la tormenta provisionalmente diciéndole que no estaba en marcha nada que pudiera molestarla, que simplemente se trataba de dos viejos amigos que habían renovado el contacto el uno con el otro, solamente por los viejos tiempos. Esto a Odette no llegó a convencerla del todo, y así se lo dijo a mi padre. Ahora bien, ella dejó pasar el asunto. La reacción de mi padre ante la inacción de ella no pudo ser más típica. Decidió que, habida cuenta de que ella ya conocía su interés por Moura Budberg, y puesto que siguió viviendo con este conocimiento como si tal cosa, en el futuro la mantendría puntualmente informada de todo lo que ocurriese y tal como ocurriese, o incluso por anticipado, tal como había mantenido a Jane al corriente de todos sus planes, de todas sus aventuras. Con notable cortedad de mente, llegó a pensar que ya no habría más malentendidos ni más rabietas. Fue a finales de la primavera de 1933 cuando le dijo a Odette qué tenía previsto hacer durante las semanas siguientes.

Había hecho los preparativos necesarios para encontrarse con Moura Budberg en Dubrovnik, sede del congreso anual del PEN Club; cuando hubiese terminado esta reunión, pasaría unas breves vacaciones en Austria, naturalmente en compañía de Moura. Luego, Moura regresaría a su nueva casa en Inglaterra, y él a su vez regresaría a Grasse, donde, por descontado, daba por hecho que Odette estaría esperándole.

Mi padre se quedó estupefacto por cómo recibió Odette este anuncio de sus planes. Estaba ya acostumbrado a los temperamentales estallidos de Odette, y con el tiempo había aprendido que lo propio era dejar que hasta sus más violentas explosiones se extinguieran por sí solas. Esta vez, empero, ella no hizo ninguna representación espectacular. Esta vez le dijo, con una precisión que a él incluso le hizo sospechar que ella ya había consultado con un abogado, qué era lo que iba a suceder en el caso de que efectivamente se fuese a Dubrovnik con aquella otra mujer. Después podría regresar a Grasse, por supuesto, pero no para quedarse, sino para recoger sus efectos personales.

Él había hecho construir la casa para ella, tal como él mismo le había dicho infinidad de veces, y le había otorgado un documento en el cual le garantizaba que la casa sería propiedad de ella de por vida. Así pues, la casa era de Odette y de nadie más, al menos mientras ella viviese. Esta noticia fue para mi padre una completa novedad. Se diría que en un momento dado llegó a convencerse de que en el supuesto de que se produjese su ruptura con Odette, por la razón que fuese, ella le devolvería la casa, aun cuando solamente fuese por su honor. Sobre esta cuestión,

mi padre albergaba unos sentimientos tan intensos que salpicaron la biografía escrita por Norman y Jeanne MacKenzie cuarenta años después, llevándoles a concluir el capítulo dedicado a este tramo de su vida con una pieza verdaderamente espléndida, por lo que atañe a la súbita transición de lo sublime a lo ridículo: «*Tuvo que ser una durísima decisión abandonar la casa que se había hecho construir. Sin embargo, el 22 de mayo H. G. recorrió el olivar de la entrada por última vez, dirigiéndose a Carmes, donde había de tomar el tren con rumbo a Trieste. "Fue tremendo el esfuerzo —escribió un año después—, pero una vez más fue aún mayor el efecto liberador que tuvo."*» Ahora bien, el episodio no tuvo exactamente ese desenlace. Odette le había obligado a hacer las maletas: lo había echado de una patada.

Capítulo VII

«Ojalá no tuviese sesenta años... Ojalá dispusiera aún de una inextinguible reserva de energía nerviosa que pudiese interponer entre mí mismo y la fase de irritación que se avecina... Tal vez aún me queden quince años por delante, tal vez me queden veinte. Es mucho lo que aún puedo hacer en semejante ración de tiempo, siempre y cuando empiece con buen pie y me acompañe la buena suerte.»

The World of William Clissold

Es imposible negar que mi padre empezó a tener muy mala prensa desde comienzos de los años treinta, y que ya a finales de dicha década experimentó notables dificultades a la hora de colocar sus obras. Creo que esto se debe a que dejó de emitir en la misma longitud de onda que los intelectuales de izquierda. El grueso de sus escritos, ya desde finales de los años veinte y en lo sucesivo, tuvo por fuerza que resultar intolerable a quienes deseaban apostar a la carta del comunismo en contra del creciente poder del fascismo. Él mismo dio pie a que así fuese, al proclamarse socialista antimarxista comprometido con la óptica según la cual la propia rigidez de los dogmas marxistas los hacía inservibles en tanto herramientas adecuadas para aprehender las realidades de un mundo en continua evolución. Se mantuvo particularmente firme en su adhesión a una tesis suya, según la cual no había ningún futuro para un partido de clase trabajadora que se considerase en posesión de unos intereses diametralmente opuestos a los del resto de la comunidad. La fidelidad a ese concepto entrañaba una idéntica fidelidad a la guerra de clases, y por fuerza había de resultar tan destructiva para el potencial humano, tan corrosiva, como cualquier otra clase de beligerancia. Solamente podría desembocar en un callejón sin salida, para el socialismo y para el progreso de la humanidad. Sin embargo, otro de los hechos que le pusieron al margen de la pálida mirada de la izquierda fue una frase que apareció en El mundo de William Clissold, novela publicada en 1926:

«*Prefiero mirar a Norteamérica*[85] *en vez de a Moscú cuando se trata de averiguar dónde habrán de darse las primeras entregas de la auténtica revolución.*»

La auténtica revolución, en este orden de ideas, no tenía nada que ver con la sustitución de un conjunto de personas privilegiadas por otro similar, ni con la exacción de las antiguas deudas contraídas. No tenía por qué ser un asunto en el cual los pobres dieran a los ricos su merecido, ni nada por el estilo. Su propósito era conseguir que los hombres de buena voluntad, procedentes de todas las clases sociales, trabajasen en unión por la creación de una sociedad justa y próspera, una sociedad de hombres libres, de leyes humanas y de amplia tolerancia, todo lo cual estaba ya en marcha desde 1776.

La decisión que llevó a mi padre a optar por los Estados Unidos en tanto escenario probable en el cual habrían de darse las etapas iniciales de la revolución consensual con la que soñaba fue, qué duda cabe, muy arriesgada para la época. Durante la década de los veinte, la mayor parte de los europeos seguían contemplando Norteamérica a través de un velo de resentimiento generado por la dureza con que el Congreso insistía por entonces al tratar el tema de las deudas de guerra, por su descarado sabotaje de la Liga de Naciones, por la jactancia y la presunción con que insistía en haber ganado una guerra en la que apenas si había tomado parte. La Norteamérica de los padres fundadores, su magnífica constitución, el propio Lincoln, estaban casi olvidados durante aquellos amargos años. Era difícil que los extranjeros que volviesen la mirada hacia el Oeste llegasen a ver otra cosa que el extraño, abigarrado país del que se burlaba Mencken: la patria de Warren Gamaliel Harding y del Gabinete de la Cocina, la patria de Coolidge, con su gorro de pieles a la manera de los indios y su cuello duro, la tierra protegida por unas barreras arancelarias enloquecidamente elevadas y por unas cuotas de inmigración súbitamente contrarias al liberalismo, la tierra en que se había producido el juicio contra los Scopes, la tierra de Sacco y Vanzetti, de Aimee Semple McPherson y, a todas luces, la tierra en la que fermentaban el nacionalismo más desproporcionado y el comercialismo más ruidoso que el mundo hubiese podido conocer a lo largo de la historia. Mi padre no se quedó impertérrito ante la eflorescencia de aquellos Estados Unidos de entreguerras. Había atravesado una fase de intensa irritación por todo lo norteamericano, hacia 1919 y 1920, cuando los republicanos pusieron a caer de un burro el tratado de paz que había firmado Woodrow Wilson; revivió estos sentimientos acerca del triunfo de los aislacionistas haciendo imprimir un mapamundi truncado, en el que aparecía un solo hemisferio, en la cubierta de la última de las veintiséis entregas quincenales de *Perfil de la historia*: sobre un pie de ilustración que anunciaba a bombo y platillo «La siguiente etapa», mostraba el continente euroasiático, África y

[85] En tomo a los argumentos con los que H. G. W. respalda esta opinión, ver El mundo de William Clissold, 1926 y «Tras la democracias» 1932. un panfleto en el cual se amplía el discurso pronunciado ante los asistentes al curso de verano del Partido Liberal en aquel mismo año

Australia, con una rimbombante leyenda: LOS ESTADOS UNIDOS DEL MUNDO en gruesas letras de molde que abarcaban el espacio comprendido entre París y Pekín. Norteamérica no salía en el mapa. Se hallaba en el otro hemisferio, a la vuelta, a su aire, al margen de las cosas, es decir, allí donde el Congreso había decidido colocarla por inconfesables, injustificables motivos.

Pero a pesar de las payasadas de aquellos fanáticos de la Biblia, a pesar de los abucheos de aquella bobocracia, mi padre fue incapaz de seguir molesto con los Estados Unidos durante demasiado tiempo. Sabía que la energía creativa del país y su compromiso con los principios estatuidos por la Constitución seguían intactos, y tan pronto llegó a. Washington con objeto de cubrir periodísticamente la conferencia sobre desarme naval celebrada en 1922, pudo comprobar con sus propios ojos que allí seguía también la enorme seriedad de la nación, y que las estupideces que salían en los titulares de prensa eran meramente los signos externos de algo semejante a una crisis de adolescencia. La fase de la historia norteamericana durante la cual el sector agrícola y ganadero del país había constituido el meollo mismo de la vida de la república tocaba ya a su fin, al tiempo que el país entraba en su madurez en calidad de sociedad industrial dotada de un relevante papel internacional. Aún no estaba preparada del todo para asumir conscientemente las funciones de líder mundial, pero en tanto sociedad puntera en los terrenos de la organización industrial y de las aplicaciones de las innovaciones tecnológicas ya empezaba a moldear el curso futuro de la historia social con la misma eficacia con que lo había moldeado en los tiempos en que las ideas que tan clara expresión tuvieron en la literatura de la revolución, hasta el punto de recorrer el mundo entero para poner punto final a una época y dictar el tono de la época siguiente.

Mi padre adoptó el punto de vista, y yo creo que con acierto y corrección, de que una república industrializada, como eran los Estados Unidos, iba a constituir un factor decisivo en la promoción del progreso social, muchísimo más de lo que había sido cuando su influencia fue predominantemente ideológica. La lógica del desarrollo industrial, en un país que había padecido una perenne escasez de mano de obra, daba al traste con el proletariado que predicaba el dogma marxista. Una sociedad plenamente industrializada, y dependiente, en lo tocante a su prosperidad, del uso que se diera a las máquinas y del suministro energético, de ninguna manera podía permitirse el lujo de contar con una clase social inferior, asaeteada por la pobreza, compuesta además por analfabetos y retrasados mentales. Era por sí mismo evidente que los hombres y las mujeres que hubiesen padecido hambre y miseria en su infancia y su juventud de ninguna manera podían ser los contribuyentes, ni mucho menos los productores o los consumidores de una riqueza común. De hecho, el sentido común había llevado las inversiones norteamericanas a apostar por el progreso social. Su necesidad de trabajadores a los que valiese la pena contratar entrañaba la idea misma de contar con una población educada, para lo cual la educación debía ser gratuita, exactamente igual que su necesidad de clientes subrayaba la

importancia de que los salarios estuviesen muy por encima de una simple paga de subsistencia. A pesar de la reputación de maligno que tenía el empresario norteamericano, fue precisamente en sus talleres y en sus factorías donde se aprendieron todas estas lecciones, así como otra muy simple: que una jornada de muchas horas, en condiciones precarias, era menos beneficiosa para todos los implicados que una jornada relativamente más breve y que tuviese lugar en plantas industriales limpias, bien iluminadas y bien ventiladas. Algunos de los negocios norteamericanos no empezaron bien, y siguieron yendo relativamente mal al menos sectorialmente, con el respaldo de la tradición local de la resistencia a la regulación y al control, pero a comienzos de este siglo, tal como lo entendía mi padre, la tendencia a nivel nacional era la huida de la explotación y la aproximación a una sociedad regida por una comunidad de intereses. A él le parecía que el primer gran logro social de la república, la destrucción de la estructura social que reconoce implícitamente una división fundamental entre sus diversas categorías, es decir, entre los que gobiernan y los que son gobernados, empezaba a tener continuidad en otro logro, en el cual las barreras entre empresarios y trabajadores empezaban a resquebrajarse y a desmoronarse.

Cuando mi padre vio por vez primera esta sociedad nacida a raíz de la Revolución norteamericana, en 1906, le impresionó el grado extremo hasta el cual estaba amenazada por la codicia de la clase empresarial, por una parte, y por el influjo de proletarios europeos por la otra. Intuyó que por Ellis Island entraba en Estados Unidos una clase inferior cuyo futuro habría de ser desastroso, y empezó a temerse lo peor. Sin embargo, a lo largo de los años terminó por reconocer la fuerza de que había dotado a la sociedad la carne y la sangre de la Constitución y del Tribunal Supremo, así como el apasionado deseo de norteamericanización que poseía a la inmensa mayoría de la masa inmigrante. Los componentes de esta masa habían acudido a los Estados Unidos, según se dio cuenta, no solamente a ganar dinero, sino más aún con la intención de convertirse en miembros de una sociedad libre y racionalmente gobernada. Que la Norteamérica de Harding, de Coolidge y de Hoover se quedara muy corta respecto de sus ideales, y considerablemente mucho más corta respecto de los ideales nativos, era algo que carecía de relevancia para el caso. Por defectuosa que pudiera ser la coyuntura del momento, las aspiraciones proclamadas en los documentos que constituían la carta fundacional de la república siguieron siendo a todos los efectos sus metas. Se trataba de una sociedad comprometida. Y entre 1931 y 1933, a medida que se tambaleaba por efecto del impacto sufrido a causa de un desastre económico que condujo a toda clase de inevitables golpes de estado y de dictaduras militares en diversos países europeos, Estados Unidos se mantuvo fiel a sus principios elementales. La respuesta norteamericana ante las mismas condiciones que en Alemania dieron a Hitler el poder fue, ni más ni menos, Franklin Delano Roosevelt y la política del New Deal. La respuesta personal de mi padre ante el curso de los acontecimientos, ante la situación propia de aquellos años, fue un intento por utilizar su posición de publicista dotado de un público internacional para contrarrestar la deriva tanto de la derecha como de la izquierda hacia un totalitarismo sumamente simplista.

Esta actitud refleja su creencia de que la vida de una sociedad libre depende casi por entero de un continuado debate acerca de sus principios, sus metas inmediatas y sus objetivos a la larga. A principios de 1932 tomó asiento ante la mesa de trabajo que tenía en casa de Odette Keun, en las afueras de Grasse, para redactar un memorándum en el cual quiso definir los términos de lo que en su opinión podría ser un consenso liberal viable que bien podrían suscribir todos aquellos que creyeran en el concepto de una sociedad libre. Perfilaba en líneas muy generales un ideal social alternativo al que habían propuesto los totalitarios, aparte de sugerir la vía que podría conducir a él sobre la base de una expansión progresiva del sector público en la industria y las finanzas, la creación de un sistema monetario internacional, el control internacional del tráfico de armas, un programa global de educación, la adopción de una declaración universal de derechos en la cual se garantizasen la libertad de opinión, de información, de publicación y de radicación. Cuando hubo elaborado esta sinopsis positiva de todo aquello de lo que estaba a favor -creyó que esta opción resultaría mucho más útil que una proclama puramente negativa de su hostilidad hacia el fascismo-, hizo que circulara este borrador, enviándolo a un número muy considerable de figuras de relevancia pública, tanto en Europa como en los Estados Unidos, que en su opinión tenían una influencia incluso más abrumadora que la suya propia. Confiaba dar pie de esta forma a una discusión internacional de los principios democráticos, de la cual probablemente surgiría un terreno común de rasgos antifascistas. En este sentido, y al menos por el momento, se llevó una decepción. No obtuvo la respuesta que esperaba; no comenzó ningún debate generalizado. Entendió, aunque demasiado tarde, que su planteamiento había sido erróneo. Había subrayado lo positivo hasta tal extremo que virtualmente excluyó lo negativo. Las recetas propuestas en su borrador daban a entender que su actitud era bastante lejana de la realidad, por ignorar en concreto la contundente realidad de la amenaza fascista. No era ése el caso. Como de costumbre, había optado por un planteamiento a largo plazo. Había entendido con acierto que el fascismo era un mero episodio, y un episodio menor, en la época de problemas por la que habría de atravesar el mundo antes de que un nuevo orden mundial de concepciones más sólidas pudiera gozar de carta de naturaleza a partir, se entiende, del desmoronamiento del antiguo orden de estados nacionales. Tuvo la impresión de que el asunto más acuciante, de cara al futuro, era convencer a la mayor parte de la humanidad de que estaba en sus manos cambiar nada menos que el curso de la historia, y limitar la extensión y la duración de los serios problemas que se avecinaban, siempre y cuando se trabajase en pro de una serie de objetivos concretos. Tenía la vista fija en el horizonte; miraba mucho más allá de la pugna contra las dictaduras nacionalistas que entonces empezaba a fraguarse, y entendía que la verdadera cuestión de la época terminaría por resumirse en un dilema entre el modelo ruso y el modelo norteamericano.

Hay quienes atribuyen la configuración del pensamiento de mi padre a lo largo de la década de los treinta al hecho de que se hallase «aislado del impacto que produjo la depresión» precisamente por su riqueza y por

su aislamiento en Provenza. De haber estado más cerca del meollo de las cosas, según se me ha comentado alguna vez, se habría dado cuenta de que el hundimiento del mercado de valores en 1929 había acabado con su sueño tanto del futuro de Norteamérica como de un proceso evolutivo mediante el cual las grandes

corporaciones crecerían mucho más que los estados nacionales en los que habían nacido, para convertirse en instituciones multinacionales dotadas del poder suficiente para erosionar las soberanías y así, mediante la creación de una comunidad económica global, sentar los cimientos de un estado mundial. Por haber estado «metido hasta las cejas en la vida social de los acaudalados y listísimos habitantes de la Riviera», se le había pasado por alto que la depresión había dado al traste con los meganegocios que él, con suma inocencia, había tomado erróneamente por la oleada del futuro. Hoy se dice incluso con menos placer que fue precisamente la vanidad de mi padre lo único que le evitó el abrazar la causa del totalitarismo a comienzos de los treinta. Se suele alegar que tenía una afinidad natural tanto con el comunismo como con los fascistas, y si logro entender a estos críticos en su justo punto, su creencia es que se habría arrojado de lleno en brazos de unos o de otros si no hubiese sido por su engreída convicción de que debieran haber sido ellos los que acudiesen a cortejarle, y de ninguna manera al revés. A partir de ahí, el siguiente paso era indicar que, en tanto autor de The Shape of Things to Come (*El perfil del porvenir*), mi padre fue uno de los creadores del espíritu de Munich. Según esta tesis, la fantasía en cuestión, que vio por vez primera la luz en 1933 y que muy poco después dio pie a una película en la cual participó activa y cautivadamente mi padre, tiene que ser considerada como uno de los múltiples factores que generaron un nutrido apoyo público a la política de apaciguamiento, precisamente por contener imágenes de un masivo ataque aéreo sobre Londres, que astutamente tendría lugar, en la ficción, en 1940. Lo cierto es que el libro, al igual que la película, tiene el carácter de uno de aquellos espantosos anuncios que a mi padre tanto le agradaba lanzar. El mensaje que expresa muy a las claras puede resumirse en un simple grito de «¡Cuidado! Así estarán las cosas, y así habremos de vernos, si no adoptamos ahora una actitud tajantemente contraria al fascismo». Se ha comentado que la película tiene su origen en una intención antibelicista, pero lo cierto es que una cosa así es lo último que habría podido producir mi padre por aquel entonces. Sentía en aquella época una particular impaciencia y una especial aversión frente a la causa del pacifismo, ya que a cada día que pasaba se le hacía más evidente la necesidad de combatir, de derrotar a las potencias fascistas. Era partidario de adoptar una actitud firme y contraria al fascismo, y estaba convencido de que la guerra iba a librarse antes o después, ya que las sociedades libres podrían terminar por ser imposibles de distinguir de las sociedades totalitarias caso de verse involucradas en los rigores de una guerra desesperada por su propia supervivencia. A pesar de la claridad de sus intenciones, los que le critican en este sentido defienden que su deseo era ver al mundo entero lanzado a una larga y destructiva guerra, postrado durante una prolongada etapa de anarquía, de la cual habría de surgir una tiranía puritana de tecnócratas y científicos, porque estaba furioso dado que

nadie había prestado oídos a sus propias prédicas. La tesis que se sostiene es que escribió El perfil del porvenir para castigar a su época por haberle hecho sentirse fútil e insignificante.

Ahora bien, es muy raro que fuese precisamente entonces, en 1933, cuando publicó el volumen más didáctico y, desde el punto de vista de la literatura, el de menos éxito de todos los suyos; este volumen, además, desempeñó un malhadado papel. En 1932, mientras hacía circular aquel desafortunado borrador en el que tomaba postura y esbozaba su concepción de los puntos que debiera contener una declaración de principios antifascistas que fuese íntegramente viable, un editor berlinés decidió publicar una traducción de aquella novela suya de 1914, hacía tanto tiempo postergada y condenada al olvido, titulada *El mundo en libertad*. No es que esta exhumación hiciera llegar la sangre al río, pero un año después un ejemplar cayó en manos de Leo Szilard, un físico cada vez más prominente. No hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de que, teóricamente, una reacción en cadena que liberase la energía encerrada en el núcleo del átomo era algo que podía lograrse en la práctica; entre 1932 y 1933 había ideado un procedimiento que sería incluso posible patentar. En consecuencia, le dejó de una pieza el primer capítulo del libro, en el cual se presentaba a un joven físico llamado Holsten, cuyos trabajos estaban encaminados en esta misma dirección... en el año 1933. Mientras a Szilard le colmó de placer este presagio favorable a sus intereses, le impresionó de forma muchísimo más seria la descripción que ofrecía mi padre de las secuelas de su descubrimiento. El físico de la ficción era un científico de la vieja escuela, convencido de que la publicación abierta de sus resultados era un deber que había contraído con la comunidad científica; había publicado, pues, de acuerdo con sus convicciones, sus hallazgos, y esa publicación había desembocado en una guerra atómica de proporciones mundiales, vividamente descrita, por cierto. Szilard consideró estas posibilidades a la luz de lo que por entonces acontecía en Alemania, y cuando por fin se vio en condiciones de patentar su invento, ya tenía preparado un plan. «*A sabiendas de lo que esto iba a significar* — escribió tiempo después — , *y conste que lo sabía por haber leído a H. G. Wells, no quise que esta patente se hiciese pública. Y la única forma de impedir que se hiciese pública fue, evidentemente, asignarla al Gobierno. Así pues, la asigné al Almirantazgo Británico.*»

Lógicamente, es posible que haya quien aún sea capaz de creer que el mundo sería hoy en día poco más o menos tal y como es si la máquina de guerra fascista hubiese podido equiparse de un armamento atómico antes de ponerse en movimiento; probablemente haya quien califique esta hipótesis de trivialidad irrelevante. Yo, personalmente, no soy capaz, y teniendo muy en cuenta un comentario de Speer, según el cual los nazis habían estado demasiado ajetreados con su propia guerra como para mostrar al mundo hasta qué malvados extremos estaban dispuestos a llegar, me siento sin ninguna duda muy alegre de que mi padre hubiese escrito El mundo en libertad y de que un ejemplar cayera en manos de Szilard en aquella particular coyuntura.

Sin embargo, no contamos únicamente con este extraordinario golpe de fortuna a la hora de justificar tanto la convicción que tenía mi padre de ser un hombre útil e influyente, como su obstinada insistencia en escribir un libro de cuño muy personal, dentro de lo funcional en términos sociales y de lo estéticamente irreprochable. Tiene derecho a gozar de no poca importancia en calidad de individuo que desde 1914 y en lo sucesivo predicó la doctrina de lo deseable y lo viable, de la cual resultaría la creación de un mundo de dimensiones supranacionales, detalladamente, ante una masa de votantes cada vez mayor. Se ha dicho en más de una ocasión que su implacable defensa de esta causa le costó la mayor parte de la posición de la que gozaba ante el público en general, y no ya sólo ante los intelectuales de izquierda, a mediados de los años treinta. Suele decirse que su persistencia en seguir tocando el mismo sonsonete a esas alturas había obligado a la mayoría de las personas que lo conocían a tildarlo de anciano prematuramente envejecido, que se había quedado sin ideas frescas; esta sensación nos transmite también la que era por entonces opinión de recibo en el mundillo literario, aun cuando en realidad pase por alto el hecho de que la mayor parte de la humanidad toda ignora a su vez los valores literarios cuando se trata de considerar una serie de ideas. Aun cuando sin ningún lugar a dudas mi padre estuviese aburriendo soberanamente a la minoría, estaba haciendo tanto como el que más para forjar el clima de opinión, en el seno de la inmensa mayoría, necesario para propiciar la creación de las Naciones Unidas y el establecimiento de la Comunidad Económica Europea en tanto parte inevitable y consustancial del proceso de paz que habría de llevarse a cabo una vez concluida la Segunda Guerra Mundial. Quienes creen, como es mi propio caso, que estas instituciones se cuentan entre las más prometedoras de cuantas creaciones sociopolíticas ha logrado la humanidad a lo largo de toda su historia, encontrarán difícil de aceptar la idea de que mi padre fue un artista manqué que echó a perder su tiempo y que disminuyó su talla intelectual por estar empeñado en faenar, durante el último tercio de su vida, en este particular terreno.

Pero al margen de lo extenso o reducido que hubiese sido su público durante aquellos años, no existe ni la más remota sensación de que sus reacciones fuesen cada vez más lentas, ni de que se debilitase a ojos vista, al menos en la actividad más característicamente wellsiana que le ocupó a comienzos de los años treinta, un texto del que con justicia iba a extraer el climax de su autobiografía. En ese libro, que es a medias novela y a medias lo que proclama su título, se propuso describir las aventuras mentales de un hombre nacido en el seno de la oscuridad provinciana, en 1866, y que vivió en su propia carne la apasionante experiencia de abrirse a la mentalidad moderna. Comienza con una descripción de la humildísima casa en que nació, siendo el último e indeseado hijo de una pareja de criados que habían terminado por instalar un negocio de tenderos, y concluye con una alborozada celebración de su llegada al auténtico corazón de las cosas. Ello le supone un problema. ¿Cómo podrá convencer a sus lectores de que realmente ha alcanzado una esfera más amplia?

Peca de algo más que de una absoluta ingenuidad cuando le llega el momento de presentar su solución, y sugiere que lo más notorio que le fue dado hacer fue precisamente producto de un capricho: «*Durante la primavera de 1934*[86] *se me metió en la cabeza la idea de comparar al presidente Franklin Roosevelt y al señor Stalin...*» Tras tomar la decisión de establecer dicha comparación, mi padre acudió a visitar al presidente de los Estados Unidos en mayo y al jefe del estado ruso en julio.

La versión que aduce mi padre de este episodio es un texto muy compacto y habilidoso: en muy pocas páginas reproduce una serie de impresiones, como si dijéramos grabadas al aguafuerte, de la riquísima diversidad de opinión que encontró en Estados Unidos, de la apertura de sus expresiones, de la receptividad propia de aquella sociedad. Trata con brillantez la diversidad de estilos presidenciales que ha notado en los cuatro hombres que, en diversos momentos, le recibieron en la Casa Blanca: Theodore Roosevelt, Harding, Hoover y Franklin Delano Roosevelt. Respecto del poder efectivo de este último había albergado serias dudas cuando llegó el momento de su elección, pero al conocerle personalmente, al conocer a aquel hombre cuya curiosidad era insaciable, cuya prontitud de ingenio era notabilísima, al igual que su inteligencia siempre alerta, quedó enteramente convencido por él, así como por el espíritu de su administración presidencial. Contrasta la flexibilidad y la apertura del régimen, el crecimiento continuo de la mentalidad de este líder, con la rigidez del conformismo que regía los destinos de Rusia, siendo dicho conformismo más mortuorio en el Kremlin que en ninguna otra parte. Las páginas más eficaces de las que dedica en efecto a Rusia son aquellas en las que pinta el espantoso deterioro que se había apoderado de Gorki después de su regreso de Italia. Mi padre lo encontró en un estado lamentable. Todas aquellas esperanzas con las que había regresado a su patria en 1928 habían dado pie a amargas decepciones, y su postura había terminado por ser de una ambigüedad asquerosa. Se le tenía de continuo por escritor favorito de Stalin; se le consideraba el héroe cultural del régimen. Pero aun cuando se pusiera su nombre a las calles, las avenidas, las plazas, las escuelas primarias, los hospitales, las urbanizaciones e incluso a ciudades enteras, por todos los rincones de Rusia, vivía aprisionado por el miedo, vivía precariamente asentado sobre el filo de la navaja, entre el favor y la desaprobación, sin atreverse ya a decir ni palabra en ninguna de las lenguas extranjeras que con tanta facilidad hablaba anteriormente, por miedo de dar color a la acusación de que seguía coqueteando con la burguesía internacional. No se trataba tan sólo de que tuviese miedo, sino que además renegaba constantemente, a través de aquellos intérpretes de lengua plomífera, que filtraban todos sus pronunciamientos: renegaba precisamente de aquellas ideas de libertad personal e intelectual en las cuales había creído apasionadamente con anterioridad.

Estas páginas resultan conmovedoras, por ser el lamento de mi padre por un amigo perdido, pero son también fuente de agitación, por ser

[86] Autobiografía, H. G. W., capítulo 9, secc. 9

el pronunciamiento de un hombre orgulloso de su libertad, en el cual condena sin paliativos la tierra baldía de los miedos y los sicofantes en que se había convertido el país de la revolución bajo el mando de Stalin. Cuando se para a comparar lo que había visto en la Rusia de 1934 con lo que había visto en aquel país arrasado por el hambre, que había visitado en tiempos de Lenin, no le queda otro remedio que reconocer la realidad de los logros obtenidos en los años de Stalin. Pero a la luz de lo que había hecho en Gorki el vivir a la fría sombra del georgiano, a la luz de lo que se podía ver que había hecho en toda una generación de jóvenes intelectuales y académicos, únicamente podía visualizar el régimen como un aparato desprovisto de alegrías, en el cual ni siquiera existía la más remota promesa de un futuro siquiera tolerable. Cuando hubo hablado

con Stalin, le dijo, sin pelos en la lengua, qué enseñanzas había extraído de aquellos dos encuentros. Tuvo razón en 1926. Y fue a la postre la administración de Roosevelt la que le proporcionó la visión de lo que era y de lo que debía ser un gobierno verdaderamente moderno en acción. El futuro se encontraba allá, en Washington. La vía rusa había desembocado en un callejón sin salida.

Las cáusticas páginas que cierran la autobiografía de mi padre tienen su correlato y respaldo en las actas taquigráficas de su diálogo con Stalin. En esta ocasión no cabe ninguna duda de lo que se dijo. Todo lo que dijeron un hombre y el otro quedó registrado en el acto por un tal camarada Umanski, del Ministerio Soviético de Exteriores. Tuvo que estar presente en calidad de intérprete ya que, al contrario que Lenin, Stalin no hablaba inglés. A pesar de esta dificultad de orden lingüístico, el encuentro no tuvo ni por asomo ese aspecto de cortés rechazo que suelen dar los hombres de poder a ciertas celebridades más o menos irrelevantes, pero en todo caso inevitables, que consiguen hacerse un hueco en sus apretadas agendas de trabajo. Mi padre entró en el Kremlin esperándose a medias un tratamiento por el estilo, convencido de que bastante suerte tendría siempre que pudiese pasar una media hora con el gran hombre. Sin embargo, cuando le dio a entender que estaba abusando de su tiempo, a los cuarenta minutos de entrevista, Stalin le dijo que aún disponía de dos horas y veinte minutos más. Mi padre hizo un uso completo de esta generosa concesión, en lo cual, creo yo, manifestó un valor considerable. No es que estuviese en ninguna clase de peligro físico, por descontado, al hallarse cara a cara con el tirano, pero cuando llega la hora de la verdad no es fácil hablar libre, confiadamente, con un hombre poderoso y sanguinario. Mientras Stalin permaneció sentado con él, impasible, jugueteando con una de sus famosas pipas, mi padre hizo acopio de todo su valor para hacer lo que tenía que hacer, y así lo hizo. Le dijo a Stalin que debería abandonar, por el bien de la humanidad entera, dos de sus estatregias políticas: el anegamiento de toda la disensión y la institucionalización de la lucha de clases. Le dijo a Stalin que, a esas alturas, una y otra ya habían producido en Rusia daños de alarmantes dimensiones, y que dichos daños llegarían a ser irreparables siempre que dichas estrategias políticas se llevasen a sus últimas consecuencias. No se trataba meramente de una cuestión de pérdidas y de miseria, que padecía en carne propia el pueblo ruso, por más apabullante que resultase ese

aspecto; se trataba, más en serio, del efecto que las brutalidades que iban inseparablemente a la par de la ejecución de estas estrategias políticas estaban teniendo sobre la opinión pública del mundo entero, y muy en particular en los Estados Unidos. Este último punto era de crucial importancia respecto de los intereses de la humanidad, toda vez que los Estados Unidos y la Unión Soviética, por ser una la principal potencia industrial del mundo y otra su único equivalente potencial, eran naciones claramente destinadas a surgir en calidad de superpotencias a lo largo de los próximos veinte o treinta años. En ese lapso de tiempo, ambas se fortalecerían notablemente, tanto en el plano económico como en el plano militar, muchísimo más que cualesquiera otras naciones europeas o asiáticas que dentro del antiguo orden fueron reconocidas como potencias. En tanto en cuanto ambas naciones estuviesen dedicadas por entero a idénticos objetivos a largo plazo —eliminar la ignorancia, las carencias y las injusticias del seno de sus respectivas sociedades — , y comoquiera que los medios elegidos para la consecución de esa finalidad común, que podrían resumirse en la industrialización, contaban con una lógica social propia que evidentemente los empujaba en una misma dirección, no debería interponerse ningún obstáculo que impidiera el hecho de que fuesen aliadas y colaboradoras. Pronto se hallarían en una posición que les permitiría sacar el máximo partido de una oportunidad única en la historia, siempre y cuando estuviesen dispuestas a reconocer los puntos en común, siempre y cuando se propusieran la convergencia y no la confrontación. Toda vez que se hubiesen disuelto los obstáculos que pudieran entorpecer su cooperación, en manos de estas dos naciones estaría el sentar los cimientos de una comunidad global de intereses, en la cual cabría esperar la desaparición paulatina de las divisiones nacionales y las antiguas enemistades e inquinas. Podrían establecer algo que, tras un proceso de evolución natural, seguramente podría convertirse en un estado mundial cuando llegase el debido momento. Si esta oportunidad se echase a perder a causa de que la cúpula soviética se mostrase excesivamente rígida a la hora de dar los pasos necesarios de cara a dicha convergencia, sería una auténtica tragedia. Los Estados Unidos ya habían mostrado cuál era el camino que se debía emprender. Ya no se trataba de una sociedad capitalista en el antiguo sentido del término. Las acciones emprendidas por la administración Roosevelt, así como el solidario y masivo apoyo que le había dado el público norteamericano, manifestaban a las claras que la República había optado decididamente por la orquestación gubernamental de la economía. El ambiente que se respiraba en Washington ponía asimismo de manifiesto la improbabilidad de que se volviese a aquella situación en la cual el Gobierno federal era poco más que una simple cifra. Había tenido lugar una auténtica revolución. Si los rusos manifestasen su flexibilidad abandonando su hostilidad dogmática a los conceptos relativos a los derechos del individuo y la libertad intelectual, así como su terca lealtad a la ya desgastada e insostenible teoría de la lucha de clases, posiblemente podría abrirse una brillante perspectiva para toda la humanidad.

Mi padre fue desarrollando esta tesis paso a paso, y el camarada Stalin rechazó someterla a su consideración de idéntica forma, no sin

aducir cortésmente sus motivos. Confiaba mayormente en la técnica medieval del respeto a la autoridad, y solamente se refirió de manera ocasional y pasajera a sus experiencias en este mundo. En uno y otro caso, mi padre se sintió desconcertado por sus réplicas, ya que se daba el caso de que la experiencia de Stalin confirmaba invariablemente las tesis de las autoridades a las que acostumbraba apelar: Marx, Engels y Lenin. A medida que fue desarrollándose la entrevista, empezó a sospechar que ésa era con toda probabilidad la fuente de la que brotaba la fuerza de Stalin en tanto líder del partido comunista: se podía dar por hecho que nunca vendría a turbar al resto de los miembros del partido retándoles mediante ideas originales, ni tampoco requiriendo de ellos un examen, y llegado el caso un descarte, de cualquier doctrina que hubiese figurado dentro de los cánones del marxismo-leninismo. Sus argumentaciones eran circulares. El anegamiento de todo brote de disensión, por ejemplo, no podía hacer ningún daño en Rusia, ya que lo que se pretendía —y se estaba logrando— asfixiar era precisamente la crítica del marxismo-leninismo. que lógicamente era producto de una mentalidad absolutamente subjetiva y mediatizada. La crítica y el debate, por supuesto, eran necesarios, pero de ninguna manera era deseable la reafirmación de errores ya contrastados. Sí que se necesitaba en cambio una crítica marxista-leninista objetiva, fundada en las tesis adecuadas. Tales críticas solamente podían proceder del seno mismo del partido. De igual forma, era imposible que la lucha de clases produjese ningún daño en Rusia, y mucho menos un daño irreparable, por cuanto que sus únicas víctimas serían los instrumentos y los agentes de la burguesía internacional, enemigos declarados del pueblo ruso. Mi padre cometió un craso error al decir que la mayoría de sus víctimas pertenecían a una serie de categorías sociales de las que Rusia tenía una especial necesidad, siempre y cuando se pretendiera cumplir las normas de los planes quinquenales; de esto Stalin tenía que estar seguro, porque había descubierto que tales personas, científicos, ingenieros, especialistas de todo tipo, miembros de la llamada intelligentsia técnica, se habían contado entre los más tercos miembros de la oposición a la reconstrucción socialista. Los empleados y los asalariados, en su mayor parte, de ninguna manera constituían una clase social, pues eran simplemente los que carecían de intereses en la propiedad, y eran por fuerza enemigos de la clase obrera. En cuanto a la cooperación con los Estados Unidos, para la Unión Soviética no era viable, ni imaginable siquiera, ningún compromiso, ningún acuerdo de trabajo común con las plutocracias y las llamadas democracias de Occidente. Para él seguirían siendo lo que eran hasta que se hubiese abolido la propiedad privada. La propiedad privada era equivalente del control, y mientras los capitalistas siguiesen siendo los propietarios de los medios de producción en los Estados Unidos era inviable hablar de un terreno común que pudiesen compartir su país y los Estados Unidos. El «New Deal» de Roosevelt era un fraude destinado a poner orejeras a las masas explotadas, a los proletarios norteamericanos, carentes de los derechos más elementales. Cuando los Estados Unidos hubiesen atravesado el proceso revolucionario, que por fuerza implicaba una absoluta expropiación de la clase capitalista, solamente entonces existiría la perspectiva de la convergencia y la colaboración.

Mi padre extrajo de ese encuentro una serie de sentimientos encontrados. Había deseado ardientemente que se le dijese que su sueño de un acercamiento ruso-norteamericano era en el fondo algo más que un simple sueño, pero siempre había sabido, en lo más hondo de su corazón, que el compromiso que mantendría la cúpula soviética con las esterilidades de los dogmas marxistas descartaban dicha posibilidad. Le tuvo que resultar una amarga decepción ver sus temores confirmados de forma concluyente por el hombre que con más autoridad podía pronunciarse sobre dicha cuestión. Ahora bien, el resultado negativo del encuentro no fue fútil. La propuesta de mi padre, relativa a ese acercamiento ruso-norteamericano, había sido rechazada sin ambages. Pudo cuando menos sentir una cierta admiración por la honestidad y la sinceridad con que Stalin había hecho reventar la idea. Y esto tuvo cierta importancia, dado que los partidos de izquierda que sobrevivían en algunas democracias europeas y en el resto del mundo seguían engañándose, abrazados a la idea de que la Unión Soviética seguía estando en lo esencial de su parte. Al proponer la cuestión de una alianza con los norteamericanos al líder soviético, mi padre pudo persuadirle para que revelase hasta qué extremo era tal idea un engaño. El estado soviético estaba interesado únicamente en la supervivencia del comunismo soviético, y nada más. El precio del apoyo soviético a la causa común contra la amenaza del fascismo tendría que ser el abandono de todo lo que semejase, aunque fuera de lejos, el concepto de una sociedad abierta, así como un compromiso irreversible para con la versión soviética del totalitarismo. Como quiera que no era ésta la idea que estaban dando los portavoces de los partidos comunistas de otros países que no fueran la Unión Soviética, como quiera que no era esto lo que entendían los partidos de izquierda y de centro izquierda, la cándida afirmación de Stalin tuvo un indiscutible valor.

Que mi padre sintiese la obligación de darla a conocer al público en general tan pronto como le fuese posible le llevó a disponer la publicación de la transcripción oficial rusa en el que por entonces era aún un semanario de política y literatura de una considerable reputación, el New Statesman, nada más salir de Rusia. Una vez realizada esta operación no sólo no volvió directamente a Inglaterra, sino que se desvió de su camino con objeto de pasar un mes en Estonia en compañía de Moura Budberg.

Por una serie de razones que habré de explicar más adelante, mi padre pensó que eran muy escasas sus esperanzas de disfrutar de este encuentro. En consecuencia, se alegró, y mucho, de dejar zanjado el asunto de la publicación en el New Statesman antes incluso de encaminar sus pasos a Tallin. Al margen de lo que allí estuviera esperándole, todavía sintió renovadas ganas de asistir al debate sobre una serie de cuestiones esenciales que iban a dirimirse a raíz de la publicación de su entrevista. Si efectivamente se publicase, dicho con palabras del propio Stalin, no había nada que esperar de los rusos, ya que quienes todavía deseasen seguir viviendo en una sociedad libre tendrían que darse cuenta de que había llegado definitivamente el momento de prepararse a luchar organizadamente en contra del fascismo. No existía ni una sola posibilidad

de salir victorioso de ese combate si no se entendía previamente por qué se iba a combatir. Esta vez iba a presentar al público algo que, al contrario de lo ocurrido con su memorándum previo, nadie iba a poder permitirse el lujo de ignorar; era harto probable que de todo ello surgiese un conjunto plausible de objetivos de guerra. Con estas expectativas en mente, mi padre iba a llevarse una cruel decepción, y nada menos que porque el director en funciones del New Statesman era Kingsley Martin.

No sería hacerle justicia a este característico intelectual inglés de izquierdas si se le describiese como uno de esos compañeros de viaje, de clase media, cuya más sincera esperanza era la de estar en todo momento en condiciones de proseguir el viaje sin llegar nunca a su destino. Aunque no tuviera ningún principio propio, su conducta se derivó del hecho de ser, por temperamento y por costumbre, un hombre de la oposición, habituado a ir a la contra. Se habría mostrado contrario a cualquier organización, sin pararse a pensar en sus complejidades y matices políticos; a lo largo de los años treinta siempre se mostró incuestionablemente prosoviético, no tanto porque creyera a ciegas en el marxismo, cuanto porque entendía que abrazar la causa soviética era la mejor manera de buscarles las cosquillas a los miembros de una clase en el poder eminentemente antisoviética. Se sintió azorado al leer el manuscrito de la transcripción de la entrevista, ya que había sido uno de los más batalladores de cuantas personalidades abogaron por una política proclive a cerrar filas junto a Stalin en tanto única manera de contestar a la inminente amenaza del fascismo. En sus manos habría estado el solicitar a mi padre que se tomara la molestia de intentar publicar la transcripción en cualquier otro medio, pero ello habría supuesto una afrenta a su conciencia, que no era otra que la del periodista comprometido. Cuando presentó su candidatura a la dirección del New Statesman se había propuesto cimentar y ampliar su reducidísima divulgación; de sobra sabía que «Wells Talks with Stalin» («Entrevista de Wells con Stalin») bastaría para vender muchos más ejemplares. Sin embargo, no le hizo ninguna gracia aquello que empezaba a verse forzado a hacer. Su solución al problema estuvo a la altura del ramalazo traicionero que siempre fue uno de los rasgos más notables de su postura: nada le divertía tanto como dar pie a que un amigo se sintiera confiado al tiempo que se disponía a hacerle alguna trastada por la espalda. Mientras dijo a mi padre lo contento que estaba de poder publicar el texto de la entrevista, aparte de subrayarle que iba a tratarse de algo ciertamente grandioso para la revista, dispuso a la chita callando que George Bernard Shaw escribiese un comentario sobre la discusión, el cual habría de aparecer en el número siguiente[87].

Aun cuando Kingsley Martin fuese un hombre rematadamente bobo, estaba muy lejos de ser totalmente estúpido. Sabía perfectamente qué estaba haciendo al delinear semejante plan. Había entendido bien cuál era la relación existente entre Shaw y mi padre desde que lo viera hacer unas

[87] La entrevista apareció en el New Statesman del 10 de noviembre de 1934; el comentario de Shaw el 17 de noviembre de 1934

cuantas payasadas en el funeral de Jane. Se trataba de una relación mucho más destacable entre adolescentes que entre personas adultas, aun cuando no tenga que ser más común: se trata de esa relación que suele darse entre el más abusón de la clase y su víctima preferida. Muy al comienzo de su trato, que se había iniciado en la última década del pasado siglo, Shaw había descubierto un subdito ideal en la persona de mi padre. Se dio cuenta de que iba a tener que lidiar con un hombre capaz de sentirse herido en lo más hondo por todo aquel que se le riese a la cara cuando él intentase decir o hacer algo en serio. Shaw era por su propia naturaleza un hombre de una fría crueldad, y tan pronto se dio cuenta de cómo podía hacer daño a mi padre, lo cultivó para que le permitiese darse semejante placer. A menudo llegaba incluso a extremos extravagantes, con tal de satisfacer ese apetito. Por ejemplo, nada más tener conocimiento de la primera de las entregas quincenales en que apareció originalmente Perfil de la historia, se dio cuenta de hasta qué punto se había volcado mi padre en el proyecto. A las pocas horas de haber recibido esa primera entrega, el texto estaba ya en el correo, destinado por supuesto a mi padre y plagado de comentarios despectivos y de molestos dibujos que parodiaban las ilustraciones. A algunos de los veintiséis números restantes les dio un tratamiento similar y también se los envió por correo. Aunque algunos de los chistes y las chacotas de Shaw fuesen innegablemente graciosos, el efecto que tuvo este sostenido ejercicio de maliciosa burla sigue resultando estremecedor, y no sólo porque se llevase a cabo encubierto por la máscara de la amistad.

Esa misma apremiante necesidad de hacer todo cuanto estuviera en su mano por destruir la confianza que uno de sus semejantes pudiese tener en si mismo es la que trasluce en las cartas que Shaw escribió a mi padre a finales de 1906 y comienzos de 1907. Están escritas so pretexto de un amigo que se ofrece, como si dijéramos, en cuerpo y alma a un hombre que ha asumido una tarea monumental para la cual de ninguna manera está preparado; le ofrece, de hecho, que se beneficie de su sabiduría y su enorme experiencia. Por entonces mi padre había empezado a disputar a los Webb el liderazgo dentro de la Sociedad Fabiana, y se hallaba necesitado de poner de su parte al menos un cierto número de compromisarios. Shaw, quien en realidad apoyó los esfuerzos de los Webb por mantener la sociedad tal como estaba hasta entonces, le ofreció sus consejos de cara a la orquestación de su campaña, aparte de hacerle diversas sugerencias respecto de cuál debiera ser su conducta de orador en público. Tenía que reconocer un hecho evidente, y es que no podía decirse que fuese un brillante orador. Tenía que tener muy presente que su voz, bastante delgada, tenía una acusada tendencia a resultar chillona siempre que desease expresarse con una mínima contundencia. Por otra parte, tenía que renunciar a murmullar, tal como era su costumbre. Además, no le quedaba más remedio que renunciar a algunos de sus vicios de estación de ferrocarril, ya que solamente conseguiría recordar a su público que en tiempos había trabajado en el mostrador de una pañería. Tenía, por ejemplo, la fea costumbre de hacer una pausa e inclinarse hacia delante, apoyando todo su peso sobre las manos, siempre que quería dar un énfasis especial a lo que fuese a decir a continuación.

Por el contrario, no se trataba de un truco tan eficaz como él pensaba. Al público se le encogían las tripas al pensar que fuese a decir: «¿Y qué más desea, señora?» Tenía que cerciorarse de no incurrir en semejante defecto nunca más.

Ablandado por este acoso psicológico tan brillantemente concebido y ejecutado, mi padre acudió a la reunión más importante de su campaña sintiéndose hecho unos zorros, inseguro, a punto de atragantarse. Pronunció una alocución desastrosa, resultando incluso tan confuso que Shaw se permitió el lujo de tomar las riendas de la reunión; los Webb fueron votados masivamente.

A mi padre le costó muchísimo tiempo averiguar si estas actuaciones de Shaw, al igual que tantas otras, obedecían simplemente a la malicia o eran acaso atribuibles a una sensibilidad defectuosa. Terminó por pensar que la primera opción estaba mucho más cerca de la verdad, sobre todo a raíz del funeral de Jane Wells. Aquella tarde en concreto, mi padre llevaba ya un peso excesivo sobre su conciencia, dado lo cual le fue muy difícil soportar toda la ceremonia ritual; las salidas de tono por parte de Shaw a punto estuvieron de acabar con su aguante. No llegó a producirse una discusión abierta, pero a partir de entonces mi padre ya nunca pudo pensar en Shaw sin detestarlo. Existiendo todo esto entre uno y otro hombre, no es de extrañar que mi padre se temiese lo peor cuando se enteró de que Kingsley Martin había invitado a Shaw a que escribiera dicho comentario sobre su entrevista con Stalin, asunto que para él estaba investido de la máxima seriedad. Cuando pudo ver lo que en efecto había escrito Shaw, estalló de cólera... y contestó por escrito, tal como Kingsley Martin esperaba, siendo aún víctima de semejante arranque de cólera incontrolada.

De esta manera, el debate en el que tantas esperanzas había cifrado mi padre, se abrió no con una consideración mínimamente razonada de las implicaciones que entrañaba todo lo que Stalin había dicho sin un ápice de ambigüedad, sino con una nueva entrega de la ya antigua y tediosa arlequinada que mantenían Shaw y Wells, en la cual mi padre estaba ya destinado a los balbuceos mientras Shaw esgrimía su cachiporra. Tan pronto pudo aplacar su cólera, mi padre cayó en la cuenta de lo que había ocurrido. Le habían engatusado, le habían llevado a renunciar a una discusión seria de las realidades del momento, relativas a la política soviética, arrastrándolo a una vulgar pelea de taberna con Shaw, en torno a su propia posición. Vamos a ver: ¿había pasado por el Kremlin al trote o había invertido un buen rato, con el debido sosiego, en compañía del gran mandatario? ¿No había sido una impertinencia incongruente exigir de Stalin que renunciase a su absurda lucha de clases? Uno de sus momentos más grandiosos, aquel en que defendió el sentido común y la humanidad toda frente a una tozudez y una crueldad rayanas en el bizantinismo más disparatado, había sido objeto de una trivialización irredimible.

Y resultó que la decepción de mi padre estuvo plenamente justificada porque Shaw había abierto el debate con un texto tan inane, tan burlesco para con su persona, que ya nadie pudo tomárselo en serio. Rápidamente se convirtió en una correspondencia interna, en la cual quedan reflejados los puntos de vista de los lectores habituales del New Statesman, y poca cosa más. Mi padre sintió un cierto alivio tras tan grande decepción cuando Kingsley Martin publicó en su totalidad, en un panfleto aparte, el texto de la entrevista, así como el comentario debido a la pluma de Shaw y las intervenciones posteriores. De todos modos, flaco consuelo pudo proporcionarle ver todo aquello publicado de manera tal que no cupiera ni la más mínima duda respecto de la duplicidad de Shaw. El panfleto no llegaría, claro está, a las manos de una gran cantidad de lectores, y el curso de los acontecimientos sólo había servido para banalizar más la cuestión. A lo largo de los años siguientes, el escenario se vio dominado por el tenebroso espectáculo que dieron los parlamentarios liberales e izquierdistas de todas las democracias supervivientes al caer uno tras otro en las cínicas añagazas de los soviéticos, encubiertas bajo el Frente Unido Contra el Fascismo. Mientras esta farsa la representaba en Occidente el Komintern, Stalin, de puertas adentro de la Unión Soviética, procedía con el nauseabundo asunto de asesinar a tres cuartos de millón de sus conciudadanos rusos so pretexto de ser enemigos de la clase y agentes de la burguesía internacional.

Poco después que Kingsley Martin hubiese logrado tamaña hazaña periodística, mi padre fue víctima de otro grupo editorial. Esta vez, el artífice de la operación fue Lady Rhondda, una mujer cuya figura era lo más parecido a un tonel que pueda imaginarse, aparte de ser propietaria y directora de Time and Tide; era una mujer extremadamente acaudalada y no menos dura, hija de un propietario de varias minas de carbón, que había ganado sus millones en la cuenca minera del valle de Rhondda. A lo largo de 1929 fue capaz de irritar sobremanera a mi padre al desempeñar, según entendimiento de mi padre, un papel demasiado activo en el empeño por convencer a mi madre para que se embarcara en una larga serie de complejos movimientos legales destinados a adjudicarse mi custodia en exclusiva, eliminándole a él de mi vida de manera poco menos que definitiva. Sintiéndose vejado por ella, se permitió un chiste algo picajoso en su siguiente libro, refiriéndose de pasada a «Wear and Tear, la revista esa de mujeres»[88]. Ello dio lugar a unas cuantas agresiones de menor cuantía por ambas partes, así como a un rápido incremento del resentimiento que ya entonces sentía Lady Rhondda por su parte. Al igual que muchas personas recias y severas, era también lenta de reflejos, y durante un tiempo mi padre pudo, gracias a su rapidez, anotarse todos los puntos en litigio. Ahora bien, al publicarse la autobiografía de mi padre descubrió que se le había brindado una inmejorable oportunidad para asestar un buen golpe. Había conocido a Odette Keun, quien por fin había

[88] La similitud entre las cabeceras de las dos publicaciones, la real y la imaginaria, es evidente; si la primera podría traducirse por «El tiempo y la corriente», la segunda equivaldría a «Usar y tirar». (N. del T.}

hecho las paces con las autoridades británicas y por fin había podido realizar un viaje a Inglaterra; no dejó pasar la ocasión de conversar con ella acerca de mi padre. Se le ocurrió la brillante idea de encargar a Odette la reseña del libro. Odette, por su parte, atrapó la ocasión al vuelo, dando un salto de alegría, pues no en vano podría dar alivio a algunos de sus sentimientos más enconados, y redactó un análisis de los defectos de mi padre en tanto escritor, tan extenso que se publicó en tres entregas semanales, en Time and Tide, durante el mes de octubre de 1934[89].

Odette, tal como era de esperar, sacó un gran partido de su libertad de pluma. Aireó todos sus motivos de queja, y no sin cierto buen hacer artístico realizó una exposición pormenorizada de las relaciones que había mantenido mi padre con su público a lo largo de los años, aunque la hiciese en términos parejos a los de la experiencia de amante que había tenido con él. Comentó que era en sus escritos igual que era en todo lo demás, es decir, como un niño con sus juguetes, como un actor que representa su papel. Nunca había llegado a comprometerse hasta el tuétano en sus escritos; nunca se había propuesto comprometerse en la vida real. Exploró todos los defectos de temperamento y de carácter que desembocaron en su «definitivo e irrevocable fracaso: no llegar a ser uno de los grandes», aparte de deplorar su autocomplacencia, su inestabilidad, su vanidad. Por si fuera poco, explicó por qué lo único que se podía dar por sentado de su persona era la decepción: según dijo, carecía de convicción en la realidad, ya fuera en la humanidad o en el individuo. Estaba encerrado por la fuerza en sí mismo, completamente al margen de lo que les sucediera a los demás.

A mi padre estas punzantes observaciones no le hicieron tanto daño como Odette pudo haber esperado, pero sí que llegó a sentirse tremendamente molesto con Lady Rhondda por haber dado su visto bueno para su publicación. Las dejó pasar encogiéndose de hombros, diciendo que había oído sobradas cosas por el estilo a lo largo del último año que pasó con Odette, y que ya se esperaba algo semejante desde su ruptura con ella. Su indiferencia no fue exactamente fruto de la afectación, e incluso fue capaz de reírse de buena gana cuando Amber Reeves[90] le comentó cómo se había representado una escena en su casita de Downshire Hill, más o menos en aquella época. Amber fue a contestar a una llamada, a la puerta, y se encontró en el umbral con una Odette que cubría su rostro con un espeso velo, dramáticamente ataviada. Resultó a la postre que iba literalmente vestida para matar. Sacó de sus entretelas un diminuto revólver bañado en plata y le sugirió que, habida cuenta de que las dos eran las mujeres a las que más groseramente había maltratado mi padre, las dos deberían acudir a su casa de Regent's Park con objeto de matarlo.

[89] Time and Tide, 13. 20 y 27 de octubre. 1934. bajo el título genérico de Wells the Placer, traducción literal de Wells le Comedien, título de Odette

[90] Comunicación oral de A. R. al autor

«Y en ese momento permitió que le arrebataras la pistola», dijo mi padre.

«¿Cómo diantre lo has adivinado?», le preguntó Amber, a lo cual mi padre contestó que no en vano conocía perfectamente a Odette.

Amber Reeves, evidentemente, no tuvo ni la menor dificultad para convencer a Odette de que desistiera de su proyecto, explicándole además que la policía británica no tenía gran conocimiento de los crímenes pasionales ni tampoco solía dejar pasar el detalle de un arma de fuego carente de licencia. La convenció para que le hiciese entrega de su elegantísima arma, y más adelante, aquel mismo día, la llevó a la comisaría de policía que había en la misma calle en que residía, contándoles que se la había encontrado mientras paseaba por Hampstead Heath. «Y pensar que ha tenido las narices de llamarme comediante...», comentó mi padre cuando Amber hubo concluido su relato de este episodio.

Ahora bien, aunque por entonces se lo tomase muy a la ligera, a Odette le devolvió el precio de la ofensa en su misma moneda, unos tres años más tarde, intercambiando una fantasía homicida por otra al hacerla morir asesinada por un proxeneta en su calidad de mujer exuberante, alrededor de la cual gira su novela, Apropos of Dolores (*Respecto a Dolores*)[91]. No obstante, él había madurado y se había suavizado, y su devolución del golpe bajo que ella le diera, al margen de cómo pudiera sentirse ella al respecto, es más genial que rencorosa.

Hay quienes insisten en decir que mi padre se pasó los doce años que le quedaban de vida, después de concluir los dos primeros volúmenes de su Experiment in Autobiography (*Experimento autobiográfico*), arrepintiéndose en vano. Se dice que terminó obsesionado por su conciencia de que aun cuando su mensaje esencial estaba cada vez más en sazón y era cada vez más apremiante, habida cuenta de los tiempos que corrían, cada vez era menor el número de sus lectores. Es imposible negar, y no hay por qué, que no disfrutó prácticamente nada de su vejez, en una época en la cual las cosas en general iban de mal en peor, a pesar de lo cual tengo para mí que el tono lúgubre de sus últimos escritos tiene un origen más inmediato, sin salimos de su experiencia personal. Su fe en la razón se vio ante un desafío de tal magnitud que se encontró en inferioridad de condiciones a la hora de afrontarlo.

He dejado dicho con anterioridad que cuando mi padre se marchó de Rusia tras haber mantenido aquella entrevista con Stalin, acudió inmediatamente a Estonia, donde iba a pasar un mes en compañía de Moura Budberg. Ella había hecho una serie de planes idílicos de cara a esta visita. Iban a pasar los dos treinta días a solas en una finca de verano, a orillas de un lago, que Moura conocía desde niña; iban a disfrutar de los tranquilos placeres de un entorno muy similar al de su

[91] Novela, H. G. W., 1935

primer encuentro, que databa de 1914. En realidad, aquel encuentro iba a tener el sabor de una confrontación en toda regla.

Moura no había acudido a Rusia con mi padre. Le había dicho, eso sí, que le sería imposible acompañarle. Le había dicho que su situación seguía siendo en lo esencial similar a la de 1920, y aun cuando su enemigo supremo, Zinóviev, estuviese por entonces en un serio aprieto, aun cuando ya no fuera de temer, aún seguía habiendo diversos apparatchiks en el NKVD que la consideraban objeto de un asunto todavía por zanjar. Si tuviese el arrojo necesario para ponerse a su alcance, fácilmente podrían detenerla en cualquier momento, para juzgarla después sumariamente, en calidad de fugitiva anteriormente condenada. Bastante suerte tendría si la enviasen derechita a un campo de trabajo; era mucho más probable que acabase, en tales circunstancias, con un balazo en la sien, tan pronto su identidad quedase al descubierto. Mi padre no puso en duda que le estaba diciendo la verdad, y, naturalmente, estuvo de acuerdo con ella en todos los respectos, sobre todo en lo tocante a su viaje a Moscú. En consecuencia, se llevó otro acompañante en aquel viaje: mi hermanastro George Philip, que no en vano sabía hablar ruso, y que contaba entonces treinta y tres años de edad.

Al llegar al país bajo la égida del Ministro de Asuntos Exteriores, Litvínov, a mi padre se le trató con toda consideración y respeto por parte de las autoridades soviéticas, tanto antes como después de su entrevista en el Kremlin. Haciendo un alarde de inteligencia, celebraron en su honor una serie de recepciones que resultaron plausiblemente literarias, informales, alegres. En estas recepciones conoció una muestra representativa de aquellos escritores nativos y de la época que se las habían arreglado para hallarse en buena consideración, dentro de lo que cabe, respecto de la maquinaria soviética, sin dejar de cultivar sus respectivas producciones literarias. En dicha muestra se contaba un número considerable de hombres y mujeres que no titubearon ni un minuto cuando les llegó la hora de presentarse, delante de quien fuese, subrayando que eran amigos íntimos de Moura. Ninguno de ellos, por no decir nadie, le proporcionó el más mínimo indicio de que Moura pudiese encontrarse de ninguna manera en peligro. Él tuvo que sentirse cada vez más perplejo, sorprendido, sobre todo cuando cayó en la cuenta, no sin antes hacer que Gip se lo confirmase (pues por algo era capaz de entender y de hacerse entender en ruso a la perfección), de que todas estas amistades de Moura hablaban de ella como de una persona con la cual mantenían un contacto frecuente, por no decir habitual. La veían siempre que ella acudía a Moscú. Y no había transcurrido demasiado tiempo al parecer desde su última visita; por otra parte, esperaban verla bastante pronto. Tras discutir cada uno de sus descubrimientos con Gip, tras encajar una a una las piezas del rompecabezas, entre los dos llegaron a la conclusión de que desde 1931 Moura no sólo había estado una vez en Moscú, sino varias. Tenía por costumbre realizar una visita anual a Rusia, y a veces se presentaba en Moscú a intervalos inferiores a un trimestre. Todo lo que Moura le había referido a mi padre acerca de su situación cara a cara con las autoridades soviéticas por fuerza tenía que ser falso.

Cruzaba la frontera soviética a cualquier hora, siempre que le viniese en gana, y circulaba con toda impunidad por el territorio soviético. Existía una sola circunstancia gracias a la cual cualquier persona con un historial como el suyo pudiese desplazarse con toda tranquilidad, con absoluta libertad de movimientos, entre Rusia y el mundo exterior: sus movimientos tenían que realizarse con el conocimiento previo y con el consentimiento de la policía secreta. Por fuerza tenía que ser una agente soviética con una excelente reputación de tal.

Tan pronto tuvo a la vista semejante conclusión, mi padre se vio impelido a considerar sus ulteriores implicaciones. La más obvia de todas ellas fue que a él se la habían adjudicado en calidad de sombra y guardaespaldas, tal como en su día se la adjudicaran a Gorki. Era casi seguro que había obrado obedeciendo las órdenes del camarada que la controlase cuando fue a verle a Inglaterra, poco después de que Gorki decidiese regresar a su patria. Sus mandatarios se habrían empeñado en armarla de algún motivo digno de credibilidad que justificase su traslado de Sorrento a Londres. Se le pasó por la cabeza, sintiendo un golpe aterrador, que la candidez con la que ella se había ganado la absoluta confianza de Gorki no habría sido sino mero producto de una doblez astuta, esmeradamente planificada, en la cual ella se habría visto enzarzada. Gorki, por descontado, habría dicho lo siguiente a todo aquel que pretendiese denunciarla ante él como espía de la policía: «Sí, sí, todo eso ya lo sé desde hace muchísimo tiempo. Conmigo, ella se ha portado con una franqueza absoluta y desde el mismísimo principio de nuestra relación. Me advirtió de las razones por las cuales se encontraba en mi casa. Somos amigos en el sentido más auténtico de la expresión.» Y el mismo truco que ella había practicado con Gorki, es decir, poner todas sus cartas sobre la mesa, se lo había jugado a él exactamente igual. Cuando le hubo explicado con toda minuciosidad cuál era su situación cuando se vieron brevemente en Moscú, en 1920, él se sintió tremendamente conmovido por la franqueza y el valor con que ella tuvo a bien reconocer la realidad en que se hallaba envuelta. Fuera de la manera que fuese, ella se las había ingeniado para convertir su humillante confesión en un despliegue de integridad absolutamente convincente.

Pero cuando por fin pudo mi padre ver cara a cara a Moura, ya en Estonia, lo que más trabajo le costó fue lidiar con el hecho de que ella era aún capaz de hacer funcionar semejantes artes de magia. Fuese o no una espía, Moura era Moura, y a pesar de todo lo que él hubiese podido averiguar y deducir acerca de sus tejemanejes, el ascendente tanto físico como emocional que aquella mujer detentaba aún sobre él era más intenso quizá que nunca. De haber sido ella cualquier otra persona, tal vez podría haberle hecho ver la realidad ofreciéndole sus excusas o enfrentándolo a las más tajantes negativas. Sin embargo, no era ése su talante. Reconoció todas y cada una de las pruebas que hubiesen bastado para procesarla. Jamás había disfrutado del menor dominio sobre su propia vida, al menos desde que los alemanes la habían cazado con las manos en la masa, espiando para las autoridades militares rusas, y la habían condenado a muerte; esto aconteció en 1916. Desde entonces, se

había limitado a hacer todo aquello que las realidades de cada nueva situación habían exigido

que hiciera. Lo que a ella le había sucedido no era ni más ni menos que lo que les sucede a muchísimas personas en el curso de una revolución y después de la misma. En tales ocasiones, no hacer lo que se debe hacer equivale a elegir deliberadamente renunciar a la supervivencia.

Mi padre intentó obligar a Moura a admitir que existen determinadas cosas que no se pueden hacer nunca, en ninguna clase de circunstancias: cosas tan absolutamente ignominiosas que harían preferible la muerte antes que seguir con vida, a sabiendas de que uno había participado en tales cosas. Cuando le dijo tal cosa, Moura se le rió a la cara, manifestándole que, en su calidad de biólogo, de sobra debería saber que la supervivencia es la primera ley que rige el comportamiento de los seres vivos. En el caso de las especies animales y vegetales sí, dijo mi padre, pero no en el caso del ser humano. Ella le miró como si le mirase con un ancho abismo de por medio, pero decidió perdonarle su reluctancia a comprender lo que ella trataba de decirle. Él nunca había sabido qué era el estar completamente desasistido, a merced de otros. Lo que ella había podido aprender, por encima de todo lo demás, a partir de todo aquello por lo que había tenido que pasar, era que hasta que uno hubiese sentido en carne propia una serie de daños físicos que rebasan toda hipotética curación, no podría entender que un solo día más de estar vivo y en esta tierra era algo digno de vivirse, al precio que fuese. A lo largo de esas veinticuatro horas podría ocurrir cualquier cosa. Allí estaba ella, con él, y no tardarían además en encontrarse juntos en Inglaterra. Ella ya había pagado el precio por tales pecados. Sería una completa estupidez por parte de él presionarla para que ella le dijera cómo había sido todo; sería una estupidez mayor aún el intentar adivinarlo. Según su punto de vista, nada podía obtenerse del hozar en unas cenizas ya apagadas; además, ella no estaba dispuesta a consentir que él la obligase a revivir una serie de episodios que ella se esforzaba en dejar atrás a toda costa. En el supuesto de que él quisiera ser su amante, tendría que aceptarla en sus propios términos, el primero de los cuales era que todos sus fantasmas deberían reposar en la oscuridad de los cajones en la que ella los había arrumbado. Si en cambio él prefería negociar y dirimir todo lo acontecido, sin dejarse nada en el tintero, más le valía irse buscando otra mujer.

Mucho antes de marcharse de Estonia, a mi padre le había quedado bien claro que sin duda ninguna tendría que romper sus relaciones con Moura si de veras deseaba impedir que su vida se convirtiese en una refutación a carta cabal de todo aquello por cuya defensa había apostado en público. Lo que más le abrumó de esta impresión definitiva fue lo clara, lo evidente que le resultaba la imposibilidad de contemplar en realidad semejante cosa, al margen de lo que Moura hubiese podido hacer, al margen de lo que aún pudiese seguir haciendo: lisa y llanamente, no era ni siquiera, ni remotamente posible pensar en la posibilidad de abandonarla.

No creo que sea posible exagerar respecto del efecto que tuvo este descubrimiento sobre la persona de mi padre. Mi hermanastro, George Philip, es el único testigo competente en lo que atañe a este episodio. Había llegado a conocer muy bien a mi padre a lo largo de los años que siguieron a la muerte de Jane, pero lo cierto es que durante su estancia en Moscú nació entre ellos dos una auténtica vinculación. En ello, algo tuvo que ver la gratitud: mi padre tuvo la sensación que en el supuesto de que su hijo mayor no le hubiese acompañado, en el caso de que no hubiese estado a su lado en todos y cada uno de aquellos momentos, la experiencia de la oblicuidad y la doblez de Moura le habría resultado un golpe imparable, de consecuencias muy serias. Sin embargo, de aquel aunamiento de sus voluntades, de aquel sincero acercamiento, existe un fundamento mucho más sólido, y es el que nos proporciona la similitud del aspecto físico de uno y de otro, de sus casi idénticos temperamentos, de sus puntos de vista. Aparte de todo esto, Gip había llegado a ser el biólogo que mi padre nunca pudo ser. Dejando a un lado el resultado de todas estas adiciones, sigue siendo cierto que después que Gip hubiese ayudado a mi padre a atravesar aquellas horcas caudinas en Moscú,

gozó siempre de su confianza, y estuvo en todo momento en sintonía con sus ideas y sus planteamientos, mucho más de lo que ningún otro hombre lo estuvo, mucho más de lo que ningún otro hombre llegaría a estarlo. Sé, por habérselo oído decir a él, que a pesar de todas las apariencias externas que apunten en sentido contrario, mi padre se sintió molesto hasta el fin de sus días por su incapacidad de hallar un equilibrio que posibilitase la continuidad de sus relaciones con Moura. Le sacó de quicio verse obligado a reconocer que la razón en la que tanto creía no tuvo nada que ver cuando se trató de determinar un asunto de tan vital importancia como fue la naturaleza de la principal de sus relaciones.

De los descubrimientos que hizo mi padre en Moscú, ni una sola palabra pasó a ser de dominio público, y cuando a aquella relación amorosa se le dio la debida forma del reconocimiento social, en 1935, se dio por hecho que ninguna nube de tormenta pendía sobre aquella ocasión. Entre los comensales que se reunieron para hacerles los honores, en una cena celebrada en el restaurante Quo Vadis, en el Soho, se contaban Maurice Baring, que fue

quien los había presentado en 1914, Violet Hunt, Max Beerbohm, Lady Lavery, Lady Cunard, Enid Bagnold, Harold Nicolson, David Low y muchos otros de aquellos personajes de éxito, o de quienes eran en realidad gente de peso en la sociedad londinense de la época. Por aquel entonces, a Moura se la tenía en general por una impresionante belleza a la que se le había pasado su mejor momento, y yo estuve entre los que la vieron bajo semejante luz. En las fotografías a partir de las cuales se insiste en que era una mujer sencilla, que vestía con escasa elegancia, encuentro muchísimos misterios inexplicables, y no consigo olvidar la primera vez en que me quedé sin respiración al verla charlando con mi padre en el jardín de Easton Glebe, un día de 1931. Su propio fatalismo le daba la capacidad de irradiar una serenidad que a los demás nos imbuía de una inmensa confianza, y su buen humor hacía de su presencia algo más cómodo que perturbador: yo siempre tuve verdaderas ganas de volver

a verla, y recuerdo el último de mis encuentros con ella con auténtico placer. Creo, sin ningún lugar a dudas, en su buena fe, y nunca he tenido tampoco la menor duda de que sin su calidez, sin su afecto, sin su apacible estoicismo a sus espaldas, mi padre podría haber sido un ser más lúgubre y más pesimista durante aquellos años comprendidos entre su septuagésimo cumpleaños y su muerte. Siempre que les vi juntos estuve convencido de que eran verdaderamente felices.

Durante los últimos años buenos, antes de empezar a morirse, mi padre era una persona tan fácil de interpretar erróneamente como lo era Moura: él era un hombre abierto, genial, en grado mucho mayor de lo que nunca hubiese sido, y además le procuraba un placer inocente su contento y su bienestar. Había conformado su estilo personal durante los diez primeros años de este siglo, y se plantó a mediados de los treinta y a comienzos de los cuarenta disfrazado poco más o menos que de pez gordo de la época eduardiana, con sus trajes bien cortados y sus sombreros impecables, homburgs de tirilla trenzada en invierno e inmaculados panamás en pleno verano. Llevaba zapatos preciosamente manufacturados en sus diminutos pies, y sus carteras, de cuero teñido de azul oscuro, así como otros accesorios como su cortapuros de oro, eran lo mejor de lo mejor, aun cuando no fuesen excesivamente caros. Sobrepasaba con creces el peso que debiera haber mantenido un hombre de su estatura, pero nunca dio la sensación de que estuviese gordo. Su complexión optimista, así como un aire de gran solidez en su aspecto, le daban una apariencia más liviana que pesada. David Low lo vio como un ser que iba siempre de puntillas, presto a echar a correr, y sus caricaturas casi siempre le captaron con ese aire de alerta y de vitalidad. Siempre fue difícil recordar qué edad tenía, y yo en particular nunca pensé en lo viejo que era hasta que regresó de Australia a comienzos de 1939, cuando había cumplido los setenta y tres años de edad.

Así como gran parte de las energías de que disponía mi padre las consumió durante aquella época en el sencillo empeño de llevar una vida activa y entretenida, aparte de concluir las cinco novelas, las tres novelas cortas y los ocho tratados políticos que tuvieron una extensión entre la del panfleto y la de un libro en toda regla, es decir, en ultimar toda la producción que iba a ser capaz de sacar adelante, y de publicar, entre 1935 y finales de 1940[92], la mayor parte de dichas energías las quemó en la búsqueda que ya he mencionado, la búsqueda de un logro definitivo y capaz de figurar en los anales de la historia en tanto esencia de lo que había defendido con tanto ahínco, de lo que había representado a lo largo de su trayectoria de escritor. Pensó durante un tiempo que había dado con la forma idónea en la confección de un proyecto de creación de una nueva enciclopedia universal, un compendio de la totalidad del saber humano, pero no pasó demasiado tiempo antes que se diera cuenta de que la tecnología para trazar los sistemas de almacenamiento y acceso que semejante compendio requeriría era algo primordial y de lo que ni siquiera podría soñar con disponer, ya que el momento adecuado para tales

[92] H. G. W. tenía, evidentemente, sesenta y nueve años en 1935

artefactos ni siquiera había llegado. A la larga descubrió aquello que estaba buscando sin siquiera darse cuenta de que lo había encontrado; la solución a su problema se le presentó como algo que el sentido común, el menos común de los sentidos, le había llevado a realizar.

Cuando por fin estalló en septiembre de 1939 la guerra entre el fascismo y las democracias, esperada desde tanto tiempo antes, mi padre se encontraba en Estocolmo, adonde había acudido para pronunciar una conferencia en uno de los encuentros del PEN Club que, por cierto y a la postre, no llegó a celebrarse. A su regreso a Inglaterra, tres semanas más tarde, descubrió que se había desatado en The Times una polémica sobre los objetivos de la guerra. Saltó de lleno y, tras escribir una carta a dicho periódico, carta que le pareció después envuelta en una vaga retórica, redactó otra en términos mucho más concretos. En su segunda carta adjuntó incluso un esbozo de una versión modernizada de la Declaración de Derechos[93] que contiene la Constitución de los Estados Unidos. La guerra, según sugerencia suya, era algo que merecía la pena librar incluso encarnizadamente siempre y cuando terminase con una declaración por parte de los vencedores en el sentido de que tales eran los derechos inalienables de toda la humanidad.

La segunda de estas cartas bien podría no haber sido sino un petardo mojado en medio de la creciente oscuridad de no haberse dado el caso de que la propuesta que encerraba detonase una respuesta positiva en la mentalidad del corresponsal científico del Daily Herald, Ritchie Calder. Éste convenció al director de su periódico para que asignase mensualmente una página entera a la cuestión de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, durante el tiempo que fuese necesario, hasta dotar al concepto de una forma viable de negociar. No parece que se tratase de una concesión excesivamente generosa, pero cuando menos garantizó la continuidad del debate, hecho que en cambio los acérrimos conservadores del Times se negaron a proporcionar, sobre la base de que la idea de una declaración de los derechos humanos era en realidad una especie de trampa socialista. Una vez asegurada esa continuidad, fue posible contar con un comité cuyos miembros estarían encargados de redactar el esbozo; dichos miembros pudieron asistir a una serie de reuniones periódicas y dedicar un tiempo razonable a dicho proyecto.

Mi padre iba a ser, en un principio, tanto el presidente de dicho comité como el redactor de la página que el Herald dedicase mensualmente a los derechos humanos. Ahora bien, pocos días antes de que se celebrase la primera reunión del comité apareció bajo su firma un artículo vitriólico en el cual dio rienda suelta a sus sentimientos en tomo al hecho de que Neville Chamberlain y Lord Halifax, los principales arquitectos de la política de apaciguamiento, siguieran en sus cargos con objeto de iniciar y conducir la guerra; sus continuas amenazas de dimisión le llevaron a ponerse de parte de otro candidato al puesto, de

[93] Carta de H. G. W. al director del Times, 23 de octubre de 1939

otra persona que tuviese la cabeza más en su sitio, así como una filiación política no tan obvia. Esto desembocó en que se eligiera a otro miembro para la presidencia del comité, aunque no para la edición de la página mensual, y esta elección recayó en un abogado y ex canciller, Lord Sankey, de modo que los esfuerzos que invirtió mi padre en defender aquella campaña, así como todo el material que produjo aquel comité, se conocen en la actualidad como la Declaración de fe Derechos Humanos de Sankey. Tras este agitado comienzo, fue mi padre más que ningún otro hombre, incluido el infatigable Ritchie Calder, quien mantuvo el comité en activo, trabajando sin cesar y animando el debate público. Sentía una apremiante, abrumadora necesidad de redactar un documento sustancial, un documento que no resultase ni meramente tentativo ni específicamente occidental sobre el papel; quiso además tenerlo ultimado antes que tocase a su fin aquel extraño período de inactividad que siguió a la rápida invasión de Polonia. Tenía la sensata seguridad de que cuando se produjese una renovación de las hostilidades, todas las cuestiones de principio pasarían lógicamente a segundo plano, en favor del interés más vital de la supervivencia cotidiana. Por si fuera poco, le preocupaban sobremanera los síntomas de desmoralización que notó en algunos miembros del comité (compuesto, aparte de Lord Sankey y de mi padre, por Lord Horder, Sir Normal Angelí, Miss Margaret Bondfield, Sir Richard Gregory, Mrs. Barbara Wootton, Sir John Boyd Orr, Francis Williams y Ritchie Calder), los cuales empezaron a sentirse como si estuviesen construyendo un castillo de arena ante la inminencia de la marea alta. Como es harto probable que el lector no haya oído mencionar siquiera el documento detallado, razonado y, por qué no decirlo, impresionante, tal como finalmente se redactó, seguramente supondrá que los sentimientos que invadieron a los que más dudaban del proyecto, así como las noches de insomnio que pasó mi padre, al final resultaron estar plenamente justificados. Pero no es ése el caso. El comité era verdaderamente representativo de la opinión pública de Gran Bretaña, y el debate que se vio en las páginas del Daily Herald atrajo a un gran número de personas, las cuales se adhirieron de manera sumamente constructiva a las cuestiones que allí se estaban dirimiendo, y por cierto que con un notable nivel de seriedad. De aquellas a veces acaloradas discusiones había surgido algo que sin lugar a dudas merecía la pena, sobre todo en lo tocante a una serie de puntos específicos, y antes de que la llamada guerra falsa tocase a su fin mi padre tuvo ultimado el documento por el que tanto había luchado: una afirmación sin ambages de algo muy concreto, que el británico de a pie creía digno de que su país luchase por ello, a fin de establecerlo como parte integrante de la ley común a todas las naciones del mundo.

Y así es como fue, sin duda que con estremecimiento genuino, asumido por diversos países. Las discusiones preliminares y el texto de la Declaración contaron con extensas recensiones y comentarios al menos en veintinueve países, incluidos Italia y Alemania. El Popólo d'ltalia, periódico de Mussolini, sorprendentemente publicó el texto en primera página, y la radio estatal alemana, lo cual ya no es tan sorprendente, lo atacó en una serie de emisiones, a razón de una cada noche durante toda una semana.

Ahora bien, así como tuvo notable resonancia en el mundo occidental, dio pie a reverberaciones mucho más importantes fuera de los límites de la parroquia de las sociedades del Atlántico y el Mediterráneo. A mi padre le había sorprendido el fracaso de Sun Yat-sen en su empeño por conseguir que el pueblo chino diese su apoyo a la Constitución de 1911, y siempre había tenido la sensación de que tal desastre era atribuible primordialmente al hecho de que el líder chino confiase sobre todo en el lenguaje político de la democracia occidental. Sus palabras alcanzaron a una masa de votantes compuesta fundamentalmente por estudiantes y hombres cultivados, pero no fueron capaces de conmover al pueblo chino. Teniendo en mente semejante debacle, mi padre insistió en rechazar las traducciones de la Declaración que se habían preparado para su uso en los países del Este, debidas a diversos miembros de la Escuela Londinense de Estudios Orientales, para favorecer por el contrario las versiones vernáculas del texto que redactaron diversos periodistas que trabajaban para los medios de comunicación de los países implicados, es decir, profesionales que trabajaban en contacto con las audiencias más populares. Como mi padre también tenía cierta fama por haber presionado entonces por conseguir el reconocimiento de la liquidación del sistema colonial europeo en tanto segundo objetivo de la guerra, estos textos vernáculos recibieron una estupenda acogida por parte de los estudiantes radicales y nacionalistas de la India y de los países del sudeste asiático. Estas cribas y aventamientos de las ideas fundamentales de la democracia no cesaron cuando los dramáticos éxitos conseguidos por las tropas germanas en sus ofensivas de la primavera y verano de 1940 hicieron desaparecer tales cuestiones de la mente de la mayoría de los europeos. Se siguieron dando con renovado ahínco cuando la inminencia del colapso del antiguo orden europeo empezó a crear ciertas esperanzas de una inmediata liberación. La idea de codificar los derechos humanos resultó más que importante para los intelectuales de los territorios coloniales que de sobra sabían que muy pronto tendrían que decidir qué clase de sociedad iban a crear cuando terminase la guerra. Y de esta forma resultó que la obra de lo que en aquel entonces había parecido en principio uno de los comités más fatuos de la guerra falsa no concluyó cuando las bombas germanas llovieron sobre Rotterdam. Su auténtica conclusión llegó mucho después, cuando un sobrecogedor sentimiento del tercer mundo en pleno, en favor de tal iniciativa, obligó a los Aliados victoriosos a incorporar la Declaración de Derechos Humanos en la Carta Fundacional de las Naciones Unidas. Para entonces, mi padre había muerto.

A finales de la década de los treinta había parecido ser indestructible. Había aprendido a vivir con su diabetes; la dieta obligatoria a la que hubo de someterse había dado lugar a una considerable mejora de su salud. Cuando marchó a Australia, durante el verano de 1938, tenía un aspecto desacostumbradamente bueno, y estaba además de muy buen humor. Se le había solicitado que hiciese ese viaje para pronunciar una conferencia en la reunión de la Asociación Australiana y Neozelandesa para el Avance de las Ciencias, y le complació muchísimo descubrir que aún se le tomaba en serio en tales círculos. Siempre le había molestado que la comunidad

científica inglesa no le tuviera en consideración. Le sobrevino el desastre en el que teóricamente había de ser su último día de estancia en la capital australiana. Por desconocer las peculiaridades del especialísimo clima de Canberra, durmió con la ventana abierta y sin abrigarse más que con una sábana de lino. A lo largo de la noche, la temperatura, que de día había sobrepasado los veinticinco grados, descendió por debajo de cero. Cuando se despertó a causa del frío estaba ya congelado, y a la tarde siguiente se le declaró una pulmonía vírica. Tenía setenta y tres años, y este achaque le hizo verdadero daño. No estuvo en condiciones de hacer el viaje de regreso hasta Año Nuevo, y cuando llegó a Inglaterra daba la sensación de que aún le quedaba un largo camino por recorrer hasta recuperarse del todo.

Las reservas que le quedaban las agotó en el verano de 1940, cuando emprendió una larga gira por los Estados Unidos, también para dar conferencias. En aquel momento, y en general, los norteamericanos no estaban precisamente deseosos de entrar en una nueva guerra en Europa, y él en cambio fue a ofrecerles un discurso según el cual pretendió convencerles de que se trataba de una guerra que les concernía directamente, en la cual tendrían que entrar,

con lo cual se encontró con una respuesta indiferente cuando no abiertamente hostil. Como el argumento de mi padre en defensa de que los norteamericanos se hicieran con el liderazgo de los Aliados se basaba en la tesis de que los franceses y los ingleses, o al menos las cúpulas del poder de ambos países, no estaban luchando tanto por la derrota de los nazis cuanto por dar marcha atrás al reloj de la historia y regresar a la Europa de 1914, su popularidad decreció notablemente en la Embajada Británica en Washington, más incluso que en aquel país aislacionista. Para contrarrestar los efectos de sus apariciones en público, el embajador británico inició una campaña de murmullos y rumores con objeto de desacreditarle, lo cual añadió nuevas dificultades. Por si fuera poco, aquél fue el año en que Wendell Willkie retó al FDR, y lo pasó francamente mal en su competición por la atención del público contra las elecciones presidenciales. Las personas que le tenían aprecio se quedaron de una pieza al ver en qué estado se encontraba a su regreso a Londres. Estaba demacrado, desgastado; sus manos eran las de un anciano. Ni siquiera llenaba sus ropas, que le quedaban colgando como andrajos. Había experimentado una brusca disminución; ya no tenía la presencia física de un hombre de importancia. Buena parte de los jóvenes admiradores que acudieron a verle en esta época, bien por hallarse confusos ante el curso que parecía haber emprendido la guerra, o bien por hallarse molestos ante lo que les había ocurrido durante el servicio militar, se encontraron cara a cara con un hombre que era con toda evidencia un superviviente del pasado. Mi padre tenía plena constancia de su deterioro, quizá más que cualquier otra persona, y no disfrutó que se diga de las progresivas etapas de su declive. La diabetes que había conseguido mantener a raya durante largos años, simplemente mediante la dieta, manifestó una clara tendencia a empeorar, y empezó a acusar una serie de desórdenes sistémicos, a los cuales la propia diabetes había abierto la puerta. A una

progresiva disminución de sus funciones hepáticas siguió el desarrollo de un cáncer que resultó ser maligno.

No era un hombre fácil de engañar, y se le dijo con exactitud cuál era su situación, cuáles eran sus perspectivas. Inicialmente, se adaptó a los hechos incontestables de su caso con valor y con una lúgubre dignidad, pero fue entonces cuando su enfermedad le jugó una mala pasada; remitieron sus dolencias y se encontró con un alivio que ni siquiera había imaginado. Cuando hubo rebasado el plazo que le habían adjudicado los médicos según sus expectativas de supervivencia, sintiéndose además mucho mejor que hacía varios meses, tuvo

la seguridad de que el diagnóstico había sido erróneo. Sus dolencias hepáticas ciertamente eran un asco, pero no eran de las que bastan para acabar con el más pintado; por si fuera poco, se habían creído que se trataba de un cáncer. No estaba en peligro de muerte, y tal vez todavía podría vivir otros diez años, o puede que más.

Cuando terminó ese período de bonanza, tan caprichosamente como había empezado, supo que, en efecto, no había habido ningún error de diagnóstico, y que esta vez iba en serio. Son muchas las personas que, cuando se encuentran en esta situación, son capaces de afrontarla sin desesperar, con la sensación de que han vivido la vida que les estaba asignada y han hecho lo que podían hacer. A mi padre le fue negado este consuelo, precisamente por su persistente idea de que no había conseguido poner la piedra de toque de su obra. Aún no había hecho su último pronunciamiento.

Durante buena parte del tiempo durante el cual mi padre agonizó en aquella casa, tan fríamente elegante, que dominaba Regent's Park, yo estuve trabajando como subdirector de la redacción de noticiarios de la British Broadcasting Corporation, en Broadcasting House, y vivía en el cobertizo del jardín de su casa, sitio que él denominaba «el de Mr. Mumford», y en el cual se guardaban muchísimas cosas que yo había visto por vez primera en Easton Glebe. Mientras duró este acuerdo yo tenía por costumbre pasar a verle casi a diario. Entraba y solía encontrármelo dormitando con una manta liviana por encima de las rodillas, ante la que había sido su mesa de trabajo o, los días soleados, dormitando entre una gran variedad de plantas, en un gran sillón, en la galería acristalada que había al fondo. Por entonces, más que conversar compartíamos silencios. Ya se encontraba tremendamente débil, y había desarrollado la costumbre de reponer sus energías mediante largos y soñolientos períodos, durante los cuales parecía casi comatoso. Cuando deseaba concentrar toda su atención en alguna cosa, o en alguna persona, parecía regresar a la superficie desde una enorme profundidad. Yo pasaba los minutos sentado con él, o media hora o una hora entera, con la esperanza de suscitar su interés y hacerle regresar. Deseaba contar con toda su atención durante el tiempo que fuera preciso para convencerle, mejor dicho, para aclarar una impresión que se había formado —no me importa nada, ni siquiera hoy, quién se la hubiese metido en la cabeza, ni por qué—, y es que creía que yo formaba parte de una conspiración pronazi que tenía sus trincheras en

Broadcasting House. Alguien le había dicho que las personas participantes en esta conspiración me estaban chantajeando, forzándome a conducirme de una forma misteriosamente indigna de todo crédito, con arreglo a un propósito ulterior e indescifrable, cuya naturaleza nunca he podido desentrañar. Esta pesadillesca telaraña de mentiras se interponía, infranqueable, entre mi padre y yo, exactamente cuando los bombardeos sobre Londres alcanzaban su climax; persistió tanto como duró el ataque aéreo, durante el lapso de las V-2, y siguió entre nosotros incluso después, hasta que la guerra recedió al Pacífico, dejando atrás un Londres desolado, sumido en el silencio.

Al principio, mi padre parecía hallarse demasiado enfermo como para que nadie le molestara con las explicaciones de rigor. Luego experimentó aquella remisión de sus dolencias, y a mí me pareció erróneo interrumpir su euforia con tales asuntos. Después, cuando se hubo enterado de que ya no tenía ninguna esperanza, quedó bien claro que el momento de las aclaraciones no iba a llegar jamás. Estando un día sentado a su lado, a un tiempo muy cerca de él y completamente alejado, y creyéndole dormido, se apoderó de mí una honda conmiseración y me oculté el rostro con las manos. Desconozco cuánto pudo durar aquel espasmo de dolor; no tengo manera de saberlo. Lo cierto es que cuando aflojó su intensidad, de pronto tuve conciencia de que me estaba mirando. Alcé la vista para encontrarme con los ojos azules de mi padre fijos en mí, traspasándome con la luz de su inteligencia en plenas facultades. Nos estuvimos mirando a los ojos unos instantes, hasta que me dijo: «No te entiendo...» Aquella luz se desvaneció de sus ojos al decir estas palabras. Se había apagado él mismo, como si dijéramos, y se había recluido en aquella ausencia en la cual aguardaba a que le llegase la muerte. Había desaparecido la última esperanza de comunicarnos, y no iba a haber ninguna otra.

Mi padre falleció la tarde del 13 de agosto de 1946, pocas semanas antes de cumplir los ochenta años. Se incineró su cuerpo tres días después, y bastante después de pasado un año alquilé un barco que llevaba por nombre Deirdre, propiedad del capitán Miller, de Poole, Dorset. Mi hermanastro, George Philip Wells, vino desde Londres con las cenizas, y fuimos a esparcirlas en el mar, en un punto que habíamos escogido de mutuo acuerdo, situado en la línea imaginaria que uniría Alum Bay, en la Isla de Wight y St. Alban's Head, en la costa de Dorset. Ésa era nuestra intención. Sin embargo, cuando el Deirdre embocó la ensenada de Poole descubrimos que el viento que soplaba del Sudoeste, desde el Solent, más allá de St. Alban's Head, era bastante frío. La marea cambiaba en esos momentos, con lo cual la corriente discurría en contra del viento. En estas circunstancias, cuando el viento y la marea empujan en direcciones encontradas, se da la mejor receta para una mar picada, y el Deirdre tardó muy poco en ponerse a cabecear de manera bastante fea.

La idea de dar a mi padre sepultura en el mar se le había ocurrido a mi hermanastro durante el funeral celebrado en el crematorio. En aquella ocasión se recitó un pasaje extraído del último capítulo de Tono-Bungay, y por cierto que con efectos reveladores. Se leyó entonces «La noche en alta

mar», y mientras escuchaba su descripción del narrador de la novela, cuando sale con su destructor recién bautizado por la embocadura del Támesis, hacia el mar del Norte, dispuesto a jugárselo todo a una carta, la de la velocidad, en contra de los torpederos enemigos, mi hermanastro pensó que eso era exactamente, que así se haría, que eso era lo que había que hacer, ni más ni menos. «*Hacemos y terminamos por pasar*», concluye el pasaje. «*Somos los que hacemos y los que terminamos por pasar, poniendo todo nuestro empeño en una misión secreta, allá, en alta mar*.»

Dicha idea me había parecido muy romántica y apropiada cuando me la comunicó, y estuve de acuerto. Sin embargo, sus defectos resultaron evidentes en aquellas condiciones climatológicas. Mi hermanastro y yo nos tornamos pensativos. El capitán Miller, por su parte, permaneció inexpresivo, impertérrito, al timón de la embarcación, aguantando el embate de las olas. Nos dimos cuenta los tres de que tan pronto saliéramos del cobijo que nos proporcionaba la isla de Purbeck, tan pronto nos hallásemos en las aguas abiertas del Solent, las cosas se iban a poner mucho peores. Mientras aún seguíamos a través, frente a las dos comisas calizas que se llaman por allí «el Viejo Harry» y «la Mujer del Viejo Harry», cerca de los blancos acantilados de Swanage y Studland, las cenizas de mi padre fueron esparcidas sobre las aguas. El viento se las llevó como si fueran un larguísimo velo que fue a dar contra las palidísimas aguas verdosas. El Deirdre cabeceó con fuerza cuando el capitán Miller hizo virar la embarcación, y en ese momento sentí una auténtica agonía. En aquel momento se había ido ya para siempre, y nunca más podría deshacer con él aquel absurdo entuerto del chantaje y de la conspiración pronazi en la BBC. Me sorprendió la intensa amargura que despertó este pensamiento en mi interior, y también por el descubrimiento de que aún me importase tanto aquel asunto, cuando a él ya nada podría importarle.

Capítulo VIII

«... fue, y bien que lo sé. únicamente el código aceptado de la virtud y la discreción lo que le impidió destruir su certificado de matrimonio y destruirme a mí también, haciendo así tabula rasa de su humillación matrimonial. Supongo que debo heredar al menos una parte de la estupidez moral que a ella le dio la posibilidad de convertir en un holocausto hasta las más pequeñas minucias que aún conservase de él. Tenían que existir por lo menos algunos regalos que él le hiciese cuando era su amante, por ejemplo algún libro con una amable dedicatoria, puede que alguna carta, una flor prensada entre las páginas, un anillo, cualquier otro objeto similar. Guardó su alianza matrimonial, por descontado, pero todo lo demás lo había destruido.»

Para entender a mi padre, para entender su historia personal, es preciso retrotraerse más allá de sus orígenes, y examinar, aun cuando sea someramente, los de sus padres. Algunas de las cosas que les habían ocurrido antes incluso de venir él a este mundo les habían convertido en aquellas personas a las que él había de conocer; lo que él les vio hacerse y decirse el uno al otro le marcó de por vida.

Mi abuelo, Joseph Wells[94], nació en Kent en 1827, en una granja que pertenecía a la hacienda de Penshurst Place. Su padre, que también se llamó Joseph Wells, había nacido también en dicha hacienda, y había trabajado en los jardines y las huertas de Penshurst durante toda su vida. Había empezado como ayudante del jardinero a los doce años de edad, y había terminado por trepar con firmeza hasta la copa de ese árbol. Terminó por ser jardinero jefe poco después que su patrón, Philip Shelley Sydney, fuese nombrado primer Barón De Lisie en 1835. Su ascenso le llevó a ser jardinero jefe de la granja, y a disfrutar de una casa pequeña y cómoda que se hallaba en la esquina sudeste de aquella colegiata de

[94] Autobiografía, H. G. W., capítulo 1, sección 3

estilos medieval y Tudor, así como de otros edificios de los siglos xvi y xvii que constituían en conjunto la mansión solariega. Fue allí mismo, al otro lado de las cocinas y de los establos, separado de los edificios principales, donde se crió mi abuelo con sus hermanos mayores, Charles-Edward, Henry, Edward y William, y con sus hermanas, Lucy, Elizabeth y Hannah.

En el hecho de criarse en tanto parte de semejante hacienda existían ventajas y también desventajas. Aquella hacienda proyectaba una sombra más o menos ominosa, pero también les otorgaba protección. Estoy seguro de que si cualquiera hubiese llegado a preguntar a mi bisabuelo qué opinión tenía de sus patrones, habría replicado que los Sydney siempre habían sido muy buenos con él, y que eran personas con las cuales se podía contar a la hora de hacer lo que fuese más adecuado tanto con sus arrendatarios como con sus propiedades y sus empleados. Esto no equivale a afirmar que mi bisabuelo desconociese que la hacienda se había visto enzarzada en diversos pleitos legales en la época en que nació él, ni tampoco que la casa estuviese en ruinas. Seguramente también habría tenido sus propias opiniones acerca de los aciertos y los errores de un hombre que había sido nombrado par del reino en recompensa por haber desposado a la hija de una amante del rey, y acerca de la severidad de las sanciones que con toda probabilidad habrían caído sobre cualquiera de los granjeros que diesen muestras de no conocer a la perfección cuál era su lugar. Ahora bien, la obviedad de su larga trayectoria al servicio del señor del lugar manifiesta que en un momento dado tuvo que considerar a fondo cuáles eran sus posibilidades y que decidió optar por una política según la cual obtendría el mejor partido que Penshurst le pudiera ofrecer, decidido a no dejarse sorprender nunca en litigio con quienes le daban el pan y la sal. Y al terminar el día habría tenido la sensación de hacer lo mejor por su familia al limitarse a conformarse con lo que tenía. En calidad de jardinero jefe era toda una figura dentro de la sociedad del lugar; su rango era tan sólo ligeramente inferior al del mayordomo y al del ama de llaves dentro de la jerarquía que componían el centenar de criados de que constaba la hacienda, y se le respetaba en muchas millas a la redonda. Había mejorado su posición al pasar de ser un simple peón de la hacienda a ser uno de los criados principales, y así había conseguido dar a sus hijos mayores una serie de posibilidades muy claras de consolidar las ganancias que él había obtenido, o bien de mejorarlas más aún. A algunos de ellos incluso pudo iniciarles en las etapas ulteriores de su ascenso, ayudándoles a desplazarse a los márgenes de la independencia que les daría el establecerse como tenderos o como arrendatarios de algunos terrenos. Estoy seguro de que albergaba la honda convicción de estar haciéndolo bien incluso con el más joven de sus hijos, al cual, tras enseñarle todo lo que él sabía de Penshurst, le consiguió una plaza de jardinero ayudante en una de las haciendas colindantes, que por cierto había empezado a descollar en los círculos de expertos en jardinería.

De acuerdo con el relato de toda esta etapa que aparece en la autobiografía de mi padre, el primer patrón de mi abuelo, el propietario de

una hacienda llamada Redleaf, que es colindante de la hacienda de Penshurst por su flanco noroeste, era un hombre ya mayor, amable, de orientación liberal y un notable gusto en lo estético, que se tomó un interés paternal por su nuevo empleado. Mi padre refiere que el amo prestó a este hombre sus libros de botánica y de jardinería, de manera que pudiera cultivarse en su tiempo libre y mejorar así su preparación. Prosigue diciendo que mi abuelo tomó estos amistosos gestos por parte del propietario de Redleaf como si éste se hubiese propuesto hacer algo por él, siempre y cuando manifestase beneficiarse claramente de sus estudios; terminó por pensar, años después, cuando acaeció la muerte de su patrón en 1847, que este fallecimiento le había privado de la ocasión de iniciar una vida que habría cambiado por completo las características de la suya.

La verdad es harto diferente. El propietario de Redleaf[95] era un tal William Wells, un hombre que se había forjado a sí mismo y al cual se conocía como «Tigre» Wells cuando trabajó como duro, implacable capataz en las Indias Orientales, a comienzos de su carrera. El apodo no le abandonó cuando pasó después a desempeñar las funciones de capitán de barco y, más adelante, naviero y armador por cuenta propia, le siguió hasta Kent, donde había decidido retirarse e instalarse, dispuesto a vivir la vida de un hacendado con veleidades de mecenas. Su reputación de cliente desabrido siguió viva gracias a la contundencia con que despachaba a los turistas que llamaban a su puerta con objeto de solicitarle su permiso para ver sus jardines o su pinacoteca sin haberle escrito previamente anunciando su visita. Sus jardines, en efecto, llegaron a tener mucha fama. Con ayuda de un jardinero jefe que tenía un talento extraordinario, construyó lo que por entonces se denominaba «jardín americano», inspirado en los bocetos y en los informes de los botánicos que por entonces exploraban las costas del Pacífico al noroeste de los Estados Unidos. Fue de hecho el primer jardín exótico y silvestre que se creó en Inglaterra, y lo inusitado de su configuración, así como la inmensa cantidad de variedades que había introducido, procedentes tanto de Asia como de América, comenzaron a granjearle una extendida reputación ya en la década de 1820. Ingresó en el mapa de jardinería de Gran Bretaña en 1839, fecha en la cual recibió el beneplácito de una pormenorizada descripción en aquella publicación pionera, editada por Loudon, llamada The Gardener's Magazine. Entre las diversas curiosidades de que da cuenta Loudon, destaca el que William Wells, propietario, tuviese entonces un jardinero jefe llamado Joseph Wells. Los detalles que se aducen dejan entender sin lugar a dudas que no se trata de mi bisabuelo. El Jo

seph Wells del que se habla fue jardinero jefe de Redleaf unos doce años antes de que mi bisabuelo alcanzase una posición similar en Penshurst. Por mucho que induzca a confusión, lo que acaeció en 1843 fue que el Joseph Wells que era jardinero jefe en Penshurst puso a su hijo

[95] Aunque su papel sea importante en el contexto que nos ocupa, tiene derecho a gozar de una fama mucho más sólida en tanto coleccionista de arte. Había llegado a acumular trescientos veintiocho lienzos de artistas vivos cuando falleció, y era el principal defensor de la nueva escuela de pintura antirromántica y naturalista, cuyo principal exponente iba a ser Sir Edwin Landseer

Joseph Wells al servicio del jardinero jefe de William Wells, llamado a su vez Joseph Wells. De ahí se sigue la romántica historia, vagamente ambigua, del paternal interés mostrado por el propietario por el futuro de su recién empleado, con el cual compartía el apellido.

La historia de los inicios de mi abuelo en la vida parece ser una historia un tanto triste. Mi bisabuelo quiso que su hijo empezase a trabajar en Redleaf por considerar que era un lugar inmejorable desde el punto de vista profesional y de cara a su promoción. El Joseph Wells que era allí jardinero jefe era, en efecto, un jardinero muy apreciado. Aquel jardín silvestre no fue su única innovación. Hizo construir otro, de características más imperecederas, explotando un roquedo de caliza, de la que tanto abunda en Kent, e instalando dentro de su propiedad el primer jardín alpino moderno. También tiene fama por haber criado las primeras dalias enanas de que se tiene noticia. Era sin lugar a dudas un hombre muy capaz, un hombre con un gran bagaje que enseñar; si mi abuelo hubiese salido de Redleaf sabiendo solamente la mitad de lo que allí pudo aprender, habría empezado sin ninguna duda sobre una base excelente. Sin embargo, no estaba hecho de esa pasta de la cual se hacían los éxitos típicos de la época victoriana. Mi padre da cuenta de su primer y más vivido recuerdo de los tiempos de Redleaf. Y no tiene nada que ver con la jardinería, ni con el hombre para el cual trabajaba mi abuelo: «... *en verano, nada más terminar la jornada de trabajo*[96]*, mi padre echaba a correr, según me dijo él mismo, por espacio de una milla, o puede que más, a toda velocidad, a fin de llegar con tiempo a la cancha de Penshurst y poder disfrutar de media hora jugando al cricket, antes que el atardecer hiciera invisible la pelota*...» Por dispuesto que uno esté a simpatizar de inmediato con la impaciencia de la juventud —mi abuelo estuvo en Redleaf entre los dieciséis y los diecinueve años de edad—, se trata del recuerdo de una persona que no perdía de vista en ningún momento el reloj. No puso todo su ahínco, ni mucho menos todo su corazón, en la profesión a la que le había destinado la decisión de su padre. Y, tal y como suele ser el caso de los jóvenes, creía que disponía aún de todo el tiempo del mundo. Ya tendría tiempo de ponerse a trabajar y a estudiar a pie firme el

año próximo; ya les haría ver a todos de qué pasta estaba hecho, pero al año siguiente, o al siguiente. Se le pasó por alto que William Wells ya era un hombre anciano hasta que, de pronto, falleció, la propiedad se puso en venta y Joseph Wells, quien tenía setenta y pico años, se jubiló. De repente ya no le quedó tiempo ninguno, y la oportunidad para empezar con buen pie en la jardinería se le había escapado de entre las manos.

Se diría que este inesperado contratiempo tuvo un tremendo significado para mi abuelo. El año en el cual se encontró sin trabajo por primera vez en su vida fue el peor año de una década en la cual se agudizó sin cesar la depresión que la historia social posterior conocería corno «la hambruna de los cuarenta». Escasearon las cosechas, y el hambre hizo su aparición en las ciudades. Mi abuelo diría mucho después a mi padre que

[96] Autobiografía, H. G. W., capítulo 1, sección 3

aquel invierno sus posibilidades le parecieron tan exiguas que llegó a pensar muy en serio en irse al extranjero, aunque ello significase empezar de cero. Comoquiera que durante aquella década salieron del país dos millones y medio de hombres y mujeres por idénticas razones, parece comprensible que mi abuelo atravesara por una época de verdaderas estrecheces, la principal de las cuales probablemente fue la dificultad —o la imposibilidad— de encontrar un trabajo que mereciese mínimamente la pena. Con todo, esto contribuye a que sea tanto más difícil de entender lo que sucedió, una y otra vez, cuando por fin tuvo la suerte de encontrarse en un sitio adecuado. El ambiente de trabajo en el que se hallaba, conviene recordarlo, era un ambiente en el cual las referencias personales tenían una importancia de primer orden. Los jardineros eran personal de servicio, y todo aquel que confiase en poder trabajar como criado tenía que ser capaz de sacar de donde fuese referencias de sus anteriores patrones en las cuales se certificase su competencia, su capacidad de convivir con otros criados, su sobriedad, honestidad, aseo personal y dignidad de toda confianza. Cuando llegaba el momento de celebrar una entrevista, el solicitante de una plaza podía dar por hecho que se le preguntaría cuánto tiempo había pasado al servicio de su anterior amo, y por qué razones había dejado de estar a su servicio. Todo aquel candidato que mostrase un puñado de recomendaciones poco entusiastas o evasivas, así como un curriculum en el que primase la brevedad de sus servicios y sus inexplicables desplazamientos, era rechazado de inmediato. A sabiendas de todo ello, mi abuelo había empezado a trabajar en tres o puede que cuatro lugares distintos entre el verano de 1847 y el de 1851, abandonando todos ellos con gran rapidez. Luego estuvo en Uppark, Sussex, desde junio de 1851 hasta mayo de 1853, y en Shuckburgh Park, en Warwickshire, desde abril de 1854 hasta agosto de 1855. Este curriculum puede traslucir simplemente que durante aquellos años mi abuelo se sentía joven e inquieto, o que no tuvo suerte con sus patrones, pero en realidad sugiere, con bastante fuerza, que continuamente andaba buscándose problemas. La historia de su matrimonio comienza durante su estancia en Uppark[97], y sus capítulos iniciales hacen pensar que por entonces estuvo hondamente comprometido con una búsqueda compulsiva de toda clase de desastres personales, hasta el punto de escapar por completo a su control.

La llegada de mi abuelo a un lugar tan extraño como por entonces era Uppark parece consecuente con semejante búsqueda. La viuda Lady

[97] La transcripción errónea «Up Park» se ha copiado de libro en libro, en torno a Wells, desde que él mismo diera la pista en su autobiografía. Mi padre, ahora bien, se fiaba exclusivamente de la memoria cuando decidió adoptar dicha transcripción, y lo único que tenía en mente era el uso de la zona de la servidumbre. Existe abundante documentación sobre la propiedad rural de Uppark, así como de Uppark en tanto obra arquitectónica, lo cual nos hace pensar que es Uppark la forma correcta de transcribir el nombre. En Nairn y Pevsner, The Buildings of England, Sussex, Penguin Books, 1973, pp. 358-360, se encuentra una historia exhaustiva de la mansión; un tratamiento más amplio, más atento a las cuestiones estéticas, podrá encontrarse en el volumen II de English Country Houses: Mid Georgian, editado por Country Life, Londres, 1956, pp. 29-40

Fetherstonehaugh, que residía allí con una hermana soltera, Frances Bullock, no formaba parte de la nobleza. Era hija de uno de los criados que mantenía su esposo puertas afuera, en concreto del hombre que se había encargado de mantener y cuidar la granja avícola de Sir Harry Fetherstonehaugh, aparte de ser guardabosques del coto de caza en el que Sir Harry conservaba sus ciervos. Cuando no era más que Mary Anne Bullock a secas, Lady Fetherstonehaugh había trabajado para Sir Harry en calidad de ordeñadora y lechera, y fue entonces cuando Sir Harry se fijó en ella. Tenía tan sólo dieciocho años de edad; y él tenía setenta y uno. A Sir Harry siempre le habían gustado las mujeres mucho más jóvenes que él, y cuando tenía treinta y pico años de edad llegó a contar con la custodia de una prometedora quinceañera llamada Emily Lyon; con el tiempo, ésta se convertiría en la Emma Hamilton de Lord Nelson. Librepensador, mujeriego, y en sus tiempos mozos avezado jinete, Sir Harry se había terminado por convertir en una especie de recluso después de haber tenido una considerable disputa con el príncipe regente a causa de una apuesta. Sir Harry tuvo la sensación de que el príncipe le había hecho trampas, y llegó a sentirse tan ultrajado que rompió todos los contactos con su círculo de amistades y con la vida que llevó anteriormente. Una mañana, varios años después de haberse retirado de la vida social, pasó por delante de la vaquería, en la cual Arme Bullock estaba batiendo la nata; la miró, se fijó en sus brazos bien torneados, en su hermosa cara de campesina, y quedó prendado de ella. Había hecho una pausa con intención de echarles una bronca a las responsables de la vaquería.

Al margen de las intenciones originales que pudiera haber tenido Sir Harry, el resultado eventual de aquel encuentro fue absolutamente inesperado. Sir Harry cortejó a Anne Bullock, la hizo pasar un año en Francia para que aprendiese los modales de cortesía y de buena conducta, y a su regreso se casó con ella; por entonces, ella tenía veinte años y él setenta y dos. Nadie habría augurado nada bueno de semejante salto por encima de las clases sociales y, para más inri, de las diferencias de edad, pero la joven esposa de Sir Harry demostró que era precisamente todo aquello que él había ansiado, e incluso puede que más. Aquella pareja aparentemente tan desigual vivió feliz hasta que él falleció repentinamente y en paz, en 1846, meses después de haber cumplido los noventa y dos años.

Uppark se encuentra en un terreno elevado, en medio de una campiña curiosamente dejada de la mano de Dios, casi desierta, separada del populoso valle del río Rother por las empinadas laderas de Harting Downs. Lady Fetherstonehaugh había sido ignorada y tratada con frialdad por la mayor parte de las familias del condado mientras su marido estuvo en este mundo; toda vez que Sir Harry se fue al otro, muy pocas familias de la nobleza consideraron que valiese la pena afrontar la ascensión de las empinadas laderas que les separaban de aquella mujer de procedencia socialmente tan dudosa, que habitaba entonces en la austera y hermosa casa. En ella vivían la ex lechera y su hermana menor, aparte de Miss Sutherland, la señora de compañía, y un ambiguo mayordomo, Mr.

Weaver, que había sido valet de Sir Harry y que bien podría ser, o puede que no, hijo ilegítimo de alguna de las múltiples mujeres que requebró Sir Harry en sus años más fogosos. Cuando mi abuelo llegó a la conclusión de que bien podría convertirse en miembro de aquella minúscula célula social, tan aislada y tan raramente constituida, tuvo que darse cuenta de que empezaba a acercarse peligrosamente al final, al menos por lo concerniente a su ejercicio de la jardinería como medio para ganarse la vida. Aun cuando tuviese éxito a la hora de separarse de Lady Fetherstonehaugh, aun cuando dejara de estar a su servicio sin dejar de estar a buenas con ella, una referencia procedente de semejante fuente, por prometedora que fuese, difícilmente le habría servido como carta de presentación en ninguna hacienda que de veras mereciese la pena. Más probable era que estar a su servicio redundase en su perjuicio, al plantearse la pregunta de cómo había sido posible que cayera tan bajo y tan deprisa después de haber empezado muy prometedoramente en Penshurst y en Redleaf. Llegado a ese punto, cuando se había arrinconado de una vez por todas, cuando ya tenía en la mano todos los motivos necesarios para pensar muy a fondo antes de realizar su siguiente movimiento, se marchó de aquella casa sin más ni más y se prometió a mi abuela cuando aún seguía sin trabajo.

Sarah Neal[98], que era unos seis años mayor que mi abuelo, había empezado a trabajar en Uppark siendo la doncella de Frances Bullock, y había entrado a su servicio casi un año antes de que mi abuelo fuese contratado como jardinero jefe por el propio Mr. Weaver. No era aquella una casa que mi abuela hubiese aceptado de buen grado, y lo cierto es que postergó el momento de ir a trabajar allí tanto como le fue posible; en cambio, una vez empezó a trabajar en la casa estuvo encantada. En Fanny Bullock encontró a una buena amiga, y le dolió mucho tener que darle la noticia de que se iba cuando la sombra del problema que se avecinaba, un problema que iba a abrumar a su familia, la obligó a marcharse en abril de 1853. Le consoló de alguna manera el no tener que marcharse demasiado lejos, nada más que a uno de los valles convecinos, donde su padre, George Neal, regentaba una taberna, la New Inn de Midhurst.

George Neal hizo llamar a su hija, y la obligó a quedarse en casa, porque su madre había llegado al extremo de necesitar cuidados continuos, de noche y de día. Llevaba ya algún tiempo delicada de salud, pero había empeorado notablemente cuando le fue comunicada la muerte de una hermana suya. Cuando mi abuela llegó a la New Inn, descubrió que su madre estaba tan seriamente enferma como en efecto se le había dicho, pero aún le preocupó mucho más el extraño aspecto de su padre y su comportamiento, rayano en lo incomprensible. Pasados unos dos o tres días, a lo largo de los cuales tuvo tiempo de darse cuenta de que su madre se estaba muriendo, mi abuela decidió que el desasosiego de su padre podía atribuirse a unos sentimientos lógicos y naturales, habida cuenta de las circunstancias. En consecuencia, le cogió totalmente desprevenida el que su padre padeciese un ataque y falleciese en cuestión de horas, ya a

[98] Diario: S. W. Wells Papers. Inédito

finales de agosto. En un primer momento, a su madre no pareció afectarle aquel fatal desenlace, pero al día siguiente al funeral de su marido se volvió loca. A mi abuela todo aquello le tuvo que resultar tanto más duro por el hecho de que su madre se transformase de la noche a la mañana en una completa desconocida, hostil e incluso violenta, sobre todo si se tiene en cuenta la situación en que fue a encontrarse. Su padre estaba hasta las orejas de deudas, y tan pronto se enteraron de su muerte, sus acreedores cayeron en tropel sobre la New Inn, dispuestos a sacar tajada y cobrarse sus deudas fuera como fuese. Mi abuela tuvo que defenderse de ellos y mantenerlos a raya tan bien como pudo, al tiempo que se ocupaba de disponer el funeral, de cuidar de la loca y de su hermano menor, que tenía tan sólo doce años.

George Neal había sido un hombre de talante tranquilo, perezoso, expansivo y optimista, víctima de un hábito compulsivo de vivir por encima de sus posibilidades. En 1833 esta tendencia suya se reforzó con desastrosas consecuencias, pues llegó a sus manos una herencia suficientemente copiosa como para producirle la peligrosa ilusión de que se había convertido en un hombre de posibles, capaz de arrostrar el riesgo de contraer sustanciosas deudas. Hechizado por esta ilusión se hizo cargo de la Fountains Inn, en Chichester, y la regentó con aires de lujo y ostentación por espacio de siete años. Después se mudó a la New Inn, en Midhurst, donde a lo largo de trece años nunca fue capaz de saldar la pesada deuda que ya se había traído consigo. La tensión que tuvo que producirle el vivir a sabiendas de que el tiempo jugaba en contra de él, y de que existía la posibilidad de que sus acreedores le encarcelasen en cualquier momento, da cuenta del comportamiento distraído e imprevisible que tanto aterrorizó a mi madre cuando dejó Uppark para regresar a su casa; asimismo, posiblemente justifica el que su madre perdiese la chaveta después de su muerte. La loca había equiparado el entierro de su marido con su encarcelamiento y, considerando que su hija era la responsable del caso, hizo caer sobre ella un diluvio de abusos y ataques indiscriminados, acusándola constantemente de ser una jovencita cruel y de haber provocado que encerrasen a su padre.

Mi abuela tuvo que pasarlo francamente mal, y entristecerse una barbaridad por todo aquello, hasta que su madre recobró al menos en parte la cordura, hecho que, si bien le produjo un cierto consuelo, no vino a suponer que Mrs. Neal experimentase ninguna mejoría. Mi abuela tuvo que velar a todas horas junto al lecho de su madre. Gracias a ello se le concedió un cierto respiro: los acreedores de su padre, por empecinados que fuesen a la larga, no eran personas de inclinaciones viciosas; cuando vieron en qué situación se hallaban las cosas, retrocedieron y aguardaron hasta que Mrs. Neal también hubiese fallecido. Tuvieron que sentirse un punto descorazonados, por no decir inquietos, al comprobar que aquella mujer aguantaba todo septiembre, octubre e incluso noviembre, dado que pasaron a la acción con brusquedad, insensiblemente, tan pronto hubo fallecido la señora. De inmediato, se pusieron en contacto con el abogado que defendía los intereses del lamentable patrimonio de George Neal para decirle que no estaban dispuestos a esperar ni un día más. El abogado dio

a mi abuela la mala noticia inmediatamente después del funeral. Imagino que, al abogado, mi abuela tuvo que parecerle una persona difícil de tratar, aparte de que debió de serle bastante embarazoso, por cuanto que ella no tenía ni la menor idea de cuál era la realidad en que se encontraba. Ella se había aferrado a la idea de que con suerte podría convencer a los dueños de la New Inn a fin de que le permitieran hacerse cargo del arrendamiento de su padre. Cuando el abogado le dijo que de ninguna manera, ella le indicó que, fuera como fuese, había que dar con una solución que a ella le permitiese dar cobijo a su hermano al menos hasta que tuviera edad suficiente para valerse por sí solo. En un último esfuerzo por hacerle entender cuál era su situación, el abogado la sobresaltó comunicándole que, técnicamente hablando, era pobre de solemnidad y que, hablando estrictamente, no tenía ningún derecho a reclamar ni una sola de las pertenencias de su padre o de su madre, ni siquiera las más íntimas. Todo lo que se encontraba dentro de la New Inn, hasta la última baratija, hasta lo más privado, pertenecía en términos legales a las personas que habían retenido las cartas de endeudamiento de su padre durante varios años. Cuando, aun en tal momento, mi abuela se negó en redondo a reconocer que lo había perdido todo, se vio atenazada por una amenaza verbal más contundente aún. Si no disponía del dinero necesario para mantener a su hermano donde fuese, cabía la posibilidad de que a él se le acogiera obligatoriamente en los talleres de Midhurst en calidad de pobre de solemnidad; allí le darían comida y cama. A la mañana siguiente, el agente de los cerveceros que eran técnicamente ya dueños de la taberna acudieron a comunicarle que era su deber desalojar los locales en un plazo de veinticuatro horas, con objeto de que los nuevos arrendatarios pudieran instalarse. A ella, el mundo entero se le hizo añicos entre las manos. Había perdido a su padre, a su madre, y había perdido su casa; se había quedado sola en el mundo, sin ningún lugar al que ir, y tenía a su cargo a un chaval que aún no había cumplido trece años.

Mi abuelo se había dirigido a mi abuela llamándola «Mi queridísima Sarah» ya desde finales de 1852, aun cuando no anunciaron oficialmente su compromiso de boda hasta que ella se marchó de Uppark, en abril de 1853. Mi abuelo renunció a su puesto de trabajo en Uppark un mes después que ella se hubiese ido, y decidió que lo primero que debía zanjar, aun estando sin trabajo, era precisamente dicha cuestión, para lo cual la siguió a la New Inn tan pronto pudo. Cuando su compromiso fue formalmente reconocido y bendecido por George Neal, mi abuelo marchó a Gloucestershire a quedarse una temporada con su hermano Charles-Edward, que era granjero en Minsterworth, mientras se buscaba un nuevo empleo. No encontró ninguno, y seguía pues sin trabajo cuando tuvo conocimiento de la abrumadora manera en que se habían resuelto los problemas de su prometida. Viajó al Sur a toda velocidad, para prestarle todo el apoyo de que fue capaz. Se casaron siete días después de la muerte de su madre, el 22 de noviembre de 1853. La dificultad intrínseca del obtener una licencia especial a toda prisa les obligó a desposarse en un entorno poco o nada familiar, en la iglesia de St. Stephen, sita en Coleman Street, en la City londinense, y entre desconocidos. Aquel improvisado evento no estaba a la altura de lo que mi abuela se esperaba

de una boda. No había existido ninguna clase de «preparación» previa, ella vestía de luto, y no con el blanco reluciente de la novia, aparte de no disponer de la consabida dama de honor. Entre el 22 de noviembre de 1853 y el 1 de enero de 1854, mi abuela estuvo muy atareada en una labor que no iba a augurar nada bueno a su matrimonio. El producto de aquella su extrañísima actividad se halla hoy custodiado en la Sala de Libros Raros de la Universidad de Illinois, en Champaign-Urbana, etiquetado como diario suyo. No es ésta la mejor definición de lo que en realidad se trata, aun cuando su segunda parte, registrada en un viejo diario impreso para ser utilizado a lo largo de 1835 es ciertamente un genuino recuento de su vida día a día, desde el 1 de enero de 1854 y en lo sucesivo. Lo que lo distingue de la inmensa mayoría de los diarios es que la entrada correspondiente a ese día no es, de ninguna manera, la primera entrada del volumen. Esta entrada aparece tras cuarenta y siete páginas de extractos cuidadosamente reproducidos, entresacados de sus diarios anteriores, que comprenden los años que van de 1845 a 1853. Los diarios originales, de los cuales fueron entresacados estos extractos, no han llegado hasta nosotros; es hasta cierto punto legítimo suponer que fueron destruidos después de que mi abuela procediese a releerlos. Evidentemente, no hay nada siniestro en un procedimiento semejante: una mujer recién casada podría disponer de muy diversas razones para suprimir una serie de asuntos que sin tener plena conciencia, con la guardia baja, hubiese confiado a sus diarios privados antes de conocer al que había de ser su esposo. Sin embargo, existe una cierta particularidad en la versión seleccionada de sus diarios prematrimoniales; no contiene ni una sola referencia a mi abuelo, con lo cual da a entender que no le tenía en ninguna consideración. La única sugerencia relativa a la naturaleza de sus sentimientos hacia el hombre que acababa de desposarla, la única que parece haberse colado de rondón, es una anotación sumamente ambigua, y relacionada con la muerte de su padre: «*La noche en que murió, me dio un beso y me dijo: "No llores, hija mía. ¡¡¡Sé que cuentas con uno que será bueno y amable contigo!!!"*» Es, obviamente, muy discutible que estos tres signos de exclamación tengan ningún significado, pero conviene señalar que el resto del documento muestra a las claras que era costumbre inveterada de mi abuela el poner tres signos de exclamación al terminar de relatar algo que hubiesen dicho o hecho mi abuelo o sus hermanas, algo que, en todos los casos, a ella le hubiese parecido particularmente insensible e incluso violento. Estoy persuadido de que esos tres signos de exclamación sustituyen un comentario del estilo de «¡Cuánto se equivocaba mi pobre padre!». Las entradas que siguen al primero de enero de 1854 respaldan esta lectura. El resto del diario no es tanto un registro de los acontecimientos cotidianos cuanto una acusación en toda regla. En él, mi abuela registra el origen y el desarrollo de todas y cada una de las penas que le causó su marido, de todas y cada una de sus quejas contra él; por si fuera poco, celebra con tristeza el aniversario de cada ofensa. Lo que más puede aproximarse a una referencia apreciativa de aquel pobre hombre, que yo recuerde haber leído, es una en la que menciona que se ha sentido muy feliz porque él ha tenido la amabilidad y la decencia de acompañarla a la iglesia. Tomadas colectivamente, todas estas entradas dejan ver muy claramente que ella

no le tiene ningún aprecio, que no consigue pensar en él como en un compañero, y que contempla el matrimonio como una trampa en la que se ha visto repentinamente atrapada. El paso del tiempo no sirve para mejorar su situación anímica. «*Hace diez años esta noche* —anota el 31 de agosto de 1863— *que murió mi pobre padre y desde aquel tristísimo momento empezaron a darse nuevos problemas en mi vida que hasta la fecha continúan*.»

Seis meses después, su hija mayor, una muchacha a la que puso por nombre Francés en recuerdo de Fanny Bullock, a la que siempre llamó Possy, murió, lo cual le dio ocasión de contar con otro aniversario. «*Hoy hace un año que mi niñita estaba enferma* -anota el 10 de enero de 1865-. *Sin embargo, ay, me alegro que mi dulce niña con toda su inocencia fuese arrebatada de este mundo en el que todo son penas. ¿Qué felicidad he conocido yo como esposa? Se me ha tratado morosa y desagradablemente y he pasado a solas noche tras noche, cuidando de mis niños en su cama hasta irme a trabajar: trabajar, ése es el destino de toda mujer por ser esclava del hombre*.» Su resentimiento para con la conducta de mi abuelo llega a hincharse hasta el extremo de sofocar el dolor que le ha producido la pérdida de su hija casi con tanta rapidez como en el caso de su padre. Su tema es constante: todo lo que tiene que aguantar en esta vida, y no es poco, tiene una única causa, a saber, su implicación matrimonial con mi abuelo. Él le ha fallado en todos los respectos, y ella no tiene nada que agradecerle. El documento, en conjunto, deja bien claro que este matrimonio ya iba al garete a los cuarenta días de haberse celebrado; mi abuela, por su parte, siempre estuvo determinada a dejar que así fuera.

Mi abuelo en realidad no se encontraba sin empleo cuando se celebró la boda; había encontrado un trabajo de chico para todo en Trentham, en Statfordshire, aun cuando casi fuera incluso peor que no tener trabajo, dado que no se contemplaba la posibilidad de dar vivienda a un hombre casado. En consecuencia, mis abuelos partieron a las pocas horas de celebrada la boda, y así como él regresaba a las Midlands, a ella la dejó a su aire, para que fuese a visitar a sus parientes, en el Sur. La pareja tuvo que vivir separada hasta el mes de abril. Mi abuelo encontró entonces algo que a priori era su ideal, el trabajo de Shuckburgh, en donde iba a ser jardinero jefe, aparte de contar con diez hombres a sus órdenes. Iba a ganar veinticinco chelines por semana, lo cual, conviene decirlo, no era un mal salario en aquella época; además, iba a disponer de un alojamiento que mi abuela recordaría más adelante como «una bonita casa de campo, con una preciosa huerta y un jardincillo». El nuevo patrón[99] de mi abuelo fue, de hecho, el único revés de la fortuna. Era un bebedor muy proclive a toda clase de abusos, cuya mujer e hijos vivían constantemente atemorizados por lo que pudiese hacer en su próximo estallido de violencia. Tenía fama en la región por las peleas que mantenía con los suyos, y mi padre tuvo su primera disputa con él al mes de haber llegado. Que pudiese aguantar allí tanto tiempo como aguantó es testimonio de

[99] Comunicación oral: Sir Charles Shuckburgh, propietario de la finca en el momento de la redacción de este libro

que su patrón, por veleta y temperamental que fuese, aún tenía una pizca de decencia. Avanzado el otoño de

1854 mi abuela estaba visiblemente embarazada, y la niña nació en enero. La niña se ganó a la familia pasados unos meses de malhumor y de improperios, pero mi padre terminó por recibir el despido en julio, y en agosto tuvo que marcharse.

Sarah Wells, tal como ya era conocida[100], pasó el mes de septiembre de 1855 de visita por las casas de los parientes de su esposo mientras éste viajaba sin cesar, ofreciéndose, junto con su disuasorio curriculum, claro está que sin éxito; se sometió a un frío escrutinio por parte de una interminable sucesión de posibles patrones. En octubre, cuando por fuerza tuvo que tener bien claro que había llegado al cabo de la cuerda, al menos por lo que tocaba a su carrera de jardinero, un primo suyo, un tal George Wells, le hizo una proposición. Podría disponer de una casa propia, y de un agradable y pequeño negocio con el cual financiarla, por la módica cantidad de cincuenta libras, aparte del reintegro de las cien primeras libras de cualquier suma que pudiera recibir en herencia de su padre. A cambio de ello, iba a disponer del alquiler de un negocio que constaba de una tienda y del piso superior, todo ello conocido como Atlas House, en el 4 7 de High Street, en Bromley, junto con las existencias almacenadas en el negocio de lozas y porcelanas que su primo había regentado en aquel mismo local. Ante la proximidad del invierno, ante la escasez de sus reservas en moneda, ante el hecho incontestable de que su familia empezaba a mostrar síntomas de inquietud, si no de impaciencia, mi abuelo terminó por considerar irresistible aquella proposición. El 23 de octubre de 1855 se trasladó a Atlas House con su esposa y su hija.

«*Y así se encontraron atrapados*», dice mi padre en su autobiografía cuando le llega el momento de comentar este punto. Parece seguir de cerca los diarios de mi abuela cuando decide proponer la versión de que George Wells había visto muy verde a mi abuelo, cargándole así con el mochuelo de un negocio desesperanzado e inviable, que de ninguna otra manera se podría haber quitado de encima, tal y como era su deseo. Mi padre además acentúa la agonía, y endurece aún más las condiciones de la mudanza al hablar de mi abuela. «*Mi madre* —comenta— *se mudó al 47 de High Street con una criatura en brazos y justo a tiempo de traer al mayor de mis hermanos al mundo, nada más llegar*.» Comoquiera que el mayor de sus hermanos no nació hasta bien entrado el año 1857, hay que considerar que la suya es una curiosa manera de expresar aquellos acontecimientos. El error, creo yo, apunta a una conciencia subliminal relativa a que mi abuelo no se estaba portando de la mejor de las maneras con mi abuela; en aquel momento, mi padre interpreta por este motivo que estaba explotando de manera más o menos brutal su vulnerabilidad en cuanto mujer, o, incluso, en cuanto la particular clase de mujer que en realidad era.

[100] Diario: S. W., op. cit

Mi abuela parece haber tomado la decisión de que iba a ser doncella de una señora ya a muy temprana edad. Algunos de los biógrafos de mi padre han querido sugerir que «se la había educado para ser ella misma una señora», y que se había sentido decepcionada y muy dolida cuando tuvo que emplearse en calidad de sirviente, pero en realidad éste es un error que procede de la consideración de que pasase, de joven, tres años en la escuela de Mrs. Riley, en Chichester, sin que nadie parezca haberse preguntado qué clase de escuela era aquella, ni haberse parado a considerar el significado de lo que hizo durante aquellos tres años. La de Mrs. Riley no era una escuela a la cual acudieran las jóvenes damiselas; sus alumnas eran, antes bien, hijas de los comerciantes de los alrededores, muchachas que de una u otra manera iban a tener que ganarse la vida si es que no llegaban a casarse con un hombre de posibles. Mi abuela fue a la escuela de Mrs. Riley en calidad de aprendiza, primero de modista y después de peluquera. Siendo hija de un hombre que regentaba un local público, un local que no era además particularmente elegante, pertenecía precisamente a esa clase social indeterminada, situada en tierra de nadie, de la cual procedían habitualmente las criadas de las señoras. Aquel trabajo era un trabajo que ninguna muchacha procedente del campo, ni de cualquier casa en la cual no recibiese una educación apropiada, podía aspirar a ocupar; era necesaria cierta clase de conocimientos que, lisa y llanamente, no era posible aprender cuando una estaba situada en el extremo erróneo de la línea que une a la pobreza con la riqueza. Las doncellas al servicio de las señoras debían estar preparadas para atender a sus amas desde el momento en que se levantaban por la mañana hasta la hora en que se acostasen, sin importar cuan tarde pudieran acostarse; tenían que estar en todo momento a mano para ayudarlas a vestirse, a desvestirse, a volverse a vestir, así como a peinar y repeinar sus cabellos, y a acicalarlas a todas horas, a tenor de la ocasión social que se presentase. Y cuando no estuviese atendiendo a su señora, la doncella tenía que ocuparse de sus ropas, cosiéndolas o modificándolas según fuese necesario; tenía que ocuparse de su ropa interior, de coserla, lavarla y retocarla; tenía que estar al tanto de sus sombreros, de componerlos, arreglarlos y modificarlos según lo que fuese necesario; tenía que preparar todas las cremas faciales y las lociones que hiciesen falta; aparte de todo eso, tenía que estar dispuesta a hacer lo que se le pidiera y lo que se diera por sentado que iba a hacer, como planchar, almidonar, limpiar, lavar y recoger. Por poco o nada atractivo que aparentase ser semejante grado de servidumbre, sobre todo si se observa desde un punto de vista estrictamente contemporáneo, teniendo en cuenta cómo era una persona de la calidad humana de mi abuela, para ella sí que tenía un trabajo así un atractivo indiscutible. La muchacha que conseguía un puesto de estas características participaba hasta un extremo asombroso de la vida de su señora, y vivía, aun cuando fuese vicariamente, una existencia exclusiva de la clase más alta, en la medida en que fuese capaz de retener su puesto de doncella. Esta doncella al servicio de una señora pasaba la mayor parte del día en el atractivo y comodísimo mundo del piso de arriba, lejos del resto de la servidumbre, y siempre que fuese capaz de estar a la altura de una conversación ligera, sin presunciones, a menudo su ama la trataba

con amabilidad, como a una compañera, tanto cuando estaba en la casa como cuando se marchaba de viaje. Los verdaderos momentos de gloria de una doncella de estas características se producían cuando podía ocupar su sitio en un carruaje, codo a codo con su ama, o cuando tomaba asiento en el dormitorio de ésta, esperando a atenderla cuando quisiera irse a dormir; aparte de la doncella, ningún otro sirviente, con la excepción del ama de llaves, podía permanecer sentada más de un instante en presencia de su amo, ya fuera en público o en alguna de las habitaciones reservadas a la familia en el piso de arriba.

Al final, sin embargo, se trataba de un futuro posible que bastaba para que un puesto de tales características valiese la pena. Siempre y cuando la doncella pudiera ganarse la confianza de su ama, y conservarla, la doncella tenía grandes posibilidades de llegar a ser el ama de llaves… a su debido tiempo. Ese ascenso la convertiría en administradora de toda la casa, aparte de ser la persona de confianza de su señora en todos los asuntos relacionados con la faceta práctica de la administración de la casa. La doncella no tenía ninguna prerrogativa sobre las dependencias de la casa; no tenía acceso a las llaves de los cajones y los armarios, ni siquiera a los que custodiaban la ropa blanca, y carecía, por supuesto, del poder de contratar al personal femenino; ahora bien, el ascenso de un nivel al otro a menudo daba pie a que la doncella pensara, con razón, en detentar estas y otras responsabilidades. Una vez cumplido ese ascenso, cuando le llegase el momento de jubilarse podía, siempre y cuando se hubiese promocionado dentro de la jerarquía de la servidumbre, contar con el disfrute de una

reducida pensión y una casita en el campo, por supuesto libre de cargas, hasta su fallecimiento. Esta carrera, cuyas recompensas en principio bastaban para atraer a muchísimas chicas que, como era el caso de mi abuela, tenían una serie de ambiciones muy limitadas y la necesidad de algo sólido a lo cual aferrarse contra viento y marea y que, pese a todo, tenían un único vinculo con el puesto, imponía un único requisito, un requisito indispensable: la mujer que desease tener éxito en semejante carrera tenía que dar la espalda en redondo al mundo del amor y, para qué hablar, al matrimonio; dicho en otros términos, la doncella al servicio de una señora de ninguna manera podía contar con gozar de una vida propia.

Puede que sea ir demasiado lejos aseverar que mi abuela nunca fue una chica proclive al matrimonio, pero la verdad es que da la sensación de que había tomado la resolución de apañárselas sin amoríos ni casorios, por lo menos cuando empezó a trabajar en Uppark. Se trataba de una resolución a la cual habían llegado infinidad de hombres y mujeres, bajo la presión de las circunstancias prevalecientes en una época tan sumamente difícil. De cada cien mujeres británicas de edades comprendidas entre los veinte y los cuarenta, nada menos que cuarenta se quedaban sin casarse; tres millones de personas de ambos sexos, comprendidas en esta franja de edades, se hallaron en idéntica condición: se trata de una cifra formidable en comparación con la población total de aquella época, que sobrepasaba con mucho los dieciocho millones. Mi

abuela tuvo que haber percibido la fuerza inapelable del más sensato de los argumentos en pro de la evitación del matrimonio, el mismo que prevalecía en la mentalidad de aquella enorme cantidad de personas: dicho muy concisamente, ser pobre y tener hijos equivalía a ser más desdichado que nadie. Por si fuera poco, pienso que probablemente también encontró respaldo a su manera de pensar en sus propias inclinaciones. Buena parte de las entradas que rescató de sus diarios anteriores hacen pensar que hubo algo en su crianza que la predispuso a desconfiar de los hombres, y que su primer encuentro más o menos íntimo con un hombre le dejó un poso de recuerdos ingratos. Aun cuando no hubiese tenido un evidente rechazo hacia los aspectos puramente mecánicos del sexo, sí que le había disgustado infinito encontrarse en una situación en la cual siempre se vio compelida a desconfiar de cualquier hombre.

Y entonces, cuando cumplió los treinta años de edad, se enamoró de Uppark. Antes de irse a trabajar allá había desempeñado dos puestos de principiante con familias pertenecientes a la pequeña nobleza, pero aun cuando hubiese cumplido sobradamente bien en ambos casos, aun cuando ambas familias le hubiesen tomado cariño y aun cuando ambos patrones la hubiesen tratado con generosidad, sus experiencias en tales casas no le habían proporcionado una idea clara de lo que significaba ser una de las principales criadas de una gran casa. Cuando entró en Uppark, tuvo que haber tenido la sensación de ingresar en un nuevo mundo, un mundo por encima de la mezquindad y la presunción de la economía, libre de toda incertidumbre, en el cual no habría de faltarle nada, en el cual otros se encargarían de cocinar para ella, de atender a sus necesidades, aparte de estar espléndidamente alojada, durante tanto tiempo como fuese capaz de satisfacer a sus patronas.

Cuando digo «espléndidamente alojada» pudiera parecer que introduzco una consideración tal vez fuera de lugar, pero estoy del todo seguro de que fue un hecho que tuvo un predicamento especial sobre aquella chica procedente de la New Inn. Uppark se construyó en su día, sin pararse a considerar los gastos, gracias a un hombre asombrosamente rico de la época (1685-1690), antes que la ligereza se introdujera en los usos habituales en tanto virtud arquitectónica, cuando el peso, el porte y la sustancia aún seguían apreciándose como elementos constitutivos de la grandeza del estilo arquitectónico. Hasta sus rasgos más despreciables —pongamos por caso, las escaleras de servicio por las cuales tenía que subir y bajar a diario mi abuela en sus idas y venidas, entre las dependencias de la planta baja y el dormitorio y el vestidor de su señora en la primera planta—, están en consecuencia dotados de un grado de fuerza y de solidez que aún resultan de talante indudablemente románico. Incluso en su aposento, un dormitorio diminuto en el ático, mi abuela podía tener la absoluta seguridad de hallarse bajo un techo nobiliario. Y, tal y como muestra esa porción seleccionada de sus diarios, tal como ella pretendió que mostrase, no solamente fue feliz por trabajar en un escenario tan espléndido, sino que incluso adoró, positivamente, la posición de que pudo disfrutar al hacerlo. Cuando acompañaba a sus dos señoras a las

poquísimas grandes casas de la comarca en las que eran bien recibidas, se la alojaba en las estancias del ama de llaves, en calidad de miembro del servicio superior de una hacienda de pro, en calidad de criada a la cual pertenecía por derecho adquirido ese lugar. «*Visitamos a Lord Leconfield a comienzos del verano del cincuenta y dos; estuve allí entre viejas y gratas amistades*», escribió con una cierta contención en su diario. Y gozaba a más no poder con pequeñeces como sus paseos en coche con Fanny Bullock, así como con su primera visita a Londres, adonde acudió con sus amas para ver todas las maravillas albergadas en la Gran Exposición Universal del asombroso Crystal Palace de Paxton. Entonces fue más feliz, y estuvo más segura de su futuro, que en toda su vida; gozó de un alojamiento espléndido, y descubrió que su adorable señora era cada vez más su amiga íntima. Empezó a entrever por delante todo un camino, atractivo y claro a más no poder. Y más o menos entonces hizo su irrupción mi abuelo; tras haber despertado momentáneamente en ella algo más poderoso incluso que sus prejuicios o su determinación, la cogió desprevenida, le hizo perder el equilibrio, aprovechando que ella estaba destrozada a causa de la repentina pérdida de sus padres, y se casó con ella sin darle tiempo a reponerse.

Ahí radica la primera, enorme causa del pasional resentimiento que ella reprodujo en su terrorífico diario. Mi abuela nunca perdonó a mi abuelo que diera al traste con su prudentísima resolución, desgajándola abruptamente de la masonería y la seguridad que le había dado el mundo de los criados superiores en el cual había sido tan feliz. Soñó noche y día con reingresar en ese mundo y, es curioso decirlo, al final su sueño se hizo realidad. Tenía treinta y tres años en 1855, cuando nació su primera hija, Francés. Sus dos hijos nacieron después, Frank en 1857 y Fred en 1862. Mi padre nació en el otoño de 1866. dos años después que muriese aquella niña a la que tanto había amado. Catorce años después de su deceso, tan pronto pudo ponerse a ello con la mínima decencia, lanzó a mi padre de manos a boca al mundo del trabajo, en calidad de aprendiz de tapicero, y dejó a su marido compuesto como estaba, para volver a servir en una casa.

En el curso normal de los acontecimientos, a una mujer de cincuenta y ocho años de edad que en tiempos había sido doncella de una dama, le habría resultado de todo punto imposible encontrar nada mejor, si acaso, que un empleo de ama de llaves y acompañante de una viuda de pocos posibles o, en el mejor de los casos, cocinera de algún solterón o de algún viudo venido a menos. Mi abuela, sin embargo, se las ingenió para inventarse un destino hecho a su medida. No había dejado de estar en contacto con su señora, Francés Bullock, a lo largo de todos los años que había echado a perder en Atlas House. Sus cartas abundantes y sus visitas ocasionales a Uppark habían mantenido vivo el antiguo afecto de su señora. Lady Fetherstonehaugh había fallecido en 1875, dejando a su hermana como única heredera de la casa y de la hacienda, y cuando el ama de llaves falleció a su vez, unos cinco años más tarde, a Fanny Bullock le agobió lo indecible la idea de que muy pronto iba a encontrarse viviendo rodeada por desconocidos. Comoquiera que no le agradó ni lo

más mínimo semejante perspectiva, rebuscó en su pasado para encontrar a alguien que pudiera hacerse cargo de la casa, y se le ocurrió de inmediato el nombre de aquella Sarah Neal, que tan devota había sido siempre para con ella. Estoy seguro de que mi abuela vio en este llamamiento una respuesta a sus oraciones. Sin duda, fue algo extraordinario: se le brindaba de nuevo la ocasión de volver a aquel ya muy lejano momento de su vida en el cual había cometido su único, catastrófico error, para empezar de nuevo desde cero, tal y como si nunca se hubiese fijado en mi abuelo, como si nunca hubiese consentido que las pasiones de él gobernasen todos sus sentidos. A ella le pareció, por fuerza, una dispensa especial. Iba a librarse, milagrosamente y en un santiamén, de todas las consecuencias de su incongruente matrimonio. Mi padre, quien al fin y a la postre era una de tales consecuencias, no pudo compartir su inmenso placer ante este giro de los acontecimientos, aparte de no estar dispuesto a que se librara de él con tanta facilidad.

Capítulo IX

"— ¡Hoyo! —exclamó Mr. Polly: acto seguido, y solamente por cambiar, reiteró con gran énfasis— : ¡Oh! —y a continuación se salió con uno de sus peculiares y particularísimos giros idiomáticos—, ¡Oh! ¡Qué bestialidad de estornudo, qué hoyo!"[101]

The History of Mr. Polly

No estoy ni mucho menos seguro acerca de cómo pudiera ser en realidad la casa que perdió mi padre cuando mi abuela se fugó rumbo a su propio pasado. En el segundo capítulo de su *Experimento autobiográfico*, en la sección titulada «Orígenes, I. 47, High Street, Bromley, Kent», nos hace recorrer a los lectores un trayecto turístico con guía a lo largo y ancho del inmueble. Durante un buen rato, no nos encontramos con nadie. Subimos y bajamos por aquellas escaleras sin alfombrar, examinamos la espantosa cocina que había en el sótano, nos fijamos en qué mal situado se encuentra el horno de carbón, qué a desmano está; pasamos luego al jardín de atrás, se nos muestra el maloliente cobertizo del retrete, un simple agujero en tierra, todo esto sin topar con un solo ser vivo. Ahora bien, mientras asomamos la nariz por la tapia divisoria que había al fondo del jardín de atrás, por fin descubrimos a alguien. Ojo, que no se trata de un miembro de la familia; es Mr. Covell, el carnicero, y nos lo encontramos ensangrentado hasta los codos, en

[101] Por desgracia, el enrevesado juego de palabras es irreproduciblc en castellano, debido a la absoluta similitud gráfica que existe entre la tópica exclamación atribuida a los españoles y la palabra «hoyo», «agujero», que en inglés es hole. (N. del T.)

plena matanza semanal, ocupado en despachar la cantidad asignada de cerdos, corderos y terneros. Sin embargo, es evidente que no se nos ha traído hasta aquí para enterarnos de nada que concierna a Mr. Covell. Mi padre se limita a mostrarnos que de lejos, más allá de la carnicería en donde faena el matarife, se entrevé el cementerio y la vieja iglesia parroquial de Bromley. A medida que el lector estira el cuello en esa dirección, mi padre nos refiere que el cuerpo de su hermana Francés, muerta en la flor de la edad, se encuentra enterrado en medio de las musgosas tumbas y las lápidas escoradas.

Regresamos después hacia la casa, y de inmediato se nos ofrece a modo de recompensa la visión de uno de los integrantes vivos de la familia. Vemos por un momento a mi abuelo, que en esos instantes comprueba que está en su sitio su partida de vasijas y fuentes de cerámica de barro rojizo, cocido al horno, en el estrecho callejón cubierto que separa el edificio número 47 del inmueble contiguo, en el cual reside Mr. Munday, dueño de una tienda de artículos para caballeros. No se nos permite, de todos modos, observar durante demasiado tiempo a mi abuelo en su ocupación cotidiana; ni siquiera se nos dice cuál es su nombre y apellido. Antes bien, somos víctimas de un torbellino que nos arrastra a una de las presentaciones de una madre más extrañas que se puedan encontrar en cualquier ejercicio autobiográfico de la literatura inglesa. Llegamos a dicha presentación dando un peripatético rodeo. Mi padre nos llama la atención sobre el otro lado del número 47, y nos muestra el añadido que Mr. Cooper, el sastre, ha construido en la trastienda de su establecimiento. Nos indica que se trata de un taller, en el cual los empleados de Mr. Cooper cortan los patrones y cosen las piezas de los trajes, las chaquetas y los pantalones encargados por sus clientes. El problema es que desde las ventanas del taller se domina a pedir de boca el camino de tierra batida que conduce desde la puerta de atrás del número 47 al cobertizo del retrete que se halla al otro extremo del jardincillo. Para mi abuela, se nos indica, siempre fue motivo de notable preocupación el no tener jamás la certeza de que los empleados de Mr. Cooper, mozalbetes y hombres hechos y derechos por igual, espiasen o no sus idas y venidas por el camino. Tal pensamiento lleva a otros similares, como las cerezas sacadas de un cesto que se enganchan unas con otras, y es entonces cuando se dirige la atención de los lectores hacia el lecho de flores que hay junto al cobertizo del retrete; en tan triste pedazo de tierra jamás crecería ni una planta, según nos enteramos, porque los gatos del callejón lo utilizaban en masa como urinario. Una vez introducido el tema de la jardinería de esta manera, de rondón, mi padre prosigue diciéndonos que mi abuelo fue un jardinero de notable determinación; para demostrarlo, nos muestra la enredadera que cubre buena parte de la tapia trasera del número 47. Ha conseguido que prospere, aun cuando fuese plantada de manera poco o nada prometedora en un agujero abierto entre los ladrillos del suelo, cerca de la puerta de atrás.

De nuevo nos introducimos en el interior de la casa, con objeto de saber cuan míseramente amueblada está, con qué podridos artículos de segunda mano. Y entonces, de sopetón, mi padre pasa a decirnos que sus

padres durmieron en habitaciones distintas desde que le alcanza la memoria, y prosigue diciendo que tiene la convicción de que esta disposición a la hora de dormir constituía un sucedáneo de las técnicas de control de la natalidad. Introduce esta observación para decir que tiene dos hermanos mayores, y pasa después a hablar de las cucarachas. Su recuerdo es que existían estos insectos en el número 47 en tal cantidad que el recinto despedía por norma general ese olor apestoso, inequívoco, de las cucarachas reventadas a pisotones, o bien al aceite de parafina con que mi abuelo empapaba las tablas de la tarima y los rodapiés, con la vana esperanza de que las cucarachas encontrasen otro alojamiento que no fuese su casa. Mi padre pone punto final a la digresión con la agria observación de que cada parte de la casa despedía su característico olor. De algún modo, esta observación sirve para airear el ambiente, con lo cual anuncia que ha concluido la descripción del medio en que vino a este mundo, y que ha llegado el momento de decir algo más acerca de su padre y su madre. Intentará, así pues, hacemos saber qué clase de personas eran, y de qué manera terminaron por habitar en tan repulsivo agujero. Nos dirá incluso cómo se llaman. A pesar de la viveza con que evoca mi padre los horrores de Atlas House, hay algo en su manera de presentarlos que me hace pensar que esta descripción es mucho más subjetiva que objetiva, y que la imagen que va pintando bien podría estar mucho más relacionada con los sentimientos de su propia madre que con la realidad física del lugar. Por viejas fotografías he podido saber que el edificio era uno más dentro de un grupo de construcciones características de la arquitectura clásica de la calle mayor de una pequeña localidad inglesa, cada una de las cuales tenía dos plantas y una más, abuhardillada, encima de la planta baja, dedicada al establecimiento comercial del que vivía la familia. Se diría que a este tipo de edificaciones se les dio en su día una engañosa apariencia victoriana debido a las remodelaciones de las fachadas, muy al estilo de finales del siglo pasado, si bien su aspecto en general deja entender muy a las claras su pertenencia a un tipo de edificios muy común y extendido, que datan de los siglos XVI y XVII y que fueron modernizados entre 1770 y 1840. Se añadieron nuevas fachadas de ladrillo visto a la planta baja, o bien fueron sometidas a ciertas alteraciones de naturaleza más formidable incluso, como la reconstrucción integral de toda la fachada. Atlas House, así como las casas colindantes, me da la sensación de que fue objeto del tratamiento más drástico, tras lo cual quedó dotada de un conjunto de estancias de estilo georgiano, que daban a la calle y que ocultaban la envejecida estructura de vigamen de madera situada a sus espaldas. La descripción que de todo ello hace mi padre suena en parte como si se tratase de una casa de arrabal, en pésimas condiciones, cuando fue su hogar, pero lo más probable es que fuese entonces lo que siempre había sido, es decir, una sólida edificación construida por un comerciante, que cualquiera que hubiese sido feliz incluso solamente a medias habría considerado un hogar sobradamente confortable y placentero. A pesar de los pesares, mi abuela jamás le dio la menor oportunidad. En sus diarios queda bien claro que aborreció Atlas House desde el momento mismo en que posó en ella su mirada, y que ya en sus primeros días de estancia bajo sus tejados tomó la inapelable decisión de que George Wells los había engatusado a

todos para que adquiriesen la propiedad de la casa antes de que sus negocios diversos quedasen abocados a la bancarrota. El tono que da a todas sus referencias al lamentable y desaliñado estado de las habitaciones en las que había de pasar toda su vida, y a la pésima calidad del deteriorado inventario de los muebles, no deja lugar a dudas en este sentido. Ese tono me hace pensar que ella estaba absolutamente segura de que el ímpetu de mi abuelo iba a obligarla a repetir punto por punto todo cuanto había tenido que soportar en New Inn a raíz del fallecimiento de su padre. Iba a verse despojada de todo una vez más, para terminar por verse arrojada a la calle, sin otro sitio al que dirigirse, exceptuando el asilo.

Las perspectivas de viabilidad del modesto establecimiento en que mi abuelo había emprendido la venta de piezas de porcelana no eran en realidad tan agoreras. Para empezar, su localización era francamente buena. Poco a poco mejoraban los tiempos; Bromley era una localidad en crecimiento. En 1851 tenía cuatro mil habitantes, cinco mil quinientos en 1861 y diez mil seiscientos en 1871. Habida cuenta del ritmo de crecimiento, algo menor en aquella época, podría decirse que mis abuelos habían iniciado la aventura a comienzos de un «boom». Quien haya conocido cómo es Bromley hoy en día pensará que entonces era un lugar amenazado, en vías de extinción, a punto de ser absorbido por el ensanchamiento suburbial imparable de Londres. Lo cierto es que este desenlace sólo se produjo mucho tiempo después; esta amenaza no era en modo alguno visible en los años cincuenta del pasado siglo. El ferrocarril directo a Londres, que posibilitó el que los residentes en Bromley viajasen a diario a trabajar a la gran ciudad, en 1861 nada tuvo de amenazador, particularmente desde la óptica de un minorista de la localidad. El *Manual de los alrededores de Londres*, publicado por John Murray, ensalza la localidad a mediados de la década de los setenta.

Bromley se encuentra sobre una elevación del terreno, en medio de un paisaje profusamente boscoso y pintoresco; tiene reputación de ser beneficioso para la salud en general, cuenta con buenos enclaves, es de fácil acceso, y, consecuentemente, se halla muy favorecido por los comerciantes de la gran ciudad, para los cuales se han construido cómodos chalets en todos los emplazamientos en que tal edificación ha sido posible. La propia localidad tiene aire de ser plenamente consciente de su propia respetabilidad. Desde la estación de ferrocarril se llega al centro de la población por un camino flanqueado por las altas tapias que circundan los dominios de las casas señoriales, algunas de las cuales, sin embargo, se hallan en proceso de demolición y reconstrucción.

Toda la información de que disponemos confirma este cordial informe, y sugiere que no existía nada que impidiese probar fortuna en condiciones intentando sacar partido de Atlas House, vendiendo mercaderías muy necesarias en los nuevos domicilios que iban creándose por toda la población. Que esta imagen del número 47 de High Street como propuesta comercial viable no entra en perversa contradicción con la valoración de mi padre, menos favorable desde luego, salta a la vista,

según mi entender, por el calendario mismo del fracaso de mi abuelo. Por grande que sin duda ninguna fuese su talento para forjar desastres tanto para sí como para las personas que de él dependían, le costó nada menos que treinta y un años destrozar el negocio hasta dejarlo por los suelos. Inició su empresa en Atlas House en octubre de 1855, pero no fue a la bancarrota hasta mayo de 1887. La tienda, o a mí al menos me lo parece, tuvo que oponer una obstinada resistencia a su por lo demás empedernida falta de tacto en lo administrativo y lo comercial.

Es bastante fácil imaginar por otra parte en dónde metió la pata mi abuelo. Para empezar, se había dedicado a un negocio del que no sabía lo que se dice nada; su única esperanza de tener éxito radicaba en consagrar a su empresa toda su atención, dándole todo su tiempo, hasta tomar las riendas del asunto. Contaba con una pésima financiación; no pudo permitirse el gastar ni un penique de más, ni hacer un movimiento en falso, hasta que lograse amasar una reserva de dinero contante y sonante. Pero era un hombre de natural expansivo, carente del temperamento necesario para disciplinarse y aprender las prácticas elementales de la economía más despiadada, del trabajo duro. Comenzó a presentarse como Maestro Negociante en Porcelanas mucho antes de haber aprendido los rudimentos del juego, y se dejó llevar fácilmente por el hábito de utilizar el encanto como sucedáneo del capital. Tenía una personalidad atractiva; le resultaba muy sencillo lograr a base de labia que le ampliasen el crédito. La historia de su trayectoria en los negocios iba a ser, en consecuencia, una lenta acumulación de problemas que él mismo se iba causando.

Aparte de eso hay que tener en cuenta otro juego, el cricket. Mientras se dedicó a estropear a conciencia sus posibilidades en la jardinería, en los tiempos de Redleaf, sentó los cimientos de una carrera de jugador profesional de cricket. Era tan bueno que bien pronto fue la estrella del West Kent Cricket Club, lugar que ocupó durante su primera década en Bromley; a comienzos de los años sesenta del siglo pasado, sus mortíferos lanzamientos lentos y con efecto le granjearon un puesto en el equipo oficial del condado. Estaba por entonces en magnífica forma física. Era capaz de grandes actuaciones entre los bateadores, sobre todo con un campo en buenas condiciones. Su momento de gloria tuvo lugar un día de junio de 1862, cuando ocupó por derecho propio un lugar en el libro de los records de este deporte al ser el primer bateador que logró cuatro tantos con cuatro bolas consecutivas en un partido de la liga entre condados. Esta hazaña lo convirtió en toda una celebridad en los alrededores, ganándose una sólida reputación que terminó por servirle para trabajar como entrenador de cricket en la Escuela Secundaria de Norwich, puesto gracias al cual iba a tener una fuente fija de ingresos a finales de los sesenta y durante la mayor parte de los setenta. Fue, eso sí, un trabajo que se lo llevó de su casa y lo mantuvo lejos de la tienda durante la mayor parte de todos los veranos, desde comienzos de mayo hasta finales de julio.

El odio que sentía mi abuela por la afición al cricket de mi abuelo fue sin duda algo menor que el odio que le inspiraba Atlas House y la tienda,

al menos hasta el año en que realizó la mencionada hazaña y se convirtió en una celebridad local. Después del acontecimiento, el cricket pasó al primer lugar en la lista de las cosas que detestaba. Su momento de gloria en el campo de cricket, en pleno verano de 1862, tuvo su esperada contrapartida más avanzado el año. En Navidad, las cosas se habían torcido a tal extremo entre la pareja que mi abuelo se marchó de casa el 24 de diciembre a Gloucester, a pasar el resto de las vacaciones con su hermano Charles-Edward. Mi abuela dedicó una de las más espeluznantes entradas de su diario a este ultraje imperdonable, pero lo peor aún estaba por llegar. Durante el verano siguiente, mi abuelo decidió explotar su gran fama de jugador de cricket haciendo de la tienda un punto de venta de artículos deportivos, sin dejar de lado el comercio de la porcelana. Esto soliviantó a mi abuela por dos razones distintas. La primera es bien simple: sabía perfectamente que no se disponía del dinero suficiente para financiar esta nueva iniciativa. Sólo podría mi abuelo dedicarse a esta nueva actividad endeudándose más aún. Y ella estaba muy en lo cierto. Mi abuelo mantenía trato amistoso con un primo suyo llamado John Duke, que se dedicaba a fabricar bates y pelotas de cricket en Penshurst; le fue bien sencillo hablar con él y convencerlo de que le suministrase todo lo que deseaba a cambio de pagarle cuando vendiese los artículos. Esta nueva deuda aterrorizó a mi abuela, porque se dio cuenta de que su esposo estaba llevando a cabo la peligrosa táctica de aplazar sus deudas y condicionar unas a otras. Mantuvo como buenamente pudo a raya a sus acreedores mediante pagos a cuenta, dejando a la vez que esperasen los que menos le apremiaban. Y ella vio, horrorizada, que esta manera de vivir iba pareciéndose más y más a la que había llevado su padre. La segunda causa de su enojo fue que este nuevo frente de negocios trajo a infinidad de aficionados al cricket a su tienda. Siempre había aborrecido tener que dejar en suspenso las labores de su casa para vender piezas de porcelana durante las ausencias que por motivo del cricket repetía de continuo su marido, y odiaba desde luego tener que bajar a la puerta cuando la campanilla tocaba a rebato, para verse obligada a charlar sobre bates y pelotas y guantes con los aficionados al cricket. La entrada del 29 de agosto de 1863, en su diario, resulta casi incoherente por la sensación de ultraje que la invade, pues mi

abuelo se ha pasado el día entero en un partido de final de temporada, en el terreno de juego del equipo del condado:

> *J. W. fuera todo el día. Último partido de la temporada en Chiselhurst. ¡Qué vida ésta! Esto del cricket me convierte en una esclava. No podemos permitimos tener una criada y esta casa totalmente desordenada la tengo que arreglar yo sólita con el trabajo que da por no hablar del cuidado de los tres críos y de atender a diario o casi en la tienda y hacer toda la costura. ¡Y sigo sin ser apreciada! Qué más puede esperar el hombre de la mujer, digo yo.*

Podría parecer improbable que las cosas hayan podido empeorar más incluso, pero lo cierto es que ese empeoramiento no se hizo esperar. Un

día de 1864 Francés Wells se fue a tomar el té con pastas a casa de los hijos de Mr. Munday, el vecino. Regresó a casa animada, feliz, se sintió indispuesta por la noche y de hecho falleció a causa de lo que por entonces se denominaba «inflamación de las entrañas». Mi padre se inclinaba a pensar que lo que causó su muerte fue una apendicitis, pero mi pobre abuela siempre estuvo convencida de que en el curso de la merienda los Munday le habían dado de comer algo en mal estado, y por eso pensó que había muerto envenenada. Mi abuela les culpó de la muerte de su hija, y ya nunca más les dirigió la palabra. La pérdida de su adorada Possy la desmoralizó del todo, por pensar que lo único digno de tener que le había dado su matrimonio le había sido cruelmente arrebatado; apenada, optó por una desesperada jugada. Reanudó las relaciones sexuales con mi abuelo, con la esperanza de que Dios se apiadase de ella y consintiese en que engendrara otra hija. No fue así, pero sí se encontró con un nuevo bebé, otro varón, cuando ella tenía ya cuarenta y tres años de edad.

Después del alumbramiento, la vida en Atlas House adoptó el abrumador carácter que evoca mi abuela en su diario, cuando recuerda el desastre que acaeció en su hogar durante las vacaciones de Semana Santa de 1867. Mi padre había invitado a dos de sus primas más jóvenes, de Penshurst, a que pasaran en su casa toda la semana. Hubo un malentendido; ellas pensaron que sólo se les había invitado a pasar los días de Pascua.

> *16 de abril: Las visitas esperadas durante todo el día no han llegado. 17: Ann no vino ni escribió tampoco. 18: Llegó esta mañana. Tuve que preparar chuletones para la cena y todo el jaleo. 19: Viernes Santo. Ann y Eugenia fueron a la iglesia de Bickley llegaron a cenar y lío enorme para prepararles pescado a todos. Ann se comportó hoy como si no tuviese corazón; nunca podré olvidarlo. Después de la cena encendí la chimenea en el piso de arriba, subí el té y las atendí durante todo el día por eso no pude ir a la iglesia y al anochecer habló de mi pobre queridísima Fanny con tan malas palabras que le dije llanamente amiga mía cruel dura mujer sin corazón hablar así de mi queridísima niña fallecida es demasiada falta de delicadeza. Me dio lo mismo lo que dije. 20: Después de merendar más problemas con las amistades de mi esposo tanto que es imposible de contar... Orgullosas altivas qué se habrán creído las dos para tratarme como si yo fuera su criada en mi propia casa...*

Mi padre había de pasar los primeros catorce años de su existencia en este ambiente de rencores constantes. Siendo el curso de los acontecimientos el de costumbre, mi abuela se encargaría de la casa con los labios apretados, alerta a la hora de acumular nuevas, frescas ofensas como si las coleccionase, aunque de hecho estuviera tomándose el tiempo necesario hasta haberse hartado de tomaduras de pelo, hasta haber acumulado las ofensas suficientes para canjearlas por un estallido de

cólera y de hostilidad manifiesta. De cuando en cuando armaba una zapatiesta del diablo, y los vecinos podrían oír claramente a mi abuelo, en un furioso intento por callarla a gritos, tan pronto ella le hubiese espetado lo que tenía que decirle. Mientras iba acumulando las energías y los motivos necesarios para tales estallidos, encontraría algún momentáneo alivio en toda clase de sabotajes domésticos. Los posibles compradores de equipamiento para la práctica del cricket tendrían que salir de la tienda con las manos vacías si estaba ella atendiendo en el mostrador, aturdidos por su presunta incapacidad para encontrar todo lo que hubiesen venido a comprar, siempre y cuando no estuviese a la vista. La comida de la familia aparecía en la mesa requemada o cruda, y cuando mi abuelo decidía pasar el atardecer en casa, lo más probable es que perdiera los estribos al verse obligado a contemplar cómo recurría ella a un impávido, gélido mutismo. Se las arregló incluso para que sus remiendos y sus costuras fuesen mensajeros de su resentimiento. Esto podría parecer una idea[102] puramente fantástica, pero lo cierto era y sigue siendo que, tras dar cuenta de que su madre había sido aprendiz de costurera durante más de cuatro años, y de que durante otros diez años más se había visto en infinidad de situaciones que exigieron de ella verdadero talento con las agujas y los hilos, mi padre pasa a decir que le hacía la ropa de manera tan defectuosa, y se la remendaba con tal torpeza, que esto le convirtió en objeto de irrisión al presentarse vestido así en la escuela.

Sus esfuerzos por hacer que alguien, quien fuera, pagase por todos sus padecimientos, tuvieron a largo plazo un efecto contrario, ya que aumentaron sus sufrimientos: cuanto más se enojaba con su marido por olvidarse de ella y por descuidar sus negocios, atento tan sólo a su amadísimo cricket, más tiempo pasaba él lejos de casa. Y cuanto más tiempo pasaba él lejos de casa, más necesitaba el dinerillo contante y sonante que le proporcionaba su dedicación al cricket. Y cuanto más tiempo pasaba en el campo de cricket, menos le quedaba para dedicarlo a su mujer y a sus negocios. Al año siguiente de que tuviese lugar aquella explosión durante las vacaciones de Semana Santa, aceptó el trabajo de entrenador en Norwich que iba a mantenerlo alejado de Bromley durante los tres meses de verano, y así iban a ser las cosas durante la década siguiente. Más o menos por entonces se le desarrolló un hábito contumaz de pasar la mayor parte de las tardes, cuando estaba en Bromley, bien acodado a la cómoda barra del Duke's Head, taberna situada no muy lejos de Atlas House, o bien algo más allá, en The Bell. Si es preciso creer lo que dice mi padre, el hábito que tenía mi abuelo de frecuentar The Bell a él en concreto no le perjudicó demasiado, al menos a la larga. Al contrario, insiste en que le había hecho un gran bien, aun cuando fuese de manera harto peculiar y sin duda tortuosa. Un buen día de 1874, cuando mi padre tenía ocho años, sus dos hermanos mayores lo llevaron a presenciar un partido de cricket. Mientras jugaban por los alrededores del tenderete en el que se expendía cerveza, se encontraron con el hijo del dueño de The Bell, un mocetón que los reconoció de inmediato: eran los hijos de uno de los clientes habituales de su padre, y se atrevió a tomarse con ellos una

[102] Autobiografía: H. G. W., capítulo 1, sección 4

familiaridad. Agarró a mi padre y se puso a jugar con él, lanzándolo por los aires, cada vez más alto, preguntándole a la vez: «Y tú, niño, ¿de quién eres?» En el último lanzamiento por los aires no logró recoger a la víctima, que cayó al suelo dándose contra una de las clavijas que sujetaban los vientos del tenderete, y rompiéndose de ese modo la tibia. Lo que dijo mi padre respecto de este accidente, en 1933, fue que probablemente habría fallecido a muy temprana edad, convertido en un hastiado dependiente de una tienda, de no haberse partido el hueso en aquella ocasión. Como acababa de descubrir los goces de la lectura, su visión de la vida misma se transformó por completo. Años después seguía estando convencido de que, de no haber sido porque tuvo que guardar cama durante el resto de aquel verano, sus padres se habrían dado cuenta de lo que estaba ocurriendo y habrían dado los pasos pertinentes para que no se aficionase a un hábito tan poco adecuado como la lectura, antes de que el hábito se adueñase de su voluntad. Tal y como sucedieron las cosas, empero, se le facilitaron todos los libros que quiso, a manera de compensación, durante el tiempo en que estuvo inmovilizado y en cama. Y así fue cómo una simple torpeza del hijo del dueño de The Bell lo puso en camino de convertirse en un hombre de letras.

La historia pudo haber ocurrido seguramente así, pero no estoy ni mucho menos convencido de que ésa sea toda la historia. Mi padre introduce su versión del accidente[103] y la secuela que a su parecer trajo consigo entre dos pasajes de lo más curioso, referido el primero a su madre y el segundo al despertar de su interés por el sexo. El primero bien podría describirse como un osado intento de remodelar por escrito a su propia madre. En él observa que no cree de hecho que fuese una mujer agudamente desdichada. Cree en cambio que se refugió de la realidad en un mundo de inocentes ensoñaciones cada vez que por las tardes se ponía a tricotar. Nada más enhebrar la aguja se consolaba con un hilo de mezquinas y gratificantes ficciones; se imaginaba placenteros encuentros que nunca habían tenido lugar y que con toda probabilidad nunca lo tendrían, y se entretenía en sus cálidos, reconfortantes pensamientos acerca de sus hijos, en lo bien que le iba en la escuela al «querido Bertie», en cómo se las apañaban el «querido Frankie» y el «querido Freddie» en el trabajo... Mi padre habla en estos términos de aquellas solitarias veladas de meditación y melancolía que dieron pie a la corrosiva amargura que impregna todas y cada una de las entradas de su diario. Esta fantasía en torno a las fantasías de mi abuela concluye en el cielo, a donde termina por enviarla mi padre, ya que en sueños imagina incluso haberse encontrado de nuevo con su queridísima Possy en algún vergel celestial, convertida en niña para toda la eternidad, sin haber sufrido ningún cambio. El segundo de los temas comentados se plantea mientras habla de los libros que se le dieron a leer durante el tiempo que duró la curación de su pierna rota. Entre ellos hubo algunos volúmenes encuadernados de Punch y, si es preciso creer sus palabras, las caricaturas políticas que contenía la revista fueron la mecha que encendió su fuego. Las prosopopeyas gráficas y tremendamente sexuadas que dibujaba

[103] Ibíd., capítulo 1, sección 5

Samboume de naciones como Britannia, Erin, Columbia, La France, etcétera, bastaron para que se produjese el milagro. «*Desde aquellos tiempos y en lo sucesivo tuve plena conciencia de las mujeres*», dice.

Bien pudiera haber sido así, aunque resulta difícil creer que sea un mero accidente el responsable de que mi padre diese el salto desde esta afirmación hasta un pasaje abigarradamente defensivo, en el que arremete contra las ideas de los «maestros del psicoanálisis». Todo lo que dicen, sostiene, puede ser cierto en el caso de los judíos austriacos y los orientales, pero en modo alguno puede serlo cuando se habla de los ingleses o de los irlandeses. No concibe, señala, la posibilidad de encontrar ni la más mínima huella de una fijación materna o de un complejo de Edipo, ni de otras patologías por el estilo, en la configuración de su propia personalidad, y prosigue en un tono diríase que desafiante, hasta ratificar que los besos que le dio su madre cuando era pequeño fueron actos significativos, siempre expresiones de cariño, nunca caricias. Concluye con un posicionamiento digno de cortar la respiración del lector más pintado, diciendo que de pequeño no encontró mayor significación de índole sexual en su por lo demás decente y atildada madre que, literalmente, la que pudo detectar en los sillones y el sofá del salón. Después regresa con ánimo desafiante al tema de sus diosas, ocasión en la que añade a la lista de los objetos amorosos seguros de toda confianza los bustos en yeso de la estatuaria griega que se encontraban agrupados por propósitos educacionales en la sección museística del Crystal Palace, que estaba al otro lado de la colina cercana a Bromley, en las proximidades de Sydenham, en la época de su juventud. Sí, verdadaderamente, insiste, fueron esos bustos fríos e inamovibles, esas ilustraciones, esas agrupaciones de líneas a tinta trazadas sobre el papel, esos signos arbitrarios que querían representar lo auténtico, fueron todos estos elementos los que le proporcionaron los primeros indicios de conciencia respecto de las mujeres, vistas en tanto objetos con importancia propia, al contrario que el mobiliario del salón. Toda relación con seres de carne y hueso, iguales que él, pero sin embargo diferentes, no tuvo nada que ver en el caso.

No me di cuenta de lo desmesuradamente fuera de lugar que resulta este posicionamiento la primera vez en que me encontré con este pasaje, poco después de que se publicase la autobiografía de mi padre. Su extrañeza sólo me resultó aparente cuando, tardíamente, hice el siguiente descubrimiento: todo ello lo había dicho anteriormente, en una novela de 1922, titulada *Lugares secretos del corazón*. La relación que existe entre los pasajes análogos de uno y otro libro es tan íntima que parece razonable afirmar sin miedo al error que una parte de lo que había sido primero ficción se había convertido en hecho de la realidad pasada una década desde el momento en que tuvo lugar la invención.

Mi padre sólo pudo haber hecho este prolongado esfuerzo por convencerse de que aquellas improbables diosas blancas habían tenido tanta importancia en su formación porque en modo alguno deseaba tener que afrontar otras ansiedades menos fáciles de tramitar, en concreto las

que de hecho lo habían asediado por entonces. No es difícil detectar de qué se trataba. El hijo del dueño de The Bell había dado literalmente en el clavo con su juguetona pregunta: ¿Tú de quién eres? ¿De tu padre o de tu madre? Y esta pregunta le fue realizada con ocasión de una de sus primerísimas incursiones por el césped del campo de cricket, territorio de su padre, cuando sus hermanos mayores comenzaron a iniciarlo en los secretos de ese mundo de camaraderías masculinas que su madre con tan palmaria evidencia aborrecía y despreciaba. El hijo del dueño de The Bell, de quien él bien sabía que era amigo de su padre, le había pedido a las claras que tomase partido en un sentido u otro. Lo más probable es que hubiese intentado pronunciar entrecortadamente el nombre de su padre, entre un lanzamiento al aire y el siguiente, cuando cayó al suelo y se partió la pierna. Tuvo que haber sido como si acabase de recibir un castigo por desear manifestarse como hijo de su padre. Me imagino que para entonces ya había caído en la cuenta, a juzgar por la reserva con que lo trataba su madre, de que en ese dominio en concreto la había traicionado. Ella sintió una gran

desilusión cuando él resultó ser varón. No pudo haber conseguido disimular su desilusión a ojos de su hijo: para complacerla totalmente debiera haber sido niña.

No creo que sea un anacronismo plantear la cuestión de la identificación sexual en el contexto de la infancia de mi padre. No basta con decir que los ingleses de la época victoriana no tenían sencillamente conciencia de tales concepciones, sólo porque viviesen en una época anterior a Freud. No tuvieron la necesidad de conocer los problemas relacionados con esta cuestión según son definidos en términos freudianos: lo cierto es que les turbaron estos problemas. En este caso en concreto, la susceptibilidad de que se sintiesen turbados se daba exacerbada por los usos y costumbres sociales. La fotografía más antigua que conozco de mi padre lo muestra no mucho antes de que cumpliese cuatro años, ataviado con un vestido de cuello abullonado, mangas de las llamadas «de jamón», y una falda de tres cuartos cuyo bajo, con cola, distaría dos metros y medio del cuello. Esto no era ni mucho menos extraño en 1869. En aquella época, los niños menores de cinco años eran considerados parte integrante del mundo femenino de la casa; su virilidad era únicamente algo potencial. Sólo comenzaban a salir de ese mundo mucho después de haber cumplido cuatro años; los cambios en sus atuendos eran expresión de los cambios acaecidos en su propio estatus. En una familia en la cual las cosas iban de mal en peor entre marido y mujer, y además de manera tal que los niños por fuerza tenían que ser conscientes de ello, la cuestión de la identificación sexual resultaría mucho más complicada que en otras, y ello por razones obvias. Un niño pequeño al que agradase y mucho su madre, teniendo además sobradas razones para sentir miedo de su padre, tenía enormes probabilidades de notar que había sido desleal con ella una vez se puso el uniforme de la virilidad y salió así del mundo femenino de la casa. También las mujeres notarían que sus hijos les eran arrebatados y que sólo por obligación se enrolaban en el bando enemigo; dudo mucho que ocultasen a sus propios hijos la amargura que tal desenlace les producía. Mi padre se había criado

en un ambiente que era de por sí una crítica constante hacia mi abuelo, de modo que habría estado sujeto tanto en temporada de cricket como durante el resto del año a oír insinuaciones o cortantes referencias al cabeza de familia, magnificando sus defectos. Se le enseñó desde el principio a imaginárselo como un desastroso inepto, un fracaso de hombre, de manera bastante notoria. Esta visión de Joseph Wells habría sufrido el primer desafío cuando los hermanos de mi padre le hicieron saber que habían descubierto que el progenitor era toda una figura más allá de los límites de Atlas House. Que los chicos descubriesen la celebridad de su padre en el mundo de los deportes aceleró el cambio de la tienda al cricket dentro de la lista de quejas prioritarias en los diarios de mi abuela. Lo que le dolía no era que su esposo hubiese realizado una hazaña por la cual se hubiese convertido en una celebridad entre los aficionados al cricket, sino que se hubiese erigido en glorioso modelo para sus propios hijos. Frank y Fred habrían visto con qué admiración se recibía a su padre en un mundo de camaradería natural y buen humor, convertido en un hombre pertrechado de abundantes virtudes, y si no llegaron a decir a su hermano pequeño con demasiadas palabras que el mundo al aire libre propio de su padre era muchísimo más interesante y muchísimo más divertido que el que habitaba su madre, ciertamente sí que le hicieron saber que se estaba perdiendo un montón de disfrutes, y que seguiría perdiéndoselos mientras se contentase con ser el «ojito derecho de mamá». Y cuando por fin fue al campo de cricket, para descubrir que allí tenía una identidad propia, por el mero hecho de ser «el chavalillo de Wells, el lanzador», y que los personajes que rondaban el marcador del partido y el tenderete de las cervezas mostraban una clara inclinación a mostrarse amigables y alegres con él, simplemente por eso, muy pronto fue castigado por su perversa deslealtad. ¿Cómo? Rompiéndose una pierna.

Es desde luego posible preguntarse si el descarado y cachazudo mocetón que aquel día lanzó a mi padre por los aires llegó de hecho a hacerle aquella pregunta tan singularmente pertinente al caso. Pero a la postre poco importa que mi padre oyese o no el eco exacto de aquellas palabras durante los cincuenta y ocho años que transcurrieron entre el momento en que creyó oírlas literalmente y el año de 1932-1933, cuando las puso por escrito. El quid de la cuestión, al menos según mi entender, es que dichas palabras las adjuntase al incidente recordado tanto tiempo después. Esto me indica que dicha pregunta, de una forma u otra, pesaba sobre sus hombros en la época en que acaeció el accidente, y que se sintió terriblemente desgarrado entre el hecho de ser el hijo de su madre o el de su padre, todo lo cual le llevó a tener una abrumadora sensación de culpabilidad debido sobre todo al hecho ineludible de que su propio desarrollo físico lo empujaba hacia lo que solamente podría ser un futuro masculino.

Una simpática fotografía de 1876 parece sin embargo tomarse a chanza esta idea. En ella aparece mi padre sentado en una silla, en el estudio de un fotógrafo de moda por entonces, sin fingir siquiera el menor interés en el álbum abierto ante la mesa que a tal efecto se ha colocado

delante de él. Tiene un aire impertinente, de muchacho confiado en sí mismo, y parece todo un fanfarrón. La chaquetilla de zuavo que viste podría parecer un tanto ambigua a un ojo estrictamente moderno, pero se trata de un estilo considerado en la época muy militar y elegantemente masculino. Tanto en su actitud como en su atuendo, proyecta una apariencia adecuadamente masculina. La fotografía concuerda con lo que él mismo dice de su vida por entonces en su autobiografía, esto es, que era en aquel entonces más feliz de lo que había sido en años anteriores, más feliz también de lo que había de ser en años venideros. El cambio que había tenido lugar en su persona se había producido porque tan pronto sanó su

hueso roto comenzó a asistir a la Bromley Academy, la pequeña escuela privada situada en la otra punta de High Street, en donde un escocés llamado Thomas Morley hacía todo cuanto estaba en su mano por un grupo de alumnos compuesto por unos veinticinco o treinta y cinco muchachos, de edades comprendidas entre los siete y los catorce años.

Mis dos tíos, Frank y Fred, en la época en que fue tomada la fotografía de mi padre con chaquetilla de zuavo ya habían pasado por manos de Morley sin haber obtenido un beneficio notable. A finales de 1871 Frank había pasado, concluida su educación escolar, a ser aprendiz de pañero; Fred desapareció de escena, camino de una ocupación igualmente servil, a comienzos de 1876. Que los dos dejasen la escuela dejó a mi padre casi en la cumbre del alumnado, ya que aun cuando ninguno de los dos hubiese causado una especial impresión en él, Morley ya había descubierto a mi padre, dándose cuenta de que era uno de los más brillantes y prometedores alumnos que jamás podrían pasar por sus manos, con lo que puso especial hincapié en su educación, al menos en todo lo que de él dependía. Ser el ojito derecho de Morley era algo muy distinto de la amistad. Cuando se marchó Fred[104] de la escuela, mi padre se encontró en posesión por primera vez en su vida de lo que podría calificarse como vida privada. De repente se abrió ante sus ojos un mundo de compañerismo, un mundo interesante, lejos de los nubarrones de las tensiones familiares y de las rivalidades soterradas; en dicho mundo tuvo además la suerte de encontrar a un amigo de verdad, un joven de mente muy despierta, llamado Sidney Bowkett, que más adelante llegaría a forjarse cierta fama como dramaturgo ambulante, y que le dio el modelo del personaje llamado Chitterlow que aparece en *Kipps*. Bowkett fue el compañero inseparable de mi padre hasta que terminó su estancia en Bromley, y siguió siendo amigo suyo durante los veinticinco años siguientes. La fotografía de 1876 muestra a mi padre radiante por el descubrimiento de este nuevo mundo, por algo que Morley le había enseñado.

En el por lo demás ambiguo homenaje a Morley que mi padre hace en su autobiografía, tampoco se rebaja a reconocer que le fue dado un guión preciso para configurar la primera parte de su estancia en la Bromley Academy. Se contenta por el contrario con una tibia defensa de los valores

[104] Ibid., capítulo 3, sección 1

de la clase media, y da las gracias a Morley por ser él quien se los inculcara. No menciona en cambio lo más importante de todo lo que Morley hizo por él, a saber, proporcionarle lo que por el momento parecía ser la solución a su problema capital. Lo de menos quizá sea el modo en que Morley vio el éxito que tendría mi padre; importa mucho más que en su calidad indudable de varón, Morley fue capaz de exponer ante mi padre todo un programa que consistía en una forma auténticamente varonil de lograrlo, programa que de ninguna manera, al menos tal y como él veía las cosas, podría ser motivo de objeciones por parte de su madre.

Dudo mucho que mi padre llegara a plantearse la cuestión en estos términos, ni nada por el estilo, siendo como era un chico de diez años de edad. En cambio, estoy casi convencido de que reconoció para sí que el camino que Morley comenzó a despejarle sería «correcto», tal y como cualquier otra trayectoria modelada a partir de cualquiera de los procedimientos y supuestos de su padre jamás podría serlo. De eso, estoy convencido, tuvo plena conciencia, y esa fotografía lo muestra, o a mí al menos me lo parece, regocijándose sin duda ninguna sólo de pensar en que por primera vez, en su todavía corta vida, había comenzado a nadar a favor de la comente.

En 1876 a mi padre aún le quedaba por disfrutar lo mejor de los cuatro años que iba a pasar en la Bromley Academy. A comienzos de 1880, cuando se acercaba la fecha de su decimocuarto cumpleaños y ya casi había terminado su período lectivo, había logrado todo lo que Morley esperaba de él, e incluso algo más. Se había empapado como una esponja de todo lo que la pequeña escuela privada pudo ofrecerle, y cuando se presentó a los exámenes finales logró calificaciones de nota en más de media docena de asignaturas. Tenía en sus propias manos la clave de la posibilidad de comenzar con buen pie a dar forma a su propia vida, tal y como Morley se la había enseñado. Los exámenes a los que se había presentado estaban organizados por una asociación de enseñantes de escuelas privadas que tenía ámbito nacional; en una de las asignaturas, mi padre había obtenido el primer puesto entre los candidatos procedentes de todos los rincones de Inglaterra. Cuando menos, había demostrado que tenía condiciones naturales óptimas para proseguir su educación superior. Dicha idea tuvo que pasársele por la cabeza. Durante el último curso en la Bromley Academy existieron algunas dificultades en el pago de su matrícula, y Morley había demostrado la fe que tenía puesta en mi padre descartando toda cuestión al respecto. Morley, pasando por encima de toda objeción, tuvo que haberle dicho que sería una verdadera lástima que no diese con alguna forma de procurarse una educación superior en condiciones, y seguramente tuvo que haber discutido por lo menudo, con él, las posibilidades y los medios disponibles.

Sospecho que en algún momento, durante el último curso, Morley le comentó una de las oportunidades que aún tenía abiertas ante sí, y que consistía en matricularse en una escuela de magisterio del sistema educativo estatal. Los alumnos de magisterio eran elementos muy nuevos aún dentro del escalafón organizativo de las escuelas nacionales. Se

trataba de jóvenes de edades comprendidas entre los catorce y los dieciocho años, que hubiesen concluido la enseñanza elemental. Se les invitaba a dar clase a los cursos inferiores de dichas escuelas, sobre la base de obtener a cambio un medio de subsistencia y una determinada cantidad de tiempo libre que les permitiera proseguir sus estudios. Al cabo de cuatro años dando clases y estudiando de este modo, caso de haber avanzado sustancialmente en sus estudios durante los ratos de ocio, obtendrían la calificación necesaria para estudiar durante dos años en una escuela de magisterio propiamente dicha, tras los cuales podrían dedicarse directamente a dar clases con un buen salario a cargo del Comité de Educación, o incluso, si los resultados obtenidos lo justificasen, ingresar en la universidad.

Sé de sobra que prescindo de la versión que de todo este asunto aduce mi padre en su autobiografía, en la cual se dice que se enteró de que existía la posibilidad de convertirse en alumno de magisterio gracias a su infame y lejano pariente Alfred Williams, primo por parte de madre, tiempo después de terminar en la escuela de Morley. Por presuntuoso que pueda parecer, sostengo la versión que he perfilado, aun cuando sólo sea porque me parece muy difícil creer que mi padre llegara a sentirse tan ultrajado como se sintió debido a lo que sucedió después, en el supuesto de no haber sabido anteriormente de la existencia de dicha posibilidad. En julio de 1880 descubrió que su madre iba a dejar de vivir con su padre para volver a trabajar como ama de llaves en Uppark; lo que es más, descubrió que a él se le había destinado a un trabajo de aprendiz en una pañería de Windsor, en una empresa llamada Rodgers y Denyer, con locales en la calle Mayor de dicho lugar. La puerta que tan ardua y trabajosamente había conseguido abrirse mediante sus estudios en la escuela de Morley acababa de cerrársele de golpe delante de las narices.

Capitulo X

«He dicho que uno de los golpes de buena suerte que han sido cardinales a lo largo de mi vida sin duda fue que me rompiese la pierna cuando tenía siete años. Otro que tuvo casi la misma importancia fue que mi padre se rompiese la pierna en 1877, accidente a raíz del cual fue inevitable e inmediata la disolución de nuestro entramado doméstico.»,.. Ahora bien, si tal cosa jamás hubiese llegado a ocurrir, no me cabe la menor duda de que yo habría seguido los pasos de Frank y de Freddy, yéndome a vivir bajo los cuidados de mi madre, al tiempo que a diario habría tenido que ser dependiente en quién sabe qué tienda, en calidad de aprendiz. Esto habría resultado tan natural y tan necesario que yo no habría podido resistirme. Tendría que haber pasado una larga temporada en tales condiciones, sin que se me hubiese pasado siquiera por la cabeza la idea de marcharme de dicha tienda, idea que sólo se me habría ocurrido cuando hubiese sido demasiado tarde. Sin embargo, la dislocación que se produjo obturó totalmente este allanado camino hacia la frustración.»

Experiment in Autobiography

De haber sido mi padre hijo único, o bien un jovenzuelo con hermanos menores en vez de tener hermanos mayores, posiblemente no se habría dado cuenta de lo que le estaba ocurriendo cuando fue puesto en manos de esos pañeros de Windsor. Ahora bien, sus hermanos eran mayores que él, y hacia 1880 ya se hallaban metidos de pies a cabeza en la actividad de un negocio textil, amarrados a la noria para la cual ese aprendizaje era el trampolín al uso. A Frank le había asqueado lo que tuvo que ver en calidad de dependiente y recadero, mientras cumplió los cuatro años de aprendiz como chico para todo de un comerciante en géneros textiles. Tenía verdadera pasión por la maquinaria, y una habilidad innata para entender mecanismos tales como las palancas de cambio de los trenes. Echado a perder su magnífico potencial para la ingeniería, se sintió desdichadamente infeliz. Frederick no opuso la menor objeción al negocio de la pañería en sí mismo, aunque al final de su aprendizaje tuvo bien claro que se le había empujado a una dedicación solicitada en exceso por otros jovenzuelos de su edad. Le costó mucho encontrar un puesto de trabajo, y bien pronto fue dándose cuenta de que si bien los empresarios y los titulares de las pañerías tenían por costumbre pedir a sus empleados

que se mostrasen vivaces y determinados a seguir aprendiendo, en realidad se les ofrecían muy contadas ocasiones para dar muestra de tales aptitudes; los aprendices sí pasaban a ser empleados de pleno derecho, pero de éstos eran muy pocos los que avanzaban hasta convertirse en compradores de género. E incluso con el salario de un empleado de cierta antigüedad existían muy escasas esperanzas de ahorrar lo suficiente para iniciar un negocio por cuenta propia.

No creo que mis tíos llegasen a decir expresamente a mi padre qué era lo que les fastidiaba en sus respectivos trabajos, ni que le ofrecieran al menos una advertencia en toda regla, pero seguramente él tuvo que percatarse de lo que les estaba ocurriendo, sólo con escuchar sus conversaciones, y tuvo que sorprenderse, desagradablemente, por el modo en que aquellos dos animados jóvenes con los que había crecido se fueron tomando individuos resignados, apagados. Tuvo que haberlos visto perder vivacidad y confianza en sí mismos; tan pronto se encontró a punto de ingresar en una rutina hecha a base de interminables días pasados en el interior de un edificio, metiéndose poco a poco en una trampa similar a las trampas mediante las cuales ellos dos habían sido domados y reducidos, seguramente cayó en la cuenta de por qué se habían transformado en ese sentido, de cómo podría transformarse también él caso de someterse sin rechistar a su destino. En su autobiografía reproduce la carta[105] que escribió a su madre al terminar su primera semana de trabajo para la firma Rodgers and Denyer; como ya ha sido citada en otro pasaje, no volveré a incluir aquí la desgarradora versión que contiene respecto de la jornada de trabajo habitual, desde las siete y media de la mañana hasta las ocho y media de la noche, por no hablar de una vida en la que la intimidad brillaba por su ausencia, igual que la comodidad o la esperanza de que se abriese un futuro más prometedor. Los aprendices y los meritorios, cuyo destino por fuerza tuvo que compartir, dormían de cuatro en cuatro en cada habitación, almorzaban juntos en una cantina situada en un sótano al cual jamás llegaba la luz diurna, y disponían sólo de dos horas de cada veinticuatro íntegramente para sí, entre ocho y media y diez y media, al término del día. Sólo entonces gozaban de una mínima ocasión para respirar al aire libre o para hacer algún ejercicio. Y no podían aprovechar este lapso en su totalidad, ya que las luces se apagaban a las diez y media. Si dejaban la vuelta a la residencia para el último momento, tenían que desvestirse y meterse en cama a oscuras. Apagadas las luces, las puertas de la tienda se cerraban con candado, y no se abrían a quien llegase tarde.

El tono de esta carta de mi padre va haciéndose más amargo a medida que avanza; su propia caligrafía va afeándose según aumenta su indignación, hasta que estalla en un barboteo de furiosas faltas de ortografía y de tachaduras; así, el timorato «me gusta bastante este sitio» queda tachado y sustituido por un «este sitio no me gusta demasiado», en realidad mucho más sincero. Sin embargo, el verdadero golpe de efecto de esta carta radica en el estilo con que concluye. La carta empieza, como era

[105] carta: H. G. W. a S. W., 4 de julio de 1880

de esperar, por un «Querida madre», pero termina con un «Afectuosamente, H. G. Wells». Más adelante, cuando pudo olvidar para siempre la desoladora ocupación de vender mercaderías desde el otro lado de un mostrador, cuando empezó a ver más de cerca la obtención de su diploma de maestro y su licenciatura en ciencias, sí pudo firmar con un «Tu hijo que te quiere, Bertie», aunque para ello tendrían que transcurrir otros diez años de batallar sin descanso.

Mi padre hizo prematuramente su primer movimiento. Decidió mostrar al mundo entero que no tenía madera de dependiente de una pañería, y en esto tuvo un éxito considerable. Cuando sólo llevaba dos meses a las órdenes de sus patrones, éstos adoptaron la insólita medida de rescindir su contrato, habida cuenta de su rematada ineptitud para el negocio. Se habló bastante de que tuvo que hacer frente a la acusación de que había escamoteado algún dinero de la caja registradora; su «tío» Tom Pennicott, venido desde Surly Hall[106], río arriba, le ahorró ese disgusto y le dio alojamiento hasta que se encontrase una ocupación más indicada para sus cualidades. Pennicott, primo segundo de mi abuela por parte de madre, tenía por su parte un primo lejano llamado Alfred Williams[107], que entonces dirigía el Comité de Educación de Wookey, localidad del condado de Somerset; cuando escribió respondiendo que estaba dispuesto a aceptar a mi padre como maestro de escuela, tras completar allí mismo su formación de magisterio, fue como si sus plegarias hubiesen sido atendidas.

Sin embargo, por desgracia, Alfred Williams no era trigo limpio. Había logrado que se le encomendase la dirección de dicho organismo, para la cual carecía de la debida calificación académica, aduciendo certificados y referencias falsificados. Sus fraudes quedaron al descubierto en noviembre de 1880; fue despedido a principios de diciembre. Mi padre, alumno por entonces de la escuela y aprendiz de magisterio durante sólo dos meses, tuvo que regresar a pie hasta Surly Hall; allí pasó una o dos semanas, y después marchó a Uppark, a pasar las Navidades con su madre.

Es costumbre aceptada[108] entre los biógrafos de mi padre hacer un alto al llegar a este punto, para describir el deleite que le causó el descubrimiento de las riquezas que adornaban Uppark. Lo cierto es que la primera visita que mi padre hizo a Uppark comenzó el 20 de diciembre de 1880 y terminó el 15 de enero de 1881. No creo que el perplejo, atormentado muchacho de catorce años y medio que se había metido en un lío tremendo estando en Windsor, que recibió acto seguido un desagradable revés de fortuna en Wookey, al encontrarse de repente en el entorno totalmente ajeno de la zona reservada a la servidumbre de una gran mansión, pudiera, sobre todo en tan poco tiempo, calmarse lo

[106] Autobiografía, H. G. W., capítulo 3, sección 4
[107] Ibíd.
[108] Biografía: The Time Traveller. Norman y Jeanne MacKenzie, capítulo titulado «.Little Bertie», pp. 38-39

suficiente para dedicarse a una constructiva exploración de sus abundantes recursos culturales. Su descubrimiento de Uppark, estoy convencido, se produjo más tarde, después de que saliese vencedor de la primera parte de su ardua batalla por lograr una educación satisfactoria, después de que hubiese aprendido qué buscar y cómo encontrarlo en tan espléndida biblioteca. En 1880, empero, a mi padre aún le quedaba un largo camino por recorrer hasta estar en condiciones de aprovechar cuando menos en parte lo que Uppark podía ofrecerle. Aún le quedaban por superar muy frustrantes y exasperantes experiencias del estilo de «ten, aquí lo tienes» y, en un abrir y cerrar de ojos encontrarse con que «anda, si ya no está».

El 15 de enero salió de Uppark y se dirigió a Midhurst, en donde le aguardaba otro puesto de aprendiz: esta vez a las órdenes de un tal Samuel Cowap, boticario, que había de darle una formación gracias a la cual pudiese trabajar como droguero. Casi en cuanto se hubo alojado en casa de Cowap[109] en régimen de pensión completa, en cuanto se le hubo enseñado cómo estaba ordenado el dispensario, quedó bien claro que existía un notable impedimento. Mi padre no sabía latín, y el conocimiento de esta lengua era imprescindible si de hecho tenía que saber leer y escribir las etiquetas de los productos, o preparar las pócimas indicadas en cada receta. A mi padre se le encogió el ánimo con que había empezado, pero Mr. Cowap se mostró a la altura de las circunstancias. Mi padre le había caído en gracia, y para darle al menos una oportunidad le facilitó su asistencia a la Escuela Secundaria local, una hora al día, para aprender latín en las clases impartidas por el propio director de la escuela.

De este modo irrumpió Horace Byatt en la vida de mi padre. Byatt acababa de llegar del Sur, de una localidad de las Midlands llamada Burslem, en donde otro escritor todavía en ciernes, Arnold Bennett, había sido uno de sus alumnos estelares; había llegado para tomar parte en la resurrección de la Escuela Secundaria de Midhurst, antiguo establecimiento educacional que se había extinguido en los años sesenta del siglo pasado y que acababa de ponerse de nuevo en funcionamiento. La escuela contaba con un alumnado de treinta y dos muchachos; Byatt se esforzaba entonces por superar el bache y por dotar al establecimiento de la debida respetabilidad académica. Los alumnos brillantes tenían a sus ojos un interés especial, en parte porque los resultados que lograsen en sus exámenes serían los cimientos sobre los cuales podría construir la reputación de la escuela, y en parte también porque le darían la ocasión de incrementar su salario. Su ocasión brotó de una respuesta por lo demás típicamente británica y victoriana ante el descubrimiento de que las escuelas de Inglaterra en general no se hallaban a la altura de las escuelas de Francia o de Alemania en la enseñanza de las materias específicamente científicas. El Comité de Educación no tenía entre sus atribuciones la de encomendar la enseñanza de nuevas asignaturas, de modo que pretendió remediar esta falta de eficacia ofreciendo a los directores de escuela dotados de titulación universitaria un incentivo para

[109] Autobiografía: H. G. W., capítulo 3, sección 7

que apostasen por este tipo de enseñanza fuera de las horas lectivas. Se les informó de que si impartiesen clases nocturnas seleccionadas por ellos mismos entre una treintena de asignaturas no incluidas en el programa obligatorio de estudios, obtendrían a cambio un salario que se incrementaría en proporción geométrica en función de cada uno de los alumnos matriculados que aprobase los exámenes del propio Comité. Este tipo de salario, que alcanzaba un máximo de cuatro libras por asignatura impartida, no parece demasiado aliciente si se juzga según el criterio de hoy en día, pero entonces permitían al director de la escuela contar con un aumento de sus ingresos anuales en torno al treinta por ciento.

Byatt era el hombre indicado para morder sin dudar ese anzuelo; ahora bien, igual que Morley anteriormente, creía apasionadamente en el valor de la educación, y se propuso jugar limpio con sus alumnos. Éstos recibieron sus lecciones no sólo con la vista puesta en el aprobado, es decir, no sólo para que lograsen pasar por el aro de los examinadores de turno. Los alumnos se beneficiaron de sus enseñanzas en la misma medida en que se enriqueció él. Tan pronto la rapidez con que mi padre aprendía latín hizo ver a Byatt lo bien que respondía ante una dedicación lectiva especial, se dio cuenta de que podría dar al muchacho muchísimo más de lo que alcanzaría a darle el boticario. Él iba a beneficiarse, sí, pero el beneficio que obtuviese el muchacho iba a ser mucho mayor.

El 23 de febrero de 1881, cuando tan sólo llevaba un mes de aprendiz en la botica, mi padre dejó la acogedora casa de Mr. Cowap y se instaló en la casa de Horace Byatt. Al día siguiente pasó a ser alumno durante todo el día de la Escuela Secundaria de Midhurst. Sospecho que estos dos hombres afables y de buena voluntad habían tramado una especie de conspiración privada para hacer lo que según entendían había que hacer para dar al asombroso muchacho la mejor formación de las posibles, con la creencia de que podrían lograr que su madre se acercase a Midhurst para cerrar los tratos pendientes, en cuanto la buena señora dispusiera de tiempo suficiente para asumir todas las ventajas que dicho plan entrañaba para su hijo. Ahora bien, no conocían a mi abuela; viéndose ante lo que a todas luces era ya un fait accompli, la reanudación de los estudios por parte de su hijo, tramó también sus propias conspiraciones. Comentó a Frances Bullock lo mucho que le preocupaba el problema de dar a su hijo menor, al cual, por cierto, se le habían metido en la cabeza algunas ideas perniciosas acerca de su situación y su futuro debido al contacto con personas indeseables, una buena manera de empezar a vivir su propia vida. Obtuvo unos días libres para asegurarse de que contaba con la ayuda de Sir William King, administrador de la finca de Uppark, el cual se mostró por su parte seguro de hallar una solución al problema. Mi abuela recurrió a su obsesión y dijo a Sir William que deseaba ver a mi padre como empleado de una pañería o similar; él cumplió de buena gana lo prometido, deseoso de que ella se saliera con la suya.

En mayo de 1881 mi padre fue bruscamente arrancado de las garras de Horace Byatt —estoy seguro de que mi abuela se cercioró de que así

fuera— y fue enviado a cumplir un mes preliminar, a prueba, como aprendiz de Edwin Hyde, propietario del Emporio de Pañerías de Southsea, sito en Kings Road, en Southsea. Fue como un corderillo, ya que a Sir William se le advirtió que no sería de extrañar que repitiese su actuación de Windsor, con lo que tomó las medidas necesarias para que no ocurriese tal cosa. El mismo dispuso en qué términos había de pactarse el contrato de mi padre, de modo que pasó a manos de Hyde a sabiendas de que sólo podría abandonar el aprendizaje en su establecimiento infligiendo a la vez sobre su propia madre una pérdida equivalente a las ganancias de un año entero. A los quince años no pudo preparar respuesta ninguna ante semejante especie de chantaje; durante los dos larguísimos años que siguieron soportó lo que para él tuvo que ser insoportable, cumpliendo con la jornada de trece horas que se exigía seis días por semana a los empleados del Emporio, aunque no sin hacer patéticos esfuerzos por seguir estudiando en sus ratos libres, antes de que se apagasen las luces en los sofocantes dormitorios colectivos del Emporio.

Durante casi todo el primer año que pasó en el establecimiento textil de Southsea, creo que mi padre estuvo en un estado anímico de parálisis casi total, embotado por la desilusión que le había tenido que suponer el verse arrojado de golpe a la calle cuando ya pensaba que iba por el buen camino, convencido de haber empezado a hacer por fin lo que deseaba hacer, y abrumado, además, por la certidumbre de que sus posibilidades iban marchitándose a gran velocidad. Cada día que pasaba se veía más cerca de esa edad a la cual la puerta a la profesión que deseaba aprender y ejercer se cerraría ante sus narices de una vez por todas. Asimismo, esta impresión le hizo sentirse más avejentado, más familiarizado con la aspereza de la realidad. En 1883 ya no le daban ningún temor las cincuenta libras que mi abuela habría de reembolsar al dueño del Emporio en el caso de que se rescindiese su contrato. Por desmesurada que resultase esa cifra en comparación con su salario, semanal o anual, había que reconocer que se trataba de una bagatela en comparación de la diferencia existente entre las probables ganancias que tendría en toda su vida, siendo un hombre dotado de una educación, o siendo prácticamente un analfabeto; a la luz de tales hipótesis, nada descabelladas, la cifra que se le había exigido afrontar en caso de rescisión no era nada. Comenzó, pues, a bombardear a su madre mediante cartas en las que le planteaba las preguntas más vitales que le acuciaban con brutal urgencia: ¿Valía de veras la pena ahorrarse

cincuenta libras entonces, a cambio de certificar una vida de desdichas? ¿Acaso se daba ella cuenta de que él quedaría en pésimas condiciones, indefenso, para ayudarla en su vejez a partir del miserable salario de un dependiente de textiles? Comenzó a aprovechar los domingos y festivos para recopilar la información que necesitaba para reforzar su caso. Pidió a su hermano Frank, que trabajaba entonces y vivía en un desastroso establecimiento de Godalming, que se esforzase en plasmar un cuadro realista, sin ahorrar detalle, de sus verdaderas perspectivas en calidad de dependiente. Y logró llegar a Midhurst y visitar a Horace Byatt, para saber directamente de sus propios labios si aún

existía alguna forma, una vez que se habían volatilizado sus esperanzas de pasar a ser alumno de la escuela, de ingresar

aunque fuese tardíamente en la carrera de magisterio. Por ejemplo, ¿no podría ofrecerle un puesto de ujier, directamente a sus órdenes, que le permitiese estudiar?

Byatt se mostró frío en un principio, y poco después reaccionó positivamente, aunque sólo hasta cierto punto. Caso de que mi padre estuviese dispuesto a trabajar para él, sin recibir paga ninguna, durante seis meses al año, mientras se dedicaba a recuperar el tiempo perdido, que rondaba ya los dos cursos escolares, y si al cabo fuese capaz de aprobar un exigente examen, podría garantizarle un puesto de profesor ayudante en la Escuela Secundaria de Midhurst. A falta de pan, se dijo, buenas son tortas, aun cuando fuesen tortas resecas y endurecidas; era, además, todo lo que mi padre podía pedirle a la vida en aquellos momentos. Le gustaba Byatt, y le atraía el aspecto de la aventura que Byatt le propuso. El número de alumnos matriculados en la renovada escuela había pasado de treinta y dos a sesenta, y Byatt había admitido recientemente a otros dos jóvenes iguales que él, en calidad de ayudantes. Siempre y cuando pudiese salir del establecimiento de Hyde para unir sus fuerzas con Byatt, tendría una serie de posibilidades nada desdeñables para concluir su educación; podría verse en un tiempo relativamente corto con el relumbrón del joven decidido que intenta hacer lo que más desea, contra viento y marea, y que además participa en la cimentación de lo que habría de ser más adelante, a todos los efectos, una nueva y prometedora escuela. Ya se imaginaba el momento en que llegase a director, más o menos a los treinta y cinco años de edad...

Mi padre repasó las cifras de la propuesta que le había hecho Byatt con la ayuda de uno de los jóvenes profesores ayudantes, y comenzó a bombardear insistentemente a mi abuela. Podría disponer de pensión completa, con derecho a lavandería incluido, sólo a cambio de diez chelines por semana, compartiendo la habitación con el joven Harris, jefe de los profesores ayudantes. Necesitaría sólo diez libras el primer año, para ropa y accesorios diversos. Y eso había de ser todo. En total, sólo iba a necesitar treinta y cinco libras, dejando al margen el dinero que se había echado a perder en el contrato con Hyde, para iniciar en buenas condiciones la carrera profesional que deseaba emprender. Podría parecer incluso un trato espléndido:

> *Y así. una vez emprendida esta carrera[110], existen todas las posibilidades de llegar a tener una magnífica posición, mientras que con la ocupación que tengo actualmente me veré condenado a ser de por vida el dependiente de una u otra pañería. Sin embargo, tengo que empezar cuanto antes. Caso de que pueda empezar en la carrera que quiero hacer, por fuerza he de empezar el próximo mes de septiembre.*

[110] Carta: H. G. W. a S. W., reproducida en facsímil, autobiografía: capítulo 4, sección 3

Así terminó el mes de junio, y él comenzó a sentirse febril. Tenso y frustrado, mi padre se enzarzó en una trifulca con Hyde un sábado por la tarde, marchándose de la pañería por las malas al amanecer del domingo. Recorrió a pie las diecisiete millas que lo separaban de Uppark para arreglar la situación con mi abuela. No fue capaz de conmoverla, de hacerle cambiar de opinión; por la tarde, regresó derrotado a Southsea. En ese momento supo cuál iba a ser su suerte. Su madre se había empecinado en que fuese de por vida y hasta su muerte el dependiente de un negocio textil. La buena señora estaba más que dispuesta a disputarle cada centímetro de terreno, con tal de impedir que pudiese escabullirse de ese destino.

Casi había concluido julio; solamente le quedaban seis semanas. Estaba desesperado, como bien se ve en las cartas que envió a Uppark. Se enojó con mi abuela por mostrarse tan obtusa e intolerante. Llegó incluso al extremo de insinuar que iba a suicidarse, o a cometer actos peores que mancillarían para siempre la reputación de la familia.

La conducta de mi padre, llegado a este punto, resultará descabellada y excesiva a cualquier lector que se haya educado en el mundo moderno; tengo sin embargo para mí que sería una injusticia hablar de él, tal como han hecho algunos de sus biógrafos, como quien habla de un niño que no ha madurado, que se emperra en salirse con la suya recurriendo a temperamentales rabietas. No era simplemente cuestión de que deseara salirse con la suya; era una cuestión infinitamente más seria, a saber, que no deseaba verse marginado y echado a perder. Este episodio se enmarca en el extremo más alejado de todo un siglo, o casi, de constantes y profundos cambios en la sociedad, la mayor parte de los cuales han sido cambios que han ido a mejor. Por muy liberal que pudiera ser aquel orden establecido y hoy disuelto a la hora de recompensar el éxito, carecía de compasión para quienes cayeran a lo largo del camino, de la lucha por lograr dicho éxito. Mi padre corría verdadero peligro de verse atrapado en el peor de los clichés sociales de la época, a saber, el del obrero de cuello blanco que tenía que mantener a duras penas las apariencias de la burguesía al tiempo que sólo ganaba el salario de un obrero manual. Un dependiente no tenía ninguna seguridad de conservar su empleo, ninguna perspectiva de contar a su debido tiempo con una pensión, ni con algún beneficio cuando llegase su jubilación. Vivía mes a mes con el miedo de que se le notificase de su despido al terminar la semana. Sabía que antes incluso de empezar valía lo mismo que si estuviese acabado, con sólo ceder un palmo y aceptar el papel que se le había asignado.

En este punto también es necesario tener en cuenta el físico de mi padre. Era un joven flacucho, muy por debajo del percentil de peso medio para su edad, y aunque tuviese una gran energía, sus fuerzas eran escasas, por no decir que no tenía ninguna reserva corporal. Había tenido que aprender de forma muy humillante, en Rodgers y Denyers y en el Emporio de Southsea que era un inadaptado, al menos en lo tocante al comercio textil, y tuvo que darse cuenta de que sus rasgos físicos iban a

jugar en su contra cada vez más, a medida que pasara el tiempo. Era un típico individuo al que los patrones no querrían ver ni por asomo, jamás, dentro de sus establecimientos. Habría tenido que ver a los compradores contemplándolo con evidente desagrado, y habría visto seguramente versiones más avejentadas de su propio tipo físico, dependientes renqueantes, esqueléticos, a los que les crujirían las carnes cada vez que se vieran expuestos a las mismas miradas despectivas que habrían tenido que aguantar desde siempre. Aquellos hombres en buena parte desgastados, ahorradores hasta la tacañería, sólo por acumular alguna reserva para el aciago día en que ya no lograsen convencer a sus patrones, eran precisamente lo que sus hermanos llevaban camino de convertirse, lo que él sin duda llegaría a ser en el supuesto de que su madre se saliera con la suya.

Mi padre se salvó del destino que mi abuela había escogido para él gracias a la mediación de Horace Byatt. Casi exactamente cuando mi padre estaba a punto de renunciar a toda esperanza, Byatt le dijo que el trabajo era suyo, que iba a ganar veinte libras durante su primer año y cuarenta en años sucesivos. Ante el peso de tales cifras, mi abuela no pudo persistir en su descabellado empeño y terminó por ceder, aunque de mala gana. La verdad es que no pudo llegar a creer que su hijo fuera capaz de escoger con acierto y sensatez cuál iba a

ser su carrera en la vida. Lo único que ocurría es que el amigo de Tom Pennicott lo había engañado como a un necio. A ella le bastaba con sentarse a esperar y ver en qué paraba todo aquello.

A mi padre aún le quedaba por aguantar una última situación exasperante. Los estatutos de la antiquísima fundación a cuyo frente se había colocado Byatt, reanimándola, habían resucitado con ella, y uno de dichos estatutos promulgaba que todos sus profesores fuesen por fuerza comulgantes de la Iglesia de Inglaterra. Mi padre vaciló e insinuó diversas objeciones, aludiendo a su incredulidad al expresar que le costaba mucho trabajo aceptar algunos de los Treinta y Nueve Artículos de la Iglesia, aunque Byatt le explicó que así eran las cosas, y que no había manera de cambiarlas; le dijo que no había forma de saltarse los estatutos. Mi padre debería realizar públicamente la confirmación y rendir homenaje al Dios de mi abuela —tal y como si creyese firmemente en Él— si de veras deseaba formar parte del personal de la Escuela Secundaria de Midhurst. Realizó los gestos exigidos con toda la gracia de que fue capaz, pero la humillación que le supuso el que se le requiriese hacer profesión de fe en un credo que de ninguna de las maneras podría suscribir no iba a dejarlo en paz durante el resto de su vida. Sintió que se le había obligado a tomar parte en una deshonrosa charada.

Fue en este momento cuando mi padre mostró por vez primera señales inequívocas de estar un tanto al margen del grupo ordinario de los muchachos más brillantes, dotados y deseosos de triunfar. Una vez en Midhurst, asumió con facilidad la rutina de los días que invertía en dar clase a los alumnos menores de Byatt y de las noches que dedicaba a trabajar como alumno de magisterio, siendo a veces el único, matriculado

en los cursos optativos sobre materias comunes de la rama de ciencias. Adoptaron una curiosa división del trabajo: mi padre se tragaba literalmente los libros de texto y Byatt le enseñaba el arte de redactar respuestas correctas a las preguntas de los exámenes, para que sacase el máximo partido de sus conocimientos. Trabajaron juntos y en perfecta armonía desde septiembre de 1883, durante todo el invierno, hasta mayo de 1884. Mi padre se preparó así para pasar el que había de ser el primero de los exámenes del Comité de Educación, aprobando los cuales podría ganarse su sustento. En aquellos exámenes le fue francamente bien, y satisfizo con creces las expectativas de Byatt al obtener varias calificaciones de nota, lo cual supuso que la escuela de Byatt recibiera el máximo de las subvenciones posibles. Fue sobrada recompensa, pero ni Byatt ni mi padre se habían dado cuenta de que aún podría haber más. El plan del Comité para promocionar la enseñanza de asignaturas científicas estaba vinculado a otro plan al que no se había dado tanta publicidad, tendente a animar a los alumnos a que se preparasen para ser profesores de ciencias mediante la dotación de becas para la Escuela Normal de Ciencias sita en South Kensington, rama de la Universidad de Londres, y dichas becas serían otorgadas a los alumnos que obtuviesen las mejores calificaciones en dichos exámenes. Mi padre tuvo noticia de esto por vez primera cuando le llegó por correo una carta de South Kensington en la que se le hizo saber que se había calificado para la obtención de la beca, amén de invitarle a que cumplimentase el formulario de solicitud que se adjuntaba. Se apresuró en cumplimentarlo, y pocos días después pudo comunicar a Byatt la gran noticia. Iba a disfrutar de una plaza en la Escuela Normal. Iba a contar con una beca de mantenimiento, consistente en una guinea a la semana. Iba a aprender biología directamente del viejo lugarteniente de Darwin, nada menos que el gran profesor Huxley en persona. Tenía que matricularse en septiembre en la Escuela Normal.

Ésta fue la primera noticia que tuvo Byatt de la beca, y le supuso un instante de amargura. Se sintió dolido al descubrir que la solicitud se había tramitado, según dijo él mismo, a sus espaldas. Hizo saber a mi padre qué era lo que pensaba al respecto, y la tensión se tuvo que notar durante dos o tres días; cuando Byatt tuvo el tiempo necesario para recordar la juventud y las ganas de mi padre, así como su inexperiencia, le perdonó aquel momento de atolondramiento y le dejó marchar con sus bendiciones. Exactamente al año de haber llegado a Midhurst para unirse al personal docente que trabajaba a las órdenes de Byatt, se mudó a South Kensington para ver qué podía sacar en claro de aquella gran oportunidad que él mismo se había labrado.

A mi abuela no le importó un comino este giro de los acontecimientos; tan pronto tuvo noticia de que su hijo había obtenido la beca y de que iba a marcharse de Midhurst para asistir a la Escuela Normal, le entró la desesperación. Entendió que era una prueba más de que su hijo no sabía por dónde se andaba, de que era incapaz de tomarse nada en serio; sólo había pasado un año desde que revolvió cielo y tierra para lograr quedarse con Mr. Byatt, al cual de repente había abandonado para marcharse quién sabía a dónde. Para que mi padre se enterase de

cómo se sentía ella, rehusó pedir a Frances Bullock que le permitiese quedarse con ella a pasar el verano. Así, marchó a Atlas House y pasó lo que quedaba de junio, julio y agosto con mi abuelo. No tenía otro sitio a donde ir.

Capítulo XI

«Estaba casi totalmente seguro de haber suspendido el último de los exámenes. Supo entonces que cualquier carrera en el campo de la ciencia le había quedado cerrada ya para siempre. Y recordó entonces cómo había recorrido a pie aquel mismo camino por primera vez en su vida, para llegar a aquel mismo edificio imponente, y recordó todas las esperanzas y resoluciones que le colmaban por dentro a medida que iba acercándose. ¡Cuántos sueños, cuántos trabajos incesantes, inquebrantables! "Sí —se dijo en voz alta — , sí. Todo aquello ha terminado. Todo ha terminado."»

Mi padre trata en su autobiografía del verano que pasó con mi abuelo en 1884, aun cuando se ocupe de este asunto casi de pasada, al hacer referencia a la muerte de su hermano mayor, que en 1933 estaba muy reciente en su memoria, y le da un tratamiento harto evasivo. Cuando regresó a Bromley para pasar con mi abuelo aquel verano, se encontró con que el viejo vivía como si estuviese encerrado en el sueño de un niño grande; se levantaba de la cama cuando le daba la gana, se acostaba cuando se lo pedía el cuerpo, cerraba la tienda por puro capricho, en cuanto le entraban ganas de irse a otra parte. Había renacido su interés por la fabricación y la reparación de relojes; los engranajes de los relojes parcialmente desmontados, pasto de su canibalismo cuando necesitaba piezas para reparar otros relojes, estaban desperdigados por la cocina y por el salón, entre los restos de comidas de varios días. Ya no era capaz, evidentemente, de jugar al cricket, si bien justificaba sus frecuentes cierres de la tienda marchándose a los terrenos de juego que había en los alrededores de Bromley, llevándose un bolsón de buhonero lleno de guantes de batear, cestas, guanteletes, bates, almohadillas, protectores, espinilleras, pelotas, etc. Podía con toda tranquilidad fingir que la prolongada época que había pasado con los jugadores, en los pabellones y en los tenderetes, bebiendo cerveza después del partido, estaban a la orden del día. Seguía en efecto fingiéndolo, aunque solamente le quedasen tres años para cerrar definitivamente el establecimiento.

Si mi abuelo hubiese sido simplemente otro vejete impresentable, con las meninges reblandecidas, al cual le diese por beber dos o tres cervezas de más siempre que se le presentase la ocasión, mi padre, supongo yo, se habría sentido lisa y llanamente asqueado. Ahora bien, Joseph Wells tenía un tremendo encanto personal, y era capaz de desplegarlo siempre que hiciera falta. Llegado a aquella altura, sabía perfectamente que había perdido a mi padre, dado lo cual decidió hacer lo que estuviera en su mano para volver a ganarse su confianza. Se armó de valor, adoptó la actitud más indicada y se llevó a su hijo a dar una serie de paseos por el campo, por los alrededores y por el camino de Penshurst, que su hijo iba a recordar efectivamente durante el resto de sus días. Él se dio cuenta de que mi abuelo hizo todo lo posible por granjearse su simpatía, y yo al

menos tengo la opinión de que él mismo era por entonces consciente, aun cuando fuese de manera subliminal, de que existía alguna clase de peligro no especificado en el hecho de dejarse encandilar de ese modo. Más avanzada su vida, cuando entendió lo que le había ocurrido a mi tío Frank, creo que mi padre vio con toda claridad cuan pernicioso, por no decir letal, podría haberle resultado ese mismo despliegue de encanto. Mi abuelo encandiló a Frank hasta el extremo de que éste aceptó sin remilgos su estilo de vida, tomándolo por modelo de su propio comportamiento, hasta el extremo de que terminó por convertirse en un calco del anciano. Aquel muchacho inteligente, con gran facilidad para conocer los entresijos de la mecánica, a quien Morley había en parte echado a perder solamente porque no servía para los libros, y que siguió por ese camino de perdición en la pañería, había terminado por convertirse finalmente en relojero itinerante y vendedor ambulante de relojes, es decir, en un hombre felizmente inútil que se ganaba los cuartos con semejantes trapícheos, y que pudo seguir viviendo gracias a la ayuda de mi padre. También él terminó embebido en un sueño infantiloide, pedaleando sin cesar por los caminos embarrados y cubiertos de hojas secas del sudeste de Inglaterra, haciendo lo que le venía en gana, regresando a su guarida si le daba la ventolera. Siendo yo más joven, me daba la sensación de que había encontrado una satisfactoria manera de vivir, y en aquel entonces me costó trabajo entender por qué mi padre se había sentido auténticamente espantado al ver a su querido hermano mayor convertido en una réplica clavada de mi abuelo. La palabra «espantado» pudiera dar a entender una reacción excesiva e irracional, pues a quienes se los hayan encontrado por así decir por persona interpuesta, sobre la página impresa, les será facilísimo imaginárselos como una pareja de felices marginados por decisión propia, que llegaron a tener un éxito notable siendo un par de fracasados. En cambio, y desde que tuvo diez años, mi padre supo con toda claridad cuan absoluto había sido el fracaso de mi abuelo, y a qué extremos le había llevado su fracaso.

El instante en que tuvo esa revelación queda descrito en un pasaje que deja caer sin previo aviso en el himno de odio que entona ante Atlas House al inicio de su autobiografía; viene a añadirse a la lista de espantos propios de aquel lugar el hecho de que a su padre lo encontrasen un buen día tendido boca arriba en la parte de atrás de la casa, víctima de un accidente que iba a dejarlo inválido de por vida. En ese momento proporciona algunos detalles del accidente, aunque si se examinan con detenimiento resultan poco menos que improbables. Estando solo en la casa, ya que mi padre y mi abuela habían ido a la iglesia un domingo de octubre de 1877, mi abuelo se encaramó a la escalera, colocándola en equilibrio inestable sobre un banco, para dedicarse a podar la parra que cubría la parte posterior de la casa. Que un hombre que tenía conocimientos profesionales de jardinería se propusiera hacer semejante trabajo de forma tan poco lógica y tan poco recomendable parece totalmente inverosímil, sobre todo si se tiene en cuenta que se trataba de un hombre dotado de la cultura física necesaria para jugar profesionalmente al cricket; más inverosímil aún es que se fiase de una apoyatura tan deficiente. La versión que se da de este suceso en la

autobiografía, escrita entre 1932 y 1934, a mí me hace sospechar que mi padre había percibido esta inverosimilitud; por otra parte, la versión ficcionalizada que se da en The New Machiavelli (*Los nuevos maquiavelos*), una novela escrita entre 1910y 1911, es decir, en un momento muy próximo a la muerte de mi abuelo, me hace pensar que él había creído que se trató de un

intento de suicidio frustrado. Tanto es así que el «accidente» resulta fatal en la novela: allí, madre e hijo regresan de la iglesia para encontrarse a un hombre muerto en el jardín. La palabra suicidio, aunque las circunstancias del caso hagan pensar en ella, no es utilizada en la novela; sin embargo, su interpolación es permisible en la lectura gracias a la existencia de The History of Mr Polly (*La historia del señor Polly*), comedia escrita más o menos en la misma época que *Los nuevos maquiavelos*. Dicha comedia relata la historia de un hombre que alcanza un éxito muy considerable a partir del fracaso más absoluto, que no es otro que su supervivencia a un intento de suicidio. Aunque la sociedad le hubiese negado en redondo la posibilidad de hacer lo que en realidad deseaba hacer mientras estuvo con vida, en cuanto Mr. Polly desaparece y se difumina, convirtiéndose en un espectro, se encuentra en condiciones de hacer lo que quiera, y así es feliz para siempre. Como uno de los avatares de que le ha liberado el suicidio frustrado es el matrimonio con una mujer exigentísima y constantemente fastidiosa, que sólo desea que se despabile y se convierta en algo que él no tiene ninguna intención de llegar a ser, me está vedado dudar de que mi padre extrajo la inspiración para este libro de los recuerdos del verano que pasó en Bromley en compañía de mi liberado y despreocupado abuelo; tampoco me cabe ninguna duda de que la cimentación definitiva del libro fue su convicción de que el accidente de 1877 había sido en efecto un intento de suicidio. En cambio, en el verano de 1884 vio a su padre en trance de disfrutar serenamente de la felicidad que le había llegado a manera de recompensa por haber renunciado a sí mismo una vez que se vio en las últimas. El tremendo encanto de mi abuelo convirtió la estancia de mi padre en un espectáculo subyugador; creo que a mi padre le dio miedo darse cuenta de que en su interior existía algo poderosamente tentado por ese ejemplo.

Mi padre no se hallaba en un estado de ánimo especialmente alegre cuando marchó a Londres[111] al finalizar el verano, para iniciar el curso académico en la Escuela Normal. Tenía bien claro que estaba haciendo algo a lo que su madre se oponía terca y resueltamente, algo que tampoco tenía ningún sentido a ojos de su propio padre. Se encontraba, pues, absolutamente solo, sin el apoyo que le habría supuesto al menos un cierto orgullo de sus progenitores por su hazaña, sin contar tampoco con su respaldo. Si coronase con éxito su paso por la escuela, tan sólo podría compensar la ofensa que había cometido originariamente al demostrarles, a la larga, que estaban equivocados; si fracasara en sus estudios, haría exactamente lo mismo, sólo que demostrándoles que estaban en lo cierto. Insistiendo en que estaba preparado para proseguir su educación, no había complacido a nadie. Después de todo, mi abuela le había repetido machaconamente durante los cuatro años anteriores que lo único que

[111] Ibíd., capítulo 5, sección 6

tenía que hacer para complacerla era aceptar, tal como ella se lo decía, que solamente servía para desempeñar una ignominiosa servidumbre en esta vida; durante los últimos tres meses, mi abuelo le dio una serie de clarísimas señales, con las cuales quiso transmitirle el mensaje de que en el cumplimiento de un fracaso personal podía encontrarse un consuelo inmenso. No diré que emprendió el camino de South Kensington sintiendo que su obligación

era fracasar antes o después, pero sí pienso que la sombra de esa idea tuvo una intensa presencia en sus más recónditos pensamientos. Esto podrá parecer improbable a quienes hayan terminado por pensar que mi padre era despiadado en su decisión de mejorarse a sí mismo y de mejorar su propio entorno, pero en cambio parecerá bastante más verosímil de lo que a primera vista pueda pensarse si se da la debida consideración a la posición que se forjó al cabo de diez años de llegar a Londres. Entre el otoño de 1884 y el verano de 1894, su actuación podría compararse al recorrido de mi abuelo correspondiente al período comprendido entre su decimosexto y su vigésimo sexto cumpleaños.

Recordará el lector que en lo más crudo del invierno de 1853 mi abuelo estaba sin trabajo, sin posibilidad de encontrar un empleo acorde con la profesión que había escogido, escogió la opción de mejorar su triste situación casándose con una mujer que estaba todavía en peores condiciones que él mismo. Mi padre había logrado superar por la mínima la marca de mi abuelo al casarse con una muchacha con la cual no tenía nada en común, celebrando la boda un mes después de haber cumplido veinticuatro años y cuando estaba, si acaso, en una posición muy delicada.

Cuando mi padre se marchó a Londres no tuvo que resolver el problema elemental de encontrar alojamiento, del cual se había ocupado personalmente mi abuela, quien por cierto estuvo angustiada por la posibilidad de que se mezclase con malas compañías en el caso de que él mismo tuviera que decidir dónde iba a hospedarse. La hija de una vieja y buena amiga suya, según pudo saber, acogía huéspedes fijos en su casa de Westboume Park, dado lo cual dispuso que se alojase en esa casa, convencida de que la hija de su amiga, a la que no conocía personalmente, habría salido igualita que su madre, una señora bien educada y de misa casi diaria. En cambio, la hija había salido rana; mi padre se encontró viviendo en un ambiente en el que continuos «tejemanejes» dieron lugar a infinidad de inacabables trifulcas, a lo largo de las cuales salían a relucir no pocas cosas de las que mi padre habría preferido no tener noticia. Una de las costumbres de la casa era que los huéspedes saliesen de ronda por los pubs, los sábados por la noche; gran parte de los líos que bullían perpetuamente en la casa eran debidos a los ebrios tropezones y tambaleos en que concluían estas excursiones. A mi padre poco le importó semejante decorado; de todos modos, no supo cómo quitárselo de encima hasta que una amiga de mi abuelo, una mujer llamada Janie Gall, que trabajaba en la sección de ropa de Deny y Toms, unos almacenes de Kensington High Street, a la cual había pedido que no lo perdiese de vista, acudió en su rescate. Se dio cuenta de que se sentía desdichado,

descubrió el por qué, e inmediatamente dispuso su traslado de Westbourne Park a Euston Road, en donde la mujer de un tío suyo, una tal Mary Wells, tenía una pensión.

Mary Wells era la viuda de William, hermano de mi abuelo. Había tenido una hija, Isabel, con la cual mi padre contrajo matrimonio. No es del todo extraño que dos primos contraigan matrimonio, y como mi padre se alojó encantado de la vida en casa de su tía durante todo el tiempo que le quedaba de estudiante en la Escuela Normal, éste bien podría considerarse como un acontecimiento de lo más natural. En efecto, así pudo ser, ya que en estos casos la contigüidad lo dice casi todo. No obstante, me escama un tanto que tras haber librado una tremenda batalla con mi abuela por huir del negocio de textiles, su primer acto independiente, de adulto, fuese su boda con la hija de un hombre que había tenido una pañería, que había frustrado sus expectativas en su profesión y que había fallecido en un asilo. Puede que no fuera más que simple coincidencia, pero no deja de parecerme llamativo.

Las circunstancias en que tuvo lugar la boda fueron ominosas. Mi padre había echado a perder su gran oportunidad de obtener su licenciatura en la universidad gracias a una beca, que le fue denegada en tercero. Consiguió este resultado al difuminar en exceso sus miras; había dedicado demasiado tiempo, el que por otra parte debería haber invertido en estudiar las asignaturas del programa y preparar los exámenes, en avanzar según sus propias orientaciones por terrenos carentes de toda relación con las asignaturas, especialmente la literatura y el arte, a la vez que se permitió que su insatisfecha hambre de experiencias sexuales se adueñase de su mente. Su nerviosismo le llevó a mostrarse agresivo, cuando no estúpido, y a lucir su talante desafiante y provocador en sus tratos con sus profesores, de cuya buena voluntad dependía sobremanera. Cuando se planteó la cuestión de renovar su beca al término de su tercer curso, algunos de sus profesores estaban más que deseosos de perder de vista a un estudiante al que habían terminado por considerar un estorbo, una constante molestia.

Suspendida su beca, mi padre descubrió que contaba con muy limitadas opciones. En lo tocante a la obtención de la licenciatura no le quedó más remedio que arrojar la toalla, y dedicarse a aprender algún oficio, aun cuando fuese ya mayorcito para empezar de aprendiz, o bien salvar al menos los muebles continuando su trabajo por la obtención del título, por su propia cuenta, al tiempo que empezar a ganarse malamente la vida dando clases de lo que fuera. Sin tener una idea demasiado clara de las dificultades a las que tendría que hacer frente, decidió escoger esta segunda vía. Hizo cuanto pudo por salir adelante de este modo entre el verano de 1887 y el otoño de 1889; el esfuerzo tuvo que resultarle sin duda agotador. Durante los tres años en los que vivió gracias a la beca, consistente en una guinea por semana, su alimentación había sido precaria; después iba a pagar el precio por haber agotado sus reservas. Conseguía un puesto de profesor, trabajaba hasta el límite de sus fuerzas y sufría un colapso. Esta situación mejoró a finales de 1889, cuando se presentó al examen intermedio de su licenciatura en ciencias y logró un

notable en zoología. Poco después iba a obtener su diploma de profesor con numerosas distinciones; con esta cualificación plena no tardó en llegarle una atractiva oferta por parte de William Briggs[112], uno de los pioneros en el campo de los institutos de enseñanza por correspondencia. Briggs había descubierto su nombre y la lista de distinciones obtenidas en la publicación de los resultados del examen de diplomatura; se quedó impresionado. Le escribió ofreciéndole de inmediato dos libras por semana a cambio de que se encargase de dar los cursos de biología que se ofrecían en su grandilocuente Instituto Universitario por Correspondencia, prometiéndole que, si obtuviese la licenciatura en ciencias con honores, cuando se presentase a los exámenes finales, podía contar con ganar cuatro libras por semana, con un total de treinta horas lectivas, dando las clases de preparación de los candidatos a ingresar en la universidad que se impartían en su instituto del Strand.

Mi padre se sintió exultante, animado por la sensación de que poco a poco iba cumpliendo con las ambiciones que se había formado mientras trabajó a las órdenes de Byatt, en Midhurst. De nuevo estaba en el buen camino. Cuando hubo conseguido el empleo, teniendo en perspectiva otro aún mejor, recobró la confianza en sí mismo y escribió por fin a su madre, pidiéndole disculpas[113] por todas las preocupaciones y las angustias que le había hecho pasar a lo largo de los años, firmando de nuevo la carta con un «tu hijo que te quiere». Obtuvo la licenciatura en ciencias con matrícula de honor en zoología, y Briggs hizo por él incluso más de lo que había prometido. Mi padre se encontró con una paga de seis libras por semana a cambio de cincuenta horas lectivas en el instituto[114]. Es posible que no parezca un salario demasiado bueno, visto desde luego con una mentalidad de hoy en día; ahora bien, los sentimientos de mi padre respecto de lo que le pagaba Briggs hay que ponerlos en relación con el hecho de que en aquella época los dependientes de comercio, con probada experiencia, trabajaban hasta ochenta horas por semana y no llegaban a ganar treinta chelines. Y él ganaba cuatro veces dicho salario, aun cuando no se fuera a conformar con ello. Se convirtió en una máquina de hacer dinero cuando escribió un libro de texto de biología para uso de los alumnos de Briggs; adquirió una fuente suplementaria de ingresos regulares al asumir el puesto de redactor jefe del periódico de Briggs, el University Correspondent. Además de todo esto pudo contar con posibilidades que sólo se dan una vez en la vida y con otras ofertas de ocasión: por ejemplo, ganó un premio de veinte libras al aprobar el examen de ingreso en el Colegio de Preceptores, y en doce meses amasó otras cincuenta libras escribiendo breves y sueltos sobre diversos temas para el Educational Times[115].

---

[112] Ibíd., capítulo 6, sección 6

[113] Carta: H. G. W. a S. W., 14 de octubre de 1891

[114] Carta: T. Ormerod al director del Manchester Guardian, 21 de agosto de 1946; en este breve recuerdo, un antiguo alumno suyo pone de manifiesto lo buen profesor que llegó a ser H. G. W. en tan poco tiempo

[115] Mi padre tuvo la suerte de tener a su disposición un camino directo a esta publicación, ya que uno de sus compañeros de profesorado, a las órdenes de Brigg, un tal Walter Low,

Pero si pareciese que al menos por el momento mi padre había encontrado solución al problema de ganarse la vida, lo cierto es que aún no había concluido el ciclo que constaba de empleo nuevo, trabajo en exceso, colapso, convalecencia, y vuelta a empezar de cero. Sufrió una crisis no demasiado severa al empezar 1890, un aviso, cuando estaba a punto de presentarse a los exámenes finales de su licenciatura en ciencias, al cual siguió otra crisis más

seria casi un año más tarde. Comenzó con una serie de hemorragias que lo dejaron para el arrastre, momento en el cual fue fácil víctima de una epidemia de gripe que a poco estuvo de causarle la muerte. Hubo de reconocer que su delicada salud fue en ese momento un asunto muy serio, y que no podía seguir comportándose con la temeridad con que lo había hecho hasta entonces. En verano, escribió a mi abuelo con esta resolución tomada, comunicándole a grandes rasgos en qué estado se encontraba, amén de insinuar que había empezado a preguntarse si de veras llegaría el día en que su posición le permitiese contraer matrimonio. Con la llegada del fresco tiempo del otoño comenzó en cambio a sentirse más vigoroso, con lo cual reanudó su rutina profesional exactamente donde la había dejado. Briggs confiaba plenamente en él, y esto tuvo también un beneficioso efecto en su ánimo: volvió a creer en sus posibilidades. El 31 de octubre se casó con su prima Isabel, y en noviembre comenzó a decorar el chalet en que iba a vivir con ella, una casa con un pequeño jardín, sita en Wandsworth, que era un suburbio a cómoda distancia del centro de operaciones de Briggs. que estaba en Red Lion Square, en el barrio de Holborn.

Durante los siguientes dieciocho meses, mi padre vivió un estrés creciente. Se había casado con una mujer que no estaba hecha para él. Su prima era de dulce carácter, una mujer de espléndidas intenciones, pero no era ingeniosa ni despierta de mente; no tenía tampoco nada en común con aquellos seres pétreos y estatuarios, pero de sangre caliente, que colmaban las fantasías de su todavía inexperto esposo. Cuando aquellos seres neoclásicos de Crystal Palace y de las páginas de Punch cobraban vida para complacerle, siempre sabían con

exactitud qué era lo que él deseaba en cada momento, aparte de que siempre estaban en condiciones de acudir corriendo para aliviarlo. No era necesario el cortejo, los prolegómenos. Mi padre se llevó un tremendo mazazo cuando descubrió que no tenía ni idea de cómo excitar el aletargado apetito sexual de su esposa, y se sintió casi hundido al

---

quien fue por cierto su mejor amigo en aquella época, era el redactor jefe de esta publicación en sus ratos libres. Low, cuyos padres de ascendencia judía habían emigrado de Hungría a Londres, tenía una hija llamada Ivy que con el tiempo llegó a ser una novelista de cierto mérito y esposa del mismo Maxim Litvínov que pasó a ser el sucesor de Chichean en calidad de comisario del Soviet para Asuntos Exteriores. Mi padre se mantuvo en contacto con la esposa y las hijas de Low después de la prematura muerte de éste, acaecida en 1895, y su ligazón con Litvínov, a través de Ivy, sin duda tuvo su importancia a la hora de dar un notable cariz amistoso a la entrevista que, a su debido tiempo, mantuvo H. G. W. con Stalin

descubrir que ella no deseaba en particular esa excitación. Se contentaba con minimizar el papel que desempeñaba dentro del matrimonio un elemento que, para ella en concreto, no era ni mucho menos grato. Y él se habría encontrado mucho más destrozado aún caso de haberse dado cuenta entonces, tal y como iba a saberlo más adelante, de que lo único que había hecho era complicarse su ya de por sí difícil posición de hombre con una salud bastante frágil, al construir nada menos que un duplicado del matrimonio de mi abuelo, sembrado de incompatibilidades con mi abuela.

Las perplejidades de mi padre, su inquietud, se incrementaron notablemente al poco de contraer matrimonio, cuando tuvo lo que en su autobiografía se limita a tildar de «aventura». Tuvo lugar en una casa de Wandsworth[116]. Mary Wells, que se había mudado a vivir con la joven pareja, había salido de compras, actividad que para ella constituía una auténtica expedición; Isabel había ido al West End, a entregar algunos de los negativos que había retocado por encargo de los fotógrafos de Regent Street con los que trabajaba desde antes de casarse, de modo que en la casa sólo quedaba mi padre, trabajando en su estudio de la planta baja, y una joven en el cuarto que tenía Isabel en el ático. Estaba allí simplemente por ser alumna de Isabel; aprendía con ella el arte de retocar negativos, pero en ausencia de su mentora se había quedado sin gran cosa que hacer. Se puso a pensar en mi padre; mejor dicho, repasó unas cuantas ideas que había consentido que se le metieran en la cabeza. Sabía muy bien que Mary Wells se tomaba las compras muy en serio; sabía cuánto tiempo tardaría Isabel en ir de Wandsworth a Regent Street y en regresar. No había moros en la costa; el panorama estaba más despejado que nunca. Descendió a la planta baja y llamó al estudio de mi padre. Le dijo que estaba pensando en preparar un té, y le preguntó si no le apetecería tomar una taza. Instintivamente, él se dio cuenta de que ella no estaba pensando precisamente en preparar un té. Realizaron el acto del amor ágil, rápida, agradablemente, con gran satisfacción por ambas partes, siempre y cuando se quiera creer el relato del encuentro escrito por mi padre más de cuarenta años después. «*Fue* —según observó entonces, y me parece que le traiciona la incertidumbre al hacerlo— *lo más natural del mundo.*» Y sigue diciendo que esa azarosa anécdota se convirtió en la piedra angular sobre la que cimentó una política de actuación en el futuro. Una vez acontecido el suceso, se lanzó a lo que él denomina una prometedora promiscuidad. Aun cuando el amor que sentía por Isabel no hubiese muerto, dice, había decidido correr todas las aventuras amorosas menores e incidentales que pudiera...

Esto no es más que la glosa de mi padre, según entiendo, sobre el recuerdo que guarda del modo en que ocurrió el asunto. Dudo mucho que tuviese entonces una imagen tan meridianamente clara respecto del curso de los acontecimientos, y estoy bastante seguro de que entonces no le pareció tan natural descubrir que, por una parte, parecía ser incapaz de establecer una relación sexualmente feliz con la mujer con la que se sentía

[116] Autobiografía: H. G. W., capítulo 7, sección 2

emocional y afectivamente ligado, y que por otra parte tuviese un éxito notable cuando se trataba de satisfacer sexualmente a mujeres y muchachas que para él no significaban gran cosa. Si acaso pudo parecerle así de natural, no parece probable que la situación le fastidiase tanto como de hecho le fastidió, llegando a preocuparle mucho.

Mientras mi padre fue acostumbrándose a la idea de que tendría que buscar y encontrar los placeres sexuales fuera del matrimonio, la situación global de su familia experimentó un agudo deterioro. Mi abuelo había tocado fondo poco antes, en 1887, cuando tuvo que marcharse de Atlas House y malvender el negocio después, habiéndose permitido incomprensiblemente acumular una larga serie de mensualidades impagadas. Despojado de sus últimas pretensiones de convertirse en un hombre de negocios independiente, despojado de la mayor parte de sus bienes y efectos, se fue de Bromley y se instaló en una casa de campo en Nyewood, una minúscula aldea al sur de Rogate, en el condado de Sussex, desde donde alcanzaba a ver Harting Down y los álamos de Uppark. Mi abuela se encargó de pagar el alquiler de su nueva vivienda. Poco después de instalarse allí, se le sumó mi tío Frank; los dos vivieron juntos, en amor y compañía a pesar de la miseria, durante los años siguientes. En la casa[117], que apestaba a tabaco de picadura, a grasa de limpiar armas, a cerveza, reverberaba el ruido de los relojes de Frank; en modo alguno podían mantenerse los dos, y bien pronto se vieron en apuros, en cuanto el veranillo de San Martín[118] que vivió mi abuela en Uppark tocó ingratamente a su fin. Se quedó sorda, y tal como suele ocurrir con tantas personas que de pronto se ven enclaustradas por este defecto físico, muy pronto se tomó quisquillosa, difícil de tratar. La señora de la casa que le había dado trabajo, quien tampoco andaba libre de los achaques de la vejez, perdió la paciencia y comenzó a ver en ella sólo a una criada exasperante. A mi abuela se le notificó el despido a finales de noviembre de 1892. Al cabo de dos meses tendría que marcharse, aunque recibiría la paga de año y medio como finiquito y prueba de buena voluntad. Teniendo en cuenta la época, fue una imposición muy liberal, y mi abuela no se mostró demasiado enojada por ello, considerándose efectivamente como un ama de llaves de una gran mansión que a lo largo de los años había demostrado su competencia, como bien podía verse en el hecho incontestable de que había sido la única dueña de la habitación destinada al ama de llaves y de las llaves de la casa. Ahora bien, cuando se puso a buscar un nuevo empleo, muy pronto se sintió desilusionada. Al comenzar el Año Nuevo se dio perfecta cuenta de que era vieja, estaba sorda y no servía para nada; entendió que le sería imposible encontrar un puesto de trabajo; que las cien libras que había recibido como pago por su despido iban a ser con toda probabilidad la última cantidad de dinero que ganaría por sus propios medios. Comprensiblemente, le entró el pánico; se aferró al lugar que aún ocupaba en la hacienda de Uppark. Hizo falta una enorme presión para que definitivamente se marchase, tres semanas después de que hubiese expirado el plazo fijado en un principio.

[117] Carta: H. G. W. a Eliz Healey, Wells Papers, enero o febrero de 1888
[118] Diario: S. W., op. cit

Mi padre se jacta en su autobiografía de haber previsto con antelación esta catástrofe, pero caso de que sea cierto no hizo ningún plan para afrontar semejante contingencia. Sus reacciones al respecto están marcadas por las huellas de la improvisación. Se llevó a la asustada y anciana señora —había cumplido ya los setenta años— a su casa de Wandsworth, donde la cobijó durante unos días, y después la depositó en la pequeña casa de Nyewood, para que pasara allí lo que aún le quedase de vida. No estoy muy seguro de lo pequeña que podía ser en realidad, ya que la única descripción detallada que he podido encontrar de esa casa, en la cual se dice que sólo tenía tres habitaciones, figura en una jocosa carta escrita por mi padre a su vieja amiga Elizabeth Healey a comienzos de 1888. En ella escribe de forma efectista, inventándose la mayor parte de las costumbres que atribuye al viejo Joseph Wells. Fuera tan pequeña la casa o fuera algo mayor, lo cierto es que tuvo que haber sido muy duro para mi abuela[119] que se le pidiera con toda la amabilidad del mundo que se marchase a vivir bajo el mismo techo en que vivía un hombre por el cual nunca había sentido nada, trece años después de que por fin lograse escapar de él y se fuera a vivir en el cuarto del ama de llaves de la espléndida y maciza mansión situada al otro lado de la loma de Harting Down. Los criados que en tiempos la habían respetado y temido se rieron y se mofaron de ella tan desabridamente durante las últimas semanas que pasó allí, al enterarse de que había perdido irremediablemente el favor de Miss Fetherstonehaugh, que sería insoportable si llegaran a enterarse de que vivía tan cerca de la mansión y, además, de semejante forma. Cabía incluso la posibilidad de que se acercaran hasta la casa, a mortificarla con sus mofas por el estado de abatimiento en que había caído.

No me sorprende descubrir que mi padre escriba en su autobiografía de forma exculpatoria al referir el tratamiento que daba a mi abuela en esta época. Según dice, tiene la impresión de que siempre fue demasiado presuroso, áspero e incluso estúpido cuando intentó ocuparse de la crisis, por no decir que también fue desconsideradamente ciego ante las humillaciones que apiló sobre su familia a medida que los problemas de todos sus integrantes fueron asediándolo. Al repasar esta época, reconoce haber sido particularmente duro con mi tío Frederick.

Tan pronto despachó a su madre camino de Nyewood, se encontró a Fred en la puerta de su casa[120]. Fred había sido despedido de lo que parecía hasta entonces un magnífico empleo en Wokingham; el despido se produjo de manera tan aciaga que su moral se hizo añicos. Le habían hecho pensar que se había ganado la confianza de su patrón y que tenía verdaderas perspectivas de medrar e incluso de tomar las riendas del negocio cuando llegara el momento oportuno, pero su verdadero cometido había sido simplemente calentar el puesto que el hijo del patrón ocuparía en cuanto tuviese la edad necesaria para ello. Había llegado el momento, y

[119] De esto se dio cuenta mi padre, y decidió que se mudaran a una casa bastante mejor, y no muy lejos, que encontró en Liss, durante el invierno de 1895-1896

[120] Autobiografía, H. G. W., capítulo 6, sección 6

mi tío se quedó de patitas en la calle sin recibir siquiera un plazo razonable. Lo habían engañado como a un niño; al descubrirse el pastel, se burlaron de él. En casa de mi padre, Fred recuperó rápidamente la moral. Empezó a mostrarse combativo. No carecía de recursos. Había ahorrado, tenía una módica cantidad, casi cien libras. Podría empezar de nuevo, por su propia cuenta. Podría mudarse y montar un pequeño establecimiento. Siempre y cuando encontrase el lugar adecuado... siempre y cuando mi padre pudiese ayudarle un poco al principio, quizá con sólo doscientas libras... Cuando le hizo mención de esta cantidad, tenía en el rostro una expresión que mi padre había empezado a reconocer.

Cada vez que se declaraba una crisis, todos habían empezado a depender de él. Mi padre descubrió que aunque estuviese ganando más dinero que nunca, no extraía grandes beneficios de sus abultados ingresos. Más o menos la tercera parte de lo que ganaba iba a parar a su familia. Tan pronto empezó a contar con la sustancial paga que le proporcionaba Briggs, tomó la resolución de tener en todo momento unas cincuenta libras a mano, como seguro contra catástrofes imprevistas. Con esa cantidad podría disponer de un año con los gastos cubiertos, siempre y cuando se apretase el cinturón y se fuera a vivir a un sitio verdaderamente barato. Sin embargo, había descubierto que difícilmente tenía un saldo favorable de más de cinco libras en su cuenta corriente. Ése no era un margen adecuado para un hombre casado, con suegra, padres y dos infortunados hermanos a los cuales mantener. Volvió a encontrarse entre la espada y la pared. Sometido a esta creciente tensión siguió trabajando hasta que una noche de mayo de 1893 se desmoronó. Estaba bajando a la estación

de metro de Charing Cross, donde debía tomar el tren de vuelta a Wandsworth tras haberse quedado trabajando hasta muy tarde en el instituto, cuando lo asaltó un ataque de tos que le hizo detenerse en seco. En cuestión de segundos le dieron náuseas al sentir el sabor de su propia sangre en la boca. A duras penas logró subir al tren: en el trayecto, la virulencia del ataque remitió. Sin embargo, se produjo de nuevo a las tres de la mañana; en esta ocasión la hemorragia fue muy copiosa. Se le llenaba la boca de sangre, en cantidades aterradoras. Se llamó a un médico y en cuestión de horas se restableció del todo. Antes del amanecer se hallaba fuera de peligro; antes de terminar la semana estuvo incluso en condiciones de tomar alimentos sólidos, a pesar de lo cual tuvo muy claro que estaba seriamente enfermo y que su dedicación a la enseñanza tenía que concluir.

La primera reacción que tuvo mi padre ante este golpe fue una sana utilización, aunque no especialmente agradable, de su propio instinto de conservación. A mi tío Fred le dio un rapapolvo, tan brusco que habría sido digno incluso de los despiadados despliegues de altivez de un Napoleón. Mi tío seguía alojándose en el chalet de Wandsworth, y a mi padre se le metió en la cabeza la idea de que pasaba en casa demasiado tiempo, más del que debiera, en vez de ponerse a buscar un lugar en el que vivir y montar su negocio; a su entender, se pasaba el día junto a su

cama, jugando con él a los dardos o al ajedrez, e incluso en actividades menos constructivas, perfilando de forma inconexa gran variedad de nebulosos planes de cara al futuro y a su vuelta a los negocios. En unos planes, Frank y él serían socios, en otros no; lo cierto es que en todos ellos iba a necesitar un capital mayor del que tenía a su disposición, y en cualquier caso a mi padre lo veía indefectiblemente como la fuente de la que habría de manar lo que hiciera falta para paliar tales dificultades. Mientras se iba introduciendo en el mundo de ensueño en que vivía su hermano, gracias a estas explicaciones, por la monotonía con que los juegos de mesa terminaban siempre con su triunfo entendió claramente que el pobre Fred no era ni de lejos tan brillante como él había creído en sus tiempos mozos. Los cuatro años que le llevaba, que en otro tiempo habían significado una diferencia abismal, dejaron de tener ninguna importancia; había alcanzado a su hermano en la experiencia de la vida, e incluso lo había rebasado. Fred era un lelo incapaz de creer siquiera en sus propios sueños, o terminaría por serlo. Mi padre se puso a leer detenidamente los anuncios de ofertas de empleo de los periódicos, los mismos que repasaba distraídamente mi tío, y pronto encontró uno que parecía perfecto al caso: una vacante de dependiente con experiencia en Sudáfrica.

Dificilmente podría mejorarse la versión que da mi padre del pequeño drama familiar que se desarrolló a continuación, ya sea por lo revelador que resulta de su carácter, ya sea como pieza narrativa breve.

> *[Fred] era honesto, cumplidor, decente y amable*[121]*, digno de confianza en grado superlativo, aunque careciera de esa pujanza, inteligencia práctica y convicción necesarias para dedicarse a los negocios con éxito, al menos en Inglaterra. En las colonias, los dependientes no son tan rectos ni tan valiosos como por fuerza han de ser aquí, dejándose tentar por las oportunidades que les salen al paso y por el señuelo de la libertad personal; en las colonias, sus virtudes, como la firmeza y la Habilidad, tendrían un valor enorme, por lo cual decidí que debía marchar a intentarlo. Tuve que superar una intensa resistencia sentimental por parte de mi madre, pero Freddy se sintió muy apoyado por el acuerdo al que yo había llegado con él, de modo que en una semana o así quedó cerrado el trato, y el aventurero comenzó a comprar lo necesario y a hacer las maletas para marcharse a Ciudad del Cabo... Así resuelto el futuro de Freddy, quien además accedió a soportar una parte de los gastos de Nyewood tan pronto recibiese su primer salario, me quedé liberado y en condiciones de ocuparme con más detalle de mis propios problemas.*

Las palabras ((Freddy se sintió muy apoyado por el acuerdo al que yo había llegado con él» hacen referencia a la infeliz verdad de los hechos, es

[121] Ibíd

decir, a que mi tío en realidad nunca quiso marcharse a Sudáfrica, a que habría preferido quedarse. Lo cierto es que tuvo que marcharse a la fuerza.

La afirmación de mi padre, en el sentido de que la deportación del pobre Freddy lo liberó para ocuparse con más detalle de sus propios problemas, es otra de las que también requieren interpretación, sobre todo por la afirmación que sigue, a saber, que ya tenía una solución en mente. Así, parece sensato pensar que había sopesado las cosas y que había llegado a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era intentar ganarse la vida escribiendo, trabajando en casa según su propio horario. Dedica unas tres páginas a defender con ingenio que esta decisión fue especialmente razonable, aunque yo no puedo creer que tomase la decisión en tanto decisión propiamente dicha, ni tampoco que la tomase a tenor de las circunstancias y razones que aduce. Lo cierto es que no tenía ninguna otra opción. Eran muy pocas las cosas que podría haber hecho, teniendo además en cuenta su delicada condición física. Su único recurso, amén de su contrastada capacidad de profesor, era la maña que tenía para escribir lo que en aquella época se llamaban chatty pars, o breves ligeros y amenos, es decir, rellenos de media columna o de un cuarto de columna, que había colocado en algunos periódicos sectoriales y en los diarios de mayor circulación. Sería difícil precisar hasta qué punto había desarrollado ya entonces esta habilidad. Como redactor jefe del University Correspondent había tenido práctica suficiente y un conocimiento desde dentro; cuando comenzó a enviar colaboraciones al Educational Times se las ofrecía de hecho a un amigo que era además colega suyo por pertenecer al personal docente del instituto de Briggs. Cierto es que en 1887 había escrito un ensayo titulado «The Rediscovery of the Unique» («El redescubrimiento de lo único») que no tenía nada que ver con su especialidad profesional, y que tras muchos retoques, correcciones e incluso alguna reescritura integral, había llegado a publicarse en las páginas de la Fortnightly Review en julio de 1891, pero esa hazaña no había sido más que flor de un día. De hecho, le condujo a un no desdeñable fracaso. Cuando intentó seguir por ese camino recién abierto, se encontró con que era de todo punto incapaz de comunicar al indignado Frank Harris, por entonces redactor jefe de la Fortnightly, el contenido de su segunda colaboración, un ensayo titulado «The Universe Rigid» («El rígido Universo»): no supo decirle de qué iba a tratar. Cuando salía a tropiezos del despacho de Harris, desconcertado y avergonzado por su lamentable actuación, oyó a sus espaldas las maldiciones del formidable y diminuto aventurero: «Joder! ¡Cómo me ha tomado el pelo.»

Mi padre no tenía en realidad la menor experiencia en la venta y colocación de sus escritos en el mercado hasta que leyó When a Man's Single (El soltero), de J. M. Barrie[122], durante una convalecencia que duró unos quince días y que pasó en Eastbourne a comienzos de junio de 1893. Uno de los personajes del libro de Barrie había inventado una fórmula infalible para redactar prosas breves y susceptibles de ser aceptadas,

[122] Ibid.

previo pago, por los periódicos al uso; Barrie además explicaba en qué consistía la fórmula. Horas después de haber leído el pasaje, mi padre hizo su primera prueba de acuerdo con la fórmula; al día siguiente remitió una copia en limpio a la Pall Mall Gazette londinense. A vuelta de correo recibió una carta de aceptación y una petición formal de que enviase más artículos por el estilo. El periódico acababa de ser adquirido por William Waldorf Astor, el cual había dado al recién nombrado redactor jefe, Harry Gust, órdenes de que animase y revitalizase el periódico, de que estuviese atento a la aparición de nuevos articulistas, sobre todo si tenían ese toque de ligereza. Cust pensó que el artículo de prueba de mi padre, titulado «On the Art of Staying at the Seaside» («Sobre el arte de reposar en la costa»), encajaba exactamente en lo deseado. Mi padre empezó a escribir como churros artículos y breves escritos de acuerdo con la fórmula de Barrie, tan deprisa como le permitió su acopio de ideas y de sueños a los que adscribir las prosas. Cuando el periódico le hizo llegar un cheque a comienzos de noviembre, en pago por sus colaboraciones del mes de octubre, se quedó encantado al comprobar que había ganado casi quince libras en un mes. Escribió una carta exultante a su hermano exilado, hablándole de su triunfo: «*No está nada mal, ¿eh? Claro que a lo mejor éste ha sido un mes de suerte. De todos modos, no me estoy manteniendo gracias a mis ahorros, por fortuna, y apenas salgo de casa; creo que me estoy reponiendo a buen ritmo.*»[123] Así pues, sólo hasta ese punto puede decirse que estaba en posesión de la solución a sus problemas: iba arreglándoselas mal que bien, viviendo al día. Todavía era un inválido; no estaba en condiciones de asumir ulteriores responsabilidades; obviamente, tendría que andar con mucho tiento al menos durante una larga temporada.

Mi padre no hizo lo que habría sido más obvio de hacer. En agosto de 1893, eufórico por los éxitos logrados en la Pall Mall Gazette, se mudó del chalet de Wandsworth a una casa algo más grande, cerca de North Downs, en Sutton, condado de Surrey, zona en aquella época relativamente intacta, no invadida aún por la constante ampliación de los suburbios londinenses. Fue una mudanza bastante sensata. El estado en que mi padre tenía por entonces los pulmones aconsejaba que se fuese a vivir a cualquier sitio en donde pudiese respirar aire puro durante una buena temporada. Parecía acomodarse con cierto realismo a los términos inevitables en que había de discurrir su nueva vida. Ahora bien, entre Navidad y Año Nuevo, a finales de 1893, se marchó de la casa de Sutton, dejando compuestas a su esposa y a la desolada madre de ésta. No volvió jamás.

No se fue a vivir a un barrio precisamente recomendable para un hombre aquejado de dolencias pulmonares; se alojó en un deteriorado barrio del noroeste de Londres, en la frontera entre Euston y Camden Town. La que fuese atractiva zona de edificios estilo Regencia y de comienzos de la era victoriana, había resultado penosamente afectada por la construcción de los ferrocarriles en la época en que las dos principales

[123] Carta: H. G. W. a F. J. W., octubre o noviembre de 1893

líneas del Norte se construyeron sin respetar nada, más o menos a mediados de siglo. Cuando mi padre se instaló en dicha zona, en 1893, el barrio llevaba ya cuarenta años cuesta abajo y seguía estropeándose sin cesar. Su especial carácter estaba determinado por la pesada carga de hollín de carbón de hulla grasa traída por los vientos predominantes desde el West End y mezclada por el humo más ácido que despedían las locomotoras al pasar. Tan pronto se hubo instalado en este decepcionante entorno, con mi padre se fue a vivir una mujer muy joven llamada Amy Catherine Robbins, que había sido alumna suya en una de sus clases del instituto. Convivieron como marido y mujer.

Elizabeth Healey[124], que vio a Amy Catherine Robbins por vez primera a comienzos de 1893, decía que era una de las chicas más guapas que había visto en toda su vida. Era delgada, pequeña, de complexión muy delicada, más baja incluso que mi padre; tenía un cabello rubio pálido, dorado, y ojos castaños y oscuros, así como una tez impecable, de las que suelen calificarse de «melocotón con nata», y un tipo espléndido. Había ingresado en la clase de mi padre cuando era aspirante a obtener la licenciatura en ciencias, en septiembre de 1892; había causado en él una impresión indeleble cuando, tras perderse unas cuantas clases en octubre, regresó a clase siendo presa de una profunda pena. De acuerdo con las todavía rígidas convenciones al uso, vestía de luto de pies a cabeza por la muerte de su padre, acaecida en ambiguas circunstancias, que sin embargo remitían concluyentemente a un suicidio. Ninguno de los testigos que interrogó la policía había sido capaz de decir con una mínima precisión qué había ocurrido. Lo único que podía darse por seguro era que se le había

encontrado muerto en la vía del tren, entre los andenes de la estación de Putney, tras haberse arrojado delante de un tren en marcha o tras haber caído accidentalmente. Desde hacía tiempo no le iban bien las cosas; su mujer y su hija habían quedado en muy precaria situación. Tenían la casa de Putney, en la cual seguían viviendo, y muy poco más.

La acusada similitud existente entre la situación de mi abuela en la época en que mi abuelo la desposó a toda prisa y la de Amy Catherine Robbins cuando mi padre la arrastró a mantener lo que iba a ser a la postre una relación que, en el caso de ella, se prolongaría durante toda la vida, y en el caso de él quizá fue su relación amorosa más intensa y duradera, puede que no sea, tal vez, sino mera coincidencia. Posiblemente, lo único que tuvo verdadero peso fue que ella era extremadamente atractiva, capaz de interesarse por todo lo que a él le interesaba, amén de estar en el sitio preciso y en el momento oportuno. Se dio el caso de que, como alumna, fue asignada a una de las clases que daba él; se dio el caso de que era su última clase en todo el día; se dio el caso, en fin, de que cuando salieron del instituto y dieron la espalda a Red Lion Square, los dos echaron a caminar hacia la estación de metro de Charing Cross para tomar los dos uno de los trenes de la District Line que a él lo dejaría en Wandsvorth y a ella habría de llevarla hasta Putney.

[124] Carta: E. H. a H. G. W., Wells Papers

Entre el instituto y la estación de metro se ofrecía tentador uno de los nuevos salones de té de la Aerated Bread Company. Eran estas instituciones recién establecidas, un regalo no abiertamente benévolo del dios Victoriano a la juventud de la clase media baja. Inocentes lugares de encuentro, constituían una respuesta perfecta al problema del joven que se encontraba con muy poco dinero que gastar y que no tenía adonde ir cuando deseara sentarse un rato a charlar con una muchacha perfectamente respetable. Ninguna muchacha digna y prometedora podía permitirse el dejarse ver al entrar o salir del alojamiento en que residía un joven comparable; las tabernas abiertas al público quedaban automáticamente fuera de toda consideración, de manera que entre el saloncito de la casa de la muchacha y los paseos por la calle, el Londres de finales de la época victoriana ofrecía bien poca cosa a las parejas que deseasen conocerse más a fondo, hasta que aparecieron los salones de té de la ABC. En estos lugares era posible sentarse a resguardo, disfrutar de una buena calefacción y de un tono socialmente seguro, durante todo el tiempo que se desease, siempre y cuando se pudieran pagar dos tazas de té y unos bollos. ¿Podía ser pernicioso ganar unos minutos de grata conversación en uno de tales lugares, de camino al metro, para tomar el tren de vuelta a Wandsworth?

Mi padre era ya un consumado y maravilloso orador. Algunos de sus camaradas, estudiantes en la Escuela Normal de South Kensington, aun cuando perdiesen contacto con él muy poco después, treinta o cuarenta años más tarde recordaban los placeres que les procuraba el oírle juguetear con toda clase de ideas. Hablando como hablaba él, llegó al centro de la vida de Miss Robbins con enorme celeridad; ella fue una de las primerísimas personas que acudieron a su casa de Wandsworth a desearle lo mejor cuando pudo recibir visitas después de su desmoronamiento de mayo de 1893. Posiblemente fuera entonces cuando Isabel notó una cierta vibración de interés que emanaba de la que había de ser su sucesora, lo cual la llevó a mostrarse a favor de la mudanza de Wandsworth a Sutton, operación que tuvo lugar en el mes de agosto. Sea como fuere, mi padre aún no era plenamente consciente de lo que le había ocurrido en aquel encuentro a última hora de la tarde; además, logró seguir sin saberlo del todo hasta mediados de diciembre. Isabel lo cercó entonces exponiéndole la realidad de la situación que estaba desarrollándose al término de un fin de semana tremendamente arriesgado, dispuesto por Miss Robbins. Ésta había persuadido a su madre[125] —quien por cierto no podía tener ni idea de lo que poco a poco iba tomando forma— de que invitase a mi padre y a su esposa a quedarse desde el viernes por la noche hasta el lunes por la mañana en su casa de Putney. No hay forma de saber qué es lo que tenía en mente; a lo largo de la semana, las sospechas de Isabel pasaron a ser conocimiento de los hechos. Tan pronto estuvo de nuevo con mi padre en su propia casa le dijo que, tanto si él se había propuesto que así fuera como si por el contrario hubiese sido involuntario, Miss Robbins se había enamorado de él; por tanto, él tendría que renunciar a sostener tan peligrosa relación si

[125] Autobiografía, H. G. W., capítulo 7, sección 1

de veras deseaba que su matrimonio sobreviviese. A mi padre no le hicieron falta ni siquiera diez días para decidir qué debía hacer. Cuando tomó asiento para despachar la cena de Nochebuena con Isabel y con su madre, ya tenía las maletas hechas para largarse.

Cuando mi padre se marchó de Sutton el 27 de diciembre de 1893 se llevó a cuestas cargas más pesadas[126] que su baúl y sus libros, pues era financieramente responsable de dos hogares, el que acababa de abandonar y el de Nyewood, así como de Miss Robbins. Y hubo de afrontar la posibilidad de que bien pronto regresara Fred a depender de su peculio. El enquistamiento entre los boers y los oriundos de Inglaterra era creciente, y mi aterrado y nostálgico tío había empezado a dar muestras de su deseo de irse de Sudáfrica. Al mismo tiempo, la sombra de la angustia había empezado a invadir a mi padre, sembrando en él constantes dudas acerca de sí mismo: en aquellos tiempos nadie se tomaba un divorcio a la ligera, y tampoco podía estar seguro de que los periódicos en que había empezado a publicar siguieran acogiendo sus colaboraciones después de que su nombre saliese a la luz como parte culpable en un divorcio dirimido probablemente en los tribunales. Así se puede explicar al menos parcialmente por qué a pesar de su firme deseo de empezar con buen pie su nueva vida en compañía de Amy Catherine Robbins, hizo cuanto pudo por convencer a Isabel para que pospusiera el inicio de las acciones legales tanto como fuese posible. Tenía otra carga de distinta especie que llevar sobre sus hombros, a saber, la persona de la pobre señora Robbins, quien nunca se recuperó por completo del tremendo golpe que le supuso la muerte de su marido, por cómo había tenido lugar. Se tomó el que mi padre sedujera a su hija —era incapaz de imaginarse lo ocurrido en otros términos distintos— como un golpe de naturaleza muy similar. Su hija le aseguró que sabía perfectamente lo que estaba haciendo, que no había nada que temer, pero la buena señora siguió convencida de que su hija no se había dado cuenta del lío en que se estaba metiendo, de que estaba jugando no con fuego, sino con el riesgo de la ruina. Desesperada, la señora Robbins intentó que todas las amistades y conocidos a los que logró convencer fuesen a visitar a mi padre a su guarida de Mornington Place, todos ellos con las instrucciones de apelar a sus mejores sentimientos y de rogarle que su inocente víctima volviese a casa de su madre antes de que padeciera la inevitable e irremediable degradación que había de producirse cuando tuviera que presentarse ante el tribunal en calidad de invasora de una casa ajena y de adúltera. La agitación de la señora Robbins remitió brevemente cuando Amy Catherine, abrumada por el efecto que las incesantes interpelaciones de los amigos de su madre habían tenido en el estado de ánimo de mi padre, accedió a volver a Putney. Sin embargo, bien pronto alcanzó de

[126] Si bien gran parte de lo que se dice acerca de la señora Robbins en las páginas siguientes está tomado de la autobiografía de H. G. W., mucho más se deriva de una serie de conversaciones mantenidas con una prima y antigua compañera de estudios de Jane Wells, que me proporcionó notable información de los Robbins y de sus reacciones frente al rapto. Quiso el azar que fuésemos vecinos en el pueblo de Hampshire en el que pasé yo el principio de la década de los cuarenta

nuevo cotas de preocupante intensidad cuando su hija le comunicó que sólo había vuelto para pasar con ella los días que hiciese falta con tal de apaciguarla, y que en cuanto hubiese cumplido esa misión volvería a marcharse con mi padre y su marcha sería definitiva. Lisa y llanamente, no estaba dispuesta a dejarse chantajear para que renunciase a él. Su alarde de pundonor y determinación dio el saldo esperado, y pudo volver a Mornington Place mucho antes de lo que ella misma esperaba.

Llegados a este punto, da la sensación de que se habían tomado todas las medidas y disposiciones necesarias para que las aguas cubriesen por completo la cabeza de mi padre. Con todo lo que había emprendido, adrede o sin querer, no había forma de que sobreviviese hecho esa especie de «machaca» periodístico de medio pelo en que se había convertido. En cuanto diese la más mínima muestra de estar cansado, en cuanto sus colaboraciones perdiesen frescura, iba a estar bien apañado, metido hasta el cuello en las tinieblas, siendo un miembro más de la ingente casta de los infortunados.

Ese destino parecía inevitable. Pero precisamente en tal encrucijada[127] Harry Cust se sacó de la manga una nueva vía, hecha casi expresamente para él. Cust tuvo la sensación de que mi padre escribía muy por debajo de sus posibilidades reales en sus colaboraciones para la Pall Mall Gazette, convencido de que podía escribir cosas mucho mejores, al margen de las prosas de acuerdo con una fórmula que le salían como rosquillas. Tendría que ahorrarse talento, prescindir de la guinea que ganaba a cambio de malgastarlo. Cust conversó con Lewis Hind, encargado de las páginas de literatura del suplemento semanal de la Gazette, el Pall Mall Budget, y después le presentó a mi padre, diciendo que era una persona que podría ser colaborador ideal de dichas páginas. A Hind le cayó bien, y le propuso que midiera sus fuerzas escribiendo piezas de ficción. Proporcionó a mi padre otra fórmula diferente, pues andaba buscando relatos cortos con cierto aire científico, y le comentó que estaba dispuesto a pagar cinco guineas por cualquier pieza de esa línea que resultase publicable.

Volvió a repetirse la historia de la fórmula ideada por Barrie; mi padre cazó al vuelo, a la primera de cambio, de qué se trataba, y dejó encantado a Hind con una pieza muy característica de este período, titulada «The Stolen Bacillus» «*El bacilo robado*». El terreno al que Hind lo había arrastrado tan encarecidamente no distaba en exceso del terreno del trabajo a destajo cuya clave le había facilitado la fórmula de Barrie, aunque en este nuevo terreno al menos se le exigía el uso de su imaginación en absoluta libertad. Hind se percató de que la suya era una imaginación muy activa, muy fértil, y bien pronto entendió que mi padre era capaz de piezas mucho mejores, más ambiciosas que los fragmentos a los que las limitaciones impuestas por el formato del Pall Mall Budget le habían confinado a la fuerza. Era imposible saber de qué podría ser capaz cuando alguien le otorgase entera libertad de escribir totalmente a su

[127] Autobiografía: H. G. W., capítulo 8, sección 1

gusto. Por eso Hind presentó a mi padre a W. E. Henley, del National Observer, y así llegó su hora de triunfar o de echarse definitivamente a perder.

Henley, que había sido el modelo físico a partir del cual Robert Louis Stevenson forjó a Long John Silver, el capitán pirata de *La isla del tesoro*, era un robusto gigantón tullido por una operación quirúrgica muy primitiva a que fue sometido en su juventud, época en la que una dolorosa enfermedad orgánica le había destrozado ambos pies. Había ido madurando con la determinación de que nadie pudiera compadecerse nunca de él, y se convirtió en el brillante director cuya esencia captó para siempre, en un inolvidable retrato, William Nicholson. Aunque por una parte sorbiese los vientos por las resonantes vulgaridades de Kipling, fue también el primer hombre que apreció las virtudes de Yeats, el que dio vía libre a Conrad habiendo leído solamente una página de *El negro del Narcissus*, la maravillosa obra que por entonces publicaba en forma de serial.

Cuando mi padre fue citado por vez primera[128] en el despacho de Henley, estaba por entonces escaso de ideas frescas. A sabiendas de que tendría que tener preparada una respuesta si el director del National Observer le preguntase qué estaba en condiciones de ofrecer en el futuro inmediato, y que más le valía que fuese algo serio, repasó rápidamente su archivo de prosas de prueba, escritas antes de que Frank Harris le metiese con su seriedad el miedo en el cuerpo. Su único hallazgo de utilidad fue la idea del viajero a través del tiempo, que había malbaratado en un inepto artículo para el Science Schools Journal. Desdeñó al pretencioso personaje llamado Doctor Nebo Gipfel, prescindió del relato pésimamente tramado en el que había hecho su aparición, y se puso a trabajar sobre la idea en crudo de The Time Machine, *La máquina del tiempo*, hasta que la cuestión adoptó en su interior una forma que le permitiese hablar de ello con todo lujo de detalles. Cuando en efecto conoció a Henley, éste le cayó bien, y le resultó fácil hablar con él. Las ideas fueron vertiéndose sin cesar. Henley es-taba familiarizado con algunas de aquellas abstracciones, pero lo que descubrió en mi padre fue algo totalmente distinto. Aquel diminuto hombre con cara de pájaro tomó asiento delante de él y se puso a hablar del pasado y del futuro del planeta, de todo el sistema solar, como si todo ello, desde los orígenes hasta el final, formase parte de su propia experiencia. Transportó a Henley millones de años hacia el futuro, para mostrarle un mundo que casi había dejado de rotar y que languidecía bajo un sol cada vez más frío.

Henley tuvo alguna que otra duda. No es que hubiese pensado que esa idea en concreto fuese una pifia generada por los errores propios de la física anterior al descubrimiento de la energía nuclear; antes bien, tal y como testimonian sus propios poemas, era un hombre reacio por su propio temperamento a aceptar lo que pareciese inevitable. Su línea de pensamiento partía de la base de que él era el dueño de su propio destino,

[128] Ibíd

el comandante de su alma y sus sentimientos. En cambio, no pudo resistirse a la amplitud y la vehemencia de la visión que le ofreció mi padre del final de los tiempos, ya que nunca se había encontrado con nada que estuviese imaginado con semejante claridad, tan límpidamente percibido, como la visión del todavía lejanísimo final de los tiempos. Indicó a mi padre cuáles eran las tarifas habituales y le comunicó que le daría espacio para diez artículos. Quedó en manos de mi padre hacer lo que pudiese ante semejante oportunidad.

Mi padre no sacó gran partido de esta fenomenal ocasión, por motivos que serán fáciles de comprender. La señora Robbins hizo una ominosa montaña de la determinación de su hija, decidida a quedarse con mi padre, y tomó su perdición, en sus propios términos, como pretexto para dar suelta a los sentimientos de incomprensión y desconsuelo que había embotellado desde que le golpeó brutalmente la ambigüedad que rodeaba la muerte de su esposo. Simplemente se desmoronó, y pasó tanto tiempo llorando sin cesar que también quedó incapacitada durante un tiempo para cuidar de sí misma. Como no había nadie más que pudiese ocuparse de su cuidado, esta carga recayó sobre la pareja recién constituida. Se alquiló la casa de Putney durante un largo período de tiempo, y la señora Robbins se trasladó a un domicilio más cómodo y razonable, el que había encontrado mi padre en Momington Road. Aunque hubiese empezado a vivir bajo el mismo techo que él, la buena señora todavía no se había reconciliado con su hija, y seguía sumamente irritada por las disposiciones que ésta había tomado; hizo de su reprobación y su pesar manifestación casi ostentosa, cuando venía a cuento y cuando no existía pretexto para ello. La tensión generada por su presencia reprobatoria y por sus constantes reprimendas influyó considerablemente en el trabajo de mi padre y en la salud de Amy Catherine. Mediado el verano de 1894, ésta había perdido tanto peso y parecía hallarse tan pálida y agotada que el médico pensó que bien podría estar amenazada por problemas de salud similares a los que habían causado el desmoronamiento de mi padre el año anterior. El médico insistió en que se marchasen al campo, traslado al que dio carácter urgente e ineludible. A finales de julio se instalaron los tres en unas habitaciones amuebladas de una fea pero pese a todo cómoda casa de campo en Sevenoaks, donde el techo iba a desplomarse al poco tiempo sobre mi padre.

El primer golpe[129] se produjo cuando la Pall Mall Gazette le devolvió unas cuantas piezas de ocasión que había remitido para su posible publicación, por considerar que estaban escritas de forma desmañada y que no era posible publicarlas tal cual. Acto seguido, tomada la decisión de que iba a cerrar el Pall Mall Budget por considerar que generaba pérdidas imposibles de asumir, Astor ordenó a Hind que dejase de adquirir nuevos materiales. Y como guinda de semejante tarta, los propietarios del National Observer lo vendieron a pesar de las objeciones de Henley, que fue despedido por el nuevo consejo de administración. Su sucesor inició una limpieza a conciencia de todo el periódico, y empezó por

[129] Ibíd

recortar las pérdidas generadas por el proyecto sobre el viajero a través del tiempo que había encargado Henley. Mi padre había hecho entrega de siete de los diez artículos previstos; el nuevo encargado no vio que valiesen la pena. Ciertamente, eran piezas bastante pobres, en las que se notaba con excesiva claridad cuántas otras ideas le acuciaban en el momento de escribirlas. Eran artículos didácticos, inertes, sin gracia, carentes por completo de la chispa y el brillo que habían fascinado a Henley cuando mi padre asumió el proyecto. Se le comunicó que no se tomara la molestia de enviar ninguno más, y se le dijo esto con una frialdad que le hizo entender con tremenda claridad que más le valía ir olvidándose del National Observer, donde difícilmente podría colocar ninguna pieza más. No había podido prever este súbito descenso en sus ingresos cuando se marchó a vivir fuera de la ciudad; de repente notó que se hallaba en una delicada situación, que no iba a ser precisamente más fácil de tolerar por el comportamiento de la señora Robbins. Estaba siendo tan difícil como siempre, y a sus tácticas de acoso había sumado la costumbre de retirarse a su dormitorio a despachar sus colaciones cada vez que le molestaba alguna cosa tendente a recordarle la irregularidad de la situación en que se hallaba su hija. La consecuencia de todo esto fue la disputa que tuvieron mi padre y la dueña de la casa, la cual de pronto propuso cargarle seis peniques de más por cada almuerzo o cada cena servida a la señora Robbins en su dormitorio de la primera planta. No me cabe duda de que al resistirse a este aumento de los gastos, por estar ya bastante alarmado ante las proporciones que iba adquiriendo la diferencia existente entre sus gastos y sus ingresos, mi padre soltó con la dueña de la casa buena parte de la cólera que le inspiraba la señora Robbins. Fuera como fuese, lo cierto es que en ella se encontró con otro enemigo, y a su debido tiempo tuvo que pagar un elevado precio por ello. La dueña de la casa no tardó en revisar a hurtadillas el correo que se recibía, y enseguida descubrió que sus arrendatarios no eran una pareja casada, amén de darse cuenta de que eran la parte inculpada en un proceso por divorcio. Mi padre se encontró con que iba a tener que librar una guerra a la defensiva en

dos frentes bien distintos.

Fue en este momento cuando el elástico y generoso Henley acudió en su ayuda[130]. Cesado como director del National Observer, iba a ocupar un nuevo y prominente puesto de director el siguiente mes de enero, al frente de la New Review. Tuvo que comunicar a mi padre que sus artículos sobre el viajero a través del tiempo habían salido bastante mal, a pesar de lo cual él seguía creyendo en el proyecto. Pensaba saber muy bien cuál era el error de planteamiento: mi padre había escrito una serie acerca del hecho de viajar a través del tiempo, y no se había llevado a sus lectores en dicho viaje, ya que los había dejado en tierra, por así decir. Si fuese capaz de intentarlo de nuevo y abordar el tema desde otra perspectiva, todo saldría a pedir de boca. Lo que había que hacer, en su opinión, era inventarse un personaje simpático, con gancho, que emprendiese la exploración del pasado y del futuro en persona, llevándose al lector casi de la mano.

[130] Carta: W. E. H. a H. G. W., julio de 1894

Henley estaba seguro de que se podría hacer así, y de que mi padre era el hombre indicado para hacerlo; tan convencido estaba, que se mostró dispuesto a garantizarle cien libras por los derechos de serialización de una obra todavía no escrita, e incluso a darle la promesa de que saldría en la New Review en fecha tan inmediata como fuera posible. Henley llegó incluso más allá en su afán por fomentar la viabilidad del proyecto. Habló del mismo con William Heinemann, y en términos tan convincentes que persuadió al tozudo editor, una persona muy difícil de pelar, para que ofreciese a mi padre un anticipo de cincuenta libras, a cuenta de un porcentaje del quince por ciento, y la garantía de que la primera edición constaría de diez mil ejemplares.

Inspirado por estas pasmosas muestras de confianza en su capacidad a la hora de rentabilizar la venta de las mercaderías que había expuesto en su escaparate, en medio del fuego cruzado de los agravios y desagravios que intercambiaron la señora Robbins y la tarasca de la dueña de la casa mi padre afrontó la redacción de la que iba a ser su primera novela. Tuvo que escribir sometido a una enorme presión, tuvo que escribir contra reloj, y en septiembre, cuando ya había empezado a verle las orejas al lobo, se sintió de nuevo agotado, desgarrado por las dudas. Envió copia de los primeros capítulos a Henley, junto con una nota en la que le preguntaba si, según su entender, estaba trabajando sobre la línea adecuada, si valía la pena invertir más tiempo y más esfuerzo en un libro semejante. La respuesta de Henley fue el empujón que necesitaba: *«¡Desde luego!... Está tan repleto de invenciones, y las invenciones son tan maravillosas, tan rebosantes... que sin duda valdrá para forjarte una fenomenal reputación.»*[131]

El entusiasmo de Henley era exactamente lo que faltaba para que mi padre pudiese librarse del miedo a terminar que lo atenazaba, para pasar, en cuanto hubiese acabado con *La máquina del tiempo*, a The Wonderful Visit (*La visita maravillosa*). Y mientras trabajaba en la idea de su segunda novela se le ocurrió la idea de la tercera. Fue en este caso como una evolución natural[132] que creció a partir del sentimiento de horror que había arraigado en su mente durante los tiempos de Westbourne Grove, un día en que se vio empujado, zarandeado, aprisionado en medio de la sudorosa, ebria muchedumbre, compuesta por londinenses de todo jaez que en un día festivo iban a la feria veraniega de Hampstead Heath, uno de los grandes carnavales de las clases amiseriadas en el calendario del Londres Victoriano. El recuerdo de aquella experiencia engatilló su imaginación, y en tan sólo unas cuantas horas de asueto se transformó en un primer borrador de The Island of Dr. Moreau (*La isla del doctor Moreau*). Así, por fin empezó mi padre su trayectoria; entre Gust, Hind y Henley encontraron el que iba a ser su oficio indicado, y entre los tres lo convirtieron en un novelista.

[131] carta: W. E. H. a H. G. W., septiembre de 1894
[132] Comunicación oral: H. G. W. al autor

La situación de mi padre se transformó durante los meses que siguieron. La New Review de Henley comenzó a serializar en abril *La máquina del tiempo*; Dent se llevó La visita maravillosa a principios de mayo, y a finales de ese mismo mes Methuen acordó publicar *La isla del doctor Moreau* en cuanto estuviese concluida. En junio se publicó en forma de libro una selección de sus antiguos artículos para la Pall Mall Gazette, bajo el título de Selected Conversations with an Uncle (*Conversaciones escogidas con un tío carnal*), al tiempo que apareció *La máquina del tiempo* en forma de libro. *La visita maravillosa* salió en septiembre; para entonces, estaba preparándose una colección de los relatos que había escrito para Hind, titulada The Stolen Bacillus and Other Incidents (*El bacilo robado y otros incidentes*), de cara a su distribución en librerías a mediados de noviembre.

Henley se sintió encantado[133] al ver que la trayectoria de mi padre despegaba de manera tan halagüeña, pero no ocultó la preocupación que le inspiraba él mismo y su futuro. La visita maravillosa recibió una acogida entusiasta por lo tocante a la crítica, y Henley aprovechó la ocasión para darle algún que otro consejo, en una de las cartas de felicitación que le envió a tenor del libro y de la acogida que había tenido. Le dijo que había inteligencia en *La visita maravillosa*; «inteligencia, personajes redondos, humor». Sin embargo, debería andarse con cuidado. Tenía un talento incomparable, de eso no había duda, y había logrado terminar tres libros en sólo un año. Eso era espléndido. Y, a pesar de los pesares, había que reconocer que libros que fuese posible sacarse de la manga a tal velocidad no podían ser literatura. Henley se apresuró en asegurar a mi padre que no es que hubiese empezado a perder la confianza que tenía puesta en él; tenía la misma e intensa fe en sus poderes de invención que había tenido siempre. Lo único que ocurría era que no deseaba ver cómo se iban al garete esas virtudes por culpa de un uso excesivo. Estaba seguro de que mi padre, al margen de lo que hiciera con sus dones, tenía un verdadero futuro de escritor. Con todo, quería que ese futuro fuese brillante, y no el de un hombre cuya obra terminase por ser un lugar común debido a una exposición excesiva. Ciertamente, admiraba, desde luego, el modo en que mi padre era capaz de sacar adelante sus magníficas prosas, de forma tan copiosa, con tan enorme facilidad. Con eso y con todo, tenía que decir lo que era necesario y urgente decir bien claro: «*También podrías hacer cosas mejores, mucho mejores; para empezar, tendrías que tomarte a ti mismo mucho más en serio.*»

La carta de Henley, escrita el 5 de septiembre de 1895, supuso un giro decisivo en la trayectoria de mi padre, un giro que iba a tener cuando menos la misma importancia que tuvo su llegada, liberado de sus cuitas, al umbral de la Escuela Normal de South Kensington, acaecida diez años antes. Bien sabía él que su vida se había transformado gracias al éxito de *La máquina del tiempo*, aun cuando lo cierto es que él pensaba que dicho éxito le había llegado en tanto consecuencia más o menos accidental de

[133] Carta: W. E. H. a H. G. W., 28 de septiembre de 1894

haber hecho, sencillamente, lo que se le había presentado entonces como la única cosa que de hecho podía hacer. Su concepción de la novela había sido hasta entonces la de una actividad de mayor amplitud, capaz de darle mayores compensaciones, algo que sería menester poner en función de una idea, de acuerdo con la fórmula Barrie para sacarse de la manga un artículo susceptible de ser colocado en un periódico. Había emprendido la escritura de *La visita maravillosa* precisamente de esa manera. Había centrado su atención en un comentario atribuido por cierto a Ruskin, en el sentido de que si un cazador inglés se encontrase con un ángel, su primer impulso sería disparar contra él. Mi padre había oído el estampido del disparo, había visto cómo se desmoronaban las maravillosas alas, había oído el espléndido cuerpo caer de golpe contra la hierba de la húmeda campiña de Inglaterra; de ahí había arrancado su escritura, y por ese sencillo procedimiento había llegado a su novela. Henley le hizo entender que en la escritura tendría que obrar algo más profundo que el mero hecho de que una ensoñación condujese a otra. Tenía que hacer de sus obras algo más que el exuberante derramarse sin freno de sus imaginaciones, en el supuesto de que la fama que se había labrado con tanta facilidad debiese ser duradera y ser algo más que la marca de una nueva salsa, de un nuevo jabón. Tenía que pensar en lo que estaba haciendo; dando la debida consideración a sus escritos podría reabrir la puerta del mundo de la importancia y la influencia, esa puerta que creía cerrada a su paso para siempre, por culpa de su desastroso fracaso personal en South Kensington. Aquel desastre aún tenía proporciones desmesuradas en su inconfesable imaginario. Su héroe y modelo seguía siendo T. H. Huxley, dios que presidía los lares de la Escuela Normal durante los días que pasó allí; la cúspide de sus aspiraciones seguía siendo convertirse a la postre en uno de los grandes profesores del mundo entero. Sus dos objetos de más intensa admiración literaria dan sobrada prueba de ello: sentía un respeto enorme por Swift y por Voltaire, escritores que no habían escrito tanto por el hecho de escribir cuanto por lograr que los demás hombres se preguntasen qué es lo que estaban haciendo de sus vidas, es decir, con el objetivo de mejorar la calidad de la vida para la humanidad toda. Es posible que Henley hubiese hecho de mi padre un novelista, pero lo cierto es que no le había dado ambiciones literarias.

Capítulo XII

«Pero así como la teología no me inspiraba ningún miedo, debo confesar que fue relativamente tarde cuando afronté la realidad y me atreví a sondear los secretos del sexo... Tenía antes la instintiva sensación de que habría de ser un asunto de grandes dimensiones y no menores dificultades a lo largo de toda mi vida, si bien mi adiestramiento inicial se obró en una dirección tendente a contemplarlo como una cuestión irrelevante, como si fuese algo desgajado de las más amplias y significativas cosas de la vida, como algo hostil y desagradable en sí mismo. Nunca estuvo el mundo tan emasculado de pensamiento, supongo, como lo estuvo durante la época victoriana.»

The New Machiavelli

El año en que irrumpió mi padre en el mundillo literario fue el mismo año en que Oscar Wilde se vio abrumado por el desastre, por un acontecimiento que proyectó una negra sombra en sus relaciones con Henley. Henley se regocijó por el batacazo de Wilde, e incluso se jactó ruidosamente de haber tenido arte y parte en el propiciamiento de la cuestión. Siempre arguyó[134] que fue una recensión de El retrato de Dorian Gray que él había publicado en el Scots Observer, en la época en que estuvo en Edimburgo, el pistoletazo que dio comienzo al final de su enemigo.

Cuando a punto estaba de publicarse esta novela, a principios del verano de 1890, se envió al Scots Observer el ejemplar para la crítica, tal como se solía hacer por entonces. Henley le echó un somero vistazo, y al fijarse en que trataba del mundo de la alta sociedad, asignó la recensión a uno de sus colaboradores en Londres, un individuo llamado Charles Whibley, del cual se pensaba que estaba perfectamente al tanto de dicho ambiente. Whibley, sin embargo, conocía de la sociedad de alcurnia bastante menos que de sus entresijos, del mundo nocturno que frecuentaba la gente bien, las casas de juego, los burdeles de postín. En ese terreno precisamente tuvo noticia de los primeros rumores en torno a la frecuencia con que visitaba Wilde a los prostitutos y los antros de homosexuales. De esta información hizo libérrimo uso cuando se sentó a redactar la recensión encargada. «¿A qué viene tanto escarbar en los estercoleros?», se preguntaba, y de ahí pasaba a afirmar que la novela tenía un interés si acaso médico forense, pero en modo alguno literario. Concluía apuntando que era para con el arte tan falsa como para con la moralidad, ya que en ningún pasaje se decía que el autor prefiriese una vida de limpieza, salubre, aseada, en vez de las prácticas de iniquidad contra natura.

Todo lo que de mundano y malicioso tenía Whibley, lo tenía Henley de ingenuo. Ni siquiera había leído el libro de Wilde. y basándose en la autoridad que pudiera darle el rápido vistazo que le había echado, se formó la opinión de que los pecados de Dorian Gray habían sido los de la mayor parte de los gentlemen del West End, asiduos a sus clubes privados, muy de la estampa del propio Whibley; esto es, cuestión de comprar a las mujeres como si fuesen mercancías cada vez que se deseaba una satisfacción sexual, o de dar lustre y animación adicional a ciertas actividades rutinarias mediante una determinada cantidad de crueldad retorcida, y de mostrarse insensible e incluso olvidadizo una vez cumplida la intención que se deseaba satisfacer. En consonancia, publicó la recensión tal cual había sido escrita, sin cambiar una sola coma y sin pararse a pensar dos veces en lo que podría darse por sobreentendido al hablar de «iniquidad contra natura». Con eso y con todo, aún hizo algo más. En el Scots Observer se obedecía a rajatabla una norma muy común en la prensa de la época, por la cual quedaba expresamente prohibido que un determinado colaborador firmase dos artículos en un mismo número.

[134] Biografía, Kennedy Williamson, W. E. Henley, 1930

Whibley ya había entregado un artículo encargado con anterioridad cuando en redacción se recibió su recensión de la novela de Wilde; Henley, en consecuencia, siguió el procedimiento de costumbre, retiró la firma de Whibley del pie de la recensión y la atribuyó simplemente a la inicial «H».

Wilde no tuvo ni la menor idea de todo esto, y cuando se vio enconadamente atacado por un tal «H» en el periódico de Henley, dio por sentado que el director en persona era quien así había arremetido contra él. Por aquel entonces Wilde no conocía personalmente a Henley, pero sí sabía de su fealdad y de que era un lisiado. Presa de la cólera recordó a Tersites el Quejumbroso, el tullido que en la obra de Homero resulta ser el más rematadamente feo de todos los griegos que combatieron en Troya. Tersites había estado antes celoso de Aquiles, y dio rienda suelta a su envidiosa animadversión hacia el héroe acusándole de inspirarse en una lujuria desmedida y contraria a la naturaleza cuando lamentó la muerte de la reina de las amazonas tras haberla asesinado él mismo en el combate. Cuando Wilde escribió al Scots Observer poniendo toda clase de reparos en su réplica al tono empleado en la reseña de su obra, hizo una referencia de pasada al autor de la ofensiva crítica, motejándolo de «Tersites». Henley, buen conocedor de la obra de Homero, entró a la capa y pasó al contraataque. Publicó la carta de Wilde en el número que estaba preparando entonces, junto con una contrarréplica de su propia mano inmediatamente debajo. Según sostenía, era muy discutible que el artista tuviese derecho a mostrarse todo lo soez que quisiera cada vez que le viniese en gana, aunque habida cuenta de que dicho privilegio sí existía, el ejercicio del mismo sólo podría redundar en perjuicio de quien lo esgrimiera... y a vuelta de correo escribió a Whibley, diciéndole que si le apetecía dar otro repaso a Wilde podía contar con todo el espacio que considerase necesario. Whibley no dejó pasar de largo semejante ocasión, y el tono de censura de su segunda diatriba metió en liza a William Archer, crítico teatral, amén de traductor y apasionado admirador de Ibsen. Archer apuntó que el ataque de Whibley contra Wilde discurría sobre las mismas pautas que las salidas de tono de los que odiaban y denigraban entonces a su admirado ídolo como filisteos redomados, para seguir diciendo que era de todo punto insostenible la proposición según la cual el artista que se sintiera impulsado a tratar en su obra la faceta más rastrera de la vida por ende había de ser él también un rastrero individuo. La vida, decía, es como es; el artista ha de tratar de las cosas de la vida tal cual son. La polémica subió de tono en ese momento, y supuso el sueño hecho realidad de cualquier director de un periódico, a saber, generar una controversia capaz de concitar una gran atención entre el público.

Henley al principio se sintió encantado al ver el incremento de las ventas de su periódico; sin embargo, el veneno que destilaban algunas de las cartas recibidas en apoyo del ataque furibundo de Whibley contra Wilde pronto lo llevó a sospechar que también estaba ocurriendo algo que no lograba entender del todo. Por fin decidió escribir a uno de sus conocidos con más mundo, solicitándole que le despejara las incógnitas: «¿Qué es todo este "escándalo terrible" que se ha montado en tomo a Oscar Wilde?» Cuando obtuvo la respuesta, fue presa de un inexplicable e

iracundo frenesí, del cual emergió más adelante con la determinación de provocar a su enemigo tantos daños como le fuera posible.

Más o menos en esta época Wilde topó con una recopilación de ensayos literarios de Henley, recién publicada, en la cual se recogía una declaración de sus principios y axiomas críticos. La tesis de Henley consistía en que ningún artista podría verdaderamente plasmar una obra de contrastada excelsitud a menos que dicha obra estuviese condicionada por su estricta adecuación a una finalidad moralmente valiosa. A Wilde le dio la impresión de que Henley estaba diciendo en realidad que el artista debería trabajar en su obra para conseguir una aceptación tan amplia y generalizada como fuera posible del consenso liberal y humanitario prevaleciente en la época respecto de la corrección y la propiedad. Le pareció una concepción vulgarmente utilitarista del arte, lo cual le llevó a mofarse abiertamente de Henley. Esperó a que llegase su momento, y tan pronto la polémica dirimida en las páginas del Scots Observer dio muestras de que empezaba a flaquear, hizo uno de sus característicos gestos de gallardía para ponerle punto final, uno de sus despliegues de ingenio, una de aquellas tomaduras de pelo que parecían salirle sin ningún esfuerzo, como los que le habían convertido en uno de los autores favoritos de entonces. Comenzó con una reafirmación de su creencia, muy posiblemente sincera, según la cual el artista no puede hacer ningún daño al someterse a las necesidades del tema que se le ha impuesto, y terminó con una parodia tremendamente graciosa de la postura capital sostenida por Henley, mostrando con qué facilidad podía estirarse hasta dar por prueba definitiva de los méritos del artista la aceptabilidad de sus opiniones sobre la Ley de Autonomía para Irlanda o las Leyes de Venta de Bebidas Alcohólicas.

Mi padre se sintió en un principio inclinado a ponerse de parte de Henley y en contra de Wilde. En 1894, cuando su estado era aún de inocencia, propenso a creer que la discusión trataba sobre la escritura, había redactado un artículo de ocasión en el que se tomaba a sorna las ideas de Wilde por medio de un imaginario chef de cocina que había adoptado la postura esteticista para terminar dedicándose a la cocina por amor al arte. Y este esteta de los fogones

pensaba en sus platos como si se tratase de nocturnos, fantasías y estudios, totalmente convencido de que todo lo demás carecía de la más elemental importancia. «Si tuviese que dar a un plato un saborcillo a almendras y no tuviese nada mejor a mano, utilizaría ácido prúsico. Haz lo que debas hacer, que es lo que yo digo, tal y como pida tu instinto, sin hacer ningún caso de las consecuencias. Nuestro cometido estriba en dar belleza al objeto gastronómico...»[135] Uno de sus nocturnos tenía que tomarse casi en absoluta oscuridad, «a la tenue luz de unas cuantas velas bien repartidas por la estancia». El tema había de ser negro y aterciopelado, centrándose en las trufas, una carne a la parrilla bien soasada, pudín negro, ciruelas de Carlsbad y cerveza negra, cómo no. El

[135] Recopilación de ensayos: H. G. W., Select Conversations with an Uncle, 1895. «Un artista incomprendido.»

tono del artículo es más que nada lúdico; no llega ni de lejos a apuntar en uno u otro sentido, dando la sensación de que no conoce a fondo la vida secreta de Wilde y de que, por tanto, no la condena.

Pienso yo que mi padre estaba aún en la más absoluta negrura en lo tocante a este asunto incluso a comienzos del año siguiente. El 2 de enero[136] recibió un telegrama de Harry Gust en el que le pedía que se pasara por la redacción de la Pall Mall Gazette tan pronto como le fuera posible. Nada más llegar, se le comunicó que el crítico teatral del periódico había renunciado al puesto y se había marchado sin dar aviso previo. Le preguntaron si no le interesaría dicho puesto. En caso afirmativo, su primera asignación iba a ser una crítica del nuevo drama de Oscar Wilde, cuyo estreno estaba previsto para la noche siguiente.

Mi padre quiso quedarse con el puesto sin que mediase palabra, pero antes de poder hacer tal cosa con un mínimo de honor profesional se sintió en la obligación de advertir a Cust que hasta la fecha solamente había estado en un teatro dos veces a lo largo de su vida. Cust desechó afablemente la objeción, diciéndole que su inexperiencia sería sin duda una baza a su favor, ya que de ese modo quedaba garantizada la frescura con que expondría su particular manera de entender las piezas teatrales que le tocase criticar. Sin embargo, se quedó algo más sobresaltado cuando mi padre le preguntó si debería asistir al teatro con traje oscuro. Más se habría sorprendido incluso de haber sabido que la pregunta fue sumamente insincera, y que mi padre seguía siendo un novato en el mundo en que se movía, hasta el extremo de no contar en su guardarropa con un traje oscuro de ninguna especie. No había parado mientes en lo enormemente frescas que iban a resultarle las interpretaciones de su nuevo crítico teatral. Mi padre pudo resolver el problema práctico más acuciante con la ayuda de un solícito sastre apellidado Millar, que tenía un establecimiento en Charles Street, cerca del Strand, la tarde misma en que se abrió el telón para dar comienzo a la más reciente pieza teatral de Wilde, que mi padre contempló desde su butaca numerada con todo el relumbrón del uniforme obligatorio de su nueva actividad profesional. La pieza fue un éxito, y mi padre disfrutó mucho aquella noche.

Dos noches más tarde tuvo una experiencia radicalmente distinta. Notó en la boca del estómago una náusea provocada por la empatia, mientras contemplaba con suma atención una pieza teatral que contaba con una esmerada producción y que, pese a todo, se hundió en un mar de chacharas sin ton ni son, mediado el segundo acto, para ser después testigo de la humillación que sufrió un afrentado y perplejo Henry James, el cual no se había percatado de que la pieza fue un fracaso, llevándose una pitada monumental cuando salió a saludar al final de la representación sin haberse aconsejado debidamente. Al marcharse mi padre del campo del deshonor en que *Guy Domville* acudió a la cita con su destino, mi padre tropezó con un hombre de cara muy pálida y barba pelirroja, exactamente de su misma edad, que al hacer las presentaciones

[136] Autobiografía: H. G. W., capítulo 8, sección 1

dijo llamarse George Bernard Shaw, crítico teatral del periódico que dirigía Frank Harris. Shaw vivía por entonces al norte de Londres, igual que mi padre, de modo que se marcharon a sus casas por el mismo camino, hablando del fracaso que habían contemplado mientras andaban, oyendo el paso de los cascos de los caballos que tiraban de los simones y los coches de punto. Cuando mi padre manifestó su opinión de que James se había ganado a pulso la penosa experiencia que había tenido que vivir, por haber escrito un drama incapaz de

conmover al público, Shaw sostuvo en cambio que la belleza del lenguaje empleado bastaba y sobraba para compensar la carencia de acción dramática. A mi padre no le convenció ni Shaw ni su argumento. Tuvo la impresión de que aquel colega al que acababa de conocer era un jarceur, dando por sobreentendido que se estaba portando de forma deliberadamente perversa, para dejar boquiabierto a un sujeto al que había tomado por un bisoño pisaverde. Y así lo dijo, con lo que Shaw le replicó lanzándose a una comparación entre Wilde y James en calidad de dramaturgos; en su opinión, el primero era totalmente irresponsable en tanto artista, capaz por tanto de cualquier cosa con tal de resaltar los efectos dramáticos, mientras que el segundo era tan cabalmente serio en lo tocante a su actividad artística que por fuerza tenía que ser incapaz de aprender hasta lo más elemental del arte teatral. Shaw no logró hacer entender a mi padre que *Guy Domville*, que le había parecido una urdimbre de absurdos constantes, era una pieza dotada de una seriedad de la que carecía por completo *Un marido ideal*, aunque sí le dejó una punzante sensación de haber ingresado en un nuevo mundo discursivo. Nunca había cruzado palabra con un conversador tan brillante.

En los meses siguientes, durante los cuales en la vida de mi padre se fue operando la transformación que he descrito al final del capítulo anterior, Wilde se fue deshaciendo paso a paso. El insultante mensaje que lo había llevado engañosamente a cometer su fatal delito por libelo fue entregado en mano en el Albermarle Club a mediados de febrero; *La máquina del tiempo* empezó a publicarse por entregas antes de iniciarse el juicio, y Dent y Methuen habían adquirido respectivamente *La visita maravillosa* y *La isla del doctor Moreau* a lo largo del mes en que se decretó la culpabilidad de Wilde y fue por tanto encarcelado. Mi padre, que no se había olvidado de la amabilidad que tuvo Wilde al apremiar a Frank Harris para que le diese una oportunidad cuando empezaba a escribir, no pudo entender por qué se mostró Henley tan complacido a la luz de tan infausto desenlace. Le preguntó por qué le producía semejante placer ver a un espléndido escritor derrumbado a causa de sus debilidades personales: ¿no era la ruina de Wilde una tragedia, un acontecimiento lamentable? Henley le remitió con aspereza[137] a *El retrato de Dorian Gray*, comentándole de paso que tendría que leerlo con atención si deseaba saber por sí mismo qué soez obrita había publicado en realidad el asqueroso bujarrón. Cuando lo hubiese leído y digerido, podría darse perfecta cuenta de que el hombre que había escrito aquello tenía que estar

[137] Comunicción oral: H. G. W. al autor

podrido de pies a cabeza, aparte de haberse refocilado en su propia suciedad.

Mi padre leyó la novela en cuestión muy poco después, y se quedó cautivado. Le asombró y le espantó tanto su contenido como lo que había hecho Henley de todo ello. El quid de la cuestión, desde su punto de vista, no era que se glorificase la perversión ni que se ensalzase en la obra una serie de vicios, sino que se trataba de un acto de autodestrucción. Mi padre nunca se había encontrado con nada ni remotamente parecido; la novela le pareció de un interés irresistible. Había en cada una de sus páginas un escritor atrapado por una determinada conducta que por fuerza había de llevarlo a la ruina, más pronto o más tarde, pero que a pesar de los pesares se había sentado a describir la batalla que iba perdiendo contra ese elemento de sí mismo que tanto temía y que no podría controlar, amén de dar a este examen de conciencia la forma de una novela que necesaria, irrebatiblemente terminaría por completar su derrota. Mi padre se fijó en que las pruebas que salieron a la luz durante el juicio de Wilde habían aumentado la transparencia de la novela, si bien nunca creyó que hubiese sido una novela oscura. Desde el momento de su publicación, su secreto pasó a ser un secreto a voces; en lo sucesivo, ya sólo fue cuestión de precisar cuándo iba a producirse la ruina pública de su autor, anunciada de antemano. Aparte de todo esto, a mi padre le impresionó la inmediatez de la novela. Nunca se había encontrado con una obra de ficción en la cual estuviese tan presente su autor, en la cual se produjese una comunicación tan directa entre autor y lector en lo tocante a un asunto de crucial importancia para ambos, en este caso la discrepancia que se da entre el conocimiento que tiene el hombre de lo que la sociedad en la que vive desearía de él y, por otra parte, lo que su naturaleza animal ha hecho en efecto de él…

Habrá quien considere todo esto una justificación de la controversia de Wilde en el sentido de que la obra literaria es un espejo en el que cada lector hallará reflejadas sus propias obsesiones. Con eso y con todo, mi padre tuvo la seguridad de haber entendido el libro tal y como pretendía Wilde que se entendiese; lo discutió con Henley y se quedó de una pieza al ver cómo reaccionó éste. Se encontró sometido a esa especie de rodillo o apisonadora de los que tanto iba a quejarse Yeats en sus memorias: a Henley no le hacía ninguna gracia que los escritores de las publicaciones que dirigía le plantasen cara cuando él mismo había sentado las normas del buen gusto. Mientras lo discutían, mi padre se dio cuenta de que se le estaba pidiendo que creyese a pie juntillas que Wilde había perseguido sin cesar a su propio mentor, maliciosamente, mucho antes de que se publicase la reseña de Whibley. De ello había buena prueba[138] en la costumbre que tenía Wilde de soltar agrios puyazos contra «Caliban» en sus ensayos y críticas; fingía no sin descaro arremeter contra el vulgar filisteo, contra el hombre de la calle sin más complicaciones, cada vez que optaba por esta línea de ataque frontal, pero bien sabía Henley que no era ésa la verdad, ya que todas las referencias que hizo Wilde a Caliban fueron

[138] Biografía, Kennedy Williamson, op. cit

burlas encubiertas de su persona y de sus defectos físicos. La confianza que anteriormente tuvo mi padre en el valor de los amistosos consejos del monstruo empezó a difuminarse. A medida que entraba a pie firme en su nuevo mundo profesional, iba madurando con idéntica firmeza.

Parte de la maduración de mi padre a lo largo del verano siguiente al juicio de Wilde estuvo estimulada por las visitas que hizo a sus padres; durante dicho verano subió unas cuantas veces a Uppark en compañía de mi abuelo, y desde allí seguían a pie hasta Nyewood. Caminaban como dos buenos compañeros sobre la grata superficie de los caminos campestres, todavía sin recubrir de gravilla, que unían ambos lugares, charlando mientras tanto. Pasaban por Turkey Island y por Down Place antes de tomar el alcorce por el Sendero de South Down, entre Harting y Tower Hill, hasta desembocar en el camino de hierba que flanqueaba la valla de estacas plantadas como indicador del lindero del viejo coto de los ciervos y de la plantación de abedules que dentro del coto crecía desde antes incluso de los tiempos del viejo Sir Harry, para resguardar la mansión del viento del Norte. Recorrían el camino de hierba hasta llegar a un punto en el que las estacas estaban derribadas, por el cual entraban en el parque hasta llegar a un punto desde el cual se disfrutaba de una vista espléndida de todo el valle, cubierto por la hierba bien cortada, hasta la mansión desierta. Absolutamente nadie, en el sentido aristocrático del vocablo, había residido allí desde acaecida la muerte de Frances Bullock al comenzar el año; aún se esperaba que la herencia quedase resuelta y que los nuevos propietarios se mudaran a la mansión e introdujeran seguramente un nuevo estilo de vida. El capítulo de la historia de la hacienda que había comenzado cuando Sir Harry sacó por la fuerza a la mayor de las hijas de Bullock de la modélica vaquería, por fin tocaba a su fin, mientras que el capítulo siguiente estaba aún por iniciarse.

Tanto mi padre como mi abuelo fueron capaces de ver Uppark con nuevos ojos, puesto que las conexiones que ambos pudieran mantener con la hacienda eran ya parte de un pasado definitivamente muerto. Mi abuelo consideró todo aquello con tranquilo y genuino asombro, tratándose del lugar en el que había cometido el mayor error de su vida por razones que, para él, ya no estaban claras, aparte de no tener ya ninguna importancia. Seguramente se

habría lamentado, caso de poder beneficiarse con un lamento por el agua pasada, pero como no podría haberse producido dicho beneficio, se contentó con asombrarse, preguntándose cómo podía haber sido tan rematadamente imbécil. Las reacciones de mi padre fueron de muy otra índole. Le sorprendió descubrir que ya no sentía ningún odio por aquel lugar, que más bien incluso lo admiraba, que era, en fin, un hermoso remanso, una maravilla. ¿Cómo podía ser así?

La primera vez que mi padre había visto Uppark, le había parecido el castillo de un ogro[139], otro odiado lugar en el que se había enclaustrado su

[139] Respecto de la ambivalencia de la mansión en tanto institución como tal, véanse ciertos pasajes in re Bladesaver, en la novela de H. G. W. Tono-Bungay, passim

madre cuando desmanteló el domicilio familiar de Bromley. Poco después de verlo por vez primera pudo descubrir el Cuarto del Ama de Llaves, sede del imperio a cambio del cual ella los había abandonado a él y a su padre. Dicho cuarto estaba construido muy por debajo del nivel del suelo, en la esquina sudeste del edificio. Como él bien sabía, no existía manera de mirar al exterior desde esa cámara semisubterránea, desde la que era imposible disfrutar de la vista de las millas y más millas de espléndidos paisajes silvestres sobre los que se encontraba la mansión, a menos que uno se subiera a una silla o que bajase una escalera y la colocase pegada a la pared. Las ventanas que se abrían a la abundancia de la luz, el espacio y la belleza que aguardaban fuera de la mansión, estaban abiertas en lo más alto de las paredes del cuarto, aparte de que sólo daban a unas estrechas troneras de ventilación cuya entrada disimulaban los helechos de lengua de ciervo y el musgo adherido a los sillares, con lo que siempre estaban a la sombra, muy húmedas. Sólo las ultimísimas pulgadas de la parte superior de los cristales se hallaban a nivel de los céspedes perfectamente segados que rodeaban la mansión, a resultas de lo cual el Cuarto del Ama de Llaves era un espacio sombrío, sin luz casi en todo el día, espeso por la carencia de aire puro. Toda la planta sótano compartía estas mismas características, al igual que la enorme cocina enterrada bajo un grupo de matorrales, a cierta distancia del edificio principal, conectada con éste mediante un túnel, un largo pasadizo tenuemente iluminado de día gracias a la luz que entraba por las claraboyas que aseguraban unos enrejados dignos de una prisión.

La respuesta inicial de mi padre al descubrir este inframundo ajeno a todo privilegio, en las honduras subterráneas de Uppark, había sido de rabia ciega. Ello fue debido a que la queja más persistente que esgrimió mi abuela contra mi abuelo fue que la falta de consideración que le tenía la había condenado a pasar la mayor parte de su tiempo, a diario, por debajo del nivel del suelo, en la cocina del sótano de Atlas House, estancia cuya iluminación se debía a una especie de alcantarilla enrejada abierta en la acera de la calle mayor de Bromley. A mi padre le enfureció descubrir que su propia madre había intentado destruir todas las esperanzas de mi abuelo, condenándole incluso a ser menos que un lacayo, so pretexto de que así aprovechaba ella su ultimísima ocasión para escapar de aquella servidumbre en el subsuelo, cuando en cambio había tenido en todo momento la inocultable intención de instalarse en aquella versión agrandada del mismo espacio. Los sentimientos embotellados de mi padre a este respecto, entreverados con muchos otros, más poderosos si cabe, tocantes a los cimientos de la relación que había existido entre sus padres, por fin reventaron abiertamente en sus descripciones de las abominables cavernas que habitaban los Morlocks, temerosos de la luz, en La máquina del tiempo. Esa liberación purgante, seguida por la noticia del fallecimiento de Fanny Bullock, terminaron por sofocar toda la amenaza que Uppark había supuesto en otros tiempos para él. Aquel verano pudo por vez primera, por lo tanto, evaluar con frialdad el lugar con toda su objetividad.

No podría albergarse ninguna duda, por más que Humphrey Repton hubiese retocado notablemente la fachada norte, de que las otras tres fachadas, obra todavía no alterada del arquitecto original, William Taiman, habrían sido justificación suficiente para la inclusión del edificio en cualquier listado de las mansiones más sobresalientes de finales del siglo XVII existentes todavía en pie en cualquier rincón de Inglaterra. Los diseños de Taiman aprovecharon de la forma más feliz que se pueda imaginar el lenguaje arquitectónico del equilibrio, la armonía y la contención, tan en boga entonces en todo el norte de Europa. Sus fachadas proclamaban a los cuatro vientos su innegable intención de crear un habitáculo capaz de aguantar el paso de los siglos, siendo en todo momento un lugar acogedor para cualquier ser humano perteneciente a la especie de los seres más racionales, humanistas y educados. Pese a todo, tras fachadas tan serenas como las que ofrecía la casa al Este, al Oeste y al Sur, a pocos pies por debajo de las elegantes estancias del piano nobile, allí se escondía aquel lúgubre agujero interior. ¿Cómo era posible que un arquitecto que tanto sabía sin duda de la armonía y de la belleza hubiese incluido tan flagrante contradicción al materializar su idea? ¿Cómo podía haber sido tan ciego ante la degradante función de aquellos rincones pésimamente iluminados y peor ventilados aún?

Imaginariamente, no me cuesta demasiado trabajo ver a mi padre, tal cual era hace ya casi noventa años, contemplando una de las obras maestras de Taiman, situada a un extremo de una de esas lomas de piedra caliza caldeadas por el sol, es decir, a un hombre diminuto, ansioso, honesto, todavía muy joven, con ese aire de fragilidad de ave asustadiza que habrá de perder en el curso de los años siguientes, sentado junto a las ruinas macizas de mi abuelo, sobre una descomunal rama arrancada de uno de los álamos majestuosos por la fuerza de una tempestad invernal. Ni siquiera ha dedicado la más elemental atención a todo lo que el viejo ha estado diciendo, aunque sólo sea por la inveterada costumbre que tiene de prestar oídos sordos a los murmullos que conoce de sobra desde hace ya demasiado tiempo. Está concentrado en la adivinanza que en términos estéticos le supone la construcción que está viendo, medio adormecido en la quietud suave y sonrosada de un atardecer de verano. Se trata simultáneamente de una abominación, de un monumento a la insensibilidad y la indiferencia, y, en quién sabe qué sentido absoluto y definitivo, de una aportación a la herencia de los hombres que constituyen las obras más espléndidas y duraderas. De repente, el sentido de lo que mi abuelo está diciendo se le aparece con toda claridad. El viejo está recordando apasionadamente la tortura de los últimos meses que dedicó a trabajar como criado en la hacienda, la violencia de su deseo por erigirse en dueño de sí mismo, el odio hacia la vida que había llevado allí, la certidumbre de que Sarah Neal compartía todos sus sentimientos, el horror al descubrir de golpe que no era así, que ella no tenía ni el menor indicio de lo que él sentía, de sus razones, la penuria que le supuso el descubrir que ella había amado por encima de todas las cosas la vida en la gran mansión, el hecho de ser parte de ella, de dejarse llevar por la rutina, y que nada le había gustado tanto como

estar a las órdenes, dispuesta a cumplir cualquier capricho de sus señoras. Él había intentado hacer ver a Sarah la realidad, pero no fue capaz de comunicarse con ella, pues ni siquiera supo por dónde empezar. Mi padre poco a poco asume lo que está diciendo el viejo, y cae en la cuenta por vez primera de lo que todo ello significa: es exactamente lo mismo que él ha sabido desde siempre en el fondo de su corazón, lo que nunca ha sido capaz de afrontar, de reconocer si acaso. El matrimonio había sido una tortura para los dos desde el principio mismo de su vida de casados, pues cada uno de ellos había envenenado el aire que respiraba el otro desde el primer día, y así habían seguido viviendo año tras año, así vivían aún. Nunca encontraron por dónde escapar. De este modo pudo mi padre entrever por vez primera los desoladores paisajes con los que había de familiarizarse más adelante, cuando pasaran a su poder los diarios de su madre a la muerte de ésta.

Pero mi padre no estaba por aquel entonces concentrado enteramente en los problemas que probablemente debería resolver si de hecho estaba por demostrar que era un escritor con todas las de la ley. También iba arreglándoselas mal que bien con la vida que al parecer le había tocado en suerte; se le ofrecían a cada paso motivos de alborozo. A principios de año se había ido con Amy Catherine a vivir fuera de Londres, en concreto a la zona arenosa y llena de grava del Sudoeste, que se caracteriza por los brezales y los álamos plateados. Habían encontrado en Woking una casa con jardín y se habían aficionado al ciclismo. Era de hecho la época en que la bicicleta hizo furor. Gracias al aligeramiento conseguido con la incorporación de los radios de aluminio y del cuadro tubular en forma romboidal, y a la transformación operada con la aparición de los neumáticos, la bicicleta se había convertido en un instrumento de tremenda popularidad. Los integrantes de la primera generación de ciclistas, entre los que se contaban Amy Catherine y mi padre, disfrutaron una enormidad al recorrer sin esfuerzo y casi en perfecto silencio las despejadas carreteras campestres, probando el sabor de una nueva libertad. Se podía ir con facilidad y rapidez casi a cualquier sitio sin tener que alquilar o pedir prestada una calesa o un cabriolé, sin tener que contemplar durante largas horas los cuartos traseros de un caballo al trote. Por si fuera poco, cuando no estaba en utilización, este dócil instrumento no requería forraje ni establo, ni tampoco era preciso realizar las interminables y pesadas tareas que exige el mantenimiento de un caballo, ya que se quedaba sin rechistar en donde uno quisiera dejarlo, hasta que fuese necesario su concurso cuando apeteciera dar otro paseo. Además, era rapidísimo: durante un tiempo, no hubo por las carreteras vehículo más veloz que la bicicleta. Jane y mi padre -puesto que así había empezado a llamar a Amy Catherine- se dedicaron con verdadero entusiasmo a esta nueva forma de recreo. Pasaron buena parte de su tiempo libre, durante aquel verano, a lomos de su máquina, explorando sin cesar los caminos vecinales de Surrey y de Sussex.

No he utilizado el singular por descuido: salían a pasear en un tándem de curioso modelo, hecho por encargo expreso de mi padre[140] por la gente de Humber. Tenía la peculiaridad de que el manillar estaba colocado entre los dos sillines, de manera que la conducción la realizaba el ocupante de la plaza posterior, parcialmente invisible para quien pedalease delante. La primera vez que vi algunas fotografías de este extravagante artilugio, pensé que eran sumamente reveladoras del carácter de mi padre. Me dio la sensación de que había querido llegar a tal extremo de rareza con tal de conservar en sus manos el control ejecutivo de la situación, al tiempo que renunciaba al sillín delantero. Mucho después he podido saber que aquel artilugio no fue en realidad tan raro, sino relativamente común en una determinada etapa de la historia de la bicicleta. Cuando aquellas bicicletas de rueda delantera enorme y rueda trasera mucho más pequeña cayeron en desuso, buen número de fabricantes se pusieron a experimentar con el diseño de los tándems conducidos desde el sillín posterior, detrás de quien ocupase el delantero; fueron sobre todo triciclos e incluso vehículos de cuatro ruedas movidos a pedales. No tengo ni idea de por qué resucitó mi padre este diseño obsoleto, pero he terminado por pensar que el machismo chauvinista no tuvo nada que ver. Me parece, al contrario, que lisa y llanamente intentó disponer las cosas de manera que Jane, por entonces una principiante, pudiese salir de excursión con él sin verse condenada a pasar

horas y más horas con la nariz pegada a la espalda de su zamarra estilo Norfolk con cinturón. Sea como fuere, arrinconaron el tándem en un trastero al terminar su segunda temporada ciclista, y en lo sucesivo salieron de paseo en dos bicicletas convencionales, el uno pedaleando junto al otro, a explorar la mayor parte del sur de Inglaterra. Se casaron el jueves 27 de octubre de 1895, al término de su primer otoño ciclista.

En el mundillo literario sucedieron toda clase de absurdeces y de disparates mientras Jane y mi padre fueron acostumbrándose el uno al otro. El anuario titulado The Yellow Book, que compilaba Henry Harland, hubo de suspender su publicación; había pasado a ser algo demasiado escabroso, de manera que ningún editor quiso correr con el riesgo de sacarlo a la luz, simplemente porque se dijo que Wilde llevaba un ejemplar bajo el brazo cuando la policía se lo llevó detenido del Cadogan Hotel. Aubrey Beardsley, diseñador de la cubierta, la maquetación y las ilustraciones de The Yellow Book, se quedó literalmente sin trabajo desde que se puso en circulación ese rumor; su inconfundible sello personal había dado identidad a la publicación. Se convirtió en una especie de catalizador de los absurdos en que se incurre en momentos de pánico. Al dejar de publicarse, los promotores de una nueva revista llamada The Savoy desafiaron al destino al contratarlo como diseñador. George Moore, que iba a publicar un relato en el primer número, se quedó horrorizado al recibir el ejemplar del prospecto de suscripción que le enviaron; comprobó que la temida mano de Beardsley había manchado el proyecto. ¡Era capaz de cualquier cosa! Moore no pasó de la cubierta del panfleto. En ella

[140] Autobiografía: H. G. W., capítulo 8, sección 2

encontró un dibujo de John Bull[141] vestido con pantalón de montar, y en una parte del bajo abdomen, en la que con un mínimo de corrección jamás debiera haberse visto un bulto, aparecía un cúmulo de arrugas que sólo podían denotar una cosa. A toda prisa, Moore citó a todos los hipotéticos colaboradores de la revista que pudo avisar sobre la marcha en las estancias de Edgar Jepson, en el Temple, a la vuelta de la esquina de la redacción de The Savoy, que estaba en el Strand. Cuando llegaron todos los interesados, Moore esgrimió el panfleto e interpretó aquellas arrugas: Beardsley, dijo, le había pintado una erección a John Bull. Advirtió a los presentes que el buen nombre de todos ellos estaba en entredicho, y les apremió a que imitaran su movimiento y se pusieran a la defensiva. De esta manera, tras la elección formal de una delegación compuesta por seis miembros del colectivo, uno de los cuales resultó ser un personaje de la entidad de George Bernard Shaw, Moore encabezó la marcha hacia la redacción de The Savoy, en donde exigió la retirada del mercado de los ocho mil panfletos impresos con ilustración tan ofensiva. Cuando todavía estaba en su culmen la histeria suscitada por este episodio, a comienzos de 1896, por fin se publicó *La isla del doctor Moreau*.

Aun cuando mi padre hubiese previsto que este libro suyo podría hallar adversos comentarios habida cuenta del clima de opinión predominante, se sintió realmente molesto cuando se produjo la descarga inicial. Lo que le pilló desprevenido del todo fue la inesperada procedencia de la reseña. Escrita con hostilidad, la firmaba Peter Chalmers Mitchell, el cual había sido compañero de estudios de Wells en South Kensington, amén de tenerlo él por un amigo comprensivo. Más le sobresaltó aún que se hubiese publicado en lo que él consideraba un periódico acogedor, The Saturday Review, cuyo director, Frank Harris, jamás había sido acusado de mojigaterías. Chalmers Mitchell expresó la opinión de que el libro parecía escrito única y exclusivamente por el gusto del horror, de que resultaba sencillamente obsesivo en su manera de recurrir a los detalles físicamente más desagradables y de que resultaba excesivamente sugerente. Mi padre pudo curarse del daño sufrido, momentáneamente, diciéndose que probablemente había tocado sin querer alguno de los puntos flacos de Chalmers Mitchell, seguramente en relación con la gran cantidad de disecciones que tenía que hacer a diario por trabajar como un zoólogo joven y prometedor. Pero este consuelo no le duró demasiado. Una semana más tarde le dieron un buen rapapolvo en las columnas de The Speaker por haber escrito un libro de contenido claramente sexual. En este caso, el crítico insinuaba que el paso siguiente que obviamente daría quien coronase con éxito el experimento de dar a un animal la apariencia externa de un ser humano, sería mantener relaciones sexuales con ese engendro; tras poner a la vista esta observación traída de las profundidades de su inconsciente, el crítico dejaba con delicadeza ese tema, haciendo a mi padre responsable del mismo: «*No será preciso abundar en este delicioso asunto. El señor Wells, tal como hemos dicho, tiene talento, pero lo pone al servicio de un propósito absolutamente*

[141] memorias: Edgar Jepson recuerda este incidente en sus Memorias de un Victoriano', respecto de la versión de G. B. S., véase Grant Richards, Author Hunting

denigrante.»[142] El siguiente semanario que se ocupó del libro fue el Athenaeum[143], en el cual se interrogaba a los lectores hasta qué punto era legítimo crear sentimientos de repulsión dentro de una obra de arte, a manera de preliminar para pasar a decir después que incluso en el supuesto de que lo fuese, en aquel caso en concreto Wells se había excedido de todos los límites permisibles. La jauría se había puesto a aullar a pleno pulmón; poco después, The Guardian, que por entonces era el principal semanario de la Iglesia de Inglaterra, afirmó que la novela sólo podía haberse escrito en aras de lo más soez y rastrero.

Más avanzada su vida, mi padre se dio cuenta de que había pensado en contenidos más profundos cuando escribió La isla del doctor Moreau, obra que se había propuesto como homenaje personal a Jonathan Swift. Me dijo en cierta ocasión que su punto de partida había sido la idea de encomendar al Dios del Antiguo Testamento toda la responsabilidad del proceso de evolución de la especie, y de emplazarlo en una batalla que había de perder, por convertir la bárbara creación que había hecho amasando el barro en algo más semejante a los ángeles. Le gustaba encadenar unas con otras diversas imaginaciones de este tipo; el crítico del Guardian fue el único, entre los primeros críticos que se ocuparon de la novela, en decir algo que indicase un mínimo entendimiento de las intenciones del autor. Si recurrimos a la crítica en sí, se nota sin embargo que este apunte cae arbitrariamente en una sola frase en la que el crítico plantea, aunque sólo con objeto de rechazarla de plano, la posibilidad de que la novela tuviese por intención «*parodiar la obra del Creador de la especie humana, despreciando el trato de Dios con sus criaturas*»[144]. De ahí pasa a la afirmación que he citado antes, es decir, que lo único que pretendía mi padre era plasmar lo soez y rastrero.

Creo que mi padre sintió un cierto agradecimiento por el crítico del Guardian, ya que había reconocido, aunque fuera de pasada, que tuvo en efecto una idea rectora mientras escribió la novela. Es muy posible que en el fondo el libro tratase sobre el talante del temible Dios de su madre en su trato con los hombres, caso de que lo hubiese organizado de ese modo. Adoptó esta explicación tal cual se le ocurrió, sobre la marcha, pues sabía que los libros presuntamente han de estar centrados en ideas de esa clase, cuya interrelación los hace merecedores de una seria consideración. Lo cierto es que él era un visionario; a decir verdad, *La isla del doctor Moreau* tuvo vida propia mientras la estuvo escribiendo, ya que pasaba de una situación visualizada de manera muy intensa a otra igual, de acuerdo con una lógica basada en la plausibilidad y la consistencia, hasta que la trabazón de las situaciones así visualizadas llegó a su punto final. Había comenzado proponiéndose hacer algo al estilo de Conrad, y había «visto» el barco y un solo hombre a bordo, perdido en la inmensidad del Pacífico, pasando así de una imagen a la siguiente. Y se percató al poco de haber comenzado a avanzar el relato de que lo estaba alimentando a base de

[142] Recensión en The Speaker, 18 de abril de 1896
[143] Recensión, 9 de mayo de 1896
[144] Recensión en el Guardian, 3 de junio de 1896

detalles que procedían, sin que él los hubiese solicitado, de los más oscuros rincones de su mente, sin contraer ninguna deuda con los requisitos de un planteamiento coherente. La sensación que tuvo respecto de que había en la novela algo suelto, algo que él mismo no terminaba de entender, o que no le preocupaba, fue precisamente lo que le llevó a esperarse los problemas que en efecto iba a tener cuando se publicase; ese mismo elemento, pero en *La máquina del tiempo*, había alertado a los críticos, dispuestos a detectar algo extraño en su siguiente novela. Y encontraron lo que iban buscando.

La acogida que tuvo La isla del doctor Moreau, a renglón seguido de la amistosa advertencia de Henley, en el sentido de que no pensaba debidamente en lo que estaba haciendo, dio a mi padre buen motivo para hacer un alto. Se sintió impelido a reconsiderar su planteamiento acerca de su propio medio de vida, que tan pasmosamente se había apoderado antes de él y que por aquel entonces se anunciaba ya como su actividad profesional en el futuro. No podía permitirse el lujo de reservar una temporada de asueto para reflexionar sobre su problema; semejante idea no estaba a su alcance. Sus ingresos no eran suficientes para permitirse aplazamientos y paros voluntarios; tenía que continuar su producción a buen ritmo, siempre y cuando siguiese manteniendo a su escuadrilla de familiares que dependían de él. Lisa y llanamente, tenía que seguir ganándose la vida.

En este frente no le faltó ayuda. James Brand Pinker[145], uno de los primeros agentes literarios que se dedicaron a este negocio, se le había acercado a principios de 1896; poco después llegaron a un acuerdo. Ahora bien, por bueno que Pinker fuera a la hora de detectar el rastro de quienes podrían adquirir las obras de sus autores, y no cabe duda de que lo era, o de lograr el mejor anticipo a cambio de un relato o una novela, lo cierto es que necesitaba material que vender. La casa de Woking empezó a quedarse desde luego muy pequeña a medida que mi padre faenaba a duras penas, escribiendo en la mesa del comedor, que era necesario recoger y poner para la comida y la cena. Y poco a poco acusó mucho más que al principio el molesto ruido de los trenes; Lynton estaba demasiado cerca de la estación de Woking. Con eso y con todo, durante el año y medio que pasó en aquella casa logró sacar adelante en la mesa del comedor The Wheels of Chance (*Las ruedas del azar*), The War of the Worlds (*La guerra de los mundos)* y The Invisible Man (*El hombre invisible)*, así como el esbozo de los primeros capítulos de *El amor y el señor Lewisham*.

Lo más asombroso de esta hazaña es que se diese en combinación con un considerable desarrollo de su planteamiento respecto de su propia actividad. La primera de las tres novelas comenzadas y concluidas en Lynton fue una obra sin ningún valor, escrita por dinero y desde luego

[145] Carta de J. B. P. a H. G. W., 13 de enero de 1896. A Pinker le encantaba enganchar caballos de pura sangre a su coche de punto, muchas veces de dos en dos, y se jactaba de haber recorrido 35 millas en una hora en uno de sus habituales paseos

insalvable, escrita además a manera de respuesta ante las presiones que he descrito a raíz de la fórmula de Barrie para embolsarse una guinea de cuando en cuando. En dicha novela, mi padre revuelve sus conocimientos sobre el ciclismo, sobre las carreteras y caminos del sur de Inglaterra, mezclándolo todo ello con una trama de comedieta ligera, para terminar poniendo el cocido resultante sobre el papel tan deprisa como pudo. No supuso ningún progreso, mientras que las dos novelas siguientes resultaron harto diferentes. La idea germinal de *La guerra de los mundos* hay que buscarla en *La máquina del tiempo*, en concreto en el pasaje en que describe los temores que acucian al Viajero del Tiempo cuando es proyectado hacia el futuro: supongamos que, en el enorme intervalo que media entre el ahora de su partida y el de su llegada, unos ocho siglos más allá, la humanidad hubiese padecido sustanciales cambios evolutivos y se hubiese «desarrollado, convirtiéndose en algo inhumano, hostil, aterradoramente poderoso. Bien podría semejar yo, en tal caso, quién sabe qué animal salvaje del mundo prehistórico, tanto más terrorífico y asqueante para nuestra común apariencia, un ser, en fin, espantoso, que habría que asesinar sin miramientos...»[146].

Mi padre retomó esta idea y la casó con un elemento nuevo. Supongamos que los seres vivos en cuestión viniesen a la tierra desde otro planeta —desde Marte, por ejemplo — , y que fuesen seres mucho más adelantados que los terrícolas, en lo tecnológico y en todos los demás respectos, hasta el punto de no poder consideramos a los terrícolas sus semejantes. Y supongamos que diesen en tratar a los terrícolas igual que los europeos trataron a los pueblos atrasados que encontraron en los más remotos rincones del planeta: los habitantes de Tasmania fueron expulsados de sus tierras y exterminados en un plazo de medio siglo; los belgas estaban haciendo precisamente por entonces algo muy similar en el Congo; la nación zulú había sido tratada de forma asimismo aberrante. Supongamos, pues, que esos marcianos tuviesen la misma arrogancia de raza que nosotros y que hubiesen llegado a nuestro planeta con la intención de limpiarlo y colonizarlo, igual que Tasmania en su día. Supongamos entonces que las primeras avanzadillas ya estuviesen de camino, que los primeros cohetes —pues viajarían a bordo de grandes cohetes— fuesen a aterrizar aquí mismo, en Woking, y esta misma noche.

> *A esa hora estaba yo en casa, escribiendo en mi estudio; aunque las puertas acristaladas miran hacia la parte de Ottershaw, aunque la persiana estaba subida... no vi lo que se dice nada. Con eso y con todo, aquella cosa que sin lugar a dudas había de ser la más extraña de todas las que han llegado a la tierra desde el espacio exterior, tuvo que haber caído mientras estaba yo allí sentado...*

Teniendo en cuenta su costumbre de visualizarlo todo, y su don natural para trenzar un cuento, le resultó muy sencillo llevar adelante este falseamiento naturalista, casi tan sencillo como respirar, sólo que en

[146] The Time Machine (La máquina del tiempo), capítulo III

esta ocasión el texto no parece escribirse por sí solo. Su contenido viene determinado por la idea vertebral, y los detalles de la imaginería proceden de las probabilidades de cuantas propuestas se van exponiendo, y no de aquellos oscuros rincones en los que sus más secretos temores hacían a cada paso de las suyas. Es, por el contrario, una obra mucho más pensada y sopesada que las escritas hasta entonces, aunque seguía adoleciendo de un defecto básico que saltaba a la vista: se trata de una especulación que no se incardina en la experiencia del autor o de cualquier otro ser humano, y en consecuencia hace pensar en gran medida en un fraude perpetrado conscientemente. El tono, que es el del testigo ocular privilegiado que mantiene al contarlo el suspense entre su círculo de amistades íntimas o entre los miembros de su club, es lo que en el fondo socava tantos pasajes de Conrad; se trabaja a conciencia la autenticidad y se cosecha la falsedad, la impostura.

El hombre invisible comienza con un salto adelante; su arranque está hecho de palabras que se aceptan tal cual son:

> *El desconocido llegó a pie desde la estación de ferrocarril de Bramblehurst cierto día de invierno, a principios de febrero, abriéndose paso en medio de un viento cortante y de una espesa nevada, la última del año; llevaba en la mano, resguardada por un guante grueso, un pequeño maletín negro.*[147]

El autor parte aquí de un fingimiento, simulando dar cuenta de lo que no ha ocurrido ni puede ocurrir con naturalidad, para llegar a otro pasaje más genuinamente creativo. Ha dejado de tener al lector sobre ascuas, pues hace de él un cómplice de sus imaginaciones, que consiente en aceptar cuanto vaya diciendo. Pese a todo, no logra mantenerse así durante todo el libro, que al cabo choca de lleno con el defecto fundamental que G. K. Chesterton señaló con acierto inmediatamente después de su publicación. El título resulta ser engañoso: el relato no trata de un hombre invisible y de su interacción con el mundo en que vivimos, sino de lo que acaece a un loco invisible, a una persona impenetrablemente oculta dentro de su especialísimo marco de referencias privadas, de resentimientos, de obsesiones y compulsiones, a la vez que marginado del grueso de la humanidad. Cuando mi padre hubo terminado la historia, pensó que se había acercado al máximo a un éxito incontestable dentro del difícil terreno del tour de force, pero no quedó del todo convencido, y supo muy bien hasta qué punto enturbiaba esa novela la sombra de la arbitrariedad. Había hecho que sus lectores lo siguieran hasta una región que él había escogido, muy lejos del territorio común de las experiencias posibles, pero se había quedado muy lejos de todas las cosas que importan a las personas de carne y hueso en uno u otro momento de sus vidas.

[147] The Invisible Man (El hombre invisible], capítulo I

A la luz de este descubrimiento perfiló un esbozo de los capítulos iniciales de El amor y el señor Lewisham, la historia de un joven corriente y moliente que se precipita hacia un matrimonio autodestructivo. Este último producto de la mesa del comedor de Lynton iba a ser la primera de la por otra parte larga serie de novelas en las que iba a utilizar sus propias experiencias más recientes, sus reacciones, como cantera de materiales narrativos. Es también la primera de sus novelas que trata abiertamente sobre la sexualidad. No es que sea una novela expresamente autobiográfica —ninguna de las novelas de Wells lo son—; no otorga al joven Lewisham su propia buena suerte, asignándole por el contrario el destino del que él mismo escapó por los pelos tras su fracaso en South Kensington. Su Lewisham es un perdedor nato, un estudiante por encima de la media, pero sin brillo, sin medios económicos, que echa a perder toda opción de iniciar una carrera universitaria y una vida decente porque está atormentado y obsesionado por su necesidad de mantener una relación sexual. Los poderes fácticos que en lo educativo le han otorgado una beca, en realidad le han ofrecido un pacto diabólico: podrá tener todo cuanto quiera pedirles con la única condición de que, por su parte, viva a contrapelo de lo que le pida el cuerpo durante unos cuantos años. Mr. Lewisham no es capaz de cumplir esa condición, y motivado exclusivamente por su deseo de tener una

compañera de cama, se vende a la baja, lanzándose a un matrimonio que resultará fatal para todos sus intereses.

Mi padre por fin se había dado cuenta de qué representaba en realidad su matrimonio con su prima, y había entendido que si pudiera introducir en una novela la esencia de esa experiencia probablemente dispondría de algo que le facilitaría la conexión con millares de contemporáneos suyos que se habían condenado a toda una vida de frustraciones y de infelicidades, exactamente de la misma forma que él. Por eso salió al proscenio de sus propias páginas, en persona, sin fingir que era alguien más listo, más curtido, más maduro y más experto, para relatar la historia de lo que muy posiblemente le habría ocurrido si las cosas, entre Isabel y él mismo, hubiesen llegado a su lógica, típica conclusión:

> *El capítulo inicial no tiene nada que ver con el Amor; ciertamente, ese antagonista no hace su aparición hasta el tercero. En el primero, vemos al señor Lewisham entregado a sus estudios. Hace de esto ya diez años, y en aquella época era profesor ayudante en la Escuela de Whortley, condado de Sussex, ganando un salario de cuarenta libras al año, de las cuales tenía que adjudicar quince peniques por semana, durante el curso, para costearse el alojamiento en casa de la señora Munday, en la tiendecita que tenía ésta en West Street. Se le llamaba «Mr.» para distinguirlo de los alumnos ya mayores, cuyo único cometido era aprenderse las lecciones,*

> *mientras que era asunto de los astringentes reglamentos de entonces que se le llamara en cambio «Sir»*[148].

Las intenciones que mi padre tenía en mente cuando redactó el primer esbozo de los capítulos iniciales de esta novela iban a verse modificadas una y otra vez antes de que llegase a su conclusión. En ocasiones, el libro parecía oponer una resistencia activa a sus intentos por darle forma definitiva; llegado a cierto punto, la tensión de la batalla contra el libro le produjo un nuevo hundimiento físico, debido a lo cual estuvo en cama durante varias semanas. Su problema era que su conocimiento del mundo y de sus secretos, un conocimiento en rápido incremento, lo forzaba de continuo a revisar sus afirmaciones originales sobre las experiencias personales en las que se estaba inspirando, con lo cual no hacía sino estrellarse contra paredes que no podría derribar hasta que reconociese que, pasado el tiempo, su conocimiento era muy superior al que tenía cuando concibió un determinado episodio. Su conciencia en expansión daba a las concepciones originales una sonoridad falsa. Durante los cuatro años que por fin le costó resolver todos los problemas insertos en su esbozo inicial, poco a poco fue resultándole evidente que al proponerse la descripción de una de las ordalías que había tenido que superar personalmente había terminado por tropezar, sin esperarlo, con un tema de importancia capital. Entonces no comprendió la naturaleza de la cuestión tan claramente como iba a entenderla pasados quince años, cuando escribió *Los nuevos maquiavelos*, pero mientras estuvo en lucha consigo mismo por avanzar línea tras línea, hasta poner punto final a *El amor y el señor Lewisham*, sí empezó a vislumbrar que aquello que había sido un terrible error en su crianza y en su educación era algo que también era un error no menos terrible, propio del genio distintivo de la sociedad en que vivía. No era simplemente cuestión de que a él se le hubiese permitido crecer en un estado de hondísima ignorancia respecto de todo lo relacionado con el sexo, adoctrinado en la creencia de que todo lo que tuviese algo que ver, por poco que fuera, con dicho asunto, a la fuerza tenía que ser motivo de vergüenza y de rebajamiento moral, imposible de mencionar en público y tabú en presencia de las mujeres; era, lo cual tiene muchísima mayor importancia, que a él se le había enseñado a pensar que lo que biológicamente era el elemento vertebral de su vida, su sexualidad, no pasaba de ser sino un elemento marginal y poco menos que irrelevante en la muy seria empresa de la vida. Cuando hubo contemplado su experiencia esencial bajo esta nueva luz, cuando hubo reconocido hasta qué extremo era característica, se vio impulsado, en tanto ser racional, a dar un paso más y reconocer sin paliativos la necesidad de que se produjese toda una revolución dentro del dominio de las costumbres sexuales: ninguna sociedad que exigiese a la mayoría de los ciudadanos que la integrasen llevar una vida en desacuerdo con los términos más genuinos de sus propias naturalezas, desde la cuna hasta la sepultura, podía tenerse ni por sana ni por próspera. A medida que lo estuvo escribiendo, *El amor y el señor Lewisham* fue convirtiéndose en la declaración de intenciones por la cual mi padre se propuso hacer cuanto

[148] Love and Mr. Lewisham (El amor y el señor Lewisham), capítulo I, línea 1, página 1

estuviese en su mano por propiciar el advenimiento de dicha revolución. Había de ser ésta la primera de una serie de novelas, que terminaría por abarcar la mayor parte de sus obras de ficción, dedicada a la descripción de los diversos modos en que las costumbres prevalecientes de la época frustraban, ridiculizaban y aniquilaban a los jóvenes, así como a fomentar en éstos las ganas de exigir la libertad necesaria para encontrar sus propios caminos hacia la felicidad. Todo esto podría dar la impresión de que lo único que estoy diciendo es que mi padre había tomado la determinación de erigirse en paladín de la rebelión en contra del matrimonio y de la familia, cuando lo cierto es que no se trataba de eso. Tan sólo había emprendido el intento de desbaratar esa clase de matrimonios que eran una condena a perpetuidad impuesta sobre dos personas que apenas se conocían mutuamente, y la clase de familias que con demasiada frecuencia terminaban por ser el triste producto de tales uniones. No tenía nada en contra de los ideales que representan estas dos instituciones, pero detestaba con toda su alma la realidad del sufrimiento al que la adoración irracional de estas instituciones condenaba a millones de hombres y de mujeres, así como a sus hijos. Con el paso del tiempo, con el constante ampliarse de sus propias experiencias, con una mayor penetración en las vidas de los demás y en la suya propia, terminó por estar cada vez más convencido de que estaba en lo cierto cuando se empeñaba en hacer valer esta idea, seguro de que era además una idea crucial.

Capítulo XIII

«Tuve plena conciencia de una serie de asombrosos abismos... Todas las cosas que un hombre de veintiocho años de edad jamás habría soñado en ocultar de un coetáneo, me las había ocultado él a mí. Durante unos cuantos días hube de quedarme en su casa, hube de repasar sus papeles, disponer de todas esas minucias personales, íntimas, que se acumulan año tras año en tomo a un ser humano: las cartas, los recortes amarillentos de algún periódico, los amuletos, las reliquias guardadas sin razón aparente, los vestigios accidentales, todos esos residuos tan significativos. Y me enteré de muchas cosas en las que nunca había soñado siquiera. A veces dudé si no estaría espiando, metiéndome en donde nadie me había llamado, pensando si no sería preferible arriesgarme a perder para siempre las pruebas legales que estaba buscando, y quemar en cambio todos aquellos papeles sin leerlos.»

The Passionate Friends

George Gissing fue un escritor amigo de mi padre, casi diez años mayor que él, que desempeñó un papel crucial en el despertar de su conciencia ante la importancia de la revolución sexual, un papel mucho mayor de lo que mi padre estuvo dispuesto a reconocer en su autobiografía. Se conocieron durante el verano de 1896, a raíz de que Clement Shorter persuadiese a mi padre para que se hiciera miembro de

un club por el que este hombre tenía un gran interés. A Shorter le fascinaban los escritores y la escritura; le habría maravillado llegar a ser escritor, pero por carecer de la chispa del ingenio creativo tuvo que entrar en la literatura por la puerta de atrás. Lo hizo de dos formas: escribiendo estudios sobre la vida de escritores ya fallecidos y editando algunas revistas literarias. En 1896 estaba en la cresta de la ola, simultaneando la dirección de la Illustrated London News, de la revista English Illustrated y del Sketch, amén de haber publicado un volumen titulado Charlotte Bronte and Her Circle. Este libro había generado una cierta conmoción al anticiparse a los modernos criterios de documentación biográfica, lo cual le hizo acreedor de que un crítico lo calificase como uno de esos individuos «*que serían capaces de imprimir la libreta de notas de un escritor que fuese suficientemente famoso, y en edición limitada, con tal de apoderarse de tan preciado tesoro*»[149]. La pulla que contiene este fino sarcasmo, es decir, que a Shorter le encantaba una enormidad disfrutar sólo con sentir en la piel los reflejos de la gloria ajena, lograda mediante una reputación sólida, hasta un extremo muy considerable está plenamente justificada. Pero compensó con creces esta debilidad al mantenerse siempre atento y a la caza de nuevos talentos, dispuesto a abrir cuantas puertas pudiera abrir a un prometedor recién llegado. No podría poner en su haber el descubrimiento de mi padre, que pertenecía indudablemente a la cuadra de hallazgos hechos poco a poco por Henley, pero en aquella época en la que las amistades y los conocidos eran cruciales a la hora de ir progresando, pudo

desde luego hacer por él algo tan importante como si lo hubiese descubierto, es decir, poner al recién llegado a favor de la corriente imperante, y en el fondo de eso trataba el club de Shorter[150]. Se llamaba el Ornar Khayyam Club; el propósito más ostensible de su existencia era honrar al poeta persa y a su traductor, el levemente excéntrico Edward FitzGerald, aunque lo que de veras importaba eran las cenas que se celebraban trimestralmente, en las cuales los miembros intimaban en un ambiente cordial. Cuando Shorter, con su voz gangosa y adenoidal, apremió a mi padre para que no dudase en sumarse al club, no le comentó ni palabra acerca de las Rubáiyátas, diciéndole simplemente que las cenas aquellas eran lo más divertido que pudiera imaginarse.

Cuando mi padre acudió por vez primera a cenar con sus compañeros omáricos, al restaurante Frascati, un martes de finales de noviembre de 1896, Gissing pertenecía al club desde hacía algo más de un año. La velada de su ingreso como miembro activo constituye otro perfecto ejemplo de la clase de amabilidad que dispendiaba Shorter. A comienzos de 1895 había unido fuerzas con su amigo Edward Clodd, el empedernido racionalista que a la sazón iba a secundar la propuesta de que mi padre fuese aceptado como miembro de pleno derecho en el club, y entre los dos

[149] Biografía: Siegfried Sassoon, George Meredith, 1948, p. 230

[150] Biografías y memorias: Siegfried Sassoon, op. cit.; W. Robertson Nichol, A Bookman's Letters, E. S. P. H., A Lawyer's Notebook (varios volúmenes) ; E. Clodd, Memories, así como Jepson, op. cit., y Grant Richards, op. cit., libros que abren una puerta al mundo de las relaciones de mi padre con otros hombres

urdieron una pequeña conspiración. Partieron del mutuo y convencido acuerdo de que George Gissing no gozaba del respeto y la atención que en realidad se merecía; era un hombre magnífico, y como escritor se empeñaba a fondo en cada una de sus obras. Seguramente le daría más viento de popa si pasara a formar parte del club, y para ello sería preciso hacer de su ceremonia de ingreso un acto memorable.

Lo que tramaron aquellos dos paternalistas intrigantes[151] fue, de puertas a fuera y a todos los efectos, una cena de homenaje al anciano George Meredith. Por hallarse muy delicado de salud, en una situación en la que había renunciado casi del todo a salir de casa, la cena tuvo que celebrarse en la Posada del Puente de Burford. es decir, virtualmente en el umbral de la casa en que habitaba el anciano, a resguardo de Box Hill. Así fue posible que Meredith cenase tranquilamente en su casa para llegar después paseando hasta la posada y tomar café con los miembros del club y los invitados de la ocasión. Edward Clodd dispuso todo de acuerdo con el venerable anciano, y Edmund Gosse obtuvo de Thomas Hardy la confirmación de su asistencia a la cena. Unos cuarenta omáricos mordieron el doble anzuelo y acudieron a la cena, cuyo éxito quedó así rubricado de antemano. Y nadie se sintió después llamado a engaño. La entrada en escena de Meredith, a los postres, resultó de lo más efectista. Antes de tomar asiento al lado de quien presidiera la cena, deambuló por el comedor saludando con un apretón de manos a algunos de los presentes. Al llegar ante Gissing, hizo una pausa y anunció de modo que todos oyesen sus palabras que se sentía especialmente agradecido por encontrarlo allí. Aquel momento produjo en Shorter y en Clodd tanto placer como en Gissing, por haber tenido lugar en medio de un acontecimiento incontestablemente literario y, por si fuera poco, celebrado como quien dice en sagrado. Los omáricos sabían todos que Keats había dado los últimos retoques a su Endimión mientras estuvo hospedado en la Posada del Puente de Burford; todos ellos vieron al querido y viejo Meredith, con la aquiescencia de Hardy, saludar calurosamente a Gissing y festejar su ingreso en tan carismático lugar. Si no llegaron a escribir exactamente una página de la historia literaria, sí fue al menos una alegre nota al pie.

El paso del tiempo ha oscurecido la imagen de los omáricos; sólo quienes se hayan sumergido a fondo en las costumbres de la época se darán cuenta del gran acierto que tuvo Shorter al comunicar a mi padre que le valdría la pena, y mucho, ingresar en dicho círculo. J. M. Barrie, hombre que jamás perdió un instante de su tiempo, era miembro del club, al igual que hombres tales como H. W. Massingham, E. T. Cook, Robertson Scott y Harry Gust. Sus nombres carecen hoy de la resonancia que tuvieron, pero entonces eran pesos pesados, cuyo trato era de gran valor, por ser los directores, respectivamente, del Daily Chronicle, de la Westminster Gazette, del British Weekly y de la Pall Mall Gazette. Tenían tales poderes en el mercado que ningún escritor free-lance podría permitirse el lujo de ignorarlos. De menos utilidad inmediata, pero cada

[151] Diario: G. G., 13 de julio de 1895. Carta: G. G. a E. Bertz, 27 de agosto de 1895

cual influyente a su manera, más a largo plazo, eran los omáricos que se dedicaban a escribir, por ser quienes conformaban a diario el consenso literario general, y que habían saltado la valla divisoria entre la escritura creativa y la crítica. En el grupo figuraban también hombres como William Sharp, que públicamente era un crítico recio, de barba espléndidamente poblada, amén de biógrafo literario, o Theodore Watts-Dunton, abogado y crítico habitual y a menudo insustituible del Examiner y el Atheneum, que por entonces trabajaba para llegar a ser poeta reconocido. El secreto de Sharp estaba en que, tras su barba, era una mujer. Ataviado a la última moda, enjoyado, apretado el corsé, y muy ajetreado, se dedicaba siempre que podía a escribir las novelas románticas de espadachines y pasiones amorosas que emplazaba en la región de los Glens y que publicaba después con el nombre de Fiona Macleod. Theodore Watts-Dunton no tenía secretos de este tipo, pero el meollo de su existencia era algo de lo que no le apetecía hablar. Había actuado como acompañante y custodio legal, responsable de los restos vivientes del poeta Swinburne desde 1879. En ese año, Watts-Dunton decidió ahorrar a su amigo, que ya no estaba en condiciones de cuidar de sí mismo, los horrores de un asilo, y se lo llevó a su propia casa. Cuando lo conoció mi padre, inserto en el círculo de los omáricos, sólo había cumplido diecisiete de los treinta años de condena a los que insensatamente se había sentenciado. Empezaba a manifestar evidentes síntomas de tensión, pero distaba aún mucho de ser el turbio y cómicamente aburrido hazmerreír en que iba a convertirlo Max Beerbohm después de su muerte. En este olvidado mundo de celebridades y éxito se forjó mi padre un sitio propio con el estruendoso éxito logrado por *La máquina del tiempo* y *La isla del doctor Moreau*.

Es posible que sea significativo por parte de mi padre el hecho de que entre todos los omáricos presentes en Frascati la noche de su ingreso en el círculo, el que más le atrajo fuese George Gissing. Le fascinó la inteligencia de Gissing, su enorme encanto personal, su alegría y animación constantes. Lo tomó por uno de esos hombres cuyo natural talante lo llevaba a gozar de la vida: «*reír, bromear, disfrutar y caminar a favor del viento*»[152]. Quiso de inmediato frecuentar más a tan estimulante y sano individuo, y a la mañana siguiente le envió un recado diciéndole que quería conversar con él más en serio, sin interrupciones, a la vista de lo cual le sugirió que se encontrasen tan pronto fuera posible, ya fuese en su domicilio o en casa del propio Gissing. La respuesta que recibió tras esta iniciativa fue el primer indicio que tuvo en cuanto a que el colega que acababa de conocer posiblemente fuese un poco más complejo de lo que parecía a simple vista. En su nota, Gissing reconocía que en efecto tenía su domicilio en la dirección desde la cual le escribía, aunque «… *cuanto menos se diga a ese respecto, mejor. Es preciso tener residencia fija en algún sitio, y es aquí donde de uno u otro modo yo resido. Pero nunca he invitado aún a ningún mortal a visitarme aquí, y es probable que nunca lo haga, por lo cual ojalá mis amigos puedan estarme agradecidos*»[153].

[152] Autobiografía: H. G. W., capítulo 8, sección 3
[153] Carta: G. G. a H. G. W., 27 de noviembre de 1896

Mi padre vio bastante a Gissing a lo largo de aquel invierno, pero no tuvo modo de averiguar nada más acerca de lo que presuntamente tan mal funcionaba en la casa que tenía su nuevo amigo en Epsom hasta llegada la primavera, cuando en compañía de Jane fue de excursión en bicicleta por Devon, para encontrarse con él, según habían acordado antes, en la vecindad de Budleigh-Salterton. Durante los primeros días de visita Gissing se mostró evasivo, poco comunicativo, hasta que mi padre se dio cuenta de que en realidad ardía en de-

seos de hablar con él, pero sin ser capaz de soltarse en presencia de Jane. Ella adujo una diplomática y pasajera indisposición al día siguiente, y cuando los dos salieron juntos de paseo salió a borbotones la historia de los quebraderos de cabeza que tenía Gissing.

La vida doméstica de Gissing[154] había empezado a resultar insoportable. Se había casado con una espantosa mujer que lo estaba haciendo cada vez más desdichado. Y exclusivamente por culpa suya. Pocos años antes había llegado a la conclusión de que nunca iba a ser capaz de ganar mucho más de cuatro cientas libras al año dedicándose a escribir, y que por eso no tenía derecho a pedir a ninguna mujer bien educada que afrontase la penuria de una vida matrimonial sobre la base de sus escuetos ingresos. Como no podría vivir sin tener una mujer a su lado, resolvió probar suerte con alguna muchacha que hubiese padecido en sus propias carnes, a ser posible desde su nacimiento, la verdadera indigencia. Y casi a renglón seguido encontró a dicha persona, la hija de un jornalero. Cuando se casó con ella, su único motivo de temor fue que tal vez resultase difícil vivir con alguien que era prácticamente analfabeto; a la larga, la carencia de una mínima formación que tenía su novia fue el menor de sus defectos. Según el propio Gissing, sin darse casi tiempo de convertirse en su esposa desveló su estupidez, su desobediencia, su mal humor, y su intolerancia, su proclividad a regañar por cualquier cosa. Más adelante le dio por la bebida, y desde entonces su comportamiento se torció hasta extremos tan perversos, y tan imprevisibles, que él empezó a preguntarse si estaría ella en su sano juicio.

Gissing era tan candido y parecía tan honesto que a mi padre nunca se le pasó por la imaginación pensar que tal vez existiera otra faceta de esta historia, quizá más ajustada a la realidad que la que él le había contado. Se la transmitió a Jane tal como le fue relatada, y también ella la aceptó a pie juntillas. Entre los dos proyectaron dedicarse a Gissing, con la firme decisión de hacer cuanto pudieran por ayudarle a tolerar la odiosa situación en que vivía, hasta encontrar alguna salida digna. Al terminar el mes que pasaron en Devon, los dos estaban profundamente comprometidos con la causa.

Durante el resto del verano, Gissing fue uno de los visitantes más asiduos que pasaron por Heatherlea; viajaba desde Londres en el último tren de la tarde, se quedaba a cenar y pasaba la noche en casa de los

[154] Cartas: G. G. a Bertz, 15 de agosto de 1890, 6 de septiembre de 1890, 23 de octubre de 1890, 23 de enero de 1891

Wells más o menos siempre que le apetecía. Gissing siempre respondió atenta, positivamente ante las personas que lo aceptaban tal cual era, en sus propios términos, y cuando empezó a hacer los preparativos para marcharse a pasar una temporada a Italia, ese mismo otoño, se sintió tan seguro de la pareja que tan completamente se había rendido a sus encantos que no temió sugerirles que lo acompañasen; el mejor momento, les dijo, sería cuando empezara a mejorar el tiempo, poco después de Año Nuevo. Y nada le agradaría tanto como enseñarles a los dos las maravillas de Roma en primavera. Mi padre mordió el anzuelo sin un momento de duda; Jane tampoco ocultó cuánto la encandilaba el proyecto. Bien sabía ella cuan duro había sido para mi padre el día a día a lo largo de los cinco años que habían pasado desde la ruptura de su primer matrimonio; tampoco se le ocultaba lo bien que le había ido a golpe de esfuerzo. Ganaba por entonces más de mil libras al año. Se había merecido con creces una celebración. Por si fuera poco, hasta entonces nunca había viajado al extranjero. Para ella, había llegado sin duda la hora de que su marido diese el salto a un mundo de más amplios horizontes.

Roma, tal como la visitó mi padre durante la primavera de 1898, ya no es posible de recorrer. Ya en las dos décadas anteriores había comenzado a cambiar a fondo; sin embargo, en aquel año seguía siendo todavía la ciudad de los palacios, las iglesias y los jardines que había ido creciendo entre 1400 y 1800, por entre los restos a que los terremotos habían reducido la ciudad de los emperadores romanos y de sus sucesores germánicos. Mi padre se sintió anonadado por las bellezas y delicias de la ciudad, así como rebosante de respeto por la sencilla magnificencia de su herencia arquitectónica e histórica. Aun cuando todavía entonces fuese el escenario en que había acaecido el abrumador desmoronamiento de una democracia parlamentaria, los restos de sus tiempos de grandeza sin parangón apelaron a su sensibilidad, de forma apasionante, respecto de la capacidad casi ilimitada que tiene el animal humano cuando se trata de superarse a sí mismo para imaginar cosas grandiosas y llevar a cabo nobles proyectos. Vio a su alrededor, casi en todo momento, las pruebas palpables de la titánica escala a la que se realizaron los esfuerzos emprendidos para hacer de la ciudad la sede verosímil de un sistema de gobierno y de orden susceptible de funcionar en todo el mundo occidental. Los romanos habían intentado lograr el objetivo de fundar toda una potencia universal, mientras la iglesia internacional había intentado lo mismo mediante la imposición de una tiranía ideológica, y unos y otra habían tenido que inclinarse una y otra vez, bajo la presión desmesurada de tan desorbitada empresa, a recurrir al uso de tácticas despreciables e incluso aborrecibles. Pero a pesar de los pesares seguía siendo, en este orden de consideraciones, una ciudad todavía impregnada por la sangre de innumerables víctimas cruelmente torturadas y perversamente asesinadas; entre todos aquellos edificios, testigos mudos de toda clase de maldades, la concepción esencial de una sociedad justa, de la causa común de la humanidad, del orden mundial, había visto la luz.

Esta revelación fue crucial. Por ser un provinciano educado dentro de la Iglesia Protestante, mi padre había viajado a Roma no sin cierta incomodidad interior. Había aprendido el lenguaje de los polemistas del protestantismo recalcitrante sentado en el regazo de su devota madre; se había educado para equiparar mental y automáticamente a la iglesia que tomaba su nombre de la ciudad de Roma con la Mujer Escarlata, al Papa con el Anticristo o, incluso, con la Bestia de la Revelación. Había terminado por renunciar a esa línea de pensamiento, junto con todos los conceptos que había generado, durante su proceso de maduración intelectual. Sin embargo, los prejuicios estrechamente relacionados con todo ello habían regresado a su mente durante sus tiempos de estudiante, bajo el pretexto de la tampoco insostenible tesis de que el procesamiento contra Galileo había hecho de la Iglesia la fuente de la que brotó todo oscurantismo anticientífico. En tanto en cuanto fuese la ciudad del Papado, Roma iba a adquirir en la imaginación de mi padre las dimensiones de una fortaleza enemiga; en cambio, también iba a amarla hasta el final de su vida tal y como la percibió en aquella primera visión primaveral, en calidad de ciudad madre de la cultura del Renacimiento y capital de la República invisible, de la razón y la inteligencia, de la cual había hecho su patria.

Existía, con todo, una mácula en el cristal de esta experiencia. Mientras estuvo inmerso en ella, la musa cómica que tan a menudo daba en intervenir cuando estaba al borde de lo grandioso, para recordarle que en el fondo él era una especie de Art Kipps, o de Mr. Polly, muchísimo más que un Newton o un Darwin, volvió a zarandearlo con una nueva bufonada. Antes de que Gissing hubiese vuelto la espalda a la Italia de los vándalos y los godos para viajar más al Sur y llegar a Roma a tiempo de acudir a la cita que tenía con Jane y con mi padre, había hecho un alto en la ciudad de Siena. Allí había hecho algunas amistades. A su alrededor se había congregado un pequeño grupo, compuesto por Brian Boru Dunne, un joven y guapo norteamericano que viajaba con su guitarra y que cantaba acompañado por ella; Arthur Conan Doyle, quien ya había inventado a Sherlock Holmes; E. W. Hornung, el escéptico y cordial cuñado de Conan Doyle, que muy pronto había de inventar a Raffles, el atracador aficionado. Habían recorrido Siena en bande, y llegaron a Roma convertidos en un animado y jovial grupo de amigos inseparables. Para mi padre, habría sido muy distinto familiarizarse con Roma en compañía de su buen amigo; tener que explorar la ciudad en compañía de un grupo de conocidos accidentales, sobre todo siendo tantos, fue de lo más inesperado. Una fotografía posiblemente tomada por Dunne cuenta bien toda la historia. En ella aparece Gissing, que finge avergonzado no estar en donde está, de pie al lado de Hornung, Conan Doyle y mi padre, en una calle de Roma. Era la época en la que el homburg, con su ala bordada, era la única modalidad socialmente aceptada de llevar un sombrero flexible, suave; el ala bordada de manera acentuada que llevaba mi padre, llevando el sombrero algo hacia atrás, queda a la altura de los cuellos de las camisas de sus compañeros. En esa desvaída fotografía en tonos sepia

vuelve a ser el «chiquito, fantástico Wells»[155] de la primera impresión que de él tuvo Rupert Brooke: un diminuto individuo que con toda seguridad sería siempre clasificado de inmediato, a ojos del filisteo de clase media propio de la época, como un chaparro y maleducado don Nadie.

A mi padre no le agradaba ni lo más mínimo encontrarse en situaciones en las que fuese fácil vérsele de inmediato bajo dicha luz; siempre notaba mayor o menor incomodidad al posar para tal especie de fotografías. En esta ocasión es evidente que irradia tal gama de sentimientos. Gissing, que parece estar sudando una cogorza al otro extremo de la fila, tiene una doble causa para sentir su incomodidad: la de mi padre, que detecta a las claras pero que no consigue entender del todo, y la suya propia, que es debida a su anhelo de llegar a otra sesión en la que pudiera desnudar su alma, a puerta cerrada, a solas ante la credulidad de mi padre. Sabe que con esos dos, y con las simplezas y los entusiasmos de Brian Boru Dunne de por medio, bien pegados en todo momento, es poco probable que se salga con la suya.

Y así fue. Durante toda la temporada que pasaron en Roma, los dos hombres nunca dispusieron del tiempo suficiente y a solas para que Gissing se entregase a uno de sus desbordamientos pseudo-reveladores, creativos sin duda, acerca de su propia persona. Al término de la estancia, lo único que pudo saber mi padre fue que Edith Gissing se estaba volviendo cada vez más loca, y que Gissing estaba entonces obsesionado por el miedo de que pudiera lesionar, o matar incluso, a su hijo Walter y al bebé que habían tenido los dos, caso de encontrarse con las criaturas a solas un buen rato.

El conocimiento que tuvo mi padre sobre la naturaleza de estos temores arrancó más avanzado el año. Tras ir desde Roma a Ñapóles, a Capri y a Pompeya, ya por su cuenta y sin compañía, los Wells regresaron a Inglaterra pasando por Florencia, Bolonia, Milán y Suiza. Mi padre albergó la esperanza de ponerse a trabajar de inmediato, con renovados bríos tan pronto hubiese regresado a casa, pero en cuanto tomó asiento en su escritorio, decidido a afrontar la fría e inerte masa en que se había convertido *El amor y el señor Lewisham*, se dio cuenta de que no iba a ser capaz. Aunque supo perfectamente dónde tenía que aflojar, le resultó imposible llevar la narración hasta el final indicado. Llegó el mes de julio y él seguía tan encasquillado como al principio; decidió, y es una vez más típico de su carácter, que lo que no andaba como debiera era precisamente Heatherlea. Reconcentró su animadversión en el pequeño chalet, en el ambiente suburbial, y culpó de su falta de envergadura narrativa al paisaje de los abedules, los pinos, los álamos plateados, la abundancia de gravilla, a la cerrazón en suma que lo circundaba en aquella región. Lo que le estaba haciendo falta, estuvo seguro, era un cambio. Le hacía falta el cielo despejado, las pendientes suaves y generosas, y sentir la envergadura propia de las praderas de formación caliza bajo sus pies.

[155] Carta: Rupert Brooke a Hugh Dalton, abril de 1898

Y de este modo, el 29 de julio de 1898[156], emprendió lo que tendría que haber sido una placentera excursión en bicicleta, hacia la costa sur, en compañía de Jane. Habían reservado una habitación en Seaford, en donde pensaban pasar tres o cuatro semanas disfrutando de los despejados cielos del Canal y las praderas de los Downs a sus espaldas. Al finalizar estas vacaciones, *El amor y el señor Lewisham* tendría que estar terminado; así, él se habría convertido en un hombre nuevo. Pero las cosas no iban a rodar de acuerdo con tales planes. La pareja de ciclistas se vio sorprendida por un repentino chaparrón, empapados de pies a cabeza antes de llegar a su destino; cuando por fin llegaron a donde habían previsto, mi padre tenía ya una fiebre alarmantemente alta. A lo largo de los días que siguieron, quedó bien claro que estaba padeciendo algo mucho más grave que un simple resfriado: tenía graves y espasmódicos dolores de riñon y ciertamente se hallaba en un estado lamentable. Al concluir la semana decidieron irse de Seaford para instalarse en New Romney, donde trabajaba un buen médico amigo de George Gissing. Gissing se lo había recomendado a los dos por tratarse de un espléndido profesional de la medicina y de un espíritu afín a los suyos. Una de sus virtudes era el tener una casa muy grande, en la cual reservaba unas cuantas habitaciones para internar a los pacientes que pudieran beneficiarse de una temporada de reposo absoluto que los robusteciera debidamente. Era, según les aseguró Gissing, un hombre muy agradable con el cual convivir una temporada.

Tras intercambiar telegramas con Henry Hick, mi padre y Jane viajaron con destino a New Romney el 9 de agosto. Aunque la distancia que debían recorrer era despreciable según los modernos criterios, entonces entrañaba tres transbordos de trenes y no pocas esperas entre tanto. Con el paso de las horas, mi padre fue encontrándose más y más desasosegado; en sus visitas a los diversos lavabos de las estaciones en que pararon empezó a percibir incontestables y sangrantes motivos para pensar que estaba muchísimo peor de lo que ya temía. Más avanzada la tarde, una asustada Jane lo dejó en manos del doctor Hick, al cual no le costó nada precisar su diagnóstico. Mi padre padecía un absceso en el riñon, que se había lesionado jugando al fútbol en sus tiempos de escolar. Tendría que someterse a un tratamiento por el cual habría de guardar cama en casa de Hick durante casi todo un mes.

Cuando acostaron a mi padre y se quedó dormido, el doctor Hick hizo todo lo posible por tranquilizar a Jane y por lograr que se sintieran los dos como en su propia casa. Le comentó cuando tomaron juntos un par de tazas de té que era toda una coincidencia que, siendo como eran amigos de George Gissing, hubiesen acudido a él en un momento tan particular, ya que el hijo mayor de Gissing, el pequeño Walter, acababa de llegar para pasar unas semanas de tratamiento en su misma casa. Y al cabo de unos días el propio Gissing escribió a mi padre, deseándole una pronta recuperación, y con la esperanza de que los Wells pudieran ver a

[156] Autobiografía: H. G. W., capítulo 8, sección 4

menudo a su hijo, y comprobar qué tal iba, mientras estuviesen en la casa de Hick.

Mi padre no estaba en forma, de manera que no pudo contestar a esta nota; de no ser así, es que no le apeteció contestarla. De todos modos, fue Jane la que escribió la respuesta: había visto al joven Walter, dijo a Gissing, y lo había encontrado animado. Confiaba en que las cosas fuesen mejor en casa de Gissing; esperaba que Edith no plantease demasiadas dificultades. La respuesta de Gissing resultó casi desenvuelta, habida cuenta de las circunstancias: «.. *me das una gran alegría con tu descripción de Walter. ¡Ay, si al menos el pequeño pudiera también estar con él...! No tengo manera de recibir ninguna noticia de Londres, no sé cómo van las cosas por allí, pero no me cabe ninguna duda de que la vida del pequeño está en peligro mientras siga viviendo con esa loca. Ya le dije a H. G., si mal no recuerdo, que había atacado a la dueña de la casa con una estaca, y que tuvo que ser expulsada de la casa con la ayuda de un policía. Ahora mismo está en quién sabe qué pensión de mala muerte*... »[157]

Como Gissing no había dicho previamente ni palabra acerca de este episodio, ni a Jane ni a mi padre, esta referencia los sumió en la perplejidad; se sintieron así naturalmente inclinados a preguntar a Hick qué era lo que estaba ocurriendo en realidad. El médico al principio optó por mostrarse evasivo, pero tan pronto cayó en la cuenta de que la pareja estaba genuinamente preocupada por el bienestar de Gissing, decidió contarles al menos una parte de lo que sabía.

El doctor Hick había estado plenamente al corriente de los asuntos de Gissing durante una larga temporada, y había heredado sin duda ninguna de su padre una actitud protectora hacia Gissing. Lo cierto era que su padre le había echado una mano en un momento muy delicado, allá por los años setenta del pasado siglo, cuando se encontró metido en una especie de dura y tardía crisis de adolescencia. De todo ello había tenido sobrada noticia el médico, pero no se propuso repasar la historia antigua. Se limitó en cambio a poner a mi padre al día de la situación corriente de Gissing. El escritor había recurrido a él para disfrutar de una estancia en su casa a comienzos de verano de 1897. Le había dicho que deseaba disfrutar de una cura de reposo tras haber pasado por una especie de crisis nerviosa, pero Hick adivinó que su verdadera necesidad era hablar. Como el médico tenía sus propias opiniones en lo tocante a la relación entre las preocupaciones y la enfermedad, había desarrollado una técnica

para ayudar a que sus pacientes se restablecieran mediante la actividad de escuchar todo lo que ellos desearan decirle sin siquiera intervenir. Había convertido en norma de esta técnica el no dar jamás muestras de estar sorprendido ni de sentirse contrariado por lo que pudieran decirle; había comprobado que muchas veces sus pacientes experimentaban una notable mejoría simplemente al conseguir dar suelta

[157] Carta: G. G. a Jane, 18 de agosto de 1898

a las preocupaciones que tanto los acuciaban. Bien pronto entendió que Gissing había acudido a él para que alguien le dijera que lo más acertado sería romper la relación que mantenía con su mujer.

Hick no había conocido nunca a Edith Gissing, y no tenía ni idea de cómo pudiera ser en realidad, de manera que no pudo precisar si las ganas que tenía Gissing de abandonarla eran correctas, sólidas o todo lo contrario. Gissing se había pasado buena parte de su tiempo aduciendo ante él toda clase de razones por las cuales pensaba que Edith había cruzado definitivamente la frontera que separaba la cordura de la locura, sólo que a partir de este tema había pasado a proponer los términos de un acuerdo satisfactorio que en realidad no eran de ninguna manera compatibles con esta convicción. El acuerdo de separación habría de estar basado en la esencia de una sugerencia excesivamente simple: que ella renunciase en favor de Gissing al cuidado de sus dos hijos. Ella tendría que acceder a desaparecer de sus vidas, a cambio de una pensión de veinticinco chelines semanales.

A Hick le alarmó sobremanera descubrir[158], mientras su paciente le esbozó las líneas maestras de esta propuesta totalmente ajena a la más elemental generosidad, que la capacidad que tenía Gissing de autoengaño había terminado por ser tan desmesurada, que llegó incluso a persuadirse de que la idea no había sido suya, dando por hecho que el propio Hick se la había propuesto como hipotética solución a sus problemas. Había llegado incluso a urdir una fantasía inconcebible, en aras de la cual dio por hecho que Edith iba a aceptar la propuesta sin poner ningún reparo. Según sus disparatados pronósticos, iban a firmar una tregua, e iban a pasar unas últimas vacaciones veraniegas los dos juntos en Castle Bolton, en Yorkshire. Al finalizar estas vacaciones, Edith tendría que marcharse por su cuenta, decidida a disfrutar de su nueva vida, sobre la base de la pensión de veinticinco chelines semanales que él le pasaría religiosamente, y él pasaría a vivir su nueva vida, con los niños a su cargo. Nunca llegó a proponerle la oferta en realidad, aunque sí que se marcharon los dos, con los niños, a pasar unas vacaciones a Castle Bolton. Durante el largo trayecto en tren, Edith se puso suspicaz y empezó a regañarlo machaconamente. ¿A cuento de qué tanta amistad y concordia? ¿Qué era lo que se proponía en realidad? Ella estaba convencida de que él iba a intentar en cualquier momento jugarle una pasada, pero ¿de qué podría tratarse? ¿Por qué no era capaz de ser honrado con ella?

Gissing no pudo aguantar el que ella pusiera sus motivos en tela de juicio hasta en el mejor momento; siendo sus intenciones cualquier cosa, salvo francas y directas, el interrogatorio de Edith le pareció especialmente duro de soportar. Se refugió en el mutismo que siempre había sido su arma más eficaz contra ella; ella pronto agarró una de las furiosas rabietas que él aprovechaba como base para acusarla de haberse vuelto loca de remate. Mucho antes de llegar a donde iban, él renunció a toda

[158] Comunicación oral: H. G. W. al autor

idea de llegar a un acuerdo amistoso con ella. Cuando aquel otoño se marchó a Italia, en el fondo huía de un problema muy grave y aún pendiente de solución.

Tampoco aumentó sus posibilidades de alcanzar un acuerdo razonable con Edith mediante lo que había hecho antes de emprender viaje. Había dividido a su familia: dejó al bebé Alfred Charles con Edith, en alguna casa de huéspedes de Londres, y confió a su otro hijo, Walter, al cuidado de su hermano, que vivía en Worcestershire. Como era ya evidente que Edith no tenía ni la más remota intención de renunciar a ninguno de los dos niños, había recurrido a un truco para conseguir alejarla de Walter: le dijo que se lo llevaba a dar un paseo

por el parque, a que le diera el aire, cuando en realidad se lo llevó a la estación. Ya con Walter en cualquier caso a salvo del daño que su madre pudiera hacerle, se fue a Italia sin que mediase ningún otro intento por comunicarse con Edith, la cual seguía sin saber nada del paradero de Walter, ni de lo que hubiese podido sucederle durante la temporada en que Gissing se dedicó a enseñarle Roma a mi padre. A su regreso a Inglaterra, Edith seguía sin saber nada de nada. Después, llegó incluso al extremo de proporcionarle falsas informaciones, con la esperanza de quebrar su voluntad de resistir, a manera de prolegómeno de la negociación que iba a reabrir con ella. Todo esto condujo al incidente del ataque que Edith perpetró contra la dueña de la casa, tan desenvueltamente comentado en la carta de Gissing a Jane. En cuanto Walter dejó su alojamiento provisional en Worcestershire y se vio sano y salvo en otra parte, Edith dispuso de la dirección del hermano de Gissing, al tiempo que se le dijo que tal vez podría encontrar allí a su hijo. Cuando se presentó en casa de Algernon Gissing, éste le aseguró que su hijo jamás había estado en su casa, y que él en concreto desconocía totalmente los movimientos más recientes de su hermano. La trifulca que tuvo con la dueña de la casa se produjo nada más regresar ella a Londres, perpleja y agotada, para enterarse de que al bebé y a ella misma se les negaba el albergue hasta que pudiera presentarse con el alquiler semanal por adelantado. Desde entonces, la pobre mujer anduvo dando tumbos de pensión en pensión, a cada cual más cutre, sobreviviendo de cualquier manera gracias al escueto estipendio que le pasaba Gissing a través de un amigo suyo que era asistente social. Seguía sin que nadie le hubiese dicho cuál era el paradero de Walter. El chico era desplazado sin ton ni son, continuamente, so pretexto de que era preciso protegerlo de los impulsos asesinos de su madre. Todo era de lo más penoso, y a Hick le resultó imposible predecir que aquello pudiera acabar mínimamente bien.

Mientras Jane y mi padre digerían toda esta información, Gissing no dejó que la hierba creciera bajo sus pies. Poco antes de que los dos emprendiesen su infortunada excursión a Seaford, Gissing había pedido a mi padre que le hiciese un favor[159]: por lo visto, una francesa lo había abordado para comentarle su ambición de traducir algunas de sus novelas al francés, así como de ser su agente en Francia. Alardeaba de tener

[159] Autobiografía: H. G. W., capítulo 8, sección 3. Diario: G. G., 6 de julio de 1898

buenos contactos con algunas editoriales francesas, y de ella había partido la iniciativa de verlo. Y ahí radicaba el problema: él no disponía de casa propia a la cual pudiera invitarla. Apreciaría muchísimo que mi padre tuviese la amabilidad de que los Wells los invitasen a los dos a almorzar a Heatherlea.

A los Wells les encantó poder prestar ese servicio a su amigo, y de ese modo apareció en sus vidas Mlle. Gabrielle Fleury[160]. A mi padre le encantó el entusiasmo que manifestó ella por la obra de Gissing, que parecía conocer francamente bien, pero por lo demás no le impresionó en demasía. Le pareció vulgar, pretenciosa, proclive a ser tímida, parca en palabras y en sentimientos. Dudó que su posición en el mundo editorial francés fuese tan destacada como ella se empeñaba en subrayar, y temió que estuviese a punto de engañar a su

amigo mediante falsas esperanzas. Cuando se hubo marchado, no esperó volver a tener noticias de ella, y le sorprendió que su nombre comenzase a figurar, cada vez con mayor frecuencia y calidez, en las cartas que Gissing le enviaba para animarlo mientras se prolongaba su convalecencia en New Romney. «*Mlle. Fleury* —supo en una de estas misivas —, *tiene una mentalidad de una delicadeza fuera de lo común, pues es emotiva sin caer en sentimentalismos, sensible ante todos los estímulos del arte, y de una riquísima capacidad de percepción femenina... Es una de esas francesas excepcionales, de las que coaligan su finura intelectual con el sentido de lo doméstico precisamente de esa manera que tan peculiarmente inglesa suele considerarse*.»

Cuando Jane leyó a mi padre estas alabanzas a bombo y platillo en favor de la nueva amiga de Gissing, los dos se sintieron desazonados. Saltaba a la vista lo que a buen seguro iba a ocurrir a continuación. Tal y como estaba cantado, antes de que mi padre se restableciese lo suficiente para dedicarse de lleno a sus asuntos, llegó la carta que había de llegar. Gissing vivía en el séptimo cielo, ya que había llegado a un espléndido entendimiento con Mlle. Fleury, de modo que había dado comienzo a un nuevo capítulo en su vida.

La carta en la que Gissing comunicó esta noticia a mi padre por desgracia se ha perdido, de manera que no hay forma de indicar con una mínima exactitud qué fue lo que encendió la indignación de mi padre[161]. Cuando llegó dicha carta estaba ya mejorado, y en condiciones de llevar su propia correspondencia por sí solo, de manera que refirió a Gissing qué era lo que pensaba crudamente, sin rodeos, a vuelta de correo. ¿En qué diablos creía Gissing que se había metido? ¿Pensaba acaso que podría dar la espalda al descomunal lío en que estaba metido hasta las orejas? ¿Creía que podría de hecho recorrer a ritmo de vals un camino de rosas con

[160] Carta: G. G. a H. G. W., 30 de julio de 1898.

[161] Se puede aventurar una suposición sin extralimitarse, respecto de lo que pudiera contener la carta en la que G. G. dio esta noticia a H. G. W., con tan gran exasperación por su parte, tras leer la carta: G. G. a Bertz, 1 de noviembre de 1898, en la que se trata esta misma cuestión

aquella mujer a la que apenas conocía? ¿Se había parado a pensar un instante en lo que le iba a costar el mantenimiento de dos casas? Bastante dificultad tenía entonces en sacar adelante las cosas tal y como estaban... ¿O no había empezado a colegir siquiera en qué se estaba metiendo? ¿Qué iba a ser de la desdichada Edith y de los dos crios cuando él se quedase sin dinero? ¿No era su deber irrenunciable garantizar su bienestar antes de asumir nuevas responsabilidades?

Gissing le contestó con un tono de adolorida nobleza que sólo estropea levemente su intento por hacer prevalecer su mayor edad:

> *Bien, querido joven, ¡lo tuyo es una mezcla de candor y de venganza! Pero en el fondo eres demasiado severo. Mi único error ha sido aguantar demasiado tiempo con una mujer que sólo me ha utilizado de forma inmisericorde. Es evidente que únicamente lo he hecho por los niños. Y no te olvides de que, si le diera la oportunidad de salirse con un divorcio en condiciones (oportunidad que ella no está dispuesta a aprovechar), tendría que correr el riesgo de quedarme sin la custodia de los niños. Es con ellos con quienes debo cumplir a rajatabla, y por encima de todo, mi responsabilidad, y esto es algo que nunca dejaré de aceptar tal cual es...*[162]

La exasperación de mi padre a tenor de la conducta de Gissing no duró demasiado. La total ausencia de lógica en esta misiva, síntoma del grado de estrés bajo el cual vivía a diario su amigo, junto con el extraño, desarticulado encanto que seguía teniendo, y con el patetismo de la ceguera que estaba demostrando padecer en toda esta insensatez, intervinieron a la hora de apaciguar los ánimos de mi padre. Atrás quedó el enfado ocurrido entre los dos[163], y se restableció hasta cierto punto la íntima amistad que se tenían. Con todo, las cosas habían cambiado. Gissing supo desde entonces que mi padre tenía ideas propias respecto de su manera de hacer las cosas; Jane y mi padre también supieron que en lo sucesivo no iban a poder ayudarle. Estaba decidido a sepultarse bajo toda clase de problemas, decidido a no dejar que nadie le salvara de sí mismo. A ellos no les sorprendió que su historia amorosa con Gabrielle no prosperase, ni tampoco que, más adelante, cuando Edith Gissing se hubo hundido en una depresión que la incapacitaba para la vida normal, cuando sus dos hijos quedaron al cuidado del padre, no hiciese ni siquiera el menor esfuerzo por crear una casa para ellos dos. Su reacción ante la noticia de que su esposa por fin había sido internada en un manicomio fue cuando menos bastante especial:

> *No será menester decirte que, en conjunto, todo esto me parece positivo para la mujer, ya que llevaba una vida meramente brutal, causando a todos los que tuviesen alguna relación con ella problemas y contratiempos constantes. Ahora habrá quien cuide de ella como es debido, con menos*

[162] Carta: G. G. a H. G. W., 27 de agosto de 1898
[163] Carta: G. G. a H. G. W.. 1 de septiembre de 1898

> *gastos que antes por lo que a mí atañe. El pequeño Alfred... será enviado a una granja de Comualles... A tal respecto, siento un enorme alivio. Siempre me he considerado culpable por abandonar a ese pobre hombrecito. Ahora en cambio tendrá la posibilidad de crecer en un entorno sano y decente. No podría expresarte cuan grande es el alivio que siento. Desde luego, estoy convencido de que este episodio ya ha empezado a surtir benéficos efectos en mi salud.*[164]

Después de esto, sólo cabe esperar la noticia de que Gissing estuviese esforzándose al máximo por establecer alguna clase de alojamiento propio para los dos muchachos. Sin embargo, Gissing pasó de aquí a decir que Gabrielle y él estaban entonces pensando en trasladarse desde la Gironde a alguna de las pequeñas poblaciones vacacionales situadas más allá de Biarritz, en la falda francesa de los Pirineos. Tenía plena conciencia de que esto supondría no pocos inconvenientes, pero no pareció caer en la cuenta de que distanciarse más aún de sus hijos sería uno más de dichos inconvenientes. «*Es una seria decisión el instalarme a vivir tan lejos de Inglaterra* -escribió-, *donde al fin y al cabo no podré tener libros a menos que yo mismo los compre*.»

Mi padre iba a seguir las etapas sucesivas de la decadencia en que había entrado la relación Gissing-Fleury con una afectuosa preocupación, templada únicamente por la exasperación que le inspiraba. Gabrielle procedía de ese desesperado y más ínfimo nivel de la pequeña burguesía francesa, dentro de la cual mantener las apariencias era la razón y el súmum de toda existencia. Su familia insistía, al igual que incontables millares de familias semejantes, en tener algún parentesco «semiaristocrático»[165], amén de disfrutar de muy acomodadas circunstancias[166]. A ella le encantaba fingir que su padre había sido oficial administrativo de la Aduana del Puerto de Marsella, dignatario menor de la burocracia local, cuando lo cierto era que había sido un simple cajero de una empresa privada de guardamuebles. Al comenzar a mantener relaciones con Gissing, este procer todavía estaba vivo y coleando, pero se vio obligado a jubilarse anticipadamente debido a su pésima salud, e iba a fallecer en enero de 1899. La familia Fleury había seguido capeando el temporal gracias

a sus ahorrillos y a la escueta mensualidad debida al acuerdo matrimonial que Madame Fleury había pactado con mano de hierro. Era la clásica situación desaliñada y gentilicia, que requería a todas horas un riguroso equilibrio entre la ostentación en público y la parsimonia en privado. En la mesa se servían deliciosas colaciones cuando acudía algún invitado al que era menester impresionar, pero dentro del orden habitual de los acontecimientos la familia pespunteaba a diario el borde mismo de la desnutrición. Gabrielle había sido educada a la sombra de que por fuerza se tendría que casar con un buen partido, y de que era necesario

[164] Carta: G. G. a Bertz, 24 de febrero de 1902
[165] Carta: G. G. a Morley Roberts, 6 de febrero de 1899
[166] Carta: G. G. a Bertz, 1 de noviembre de 1898

que esa boda hiciese el ruido apetecido. Tras una educación escolar dedicada a quedar como fuese entre las primeras de su clase, había decidido combinar la prudencia con un medio de satisfacer su deseo de distinción mediante el sencillo sistema de contraer matrimonio con un hombre de letras destacado que, además, disponía de un medio de vida. El camino que había emprendido para llegar a tal fin no deja de ser encantador por lo que tiene de línea recta. Gabrielle había adoptado la práctica de presentarse sin carabinas de ninguna especie ante los leones literarios de la época, con la intención manifiesta de pedirles sus autógrafos. Su persistencia en esta estrategia tan poco convincente para acercarse a las grandes figuras, durante una dilatada época, a punto estuvo de dar resultados. Por espacio de unas cuantas y apasionantes semanas, Gabrielle estuvo en condiciones de creer que había engatusado al obeso, avejentado, pero sin duda acaudalado Sully Prudhomme. Sin embargo, un exceso de presión por parte de sus familiares había dado al traste con la aventura, a raíz de que tuvieran conocimiento de lo penosamente inadecuada que iba a ser la dote de la futura novia. Ese revés había caído sobre la suerte de Gabrielle cuando tenia veintinueve años, con lo que tuvo plena constancia de que el tiempo corría ya en su contra. Y fue entonces cuando se acercó tentativamente a Gissing.

Lo que se produjo a continuación fue una tragicomedia de equívocos. Gabrielle había creído que Gissing disfrutaba de una situación social acorde con la que habría tenido un escritor de semejante talla en los ambientes literarios franceses; él, por su parte, creyó que ella ocupaba en el orden social de Francia la posición de la que alardeaba con motivos y sin ellos. Gissing había dado por hecho sobre todo la concepción que ella tenía de sí misma en tanto miembro aceptado de un consumado círculo literario. Y es verdad que ella tenía amistades literarias de cierta condición[167]: trataba a la anciana Madame Lardin, con setenta y nueve años de edad, cuyo hermano, Alfred de Musset, llevaba en la tumba cuarenta y dos años; conocía también a Emma Herwegh, de ochenta años nada menos, viuda del poeta romántico alemán que había sido una de las figuras emblemáticas y más valerosas de los heroicos tiempos de 1848, pero que había fallecido hacía nada menos que veintitrés años. Su ligazón con otro escritor alemán, Sacher-Masoch, existía en cambio a través de una persona mucho más joven, quien por cierto había escrito también alguna que otra cosa de su puño y letra. Era una industriosa escritora de novelas de ínfima categoría, que había cambiado su nombre de pila para adoptar el de Wanda, por haber llegado a la acertada conclusión de que las ventas de sus novelitas no saldrían perjudicadas si el público atento la identificase con la heroína de *La Venus de las pieles*, novela de su ex marido.

[167] Ibid

A Gissing le costó poco más de año y medio[168] darse cuenta de cuan cabalmente había sido el engaño en que había caído. Para entonces había muerto Monsieur Fleury, y Madame Fleury había adoptado el puesto vacante de inválida de la familia, en una jugada táctica que le permitió, según el leal entender de Gissing, absorber virtualmente todo el tiempo y todas las energías de Gabrielle. Le resultó por fin evidente que madre e hija disponían en conjunto de muy poco dinero, y que tampoco había estado nunca en manos de Gabrielle el proporcionarle en Francia el reconocimiento social que en Inglaterra se le había denegado. Se había metido en un callejón sin salida, y total para nada. También había empezado a percibir que le esperaba por delante un camino sembrado de poco apetitosas experiencias, algunas veces incluso humillantes. El as que guardaban los Fleury en la bocamanga era un apartamento en París, por el que se consideraban con derecho al título de parisinos. Pero no podían permitirse vivir en dicho apartamento, viéndose obligados a arrendarlo amueblado y utilizar la renta recibida para rebañar los reducidos ingresos con que

contaban mensualmente, al tiempo que representaban la penosa farsa de los propietarios de un inmueble en diversos lugares vacacionales de tercera clase o en los balnearios de los atrasados remansos provincianos. Gissing no se había expatriado con objeto de aprender el arte de beneficiarse de las tarifas de fuera de temporada en lugares semejantes, pero nunca había sido tampoco uno de esos hombres capaces de reconocer que han cometido un error, cosa que tampoco iba a hacer entonces. Llegó a la conclusión de que de nuevo estaba en un aprieto, por la debilidad de Gabrielle y por la mezquindad de su madre. En su mente comenzó a tomar forma de nuevo una fantasía en torno a la perversidad de las mujeres. Madame Fleury, por más que afectase estar forzosamente postrada en cama, seguía llevando con mano inflexible el presupuesto de la familia. Había empezado a utilizar sus poderes de fiscalidad para hacer que Gissing muriese de hambre. ¿Cómo podía nadie esperar de él que escribiese cuando le acuciaba el hambre? Si al menos pudiese dar comienzo a cada día laborable con un desayuno adecuadamente nutritivo...

Mi padre no había compartido las experiencias de Gissing en Francia, y cuando su amigo apareció de nuevo por Inglaterra, con un aspecto demacrado y ojeroso, se dejó convencer fácilmente por la historia de las penurias que largó a manera de explicación de su deteriorada apariencia física. El doctor Hick también se preocupó por el emaciado aspecto de Gissing en cuanto pudo verlo, pero más le preocuparon aún unas feas erupciones que habían comenzado a aparecerle en la cara. No expuso a mi padre las verdaderas razones de su preocupación, pero sí le dijo que desde su punto de vista sería una insensatez que Gissing regresara a Francia, al menos hasta que hubiese realizado un tratamiento

[168] Véanse cartas: G. G. a Clara Collet. H. G. W., Jane, Morley Roberts y Gabrielle; además, las de Gabrielle a estos mismos corresponsales, passim, en lo tocante a la progresiva decadencia de la fe de G. G. en la situación de los Fleury durante todo este periodo, en especial la de Gabrielle a Jane, 12 de julio de 1901

adecuado y hasta que disfrutara de una temporada de reposo. Hicieron falta los esfuerzos aunados[169] de Hick, de Jane y de mi padre, así como del respaldo de un especialista fiable que fue puesto al corriente de la trama, para convencer por fin a Gabrielle, la cual sólo accedió a viajar a Inglaterra con la condición de que iba a ser una brevísima visita, de que así eran las cosas y así tenían que ser. A su debido tiempo, terminó por ceder a la intensa presión que unos y otros acumularon sobre ella, y regresó sola al continente para cuidar de su madre. Tras pasar una semana mimado continuamente por Jane en la deslumbrante y modernísima casa de Sandgate que mi padre había hecho construir de acuerdo con los planos del cuñado del doctor Hick, un arquitecto exquisitamente dotado y llamado Charles Voysey, Gissing fue enviado a Norfolk, para que ganara peso de acuerdo con los expertos de un sanatorio dirigido por una doctora. Allí se le administró lo que esta mujer denominaba, de una forma que desarbolaba a cualquiera, «su cura de aire puro y alimentación abusiva», y esperó a que terminase prácticamente atado de pies y manos. La idea de que la salud de un individuo pueda mejorar considerablemente mediante un apresurado aumento de peso no es la única que se deduce de este episodio, de todas las que apuntan a las exageradas diferencias existentes entre aquella época no tan lejana y la época en que vivimos. Mientras estuvo bajo el cuidado y las atenciones de esta señora, Gissing se convenció[170] por fin de que no había ningún peligro en dormir durante la noche con la ventana abierta de par en par…

Hasta qué punto estaba Gissing enfermo en esta tesitura, y a qué se enfrentaba en realidad, fueron en su momento cuestiones de las que mi padre supo bien poca cosa. Creía, al igual que la mayor parte de los amigos de Gissing, que era simple cuestión de molestias pulmonares, frase que por entonces podía denotar cualquier cosa, desde una propensión a la bronquitis hasta una tuberculosis declarada, si bien en este caso parecía aludir a esto último. Mi padre dio en pensar que Gissing estaba tísico, y que había padecido esta dolencia desde que era adolescente, ya que fue esto lo que le dijo su amigo. Gabrielle Fleury, en cambio, tomó sus problemas de salud por lo que hoy denominaríamos un desorden psicosomático; lo consideraba como algo que Gissing había fomentado inconsciente e insensatamente, como disculpa por sus reiterados fallos de fuerza de voluntad. Con no poca astucia, había llegado a la conclusión de que el desmoronamiento en que había terminado por encontrarse era producto de la incertidumbre que lo atenazaba respecto de cuál podría ser su siguiente movimiento, y que de hecho le había acaecido estando en Inglaterra, para así poder quedarse durante todo el tiempo que quisiera, sin verse obligado a tomar una decisión respecto del lugar en el que iba a vivir, o en compañía de quién, librándose de comprometerse de cara al futuro inmediato. Gabrielle también había

[169] Autobiografía: H. G. W., capítulo 8, sección 3, y Memorias: Henry Hick, Recollections of George Gissing

[170] El médico personal de G. G. en Francia, el doctor Chauffard, le había dicho anteriormente que en esto no había ningún peligro, pero G. G. fue incapaz de creer la palabra de un extranjero en estas cuestiones

llegado a la conclusión de que el vínculo que unía a mi padre con el hombre sobre el cual ella no podía aducir ninguna reclamación legal de peso (pues seguía siendo el marido de Edith, al menos a ojos de la ley), era muy íntimo, por lo cual más le valdría mantener con mi padre una relación amistosa en vez de ser su enemiga. Por consiguiente, mi padre recibió una serie de cartas[171] cuyo propósito visible era demostrarle que ella era sin lugar a dudas la mujer más adecuada para Gissing; dijera lo que dijese él sobre los pequeños motivos de irritación que jalonaban la vida cotidiana que se habían visto obligados a llevar, debido a las continuadas recaídas de su padre y de su madre, él seguía ocupando el primer lugar en su esfera afectiva, y siempre podría contar con su dedicación y su apoyo.

Estas cartas, escritas con un estilo que reflejaba fielmente la dulzura casi sacarinácea de su manera de hablar, excesivamente modulada y calculadoramente musical, contribuyeron notablemente al definitivo endurecimiento de la postura de mi padre en contra de la pobre Gabrielle. A la postre empezó a sentir verdadero terror ante la llegada de la pareja; de hecho, con un salvajismo que me cuesta muchísimo disculpar, la escribió para decirle que con tal de ahorrarse nuevos agravios, en lo sucesivo dejaría su correspondencia en manos de Jane. Esta maniobra, en cambio, no le valió para salirse con lo que se propuso. Gabrielle siguió escribiéndole a través de Jane[172]; había adivinado, acertadamente, que todo lo que le dijese a Jane sería transmitido a su marido. Al final, mi padre nunca fue capaz de perdonarla, y no tanto por la testarudez con que se jactó de que su comprensión para con el amigo de mi padre era incluso superior a la suya, sino, sobre todo, por haber acertado al pensar tal cosa. Por entonces, y nada bastó para convencerlo de que pensara lo contrario, estaba absolutamente seguro de que ninguna mujer habría podido entender a Gissing mejor que él.

La abnegada Jane, que aún tenía mucho que aprender acerca de mi padre, estuvo de acuerdo con él sobre este punto; creo que los dos tuvieron que sentirse muy sorprendidos cuando Gissing, salvado por fin de la muerte por inanición que le amenazó estando en manos de Madame Fleury, restablecido e incluso bastante entrado en carnes, volvió a alejarse de ellos y del doctor Hick, para volver al lado de Gabrielle. Entre el mes de septiembre de 1901 y diciembre de 1903 solamente lo vieron en una ocasión. Fue cuando pasaron por París al regresar de unas vacaciones que pasaron en Italia. A los dos les pareció que Gissing tenía mala pinta, que estaba inquieto, que a los dos los miró con ojos de callada interpelación, como si se arrepintiese del error cometido. A los Wells les iban las cosas sobre ruedas y estaban disfrutando plenamente de la vida, mientras era evidente que Gissing se hallaba en la situación opuesta. Entre ellos comenzó a abrirse un abismo. Las cartas de Gissing empezaron a expresar que estaba cada vez más en guardia, más constreñido; mi padre, por su parte, había comenzado a preguntarse cómo era posible que alguna vez

[171] Buen ejemplo es la carta: Gabrielle a H. G. W., 12 de julio de 1901
[172] Véase, por ejemplo, Carta: Gabrielle a Jane, 12 de julio de 1901

hubiese albergado tan calurosos sentimientos por un hombre que de veras había llegado a creer que era necesario dar respuesta a la presunción de que Bacon había sido quien escribió las piezas de Shakespeare, o que había empezado a describir el pasmoso Sartor Resartus de Carlyle como uno de los libros más importantes del siglo pasado, y que, para colmo de males, hablaba de Ruskin, nada menos que de John Ruskin, tildándole de «el último de los hombres auténticamente grandes que ha dado Inglaterra».

Efectivamente iban distanciándose a ojos vista, lo cual podría ser sobrada explicación del enfriamiento de sus relaciones. Mi padre había progresado, dejando atrás la alegría que presidía el reducido círculo de los omáricos, dentro del cual se habían conocido los dos, para convertirse ya en el hombre que iba a ser más adelante. El libro que había publicado en 1901 con el título de Anticipations o, por reproducir su título completo, muy wellsiano por cierto, Anticipations of the Reaction of Mechanical and Scientific Progress upon Human Life and Thought (*Anticipaciones sobre la reacción del progreso mecánico y científico en la vida y el pensamiento de los hombres*), había sido tomado muy en serio, y personas tan dispares como Winston Churchill, Beatrice Webb y Sidney Webb le escribieron para comentarle las cuestiones que su ensayo había suscitado en ellos, abriendo así relaciones con él y reconociéndole una reputación manifiesta y considerable. Este éxito hizo de mi padre un hombre de pro, muy respetado, cuya trayectoria iba a seguir en alza al menos durante una buena temporada; por si fuera poco, este éxito terminó por distanciarlo de su arrinconado y desesperado amigo, el cual se había quedado obviamente encasquillado en el siglo anterior. En su planteamiento formal de la novela, en su estilo, en sus hábitos de pensamiento, e incluso en su aspecto personal, Gissing había empezado a quedarse viejo, por no decir que había empezado a envejecer penosamente. No era tanto que diese la impresión de ser un escritor anticuado, sino que empezó a parecer un perdedor corriente y moliente, un hombre literalmente acabado. Entonces, y esto aún separó más a los dos viejos amigos, durante estos años Jane dio dos hijos a mi padre, el cual atravesó por una etapa de aguda crisis de desarrollo que le causó sin duda grandes problemas.

La crisis fue desencadenada en su origen por una carta que le escribió su primera esposa en junio de 1898. Era en realidad una solicitud de ayuda. Decía hallarse en el aprieto que todos los granjeros que se han dedicado a la pollería y que no han tenido éxito consideran la raíz de todos sus problemas, a saber, la falta de capital para invertir en su negocio. Le suplicaba que le prestase la módica cantidad que necesitaba, doscientas libras serían más que suficientes para que pudiera mantener en marcha su negocio y salvar el escollo en que se hallaba de manera provechosa. La carta de Isabel pulsó algún acorde en su ser, y en cuanto le fue posible montó en bicicleta y se fue a pasar el día con ella, en el terrenito que tenía en Twyford, condado de Berkshire. Su versión de lo ocurrido a su llegada, escrito casi treinta y cinco años después, constituye uno de los episodios más conmovedores en su *Experimento autobiográfico*, si bien, por más emotivo que me parezca, no puedo estar ni mucho menos seguro de que

mantenga una relación muy estrecha con la realidad de la experiencia. No pongo en duda que en efecto marchase a pasar un día con su ex mujer después de haber leído la carta de ésta, ni tampoco que lo turbase descubrir que ella aún le atraía fisicamente en cuanto la vio, pero me resulta en cambio imposible creer que intentase persuadirla durante esa visita para que aceptase sin más convertirse en su amante, o que ella rechazase la proposición con la amabilidad marcadamente maternal que él sugiere. El encuentro y la despedida que describe encajan demasiado oportunamente en la vena fantástica que recorre sus ficciones menos admirables, tanto que me parecen poco verosímiles. Sospecho en cambio que algo mucho más cercano a la verdad es lo que puede encontrarse en *La historia del señor Polh*, novela escrita diez años después de ocurrido este suceso y publicada en 1910. En sus pasajes más relevantes, un hombre que resulta muy similar a mi padre, física y espiritualmente, aparece en plena inspección del teatro que componen los desordenados esfuerzos de su ex mujer por sacar adelante un salón de té y ganarse la vida con tan loable actividad. Viéndose en el lugar primero, y después ante la mujer en sí, siente un inmenso alivio al verse libre de las chapuzas, las inepcias y las pequeneces que habían dado a su vida en común un característico aroma. Comoquiera que mi padre había intentado confeccionar una comedia de trazos gruesos cuando escribió este volumen, dejó al margen la parte esencial de la experiencia en esta versión: no tenía ningún sentido, en términos narrativos, perturbar la estabilidad del tal señor Polly mediante la puñalada en la espalda que habría supuesto la punzada de deseo carnal por su abandonada mujer, tal y como la sintió en la vida real. Ahora bien, sentir efectivamente ese deseo por Isabel en aquel momento fue lo que más duramente le golpeó en aquella época, y fue lo que iba a seguir sintiendo cuando redactase la versión revisada del suceso, a la vez más honesta y más mentirosa, que figura en la autobiografía. Tengo para mí que el súbito e impulsivo sentimiento por Isabel, tan inadecuado en aquel momento, dejó una huella muy duradera en la imaginación de mi padre, ya que retomó la lección que había aprendido mediante su primera infidelidad, su fugaz apareamiento con la joven que retocaba negativos fotográficos, llevándola un paso más allá. Fue como si se hubiese sorprendido con las manos en la masa cuando estuviese llevando a cabo un final alternativo a *El amor y el señor Lewisham*, un final en el cual el héroe, tras escaparse gracias a sus denodados esfuerzos del penoso compromiso matrimonial en que se encuentra atrapado, tras haberse casado en cambio con la mujer de carácter y de ingenio que con tanta claridad iba a ser su media naranja, se viese contrariamente impulsado por un factor inexplicable, de naturaleza animal, a volver a los brazos de la otra mujer, la que no tenía más que una indudable capacidad de respuesta sexual por todo mérito. Su descubrimiento, pues no puede calificarse de otra manera, de que el carrito lleno de manzanas en el que con tanto éxito iba dando tumbos con Jane bien podría volcar en el momento menos pensado, en cuanto tropezase con una mujer accesible y que concordase fisicamente con él, fue gran motivo de alarma. Creía haber escapado definitivamente de todo esto cuando rompió relaciones con aquella Isabel plácida e incapaz de responder sexualmente a sus necesidades que conoció muy al principio.

La perturbación que le produjo comprobar que dicha huida no se había producido, y que seguía siendo tan vulnerable como siempre, desempeñó un papel nada desdeñable en el hundimiento que lo llevó a refugiarse y reposar durante aquel mes de agosto en casa de Hick, así como también en la ignición de su explosiva reacción cuando Gissing desveló ingenuamente sus planes para dejar en la cuneta a Edith Underwood e irse a vivir con Gabrielle Fleury.

El lector habrá tenido ocasión de notar que una de las objeciones que más resueltamente puso mi padre a ese plan fue que ignoraba con demasiada despreocupación las necesarias provisiones para el bienestar de los dos hijos de Gissing, ya que evidentemente no iban a encontrar un sitio adecuado en casa de los Fleury. Me parece asombroso que mi padre se hubiese hecho construir una casa, y que además formase en efecto una familia tan rápidamente como lo hizo, nada más haber descubierto que su fuerte tendencia al galanteo no había disminuido ni un ápice, casi a la vez que se produjo la fuga de Gissing. El arquitecto que escogió para que diseñara su casa era un hombre que en sus construcciones buscaba sin disimulos lograr una impresión de solidez y de peso, hasta en sus casas más pequeñas; me da la impresión de que esa elección debe de ser un eco de la remota intuición que en lo más recóndito de su mente había tenido respecto de la estrategia de anclarse, junto con su matrimonio y su incipiente familia, firmemente al suelo. Aun cuando no tuviese plena consciencia de esto, con la construcción de la casa y la formación de su familia sí comenzó a crear una situación que suprimiese de su mente la posibilidad de tomar el portante y largarse con la primera que encontrase, una situación que a Jane le imposibilitara seguir el ejemplo de Isabel, es decir, darle a él la orden de marchar en caso de crisis. La enorme necesidad que tenía de establecer este anclaje queda inmediatamente demostrada por medio de su respuesta ante el desafío de la paternidad. Casi en cuanto nació su primogénito, George Philip, el 17 de julio de 1901, salió disparado en su bicicleta. Iba a pasar dos meses lejos de la casa; durante las primeras semanas de este amago de huida, Jane no tuvo ni la menor noticia de su paradero, ni supo tampoco qué se había propuesto con tal ausencia.

En la fase inicial de su reaparición[173], mi padre se mantuvo en contacto con Jane, intermitentemente y de forma imprevisible, por teléfono y por carta; a pesar de estos contactos esporádicos, ella siguió siendo desconocedora de los planes que pudiera tener él, y tampoco tuvo la tranquilidad de verlo en persona, hasta que apareció de nuevo por Ramsgate, ya en la segunda quincena de septiembre. Sigue sin estar ni mucho menos claro por dónde anduvo y qué hizo. Muy al principio de su desaparición pasó unos días con sus padres en la casita que les había comprado tiempo atrás en Liss, pero ahí desaparece su rastro. Se diría que pedaleó y pedaleó sin plan preconcebido, a su antojo, como si fuese

[173] Cartas: las partes implicadas en esta correspondencia fueron tan compulsivas a la hora de escribirla como cuando se trataba de guardarla (sin embargo, véase prólogo); la mayor parte se conservan entre los Wells Papers

un niño en el trance de ver hecho realidad el sueño de libertad que trae consigo la entrada en la edad adulta. El período durante el cual Jane tuvo que esperar a que reapareciese debió de ser una dura prueba para la fidelidad infinita de su esposa, que soportó bien la tensión. Tan pronto tuvo una dirección a la que pudo escribirle, le hizo saber que no estaba dolida ni enojada, que se echaba toda la culpa por haberle obligado a marcharse al ser excesivamente posesiva, que quería que supiera que en el fondo entendía cuáles eran sus necesidades, que debía él darse cuenta de que siempre dispondría de entera libertad para ir y venir como le diese la gana, que por estar casado con ella no debía pensar que estaba además atado al cordel de su delantal.

Tiene indudable interés el lenguaje en el que va despachada esta declaración de principios ciertamente crucial. Desde una etapa muy temprana en sus relaciones, Jane y mi padre habían realizado todas sus confidencias mutuas y sus comunicados más íntimos en un lenguaje privado, una especie de chachara infantiloide que bien podrían haber inventado para manifestar expresamente el propósito de descartar toda posibilidad de incurrir inadvertidamente en un tono que denotase importancia o madurez. Los intercambios más antiguos en los que se utilizó este lenguaje hacen pensar en dos niños que estuviesen jugando a papas y a mamas, si bien sus usos posteriores, que comienzan a partir de este punto, a partir de algo que ambos tuvieron que reconocer seguramente como un momento que revistió la naturaleza de la verdad, hacen pensar más bien en un intercambio entre madre e hijo. Por fin ha sucedido algo realmente serio, aunque Jane le garantice, muy en su papel de madre, que no ha cambiado nada, y que, pase lo que pase, ella siempre lo querrá y siempre estará a su lado, dispuesta a tomar parte en todos los juegos que él requiera su participación. Para demostrarlo, se lo dice con el lenguaje ya establecido de sus juegos más felices. Aunque él haya pasado a ser el papaíto de tumo, podrá seguir siendo el compañero de juegos de ella durante todo el tiempo que lo desee.

Durante el año siguiente, período en el cual mi padre no tuvo ninguna certeza respecto de lo que Jane pudiera haberle ofrecido en tan destacada carta, escribió el menos wellsiano de todos sus libros, The Sea Lady (*La dama del mar*). Comienza en tono de comedia, como un chiste basado en la idea de que tendría gracia saber qué pensarían las sirenas y los sirenos más perspicaces de los asuntos de los hombres, caso de que efectivamente existieran tales seres y caso de que tuviesen inteligencia superior. Los capítulos iniciales del libro son de tono ligero y animado; en ellos, una figura extremadamente mundana y sobradamente establecida, un frío y experto conocedor de los juegos propios del sistema parlamentario británico, aparece en el dificilísimo brete de tener que hacer sitio dentro de su ordenada vida de convenciones e hipocresías a una auténtica sirena con cola de pez. Al final, sin embargo, esta comedia de costumbres se convierte, en manos de mi padre, en algo curiosamente tenso y obsesivo. El mortal zalamero del protagonista no es la pareja adecuada para la sirena, que tiene la magia de su parte, aparte de ser inmortal y naturalmente de sangre fría. Ella le persuade de que es la

encamación de una sensualidad capaz de enriquecer la vida en todas sus facetas, y tras haberlo hecho adepto de esta concepción, según la cual la plenitud sexual ha de ser prioritaria y previa a todo lo que él ha valorado a lo largo de una vida de cálculos, lo arrastra a las profundidades del océano, en donde no le queda más que perecer ahogado. Sospecho, y no puedo fingir que se trate más que de una sospecha, que mi padre escribió este libro para sacarse de dentro algo que no había sido capaz de reconocer a solas ni de discutir con Jane durante la negociación sobre su tratado de convivencia. Lo que se le había otorgado era el derecho a gozar de todas las aventuras sexuales que quisiera, siempre y cuando el amor quedase explícitamente al margen de todas ellas. Este acuerdo podría adecuarse a sus aspiraciones y podría adecuarse a la tolerancia de Jane, pero quizá encerrase costes imprevistos por estar ocultos.

Una vez terminado *La dama del mar* y cerrado el trato en su forma definitiva, Jane quedó embarazada por segunda vez. La reacción de mi padre ante esta novedad no fue tan extrema como cuando hubo de hacer frente a la primera prueba de su recién estrenada paternidad. No obstante, cuando Jane estaba en el séptimo mes de gestación él hubo de guardar cama debido a uno de los abnimadores desmoronamientos físicos que habían sido su respuesta acostumbrada ante la tensión acumulada, ya desde sus años de juventud. Recuperado por fin de este hundimiento, dejó que Jane esperase a solas el momento del parto y se marchó al extranjero a recuperarse. Estuvo ausente, en los Alpes suizos con su amigo Graham Wallas, durante todo el octavo mes de embarazo de su mujer.

En el Jura[174], mi padre se comportó como un muchacho que acabase de encontrarse inesperadamente con unas vacaciones escolares. Retozó y correteó sin cesar, y pronto se granjeó una pese a todo impresionante reprimenda por parte de Wallas, por el hecho de probar suerte demasiado abiertamente, demasiado ansiosamente, con diversas jovencitas con las que toparon a lo largo de su periplo. Wallas le hizo saber que, en su opinión, le parecía un momento en modo alguno oportuno para que mi padre se complicase la existencia con nuevas amistades femeninas; le comunicó que tenía verdaderas dificultades a la hora de entenderle, cuando él contestó que no se trataba de ninguna complicación, y que lo único que tenía en mente era acostarse con todas las jóvenes atractivas que le hubiesen dado muestra de que estaban inequívocamente dispuestas a pasar un buen rato si ésa era su apetencia; todas ellas tenían tan claro como él mismo que no se trataba de nada serio, y que con toda probabilidad jamás volverían a encontrarse después de haberse corrido una pequeña juerga entre los dos y de haberse despedido. Ésa era sin duda la cuestión: que todas aquellas aventuras de camino ocurrieran durante sus ratos libres, sin figurar en los anales, sin tenerlas en cuenta

[174] A este incidente hay una referencia oblicua y engañosa en The Time Traveller (El viajero del tiempo), parte III, capítulo 11, en donde se dice que concluyó con una grave disputa entre los dos hombres. En realidad no sucedió tal cosa; fueron aún mejores amigos que antes cuando las vacaciones tocaron a su fin

después. ¿Qué perjuicio podía haber en tal divertimento? ¿No era eso una de las cosas más naturales cuando uno es joven, feliz, y está además de vacaciones?

Wallas comentó que, cuando menos, todo eso no era en modo alguno justo para Jane, ya que se trataba de hacer a sus espaldas cosas que él no podría hacer en presencia de su mujer; tras exponer sus objeciones, no se dejó convencer cuando mi padre insistió en que tampoco era injusto que él disfrutase de un revolcón con una chica guapa cuando estaba lejos de casa, o que al menos no era más injusto que el hecho de que se regalase un buen almuerzo,

de que fuese a un concierto, de que disfrutase de un espléndido paisaje con otra mujer, siempre y cuando la suya propia no pudiera estar con él. Wallas contraatacó diciendo que, en su opinión, a Jane no le agradaría tener noticia de todo ello, y se mostró incrédulo cuando mi padre le dijo que él no tenía ni un solo secreto para con ella. Cuando le fueron explicados los términos del acuerdo al que habían llegado, Wallas comentó que le interesaba sobremanera tener conocimiento de que una pareja como ellos dos había llegado tan lejos en la práctica, y no ya sólo en la teoría, pero siguió advirtiendo a mi padre de que, según su leal saber y entender, no le iba a resultar nada fácil combinar los papeles del paterfamilias y del libertino; iba a ser, en realidad, mucho más complicado de lo que él se esperaba. Los dos siguieron siendo buenos amigos al término del viaje, e iban a mantener su amistad hasta la muerte de Wallas, acaecida en 1932. No pretendo dar a entender que Wallas, hombre por cierto de muy aguda inteligencia, se tragase entera la historia que le contó mi padre: su actitud fue más bien la de un afectuoso observador que supervisara la conducta de Wells, pues no en vano sentía un genuino afecto por él, aun cuando centrase su atención en la cuestión de los problemas con los que a renglón seguido iba a encontrarse su queridísimo amigo.

Mi padre regresó del Jura apaciguado, como nuevo. No se dio a la fuga cuando su segundo hijo vino a este mundo el 31 de octubre; cuando llegaron las vacaciones de Navidad, daba la impresión de que ya había pasado de largo la ocasión de repetir algo semejante a la súbita incontinencia emocional postparto que había tenido en 1901. Las tensiones interiores generadas por el alumbramiento, sin embargo, estaban aún por desatarse, y cuando le llegó un telegrama de Gabrielle Fleury el 22 de diciembre[175], el precario equilibrio en que se hallaba saltó de inmediato por los aires. El mensaje que había recibido fue producto de la desesperación, ya que Gabrielle se había encontrado en medio de una situación con la cual le fue totalmente imposible seguir adelante. No lo dijo con tanto lujo de palabras, pero en su mensaje fue bien sencillo leer lo que había ocurrido. El telegrama se limitaba a decir que Gissing estaba in extremis, y que mi padre debería acudir a su lado cuanto antes si es que aún deseaba verlo con vida. Había sido remitido en una oficina de correos

[175] Autobiografía: H. G. W., capítulo 8, sección 3. Morley Roberts aporta una versión ficcionalizada de estos sucesos en The Private Life of Henry Maitland, 1912

de St. Jean Pied-de-Port, cerca de Biarritz, aquella misma mañana. Mientras estaba aún preguntándose qué debería hacer, habida cuenta de las circunstancias, recordó a Morley Roberts, compañero del círculo omárico que había sido amigo de Gissing desde sus tiempos de estudiante, y se puso en contacto con él. Roberts había recibido un mensaje similar, pero por el momento no podía hacer nada al respecto, ya que estaba guardando cama, recuperándose de un acceso de fiebre gripal, y en el mejor de los casos habrían de pasar otras cuarenta y ocho horas antes de que pudiera afrontar el largo viaje necesario para llegarse al sur de Francia.

Mi padre tomó la decisión de que no tenía otra alternativa, salvo ir en persona a rescatar a Gabrielle, y en consecuencia dejó a su familia y partió de Inglaterra el 24 de diciembre por la mañana. Llegó a su destino mediada la tarde del 25, y allí descubrió que Gabrielle no había exagerado ni un ápice la situación: cuatro días antes habían dado los médicos por perdidas todas las esperanzas de que Gissing se recobrase. Su amigo tenía una fiebre altísima, padecía

alucinaciones y era imposible comunicarse con él. Hablaba sin cesar, pero sin la menor coherencia; su flujo verbal tenía que ver en parte con fantasías de remotísimas implicaciones basadas en los materiales de que había hecho acopio para su utilización en una novela histórica, y en parte con una renovación de sus antiguos sueños de escapar del régimen de miseria y tacañería de Gabrielle para regresar a una Inglaterra de plenitud dickensiana, en la que abundarían los enormes pasteles de carne y de riñon, las croquetas, los platos repletos de

tostadas con mantequilla.

La propia Gabrielle estaba en pésimas condiciones. Se había dedicado a cuidar personalmente de Gissing para ahorrar los gastos que habría supuesto una enfermera profesional, pero no había calculado bien su capacidad de resistencia. Pensaba que ya había aprendido cuanto necesitaba saber acerca de los enfermos postrados en sus lechos mientras se moría poco a poco su padre y mientras se dedicó a cuidar a su quejumbrosa madre. Pero Gissing en cambio se murió dando guerra, planteando constantes e irrenunciables exigencias a quien lo estuviese cuidando. No dejó que la vida se le fuese a cada latido, sino que luchó a pulso contra la muerte, cediendo de mala gana, resistiéndose, cada pulgada de terreno. Antes de que llegara mi padre había agotado la resistencia de Gabrielle, la cual había perdido todo contacto con la realidad de su propia situación. Tenía por encima de todo la conciencia de haber realizado grandes sacrificios, de haber pasado por enormes sufrimientos. Se comportaba como si el destino la hubiese maltratado, y no fue poco lo que ella misma exigió de la simpatía de mi padre, por no hablar de lo que había exigido de la simpatía del moribundo.

Mi padre quedó agotado al término de su viaje, desazonado por el estado en que encontró a su amigo. No había tenido ninguna experiencia previa de la demencia, y le estremecieron las peroratas del enfermo, en las que parecía haber encerrado algún significado, aun cuando no fuera así.

Estaba también fastidiado, pues una voz interior le indicaba por entonces, cada vez con mayor insistencia, que había cometido una enorme estupidez al hacer el viaje. Tendría que haberse dado cuenta de que él no habría podido hacer nada por su amigo. El único cometido que podía realizar era uno por el que no sentía la menor inclinación: podría haber hecho algo por Gabrielle, haber hecho que la espera hasta que se produjese la muerte de Gissing le resultase más fácil de sobrellevar. Pero el modo en que ella parecía exigir a toda costa la posición central en el escenario a mi padre le puso de los nervios, exasperándole. Gabrielle se comportaba como si el pobre desahuciado ya estuviese muerto. Era intolerable. Mi padre aunó fuerzas con ella en su rechazo de la realidad de la situación y decidió luchar con todas sus fuerzas. Asumió el mando de la habitación en la que se encontraba el enfermo, cámara mortuoria de la que expulsó sin contemplaciones a la futura viuda, sobre la base de que necesitaba dormir y reponerse, y puso todo del revés. Se trajo una monja de una orden dedicada al cuidado de los enfermos para que cuidase debidamente a Gissing, hasta que llegase desde Inglaterra una enfermera profesional y cualificada a la que había telegrafiado; decidido a hacer algo positivo en el ínterin, se arriesgó a invertir del todo las instrucciones relativas a la dieta del enfermo que había dejado el médico francés encargado de su caso, y así dispuso que el moribundo ingiriese tazones de caldo y grandes cantidades de leche sin desnatar. Esta novedad alimenticia bien pronto surtió efecto: a Gissing se le disparó la fiebre. Se desató un altercado en el curso del cual Gabrielle juró y perjuró que el iracundo médico francés ya le había avisado de que esta alimentación excesiva iba a resultar fatal, terminando probablemente con las últimas posibilidades de recuperación que le quedaran a Gissing.

Mientras los dos rivales que se disputaban su afecto se musitaban tensas imprecaciones el uno al otro, en susurros, Gissing contemplaba algún paisaje más allá del techo, los ornamentos góticos de Rávena quizá, al tiempo que conversaba con los más notables ciudadanos de entonces.

Mi padre perdió los estribos. Se sintió tremendamente solo, incapaz de entender nada, aterrado. Bien podría ser, desde luego, que hubiese cometido un error garrafal al modificar la dieta de Gissing. Ciertamente, no tenía grandes conocimientos de medicina. ¿Qué demonios estaba haciendo en aquel rincón perdido del sur de Francia, liado en una pendencia venenosa con una mujer frenética y desdichada? El 26 de diciembre llegó repentinamente a la conclusión de que había tenido más que suficiente, y envió a Morley Roberts un telegrama en el que le decía que se veía obligado a volver al día siguiente. Abandonó la penosa escena el día 27, aun sin haber recibido respuesta a su telegrama. Roberts emprendió viaje ese mismo día, pasó la noche en Bayona y llegó a St. Jean Pied-de-Port por la tarde del 28, para enterarse entonces de que Gissing había muerto aquella misma mañana.

Mi padre supo de sobra que no estuvo en esta ocasión a la altura de las circunstancias, que había obrado francamente mal, como bien pone de manifiesto el uso que hace de este episodio en *Tono-Bungay*. En esta

novela, publicada cinco años después del acontecimiento, el tío Ponderevo sufre una muerte idéntica a la de Gissing[176] exactamente en el mismo lugar en que acaeció. Mi padre, presente en la persona del narrador, se conduce esta vez perfectamente. Organiza todo lo relativo a la habitación del moribundo, su tío, con frialdad y eficacia, y se queda con él, como pilar de apoyo en sus últimas horas, dándole consuelo hasta el momento en que expira.

Sin embargo, a la postre iban a tener sobre mi padre un efecto mucho más profundo las secuelas de la muerte de Gissing, y no tanto la forma en que se produjo. Poco después de regresar a Londres, muy a primeros de año, a mi padre lo abordó Edmund Gosse, necesitado como estaba de obtener ciertas informaciones sobre los secretos de la vida privada de Gissing. En calidad de Bibliotecario de la Cámara de los Lores, Gosse tenía el deber de mediar entre el gabinete de Gobierno y el mundo del arte y la cultura; una de sus funciones era aconsejar al primer ministro sobre quiénes eran acreedores y quiénes no a gozar de una ayuda del Royal Literary Fund, fundación que consagraba su existencia al objetivo de conceder ayudas a los artistas y escritores, e incluso a las familias de éstos, cuando se encontrasen en una difícil situación económica v fuesen merecedores de ello. A Gosse le había llegado la noticia de que Gissing había dejado mujer y dos hijos virtualmente en la miseria. La herencia del difunto, tal y como había podido averiguar, consistía en poco más que un reducido interés sobre royalties de sus obras, de muy poco valor; además, aun cuando pareciese un caso en el que la fundación obligatoriamente debería intervenir, quería cerciorarse de que no había en la relación ni el menor ápice de escándalo, puesto que la fundación no debía bajo ningún concepto intervenir en situaciones surgidas de los vicios comunes en la época, o incluso de una conducta marcadamente bohemia. ¿Había obrado Gissing rectamente?

Mi padre contestó a Gosse a vuelta de correo[177], empezando por decirle que Gissing había sido «un hombre sumamente entrañable y decente», y siguió ocupándose de algunas de las consecuencias del desastroso error de juicio que había dado por resultado su matrimonio con Edith Underwood. Terminaba su carta con la observación de que. según su entender, el mejor argumento que podría esgrimir Gosse en su charla sobre este respecto con el primer ministro, Arthur Balfour, que no en vano era un hombre extremadamente comprensivo, había de ser referirle los hechos tal cual habían sido. Y ciertamente habría sido lo más adecuado que mi padre pudo decir, en el supuesto de que todo lo que Gissing le había dicho acerca de su persona fuese verdad; sin embargo, a lo largo del año y medio siguiente a este intercambio de pareceres con Gosse, iba a darse cuenta de que muy poco de lo que había podido saber correspondía a la verdad de los hechos, mientras que buena parte de lo

[176] El episodio que se basa en los últimos días de la vida de G. G. se encuentra en las secciones 6 y 7 del primer capítulo del Libro Cuarto
[177] Carta: H. G. W. a Edmund Gosse, 4 de enero de 1904

que sí era verdad había sido a su vez sustancial o incluso totalmente desfigurado.

Mi padre halló la luz sobre este asunto gracias al remordimiento. Deseaba hacer un acto de atrición por haberle fallado a Gissing en su última hora; le pareció que algo avanzaría en ese sentido si se ofreciera voluntario como albacea literario para administrar la herencia del difunto. Una vez en ese puesto, propuso la publicación inmediata de la novela histórica inconclusa que Gissing había dejado encima de su mesa de trabajo, acompañada por una introducción que él mismo se encargaría de redactar. En ella incluiría un breve esbozo biográfico y una valoración crítica de la totalidad de la obra de Gissing, haciendo especial hincapié en los méritos de sus primeras novelas, la mayor parte de las cuales se hallaban agotadas por la desidia de los editores. Mi padre confió en lograr, mediante esta estrategia, un relanzamiento que sirviese para aumentar el valor de los royalties de sus obras. Antes de ponerse manos a la obra, recibió una carta en tono de chanza, escrita por Frederic Harrison, que comenzaba diciéndole[178] agoreramente que posiblemente fuese él la única persona viva que conocía como la palma de su mano la verdadera historia de Gissing; tras haber apuntado alguna que otra pesadilla en este sentido, proseguía trazando un retrato de Gissing totalmente en discordancia con todo lo que de él había visto mi padre. Imbuido por la natural curiosidad y no sin cierta aprensión, pues no en vano Harrison se había empeñado en manifestarle cuánta alegría le producía que dicha historia jamás llegara a contarse, mi padre indagó esta cuestión, hasta conseguir a la sazón que su informador le refiriese todo lo que deseaba que jamás llegara a ponerse por escrito.

Harrison, nacido en 1831, era la quintaesencia del Victoriano tipo: era jurista, había fundado y dirigido la Positivist Review, y se había erigido en un destacado radical y en un prolífico autor después de cumplir los cincuenta años de edad, amén de funcionar como eficaz líder de la oposición contra la guerra de Sudáfrica ya con más de sesenta años cumplidos. Durante toda su larga vida había ejercido una absoluta corrección en el terreno profesional. Cuando relató a mi padre todo lo que sabía de los años de juventud de Gissing, aún seguía publicando, a sus setenta y tres años de edad, un libro al año, y era casi tan formidable como siempre había sido. Sólo entonces empezaba a tomarse un tanto arisco e intransigente. Al principio había apreciado mucho a Gissing, le dijo; había confiado enteramente en él, porque le había parecido un hombre honrado a carta cabal. Se habían conocido en 1880, pues el por entonces joven Gissing, a sus veintitrés años de edad, le había enviado un ejemplar de su primera novela, Workers in the Dawn (*Trabajadores de madrugada*), con la esperanza de que él hiciese una reseña. A Harrison le había impresionado el libro, aun cuando no hubiese disfrutado con su lectura; tampoco le había sido posible estar de acuerdo con las ideas que se expresaban en la novela. Estuvo convencido entonces de que Gissing era un escritor que merecía su apoyo, su aliento, pero a la vez no se sintió

[178] Cartas: F. Harrison a H. G. W., 27 de enero de 1904 y 4 de febrero de 1904

inclinado a publicar una reseña favorable a la novela, ni tampoco a comunicarle que le había gustado. Pensó que debía dar a Gissing una explicación muy precisa de su actitud; en consecuencia, le invitó a su propia casa. Al presentarse Gissing con un desaliñado atuendo, manifiestamente pobre de solemnidad, decidió sobre la marcha que era necesario tomar medidas de urgencia. Antes de permitir que Gissing se marchara de su casa, Harrison lo contrató como tutor de sus dos hijos. Gissing les cayó muy bien a los adolescentes, y a la señora Harrison, por no hablar del propio Harrison; no tardó en hacerse amigo de la familia, dado a pasar con tan placentera gente mucho más tiempo del que su trabajo exigía. Todo iba como la seda hasta que, un buen día, el azar llevó a la casa a un joven que había sido compañero de estudios de Gissing cinco años atrás, cuando asistían los dos a clase en Owens College, en Manchester. El recién llegado reconoció de inmediato a Gissing; a la primera ocasión que tuvo, refirió a su anfitrión que el hombre al que había contratado como tutor de sus hijos tenía antecedentes penales. Mientras cursaba estudios en la universidad, Gissing había sido sorprendido robando dinero a sus compañeros, por lo que fue llevado ajuicio y sentenciado a cumplir una condena en la cárcel, como un vulgar ladrón.

Harrison prguntó entonces a Gissing si semejante historia podía de hecho ser verdad; al enterarse de que sí lo era, prosiguió inquiriendo cómo era posible que hubiese llegado a cometer semejante estupidez. Gissing le contó entonces una historia romántica, insostenible. Cuando tenía diecisiete años, dijo, se había enamorado de una muchacha de su misma edad, muy ligera de cascos, que había consentido en hablar con él en plena calle. No le costó demasiado darse cuenta de que aquélla no era la primera aventura de la joven, la cual se había adentrado con toda inocencia por un territorio que sólo podría terminar en una inapelable dedicación a la prostitución, a menos que alguien se ocupase de ella. Ella le había gustado mucho, tanto que la perspectiva no le pareció en principio tolerable, con lo que decidió intentar su salvación por el método de tomarla a su cargo y procurarle manutención; no se percató, ya fuese por falta de ingenio o de experiencia, de que la paga que le pasaba su madre, viuda, por generosa que resultara en comparación con las necesidades de un estudiante soltero que vivía por su cuenta, de poco o nada le habría servido para mantener a una pareja, especialmente tratándose de una pareja aficionada a la bebida y a pasarlo en grande. Hasta bien avanzado el día no se dio cuenta de que a la joven le gustaba la bebida más incluso de lo que le gustaban los hombres, y cuando se percató de este crucial detalle estaba ya metido en un buen lío, pues el amor había hecho su entrada en escena. Se negó en redondo a afrontar la verdad en lo tocante a la joven o a la situación en que se hallaba; no quiso tampoco reconocer que no tenía la fuerza de voluntad suficiente para romper con ella. Hizo todo lo que pudo por fingir que las cosas podrían arreglarse siempre y cuando pudiera, de la manera que fuese, mantenerse así durante unos meses, o al menos durante unas cuantas semanas. Sometido a tan patética ilusión, recurrió al desesperado hábito del robo. Empezó por hurtar todo aquello que pudiera empeñar, todo lo que encontrase al azar por la universidad, todo lo que pareciera no tener

dueño, y terminó por buscar en los bolsillos de las ropas que los estudiantes dejaban en el vestuario, con la esperanza de encontrar dinero. Las autoridades universitarias pronto tuvieron conocimiento de que había un ladronzuelo operando por el lugar; la policía montó una trampa obedeciendo a la solicitud de las autoridades y Gissing fue capturado. Aunque careciera entonces de antecedentes, los magistrados ante quienes hubo de solicitar clemencia se mostraron inflexibles, y fue condenado a un mes de trabajos forzosos. Cumplida su condena, el padre del doctor Hick lo encontró trabajando como empleado en una oficina de Liverpool, trabajo que no le gustó, con lo cual decidió renunciar bien pronto, para marcharse a probar suerte a los Estados Unidos. Tampoco le sonrió la fortuna, y al cabo de ocho meses de nadar contra comente pidió prestado a su hermano Algernon el dinero para pagarse el billete de vuelta. En realidad quiso volver al lado de aquella joven, por no ser capaz de soportar la idea de lo que podría haberle ocurrido. La buscó por todas partes hasta encontrarla y casarse con ella.

Gissing había sido de todo punto insincero en su versión de los acontecimientos sucesivos. Dándose aires de generoso, contó a Harrison que la muchacha no había tenido la culpa de nada. Nadie podría decir que se hubiese portado mal; lo único que podría achacársele era su ignorancia, su rematada estupidez, su obstinación y su desobediencia. Además, era alcohólica: en cuanto empezaba a beber, no había forma humana de controlarla, y si se le denegaba el dinero con el cual comprar la bebida cuando le entraba la urgencia de beber, se volvía a echar a la calle. Era capaz de hacer cualquier cosa, de todo, con tal de conseguir la bebida que necesitaba a toda costa. Y cuando se le pasaba el ataque sí que volvía a ser la de siempre, y era entonces cuando le decía a Gissing, abrumada por el remordimiento, que ésa sería la última vez que la viese borracha, y le pedía de rodillas que le diese otra oportunidad. Aun cuando la perdonase, él sabía de sobra que de ninguna manera podría cumplir tal promesa, pero tampoco era él capaz de rechazar sus ruegos; siempre acababa por perdonarla. Lo peor del caso es que en realidad ella no le tenía demasiado aprecio, y que se daba los pequeños placeres que la vida le tuviese reservados mediante la frecuentación de compañías poco aconsejables o abiertamente perniciosas. Gissing sabía qué era lo que debería hacer si actuase con elemental prudencia, pero se había casado con ella, y no se atrevía a dar la espalda a una persona a la que había prometido amar hasta la muerte.

Los Harrison se creyeron todo esto a pie juntillas, convencidos de que Gissing estaba haciendo con toda inocencia todo lo que estaba a su alcance para proteger de sí misma a tan penosa mujer. Decidieron ayudarle en todo lo que pudiesen, demostrándole que la estima en que lo tenían era tan inquebrantable como siempre había sido, e indicándole que podía contar con su afectuoso apoyo.

Su protegido mostró el debido agradecimiento manteniéndolos al corriente, en todo momento, del desarrollo de su historia matrimonial. Ahora bien, se cercioró de que jamás llegaran a conocer a su esposa. No

pasó demasiado tiempo hasta que empezó a contarles que a ella le había dado por meterse en reyertas, en lugares públicos, cuando estaba «bajo los vapores del alcohol», y poco después también les contó que se había visto obligado a encerrarla en un centro para alcohólicos de Battersea.

Hasta ese momento del relato, la intriga había sido de una sencillez pasmosa, pero es entonces cuando adquirió un giro incomprensible. Gissing dijo a los Harrison que su mujer había abandonado el hogar y que después había vuelto con él. Le había hablado de la posibilidad de reanudar las relaciones conyugales. Gissing se dio cuenta de que a los Harrison no les había sido nada fácil tragarse esta bola, y se diría que entendió que ya había ido demasiado lejos. Sin embargo, su interés por el juego que mantenía con ellos había empezado a flaquear, y la siguiente entrega se la inventó con excesiva laxitud: dijo haber perdido contacto con su mujer, ya que ésta se había marchado, sin que él tuviese la menor idea de su paradero.

En este punto muerto dejó la historia durante todo un año, al cabo del cual sacó a la palestra a su mujer. Esta vez dijo que un inspector de policía había ido a verlo para decirle que su esposa había estado implicada en una reyerta a la hora de cierre de una taberna pública, y que estaba fichada como prostituta conocida. En tales circunstancias, el comprensivo oficial que había ido a verle le aconsejó que lo mejor que podría hacer sería iniciar el proceso de divorcio: los magistrados estaban por entonces más que dispuestos a caer con todo el peso de la ley sobre aquellos hombres que fuesen sospechosos de vivir gracias a las ganancias de sus esposas, conseguidas éstas por métodos inmorales. Agradecido por esta aterradora sugerencia, Gissing había contratado, según dijo, a un detective privado para que vigilase a su mujer durante un lapso de quince días. No había conseguido dar ni un solo paso más hacia el divorcio, no obstante, porque el detective no había podido ver absolutamente nada que, por más imaginación que se pusiera en juego, pudiera interpretarse como prueba de conducta delictiva. Fue precisamente este minúsculo detalle el que llevó a Harrison, cuya confianza en Gissing había ido menguando gota a gota, a perder por completo la fe en su veracidad. El informe del detective era lisa y llanamente inverosímil, si la mujer estaba de hecho ganándose la vida en las peores esquinas de la ciudad. Por lo visto, Gissing detectó a tiempo este cambio en la actitud de su mecenas, de modo que renunció a todo comentario sobre su matrimonio durante nada menos que tres años. Cuando volvió a incidir sobre el caso, fue sólo para atar los cabos pendientes: dio a los Harrison la noticia de que su esposa había muerto, añadiendo que la había salvado de la deshonra de ser enterrada en la fosa común de los depauperados al haber costeado él personalmente un entierro en condiciones.

Entre 1887 y 1890, los Harrison no volvieron a tener noticia de la vida privada de Gissing. Se vieron repentinamente admitidos una vez más a contemplar este oscuro panorama cuando hicieron llegar a Gissing una invitación formal para cenar en su casa. En su respuesta, Gissing les indicó que había decidido no asistir a ningún tipo de acto social. Ya no

residía en Londres, y había optado por romper sistemáticamente todos sus lazos con las gentes adineradas y cultas; se había dado cuenta, añadía, de que no estaba destinado a ser un escritor popular, de que nunca iba a ser lo suficientemente rico para mantenerse a la altura de las circunstancias dentro de la alta sociedad, en los círculos en los que personajes como los Harrison se movían con total soltura. En lo sucesivo, iba a reducir el trato humano a las capas de inferior nivel social, a las que decía pertenecer por pleno derecho. Había encontrado a una chica perteneciente a la clase del artesanado que estaba al parecer deseosa de afrontar la vida al lado de él, sin más ingresos que los que él parecía capaz de generar; se había casado con ella meses atrás. Quizá los Harrison lo tomasen por un estúpido, pero ésa era la suerte que se había visto impelido a correr. A decir verdad, no era capaz de resistir la vida en absoluta soledad.

Frederic Harrison desechó el argumento económico esgrimido por Gissing en tanto racionalización de sus actos, y había dado en interpretar la carta de su joven protegido como simple confesión de su insaciable y pervertido apetito por las mujeres que fuesen social e intelectualmente inferiores a él mismo. Su mujer leyó la misiva en idéntico sentido. Este episodio puso fin a los cálidos sentimientos que tenían los Harrison por Gissing, y aunque su desarrollado concepto de la justicia les hizo seguir admirando lo que su obra pudiera tener de admirable, así como darle su apoyo crítico, renunciaron a tales deberes con frialdad y desapego, rehuyendo en lo posible, al menos interiormente, la cuestión tocante al tipo de vida que había optado por llevar.

Cuando hubo dicho todo esto acerca de Gissing, Frederic Harrison dio por zanjado el tema. No quiso ni comentar siquiera lo que hubiese podido saber de cualquiera de los matrimonios contraídos por Gissing. No había llegado a conocer personalmente a las mujeres en cuestión. Creía, por más que no pudiera afirmarlo con certidumbre, que la segunda señora Gissing no era sino una muchacha de catorce años cuando se celebró el matrimonio. De todos modos, no deseaba entrar en esa clase de pormenores. Para recabar más información sobre esa faceta de la vida de Gissing, mi padre tendría que recurrir a Morley Roberts. Éste, según Harrison tenía entendido, sabía todo lo que se podía saber a ese respecto, o casi todo. Quizá incluso pudiese explicar la severidad aparentemente incomprensible con la que Gissing había sido tratado por la justicia, cuando hubo de presentarse ante los magistrados al comienzo de su penosa historia. Mi padre hizo caso de las sugerencias de Harrison, haciendo llegar una nota a Morley Roberts: «¿Qué es en realidad todo lo que Harrison me ha referido sobre la primera esposa de Gissing?» Acababa de abrirse una puerta que daba a un mundo del cual no había tenido la menor noticia, tal y como había hecho Henley con su ingenua interrogación: «¿Qué es todo este "escándalo terrible" que se ha montado en tomo a Oscar Wilde?»

Decir simplemente que a mi padre le molestó lo que a su debido tiempo pudo contarle Roberts del primer matrimonio de Gissing y de sus orígenes, sería expresar la cosas rebajándolas demasiado. De ninguna

manera podría haber extraído una historia de tintes románticos a partir de la información que le fue referida; la aspereza, la bastedad de sus trazos más gruesos, así como la ordinariez de los detalles, no pudo ser más abrasiva. Gissing no había sido un inocente que vagase por el mundo tras haber perdido pie, sin entender nada de nada, cuando urdió este emparejamiento. Llevaba ya bastante tiempo visitando prostitutas cuando topó con Mary Ann en la salita de un burdel regentado por una alcahueta a la que él conocía por «Madre B». El encuentro no fue accidental. Un compañero suyo de Owens College, llamado John George Black, con el cual tenía por costumbre intercambiar esta clase de conocimientos callejeros, le había indicado que si se dejara caer por el burdel de «Madre B», se encontraría allí a una principiante que era una auténtica bomba. Esta información de correveidile fue fatal para Gissing, y por dos razones: por increíble que sea, no sólo le había llegado por carta, sino que, por si fuera poco, había conservado el documento, tal y como conservó todas las cartas de Black. Mediante este inconcebible fallo se hizo acreedor a la sentencia que le fue impuesta. Cuando pasó a ser sospechoso de hurto, las autoridades universitarias habían registrado su taquilla, y allí aparecieron las cartas. Las autoridades hicieron entrega de tan comprometedores papeles a la policía, que a su vez los entregó al fiscal del caso. Antes de celebrarse el juicio, llegaron curiosamente a manos del oficial del juzgado, y de ahí que fuesen mostrados a los magistrados en tanto información suplementaria acerca del auténtico talante del acusado, aunque resultasen tan nauseabundos que no se llegaron a utilizar como prueba. Tras leerlas, los magistrados no titubearon ni un instante cuando llegó el momento de tratar a Gissing como un maleante de aupa, a pesar de su situación legal de delincuente ocasional sin antecedentes penales de ninguna clase.

La carta que más perjudicó a Gissing había sido escrita en una etapa posterior de todo este asunto, por otra parte tan digno de Dostoievski. En ella, Black se disculpaba por haber reaccionado con manifiesta incredulidad cuando, el día anterior, Gissing le comunicó que pretendía casarse con Mary Ann tan pronto pudiera celebrar la boda, con o sin consentimiento de sus padres. Black comenzaba por decir que tenía por Gissing mayor aprecio que por ningún otro hombre que conociese, y que él era la última persona de este mundo a la que desearía ofender, aunque a pesar de los pesares le resultaba muy difícil tomarse en serio sus planes matrimoniales. Cuarenta y ocho horas antes, y sin saber qué hacer, fue a visitar a «Madre B» con la total convicción de que allí iba a encontrar a Gissing. No quiso marcharse del lugar sin verle primero, de modo que «Madre B» se vio finalmente en la tesitura de tener que enseñarle la gran cama de matrimonio, en la habitación posterior a la salita de la planta baja, para demostrarle que allí no había nadie. Viendo que efectivamente el cuarto estaba vacío, sabedor de que si Mary Ann no estaba ocupada con un cliente estaría con toda seguridad en la cocina del sótano, de servicio, Black pidió a «Madre B» que le ordenase subir a pasar un rato con él. Al hacer ella su aparición, no pudo ocultar que evidentemente se alegraba mucho de verlo, e hicieron el amor. En el acto, él se sintió incómodo por ello, inquieto, exactamente igual que ella. Después, a ella le entró una

llantina, y le rogó que por lo que más quisiera no dijese a Gissing ni palabra de lo ocurrido; ella le había puesto muy difícil todo intento por dejarla. Cuando Black llegó al término de su confesión, procedió a poner en tela de juicio otro asunto relacionado con su imposibilidad para tomarse en serio los planes de Gissing. Temía haber pillado una desagradable infección. Toda duda tocante a lo que estaba insinuando desapareció del todo en una carta posterior, en la que proporcionó a Gissing una cruda descripción del desafortunado estado en que tenía el miembro, al tiempo que le preguntaba si no había sufrido él la misma infección. ¿Podría Gissing proporcionarle la dirección del profesional al cual había acudido a tratarse de la enfermedad?

A mi padre le resultó desolador pensar en semejante individuo, en el que tan gran capacidad de alborozo y de disfrute había visto años atrás, a medida que se iba hundiendo hasta el cuello en la miseria y en la sordidez, a edad tan temprana. Inquirió a Roberts su opinión de Mary Ann, acerca del modo en que esa mujer se había adueñado de Gissing, aparentemente con tanta fuerza, pero no obtuvo una respuesta que aclarase nada. Roberts ni siquiera estaba muy seguro de que las cosas hubiesen sido como sugería mi padre; dudaba incluso que la muchacha hubiese sido la agente propiciadora del desastre. Pensaba que su papel bien podría haber sido meramente pasivo. De todos modos, no podría poner la mano en el fuego, ya que no había llegado a conocerla. Algunas veces había estado con Gissing, estando ella en la misma casa o en el mismo piso que ellos dos, hasta en la habitación de al lado, pero nunca había tenido ocasión de hablar con ella; ni siquiera la vio, hasta después de muerta. Gissing lo había hecho llamar un día de febrero de 1888[179], pidiéndole que acudiera a su alojamiento. Al llegar, se encontró a Gissing en un estado de desmesurada excitación. Acababa de recibir un telegrama en el que se le indicaba que Mary Ann estaba muerta en una casa de Lambeth, amén de pedirle que se presentase allí de inmediato, para tomar las medidas necesarias de cara a la retirada del cadáver y la recogida de sus efectos personales. No era capaz de creer lo que acababa de leer; temía que se tratase de un cebo, de alguna trampa. Rogó a Roberts que se encargase de ir a la casa antes que él, para ver si había o no moros en la costa; él no se sentía capaz de acercarse hasta que tuviese palabra de una persona digna de su confianza, como Roberts, que le certificara la muerte de Mary Ann.

Roberts encontró un cadáver en la casa de Lambeth. Sean cuales fueran las dolencias que pudiera haber padecido la muerta, la causa real del fallecimiento había sido la inanición. El cadáver estaba terriblemente escuálido. El único resto de comida que había en la habitación, cuidadosamente guardado en un cajón del secreter, en donde los ratones no pudiesen roerlo, era una tostada reseca de pan con mantequilla, de la cual sólo faltaba un bocado. Un montón de papeletas de la casa de empeños, colocadas en un cuenco, manifestaban de dónde había sacado la muerta lo necesario para comer y vestirse en sus últimos tiempos.

[179] Diario: G. G., 1 de marzo de 1888

La escena no pudo ser más lamentable, más turbadora; ahora bien, lo que asombró a Roberts fue precisamente la cantidad de elementos que en ella discordaban con la versión que había dado Gissing de la mujer, pintándola como una arpía permanentemente borracha, que había perdido todo el sentido del decoro, que había terminado por aborrecerlo. En el cuenco de las papeletas de la casa de empeños, Roberts había encontrado también unos cuantos tarjetones de sobriedad firmados en los intervalos mensuales prescritos, buena prueba de que Mary Ann había luchado a brazo partido y hasta el final contra el peor de sus vicios. Había algunas cosas más que no concordaban con lo dicho. La muerta había guardado celosamente todas las cartas que había recibido de su perplejo esposo, y junto con las cartas también guardaba una fotografía de él y dos reproducciones en grabado de los poetas que él había idolatrado en su juventud, Byron y Tennyson. Sólo la presencia de estos objetos le posibilitó la identificación del cadáver. En la habitación no había absolutamente nada que se pudiera poner en relación con el joven y animado animal de dieciséis o diecisiete años, con su melena de cabellos resplandecientes esparcidos cual cascada por su espalda, cuya fotografía le había enseñado Gissing para que se hiciese una idea de cómo había sido la mujer. El propio Gissing hubo de afrontar la misma dificultad cuando por fin se dejó convencer de que podía entrar en la habitación sin temor a ninguna trampa. El cadáver de momificado aspecto, tan pequeño, tan liviano, no le recordó a nada ni a nadie; sin embargo, allí estaban sus cartas y su fotografía, así como los grabados que reconoció de inmediato. El cadáver, según parecía, tenía que ser el de Mary Ann. Durante esta macabra escena del reconocimiento, Roberts sospechó que, por grande que hubiera sido el desastre de su primer matrimonio desde el punto de vista de Gissing, para la pobre Mary Ann tuvo que haber sido una desgracia incluso mayor, y su sospecha se tomó certeza.

Cuando mi padre comparó lo que Frederic Harrison y Morley Roberts habían podido decirle del primer matrimonio de Gissing, con lo que había podido saber de la segunda de sus aventuras, directamente o a través del propio Roberts, se quedó sorprendido al notar cuántos elementos tenían en común. En uno y otro caso, Gissing había elegido una mujer a la que sin ambages podría calificarse como total y desesperadamente errónea para un hombre como él; en ambos casos no había tardado mucho en tratar a las muchachas encausadas como si una y otra le hubiesen hecho un daño monstruoso por el mero hecho de convertirse en sus esposas, casi nada más quedar atado el nudo del matrimonio. Para vengarse, había impuesto una especie de muerte social sobre las dos esposas, alejándolas del mundo en general y ocultándolas a la vista de sus amigos y conocidos. Sí había conversado acerca de sus dos esposas con algunos de sus amigos íntimos, pero sólo con el evidente propósito de expresar sus muchas quejas acerca de las dos, de sus comportamientos respectivos. Según la sensibilidad de Roberts, quien más había intimado con Gissing, sus mujeres no habían pasado de ser más que una vaga presencia en la habitación de al lado, los orígenes putativos de las voces que se levantaban enojadas o incluso desesperadas en alguno de los más remotos

rincones del inmueble. Una vez, sólo una, había estado en la misma habitación con una de las mujeres de Gissing, la segunda. Estuvo tendida, inconsciente tras la ingestión de alcohol, tras un biombo, mientras él charlaba con Gissing.

Gissing había dado con la fórmula capaz de proporcionar, desde su punto de vista, una explicación perfectamente racional del extraordinario trato que había dado a estas desgraciadas mujeres. Para empezar, las dos habían sido seres de todo punto impresentables, pero fueron siéndolo cada vez más tras sus matrimonios con él. El problema no tenía sus raíces en sus más obvios defectos; muy al contrario, podía haber generado unos cuantos. No se trataba solamente de que hubiese elegido a dos jovencitas que no habían recibido prácticamente educación de ninguna clase, criadas de cualquier manera, toscas y vulgares a más no poder, ni tampoco de que las dos se hubiesen dado a la bebida; fácilmente habrían podido superar este lastre cuando él las hubiese sacado del sórdido entorno en que se habían criado, caso de que ellas dos lo hubiesen deseado. No, la espantosa verdad de uno y otro caso fue que había tenido la desgracia de casarse, nada menos que dos veces, con sendas mujeres que ya bordeaban el abismo de la locura.

Mi padre notó que le rondaba las mientes la idea de que era harto sospechoso, por no decir radicalmente improbable, que el mismo rayo hubiese caído en el mismo lugar dos veces consecutivas; dicha idea no le abandonó cuando se sumergió en el magma de los escritos que había dejado Gissing antes de ponerse a escribir la introducción a Veranilda. Le dejó pasmado descubrir qué cantidad de fantasías lisa y llanamente sádicas y paranoides se habían

entreverado con el sobrio realismo, característica de la mayor parte de su obra.

La cadena de pensamientos que generó su descubrimiento de los aspectos más lúgubres de las imaginaciones y escritos de Gissing, así como de su vida, tuvo un ulterior estímulo cuando comenzó a repasar las notas que había tomado mientras preparaba la redacción de un texto biográfico. Le deprimió que la mayor parte de la información que había podido recabar fuese mucho menos aprovechable de lo que le había parecido durante el proceso de recopilación, incluso aunque procediese directamente de informadores que habían

estado muy cerca de Gissing. Durante el período relativamente breve en que estuvo trabajando sobre este asunto, a mi padre se le indicó por ejemplo, con toda seguridad, que el primer encuentro de Gissing con su segunda esposa había tenido lugar en Marylebone Road, en Oxford Street, en un salón de té. Este detalle minúsculo le fastidió bastante, pues recordaba con toda claridad que el propio Gissing le había referido el encuentro, situándolo en Regent's Park. No pudo ser más fatigoso descubrir también que, aunque Gissing hubiese descrito al padre de su segunda esposa como escultor cuando hubo de dar cuenta en el Registro de Natalicios, Fallecimientos y Matrimonios, con ocasión de su boda, a otras personas y en otras ocasiones les había referido que su suegro había

sido aparcero en una granja, tendero, escayolista y zapatero. Todas estas discrepancias, aunque carentes de significación en sí mismas, una vez sumadas dieron poco a poco un resultado escalofriante. Al final, mi padre vio frente por frente a dos personajes que en gran medida no tenían ninguna relación entre sí: por una parte, el hombre más bien candido, de buena pasta, absolutamente digno de afecto, a quien había conocido personalmente; por otra, un individuo veladamente fraudulento, amigo de los secretos, que, fuese por la razón que fuese, virtualmente no había podido decir a nadie la verdad sobre ningún asunto que fuese algo más trascendente que la climatología reinante. El Gissing a quien él había conocido, por ejemplo, siempre se había mostrado firmemente partidario de la facción más positiva respecto de la cuestión de la mujer en la sociedad, cuestión de notable importancia por entonces. Había reconocido que las mujeres eran, al menos en potencia, iguales a los hombres, y que en modo alguno eran simplemente el producto de los groseros abusos a que habían sido sometidas por la ley y las costumbres de la sociedad victoriana. Había escrito no pocos textos de gran simpatía, con una notable capacidad de comprensión, sobre las desventajas que por fuerza tendrían que superar las mujeres. No podía ser más difícil establecer una conexión entre el Gissing que batallaba en esta facción sobre la gran cuestión del momento, y el hombre que. mientras duró su convivencia con sus dos esposas, con las que además había acabado, se enorgullecía de haber aprendido personalmente, que un hombre que anduviera escaso de recursos, de jarabe de palo, cuando desease dar una buena paliza a una mujer, jamás debería prescindir de una gruesa alfombra en la escalera de su casa, ya que no había nada que se pudiera comparar con una buena varilla de sujección de la alfombra, de las que se colocaban en cada peldaño, para llevar a cabo semejante propósito. El Gissing que había realizado este descubrimiento también había sido capaz de transmitir esta información a un amigo suyo, convencido de que era uno de esos recursos domésticos que a cualquier hombre casado le resultarían por fuerza de utilidad.

Mi padre comenzó a sentir que el Gissing cuerdo y sano que recordaba de sus primeras impresiones había tenido que ser invención suya. El gran ultraje de Gabrielle Fleury había sido que no lo aceptase cuando ella había intentado decírselo tal cual. En más de una de las cartas, enfurecedoramente amaneradas como eran, que tanto temía él, Gabrielle había hecho todo lo desesperadamente posible por abrirle los ojos ante tan lúgubre realidad. «*Bien sé cuan imposible resulta sentirse absolutamente segura, sana y salva, al lado de él* — había dicho en una de tales cartas[180]—, *debido a... una extraordinaria, tremenda y quizá también mórbida instabilidad [sic] mental, que se manifiesta en sus opiniones, decisiones [y] sentimientos*.» En su día, mi padre había rechazado de plano todas estas insinuaciones, dando por sentado que surgían de algo tan desdeñable como era la tendencia de una mujer muy amiga de hacer montañas de cualquier grano de arena. Lo único de que ella había tenido constancia, según pensó mi padre, había sido una absoluta

[180] Carta: Gabrielle a H. G. W., 24 de junio de 1907

incompatibilidad de temperamento. Sólo al cabo del tiempo pudo darse cuenta de que Gabrielle iba por buen camino. El conocimiento recién adquirido de las crueldades fríamente sopesadas que habían sido el marchamo de tantas de las actuaciones de Gissing con sus mujeres, al lado del sadismo latente de tantas de sus imaginaciones, habían introducido en mi padre una sensación desoladora: su amigo había sufrido un perjuicio irreparable en quién sabe qué momento de su desarrollo como persona; esto es, el honesto, sensual y alegre personaje que tan fácilmente habría podido llegar a ser había sido objeto de una mutilación y se había transformado en un individuo desviado, contraído, en un hombre capaz sólo de tratar con las mujeres que se hallasen en desventaja con respecto a sí mismo, y que sin embargo sentíase impelido, aun entonces, a enseñar a su esposa, por los medios más brutales que pudiera, que de ninguna manera podría contar con él para nada.

Esta nueva imagen de Gissing, una vez usurpó el lugar que en su mente ocupaba la antigua, dificultó que mi padre escribiera con entusiasmo el rendido homenaje en que en principio quiso convertir su introducción a Veranilda[181]. Hizo todo lo que pudo por obrar con tacto, por evitar toda mención de los más tétricos secretos de Gissing, pero el fardo de la información que poseía no consiguió desecharlo, y el ensayo terminó por convertirse en una apología en favor de un escritor dotado, cuyo prometedor potencial nunca había llegado a realizarse plenamente. Todo ello no fue ni mucho menos del agrado de la familia de Gissing, cuyos miembros se habían integrado a la espera del elogio. Habían deseado que mi padre describiese la trayectoria de un artista fallecido tras haber alcanzado la cumbre, un artista cuyos espléndidos logros nunca habían obtenido el debido reconocimiento. Eran en realidad un manojo de provincianos que residían en un atrasado remanso provinciano, y aunque fuesen muy taimados y no poco tercos a la hora de vivir a la usanza de los lugareños del condado de York, no dejaban de ser paranoicos en sus relaciones con el amplio mundo en el que su querido vastago inconformista había perdido la orientación y se había echado a perder. Gissing jamás había sido capaz de hablar a sus familiares de su relación con Gabrielle; a ellos no les hizo ninguna gracia enterarse de su existencia tras la muerte de Gissing. Sí habían tenido noticia de sus anteriores relaciones con las otras dos mujeres, y habían confiado en que él hubiese aprendido la lección. Les conmovió profundamente descubrir que no había sido así, que se había ido a Francia a convivir con una francesa. Como todas las extranjeras, y muy especialmente las francesas, eran moralmente sospechosas hasta que demostrasen lo contrario en los círculos de pequeños comerciantes de Wakefield en los que estos parientes se movían, dieron por hecho que su relación con Gabrielle había sido simplemente un capítulo más en la misma historia de siempre. Como tenían ideas muy concretas respecto de lo que no querían que se dijese del hijo pródigo, el texto de mi padre les pareció repleto de indicios transparentes que apuntaban derechos a lo que más habrían deseado

[181] De este texto se imprimió una versión muy modificada en un obituario de la Monthly Review, agosto de 1904

silenciar o suprimir. Se negaron a permitir que lo que en su particular lectura les había parecido una acusación en toda regla se anexara al libro de Gissing, y aplacaron sus sentimientos al respecto quemando sin más el ejemplar que les fue enviado en su momento.

Gabrielle Fleury también se sintió dolida por el texto, aun cuando nunca llegara a leerlo[182]. Gissing se había mostrado tan selectivo en sus secretos con ella como lo había sido con su parentela, aunque sobre cuestiones muy diversas. A ella nunca le había hablado de la expulsión del Owens College, ni de lo que la había ocasionado, por poner tan sólo un ejemplo. Cuando se publicó en la Monthly Review una versión del texto por extenso, expurgada, según creía mi padre, de todo lo que había ofendido a la familia de Gissing, alguien tuvo la delicadeza de indicar a Gabrielle que dicho texto seguía estando repleto de referencias transparentes a tales cuestiones. Sólo entonces declaró que nunca sería capaz de aunar el coraje necesario para leer lo que pudiera escribir mi padre acerca de su esposo, tal y como seguía empeñada en llamarlo, o acerca de su obra. Él le había dicho, insistió ella, y no una, sino varias veces, que nunca había tenido en muy alta estima las facultades críticas de mi padre, que nunca había creído que mi padre hubiese llegado a entender cuáles habían sido en realidad sus intenciones en el plano puramente literario.

Mi padre había previsto con tiempo estas reacciones, pero se quedó sorprendido cuando descubrió que, por si fuera poco, había dado pie a otra dolorosa ofensa en un terreno muy distinto. Cuando el doctor Hick vio el prefacio ya revisado que se publicó en la Monthly Review, montó en cólera. Leyó las referencias a las enfermedades crónicas de Gissing, a su persistente mala salud, a la luz de su propio conocimiento íntimo del caso, y dio por hecho que todos los lectores del texto harían exactamente igual que él; el artículo equivaldría a un anuncio en público de que Gissing había sido sifilítico. De ahí pasó a dar por sobreentendida una conclusión asombrosa, a saber, que el artículo lo acusaba veladamente de ser uno de esos médicos charlatanes, dados a compartir todos los secretos profesionales de sus pacientes con cualquier periodista que estuviese dispuesto a invertir un rato en conversar despreocupadamente con él. Su furia fue ilimitada, y bajo su influencia no sólo negó haber dicho que Gissing estuviese infectado de sífilis, sino que llegó tan lejos que incluso negó de plano que en vida hubiese padecido dicha enfermedad. La correspondencia que mantuvo con Gissing, al menos las cartas que se han conservado, ponen de manifiesto que no estaba en condiciones de hacer semejante mentís; tengo la impresión de que la violencia de su enojo brotó en buena parte, aunque solamente en parte, de la culpabilidad de lo que sí sabía: no cabe duda de que había pecado de indiscreción al hablar de los asuntos privados de Gissing con mi padre. Otra de las causas de su desmesurada reacción podría adscribirse a su lealtad para con el código social de la época: no era propio de un gentleman exponer a un semejante a las burlas de quienes podrían despreciarlo por considerarlo inferior o de

[182] Carta: Gabrielle a Morley Roberts, 24 de septiembre de 1904, declara esta intención

quienes, aun estando por debajo, por fuerza tuviesen que presentarle sus respetos.

A mi padre le había caído bien el doctor Hick[183], con lo cual se sintió muy herido por algunas de las cosas que había dicho por pensar que, presa del enojo, no le quedaba más remedio que decirlas. Se sintió especialmente dolido por la observación del doctor, a saber, que el texto trataba exactamente de lo que cabía esperarse de un hombre dotado de la formación y el trasfondo que tenía mi padre. El tono de esta reprimenda era algo con lo que ya había empezado a familiarizarse en esta etapa de su trayectoria. La época coincide con la fabricación de celebridades por medio de la publicidad, y su nombre salía con demasiada frecuencia en los periódicos, en los carteles publicitarios y en los rótulos de los hombres anuncio, tanto que muchas personas no lo tragaban fácilmente. Bastante mala era de por sí la publicidad, pero peor era aún que estuviese forjando su éxito gracias a un nuevo público lector, llegado desde las capas inferiores a la vez que él, que constituyó desde el principio la masa de lectores de los nuevos periódicos de distribución masiva, de las revistas baratas que salían de las rotativas a decenas de millares, gracias a la máquina de vapor. Los integrantes de un público más selecto, lectores de las publicaciones literarias de periodicidad mensual o trimestral, aficionado a leer las novelas en ediciones de tapas duras y bien a comprarlas en una librería o bien a tomarlas prestadas en alguna de aquellas viejas librerías de préstamo, como era Mudie's, lo tenían por un ruidoso publicista de sí mismo, por la encamación de todas las tendencias en la literatura y en la sociedad que menos les atraían. Empezó a recibir cartas envenenadas en fecha tan temprana como es 1900, y se había acostumbrado más o menos a la idea de recibir pullazos demoledores por correo mucho antes de caer en desgracia con el doctor Hick. Sin embargo, se había endurecido aguantando la mala voluntad de los acomodados haraganes y de los autores de segunda fila que le escribían por ejemplo desde las rectorías de la campiña o desde los clubes del West End, caso de que no se tratase de los colegas menos destacados de las universidades antiguas. Este tipo de correspondencia no le costaba nada descartarla sin dedicarle mayor atención. Mi padre había caricaturizado a los responsables de tales misivas con sobrada frecuencia en sus escritos, y los intercambios de opinión eran por entonces juego limpio. En 1902, las diatribas más graciosas y virulentas ya eran recopiladas en un álbum de familia consagrado a tal fin, práctica que se estableció y se mantuvo hasta la venta de Easton Glebe, ya a finales de la década de los veinte. Ahora bien, una cosa era el desprecio de los enemigos naturales de mi padre, y otra muy distinta la furibunda diatriba de un hombre al que había apreciado y respetado de corazón. Mi padre había llegado a pensar en el doctor Hick como quien piensa en un amigo, con lo que maldita la gracia que pudiera tener el verse acosado por una persona así, que además le había dicho que más le habría valido quedarse en donde empezó, abajo del todo, que era su lugar natural, sobre todo si no estaba dispuesto a

[183] Comunicción oral: H. G. W. al autor. Siguió teniéndole aprecio, y lamentó la ruptura de relaciones

comportarse como un auténtico gentleman. Los dos habían conversado con entera confianza, a puerta cerrada; mi padre debería haberse dado cuenta de que no tenía ningún derecho a manipular lo que pudo saber en tales circunstancias como material narrativo. El doctor Hick nunca quiso reconocer que mi padre había escrito sobre la persona de Gissing y sobre sus asuntos con muy serias intenciones; nunca se reconciliaron.

La riña que sostuvo mi padre con el doctor Hick iba a ser la primera experiencia de esta especie con la que hubo de lidiar, aun cuando ya por entonces se hubiese embarcado en diversos proyectos que iban a proporcionarle muchas más. A los cuarenta y pico años de edad, iba a erigirse en piedra de tantos escándalos que por ello se vería condenado al ostracismo por muchísimas personas de las que previa y mutuamente había sido buen amigo.

Capítulo XIV

> *«Imaginé que la Sociedad Fabiana reconstituida, o al menos modificada a fondo, podría convertirse, por medio de una vigorosa propaganda y guiada esencialmente por personas jóvenes, en el elemento que aglutinase y dirigiese un partido socialista reorganizado... Si tuviese que hacer recuento de las idas y venidas del mojigato y polvoriento conflicto que tuvo sus inicios en mi texto titulado The Faults of the Fabian [Las culpas de los fabianos, de febrero de 1906] y terminar con mi dimisión, en septiembre de 1908, el lector acabaría aburriéndose más allá de lo humanamente tolerable. Por fortuna para él, a mí me aburriría más si cabe desenterrar todos los documentos que hacen al caso, volver a librar todas aquellas batallas y escribirlo todo por lo menudo. Y no hay nadie más que pueda hacerlo.»*

El lanzamiento de mi padre a la política interna de la Sociedad Fabiana, tres años después de ingresar en ella, suele tratarse con cierta frecuencia como una aberración inexplicable por su parte. Sin embargo, el error que cometió, es decir, aceptar la Sociedad en los términos en que ésta se evaluaba a sí misma, como una importantísima caja de resonancia para las nuevas ideas políticas, fue una equivocación en la que fácilmente habría incurrido un hombre con el trasfondo y la formación que tenía mi padre. Aunque llevaba años considerándose socialista de pies a cabeza, era muy escaso su conocimiento de la teoría política y nulo el de la política

práctica. Había empezado por afirmar que era socialista cuando aún no pasaba de ser siquiera un tosco esbozo del joven quisquilloso e inadaptado que funciona como modelo del héroe epónimo de *El amor y el señor Lewisham*. En aquella etapa no tenía ni la menor idea de lo que es el socialismo, más allá de que efectivamente exigía del socialista practicante que fuera por la vida desafiante el ademán, fiera la actitud, dispuesto a demoler pieza a pieza el sistema establecido, adornado con una corbata de lazo roja. Cuando se le ponía en el brete de tener que defender su postura, no tuvo ocasión de ir mucho más allá de la elemental mezcolanza que había podido ensamblar azarosamente leyendo la literatura de la rebeldía y la disensión. Había retenido casi exclusivamente lo que le había llamado la atención, o, mejor dicho, lo que le había avivado la imaginación, dejando sin tocar las partes más tediosas. Tenía la esperanza de encontrar un día cualquiera un atajo por el cual pudiese llegar antes a un pleno entendimiento de aquello con lo que se iba a comprometer, hasta el punto de que comenzó a asistir a las reuniones[184] que se celebraban todos los domingos por la tarde, durante los meses de invierno, en la casa-embarcadero que tenía William Morris a la orilla del Támesis, poco más arriba del puente de Hammersmith. Estas reuniones tenían por objeto la introducción de la luz salvadora de la doctrina socialista entre los ignorantes obreros y menestrales de Inglaterra, pero por más que mi padre pudiese atisbar de cuando en cuando a tal o cual persona, con indudable aspecto de pertenecer a la clase obrera, lo más común era que no tomasen asiento alrededor de Morris individuos de tales características. Lo que sí extrajo mi padre de estas sesiones fue la idea de que el socialismo era algo procedente del extranjero, que se entremezclaba con abundantes materiales hechos sobre el terreno, tendentes en general a regresar a una Inglaterra en la que vivirían felices los campesinos y entusiasmados los artesanos, dispuestos todos a trabajar por el bien común, una Inglaterra en la que nadie habría sido demasiado codicioso, demasiado abusivo con los demás. El propio Morris no le resultó más impresionante que el mensaje habitual de la casa-embarcadero; de hecho, le había parecido más bien impaciente, de mal talante, un tanto propenso a cometer abusos con los demás. Cuando presidía estas reuniones, tenía por costumbre acallar a los intervinientes cuya postura no tuviese en demasiada estima, por el sencillo sistema de hacer sonar una campana que dejaba sobre la mesa, bien a mano, a

tal efecto. A mi padre, este gesto reiterado no le pareció demasiado democrático. Al poco tiempo, se dio cuenta de que seguía asistiendo a la casa-embarcadero porque el local contaba con una buena calefacción y porque el espectáculo era gratuito: hasta entonces no había tenido ocasión de frecuentar a los miembros de la clase media y acomodada, y cierto es que le fascinaron los juegos con que se divertían estos miembros liberados de la sociedad.

La mayor parte de los asiduos de estas reuniones en la casa-embarcadero eran personas de trato agradable, a las que no les faltaba el dinero, que asistían a las reuniones por dárselas de artistas y por aplacar

[184] Autobiografía: H. G. W., capítulo 5, sección 4

así el dolor que pudiera producirles el hecho de vivir de las rentas, dentro de una sociedad en la que lo habitual era trabajar de firme y que cada cual se ganase el pan con el sudor de su frente. Como la mayor parte de ellos carecían totalmente del don de la creatividad, concentraban sus actividades en la zona grisácea de las artesanías más

variadas. Eran, como colectivo, espléndidos expertos en xilografías, en las imprentas manuales, en tejer e hilar a mano, en encuadernar libros, en cerámica y alfarería, y daban así en aliviar el horror que pudieran inspirarles las brutalidades estéticas de la industrialización, bajo cuya égida les había tocado vivir, fabricando ingentes cantidades de objetos más bien toscos, cuando no eran espantosas parodias de los utensilios domésticos del Medievo o de la época isabelina, artículos que, de todos modos, sólo los más ricos coleccionistas podían permitirse adquirir. De todos ellos, los teóricos del movimiento no se dedicaban a hilar ni a tejer, satisfechos sólo con dedicarse a meditar sesudamente para propiciar el eventual amanecer de un día más pleno y reluciente, en un futuro quizá inmediato. Uno de estos ideólogos de la casa-embarcadero al que mi padre iba a recordar siempre con afecto, ya que no exactamente con respeto, fue Belfort Bax[185]. La reputación que se había labrado dentro del círculo de la casa-embarcadero estaba sólidamente cimentada en la creencia de que había llegado a leer de cabo a rabo la obra maestra de Karl Marx, *El capital*. Su apasionado refrendo del principio de la igualdad entre uno y otro sexo le había llevado a la imposibilidad de apoyar las agitaciones en pro del derecho a voto para las mujeres. Sería un error, según sostenía, dar a las mujeres el derecho al voto, ya que el censo demostraba sin paliativos que eran más las mujeres que los hombres en edad de votar. De esta estadística se colegía que la emancipación de la mujer sería mera sustitución de una forma de tiranía sexual por otra muy semejante, aunque a la inversa.

Seguramente, más de un lector pensará que Bax no pudo haber sido el socialista de clase media típico en aquella época, pero lo cierto es que conviene decir que la década de los ochenta del pasado siglo no se destacó por ser una de las mejores para la historia intelectual del socialismo en Inglaterra. Mediada la década, otro de los asiduos de la casa-embarcadero, Sydney Olivier, que más adelante llegaría a ser amigo personal de mi padre, se dedicaba a dar consejos a Marjorie Davidson, otra de las integrantes del contubernio, sobre una cuestión muy delicada. Ella pensaba por entonces en casarse (había elegido para ello a un tal Edward Pease, otro de los asiduos del círculo, que más adelante llegaría a ser secretario de la Sociedad Fabiana y enemigo declarado de mi padre), pero tenía motivos para tomárselo con mucha calma. Si en efecto asumiese el fardo de las obligaciones de ama de casa que contrae la mujer con el matrimonio, podría resentirse su labor de mayor utilidad social, a saber, su profesión de maestra de escuela. Sabía de sobra que este problema no llegaría siquiera a formularse si contratase a una criada, aunque ¿podía acaso una socialista como ella contratar a una criada y quedarse con la

[185] Respecto de una visión marxista y contemporánea de B. B., véase Biografía: E. P. Thompson, William Morris, 1955, parte III, capítulo IV, sección I

conciencia tranquila? Profundamente consternada, Marjorie Davidson había enviado una circular a todos los socialistas a los que conocía, consultándoles sobre este particular. La mayor parte de los destinatarios de su carta esquivaron la pregunta con corteses evasivas, si bien Olivier hizo todo lo posible por aportar sus opiniones y su ayuda. Siempre podría, le indicó, resolver de un plumazo la cuestión yéndose a vivir a una casa de alquiler amueblada, en la que la propietaria se encargaría de contratar a una criada; si no, podría convencer a alguna pariente suya, soltera, para que se fuese a vivir con ella y con su marido y se encargase de las labores domésticas a cambio del alojamiento y la manutención. Como quiera que en todas estas soluciones hipotéticas algo olía a equívoco, posiblemente lo mejor sería localizar a un miembro de la clase menestral, un miembro genuinamente simpático para con los ideales del socialismo, y contratar a esta persona no como criada ni como doncella, sino como asistente, sobre la base de que almorzase, comiese y cenase con sus patronos y de que tomase parte en sus conversaciones a tales horas de encuentro. Si ella y su marido trataban a esta persona desde el primer momento como un ser humano, difícilmente surgiría una espinosa cuestión ética.

Por verde que estuviese mi padre, a duras penas pudo dar crédito a lo que vio y oyó en las prédicas de William Morris, peroratas en las que éste se daba el aire de tener los pies en la tierra y la cabeza sobre los hombros, y que versaban sobre la inminencia de una gran revuelta popular, ante un público capaz de tratar tales problemas como si en efecto fuesen asuntos realmente sustanciales y dignos de muy detenida consideración. Lo que más desconcertante le resultó de todo ello fue que en apariencia Morris diese por descontado que,

cuando llegase la hora, el grueso de la clase obrera acudiría a él y a otras personas como él en solicitud de un sólido liderazgo. Mi padre había llegado más o menos entonces a la conclusión de que el socialismo —o, en cualquier caso, la versión inglesa de dicho producto— era más que nada un cúmulo de palabras vacuas y de escenas teatrales dirimidas entre un conjunto privilegiado de personas que no habían llegado a crecer y a madurar del todo, pero por entonces se desencadenaron los acontecimientos moderadamente trágicos que tuvieron lugar en los alrededores de Trafalgar Square, en el otoño de 1887, para poner sello definitivo a su desilusión.

Estos acontecimientos más bien lamentables tuvieron su origen en un asunto de dimensiones no sólo reales, sino sobradamente graves, como fue la agudísima crisis de desempleo que azotó duramente toda la región del East End londinense. Las manifestaciones en apoyo de la presentación de solicitudes por parte de los trabajadores en paro ante la Cámara de los Comunes llevaban ya algún tiempo celebrándose esporádicamente, desde comienzo de la década de los ochenta, y pasaron a tener una frecuencia semanal en 1886, para ser después acontecimientos que se produjeron casi a diario durante los primeros meses de 1887. Al anunciarse en la Cámara de los Comunes el comienzo del receso vacacional de verano, a finales de mayo, sin que se hubiese hecho nada por las empobrecidas capas de la población londinense, y sin que tampoco se hubiese dado

señal de que al menos existía en la Cámara una cierta conciencia del problema, el planteamiento cambió radicalmente. Hasta entonces, las manifestaciones habían sido convocadas por los dirigentes sindicales de ciertos gremios que se habían quedado de patitas en la calle debido al cierre de algún que otro taller o fábrica en concreto. Durante aquel verano, pasaron a ser episodios propios de una campaña coordinada, llevada a cabo por los parados, para exigir que se reconociese públicamente que su situación constituía todo un problema nacional. Aunque el país en conjunto viviese una época de prosperidad, aunque estuviese claramente inclinado a ignorar los asuntos más tétricos, dispuesto a sacar el mejor provecho de las celebraciones del Aniversario de la Reina Victoria, el Gobierno comenzó a mostrarse hondamente preocupado por el desarrollo de los acontecimientos en cuestión. Sus temores se vieron además auspiciados por la Policía Metropolitana, que bombardeó a la Secretaría del Interior mediante despachos tomados de sus fuentes habituales de información, en tomo a que el centro de la campaña de protestas ya coordinada y consolidada había pasado a ser Trafalgar Square, y no el Parlamento en sí. A principios de año se había impuesto la prohibición de utilizar la plaza como caja de resonancia de todo propósito político; los responsables de la organización de la campaña parecían haber suscrito la tesis de que siempre que consiguiesen atravesar los cordones policiales y apoderarse de ese terreno prohibido, para celebrar un mitin incluso de duración muy reducida, lograrían causar en todos los habitantes del país la impresión necesaria para que el Gobierno se viese forzado a reconocer la existencia del problema y a tomar alguna medida al respecto. Caso de ser cierta esta creencia, tal y como se suponía en la Secretaría del Interior con sobradas razones, la cuestión que estaba en liza ya no era tanto el qué debiera hacerse o dejar de hacerse para aliviar los padecimientos de los parados, sino que fuera una cuestión constitucional, respecto de quién debía y quién no debía gobernar. Ningún gobierno deseoso de garantizar la permanencia del vigente sistema parlamentario podría haberse permitido que un interés puramente sectorial forzase algún tipo de medida gubernamental por el mero hecho de haber recurrido a un medio fuera de la legalidad. La experiencia habida en este sentido en algunos otros países había dejado perfectamente aclarado que la rendición de un gobierno ante las revueltas y las manifestaciones populares terminaba por desembocar, de una u otra forma, en un golpe de estado y en la ulterior instalación de la dictadura. La putrefacción popular tenía que detenerse antes de que siguiera propagándose. Bajo ningún concepto podría tolerarse que una muchedumbre del East End se apoderase de la plaza.

Impertérritos frente a las declaraciones del Gobierno, en el sentido de que era su propósito hacer uso de la fuerza para que prevaleciese la prohibición, los organizadores de la campaña hicieron todo lo que estuvo en su mano por lograr que la muchedumbre de londinenses procedentes del East End llegase en masa al West End camino de la plaza, y así fue durante todos los domingos desde mediados de septiembre hasta primeros de noviembre. Algunos de los más entusiastas partidarios de la campaña, como el propio Morris, animaron a

los manifestantes transmitiéndoles con facundia la certeza de que cuando la policía, los soldados de a pie y los integrantes de los regimientos de caballería que habían acudido a las inmediaciones de la plaza, viesen en efecto cuántos eran los manifestantes, cuan intensa su determinación, lisa y llanamente se disolverían a su paso. Para los manifestantes y para quienes simpatizaban con la causa tuvo que ser una considerable sorpresa el descubrir que la oposición policial fue tornándose más rígida, más decidida, a medida que aumentaba el número de participantes en la manifestación. Las colisiones entre uno y otro bando comenzaron por ser simples escaramuzas, pero tanto su frecuencia como la violencia de los choques fue en aumento a medida que pasaban las semanas, hasta llegar a su climax en dos serias revueltas que tuvieron lugar ya en noviembre.

Morris estuvo presente en los dos choques de noviembre, y aunque muy recientemente había apelado a los miembros de la Liga Socialista para que se preparasen de cara a los penosos acontecimientos que preveía —por cierto que con sus peores versificaciones de estilo obrerista: «*Oíd la voz, la voz del momento, / pues se acerca el día de la verdad, / el día en que la causa nos requiera, / a unos vivos y a otros muertos.*»[186] — , se quedó absolutamente horrorizado al ver que él mismo formaba parte de una muchedumbre a la cual la policía consideraba ya sin ambages como grave amenaza contra el orden social existente. Huyó a la carrera, como todos los presentes, de las porras que esgrimían los policías. Poco importó, de cara al resultado final, que la muchedumbre fuese enorme y que las fuerzas policiales estuviesen en inferioridad numérica. Morris volvió a estar en los accesos a la plaza el segundo día de revueltas callejeras, y volvió a quedarse de una pieza al ver cómo millares de individuos, y él entre ellos, corrían como conejos ante unos pocos cientos. Pese a todo, experimentó un centelleo de esperanza cuando tuvo conocimiento de que las fuerzas policiales habían matado a un hombre en uno de los choques. Precisamente, lo que movimientos como aquél más necesitaban para despegar el vuelo era la sangre de los mártires. Al parecer, un hombre cuyo nombre conocía, y al que obviamente había visto en alguna ocasión, había sido derribado por un policía a caballo, pisoteado por el animal y había muerto a resultas del accidente. En el relato de los hechos algo no terminaba de encajar, pero eso era lo de menos. El hombre había muerto precisamente en la plaza. Su fallecimiento fácilmente podría modelarse de manera que encajase en la mitología artesanalmente ideada para la ocasión Morris se representó imaginariamente una retahila de versos como los que figuraban en los antiguos libros de coplas. Comprendería una balada en tono de arenga, que tratase acerca del malhadado acontecimiento, más un grabado que la ilustrase, unas cuantas guirnaldas de flores como adorno y unos cuantos compases de música que diesen el aire del tema. Aquella misma noche Morris pergeñó como mejor supo la balada en cuestión, y a la mañana siguiente su amigo Malcolm Lawson apañó una melodía cantable que la acompañase, al tiempo que Walter Crane se encargó del grabado y de

[186] Poema: William Morris, All For the Came, escrito especialmente para ser recitado con ocasión del debate entre Hyndman y Bradlaugh, 17 de abril de 1884

diseñar la página. Las hojas, impresas a mano, estaban listas para su distribución entre los asistentes al entierro cuando éstos llegaron a las puertas del cementerio.

El entierro, tal y como era de esperar, resultó una especie de anticlimax, al final de un día en el que abundaron las manifestaciones y los discursos. Más o menos a la hora del té, cuando empezaba a oscurecer, los manifestantes por fin llegaron a la tumba del finado. Cuando Stewart Headlam, un clérigo liberal que disfrutaba infinito en ocasiones como ésta, comenzó a dar lectura a la liturgia del entierro, la llovizna que llevaba ya algún tiempo cayendo sobre la ciudad dio paso a un aguacero en toda regla. Cientos de paraguas, que se habían mantenido plegados hasta entonces, como señal de respeto, comenzaron a abrirse a uno y otro lado de la tumba. El rumor de la lluvia al tamborilear sobre las relucientes superficies de los paraguas enseguida se entreveró con el ruido de las incultas voces que entonaron por vez primera el Himno de batalla socialista[187], la obra de Morris:

We asked them for a life of toilsome earning,
They bade us bide their leisure for our bread.
We craved to speak to tell our woeful learning,
We came back speechless, bearing back our dead.
Not one, not one, nor thousands, must they day
But one and all if they would dusk the day.

They will not learn, they have no ears to hearken,
They turn their faces from the eyes of fate;
Their gay-lit halls shut out the skies that darken,
But lo! This dead man knocking at the gate.
Not one, not one, nor thousands, must they slay,
But one and all if they would dusk the day."

Una vez terminada esta sarta de arcaísmos impostados y de tonos heroicos simulados, se oyó a Morris musitar algo a la defensiva: «*Bueno, es que a mí me gustan las ceremonias*.»[188] Con gesto pesaroso se unió a la multitud que se dirigía a las puertas del cementerio bajo la lluvia pertinaz. En su propia intervención[189], pronunciada anteriormente, Morris había hablado de este acontecimiento, por extraño que pudiera resultar, como si de una «*celebración de auténtico éxito*» se tratase. No cabe duda de que estaba pensando en la masa humana que había penetrado por la puerta del cementerio, una multitud asombrosamente nutrida. Ahora bien: ¿qué era lo que allí se estaba celebrando? Como bien sabía el mismo Morris -se había visto obligado a reconocerlo en su propio panegírico-, el Alfred Linnell cuyo fallecimiento se habían congregado a llorar no era el Linnell

[187] Poema: William Morris. Título original: Death Song, publicado por vez primera en el libro de canciones obreras de Commonweal, Chants for Socialists.

[188] Citado en E. P. Thompson, op. cit

[189] Discurso: informe transcrito verbatim, Commonweal, 24 de diciembre de 1887

al que él había conocido, y el pobre tipo ni siquiera había ido a Trafalgar Square a demostrar nada en concreto, a realizar un gesto significativo: estaba allí cuando ocurrió lo que ocurrió sólo por pura curiosidad. Únicamente quiso ver qué era lo que estaba pasando. Aún peor era que no hubiese muerto atropellado por un caballo de la policía en el fragor del choque: había fallecido a causa de un ataque al corazón, mientras contemplaba el choque entre las fuerzas policiales y un grupo de manifestantes, desde una distancia considerable, situado en una de las esquinas de la plaza. Sti muerte, en tal lugar y durante tal acontecímiento, había sido un accidente sin la menor relevancia.

Durante las subsiguientes vacaciones navideñas, Morris ni siquiera estuvo del humor habitual, es decir, hosco al tiempo que atento, y con la llegada de la primavera se retiró a la mansión del siglo xvi que poseía en Kelmscott, en la parte alta del valle del Támesis, ya en el condado de Oxford. Desde su retiro escribió a un amigo suyo, indicándole que en lo sucesivo, o al menos en el futuro inmediato, no se dedicaría tan de lleno a la agitación social. Tenía, le dijo, una idea estupenda para un libro, cuya escritura iba a mantenerlo plenamente ocupado durante algún tiempo.

La estupenda idea en cuestión estaba destinada a dar cuerpo a un romance en prosa, The House of the Volsungs (La casa de los Volsung). Tendría por objeto ilustrar «la fusión del individuo en la sociedad tribal» en la época pre-capitalista, sana y felizmente indocumentada, de los siglos VI o V antes de Cristo, cuando al menos los nórdicos aún poseían un sólido instinto social gracias al cual les había sido infinitamente natural reconocer y respetar a quienes, entre ellos, tenían el don innato del liderazgo de sus congéneres...

Bajo esta cuando menos cómica máscara se presentó el socialismo por vez primera a mi padre. El efecto de este encuentro se agrandó más aún debido a un accidente. Concluida la por lo demás desilusionante farsa del funeral de Linnell, el anti-mártir, una recaída de sus afecciones pulmonares le obligó a refugiarse en la estancia de su madre, en Uppark. Fue entonces, por estar en condiciones de apreciar dicho entorno gracias a la decepción que le había producido el peculiar izquierdismo visto en los alrededores de Hammersmith, cuando descubrió en efecto la biblioteca del viejo Sir Harry. Quedó subyugado por el encanto del gran salto hacia el progreso que había tenido lugar en la Francia del siglo XVIII, por la aventura intelectual de la Ilustración y por el más característico de sus productos, la espléndida idea de Diderot plasmada en la Gran Enciclopedia, que quiso ser una grandiosa valoración del saber atesorado por los hombres. Después del atrasado material de las fantasías que predicaba Morris y suscribían sus acólitos, después de las cuasimísticas conjuras de Marx por parte de sus hipnotizados y devotos fieles, en la determinación de los savants franceses de la época existía un maravilloso sentido del pragmatismo, sobre todo en lo tocante a su intento por fijar qué y cuánto sabían del mundo en que les había tocado vivir, antes de proponerse su reformulación. Habían partido de la creencia de que cuando los hombres dispusieran de una clara imagen del grado hasta el

cual poseían una serie de cualidades, cuando supieran qué posibilidades y qué limitaciones se hallaban ante ellos, se unirían todos en la amistad gracias a un común deseo por sacar el mejor provecho de sus oportunidades a la hora de mejorar la calidad de sus vidas. Dentro de la vastedad de la ambición pedagógica de los enciclopedistas reconoció mi padre la concepción de una revolución verdadera. Cuando comenzó a frecuentar el círculo de la casa-embarcadero, había pensado en estas visitas como si se tratase de saldar viejas deudas, de vengarse, de dar su merecido a los codiciosos malhechores que detentaban el poder en la sociedad por medio de quién sabe qué alborozada y justificadísima explosión de ira, exactamente igual que pensaba

Monis. Pero después se dio cuenta de que el meollo de la cuestión no iba a tener nada que ver con la idiotez implícita en azuzar la envidia y el encono de los ignorantes y de los explotados, y menos aún con las tomas de postura y los vanos heroísmos de las barricadas ante el telón de fondo de los edificios en llamas, ni con la brutalidad calculada de las ejecuciones en masa. Los desvalidos y los perdedores tenían que liberarse de todas sus privaciones, ya que era de interés público liberarlos de tan pesada carga; el nuevo orden habría de llegar, como la marea alta, centímetro a centímetro, propulsado por la fuerza irresistible de toda mejora manifiestamente demostrable en interés del bien común. Tenía que tratarse de una revolución consensuada, tan distinta de la revolución de la guillotina, nacida del hambre y de la furia, como distinto es el día de la noche. El amor que sintió desde entonces mi padre por esta sanísima revolución educativa, que tuvo su arranque de manera apasionante, mientras se restablecía de su enfermedad y de su desilusión en Uppark, entre 1887 y 1888, iba a acompañarle durante el resto de su vida. Iba a tener un efecto fundamental

sobre su pensamiento en todas las esferas. Aun cuando siguiera considerándose y llamándose socialista, aunque siempre defendiera su compromiso con el socialismo, desde entonces y en lo sucesivo su lealtad estuvo siempre con el racionalismo de la élite intelectual francesa del siglo XVIII.

Esto no equivale a decir que sus ideas acerca de la estrategia de la revolución constructiva fuesen a permanecer invariables hasta su muerte. Cuando se instaló en Uppark durante aquel invierno aún era un joven extremadamente ingenuo, convencido de que la raíz de todos los males de la sociedad era la desigual distribución de la riqueza y el despilfarro de los recursos humanos implícito en el funcionamiento mecánico del sistema de clases. Ahora bien, a medida que fue envejeciendo se diría que empezó a pensar en que otros factores podrían tener idéntica o incluso mayor incidencia a la hora de determinar si la vida merecía la pena vivirse. Se dio cuenta de que aun cuando en general fuese cierto que la pobreza daba sobrada cuenta de toda clase de miserias, entre los más pobres había personas que no tenían nada de infelices, y que muchos de los más desdichados e infelices no eran ni mucho menos pobres, sobre todo tratándose de mujeres. También le sorprendió descubrir con qué frecuencia los dones naturales, sobre todo en lo tocante a las mujeres, dejaban de ser debidamente reconocidos y quedaban sin desarrollar entre

los hijos de las clases altas. Le tuvo que dejar de una pieza que el privilegio, en general, pudiera ser una trampa análoga a la carencia más absoluta, incluida la carencia de oportunidades de medrar en la vida, y que, sobre todo tras su inmersión en los detalles más escabrosos de la vida de Gissing, el orden convencional de las prioridades revolucionarias muy posiblemente pudiera estar totalmente errado. Bien podría darse el caso de que lo primordial en cualquier transformación verdaderamente radical de la sociedad, realizada por el bien común, no fuese cuestión de riqueza ni tampoco de clase. Podría darse el caso de que poner término al sometimiento de las mujeres fuese el logro que más clara y más rápida y eficazmente ampliase las posibilidades de alcanzar la felicidad para todos los mortales. Y esto podría llevarse a cabo mediante el reconocimiento de la mujer como individuo igual al hombre en todos los sentidos, mediante su liberación total, para que la mujer fuese a la vez rival y compañera del hombre, como prefiriese, en cualquier terreno de la experiencia al que deseara dedicarse. Este

objetivo podría llevarse a cabo sin asesinatos y sin expropiaciones, y además pondría fin muy rápidamente al abrumador despilfarro de inteligencia y de fuerza implícitos en el confinamiento de la mitad de la población al desempeño de las tareas domésticas que deberían reservarse a quienes carecieran de la educación elemental. Por encima de todo, este objetivo podría terminar de una vez por todas con la causa principal de la infelicidad y la desesperación características de la vida familiar en la época victoriana, haciendo del matrimonio un contrato pactado entre dos partes iguales. Los hechos más descarnados de la biología humana no se le habían pasado por alto; tuvo el sentido común elemental de percibir que toda legislación destinada a la liberación de la mujer seguiría siendo fútil si olvidase datos tan objetivos. Hacia 1903 o 1904 se había convencido plenamente de que la solución más eficaz al problema que planteaban radicaba en tomar fondos de la recaudación global de los impuestos para conceder subsidios a la maternidad: estuvo muy seguro de que en cuanto se aceptase, en términos generales, que la mujer tenía derecho a gozar del respaldo financiero del Estado durante el embarazo y durante los primeros años de la vida de su hijo, la espina dorsal del penoso sistema vigente habría quedado definitivamente quebrada.

Fue pues lógico y natural que su hábito de pensar en tales cuestiones, de incidir sobre tales líneas de pensamiento, lo llevase a centrarse en la acción politica, aun cuando sólo fuese por su deseo de influir en la sociedad o de propiciar la introducción de medidas legislativas más progresistas. Esto tuvo que resultar obvio incluso a quienes lo hubiesen leído, sólo por encima, ya a comienzos de siglo. Sintió un gran placer cuando Beatrice Webb[190] le escribió en 1900 para comunicarle cuan interesantes le habían parecido algunas de las proposiciones que expresó en sus Anticipaciones, por entonces recién publicadas. Fue éste su primer libro de especulaciones serias en tomo al rumbo que con toda probabilidad habrían de adoptar las modernas sociedades en un futuro inmediato; la lectura de ese volumen condujo a la señora Webb a

[190] Autobiografía: H. G. W., capítulo 9, sección 9

preguntarle si no le importaría hacerse miembro de un club que ella y su esposo, Sidney Webb, estaban organizando por entonces. Había de llamarse «The Co-efficients», y se proponía configurar una atinada selección de los pesos pesados de mayor operatividad en los principales partidos políticos, para ponerlos en contacto con las personas más destacadas pero ajenas a la política de partido, personas que tuviesen ideas acerca de las cuestiones sociales que poco a poco iban a convertirse en los temas candentes del momento.

Mi padre llegó fácilmente a la conclusión de que si se convertía en efecto en miembro de los «Co-efficients», dispondría exactamente del tipo de entrada en el mundo de la política que en el fondo estaba buscando. Se sumó a ellos, y bien pronto empezó a cenar con regularidad en compañía de un grupo dentro del cual figuraban, entre otros, Arthur Balfour, ex secretario de Interior, que pronto llegaría a ser primer ministro; Richard Haldane, que había de ser ministro de la Guerra y Lord Canciller; Sir Edward Grey, futuro secretario de Asuntos Exteriores; los conservadores y derechistas Leo Amery y Lord Milner; el poeta y cortesano Sir Henry Newbolt; el filósofo radical y conservador Bertrand Russell. Dentro del grupo se encontraba también un hombre que había sido ministro de Justicia en Nueva Zelanda y que había llegado hacía poco tiempo para Londres, para desempeñar las funciones propias de un embajador, en calidad de agente general de la colonia neozelandesa, un tal William Pember Reeves, cuya esposa era una fervorosa feminista y cuya hija, Amber, aún era una adolescente.

Mi padre disfrutó una enormidad entre los «Co-efficients», amén de tener notable éxito con ellos. Al término de su primer año de pertenencia a este grupo, a Beatrice Webb se le ocurrió que su inscripción en la Sociedad Fabiana podría ser muy beneficiosa, de modo que le comunicó que, en su opinión, debería pensar en su ingreso como miembro: era un hombre, le dijo amablemente, que respondía perfectamente al tipo de intelectual aventurero y de amplísimas miras que la Sociedad necesitaba para salirse de su tendencia a discurrir por un sendero demasiado estrecho, determinado por los intereses especiales de los miembros más dominantes. De todos modos, también le dijo que estaba segura de que incluso sólo con acudir a las conferencias, a escuchar a los ponentes, encontraría infinidad de ideas estimulantes y de retos muy jugosos en sus debates, que a menudo alcanzaban niveles verdaderamente altos cuando miembros como Shaw o Graham Wallas estaban en plena forma. Mi padre titubeó antes de aceptar esa sugerencia. Había oído hablar bastante de la Sociedad, sobre todo por boca de Wallas y de Olivier; no todo lo que había podido saber era especialmente recomendable. Se había formado la impresión de que en el fondo la Sociedad era una especie de corte que los Webb habían concebido a su antojo, una pequeña sociedad de admiraciones mutuas que ofrecía abudantes e intensas afinidades con la célula socialista de la casa-embarcadero de Morris, en donde aquella detestable campana cortaba por lo sano toda disensión. Con eso y con todo, existía la remota posibilidad de que, si ingresara en la Sociedad, tuviese acceso al tipo de audiencia que quizá mejor pudiera responder a

sus ideas sobre la importancia de incluir como objetivo en todo programa eficaz de reforma social el poner término al sometimiento de las mujeres. Tras muchas vacilaciones, mi padre ingresó en la Sociedad Fabiana en febrero de 1903.

La primera actuación de mi padre ante un público compuesto por fabianos no fue por cierto un éxito digno de recordarse. Aunque era un conversador inmejorable e infatigable cuando se hallaba entre amigos, ya que hablaba de maravilla, carecía completamente de las cualidades propias de un buen orador en público. Esto tuvo que aprenderlo por las duras, ya que no había sabido guardar la compostura en los debates en los que participó cuando aún era estudiante. Se presentó por primera vez ante los fabianos con la certeza de que iba a volver a fracasar. Tampoco podría decirse que perdiese la atención de su público, ya que en ningún momento llegó a perderla. Sabedor de que le iba a salir un hilillo de voz, sobre todo si forzaba las cuerdas vocales, tal y como acostumbraba, prosiguió su intervención en un bajo murmullo, dirigiéndose a una invisible presencia situada unos palmos por debajo de las notas que había preparado para su ponencia. Más adelante pudo rescatar parte de este naufragio por

el sencillo procedimiento de retomar la idea central de su ponencia para transformarla en el germen de The Food of the Gods (*El alimento de los dioses*), una fantasía sociológica en la que describe con todo lujo de detalles y con gran entusiasmo la reducción al caos del mundo de finales de siglo gracias a las consecuencias físicas que tendría la liberación accidental de una enorme cantidad de estimulantes del crecimiento, que convierten a todos los seres jóvenes, de cualquier especie, en individuos siempre de mayor tamaño que sus progenitores. Al terminar la historia, una nueva raza de gigantes que han dejado enanos a sus padres se prepara a conciencia para emprender la tarea de crear un sucedáneo de un mundo de pequeñeces minúsculas que se les ha quedado pequeño, en el que ya no pueden habitar. Lo que quiso decir y dijo mi padre en esta parábola fue que las consecuencias de la revolución industrial, los incrementos globales de la población mundial, el desmedido aumento de las ciudades, el inmenso incremento del volumen del comercio y la escala desmesurada de no pocas operaciones industriales, por no mencionar, sobre todo, la aparición de las titánicas acumulaciones de riqueza en manos de los nuevos conglomerados y corporaciones industriales gigantescas, habían puesto en marcha una serie de nuevos factores de gran peso, que el político que aspirase a ser una especie de arquitecto de la sociedad de ninguna manera podía permitirse ignorar. Si los Fabianos que asistieron a la reunión en la que Wells expuso la ponencia originaria hubiesen sido capaces de oír con detenimiento lo que les dijo mi padre, muy posiblemente habrían podido entender por qué escogió este tema para exponerlo ante ellos. Lo que en cambio dejó en manos de su público, que tendría que haberlo inferido, fue que había llegado a la conclusión de que una corporación que se limita voluntariamente a contar con un total máximo de setecientos miembros, que se aferra casi a la desesperada al planteamiento intimista del club privado tan propio del cambio de siglo, de ninguna manera podía aspirar a ser el agente eficaz de un cambio social

realista dentro del contexto de un estado industrializado; el primer paso que debería haber dado la Sociedad, caso de que de veras desease alcanzar sus objetivos en toda su amplitud, tenía que ser su propia transformación en una organización de ámbito nacional, dotada de la fuerza numérica necesaria para contar con una mínima credibilidad política.

Aunque entre tanto acudió a buen número de reuniones sólo para enterarse de lo que se cocía en la Sociedad, los fabianos no tuvieron más noticias de mi padre hasta que transcurrió un año entero. Lo que sucedió entonces, en marzo de 1904, fue que escribió al secretario de la organización, Edward Pease, para referirle que estaba pensando en renunciar a su condición de miembro. Dio por razón esencial la simpatía que le unía con su amigo Graham Wallas, que se había dado de baja poco antes para protestar contra la adopción de una estupidez ideada por Shaw en lo tocante a la posición de los fabianos sobre la cuestión del libre comercio frente a la reforma arancelaria.

Algunos autores han dado a entender que mi padre arrojó esta amenaza contra Pease no sólo porque apoyase de todo corazón los planteamientos de Wallas, sino también, y sobre todo, porque no había madurado lo suficiente para reconocer haberse equivocado en cualquier situación en la que se le exigiese retractarse, máxime si tenía una serie de opiniones positivas al respecto. Estos autores respaldan sus opiniones citando la carta en la que Pease[191], una vez recibida la amenaza de dimisión remitida por mi padre, intenta convencerle de que se retracta haciéndole saber a botepronto, como si fuese un niño o un retrasado, que lo propio de los miembros de corporaciones democráticamente constituidas no era salirse de las mismas con una rabieta cada vez que se encontrasen en minoría a la hora de votar una cuestión de índole política. Mi padre ya había empezado a sentirse molesto con la costumbre que tenía Pease de mostrarse con él tan condescendiente como si fuese un individuo de baja extracción, y como sabía perfectamente que Wallas no se había ganado a pulso tales reprimendas a raíz de su propia dimisión, el intento persuasivo del secretario de la Sociedad surtió el efecto negativo que por costumbre tenía que producir. El debido trato por parte de Shaw y de los Webb, no obstante, tuvo mayor eficacia para hacerle regresar al redil. Los Webb llegaron incluso al extremo[192] de comprometer todo un fin de semana destinado a aplacar sus ánimos; se apresuraron incluso en pasar dos días con él, en su casa recién estrenada a orillas del canal de la Mancha, en la punta de Folkstone Leas. Redondearon su buena acción ofreciéndole una de sus cenas[193] nada más regresar a la ciudad; allí estuvieron los Shaw, así como el obispo de Stepney y el exasperante, aunque admirable, Arthur Balfour, que ya había llegado a ser primer ministro. Mi padre, que nunca pudo sustraerse al descomunal encanto que en privado tenía Balfour. lo pasó de maravilla, e incluso alivió su

[191] Carta: Pease a H. G. W., 29 de marzo de 1904
[192] Diario: B. Webb, 19 de abril de 1904
[193] Diario: B. Webb, 20 de abril de 1904

sentimiento de culpa al dejarse manipular por las atenciones y las adulaciones que le fueron deparadas, llegando a enviar una cáustica carta de desagravio a Pease[194], en la que retiraba su amenaza de dimisión. En ella dejaba bien clara cuál era su postura: «*Repruebo sin paliativos a la Sociedad Fabiana*», decía, pasando acto seguido a explicar que había optado por seguir siendo miembro de la misma sólo para trastocar dicha agrupación y reformarla de punta a cabo. Una vez pronunciada esa declaración de intereses, incluida ya en los anales «*Pease nunca se deshizo de nada que fuese susceptible de formar parte de los archivos*», nadie podría decir que prolongó su pertenencia a la sociedad sobre un fingimiento. Sin embargo, hasta dieciocho meses más tarde no salió a la palestra para hacer saber a los miembros en pleno que se proponía transformar la sociedad tan por completo que difícilmente sería reconocible una vez concluyese su tarea.

Quizá sea necesario, llegados a este punto, recordar al lector que el primer año de mi padre dentro de la Sociedad Fabiana fue también el año que tan dolorosa y tan aberrantemente terminó para él con su viaje de Navidad a St. Jean Pied-de-Port, con su humillante fracaso y su falta de aplomo junto al lecho mortuorio del pobre Gissing. Esa intranquilizante experiencia, con su apocamiento, fue un simple prólogo a su posterior inmersión en la maraña de patéticos secretos en que había vivido su amigo, seguida a su vez por otro revés personal de muy distinto jaez: descubrió de golpe que iba a ser incapaz de finalizar como quería el libro en el que llevaba más de dos años trabajando[195]. Solamente fue capaz de ponerle punto final recortando el texto en unas treinta mil palabras, aparte de suprimir uno de los personajes más importantes de la historia que había deseado relatar.

Como las partes suprimidas de este volumen han sobrevivido, es fácil demostrar que tendrían que haber desaparecido antes de que *Kipps* resultase un libro susceptible de publicación; tal y como aún se sigue pensando en el caso de muchas de sus novelas mejor organizadas y más eficaces desde el punto de vista narrativo, es posible que al lector menos familiarizado con estas cuestiones literarias le cueste trabajo entender por qué se sintió mi padre tan mal al hacer lo que por fuerza tuvo que hacer para salvar ese texto. Sin embargo, esa clase de pensamientos equivalen a ignorar la consternación que con toda probabilidad invade a cualquier escritor cuando se ve obligado a reconocer, siquiera sea a solas, que no ha dispuesto del menor control sobre su propia obra por espacio de semanas, de meses o incluso de varios años. En semejante tesitura, el efecto que este reconocimiento tuvo sobre mi padre, un hombre por lo común de humor mercurial, fue su desmoronamiento depresivo, del cual le costó más de dos meses salir. Es característico de su talante que lograse salir de ese marasmo por medio de una pugna que libró con alguien que por

[194] Carta: H. G. W. a Pease, 28 de abril de 1904

[195] H. G. W. había empezado a escribir Kipps con el título de The Wealth of Mr. Waddy (La riqueza del señor Waddy) durante el invierno de 1898-1899. Sobre la historia de esta pre-publicación, véase: Monografía, Harris Wilson, con el título original de la novela

entonces le fastidiaba especialmente; en este caso le tocó el turno al pacto privado que había firmado con Jane. Repasó las dudas que le inspiraba el acuerdo, las meditó y forjó con todo ello un nuevo libro, A Modern Utopia (*Una utopía de la modernidad*)[196].

En esta obra tomó por punto de partida su recorrido a pie por el valle del Jura, en compañía de Graham Wallas; se convirtió a sí mismo y a su compañero en personajes de novela, y los hizo traspasar los límites de las dimensiones para transportarlos a otro mundo que existe en paralelo a este en que vivimos. No pasa demasiado tiempo hasta que se encuentran con sus contrapartidas ficticias en un valle del Jura igualmente ficticio en el que acaban de ingresar, y de ellos aprenden, entre otras muchas cosas, que acuerdos como el que él acaba de estipular con Jane no sólo eran allí lo más común, sino que, además, los poderes estatales ya habían adoptado el principio de que la maternidad y el cuidado de los niños debiera ser objeto de subvención por parte del Estado. De hecho, mi padre había decidido repasar desde la fantasía una ciudadanía en la que la revolución sexual ya hubiese tenido lugar. Mientras estuvo enzarzado en pugna con las dudas que aún le inspiraba el tratado que tenía con Jane, descubrió un modo perfecto para construir un globo sonda que le proporcionaría alguna que otra indicación acerca de cómo las ideas que tenía sobre lo que por entonces se denominaba «amor libre» casi con toda seguridad terminarían por hundirse, dentro de la Sociedad Fabiana y también fuera de ella, antes de salir a la palestra para defender dichas ideas como base de un programa de construcción social. Cuando se publicó *Una utopía de la modernidad* se llevó una grata sorpresa gracias a la acogida que tuvo el libro, amén de sentir auténtico placer por la cantidad de cartas que recibió de los fabianos, en

las cuales le comunicaron cuánto les había gustado todo lo que expresaba acerca de la cuestión de las costumbres sexuales y de las posibilidades de mejorarlas en serio. Los fabianos apreciaron que Wells fuese capaz de expresar sin rodeos que sus autoridades utópicas estaban en lo cierto al no sentir el menor iteres por lo que pudiera ocurrir entre dos adultos que no estuviesen casados, sin importar quiénes fuesen, ni lo que hicieran, siempre y cuando las actividades que pudiesen desarrollar permaneciesen en el reino de lo privado y sin surtir ninguna consecuencia. Este enfoque incondicional contó en especial con el respaldo de los fabianos más jóvenes, sobre todo los abogados, que tenían intensos sentimientos sobre la mala utilización que se hacía de los tribunales de lo penal como si fuesen tribunales destinados a juzgar lo moral. Entre los fabianos, hubo otros, y sobre todo las mujeres, que le comunicaron lo mucho que les había gustado el libro por haber visto en sus páginas que el tránsito de la niñez a la edad adulta sería infinitamente más llevadero tanto para los niños como para las niñas en una sociedad que tolerase la experimentación, como era el caso de la que él había propuesto en su libro.

[196] novela: H. G. W., 1905. Contiene una versión ficcionalizada del paseo de H. G. W. por el Jura en compañía de Graham Wallas, supra

Una de estas jóvenes mujeres de la Sociedad Fabiana era la esposa de Pember Reeves, la por otra parte ya no tan joven Maud Reeves, feminista nacida en Australia. Había ingresado en la Sociedad Fabiana por indicación expresa de mi padre, en parte por estar deseosa de volver a la política, en parte porque no le hacía ninguna gracia la idea de convertirse en un mero apéndice social de su esposo, a resultas de su destinación oficial en Londres. Cuando se percató de que mi padre estaba decididamente comprometido con el principio de convertir a las mujeres en ciudadanos de pleno derecho, no sólo pasó a ser su aliada, sino también una especie de manager. Éste era un terreno que conocía muy bien, por haber desempeñado un papel preponderante en una campaña de gran éxito por conseguir el derecho al voto para las mujeres de Nueva Zelanda, antes de marcharse de las colonias y viajar a la metrópoli. Al convertirse en tutora de mi padre sobre cuestiones tácticas y organizativas, transformó las posibilidades que él tenía de desplazar la Sociedad Fabiana hacia nuevos rumbos casi de la noche a la mañana. Conocía el mundo de los comités como la

palma de su mano, y tenía además la energía y la perseverancia necesarias para llevar a cabo los trabajos de organización hasta la culminación de los objetivos propuestos. Muy pronto se fijó en que mi padre jamás iba a destacar dentro de esta faceta del juego, de modo que se concentró en enseñar todas sus artes a Jane, la cual había seguido lealmente a mi padre al ingresar en las filas de los fabianos tan pronto dejó de dar el pecho a su hijo pequeño. Ambas mujeres muy pronto estuvieron trabajando codo con codo, armoniosamente, y a mediados de 1905 habían hecho lo suficiente por dar verdadera credibilidad a los hasta entonces nebulosos planes de Wells por cambiar «de arriba abajo» la Sociedad Fabiana. El paso siguiente había de ser la consecución de un desafío en toda regla frente al comité ejecutivo vigente, dentro de la agenda prevista para la siguiente reunión plenaria, que había de tener lugar a comienzos del año siguiente. En consecuencia, mi padre propuso una moción para sondear la eficacia real de la política que por entonces desplegaba la Sociedad Fabiana, de la cual hizo entrega en la secretaría dentro del plazo previsto. Así parecía abrirse vía para una pugna directa en tomo a los objetivos y propósitos de la Sociedad, aunque no fuera esto lo que había de darse a la postre.

Los subsiguientes problemas que comenzó a experimentar mi padre entre los miembros de la Sociedad Fabiana fueron en gran parte debidos al hecho de que, al haber tratado directamente la cuestión feminista, se había ganado el respaldo incondicional de casi todas las esposas de los Fabianos. Una de las primeras que acudieron en respaldo de su planteamiento, después que hubiese hecho entrega de su moción a Edward Pease, fue, por improbable que parezca, Marjorie Davidson, hasta poco antes esposa abnegada y ejemplar. Cuando hubo leído *Una utopía de la modernidad*, escribió a Jane[197] para comunicarle que cuanto más detalladamente pensaba en las propuestas de mi padre para la reforma de la Sociedad, más le convencían. Había imaginado una nueva era dentro

[197] Carta: Marjorie Pease a Jane, 24 de marzo de 1906

del fabianismo: «*Si al menos todos fuesen tan sensibles, tan amplios de miras...*» Y había llegado a pensar que la Sociedad era una especie de estrecha y exclusiva «capillita baptista dominada por el diácono Webb», proseguía, para añadir después que «*mi socialismo... es mucho más democrático, radical y omnicomprensivo*».

Y, como si no terminase por satisfacerle este embelesado rapto ideológico por parte de la esposa del secretario de la Sociedad, mi padre también se había adueñado nada menos que de la compañera de por vida de un individuo de la talla de Hubert Bland, miembro fundador de la Sociedad y tesorero de la misma desde su primera reunión. Bland era una persona extraordinaria[198], cuyas horas de vigilia, e incluso sus sueños, seguramente, estaban dedicados a hacerse pasar por persona capaz de desempeñar muy diversas actividades, a una

de las cuales debía la posición que ostentaba dentro de la Sociedad. En aquella ya por entonces lejana primera reunión, se había decidido hacer una colecta para proporcionar a Pease, secretario de la Sociedad en ciernes, un dinerillo con el que pudiera costear los gastos de papelería y los sellos necesarios para mantenerse en contacto con los miembros de la Sociedad. La colecta sirvió para recaudar la exigua suma de trece chelines y nueve peniques; a Bland se le nombró tesorero y se le confió ese dinero, por el mero hecho de ser el único hombre de negocios entre los presentes. Su derecho a ostentar tal cargo no se sostenía sobre gran cosa. Aunque sí leyese la columna sobre asuntos de la ciudad del periódico diario que comprase, era un hombre sin sustancia, y su experiencia en los negocios se limitaba a haber fracasado en su intento por hacer funcionar una minúscula fábrica de cepillos. Al terminar su actuación dentro de la Sociedad Fabiana, a sus propios ojos se había convertido en un hombre de la ciudad, dotado de un conocimiento único de las finanzas públicas.

Otra de las imposturas recurrentes de Bland era la del soldado nato, cuyo instintivo conocimiento de toda clase de cuestiones militares lo hacía merecedor de ser considerado todo un experto en la Defensa Imperial. Este papel lo adornaba con el attrezzo necesario, y a fuerza de engominarse el pelo con pomada, peinándoselo con raya en medio, a fuerza de encerarse el bigote y retorcerse las guías, mirando fríamente al mundo a través de un monóculo, con el torso enfundado en una ajustada levita (que muy bien podría haber disimulado un corsé), y de esta guisa en todo momento, se daba un aire de recio militar hasta en los menores detalles. Tras tan aparatoso montaje no había otra cosa que una infancia pasada en la ciudad guarnición de Woolwich. Sus padres habían tenido una casa en propiedad a pocas calles del Cuartel General del Real Regimiento de Artillería, algo más allá del famoso Arsenal. Ésa era toda su proximidad con la realidad militar. El secreto que más celosamente

[198] Autobiografía: H. G. W., capítulo 8, sección 5; Biografía: Doris Langley Moore, E. Nesbit, 1933. MacKenzie, The Time Traveller, op. cit., fueron posiblemente las últimas personas que aceptaron la valoración que él tenía de sí mismo: «Un católico, hijo de la nobleza venida a menos del norte de Inglaterra.» Ya conocían a Langley Moore y a otros cuando decidieron escribir The First Fabians, 1977

guardaba «esto es, que su abuelo había sido fontanero y pintor de brocha gorda» lo tenía escondido bajo otra de sus identidades falsificadas, la del «viejo católico», uno de los pocos supervivientes de una familia de recusantes procedente del Norte, cuyo fanático apego por la religión de sus antepasados les había llevado a perder sus tierras, sus casas, sus tesoros personales. Este papel era uno de los que prefería Bland; por raro que parezca, y de forma muy conmovedora, había hecho cuanto estuvo en sus manos por legitimar esta osadísima urdimbre, al convertirse públicamente al catolicismo ya al final de su vida, como si juguetease con quién sabe qué desatinada esperanza de levantarse de la sepultura para franquear las puertas del cielo bajo identidad falsa.

Fue Bland quien asumió el liderazgo de la oposición en el momento en que los fabianos liberales propusieron que la reforma de las leyes de divorcio fuese uno de los objetivos prioritarios de la Sociedad. De paso, dijo ante públicos fascinados que estaba totalmente en contra de consagrar la Sociedad a objetivos de tal especie, basándose en que si el divorcio fuese más fácil y más barato, el daño que causaría a la calidad de la vida de familia en Inglaterra iba a ser irreparable, hasta el punto de poder desembocar en un trágico hundimiento de los criterios morales. Eran «blandenguerías» como éstas las que divertían a unos fabianos y dejaban pasmados a otros, como si fuesen revelaciones de lo que bien podrían estar pensando al respecto los miembros de mayor edad, pero fue mucho mayor la sorpresa que sintieron quienes lo conocían de cerca y quienes habían disfrutado de su compañía en ciertas ocasiones de carácter festivo, a las que no asistían las mujeres. Cuando acudía a una de estas cenas sólo para varones, al llegar la fase más benigna y apacible, al encenderse los puros y aparecer sobre el mantel los botellones de oporto, brandy o whisky que enseguida comenzaban a circular de un lado a otro de la mesa, Bland se mostraba más parlanchín e incluso, caso de plantearse el tema de las mujeres, amigo de contar picantes anécdotas personales. De este tema trataba impostando a un psicólogo que hubiese hecho abundantes trabajos de campo, por así decir, y describía «pura y llanamente con ánimo de ilustrar» curiosas experiencias, una tras otra, de las que había tenido conocimiento, revelando de este modo, en aras del interés científico, que era un tenorio incansable y, desde luego, de notable éxito.

Mi padre lo detestaba, pero rápidamente sintió un gran aprecio por su mujer, Edith Nesbit. Bland había conocido a esta complicada y dotadísima mujer en 1877, cuando ella tenía diecinueve años y él veintidós (siendo mi padre un niño de diez años). Los Bland se casaron tres años más tarde, estando Edith Nesbit en el séptimo mes de embarazo. A su debido tiempo dio a luz un varón. El segundo hijo que registró Bland a su nombre nació dos años más tarde, en 1882. Y aunque Edith iba a pagar por la crianza de este otro niño, lo cierto

es que no fue suyo. Por entonces Bland tenía la mente puesta en más altas miras que en pringar a secas algunos dineros de aquí y allá, dejando que su mujer se ocupase de los aspectos más groseramente materiales de esta vida. Lo cierto es que ella se encargaba del mantenimiento de la

familia, de su esposo y de los niños que fueran teniendo, escribiendo novelones románticos exclusivamente por dinero, por encargo de las nuevas revistas de amplia difusión. Dedicada con verdadero fervor a esta ocupación, conoció y se hizo amiga de una tal Alice Hoatson, una joven no muy felizmente contratada en las oficinas del Sylvia's Home Journal. Ganaba un salario de miseria como lectora de manuscritos, haciendo todo el trabajo que el redactor que se ocupaba de preparar las obras de creación, por ser hombre, hacía a cambio de un salario relativamente holgado. Al quedar Edith embarazada por segunda vez, a finales de 1884, persuadió a esta nueva amiga suya para que formase parte del entorno doméstico de los Bland, para trabajar como una mezcla de secretaria, cuidadora de los niños y dama de compañía. Edith dio a luz a su segundo hijo en 1885, y volvió a quedar embarazada durante ese mismo año. Aún no se había hecho del todo a la idea cuando Alice Hoatson tuvo que contarle que también ella estaba en estado de buena esperanza. El hijo de Edith nació muerto en la primavera de 1886, con gran consternación de la madre. Unas cuantas semanas después de que Alice diese a luz, Bland comunicó a Edith que le desazonaba muchísimo la enorme pena que ella sentía por haber perdido al bebé, y le sugirió que para aplacar su dolor, y para ayudar a su amiga Alice a salir del brete en que se encontraba por ser madre soltera, podría adoptar a la niña y criarla como si fuese suya. A Edith le gustó la idea, y así se convirtió la niña en Rosamund Bland a ojos de la ley.

A Edith sólo le costó un total de seis meses darse cuenta de que su marido era el padre de Rosamund, cuando Alice seguía siendo aún amante suya. Sintió una pasajera rabia, sobre todo consigo misma, por haber sido tan crédula, nada en comparación con la furia que sintió contra Bland por haberla engañado, pero antes de haber dicho o hecho algo irreparable, pudo calmarse y llegar a la conclusión de que podría, a pesar de los pesares, seguir viviendo tal y como estaban las cosas. Nunca había llegado a creer del todo que el destino le reservase la verdadera felicidad, y disfrutaba en el fondo de la interesante vida que le había deparado, de modo que bien podría seguir conviviendo con su marido.

Los Bland seguían viviendo de forma sin duda interesante, pero muy diferente, cuando quince años más tarde los conoció mi padre. Edith había dejado de escribir para las revistas de poca monta, ya que se había convertido con gran éxito en una sobresaliente escritora de libros para niños. Sus crónicas de las venturas y desventuras de los niños de la familia Bastable se vendían sin cesar. Ya no tuvo que vivir ganándose una guinea de cualquier manera aquí y otra allá, aun cuando tampoco tuviese las cosas aseguradas. Edith mantenía a Bland en un tren de vida que para él, por sí solo, habría sido inalcanzable; lo había instalado en Well Hall, una deliciosa casa de campo, con foso y con un magnífico jardín, perdida en la campiña de Kent pero con una fenomenal comunicación por ferrocarril con la ciudad. Los Bland vivían a lo grande, sin reparar en gastos y con generosidad; jamás rechazaban la presencia de un amigo. El dinero que entraba a espuertas gracias a la venta de los libros para niños se gastaba con la misma rapidez con que llegaba, o a veces a mayor

velocidad; la fiesta que se daba en aquella casa parecía seguir en marcha de por vida. Bland seguía teniendo sus éxitos con las mujeres, aunque empezaba a parecer más bien un gordinflón y deteriorado Matthew Arnold, en vez del apuesto galán de antaño: más bien sus víctimas se mostraban deferentes con él, en vez de perder la cabeza por él. En cuanto a Edith, se diría que le importaba un comino quién fuese la última de sus conquistas, o que dichas jovencitas estuviesen en apuros. De un modo u otro, se diría que esta clase de asuntos se solucionaban por sí solos, sin que hubiese demasiadas variaciones sobre el guión de costumbre. Bland y sus amoríos ya no le parecían ni la mitad de interesantes que antaño; cada vez se implicaba más en sus propias amistades, intensamente platónicas, al tiempo que le preocupaba sobre todo la vida de grupo. ¿Dispondría de camas libres suficientes para alojar a toda la gente que corría a verlos desde la ciudad, en los trenes de media tarde o de primera hora de la noche? ¿Habría alimentos suficientes para todas las visitas? ¿Se llevarían bien unos con otros?

Mi padre, tal como he dicho, tomó un gran aprecio a Edith Nesbit; Bland en cambio le pareció una inverosimilitud de tercera fila, e hizo todo lo posible por ignorarlo. Bland nunca había sentido el menor aprecio por los hombres que lo trataban como a un simple pasajero a bordo del arca que llevaba su esposa; el desagrado que sintió por mi padre devino enemistad sin paliativos tan pronto se dio cuenta de que Edith respaldaba la causa defendida por Wells en su propia casa. Era la última persona que podría haber aceptado la idea de que la Sociedad Fabiana pudiese llegar a ser una institución madura para emprender drásticas reformas y ampliaciones. El servicio que prestaba a la Sociedad, en calidad de tesorero y miembro de la ejecutiva, le proporcionaba el único pretexto posible para ser el alguien de sus fantasías e imposturas; era natural y previsible que contemplase las propuestas de mi padre como una amenaza sobre su felicidad, era lógico que resolviese frustrar dichas propuestas en la medida de sus posibilidades. Igualmente de cajón fue que olvidase sus disputas con su antiguo aliado y viejo amigo, Pease, y que lo pusiera sobre aviso de que era necesario hacer algo, lo que fuese, con tal de detener a mi padre e impedir sus avances, antes de que llegase a causar un daño irreparable a «su» sociedad. Alertado, Pease, que ya era de la misma opinión, se propuso hacer todo lo que estuviera a su alcance con tal de obstruir las propuestas de mi padre, de modo que al término de un año la moción que mi padre había esbozado con ayuda de Maud Reeves estuviese tan lejos de ser presentada ante la asamblea general de la Sociedad como lo estuvo antes de ser ideada.

A comienzos de 1905, Maud Reeves entendió, y así se lo hizo entender a mi padre, que si realmente deseaba dejar su sello personal en la Sociedad tendría que poner de manifiesto sus dotes de liderazgo, al igual que sus dotes de intrigante. Muy pronto tendría que ponerse en pie de guerra y demostrar que estaba en condiciones de dominar con aplomo una reunión multitudinaria. Ella le indicó que ningún político podrá jamás tener la esperanza de coronar con éxito una empresa si siente un miedo cerval por el estrado; le dijo que estaba agrandando en exceso la

importancia de sus defectos físicos. Tener un vozarrón y una presencia importante no lo es todo: si consiguiera mantener la frialdad, hablar despacio, si no se pusiera a farfullar y a comerse las sílabas, con toda seguridad se le prestaría la debida atención, de eso a ella no le cabía ninguna duda. Maud Reeves le dio el valor necesario para postergar definitivamente el recuerdo de su contratiempo inicial, para ponerse a prueba frente al público de los fabianos congregados, en dos reuniones distintas, a poco de comenzar el año nuevo. Estaba previsto que hablase sobre el controvertido tema de *Las culpas de los fabianos* el 12 de enero, sólo que la ejecutiva dio en pensar que una sesión de autocrítica no sería lo más indicado en la víspera de unas elecciones generales, de modo que le pidieron que comentase un tema alternativo. Por fortuna, tenía ya preparado un ensayo de tono ligero sobre las realidades de la pobreza, tema del que, según pensaba, el fabiano medio conocía bien poca cosa, de manera que este ingenuo intento por hacerle perder el equilibrio no llegó a prosperar. This Misery of Boots (*Qué miseria de botas*), el texto en cuestión, no se deja leer demasiado bien hoy en día, pero lo cierto es que sus primeros oyentes se dejaron embelesar por su frescura y por su planteamiento directo. Como salió airoso de la prueba, un público expectante estaba esperando su intervención del 9 de febrero, que es cuando por fin logró dar expresión a *Las culpas de los fabianos*. Maud Reeves había convencido a los integrantes más jóvenes de la Sociedad con los que pudo contactar para que estuviesen presentes en la conferencia, prometiéndoles que iba a ser algo muy bueno, y gracias a la inspiración de esta cálida acogida Wells se desenvolvió francamente bien. Hizo reír a la audiencia desde el primer momento, ya que empezó por parodiar la mezcolanza de referencias privadas y de chistes de familia que por fuerza formaban parte de cualquier conferencia que pronunciase un fabiano en dicho círculo. Pasó después a argüir que el modo de hablar aceptado entre los fabianos era síntoma indiscutible de un pensamiento de camarilla; la mera existencia de dicho lenguaje tenía que ser una señal de que la Sociedad era excesivamente elitista e introvertida, incapaz por tanto de llevar a cabo la misión que a bombo y platillo proclamaba, es decir, la preparación del terreno de cara a una radical reconstrucción del orden social.

A pesar de los sarcasmos y las gracias, *Las culpas de los fabianos* fue una presentación más cruda, más calculada, más eficaz, en lo tocante a la causa de la ampliación y reforma de la Sociedad, que la que había terminado en el fracaso tras su intento de tres años antes. Esta vez sí había acertado de lleno. Nada más terminar, se dio cuenta de que se había ganado el ánimo de la concurrencia. La mayoría de los presentes en la sala comprendieron que a la ejecutiva acababa de ofrecérsele un desafío en toda regla, de lo cual tuvieron que ale-
grarse.

La Vieja Guardia de los fabianos. el grueso de los miembros de la ejecutiva que ingresaron en la Sociedad a principio de la década de los ochenta, no quiso reconocer que mi padre se había convertido para ellos en una especie de amenaza. Insistieron en considerarlo como un

fenómeno puramente transitorio, un ruidoso publicista de sí mismo que había ido a parar a su terreno sólo por ver qué publicidad podía hacerse mediante alharacas y jaleo de cierta consideración. Tuvieron la sensación de que era un hombre carente de principios y de intenciones mínimamente serias. Que prosperase o que fracasara era lo de menos, ya que de un modo o del otro pronto renunciaría al juego que había decidido iniciar, para hacer mutis por el foro. Lo correcto, respecto de él, sería seguir al pie de la letra la política adoptada anteriormente por Pease y por Bland: maniatarlo en una telaraña de obstrucciones administrativas y de procedimiento, hasta agotar su paciencia.

Shaw fue en cambio el único miembro de la ejecutiva que se manifestó contrario a esta línea. Indicó a Pease y a Bland que se equivocaban por completo al subestimar la valía de mi padre, advirtiéndoles de paso que el reto era genuino, y que sólo podrían salir airosos si lo derrotaban en una polémica abierta, por la fuerza del intelecto. Sidney Webb, a quien le agradaban los sermones aunque no le hiciesen gracia ninguna los debates, se mostró inclinado a manifestar un olímpico desprecio hacia las ideas de mi padre, hasta que éste se agotase por sí solo, aun cuando de pronto se dio cuenta de que una nueva esposa de un miembro de la Sociedad Fabiana corría serio peligro de ponerse de parte del entrometido: esta vez, la suya.

Los diarios de Beatrice Webb correspondientes a este período muestran con cuánto acierto obró Sidney al sentir esa preocupación. De una entrada a la siguiente, la autora pasa de la admiración al desprecio, del sentimiento de que la presencia de mi padre en la Sociedad era benéfica y estimulante, a otro sentimiento más poderoso si cabe, a saber, que era un peligro al cual había que resistir contra viento y marea. No es frecuente que sus escritos delaten hasta qué extremo era una mujer muy afectada por el hondo esnobismo que tan a menudo afecta a los hijos de los nuevos ricos; me parece revelador que sus encuentros tanto con Jane como con mi padre fuesen para ella ocasiones propicias a manifestar violentos arranques de ese esnobismo. Testimonian, creo yo, qué fuerza de convicción tuvo al intentar no rendirse ante la influencia de mi padre, así como la auténtica sagacidad de su marido al reconocer qué inconmovible poder tenía Wells en la imaginación y en el afecto de su esposa. Estar en conocimiento de esta realidad no llevó a Sidney Webb a sentir más aprecio por mi padre; al contrario, lo electrizó y lo llevó a la acción. Bruscamente y sin previo aviso asumió el liderazgo del movimiento que se había propuesto parar los pies a Wells, del cual pasó a ser su miembro más activo.

Webb comenzó por dar una sorpresa a mi padre. Derrotó la propuesta de mi padre[199], en el sentido de que convendría realizar una investigación sobre la eficacia de la administración de la Sociedad por

[199] Para la versión de estas maniobras de La Vieja Guardia véase Memorias: E. Pease, History of the Fabian Society, 1925. Cuando contacté con Pease, a finales de los años cuarenta, le encontré como siempre obcecado en sus imaginarias batallas por el poder

parte de la ejecutiva, simplemente concediéndole la razón sobre este punto. Así, mi padre dejó de tener la iniciativa, y así se vio privado de toda posibilidad de denunciar a la ejecutiva en una intervención en público, tal como era su intención, proponiendo que se abriese esa investigación en la siguiente asamblea general. Fue incluso más allá. Como dicha investigación había sido instituida por la propia ejecutiva, el poder de nombrar a los miembros de la comisión y de definir los términos de la encomienda quedaron lógicamente en sus manos. Para mayor vejación de mi padre, se vio reducido a la condición de mero spectator ab extra en la selección de los integrantes de un cuerpo al cual se designaba invariablemente, con irónica cortesía, «el Comité Wells». Su exasperación creció más aún cuando cayó en la cuenta de que «su» comité no iba a celebrar sesiones abiertas al resto de los miembros: no iba a tener en consideración sus opiniones, ni tampoco iba a mantenerlos informados. Sólo daría cuenta de sus hallazgos y conclusiones ante la ejecutiva, que a su vez podría «o no» exponer a los miembros sus propias recomendaciones para poner remedio a los males existentes, como base para futuras discusiones.

Cuando mi padre entendió cuan cabal y absolutamente había sido derrotado por esta maniobra, pensó que la única vía que le quedaba abierta, aparte de aceptar mansamente la derrota, estaba en el intento de hallar alguna forma para esquivar las peores consecuencias del desastre. Tuvo la esperanza de lograrlo con la introducción de una moción en la ya inminente asamblea general, en pro de una revisión a fondo de las llamadas «Bases», el estatuto de los objetivos fabianos con el cual se comprometían todos los miembros al adherirse a la agrupación. En consecuencia, se dispuso a esbozar un borrador para unas «Bases» revisadas, con la intención de comprometer a la Sociedad no sólo con la revolución económica, sino también con una revolución sexual.

Edward Pease resumió el esbozo de las «Bases» escrito por mi padre en su propia versión de estos acontecimientos. Exigía, dijo, que los miembros de la Sociedad trabajasen en pro de la reconstrucción del orden social, en la cual deberían incluirse tres apartados: la transferencia de las tierras y el capital al Estado, el reconocimiento de la igualdad de hombres y mujeres y «*la sustitución de las autoridades públicas por otras privadas en la educación de los jóvenes y el apoyo de éstos*». De ahí pasaba a comentar con pesada ironía que «*nunca llegó a desvelarse a qué quería referirse esta última cláusula*»[200]. Cierto es que su contenido sólo podía ser un misterio para quienes seguían empecinados en ignorar lo que mi padre refería con pelos y señales a todo aquel que estuviera dispuesto a escucharle, a saber, que lo que intentaba era que la Sociedad respaldase la creación de un sistema de subvenciones a la maternidad y los cuidados infantiles que protegiese a las mujeres en general de la principal de sus incapacidades en lo económico.

[200] Memorias, E. Pease, op. cit., capítulo IX

Puede que mi padre cometiese un error al adoptar la defensa de esta causa en concreto en el momento en que lo hizo, pero también puede que no lo fuese. Era evidente que la opinión pública del país, en conjunto, no estaba todavía preparada para que semejante programa se llevase a cabo, pero la esencia del liderazgo es su capacidad de innovación, y la Sociedad presuntamente tenía que desempeñar una función educativa y directriz. Abogar por semejante plan podría haber llevado a la Sociedad muy por delante, quizá demasiado, del grueso de la población, pero conviene tener presente que en aquella época las capas más depauperadas de la población inglesa vivían en un estado poco menos que de barbarie, pues por entonces el embarazo de una mujer soltera era equivalente a una sentencia de encarcelamiento por prostitución. Había mucho que decir en favor de un programa de acción que habría servido para mantener lejos del arroyo a innumerables madres solteras, que habría

servido para hacer muchísimo por la salvación de una auténtica legión de niños que fácilmente habrían muerto lentamente, de hambre, o habrían quedado tarados de por vida debido a la desnutrición. Si algo podía decirse con absoluta certeza acerca de la maternidad sin subsidios de ningún tipo, estando las cosas como estaban, era que sólo servia para endosar al país un número en constante incremento de seres humanos gravemente perjudicados. Lo que había dicho y hecho mi padre fuera de la Sociedad iba a ser a la postre causa de su perdición en el seno de la Sociedad y en el teatro de la política.

Mi abuela había fallecido a principios de junio de 1905. Se fue de esta vida después de un período bastante prolongado de demencia senil cada vez más profunda, a lo largo del cual pereció todo en ella, con la salvedad de un vago recuerdo de su carácter terco y recto. La esencia del estado final de las relaciones que mantuvo con mi padre lo transmite bien una fotografía de ambos, tomada por Jane en el césped de Spade House, en algún momento del verano anterior. En ella, mi padre aparece en pleno intento de comunicarse con la anciana señora, casi como si fuese un médium que cortejase una tímida aparición. Es obvio que él desea hacerle saber que todo, absolutamente todo, marcha sobre ruedas. La casa recién construida que aparece al fondo es, efectivamente, la suya; no hay alguaciles a la espera, ni en el recibidor ni a la vuelta de la esquina. Mi abuela mira con rostro inquisitivo a alguna otra parte; su cara es la máscara de la confusión y el espanto. Está claro que tiene en mente aquellos terribles días de la Nueva Posada, durante los que su madre agonizó mientras la altanería de las ficciones y las mentiras de su padre se hacían añicos a su alrededor. No le puede parecer verosímil que su torpe y perezoso hijo, incapaz de toda perseverancia, haya podido contratar personalmente a su propio arquitecto para diseñar y construir la casa en la que ha de vivir su familia; no le tocaba en suerte haber hecho tal cosa. Sólo la nobleza, o los hombres que encuentran el éxito en la dedicación a un oficio respetable, tenían el derecho a construir sus propias casas. Le daba la sensación de que su hijo volaba demasiado alto, y su mujer y su propio hijo habían de ser quienes a la sazón pagasen por tantas presunciones. Cuando saliera a la luz la verdad, es decir, que su Bertie era un don nadie, que no tenía nada en que respaldarse, sus amigos en

tiempos de bonanza lo abandonarían todos, y Jane y sus chicos tendrían que echarse a la calle. Lo que en cambio intenta decirle mi padre es algo que no le llega: lo único que alcanza a oír en su voz es el remoto eco del perezoso optimismo de su propio padre. Jamás había podido ella creer que iba a llegar tan alto, ni tampoco decirle que lo admiraba por hacer lo que había hecho.

Y entonces, de repente, falleció. El interés que tuvo mi padre por la fotografía estaba en su punto más candente cuando falleció su madre; después de que fuese amortajada, se llegó a pasar varias horas alrededor del féretro, intentando captar su imagen con su cámara, antes de que desapareciera para siempre. Las desvaídas reproducciones en tonos sepia de aquellos negativos pueden verse hoy en la biblioteca de la universidad norteamericana, extrañamente tan lejana, a la que fue a parar el grueso de sus papeles. Muestran que la muerte terminó de quitar la suavidad y la debilidad de la edad de su ajado rostro, restaurando aquel granítico aspecto que le había convertido en adversaria formidable, temible, cuando mi padre se enfrentó a ella en lucha por lo que parecía entonces su derecho a la vida. A duras penas logró soportar lo que había visto en aquel semblante implacable, así como en las fotografías reveladas, hasta el punto de no poder olvidar la visión. A esa imagen iba a recurrir novela tras novela, a lo largo de unos cuantos años. La muerte de su madre tampoco cerró el libro definitivamente sobre lo peor de sus relaciones, ya que simplemente sirvió para abrir un nuevo capítulo de la historia. Le dio acceso al diario que tan abrumadoramente había urdido, en el que revelaba el odio cultivado casi con devoción que había constituido el meollo de su vida matrimonial, así como la mortífera apuesta a la que él debía su existencia. Al leer página tras página el diario de su madre, se remontó a cuarenta años antes, a los terribles instantes que siguieron a su alumbramiento, al momento en que abandonó la carne que lo cobijaba, en la cual ella htibo de afrontar el hecho de que había reanudado las relaciones sexuales con su aborrecido esposo sin tener en mente ningún propósito sano, y el hecho de que aquella cosa resbaladiza, ensangrentada, que la comadrona estaba lavando como si fuese un bien preciado, no era en realidad más que otro chico. No se le había dado la hija por la que tanto había rogado al cielo, para que la compensara por la pérdida de su adorada Possy.

La reacción de mi padre ante la tremenda conmoción que le supuso la lectura y relectura de ese atroz documento no pudo ser más característica de la clase de hombre, de la clase de escritor que era. Trató de hallar alivio de tanta inquietud en la fantasía, imaginando un estado de hechos dentro del cual nadie pudiera verse atrapado en una pesadilla similar a tan siniestro matrimonio. Se había mantenido bien informado de las novedades científicas de la época, terreno en el que se hablaba en abundancia de los cometas. El cometa Encke estaría de regreso en la órbita terrestre en 1906, el Halley en 1910. La técnica de análisis espectrográfico acababa de descubrirse; se dirimían animadas discusiones acerca del significado de la información que había empezado a obtenerse en torno a la química de las colas tradicionalmente feroces y arrasadoras

de tales cuerpos celestes. Fue todo un descubrimiento que las ingentes cantidades de gases diversos que constituían la mayor parte de dichas colas pudiesen ser amputadas y sin quemarse cuando dichos cuerpos atravesaran los campos de gravitación de otros cuerpos celestes de mayor tamaño y densidad. Se había visto que tales nubaredas exentas se dispersaban en el vacío después de que ciertos cometas de órdenes inferiores se vieran expuestos a la acción gravitatoria de la masa terrestre. El cometa Encke formaba parte de la familia de cometas que podía completar sus circuitos de tres años y medio alrededor del sol en dos horas y media menos a cada vez. Los cálculos realizados hacían pensar en que con cada órbita se iba aproximando poco a poco a la Tierra; de ser así, bien podría acaecer que un buen día, dentro del futuro previsible, el cometa atravesara la órbita terrestre a la distancia suficiente para quedar despojado de la mayor parte de la nubareda de gases que arrastraba detrás. Así, dichos gases pasarían a formar parte de la atmósfera terrestre. En tal orden de ideas, supongamos, y es sólo un suponer, que uno de los componentes químicos de la nube de gases resultara ser una sustancia capaz de dominar la mente humana. Supongamos que sirviese, entre otras cosas, para aniquilar todo arranque de los instintos y las emociones que generan comportamientos considerados irracionales. Supongamos que, después de haber pasado el cometa, la razón misma flotase en el aire que respiramos. El tránsito del cometa podría constituir el comienzo de una nueva era. Así se encontró mi padre con un nuevo libro, *En tiempos del cometa*.

En esta nueva invención prevalece el elemento de la inocencia; si la conclusión del relato que construyó mi padre adolece de esa misma cualidad, no hay en cambio ni rastro de ella en el relato que refiere acerca de los malos tiempos vividos antes de que tuviese lugar el cambio químicamente inducido por el cometa. Esa parte de la historia expresa al máximo los sentimientos de mi padre acerca de la fealdad moral que degrada y corrompe las vidas mezquinas, vividas mezquinamente, en las sociedades en las que prevalece el arribismo y la falta de escrúpulos, sociedades en las que todo tiene su precio y a las mujeres se las trata como si fuesen un tipo de propiedad privada especialmente apetecible. Aunque incida de lleno en el campo de los frescos sociales del siglo XIX, tiene una mordacidad casi propia de Jonathan Swift. Sin embargo, la trama principal de la novela basta para derrotarse a sí misma. El final feliz, y no el fardo argumental, fue lo que resultó insufrible en su día. Los lectores de la época no pudieron aguantar que les dijese, de esa forma, que cuando los cuatro personajes principales fueron curados de sus celos y de su posesividad gracias a la inhalación de los gases del cometa, pudieron en efecto olvidar del todo los rencores e iniciar de ese modo una amistad hasta cierto punto melosa, sacarinácea, en la que cada uno de los hombres mantenía relaciones con las dos mujeres y cada una de ellas con los dos hombres en cuestión. Habida cuenta del clima de la opinión pública prevaleciente, mi padre no pudo decir esto con las mismas palabras que acabo de emplear, pero sí logró expresarse con la sencillez y la claridad suficientes. El narrador, que había estado a punto de cometer homicidio siendo víctima de la furia producida por los celos en el momento

en que aconteció el gran cambio, describe los efectos que vive un tanto a la defensiva, pero sin ambigüedad: «*Nosotros cuatro estuvimos muy unidos desde entonces, no sé si me entiendes. Fuimos amigos que nos ayudamos mutuamente, fuimos amantes en un mundo hecho por y para los amantes.*»[201]

Mi padre pudo terminar *En tiempos del cometa* mucho antes de disponerse a redactar su borrador de la versión revisada de las «Bases» de la Sociedad Fabiana. Macmillan lo había aceptado, dando al borrador el lugar debido dentro de la lista de prioridades para el otoño. En consecuencia, no trabó ninguna conexión entre el final feliz de la novela recién concluida y los objetivos propuestos por Wells para revitalizar la Sociedad Fabiana. Las «Bases» revisadas eran, para él, una cosa aparte. Comentó el texto con sus amigos y aliados dentro de

la Sociedad, a los cuales les habían gustado, y a mediados de febrero puso el documento en manos de Edward Pease, para que lo remitiese a la ejecutiva. Adjuntó una breve nota de tono personal dirigida a Pease, indicando al secretario que tenía previsto marcharse a los Estados Unidos a finales de marzo, y que por tanto le agradaría que el asunto se tratase en la siguiente asamblea general. Pease dio respuesta a la nota de mi padre pasado un breve intervalo[202], informándole de que la ejecutiva se había mostrado de acuerdo en admitir su propuesta dentro del orden del día, y que cuando la ejecutiva lo considerase oportuno el propio borrador comenzaría a circular entre todos los miembros, ya que había de incluirse en el número siguiente de The Fabian Newsletter. Se marchó a Estados Unidos con la placentera sensación de tener todo atado y bien atado.

A su regreso a Inglaterra, mi padre se encontró con que le estaba esperando una nueva carta de Pease. Se trataba de comunicarle que, desde el momento en que las «Bases» revisadas habían sido puestas a disposición de todos los miembros, le había llovido encima una andanada de interpelaciones sobre el significado concreto de las cláusulas segunda y tercera. ¿Hasta qué punto había de llevarse el reconocimiento de la igualdad entre los sexos? ¿Más allá de la cuestión de la emancipación, o no? ¿Habían de contar con el apoyo del Estado todos los niños, o sólo los nacidos dentro del matrimonio? Caso de que la totalidad de los niños fuese a beneficiarse de las dotaciones que él proponía por maternidad, ¿cómo iba a responder a las acusaciones de que en el fondo pretendía subvencionar la inmoralidad? El secretario había reservado una fecha a mediados de octubre para que pudiese dar una conferencia en respuesta a estos interrogantes, con la esperanza de que le agradase disponer de la oportunidad para lidiar con los autores de tantas preguntas como se habían planteado. ¿Tendría mi padre la amabilidad de indicarle tan pronto como pudiese si estaba o no dispuesto a afrontar semejante acto en la fecha propuesta?

[201] Novela: H. G. W., In the Davs of the Comet (En tiempos del cometa), 1906, epílogo
[202] Carta: E. Pease a H. G. W., 15 de febrero de 1906

Mi padre comunicó a Pease, encantado, que sin lugar a dudas le gustaría defender su propuesta en una reunión de tales características. Al parecer, nunca llegó a pasársele por la cabeza que, sólo con morder el atractivo anzuelo que le había tendido Pease, iba a emprender la discusión de todas estas cuestiones, en un acto público, solamente un mes después de la fecha de publicación prevista de *En tiempos del cometa*. Si la ratificación del amor libre que se hacía oscuramente en la novela, bien que de forma absolutamente inconfundible, suscitase quién sabe qué clase de escandalosa reacción, el alboroto estaría en su momento culminante cuando le llegase el momento de cumplir con la cita prevista para mediados de octubre.

Nada pudo alertar a mi padre acerca de las elevadas posibilidades de que surgiesen problemas inherentes al acuerdo cerrado con Pease. Y así fue, simplemente, porque el verano era un estación en la que por entonces no ocurría casi nada en el mundo de los fabianos. Los fabianos se marchaban de la ciudad casi al unísono nada más llegar la temporada de las fresas, para visitarse unos a otros en sus casas de campo o en sus granjas, alquiladas o en propiedad, hasta pasado el momento de cosechar por segunda vez las frutas del bosque, cuando las amapolas se arracimaban entre las margaritas acariciadas por la lluvia y caían gracias al viento del otoño las primeras manzanas. El verano de 1906, entre los fabianos, había discurrido tan plácidamente como el de todos los años hasta bien entrado el mes de septiembre, sin que los integrantes de la Vieja Guardia tuvieran ningún motivo de alarma; así estaban las cosas cuando Shaw, recién llegado de unas reparadoras vacaciones en Irlanda, indujo en todos ellos un arranque de pánico. Siguiendo los dictados de su naturaleza esencialmente traicionera, deseoso de cubrir toda eventualidad procurando parecer amigo de todo el mundo, había repasado sus contactos con los fabianos más jóvenes, y así pudo enterarse de que, después de todo, sí que había ocurrido algo importante durante la temporada vacacional. Maud Reeves y Jane, con ayuda de un grupo de voluntarios, habían trabajado de firme durante todo el mes de junio, julio y agosto, recabando una nutrida masa de votantes favorables al proyecto de mi padre, sólo con repasar a conciencia el archivo de miembros de la Sociedad. Habían cumplido a la perfección, yendo incluso más allá de las expectativas iniciales, y así a punto estuvieron de conseguir sobradamente la creación de un bloque con la fuerza suficiente para arrasar en una votación de la asamblea general. Para salpimentar lo justo esta mala noticia para la Vieja Guardia, Shaw pudo añadir, de su propia cosecha, que la división en el seno de la amplia familia de Hubert Bland se había ahondado, ya que el nombre de su hija Rosamund figuraba junto con el de su esposa al frente de los partidarios de mi padre. Maud Reeves difícilmente pudo encontrar ayuda más útil que la que ella le daba.

Bruscamente a los Webb y a sus aliados les resultó clarísimo que muy lejos de «escapar» irracionalmente, tal como había dicho con desdén y no mucho antes Beatrice Webb, mi padre había empezado a intervenir con gran eficacia: los veinte años de control que llevaban disfrutando sobre su juguete bien fácilmente podrían estar a punto de tocar a su fin. Sin

embargo, a finales de septiembre, cuando la creciente consternación que les embargaba había llegado incluso a ponerlos en situación de tirarse de los pelos o de rasgarse las vestiduras, un arma cargada y con instrucciones de uso les cayó inesperadamente en las manos. *En tiempos del cometa* por fin se había publicado, y ya había aparecido una recensión en el Times Literary Supplement. «*Las esposas de los socialistas* —había escrito el crítico del Times—, *al igual que sus bienes, han de ponerse a disposición del prójimo. El amor libre ha de ser, según el señor Wells, la esencia de un nuevo Contrato Social. Por fuerza hay que preguntarse hasta qué punto estará decidido a insistir sobre este detalle dentro de los estatutos que, según es de dominio público, tanto desea redactar para la Sociedad Fabiana; hay que preguntarse, por descontado, qué dirá el resto de los fabianos.*»[203]

Tan pronto hubo leído Shaw el ejemplar de la novela que había recibido con antelación a la fecha de salida al mercado por ser crítico literario, se precipitó a la siguiente conclusión: Wells había repartido a sus adversarios una baza con los cuatro ases. Creyó que ya no existía razón ninguna para ponerse a resguardar sus apuestas, y celebró el verse de golpe liberado del miedo que lo había atenazado escribiendo a mi padre una carta en la que le aconsejaba que renunciase a su campaña por el control de la ejecutiva antes de que Bland y Webb aunaran sus fuerzas para expulsarlo incluso de la Sociedad Fabiana. No tuvo mi padre tiempo de contestar a esta misiva cuando recibió una segunda nota de Shaw, en la que comentaba haber leído la reseña del Times Literary Supplement. El tono de esta segunda carta era de abierto regodeo[204]. En ella, Shaw hacía saber a mi padre de qué modo iba a explotarse la cuestión del amor libre con la inminente lucha por el poder, y lo hacía mediante la irónica sugerencia de que quizá los Shaw y los Wells deberían reunirse y organizar una juerga a cuatro, como la que se proponía al término de su novela. De ahí pasaba a darle un esbozo global de los mínimos sobre los que la Vieja Guardia podría estar de acuerdo para poner íin a la disputa, sin obligar a mi padre a vivir una humillación en público.

Shaw había previsto, correctamente, que los diarios de Londres y los periódicos de provincias por igual aprovecharían rápidamente la pista que había destapado el crítico del Times Literary Supplement en su velado ataque, pero había cometido un error de cálculo al llegar a la precipitada conclusión de que mi padre no era suficientemente hombre, de que no podría aguantar a pie firme la tormenta de maledicencias y puyazos que se produciría en combinación con una campaña bien orquestada de acoso y derribo contra su vida privada. Había tenido la seguridad de que mi padre iba a derrumbarse más tarde o más temprano siempre y cuando sufriese en sus propias carnes la debida presión, y había acariciado la diversión que le procuraría encargarse de aplicar esa presión sobre él.

[203] Recensión anónima, 14 de septiembre de 1906
[204] Carta: G. B. S. a H. G. W., sin fecha, probablemente 14 de septiembre de 1906

Mi padre, no obstante, estaba comprometido para el acto público de mediados de octubre sobre las dos crípticas cláusulas que incluía en su borrador para unas nuevas «Bases»; no tenía la menor intención de dejarse torear, ni de mandar el acto al garete. La presión que empezó a sufrir, procedente de los bastidores, lo encolerizó; se presentó la noche de la cita casi fuera de sus casillas. Estaba dispuesto a que nada ni nadie le impidiese aclarar todas las dudas que pudiesen haber surgido. Al subir al estrado con las notas que había preparado para pronunciar una alocución atractivamente publicitada bajo el título de «*El socialismo y la clase media*», se encontró frente a la audiencia más nutrida que hasta entonces hubiese podido reunirse en una misma sala para escuchar la conferencia de un fabiano; no llevaba ni un segundo ante su público cuando también entendió, placenteramente, que los presentes estaban favorablemente predispuestos. Animado por la calurosa acogida que tuvo, habló confiado, con convicción, y a la Vieja Guardia y a sus secuaces los sorprendió con su lúcida y convincente argumentación en pro de la desintoxicación del matrimonio y de la liberación de la mujer, dos de los objetivos socialistas de importancia prioritaria.

Para mayor consternación de sus adversarios, los oyentes se diría que apreciaron más efusivamente sus palabras al final que cuando había empezado su ponencia. Se habían tragado a pie juntillas la idea de que el matrimonio pudiese llegar a ser tomado por un contrato civil susceptible de prescribir cuando hubiese mutuo acuerdo entre las partes; habían asumido sin pestañear la necesidad de que existiese la plena igualdad política entre los sexos; ni se inmutaron ante la sugerencia de la libertad sexual de la mujer. Pero lo peor de todo fue que todos los presentes se sintieran positivamente entusiasmados por la idea de que había llegado el momento oportuno para emprender la reorganización de la minúscula y exclusivista sociedad a la que pertenecían, reorganización de la que podrían surgir los cuadros de un partido político de ámbito nacional, abierto a todo el que deseara colaborar en la consecución de sus objetivos. El único criterio aplicable a las solicitudes de ingreso sería el deseo de suscribir voluntariamente las «Bases». Y el panorama no pudo mejorar, lógicamente, cuando mi padre pasó a explicar su programa sin titubeos ni vacilaciones: su aparición en escena había sido la de un triunfador.

Sofocada la algarabía que se desató al final de su conferencia, cuando los espeluznantes sentimientos de la ocasión fueron recordados en tranquilidad, a la mañana siguiente, por parte de diversos miembros de la Vieja Guardia, no les quedó más remedio que consolarse unos a otros. Todo había sido mera ilusión; el desproporcionado alboroto armado por los jóvenes seguidores de mi padre hacía imposible una mínima precisión sobre el grado de conciencia con que se hubiese podido tomar el público su alocución. Hubert Bland estaba casi seguro de que el alboroto había ahogado no pocas desaprobaciones expresadas en silencio por muchos asistentes al acto, de modo que tras reflexionar durante cuarenta y ocho horas a ese respecto escribió[205] a Pease para comunicárselo: «*Mucho me*

[205] Carta: Bland a Pease, 14 de octubre de 1906

temo que la conferencia del señor Wells no fue ni mucho menos positiva para su propaganda. A juzgar por lo que pude oír después del acto, muchas personas se sintieron bastante molestas con sus planteamientos.» En cambio, podrían beneficiarse en cierto modo de los riesgos que había decidido correr mi padre: «*Me siento inclinado a pensar que se podrían hacer cosas mucho peores que introducir su cuestión sobre "el sexo y los niños" en la agenda de la próxima asamblea general. Lo mejor que podríamos hacer los fabianos sería incluir también la cuestión de los anarquistas, e incluso, por qué no, la del amor libre.*» Evidentemente, Beatrice Webb tuvo la sensación de que el ambiente de la Sociedad estaba poniéndose muy feo. Cuatro días después de que Bland escribiese a Pease de esta manera, hizo esta sugerente entrada en su diario:

> *H. G. Wells está, creo yo, jugando meramente con la idea del amor libre; únicamente la ha querido arrojar sobre el tapete por ver qué recibimiento se le podía deparar, sin tener en cuenta la responsabilidad inherente al efecto que pueda surtir en el carácter de quienes han tenido ocasión de oírle. Esta temeridad suya es lo que hace que Sidney le tenga tanta inquina. Yo creo que es importante no tenerle odio: lo único que ocurre es que está pasando por una mala racha, y nosotros hemos de estar junto a él, por su bien y por el de la causa del colectivismo.*[206]

Entiendo que la expresión «una mala racha» que usa Beatrice Webb se renere al lío que se había organizado a raíz de *En tiempos del cometa*, obra que ella, por entonces, aún no había leído. Iba a hacerlo finalmente a finales de octubre, por cierto que con resultados que su marido y sus amistades de la Vieja Guardia sólo podrían haber calificado de abrumadores. Hasta ese momento no había sido de ninguna utilidad en el movimiento feminista, y nunca se había pronunciado en público sobre la agitación causada por el derecho al voto de la mujer con una cierta causticidad. *En tiempos del cometa* le hizo cambiar de opinión. Tan pronto terminó de leer la novela, mandó una apresurada nota[207] a mi padre comunicándoselo, y en menos de una hora envió una carta más formal a la señora Millicent Fawcett, líder del grupo más amplio de feministas incapaces pese a todo de alinearse junto a la señora Pankhurst por la controvertida cuestión del uso de la violencia, para hacerle saber la buena nueva, es decir, que había cambiado de opinión respecto de la emancipación de la mujer. Para los varones de la Vieja Guardia habría sido muy duro el tomarse con una cierta calma esta volte jace, aun cuando hubiese sido un asunto puramente privado; ahora bien, Beatrice Webb había dado a la señora Fawcett permiso para expedir su carta al Times, con objeto de que fuese publicada. Y así, el 5 de noviembre apareció en la página central de cartas de los lectores, en el que por entonces era el único periódico importante de todos los que en Inglaterra fuesen personajes con algo que decir.

---

[206] Diario: B. Webb, 18 de octubre de 1906

[207] Cartas: B. Webb a H. G. W. y a Millicent Fawcett, 2 de noviembre de 1906

Los tres miembros activos del grupo contrario a Wells inserto en la ejecutiva, es decir, Pease, Bland y Sidney Webb, tuvieron que afrontar el hecho inapelable de que estaban en un serio aprieto. Si hubiese que tomar el comportamiento de sus respectivas señoras como síntoma indicativo, entre las mujeres de la Sociedad estaba teniendo lugar un cambio de dirección muy favorable a mi padre. Era preciso hacer algo, lo que fuese, y rápido, con tal de socavar su credibilidad como defensor de la causa feminista. Bland estaba convencido de saber muy bien qué haría falta para que funcionase el truco. Unos cuantos chismes, un escándalo bien tramado, valdrían para mostrar a las mujeres que el llamado feminismo que preconizaba Wells no era ni mucho menos un planteamiento desinteresado, y que lo que en realidad le interesaba era dar carta de naturaleza a sus aficiones lascivas y libertinas. Las mujeres eran seres apegados a la tierra, a las que siempre podría hacérseles entender la razón dándoles motivos de disputa. Si decidiera contar a unas cuantas de las mujeres de la Sociedad Fabiana lo que tan bien sabía acerca de Wells, la marejada dejaría de soplar sobre la Sociedad en un visto y no visto. Y disponía de unas cuantas anécdotas bien maduras que podía contar acerca de Wells y de la esposa de un individuo apellidado Bowkett, que había sido el mejor amigo del pequeño sinvergüenza desde que los dos fueron juntos a la escuela; podría sacar buena tajada de la historia que se refería a los extremos a los que había tenido que llegar, forzado, para mantener a su propia hija lejos de las zarpas del muy corrupto. No iba a ser coser y cantar, claro. Ahora bien, el mundo tampoco era un camino de rosas, y todos tenían que hacerse una idea de lo que a largo plazo estaba en juego: la función social de la Sociedad. Cuando todo hubiese quedado dicho y hecho, lo que estarían protegiendo iba a ser, lisa y llanamente, el interés nacional.

En esta tesitura, mi padre manifestó una vez más su debilidad como político dejando que una idea para iniciar un nuevo libro se apoderase por completo de su imaginación. Iba a ser algo realmente grande, una de esas novelas sobre el estado de la nación, por así decir, con las que tanto se divertía Dickens: se trataba de poner en marcha la carrera vital de un maravilloso personaje, la encarnación en persona de la rapacidad y la inocencia, que había de

ser a la postre una mezcla de Whitaker Wright, un operador financiero de altos vuelos que recientemente se había ido al garete, más Horatio Bottomley, un granuja encantador todavía en camino ascendente, dotado de todos los dones, con la excepción de distinguir lo correcto de lo erróneo, y una parte del marido de su prima segunda, Alfred Williams, que lo había dejado en la estacada en sus tiempos de Somerset, cuando aún era estudiante de magisterio. Con ayuda de este híbrido iba a pasárselo literalmente en grande caricaturizando el mundo de los negocios, en el que hoy va todo viento en popa y mañana se ha ido todo al garete, que por aquella época empezaba a configurarse. Estaba convencido de que podría perfilar un esbozo viable en menos de tres semanas, siempre y cuando se marchase a un lugar estimulante en donde no le distrajeran las interrupciones: por ejemplo, Venecia. Así pues, emprendió el viaje, y se

encontró a orillas del Adriático, completamente ajeno a lo que acontecía en Inglaterra, sin el menor contacto con los ingleses durante la mayor parte del mes de noviembre. Regresó a Inglaterra el 1 de diciembre, y casi de inmediato se enteró de lo que había estado tramando Bland mientras él se entregaba en cuerpo y alma a las delicias de Venecia y a esbozar el borrador de lo que a la sazón había de ser *Tono-Bungay*. La asamblea general de la Sociedad Fabiana, en la que había de lanzar el desafío en toda regla a la ejecutiva, estaba prevista para el 7 de diciembre.

La situación que Bland había urdido para recibir a mi padre a su llegada no le fue por cierto más fácil de lidiar debido al hecho de que efectivamente se hubiese beneficiado a las dos mujeres cuyos nombres habían salido a relucir. Nell de Boer, esposa de Sidney Bowkett, descubrió que mi padre pudo serle de cierta utilidad en un momento dado, tal y como tantas personas infelizmente casadas, antes y después de ella, por no decir siempre, descubren a veces la utilidad de un amigo sólo tangencialmente importante en sus vidas, pero repleto de simpatía y de afecto. Ella había deseado interponer a un hombre que le gustase entre su esposo y ella misma para que la ruptura inminente no resultase excesivamente traumática. Mi padre cumplió ese propósito a pedir de boca y ella pronto se dedicó a mantener una relación igualmente placentera, pero bastante más seria. Rosamund Bland, por su parte, había sido lisa y llanamente una mujer en un momento dado deseosa de madurar y de ser aceptada como persona adulta. La ansiedad que sentía por comenzar con buen pie en ese terreno fue algo que la corriente subterránea de tensiones eróticas, por lo demás nunca muy alejada de la superficie, tal y como discurrían las cosas en Well Hall, bien podría haber fomentado con total naturalidad; en todo el asunto amoroso hubo un extraño componente de inexorabilidad. En esta relación, los dos integrantes habían sido capaces de dar a la parte recíproca exactamente lo que deseaba: la experiencia física sin más. cumplida por dulzura y en aras de la amistad. El difícil problema con que se encontró mi padre ante los cotilleos que propagaba Bland fue que los hechos que alegaba él no podría desmentirlos. Lo único que a lo sumo podría haber aducido en defensa propia, a saber, que no había sido necesaria una labor de seducción y que tampoco había existido perjuicio ninguno, en uno u otro caso, resultaba un pronunciamiento inviable en la época, teniendo en cuenta e! clima de la opinión pública al respecto. De haber permanecido mi padre impertérrito, de haber dicho lisa y llanamente que las dos mujeres habían actuado con entera libertad y que estuvieron cada cual más que dispuesta a acostarse con él, tal y como él había sido libre y había estado más que dispuesto a complacerlas, sólo habría conseguido demostrar que era su deseo destruir la reputación de cualquier mujer que se le pusiera a tiro, con tal de salir de un aprieto como el que le había tramado Bland. Habría sido justificación de las peores y más insistentes acusaciones con que lo presionaba Bland, esto es, que en el fondo era un sinvergüenza inepto para relacionarse con la gente decente.

El sistema social estratificado en clases, con todas sus convenciones, han dejado de ser lo que fueron en su día, y sinvergüenza es un término

que se suele definir de forma evasiva, amén de haber perdido gran parte de su mordiente. Un sinvergüenza, en estos términos, era tenido por un arribista procedente de las capas inferiores de la sociedad, culpable de comportarse como si desconociera que la bajeza de su origen lo hacía de todo punto inaceptable para mantener relaciones sexuales con las mujeres de buena crianza y elevada extracción. La línea adoptada por Bland mientras se dedicó a difundir los escándalos relacionados con mi padre había sido tal que lo que permitía considerar como ultraje intolerable la conducta del «pequeño arribista» era que se hubiese dedicado a enredarse con las esposas y las hijas de «los nuestros». Era evidentemente un material por sí mismo susceptible de enfurecer, sin ninguna duda, a un hombre que hubiese ascendido los peldaños del escalafón social con gran rapidez, y que interiormente siguiese obsesionado por la sensación de que su sola presencia física delataba la historia de su pobreza inicial. Ahora bien, tuvo que ser casi intolerable el encontrarse con semejante ataque por parte de un individuo como Bland, del Bland de las anécdotas confesionales, del Bland de aventuras habidas con las dependientas y las bonitas modistillas, del Bland que, para colmo, no dejaba de ser el nieto de un fontanero.

Presa de la cólera, a mi padre le invadió la paranoia que tantas veces hace presa en quienes se sienten perseguidos, siéndolo o sin serlo en realidad. No fue capaz de creer que Bland estuviese actuando por su cuenta y riesgo. Estuvo seguro de que tuvo que contar con el respaldo de Webb y del círculo más recalcitrante de la Vieja Guardia. No le faltó razón, pero pecó de subestimar la natural cautela de Sidney Webb. En cuanto Webb se dio cuenta de que lo que había intentado hacer Bland era una especie de asesinato del personaje, hizo lo indecible por aislarse de todo conocimiento de lo que estuviese haciendo en realidad. Cuando mi padre lo abordó en tono desafiante, sin ocultar el enojo que lo embargaba, Webb no fue capaz de rehuir la entrada que su enemigo había preparado tan cuidadosamente. Webb lo miró a los ojos y le dijo, no sin altanería, que lamentaba profundamente todo lo que hubiesen podido decir o dar por sobreentendido los miembros de la ejecutiva, siempre que tales comentarios hubiesen podido ofender a mi padre, pero insistió en que no tenía ni la menor idea de lo que podía ser. ¿Tendría mi padre el detalle de comunicarle qué era lo que tan ofensivo le había parecido? Sin duda que existiría alguna explicación sumamente sencilla que diera cuenta de la causa del malentendido, sin importar cuál pudiera ser. Según su propia experiencia, siempre sería un error fiarse de los informes de tercera o cuarta mano respecto de las cosas que otros hubiesen podido decir en otros lugares.

Mi padre se dio cuenta de que de ese modo iban a llevarlo del ronzal a donde quisieran conducirlo. Rechazó el dejarse tratar con rodeos. Había acudido a visitar a Webb, le dijo, con objeto de ofrecer a sus babosos amigos de la ejecutiva la justa advertencia que en el fondo debía darles. Si lo que andaban buscando era una pelea sucia y soterrada, podían estar seguros de que la tendrían. A él le sería muy placentero reventar el juego que se llevaban, dándoselas de «personas superiores». Le encantaría

ponerlos en solfa, exponer hasta qué punto eran unos hipócritas redomados. Caso de que Bland, o cualquier otro miembro del grupo, siguiera haciendo uso indebido de la información que pudiera tener acerca de su vida privada, tendrían que pagarle en especie. Sabía de Bland y de la vida que llevaba tanto como el propio Webb, y caso de que le siguieran lloviendo encima toda clase de porquerías procedentes de ese sector se cercioraría sin dudarlo de que todos los miembros de la Sociedad se enterasen de esos mismos detalles. Webb, titubeante, repitió que él no sabía de qué se estaba quejando mi padre, pero recibió por toda respuesta, bruscamente, que lo que estaba diciendo con machaconería era increíble. Así terminó de repente la entrevista.

De este encuentro salió mi padre aún más enojado de lo que había entrado. Y seguía estando furioso a más no poder cuando entró en Essex Hall para pronunciar su alocución ante la asamblea general de la Sociedad, el 7 de diciembre. Sólo que ya no estaba enojado con Webb y con la Vieja Guardia, sino, más que nada, disgustado consigo mismo. ¿Cómo podía haber cometido la estupidez de marcharse a Venecia por las buenas, en una temporada tan crucial? Más aún: ¿cómo podía haber incurrido en la metedura de pata de enfrentarse con Webb? Se le había ido todo de las manos. Como estaba que echaba pestes de sí mismo, dio por sentado que se le recibiría con hostilidad cuando hiciera su aparición ante la asamblea de los Fabianos. Olvidó todo lo que le había enseñado Maud Reeves acerca de la oratoria en público. Desesperado, se aferró al atril del orador, habló sin levantar la vista de sus notas, se tragó las sílabas constantemente y forzó tanto la voz que le salió un hilillo agudo y carente de entonación. Para colmo de males, de cuando en cuando perdió el hilo de su exposición, con gran confusión entre sus partidarios y deleite de sus enemigos. El desastre total se evitó sólo por pura casualidad: había llegado algo tarde, y se había embarullado durante tanto tiempo que, cuando dio por terminada su intervención, ya no quedaba tiempo para proponer una moción y llevar a cabo la votación prevista. La asamblea quedó aplazada.

Shaw estuvo desmesuradamente ajetreado durante la semana siguiente, ya que hubo de esforzarse al máximo por asegurarse de que cuando se reanudase la asamblea, la cuestión en liza no se centrase en la propuesta de modificación de las «Bases», sino en un voto de confianza a la ejecutiva. En consecuencia, hizo llegar a todos los fabianos una hoja impresa[208] en la que anunció que los miembros de dicha corporación iban a dimitir en bloque caso de que las cosas salieran como deseaba mi padre, en cuanto se anunciase la votación definitiva. No le cupo ninguna duda de que con eso bastaría para abroncar a los encartados. Según sabía por su propia experiencia, los viejos amigos siempre salen al paso cuando alguien va a dar un salto en el vacío.

[208] Hoja impresa: documento reproducido en facsímil en Collected Letters of GBS, vol. 1898-1910, edición de Dan Laurence, p. 665

Ahora bien, Shaw nunca fue hombre[209] de los que guardan todos los huevos en una misma cesta. Aparte de este envío, emprendió la tarea de socavar la posición de mi padre en tanto gran esperanza de las feministas. Percibió cierto aflojamiento en la intensidad del respaldo que aún le seguía prestando Maud Reeves, y pensando también en que, por improbable que pudiera parecer, los nauseabundos cotilleos de Bland quizá hubiesen llegado a sus oídos, decidió trabajársela. La visitó para decirle que la causa que defendía como si la vida le fuese en ello quizá podría tener otros valedores, más dignos de confianza que mi padre. Alegó que el cambio de posicionamiento de Beatrice Webb sobre la cuestión de la emancipación y el derecho al voto de la mujer había hecho cambiar de idea a no pocos miembros de la ejecutiva, y dijo estar en condiciones de prometerle que si la revisión de las «Bases» recayese sobre los encartados en la moción, sin lugar a dudas incluirían en su programa para el año siguiente un compromiso con la causa de la emancipación femenina. Además, haría bien en sopesar que una de las más probables consecuencias, caso de que mi padre se alzase con la victoria, sería el desmantelamiento de la Sociedad. Tal y corno estaban las cosas, que los Fabianos refrendasen cualquier propuesta de índole económica o social era un gesto de verdadero peso, que aún contaba como tal. Era posible que las feministas estuviesen perjudicando su propia causa a largo plazo, sin ser conscientes de ello, caso de que insistieran en lograr la dimisión de la ejecutiva.

Maud Reeves se encontró de esta manera en una dificilísima situación. No sentía el menor deseo de desmarcarse de la campaña iniciada por mi padre. Seguía metida en ello sólo por culpa de su marido, porque éste no podía soportar que por toda la ciudad se dijese que su esposa estaba trabajando codo con codo, como anillo al dedo, con un defensor del amor libre y de la revolución sexual. Su marido vivía aterrado, pensando que de un momento a otro iba a enterarse de que había llegado a Nueva Zelanda la noticia de que sti esposa estaba dedicada a tales menesteres, conocimiento que utilizaría en contra de él la conservadora de la colonia. Maud Reeves se sintió desgarrada entre dos opciones: la preocupación que sentía por la tranquilidad de espíritu de su marido y el innegable aprecio que sentía por mi padre y por sus ideas. En concreto, no quería ni por asomo que se interpretase su conducta como respuesta al primer contratiempo serio sufrido por mi padre desde el momento en que los dos aunaron fuerzas, y que su abandono no pareciese una puñalada por la espalda. Lo que Shaw fue a decirle parecía indicar la posibilidad de que la ejecutiva estuviese acercando su postura hacia la causa que defendía mi padre, y por eso decidió salirse con una evasiva muy propia de todo un hombre de Estado. Dijo a Shaw que en el supuesto de que ella adoptase alguna posición concreta en el ambiente de la próxima reunión, únicamente defendería la elemental sensatez de llegar a un compromiso. Nada más lejos de la deserción en toda regla por la que había ido Shaw en busca, pero quizá fuese suficiente como punto de partida. No le había fallado su intuición: fuera por la razón que fuese,

[209] Comunicación oral: H. G. W. al autor, confirmada en el capítulo 13 de The First Fabians, op. cit

Maud Reeves había optado por retroceder. Acto seguido se dispuso a confeccionar un guión sobre cuyas líneas discurriese el debate, dentro del cual él mismo desempeñaría personalmente el papel más destacado, al tiempo que mi padre se vería desprovisto del apoyo activo de su aliado más eficaz.

A mi padre no le molestó en demasía que Maud Reeves se retirase en el fragor del combate. Comprendió su delicada posición, y se sintió capaz de soportar el desenlace. Es posible que también fuese incapaz, en cambio, de apreciar cuan valiosos habían sido sus servicios como directora de campaña, en los meses que precedieron a su desbarajuste del 7 de diciembre. De cualquier modo, la pérdida de su apoyo activo no le produjo pesadillas; de hecho, llegó incluso a recobrar buena parte de la confianza que tenía en sí mismo antes de que se celebrase la crítica reunión del 14 de diciembre. Aquella noche, al llegar a Essex Hall estaba convencido de que contaba con excelentes posibilidades de recuperar el terreno perdido; estaba casi seguro de que su intento por sacudir los cimientos de la Sociedad y por iniciar la revisión de las «Bases» era más fuerte que cualquiera de las artimañas que los partidarios del viejo orden pudieran poner sobre el tapete. En consecuencia, tuvo que sorprenderle muchísimo que a la intervención inicial de Maud Reeves, en la que no se refirió prácticamente a nada que él pudiese esperar, sucediera una fenomenal actuación de Shaw, en

su papel de payaso, que virtualmente no incidió sobre ninguna de las cuestiones que estaban realmente eri liza; todo quedó reducido a mera trivialidad, por ser expuesto como si de un mero choque de personalidades se tratara, de un enfrentamierito entre la seriedad, el trabajo constante, la coherencia y la conciencia intachable de los miembros de la Vieja Guardia, y, por otra parte, el travieso, veleidoso, imprevisible intruso que se había colado en sus dominios. Shaw redujo el debate a este único motivo, y consiguió que no se saliera de tan escueto terreno con su consumada labia, hasta el punto de que, en un momento dado, pudo expresar la disyuntiva ante los miembros reunidos: «Ahora mismo, así las cosas, no nos queda más que pronunciarnos sobre la aniquilación de la ejecutiva actual o la rendición incondicional ante el señor Wells.» Tras este pronunciamiento se celebró la votación; más de la mitad de los presentes estaban pensando en que debían escoger entre las viejas amistades y un individuo quizá bueno, pero aún por conocer, con lo que de un plumazo se olvidó todo lo relativo a la igualdad ante la ley, al programa de subsidios para la maternidad, al resto de los planteamientos de mi padre, y así ganaron de calle los encartados en el debate.

Cuando empezó a posarse la polvareda, mi padre no se encontró solo al pensar que en esta ocasión Shaw se había excedido en sus sinuosas maniobras. Graham Wallas, presente en la reunión, escribió para comunicarle «*cuan odiosa le había parecido la mezcolanza de arbitrariedades electoralistas, de tirarse faroles, de intimidaciones, de sofismas, de cebos y añagazas, de actuaciones cara a la galería*»[210] que se

[210] Carta: Graham Wallas a H. G. W., 10 de diciembre de 1906

había dado en aquella sesión; por otra parte, un miembro de la ejecutiva presentó su dimisión como protesta por los abusos y la falta de respeto para con los procedimientos de orden que se habían producido. Hasta la propia Beatrice Webb motejó los tejemanejes de Shaw de «operación absolutamente horrorosa», aunque de ahí pasara a observar, con su característica torpeza de percepción, que lo más curioso de todo el asunto fue que si mi padre se hubiese contentado con sacar adelante sus planteamientos políticos sin entrometerse con sus ataques contra la Vieja Guardia, habría conseguido salirse con la suya.

De hecho, mi padre no se había llevado un planchazo tan decisivo como él mismo supuso por el momento, ni tanto como sugieren las versiones del episodio escritas para los anales por los partidarios de los Webb y de la Vieja Guardia. Dos de sus amigos y consejeros, Sydney Olivier y el joven, pero ya gigante infatigable, Leslie Haden-Guest, bien pronto comenzaron a decirle que aún no se había perdido todo lo relativo a su revisión de las «Bases»[211]. Las sugerencias que había expresado en lo tocante a los objetivos de la Sociedad habría que discutirlas en una serie de reuniones que se habían fijado a lo largo del primer trimestre del nuevo año. De ninguna manera podría la ejecutiva cancelar estas discusiones o modificar el calendario aprobado. Como Wells aún contaba con la lealtad de muchas de las mujeres inscritas en la Sociedad Fabiana -más o menos la cuarta parte del total de los miembros-, amén de cuando menos un tercio de los hombres, a estos dos les pareció evidente que todavía contaban con posibilidades de beligerancia de cara a la aprobación de algunas de las enmiendas de mi padre, sin que les lloviesen excesivas protestas. Olivier, capaz de dar lo mejor de sí mismo en los comités y en las negociaciones, y Haden-Guest, quien no se perdía una disputa, comenzaron a trabajar por la labor. Mi padre, en cambio, no. Era un escritor, y había terminado por acostumbrarse a hacer realidad sus imaginaciones sólo con sentarse ante su escritorio y organizar dichas fantasías sobre el papel: luchar en los comités y aguantar las reprensiones de un secretario hostil no era, ni de lejos, lo que más podía apetecerle. Dio señales de desear apartarse, y Haden-Guest incluso perdió la paciencia con él[212]. Mi padre se plegó a sus exigencias, aun cuando ello significara tener que postergar la escritura de *Tono-Bungay*. Después de todo, sería un trabajo bien hecho, siempre y cuando lograran coronarlo con la transformación de aquel minúsculo locutorio en una fuerza política real.

Una y otra parte salieron de la primera reunión de las previstas, el 11 de enero de 1906, bastante satisfechas. Lo que ocurrió en aquella ocasión[213] fue que la ejecutiva saldó la deuda contraída, exactamente

[211] Carta: G. B. S. a S. Webb, 25 de noviembre de 1906. En esta misiva, Shaw indica a Webb que H. G. W. tiene razón cuando propone la conversión de la Sociedad en un partido político

[212] Carta: L. H. G. a H. G.W., 6 de febrero de 1907

[213] Memorias: E. Pease, History of the Fabian Society, op. cit., cap. IX; véase también cap. X, que comienza con el reconocimiento de que los años de 1907 y 1908, gracias a la cantidad y a la calidad de los miembros inscritos debido al «entusiasmo propagandístico de

hasta el extremo que la mayoría de sus miembros tenía previsto, a raíz de la promesa que Shaw había dado al bloque de las feministas por medio de Maud Reeves. La reunión se había aplazado después de celebrarse una votación sobre una moción esmeradamente propuesta, con términos muy sopesados, que comprometía expresamente a la Sociedad con el principio de que las mujeres deberían tener derecho al voto, aun cuando no se comprometiese en cambio a iniciar acciones de ninguna clase tendentes a lograr esta meta. Una y otra parte salieron alborozadas con el resultado de la reunión: la Vieja Guardia, convencida de que sus adversarios se habían tragado la bola, mientras que los «wellsianos» salieron pensando que se habían salido con la suya. Visto el caso con frialdad, a la mañana siguiente, los «wellsianos» se dieron cuenta de que los habían toreado, y entendieron que la Vieja Guardia nunca se había propuesto otorgarles nada que pudiera hurtárseles mediante trampas o artimañas. Por lo tanto, cuando una semana después se presentaron en la segunda de las reuniones previstas, estuvieron mucho más cautos.

Esta segunda reunión se había planteado como un nuevo bloqueo. La moción que había de considerarse exigía la abolición de una de las reglas estatutarias de la Sociedad, que limitaba el máximo de miembros a un total de setecientas personas. La Vieja Guardia se había adelantado con esta norma constitutiva, con la esperanza de que mi padre la aceptase interpretándola como un compromiso para con sus propuestas en favor de la ampliación de la

Sociedad, etapa preparatoria de la transformación ulterior en partido con representación parlamentaria. Habían realizado este gesto poniendo toda su confianza en la creencia de que no se produciría la entrada en masa de nuevos miembros siempre y cuando no se realizase una campaña global de captación, o siempre y cuando no se ampliase el espectro de las actividades de la Sociedad. Pero había de resultar, a la postre, un nuevo gesto carente de significado. Sydney Olivier no estaba de acuerdo, por lo que pudo llamar la atención de mi padre sobre las posibilidades inherentes a la moción. A priori, podría ofrecer a los «wellsianos» la oportunidad de trastocar el equilibrio de poder existente en la Sociedad Fabiana. Podrían captar a seguidores incondicionales en el mundo exterior, e introducirlos en la sociedad para dar más fuerza al apoyo con que contaban. Si consiguieran un intenso grado de actividad en lugares como las universidades y los institutos politécnicos, o en donde pudieran encontrarse nutridos grupos de jóvenes y no tan jóvenes progresistas, podían esperar una transformación de su voto minoritario en las asambleas generales, convirtiéndolo en una holgada mayoría en un plazo que podría ir de uno a tres años a lo sumo. Cuando lo hubiesen conseguido, podrían proceder a la elección de su propia ejecutiva y a remodelar la Sociedad de acuerdo con las ideas que ya había expresado mi padre. Desde luego, no existía nada perjudicial en intentar esa maniobra.

H. G. W.», fueron años en los que se alcanzó el máximo nivel de la historia anterior a la guerra de la sociedad en tanto que se constituyó en foro de opiniones y en grupo de influencia.

Los miembros más próximos a la causa defendida por Wells se habían mostrado, por lo tanto, disimuladamente tranquilos en la reunión del 18 de enero, aunque la procesión fuese por dentro. Se quedaron encantados cuando se aprobó la moción de la ejecutiva como un asunto puramente rutinario. Edward Pease tuvo noticia de los cálculos efectuados por Olivier a lo largo de la tercera reunión de la serie, durante la cual se planteó la cuestión de la participación de los fabianos en un intento en serio por configurar un partido de ámbito nacional y con representación parlamentaria, de izquierda, en oposición a los partidos liberal y conservador y favorable a los intereses del socialismo, aunque dicha cuestión se planteó únicamente para ser rechazada sin celebrarse siquiera una votación en toda regla. Pease se mostró impertérrito. Sabía de sobra, y estaba absolutamente convencido de ello, que por muy lejos que fuesen los partidarios de mi padre en busca de respaldo, lisa y llanamente no iban a encontrar ningún nido de cientos de fabianos potenciales que hasta entonces hubiesen permanecido escondidos. No le cupo ninguna duda de que el plan de Olivier, como mucho, quedaría en agua de borrajas.

Los grupos enfrentados pudieron de esta manera presentarse en la asamblea general de la Sociedad, el 22 de febrero, desde una perspectiva tan relajada que incluso podría hablarse de cierto ánimo de congeniar. La discusión de la revisión de las «Bases» constituía el punto principal del orden del día, pero lo que la Vieja Guardia había preparado a la chita callando era la definitiva extinción de la amenaza que presuponía mi padre para su paz y tranquilidad dentro de la Sociedad Fabiana. Tras ciertas discusiones sobre los detalles de la legislatura, la tarea de la revisión quedó definitivamente encomendada a un comité compuesto por cuatro personas: George Bernard Shaw, Sidney Webb, un tal Sidney Ball, de Oxford, y H. G. Wells.

La estrategia subyacente a la institución de este cuadrumvirato era obvia; de ninguna forma podría mi padre sacar adelante ninguna propuesta que dependiera de ese comité, siempre y cuando Shaw y Webb estuviesen en contra. Una vez constituido el comité, se pasó al siguiente punto del orden del día, nada menos que la elección de una nueva ejecutiva. Doce de las veintiuna plazas fueron a parar a manos de partidarios de la Vieja Guardia, y el resto a los miembros de la Sociedad en general, de los cuales unos ocho estaban comprometidos con el grupo de los «wellsianos». La fracción de los Webb no fue más allá de la obviedad del rotundo éxito que se había logrado, mientras que mi padre y sus colaboradores más estrechos sí consideraron el total de los votos obtenidos por vencedores y perdedores, para descubrir que los márgenes entre victoria y derrota eran tan mínimos en los más de los casos que el resultado podía interpretarse como todo un éxito. Y fue así porque entendieron que no tendrían por qué recabar la participación de tantos nuevos miembros como habían previsto, de cara a la reconversión de la mayoría existente en minoría. Las posibilidades de éxito a largo plazo no podían parecer mejores.

Mi padre optó en este punto por una retirada parcial de los asuntos de la Sociedad, delatando de este modo su agotamiento, al tiempo que daba a entender que la simple necesidad pecuniaria le forzaba a invertir las energías de que dispusiera en la escritura de su próxima novela. En realidad, dejó que sus partidarios en la ejecutiva se ocuparan por su cuenta y riesgo de los dimes y diretes que pudieran cocerse en la cocina de los fabianos, para recorrer él caminos y carreteras con la esperanza de confundir a Pease, siempre que pudiera encontrar a los convertidos a la causa progresista necesarios para cambiar las tornas dentro de la Sociedad. Sus esfuerzos no fueron en balde. Las cifras ponen de manifiesto que así como hubo sesenta y siete solicitudes de ingreso[214] en 1904, y ciento sesenta en 1905, en 1906 pasaron a ser cuatrocientas cincuenta y cinco, y ochocientas diecisiete en 1907. Su labor de proselitismo, ya que en esencia no fue otra cosa, le puso constantemente en contacto con jóvenes entusiastas, y le produjo la jubilosa sensación que debe de sentir un buen nadador cuando por fin da con la ola que andaba buscando. Disfrutó muy especialmente de sus contactos con los fabianos de Cambridge.

La historia de este grupo fabiano comienza en King's College con la fundación de una sociedad privada y muy exclusiva llamada «I Carbonari»[215], que contaba sólo con dos miembros cuando se fundó en 1906. Los fundadores fueron Rupert Brooke, poeta casi excesivamente preciosista, y Hugh Dalton, un joven de monumental presencia y de voz inusitadamente tonante cuando hablaba en público, que ya por entonces había comenzado a ascender, sin perder nunca la compostura, con cara de póquer, por el camino que había de llevarlo a ser una de las figuras prominentes del primer gabinete laborista que se formó en la historia del Reino Unido. Estos dos novatos de King's College fueron en su día reconvenidos por un hombre que ya llevaba tres años en el Trinity, Ben Keeling, que se burlaba de ellos por la romántica devoción que sentían por el espíritu revolucionario de 1848, por el entusiasmo con que leían la poesía de Swinburne, Henley y Belloc, y que los convirtió a su propio culto del socialismo fabiano en la versión preconizada por mi padre. Como había aceptado de lleno las tesis de mi padre, el derecho al voto de la mujer tenía que ser a la fuerza parte integral de cualquier programa de acción verdaderamente socialista, y por eso insistía en recabar la participación de las estudiantes de los colegios universitarios femeninos de Girt on y Newnham: en esta tesitura logró que sus jóvenes amigos accediesen de buen grado a transformar la minúscula asociación de I Carbonari en la Sociedad Fabiana de la Universidad de Cambridge, ya en 1907. Cuando mi padre fue de visita para dar un nuevo empujón a los miembros de la nueva organización, se encontró entre amigos. La tesorera de la sociedad era Amber, hija de Maud Reeves, y eran miembros de la misma las hijas de Sydney Olivier, Margery y Brynhild. Desde el primer momento se llevó de maravilla con Brooke y con Ben Keeling, aparte de pasárselo en grande cuando le tomaba el pelo al imponente Dalton.

[214] Esta y las cifras siguientes están tomadas de Pease, op. cit
[215] Biografía: Christopher Hassall, Rupert Brooke, cap. IV

Cambridge pasó a ser, para él, una parte sumamente agradable de la vida. En una de sus típicas visitas, a mediados de febrero de 1908, Geoffrey Keynes, el hermano menor de Maynard, le propuso que diese una charla sobre el socialismo a un reducido grupo que se reunió en sus habitaciones de Pembroke, y pocas noches más tarde fue el orador que abrió un debate sobre «El futuro de la familia», que tuvo lugar en las habitaciones de Rupert Brooke en King's College. Entre los asistentes a la velada estuvieron Goldsworthy Lowes Dickinson, el de The Greek Way of Life, y un tal Arthur Schloss, que a su debido tiempo se convertiría en el famoso Arthur Waley de las soberbias traducciones de los clásicos chinos y japoneses. Ben Keeling fue su anfitrión en otra visita[216], más avanzado el año, con ocasión de una cena celebrada la víspera del Primero de Mayo, con la asistencia de veinte personas, en sus habitaciones del piso más alto de una de las torretas desde las que se domina aún hoy el Great Court del Trinity College. Olivier, ya convertido en Sir Sydney, de vuelta a Inglaterra con motivo de unas breves vacaciones de su puesto en Jamaica, en donde hacía poco había sido destinado como gobernador, fue en tal ocasión el centro de todas las atenciones; mi padre, que se presentó algo tarde a la cita, una vez agotadas las sillas previstas para los asistentes, tuvo que cenar con el plato sobre las rodillas, encaramado a uno de los asientos de las ventanas. Ocupó su lugar dentro del retrato de grupo a la hora del café, después de que Olivier hubiese pronunciado un breve discurso y de que los asistentes se hubiesen separado para volver a reunirse en las habitaciones cic Francis Corn ford. Allí, mi padre recibió una reprimenda en tono de buen humor por haber respaldado a un candidato proscrito en una reciente elección parcial. Aunque hacía poco que se había aprobado en la Sociedad Fabiana una resolución por la cual se exigía la inmediata expulsión de cualquier miembro de la Sociedad que hubiese obrado en contra de un candidato socialista a unas elecciones parlamentarias, mi padre se había pronunciado sin pelos en la lengua a favor de Winston Churchill, por entonces enzarzado en una enconada disputa a tres bandas con un testarudo conservador llamado William Joynson-Hicks y un tal Dan Irving, un decente pero por otra parte descolorido don nadie de inclinaciones socialistas. De Dan Irving no llegó a saber gran cosa, ni a favor ni en contra, aunque estuvo convencido de que no iba a ganar. De Churchill supo que era un hombre de mentalidad abierta, dúctil, y que recién!emente había abandonado las filas del partido conservador para pasarse al bando de los laboristas, por respaldar de todo corazón sus programas sociales, relativamente progresistas. Se decía que no le iban a faltar posibilidades de salir elegido, siempre y cuando pudiera asegurarse los votos de los indecisos. Joynson-Hicks, por otra parte, era un conservador convicto y confeso, de la vieja escuela, que se había entrometido personalmente contra Wells, desde hacía dos años al menos, por ser autor de unas cuantas novelas que calificaba de indecentes y un descarado defensor del amor libre. ¿Qué otra cosa podía hacer, salvo pecar deliberadamente contra la letra de la resolución aprobada, habida cuenta de la situación? Brooke disfrutó de la actuación de mi padre en defensa propia. «*Aportó toda clase de argumentos* — escribió en una carta

[216] Ibíd., capítulo V

a su madre—, *con su vocecilla inaudible y durante un buen rato, de manera punto menos que deliciosa*.»

El Cambridge en que tuvo lugar esta escena constituía la institución educativa con la que tanto había soñado mi padre durante su juventud, de modo que para él fue una auténtica bienaventuranza entrar en contacto, siquiera fuese colateralmente, con tan idealizada universidad; su pujante estado de ánimo después de aquella visita de primeros de mayo subió aún muchos enteros cuando tuvo noticia de que Macmillan estaba dispuesto a otorgarle un merecido premio a cambio de los derechos de publicación en lengua inglesa de *Tono-Bungay*, tan pronto estuviese ultimada la novela. Iba a recibir un anticipo de mil quinientas libras sin contar sus royalties; con las otras tres mil que había recibido a cambio de The War in the Air (*La guerra en el aire*), libro que había concluido en sus ratos libres desde comienzos de año, tuvo la sensación de que no existía nada por lo que debiera preocuparse. Y se despreocupó del todo, muy al contrario que Jane. Su mujer había empezado a conocerlo a fondo. Se había fijado en que había empezado a desarrollar el hábito de rellenar de nuevo su despensa de experiencias y de ideas nuevas en cuanto se vaciaba del todo en una novela, y este proceso tomaba la inevitable forma de un nuevo asunto amoroso, con una nueva mujer. Jane sabia que Tono-Bungay se había convertido en un libro muy voluminoso a medida que lo fue redactando; no se le ocultaba que le había exigido grandes esfuerzos. También sabía, con pelos y señales, qué significaba Cambridge para él. Tenía cuarenta y dos años, edad en la que muchísimos hombres a los que la vida no les ha dado lo que habrían deseado obtener de ella comienzan a pensar en lo grato que sería todo si pudiesen, de una u otra forma, volver a empezarlo todo desde el principio, y esta segunda vez con la. visión retrospectiva que da la experiencia. Como tal empresa era inviable, siempre rondaba la tentación de hacer algo muy parecido, a manera de mal menor, es decir, comenzar de nuevo con una persona muy joven. Amber Reeves era la encamación de la juventud misma. Estaba en Cambridge, y Cambridge representaba todo aquello que a Wells se le había negado en su juventud. Como si fuese un experto marinero, Jane supo leer los indicios y se preparó para afrontar una gruesa marejada y un prolongado temporal.

Aunque hubiese algo bastante inevitable en el resultado, mi padre se mantuvo hasta cierto punto ciego frente a los riesgos que había empezado a asumir. Tenía en la cabeza muchas otras cosas. Durante todo marzo y todo abril[217] había dedicado buena parte de su tiempo, por no hablar de sus energías, a tomarles el pelo a Webb y a Shaw. Tomó por pretexto un simulado esfuerzo por conseguir que el comité que había asumido a su cargo la revisión de las «Bases» se mantuviese unido al menos mientras durasen las mociones necesarias para sacar adelante el trabajo encomendado. Dicho comité no se había llegado a reunir nunca, y Pease se había dado el lujo de hacerle saber, no sin que le brillasen los ojos de

[217] Carta: S. Webb a H. G. W., 12 de junio de 1907, clara reacción ante estas tomaduras de pelo

innegable placer, que era sumamente improbable que tal reunión llegara a producirse. Mi padre se cobró su venganza dándoselas de idiota, como el que no se entera de nada, de forma sumamente minuciosa. Se hartó de sugerir a Shaw y a Webb cuáles eran, en su opinión, las formas más indicadas para proceder a realizar el trabajo; se hartó de enviarles recordatorios de que estaban en deuda con los miembros de la sociedad, y de que debían saldar dicha deuda realizando el trabajo cuanto antes y con toda escrupulosidad; en todo momento deberían pensar, insistió, en que trabajaban por el bien común.

Para cuando mi padre hubo irritado a Shaw[218] hasta el extremo de que éste le soltó un impresionante rapapolvo por no haber tratado a Webb como se merecía, es decir, como a uno de los más destacados miembros de la Sociedad, mi padre había empezado a cansarse de este pasatiempo. El ambiente político de Inglaterra había empezado a experimentar ciertos cambios. Ramsay MacDonald había obrado maravillas, y en la Cámara de los Comunes no pocos diputados eran miembros del partido laborista, como si se tratase de indicios muy halagüeños de cara al porvenir. Con objeto de despertar las adormiladas conciencias de los Fabianos de la Vieja Guardia, respecto de lo que todo esto iba a significar en el seno de la Sociedad, dio un paso extremadamente provocador al depositar sobre la mesa de su ya viejo enemigo, Pease, una pregunta en apariencia de lo más inocente. ¿Qué había podido ocurrir, preguntó al secretario[219], con las diez mil libras que habían quedado en manos de los fabianos nada menos que catorce años antes, a fin de que financiasen su propaganda política?

Mi padre sabía[220] con toda exactitud en qué se estaba metiendo cuando aventó las ascuas de este antiguo escándalo de los fabianos, pues había tenido conocimiento de cómo se dispuso de dicha cantidad, por una parte por obra de Ramsay MacDonald y, por otra, por obra de Graham Wallas y Sydney Olivier. Olivier había podido darle cuenta de cómo había empezado todo el asunto. Estuvo invitado, en compañía de George Bernard Shaw, en la granja cercana a Godalming que los Webb habían alquilado durante las vacaciones de verano de 1894. Los cuatro estaban reunidos un día para tomar el té, cuando con el correo vespertino se recibió una carta del abogado de un tal Henry Hutchinson, recientemente fallecido. Dirigida a Webb, la carta anunciaba una inesperada donación para la Sociedad: el dinero había de ser custodiado por un patronato, administrado por un consejo que él personalmente había de presidir, y tendría que emplearse para financiar «la propaganda y otros propósitos de la Sociedad». Webb leyó la carta en voz alta, con lo que su esposa y sus dos invitados se regocijaron con él por la buena nueva.

---

[218] Carta: G. B. S. a H. G. W., 22 de marzo de 1908

[219] Carta: H. G. W. a Pease, 30 de abril de 1908

[220] Se puede encontrar una breve historia de ese asunto, desmembrado como el cadáver de cierta víctima de un asesinato, en las páginas 140 y 351,y en parte entre ambas, de la obra de N. y J. MacKenzie, The First Fabians, op. cit. Otra versión mucho más sincera es la que propone Sidney Caine, History of the Foundation of the London School of Economic1,, 1963

Shaw y Olivier se llevaron una sorpresa a la hora del desayuno, la mañana siguiente, cuando los Webb les contaron que ya habían tomado una decisión sobre la mejor manera de invertir el dinero. Londres carecía de un instituto que pudiera parangonarse a la maravillosa École Libre des Sciencies Politiques parisina; por lo tanto, con la donación estaban decididos a capitalizar la creación de una institución análoga. Incluso habían ideado ya el nombre más adecuado para su institución: habría de llamarse The London School of Economics and Political Science.

Shaw, pasmado, hizo mención de que ni siquiera deberían pensar en tomar decisiones hasta que se hubiese constituido el patronato y el consejo de administración, con los que forzosamente deberían entablar consultas, y Olivier se sumó a su iniciativa comentando que no tenía conocimiento de que existiera entre los fabianos ningún documento en el que se estipulase que la creación de una institución universitaria figurase entre los propósitos prioritarios de la sociedad. A los dos les dio la impresión de que los Webb estaban pensando desde el primer momento en tan generosa donación como si se tratase de un regalo personal que ellos dos podrían emplear de la manera que mejor les viniese en gana; los dos testigos presenciales se dieron cuenta de que, estando los Webb obnubilados por semejante ilusión, estaban asistiendo de primerísima mano a un asunto sumamente próximo a un acto fraudulento. Después de que Webb velase armas durante más de un año, insistiendo en que con el dinero podía hacer lo que quisiera, al menos mientras los miembros del patronato lo aprobasen, Shaw por fin pudo hablarle en plata, y le comunicó que sólo de malversación podía calificarse, en honor a la justicia, el juego que Webb se proponía entablar deliberadamente, y que eso era una felonía en lo tocante al destino que había de darse a los fondos administrados por el consejo del patronato.

Entonces fue posible llegar a una solución de compromiso, mediante la cual el dinero de la donación había de dividirse entre dos esferas: la propaganda directa y la propaganda indirecta de la Sociedad Fabiana. La London School of Economics pasaría a ser considerada como un órgano de propaganda indirecta, toda vez que su ámbito de acción sería acorde con la ideología sobre la que habría de estar basada la propaganda directa. Shaw se mostró de acuerdo con este compromiso, sin soñar siquiera que Webb se proponía adjudicar a la creación de la nueva institución nueve libras por cada una que se destinase a la propagación del mensaje socialista. Cuando se dio cuenta de qué era lo que se iba a hacer, aunque a toro pasado, Shaw estalló en un arranque de cólera[221]; cuando Graham Wallas se enteró de todo ello, después de que Webb le convenciese para que aceptara el nombramiento de director de la nueva escuela universitaria, dimitió de inmediato. Ahora bien, para entonces las cosas ya no tenían remedio; el dinero casi se había gastado en su totalidad. Este episodio dejó a Olivier lleno de dudas respecto de la integridad de Webb, dudas que nunca iba a poder disipar del todo.

[221] Caine, op. cit

Es posible que al lector le cueste trabajo entender por qué, gastado el dinero hacía tanto tiempo, mi padre se tomó la molestia de plantear esta cuestión en 1906. Lo que se proponía no era tanto entrar en riñas sobre la utilización que se había dado a la Donación Hutchinson, sino recordar a la Vieja Guardia cuál había sido una de las grandes ocasiones de su historia, que se había echado a perder por su inveterada costumbre de pensar en el futuro con cierta mezquindad. A lo largo de 1896, cuando sólo se había gastado una pequeña porción del total, el rumor de que la Sociedad había recibido por regalo una cuantiosa suma que llevaba dentro el germen de una guerra intestina llegó a oídos de Ramsay MacDonald[222]. Éste acababa de unir fuerzas con Keir Hardie, líder del partido laborista independiente, y con buen número de los cabecillas sindicales y de los líderes de las asociaciones gremiales, con objeto de realizar un gran esfuerzo por conquistar un sitio en el mapa político para este tercer

partido en discordia, tan pronto tuviesen lugar las próximas elecciones generales. MacDonald estaba convencido de que los fabianos por fuerza tendrían que poner a su disposición al menos una parte sustancial de la Donación Hutchinson, a manera de ayuda financiera a su intento por lanzar en serio un partido laborista con representación parlamentaria. Los Webb habían dado la espalda a MacDonald sin remilgos, aduciendo por pobre excusa el que el sistema político inglés fuese un asunto estrictamente bipartidista, convencidos de que ninguna agrupación socialista llegaría a contar jamás con un atractivo y una amplitud suficientes, o con la fuerza en las urnas necesaria para ocupar al menos en parte el territorio evacuado respectivamente por los partidos liberal y conservador. Por lo que a ellos concernía, MacDonald estaba a punto de incurrir nuevamente en los errores que ya había cometido la Liga Socialista de William Morris y, anteriormente, la Federación Socialista Democrática. Desde el punto de vista de los Webb, dar algún dinero a MacDonald habría sido como tirarlo por un desagüe.

A la sazón, la decisión que tomaron pareció tener al menos justificación de sobra: MacDonald no había conseguido que saliera elegido ni uno solo de sus veintiocho candidatos cuando se celebraron las siguientes elecciones generales, y sólo habían conseguido recabar un total de cuarenta y cinco mil votos en todo el país. Los Fabianos se vanagloriaron de su gran sabiduría al haber permanecido al margen de este intento, e incluso se dejaron sensibilizar por pura compasión cuando MacDonald y Hardie aguantaron a pie firme en el desolado campo de batalla, para afirmar que al menos se había hecho un gran avance, y que bien pronto tendrían más noticias del anhelado partido laborista con representación parlamentaria.

A la postre fueron los Fabianos los que se equivocaron de medio a medio. En las elecciones generales de 1906, el partido laborista obtuvo treinta escaños en la Cámara de los Comunes, con lo que habían encontrado el ansiado lugar para un tercer partido político sin que nadie

[222] Carta: R. M. a Pease, 8 de abril de 1896

pudiese lógicamente poner en duda la hazaña. Este incontestable ascenso fue lo que llevó a mi padre a poner sobre el tapete la aletargada cuestión concerniente a la Donación Hutchinson. Le importaba un comino qué hubiese podido ocurrir en realidad con el dinero. Tan sólo quiso recordar a los Fabianos de mayor edad que ya en 1896 habían perdido el tren, y que no en vano daban constantes muestras de estar más que dispuestos a que se repitiera la historia todas las veces que hiciese falta. A su juicio, la Sociedad se estaba quedando postergada a la luz de los acontecimientos, e iba perdiendo con gran rapidez su nunca demasiado seria aspiración a representar el Frente de vanguardia del socialismo inglés. Tras el revés sufrido por parte de los Fabianos en 1896, la cúpula del partido laborista había emprendido las acciones necesarias, por su cuenta, para construir una amplia base en todo el país, dedicándose a predicar el socialismo corriente y moliente, sin sofisticaciones, en las tiendas y a la puerta de las Fábricas, en las reuniones gremiales y hasta en los pubs. Habían llegado a crear el partido de la clase obrera a partir de la nada. No sentían ningún respeto, o muy poco, por los Fabianos; ya solamente vinculaba a estos dos grupos prácticamente carentes de toda conexión un vago fingimiento de camaradería. Era casi totalmente seguro que los Fabianos tendrían que quedarse a la intemperie, y que Inglaterra, para bien o para mal, iba a contar con el primer partido obrero a escala nacional, en todo el continente europeo, ajeno a la intelectualidad de la izquierda, lejano de las teorías socialistas. Si se produjera semejante desenlace, el partido laborista, ya con representación parlamentaria, podría estar condenado a no descollar jamás por encima de las cuestiones meramente sectoriales y de los intereses de clase, abocado a no tomar parte en la misión esencial del socialismo, es decir, la creación de una sociedad nueva, justa y abierta, en la que la vida fuese más llevadera para todos sus componentes.

A la luz de estas predicciones, mi padre envió aquella nota a Pease. A tales alturas, tendría que haberse dado cuenta de que el secretario no era un hombre que intentaría leer tal misiva entre líneas, deseoso de detectar un mensaje oculto; antes bien, se tomaría la pregunta tan literalmente como parecía estar formulada. Pease leyó la nota, envió a mi padre la contestación más breve que supo pergeñar, y le informó de que los fondos de la donación se habían agotado y de que los libros de cuentas estaban ya cerrados desde hacía tiempo. En el mismo correo envió a Webb un aviso de urgencia: mi padre estaba a punto de despertar el escándalo que dormía el sueño de los justos. Sidney transmitió el mensaje a Beatrice: existían, le dijo[223], inquietantes indicios de que mi padre muy posiblemente estuviese pensando en «sacar una vez más los pies del plato». Desde entonces y en lo sucesivo, estos dos decidieron no perder de vista ni el menor de sus movimientos, y no pasó mucho tiempo hasta que se percataron de la frecuencia y la profundidad de los contactos que mantenía con los jóvenes fabianos de Cambridge.

[223] Diario: B. Webb, 30 de abril de 1908

Todo esto fue durante el verano de 1908, a lo largo del cual Amber Reeves obtuvo sus primeras matrículas de honor en sus exámenes de licenciatura de Ciencias Morales, para empezar a funcionar por la vida como la encantadora y muy considerable persona que siempre había prometido llegar a ser. Estaba literalmente en fleur. Había frecuentado el trato con mi padre, intensamente, durante cuatro años; cada vez que se encontraban era mayor el afecto que le tenía. Aquel mes de septiembre aparecieron como pareja a los fríos ojos de Beatrice Webb, visión que inspiró una condescendiente y venenosa entrada en su diario:

> *Amber es una persona de asombrosa vitalidad, e imagino que de gran inteligencia, pero en el fondo es una terrible pagana: vanidosa, egoísta, desafecta de la felicidad de los demás. Puede que tan sólo sea una fase por la que está pasando, ya que no por nada es una niña precoz, pero sigue siendo una fase poco halagüeña... Una amistad un tanto peligrosa ha comenzado a surgir entre ella y H. G. Wells. Creo que los dos son personas demasiado interesadas exclusivamente por sí mismas como para causar a la pobre Jane Wells más que un cierto temor; ahora bien, si Amber fuese hija mía yo no dormiría tranquila*[224].

La ocasión para armar un buen escándalo a partir de este emparejamiento, sin embargo, se diría que había desaparecido al día siguiente de escribir Beatrice Webb estas palabras. Cuando Pease llegó ese día a las oficinas de la Sociedad Fabiana, se encontró sobre la mesa una carta de mi padre. En ella le explicaba que había terminado por invadirle la sensación de que todos sus esfuerzos por lograr una revisión a fondo de las «Bases» y una regeneración de la Sociedad habían sido fútiles; que se había sentido desazonado muy en particular por fracasar en su intento por lograr que la ejecutiva refrendase sus ideas sobre el programa de subsidios para la maternidad; que estaba más convencido que nunca de que cualquier plan para la reforma social que dejase las cuestiones de ese departamento tal y como estaban no pasaría de ser más que una miserable perversión del socialismo. Pensando tal como pensaba sobre estos asuntos, únicamente podía sentir que la Sociedad Fabiana había dejado de ser el foro adecuado para dedicarse en cuerpo y alma a sus empeños. Pease desglosó ante la ejecutiva el contenido de la carta, que incluso llegó a salir impresa en The Fabian Newsletter no mucho después, bajo un encabezamiento en el que sucintamente se anunciaba que se había aceptado el ofrecimiento de dimisión.

Esto debiera haber supuesto el punto final de la disputa[225] que mantenía mi padre con los Webb, líderes de la Vieja Guardia de la

---

[224] Diario, B. Webb, 15 de septiembre de 1908

[225] Por buena parte de lo que sigue, estoy en deuda con la biografía: Keith Sinclair, William Pember Reeivs, 1965. Sin embargo, los hechos que aporta han sido libremente interpretados a la luz de la información recibida en comunicaciones orales de A. R. y de otros

Sociedad Fabiana, pero no fue así. La inquina que los enfrentaba siguió existiendo debido a dos razones distintas, las dos cuestiones de personalidad. La primera fue que, como todos los intrigantes natos, los Webb siempre tuvieron grandes dificultades para creer de veras que a sus adversarios pudieran acreditárseles rectas intenciones. Se fijaron en que Jane Wells no había seguido los pasos de su marido al darse de baja en la Sociedad, y que tampoco había renunciado a su plaza en la ejecutiva. Nada les podría parecer más natural que dar por sentado que, si Jane iba a quedarse entre ellos, por algo sería, con lo cual supusieron que ella pasaría a encabezar la minoría de los «wellsianos» en el seno de la organización, al tiempo que él proseguiría realizando su campaña por hacerse con el liderazgo desde fuera de la misma. En calidad de cabecilla en el exterior de una oposición interna, mi padre quedaría en absoluta libertad incluso aunque fingiera colaborar con ellos. Entendieron que muy posiblemente estaría a punto de causarles más quebraderos de cabeza que nunca, con lo cual decidieron seguir sus pasos con mayor suspicacia, más alerta que en el pasado.

La segunda de las razones que explican la prolongación del conflicto hay que buscarlas en el talante del marido de Maud Reeves, el cual se había visto sometido a una creciente presión desde el día en que su esposa se erigió en aliada incondicional de mi padre, ya en los primeros compases de su lucha por la revisión de las «Bases». Los sentimientos que lo embargaban, aunque no llegara a expresarlos, terminaron por ser superiores a su fuerza de voluntad, de modo que durante abril de 1909 se vio incapaz de reprimirlos. Amber Reeves se vio en el brete de comunicar a sus padres que estaba embarazada, y que el responsable era mi padre.

Su padre y el mío se habían conocido unos diez años antes, por ser los dos miembros del club privado que presidía Webb, y aunque el vejete no dejó de parecerle un tanto pesado, se contentó con tenerlo por amigo, aun cuando sólo fuese en nombre de la animada, vivaz y enérgica Maud Reeves. Sin embargo, en un aspecto se había equivocado por completo en lo tocante a su marido: lo había tomado por un hombre moderadamente próspero, al cual la vida le había dado casi todo lo que podría aspirar a tener, a manera de reconocimiento y recompensa, cuando fue elegido por el Gobierno de Nueva Zelanda como agente general en Londres, puesto que le otorgó un rango equivalente al de embajador. Wells nunca se percató de que al tratar a Pember Reeves, estaba tratando a un hombre profundamente disgustado y amargado.

Reeves se había dedicado a la política en Nueva Zelanda; con el sólido respaldo de su padre, un individuo en apariencia acaudalado y exitoso, su arranque en el terreno de la política no pudo ser más brillante. Cuando pasó a formar parte del Gobierno neozelandés en calidad de ministro de Educación y Justicia, recién cumplidos los treinta y cuatro años, se habló largo y tendido de él, por ser considerado el siguiente en la línea sucesoria del anciano líder de su partido, lo cual le convertía casi con toda certidumbre en el próximo primer ministro de la colonia. Ahora bien, al cabo de unas cuantas semanas en el cargo, su fortuna dio un

brusco giro. Su padre padeció una breve enfermedad y murió muy pronto, dejando tras de sí nada más que deudas y escándalos. Estos escándalos implicaron a un amplio círculo de amistades del difunto, amén de entrañar una lista formidable de delitos contra la ley de sociedades, algunos puramente técnicos, aunque muchos fuesen fraudulentos y abiertamente criminales. Aunque nunca se llegase a alegar que el joven ministro de Justicia hubiese tomado parte en las fechorías de su padre y allegados, sí se susurró por todas partes que al menos tenía que haber estado al corriente de lo que se hizo ante sus propios ojos, a menos que fuese un idiota redomado.

Entre enero y abril de aquel aciago año, Reeves dejó de ser uno de los valores en alza dentro del partido, para convertirse en un estorbo que el partido no podía permitirse. Luchó como gato panza arriba para no aceptar la realidad de su situación, desde finales de 1891 hasta principios de 1895, momento en que le abandonó toda su fuerza de voluntad. Había tenido que comulgar con más ruedas de molino de las que reza el refrán con tal de resistirse a su destino, y su estómago ya no pudo más. Consintió que quienes estaban inclinados a excluirlo de la cúpula del partido lo despachasen a la planta intermedia, nombrándole agente general y empaquetándolo para Londres.

Cuando Reeves llegó a Inglaterra, a nadie pareció importarle su paradero; cuando se dedicó a hacer la ronda de visitas oficiales en los diversos ministerios y dependencias estatales con los que tendría que mantener contactos y negociaciones, rara vez fue más allá de los subsecretarios. Sin embargo, lentamente se difundió la noticia de que el recién llegado no era en modo alguno lo que la etiqueta de «político de colonias» daba por entonces a entender: era, en realidad, un tipo perfectamente presentable. Poco a poco fueron abriéndosele las puertas, y a la postre logró la calificación definitiva de pintar algo en el panorama de la política cuando Max Beerbohm lo convirtió en motivo de una de sus caricaturas. Animado por este éxito ilusorio, cuya caprichosa y sofisticada cimentación fue algo que jamás llegó a entender del todo, Reeves dio en creer que por fin estaba en el buen camino para lograr la superación de los escándalos desatados por el naufragio de su padre, e incluso que bien pronto estaría en condiciones de regresar a Nueva Zelanda para reanudar su carrera política exactamente en donde había quedado traumáticamente interrumpida, pero con el prestigio añadido de haber logrado algún que otro éxito personal en el campo de la diplomacia. Sólo cuando el «glorioso reinado» tocó a su fin, cuando llevaba cinco años en Londres, pudo entender de una vez por todas que su éxito había sido ciertamente una hazaña personal, y se dio cuenta también de que el cargo que desempeñaba no tenía la menor relevancia en los círculos diplomáticos. Tras tantos esfuerzos, no había relanzado en modo alguno su carrera política. Cuando llegó el momento de la coronación, ni siquiera tomó asiento en la Abadía de Westminster en compañía de los embajadores de las potencias extranjeras, ni tampoco cerca de los puntos de mayor interés. Se le adjudicó una plaza en el extremo más alejado de la nave, desde donde poco pudo ver y menos oír de la ceremonia, arrinconado tras

los bancos asignados a los alcaldes de provincias y a sus señoras. Se dio cuenta entonces de que jamás debería haberse marchado a Inglaterra.

El negro momento de Reeves en la Abadía de Westminster tuvo lugar en 1901; hacia 1906, cuando entró en erupción el escándalo suscitado por la novela de mi padre, *En tiempos del cometa*, sus largas y apesadumbradas meditaciones sobre la pifia que había cometido habían terminado por dejarlo sin fuerzas para nada. La trifulca desatada por la novela le hizo sentirse inquieto, pues a Bland se le ocurrió la idea de pregonar que Maud Reeves había sido colaboradora de mi padre en su intento por hacer de la defensa del amor libre uno de los principios capitales de la reforma de la Sociedad Fabiana. Reeves ya había tenido ocasión de probar medicinas muy similares. En su juventud, había escrito una serie de artículos que publicó en un periódico propiedad de su padre, el Lyttletown Times, en la cual resumía la filosofía y los objetivos de diversas organizaciones y varios pensadores de izquierda. En uno de ellos se ocupó de los primeros fabianos, asociación que por entonces aún contaba con Annie Besant entre sus fieles. El artículo de Reeves sobre este asunto trataba largo y tendido sobre la creencia, ideada por Annie Besant, de que el Estado debiera destinar una parte de sus presupuestos para ayudas financieras a los agricultores, ganaderos y cooperativas industriales. Años más tarde, cuando los enemigos de Reeves se habían propuesto acabar con él, resucitaron este artículo y lo utilizaron en su contra. Lo de menos fue lo que en realidad hubiese podido decir; el quid de la cuestión era que había citado a Annie Besant, y todo el mundo sabía de ella lo que había que saber, esto es, que convivía en pecado con Charles Bradlaugh y que se había mostrado a favor de que todas las mujeres supiesen cuanto quisieran saber del control de la natalidad. Al haber escrito de esta figura, argüyeron sus adversarios, Reeves se había identificado como defensor del amor libre y como enemigo declarado de la familia. Sobre esta línea se insistió en contra de Reeves hasta que empezó a ir cuesta abajo, y estos planteamientos volvieron a ser desvergonzadamente utilizados como arma arrojadiza contra él cuando por fin anunció que había aceptado el billete de ida al olvido, sin retorno posible, que le ofrecieron: ¿qué tripa se le había roto al primer ministro, se dijo, para enviar a un entusiasta del amor libre, que para más inri despedía un inequívoco tufillo de escándalos financieros nunca del todo perdonados, en representación de la colonia ante la Corte de St. James? No parece difícil imaginar cómo tuvo que sentirse Reeves cuando comprendió en qué dirección estaba encaminando mi padre a su mujer. Tan pronto tuvo ocasión de ver las propuestas de revisión de las «Bases» que mi padre había esbozado, le quedó muy claro que cuando la segunda de las cláusulas se refería a la igualdad de uno y otro sexo ante la ley, la libertad sexual tendría que formar parte del paquete. Y ése era un concepto que él aborrecía. Por más que intelectualmente fuese un liberal progresista, en el fondo de su corazón era un machista de lo más convencional, con una serie de firmes convicciones en lo tocante a lo que debía constituir un comportamiento femenino decoroso. Por ejemplo, tenía la intocable opinión de que las mujeres ni por asomo debieran fumar en público, ya que esto era equivalente a una confesión de bajeza moral.

Aborrecía la idea de los subsidios para la maternidad, ya que sólo valdrían para minar los cimientos mismos de la decencia social.

Reeves tuvo que pasarlo francamente mal mientras reprimió todos estos sentimientos a lo largo de 1906, y esta tensión había empezado a dejarlo exhausto. Uno de sus amigos íntimos en Nueva Zelanda, con el cual llevaba toda una década sin encontrarse, visitó Inglaterra a finales de año y se quedó de una pieza al ver que este hombre parecía un vejestorio, y que indudablemente se sentía agotado. Acababa de cumplir cuarenta y nueve años. Beatrice Webb llevaba algún tiempo preocupada por él; había anotado en su diario que parecía «*estar dejándose llevar por un ensombrecimiento del ánimo y por una melancolía incurable*» ya en 1904. Maud Reeves no se había dado cuenta por entonces, ya que estaba demasiado ajetreada con los asuntos propios de la Sociedad Fabiana y con la causa del feminismo, pero su reacción ante la trifulca desatada con la publicación de *En tiempos del cometa* sí la sensibilizó respecto de su visible alteración.

Tengo la convicción de que la preocupación de Maud Reeves por su esposo fue la única causa responsable de su repentina decisión de ceder a sus súplicas y de atenuar su activa dedicación a la causa de mi padre, a la que se había entregado tan de lleno como a la lucha por la revisión de las «Bases», exactamente en la época en que esta campaña empezó a entrar en crisis. Reeves siguió comportándose como si fuese un hombre deshecho durante casi todo 1907, pero al año siguiente hizo un esfuerzo por romper todos los lazos que lo ataban a un pasado brutalmente desalentador. Había renunciado a su puesto de agente general con objeto de verse con las manos libres para poder aceptar el cargo de director de la London School of Economics, que le había sido ofrecido por Sidney Webb para ayudarle a salir de su personal atolladero. Llevaba seis meses en dicho puesto cuando empezó a darse cuenta de que no era sino un mascarón de proa que daba la cara por los Webb, y llegó así el día aciago en que su mujer tuvo que decirle que su hija estaba embarazada y que el hombre a quien había que responsabilizar por su estado no era, por cierto, un inconsciente vividor de Cambridge, ni tampoco un joven especialmente prometedor, sino su buen amigo, mi padre, por más casado que estuviese, por más que hubiese pasado ya de la edad madura, por más escándalos que tuviese ya anotados en su haber.

Este golpe decisivo desató toda la rabia, todo el resentimiento y la amargura almacenados en el corazón de Pember Reeves a causa de todas las injusticias, todos los contratiempos y disgustos que le habían salido al paso desde la muerte de su padre. Enfurecido, quiso que alguien, sin importarle quién, pagase por todas las penas que había tenido que sufrir a lo largo de su vida. Su hija y el amante de ésta estaban muy a mano, y fácilmente habrían podido servir como chivos expiatorios, de modo que se empeñó en darles su merecido por haber sido los últimos en sumar nuevos daños y perjuicios a sus ya múltiples heridas. Quiso que fuesen castigados, y no se paró a pensar en lo que a él personalmente pudiera costarle ese castigo, ni tampoco en lo que pudiese costarles a ellos dos o a

cualquier otra persona. Para cerciorarse de que las cosas iban a ser tan duras como él deseaba, difundió el rumor de la abominable forma en que los dos culpables le habían pagado a cambio del amor y la confianza que tenía depositados en ambos. Recorrió de punta a cabo el círculo de sus amigos y conocidos farfullando con todo el que quisiera escucharle el lamentable cuento de sus múltiples penas, operación que coronó a manera de colofón con las consecuencias que ya he descrito en un capítulo anterior. Hizo de un escándalo íntegramente privado una abierta cuestión de dominio público.

Mi padre dijo lo que deseaba puntualizar sobre su fracaso entre los fabianos en dos libros suyos: *Los nuevos maquiavelos*, novela de tono más bien agrio, como corresponde a cualquier texto escrito desde la cólera, lo cual apaga sus demás virtudes, y *Experimento autobiográfico*, en el cual tiene a la vista dos metas contrapuestas, como son el relatar la verdad de los hechos y el saldar las cuentas de todo aquello que tanto había terminado por lamentar. En la novela estuvo inclinado a dar al grupo de personajes que recientemente había hecho todo lo posible por buscarle a él la ruina lo que a su juicio se merecían, mientras en la autobiografia hizo cuanto pudo por acabar con los residuos de interes que pudieran quedarle por su aventura entre los Fabianos, residuos que quizá hubiesen sobrevivido, y esta puesta en limpio la lleva a cabo reconociendo que mientras duró la aventura pecó continuamente de apresuramiento, desconsideración, mal humor y poco tacto. Lo que obtuvo desde esta clase de planteamientos fue un obvio encubrimiento, aunque lo que en realidad deseaba disimular, al menos en aquellos momentos, fue todo lo tocante a la relación que había mantenido por un lado con Amber Reeves y por otro con su familia. Todo este asunto había terminado por considerarlo como el mayor fracaso personal de toda su vida, y se arrepentía por igual de su debilidad al dejarse arrastrar a semejante aventura amorosa, de su fracaso cuando le llegó la hora de mantenerse al menos dentro de los límites de lo razonable, del inexcusable disgusto que había producido a Maud Reeves, que no en vano había sido una de sus amistades más queridas, y también, no en grado menor, de la desdicha que había sembrado en la vida de Pember Reeves, individuo en el fondo amistoso, decente y ya de por sí hondamente infeliz, amén de sobradamente infortunado. Aún quedaba otro cabo más por atar a raíz de este asunto, otro cabo que explica su reluctancia a la hora de aventar las ascuas: el acuerdo cuya aceptación Rivers Blanco White le había impuesto tras la publicación de Ann Veronica, que todavía en aquella época lo tenía maniatado y amordazado. Bajo semejante constricción no había visto a su hija ni había hablado con ella, desde el mismo día en que fue inscrita en el Registro Civil. La niña había crecido, según pudo saber Wells, hasta convertirse en una jovencita deslumbrante, de modo que a cada día que pasaba lamentaba más su ausencia a lo largo de su vida.

Todas estas cosas son las que dan auténtica sustancia al episodio de la Sociedad Fabiana, al menos tal y como le afectó a él personalmente, y cuanto estas cosas que fueron omitidas de la historia, él sintió que no quedaba gran cosa, aparte de un magro recuento de su lanzamiento,

hecho sin las debidas reconsideraciones previas, a un estanque en realidad demasiado reducido, en el que si bien se piensa jamás debiera haberse metido. Habrá seguramente quien entienda que la visión del fabianismo y de los fabianos que tuvo mi padre estuvo en el fondo subordinada a sus propios proyectos, pero lo cierto es que existía una abismal diferencia entre las dos maneras de pensar que coexistieron a uno y otro lado de la valla. La anchura de este abismo, separación entre dos universos mentales diametralmente opuestos, tiene para mí buen ejemplo en la serenidad con que Hubert Bland fue capaz de reconvenir a mi padre cuando le tocó en suerte escribir una reseña de *Tono-Bungay* para el Daily Chronicle, en febrero de 1909. Adoptando un tono facilón, de tío carnal como quien dice, Bland acusó a mi padre por haber desarrollado un descarado gusto por lo irrelevante, afición que amenazaba con convertirle, a su juicio, en un Sterne de segunda fila. Para aducir otros argumentos que respaldaran su contencioso, Bland llamaba la atención de sus lectores sobre «*un episodio que, en vez de contribuir al desenvolvimiento de la trama, lo estorba considerablemente, amén de no aportar nada acerca del desarrollo de ninguno de los personajes, episodio en fin que mejor habría dado algún fruto como relato breve*». Bland había puesto el dedo sobre la llaga, sin vacilar, sobre uno de esos momentos brillantes que salen a relucir una y otra vez en los escritos de mi padre, a menudo cuando menos se los espera uno, para convencer al lector de que era, como escritor, tm auténtico genio. El episodio de Quap en Tono-Bungay es una de esas piezas expositivas que logran introducir algo absolutamente novedoso, traído de lo más recóndito del alma humana, para colocarlo a la vista de todos los mortales. Señala el momento en que se abre un nuevo horizonte.

Ya he descrito antes el periplo típicamente wellsiano a través del cual Tío Ponderevo, en Tono-Bungay, adquiere su existencia dentro de la ficción. Tras haber declarado en bancarrota su negocio de droguería al por menor, muy a la antigua usanza, pasa al campo del droguero al por mayor, dentro del cual da en el clavo al descubrir la fórmula de un tónico totalmente carente de valor y sólo muy levemente perjudicial para la salud, que consiste en agua del grifo, un poco de colorante, una pizca de azúcar, algo que le diese sabor y un golpecito de una sustancia capaz de crear una cierta adicción y que funcionaba como estimulante. Con ayuda de una campaña publicitaria totalmente irresponsable y deshonesta, obtiene un tremendo éxito de ventas y en un abrir y cerrar de ojos se encuentra con unos ingresos disparatados y en apariencia inexhaustibles. Así se ve llevado en volandas hasta convertirse en propietario de una participación tal que controla media docena de grupos empresariales y pasa a ser una de las primeras potencias del mundo de los negocios. Partiendo originariamente de la idea de que los beneficios lo son todo en esta vida, añade a su conciencia otra similar, a saber, que mientras uno se encuentre en constante expansión, todo saldrá a pedir de boca. Cuando su castillo de naipes, hecho a base de emisiones de bonos y de fusiones entre empresas, alcanza tal tamaño que se le va de las manos, y cuando las ganancias obtenidas por las ventas del tónico dejan de ser

significativas a la luz de sus cada vez mayores problemas de liquidez, aparece de repente Quap.

Tal y como reza la campaña publicitaria de su descubridor y promotor, la nueva sustancia parece una auténtica maravilla, pues se trata de un producto íntegramente natural, a partir de la cual podrá fabricarse el filamento perfecto para todas las bombillas eléctricas. Teniendo en cuenta el estado en que se halla el mercado, quien pueda comercializar y explotar el invento de Quap fácilmente podrá adueñarse de la totalidad de las ventas de bombillas en todo el mundo occidental. A ojos de Ponderevo, se trata de una tentación irresistible. De alguna parte se podrá obtener más dinero contante y sonante, y viéndole las orejas al lobo, con la ruina absoluta a la vuelta de la esquina, el invento de Quap bien merece la pena al menos un intento. Por otra parte, el promotor no puede ser más persuasivo. Según le informa, el material se encuentra al extremo de un espigón que ha construido en un saliente de una isla, en la desembocadura de un río de África Occidental: no sólo será bien fácil llegar, sino también transportar y trabajar en el yacimiento, ya que se trata de un material blando, casi una especie de arcilla, de modo que lo único que hará falta, al principio, serán unas cuantas palas, un torno y un balde atado a un cabo. Así pues, el sobrino de Ponderevo, narrador de toda la trama argumental, viaja hasta el yacimiento a comprobar si esta descabellada oportunidad puede en realidad funcionar como se anuncia, decidido a regresar con un buen cargamento con el cual realizar las pruebas pertinentes. Así es como el lector se ve por fin llevado de la mano a echar un vistazo a un material ciertamente digno de mención, a saber, la primera premonición que se da en Occidente del aspecto que tendrá un paisaje azotado por la radiación.

Lo que se encuentra el joven Ponderevo cuando llega a la siniestra barra de arcilla es que se trata de un destino mucho menos impresionante, a primera vista, que el estado en que se encuentra el entorno. A uno y otro lado del saliente, en una franja de varias millas de anchura, se diría que todos los seres vivos están moribundos o definitivamente muertos. Antes de partir de Londres, el joven Ponderevo había tenido noticia de que los habitantes de la región sentían, más que respeto, verdadero temor por el lugar, como si estuviesen convencidos de que pesaba sobre el saliente de arcilla una maldición. No pasa mucho tiempo hasta que comienza a compartir esos mismos sentimientos, si bien, siendo un hombre con gran capacidad de raciocinio, concibe la idea de que se encuentra en un terreno que está afectado por algún tipo de enfermedad que corroe la materia. Con todo, los negocios son los negocios, y no ha hecho un viaje de tres mil millas de longitud para dedicarse a esas vanas especulaciones. Ha ido allí para regresar con un cargamento de Quap. Por eso llena las bodegas de la goleta en que ha viajado de esa sustancia pegajosa, letal, y emprende el viaje de vuelta a casa. En cuestión de pocos días, los integrantes de la tripulación, que ya habían visto cómo la piel se les llenaba de erupciones y de llagas mientras procedían a cargar el Quap a bordo, comienzan a enfermar gravemente y a morir uno tras otro, hasta que el propio navio comienza a hacerse

pedazos. Poco antes de que se hunda, Ponderevo y los marineros supervivientes logran ponerse a flote sobre una balsa de tablones podridos que a duras penas se sostienen ensamblados, en la cual aguantarán hasta que los recoja otro barco.

Me doy perfecta cuenta de que es muy viable tomarse esta anécdota narrativa tal y como es por sí misma, si bien no puedo sustraerme a la sensación de que hace falta una considerable medida de arrogancia intelectual para pasar olímpicamente por alto la combinación de lógica, de visión de futuro, de poder de penetración en las cosas, por la cual adquiere una especial posición dentro del tejido narrativo del que ciertamente forma parte indisoluble. Me sorprendo profundamente cada vez que releo esta parte del libro por la pasmosa previsión de futuro que contiene, respecto de la demencia! carrera en pos de la explotación de la energía atómica en tanto en cuanto fuente energética, que se dio a renglón seguido del hallazgo, durante la guerra, de la fisión nuclear sin control exacto. Con eso y con todo, esa predicción casi clarividente no constituye lo esencial del pasaje. Lo que se propuso demostrar mi padre mediante esta alegoría era más bien el progreso inevitable que lleva de comerciar casi por trueque con mercancías levemente perniciosas hasta la explotación incontrolada de materiales absolutamente mortíferos, progreso que ha de seguirse a manera de corolario de la aceptación general de la doctrina del capital mercantilista según la cual los beneficios justifican cualquier acto realizado para conseguirlos. Se había dado cuenta de ello, tan pronto como pudo comprender lo que le decía a menudo un joven conocido suyo llamado Frederick Soddy, un hombre sólo once años más joven que él, acerca de las propiedades sumamente extrañas de las sustancias radiactivas; entre otras cosas, le dijo que ninguna consideración ética o prudencial bastaría para impedir que los especuladores se apiñasen en este terreno del conocimiento, en cuanto la explotación de los nuevos hallazgos científicos adquiriesen un cierto barniz de propuestas viables en la práctica. Los especuladores tendrían el juego asegurado en el futuro de las especies en el preciso instante en que encontrasen la ocasión propicia para recabar el dinero necesario para tal inversión. La idea de que los especuladores iban tornándose cada vez más irresponsables, a medida que se incrementaba su capacidad de redundar en perjuicios sociales de toda clase, no fue ni mucho menos una idea original de mi padre. De hecho, el primer Roosevelt ya había librado una campaña en la que sacó gran partido de estas consideraciones; por otra parte, la idea de la necesidad de que existiese en cierto modo un control y una regulación exhaustiva de las emisiones de bonos y de los lanzamientos de las sociedades anónimas databa ya de la década de 1840. Sin embargo, la mayor parte de las personas que se habían parado a considerar este asunto antes que mi padre lo habían hecho casi exclusivamente con la intención de encontrar algún remedio que paliase los defectos menores de una estructura social fundamentalmente sana. Se había hecho hincapié más que nada en las víctimas individuales, e incluso quienes se habían percatado de que el daño se estaba causando a la sociedad en conjunto se sintieron si acaso inclinados a pensar en esta problemática como si fuese algo que podría enderezarse con relativa

facilidad por medio de una legislación poco sistemática, hecha por partes, sin recurrir a una serie de radicales medidas de reforma. Mi padre había introducido, creo yo, una considerable novedad en estas consideraciones, en el momento en que describió el crecimiento alocado y salvaje, la proliferación desmedida de los nuevos negocios y conglomerados a niveles gigantescos, a una escala comparable a la diseminación de un cáncer dentro de un organismo vivo. Ya había insinuado esto mismo, a manera de apunte, en

When the Sleeper Wakes (*Cuando despierta el durmiente*), una novela de 1899 en la que un único conglomerado industrial de desmesuradas dimensiones engulle la totalidad de la economía del mundo occidental, pero también había retomado el tema en *El alimento de los dioses*, en 1904, para darle pleno desarrollo en *Tono-Bimgay*. Quiere que a nadie se le escape el fondo de la cuestión cuando habla de este modo acerca de Quap:

> *... hay en... Quap... algo que sólo podría calificarse, aunque sea por aproximación, de canceroso. A mi juicio, la radiactividad es una auténtica enfermedad de la materia... una enfermedad contagiosa. Basta con poner bien cerca unos de otros estos átomos deteriorados, desmigajados, que los demás que los circundan pescan al vuelo la absurda capacidad de salirse de toda existencia mínimamente coherente. Ello es a la materia exactamente lo mismo que la decadencia de nuestra antigua cultura es a la sociedad... Pienso en estos centros que inexplicablemente se autodisuelven... [y] me obsesiona acto seguido ese grotesco capricho consistente en corroer, resecar y pudrir radicalmente, dispersándolo, todo el mundo en que vivimos... Supongamos, por qué no, que así ha de ser el fin de nuestro planeta: nada de climax espléndidos, nada de tracas finales, nada de acumulaciones impresionantes de logros y hazañas, sino, simplemente... ¡la energía atómica!*

Mi padre expresa estas opiniones a través del personaje del joven Ponderevo, cuyo único motivo a la hora de embarcarse en esta empresa que fácilmente podría haber difundido la infección por el mundo entero fue que su hipotético éxito tal vez, pero sólo tal vez, podría haber pospuesto la bancarrota de su tío en dos o tres años a lo sumo. El episodio reviste, así pues, una dimensión adicional: el material que se quiso utilizar es de lo más desmoralizante por los efectos que tiene en quienes han de manejarlo con sus propias manos, tal y como es desmoralizante la codicia para quienes ceden a su pujanza. En esta historia escrita por mi padre, el narrador no ha recabado el debido permiso de las autoridades locales para extraer Quap en su territorio, con lo cual nada más comenzar la operación de cargamento en las bodegas de su barco se ha convertido en ladrón o, si se quiere, en pirata. (Y no se trata de que desee causar adrede ningún perjuicio, sino de que no dispone del tiempo preciso para cubrir los expedientes correctos para obtener una licencia de exportación y todo lo demás...) Del latrocinio pasa al asesinato,

como tan a menudo ocurre entre los piratas. Su gran esperanza estriba en realizar la operación pasando desapercibido, y sólo con objeto de que no se disipe esa esperanza mata a sangre fría a uno de sus semejantes. El individuo resulta ser un simple vaquero, que está medio muerto de hambre y que, por si fuera poco, es nativo; tiene la mala suerte de llegar a un lugar desde el que fácilmente avistaría la goleta, con lo cual el narrador le sale al paso y ¿qué otra cosa más sencilla que meterle un tiro por la espalda y enterrarlo en el punto en que cae abatido?

Este incidente podrá parecer extravagantemente arbitrario, y quizá incluso resulte superfluo cuando se desgaja de su contexto. Ahora bien, en el lugar que ocupa dentro de la novela, esta vileza se produce como si casi estuviéramos esperándola desde tiempo atrás, como si fuese una consecuencia inevitable por estar el narrador en donde está, dispuesto a manipular ese peligroso material. El tono moral de la trama va cayendo progresivamente a medida que avanza, el desarrollo de la aventura, tal y como aconteció en el caso del Proyecto Manhattan[226], ya que la naturaleza del trabajo que se estaba realizando dejó de estar sujeta a imprevistos. No quisiera cargar las tintas en este paralelismo, pero ese inocente intruso resulta asesinado de un tiro, y es nada menos que el buen narrador quien realiza el disparo. Por muy lejos que efectivamente estuviese mi padre de toda información acerca de la tecnología que llevó a Oppenheimer a pronunciar precisamente en el momento del éxito de la empresa su agorero y ya famoso comentario, a saber, «hemos descubierto el pecado», sigue pareciéndome imposible poner en duda que las intuiciones que Wells había tenido le hubiesen dotado de una conciencia muy similar, aunque fuese entre 1906 y 1908. Pese a todo, cuando se reconoce plenamente que mi padre tuvo semejante previsión de futuro, el libro no adquiere su importancia y su interés de su presciencia al esbozar las espantosas posibilidades que yacían agazapadas en los descubrimientos de la primera generación de físicos nucleares. La justa medida de sus virtudes hay que encontrarla en cambio en el hecho de que va mucho más allá de de la venalidad de las explotaciones y las especulaciones que caricaturiza con verdadero gracejo, hasta llegar al tuétano del fatal hábito de los hombres que siempre se inclinan con descaro por la opción que mejores y más inmediatos beneficios parece ofrecer, sin que importe cuan trivial pueda ser a la postre la ganancia, ni tampoco la certeza de que habrá que pagar por ello a largo plazo. El libro expresa, de manera sumamente poderosa y original, el antiguo mensaje de la historia que versa sobre la fruta prohibida, es decir, que el hombre es, en definitiva, su propio enemigo. No es accidental que el tío del joven Ponderevo termine en el lecho mortuorio de Gissing, toda vez que la novela incorpora todo lo que mi padre había tenido ocasión de saber acerca de las compulsiones autodestructivas, gracias a su inmersión postmortem, con todo detalle, en la historia secreta de tan desdichado individuo. No obstante, debo poner punto final a la contemplación de los contenidos propios de la que con

[226] Se trata del proyecto de investigación del Gobierno estadounidense por el cual, entre 1942 y 1945, se fabricó la prinera bomba atómica. (N del T.)

toda solidez puede efectivamente pasar por ser la mejor novela de mi padre, para atar los cabos sueltos de su implicación en la Sociedad Fabiana. Hasta qué grado era una persona radicalmente distinta del círculo en que se estuvo moviendo es un extremo que se encuentra idealmente resumido en las dos últimas frases de la crítica que dedicó a la novela el inefable Bland: «*Pero para hacer justicia al señor Wells, no se ha propuesto en este libro ir al grano; por el contrario, se jacta y se deleita en dar toda suerte de rodeos. Zigzaguea de principio a fin*.» Este barato varapalo, aplicado a manera de correctivo sobre el gran libro de un gran hombre, para más inri por parte de un crítico que sólo se había salvado por los pelos de quedar convertido en un desastrado don nadie por pura casualidad, mejor dicho, por haberse casado con una mujer industriosa y muy dotada, deseosa de mantenerlo a todo tren, capta a la perfección el tono de condescendencia que prevalece en todo el discurso fabiano. Constituye un pronunciamiento que no soy capaz de oír sin lamentar que Wells malgastara tantísimo tiempo y tantas energías intentando erigirse en dueño y señor de tan minúsculo escenario. Entre sus biógrafos, algunos sostienen que cometió el mayor error de toda su vida cuando decidió dar la espalda a dicho escenario, cuando lo cierto es que los hechos no respaldan semejante opinión. La historia de la Sociedad Fabiana se enmarca dentro de dos etapas distintas; cuando mi padre renunció a ser miembro de la misma, los Webb estaban ya a punto de poner fin a la primera de las dos, por medio de un deslumbrante despliegue de ineptitud política.

La ocasión que propició esta demostración tuvo lugar cuando los trabajos de la comisión de la Cámara de los Comunes, que se encargó de investigar los defectos de las Leyes de Pobreza existentes, llegaron por fin al momento de tomar forma de libro blanco sobre la cuestión. El comité se dividió en dos bloques, uno mayoritario y otro minoritario, en lo tocante a la cuestión de las recomendaciones al Gobierno; así como el Informe de la Mayoría respondió positivamente ante el sentimiento popular de toda la nación, proponiendo que se dieran una serie de osados pasos tendentes a la humanización de los servicios de seguridad social existentes en la época, el Informe de la Minoría, al pie del cual estamparon sus firmas los Webb[227], no pasó de proponer una maraña de reformas administrativas, plenamente consciente de su elevado coste, para mejorar la eficacia interna de la vieja maquinaria, pero dejando intacto su anticuado carácter. Cuando los Webb cayeron en la cuenta de hasta qué extremo habían metido la pata, salieron corriendo del escenario del crimen y emprendieron un viaje de placer alrededor del mundo entero, dejando a Lloyd George solo para que sacase adelante el arduo trabajo de cimentar

[227] Diario: B. Webb, 17 de enero de 1909. Esta entrada recoge la firma del Informe de la Minoría. La entrada correspondiente al 7 de marzo de 1911 recoge la virtual disolución de la Sociedad Fabiana, tal como se concibió en su origen, bajo el peso de la victoria arrasadora del Partido Liberal en las elecciones generales de 1910. La legislación basada en las recomendaciones comprendidas en el Informe de la Mayoría se introdujeron en la Cámara de los Comunes en mayo de 1911. Los Webb emprendieron un viaje de placer que a la postre sería una vuelta al mundo a mediados de junio de 1911

el sistema británico de subsidios de desempleo y de seguridad social. Se pasaron un año entero al margen de todo, y durante este tiempo la Sociedad fue desmoronándose. El pronunciado ritmo con que se fueron incrementando los miembros de la Sociedad durante los años que dedicó mi padre a insuflar nuevos aires a la organización muy pronto menguó hasta caer en picado; al mismo tiempo, aumentó el número de miembros deseosos de que su condición de tales prescribiese por impago de las cuotas. La Sociedad sólo se salvó de la extinción que la amenazaba en 1916, cuando remodeló por completo su imagen G. D. H. Colé y otros miembros hechos de la misma pasta que él. Desde aquel momento, su función principal fue la de ser depósito del pensamiento de las izquierdas, por tener en su haber los hechos y las cifras necesarios para justificar cuantos dogmas socialistas pudieran estar en boga a cada momento. Su influencia sobre la política del partido laborista desde que tuvo representación parlamentaria nunca llegó a ser tan grande como sus apologetas insisten en subrayar, aparte de no haber tenido tampoco influencia semejante en ningún otro terreno.

En cuanto a los Webb, socialistas que aborrecían y despreciaban a las masas de los descamisados sólo un punto menos que el propio procedimiento democrático que necesitaba, por deseos y por ambiciones, para ser tenidos al menos en cuenta, iban a terminar, con absoluta naturalidad y de la mano de George Bernard Shaw, en las filas de los más acérrimos defensores del estalinismo incluso en sus aspectos más atroces. Cerca ya del final de sus vidas, convencidos a pie juntillas de que el Estado soviético tal y como era entonces representaba el cumplimiento pleno del ideal del fabianismo, escuchaban todas las noches sin falta las emisiones en lengua inglesa de Radio Moscú[228], para así cerciorarse de que sus opiniones respecto de la marcha de los acontecimientos a nivel mundial no estaban en deuda con ninguna fuente de información que pudiera ser tachada de propagandista.

La verdad es que los Webb formaban una pareja con la que era bien fácil reñir. Tenían de sí mismos una altísima opinión, al tiempo que eran opiniones muy pobres las que tenían de la humanidad en general. Beatrice era una mujer extremadamente arrogante y de muy limitada inteligencia, mientras que él, tal y como iba a manifestar sin lugar a dudas su tremendo fracaso como ministro del Gabinete, era un hombre con una fatal mezcla de autocomplacencia y de total falta de sentido común. Se ha reconocido que no fue por cierto una sinecura la que le cayó encima cuando se vio lanzado a la Oficina de Asuntos Coloniales, por entonces responsable de Palestina, exactamente cuando la inmigración de los judíos a Palestina se iba convirtiendo en una cuestión de candente importancia. Con eso y con todo, los Webb no dejaron pasar la ocasión de aportar su granito de arena al problema. A medida que el ambiente político se fue calentando a raíz de la revuelta protagonizada por Jabotinsky frente al Muro de las Lamentaciones, Beatrice plantea en su diario una cuestión cuando menos singular: «¿De quién son descendientes

[228] Historia social: N. y J. MacKenzie, The First Fabians, epílogo

todos esos judíos rusos y polacos?»[229] Y llega por sí sola a una notabilísima respuesta a la cuestión que tanto la intriga, sólo que un año más tarde:

> *Lo que más me interesa de toda esta incesante fermentación sobre la cuestión de Palestina es la total ausencia que en ella se da, desde que principia hasta que concluye, de toda consideración de Palestina en tanto cuna del credo cristiano... Basta con imaginar el pasmo de los cruzados del Medievo si hubiesen podido prever que los reinos cristianos de Inglaterra, Francia e Italia, llegaran a arrebatar Jerusalén de manos del islam para entregarlo a quienes crucificaron a Jesús de Nazaret, a quienes han negado siglo tras siglo, desde el principio de los tiempos y hasta hoy en día, que sea el Hijo de Dios... Se ignora olímpicamente la tradicional infamia de la Crucifixión. Y un toque de ironía adicional de todo este malhadado episodio estriba en el hecho de que los judíos que emigran a Palestina sean eslavos y mongoles, y en modo alguno semitas, además de que la inmensa mayoría de todos ellos no sean seguidores de Moisés y de los profetas, sino de Karl Marx y de las Repúblicas Soviéticas...*[230]

Los Webb coincidieron con mi padre alrededor de la misma mesa, con ocasión de un almuerzo al que unos y otro estaban invitados, más o menos en la época en que Beatrice Webb confiaba a su diario semejantes profundidades de pensamiento, y fue así como pusieron bruscamente punto final a unas relaciones que habían aguantado durante siete años. A mi padre le parecieron los dos muy divertidos en su radical equivocación sobre todas las cuestiones cruciales del momento, y experimentó no pocas dificultades, aunque pasajeras, para disimular la gracia que le hacían. A Beatrice no le gustó nada esta reacción, y mencionó por lo tanto lo grueso y lo autocomplacido que le pareció Wells al cabo del tiempo. A su juicio, no dejaba de tener interés que así como la mayor parte de los ingleses terminan por parecerse a tal o cual raza canina, en tal o cual etapa de sus vidas, él empezara a tener un inequívoco aire porcino.

El enorme error que mi padre había cometido en 1909 no fue tanto el dimitir de la Sociedad Fabiana, sino más bien la pérdida de control sobre su vida privada y su consiguiente exposición en público, al alcance de un rencor implacable. De todas sus experiencias de adulto, al margen quizá de la lectura que hizo de los amañados diarios de mi abuela y del descubrimiento de la doblez de Moura Budberg, ninguna otra iba a afectarle más hondamente que el escándalo público en que iba a convertirse su aventura con Amber Reeves. Se le hizo todo lo que puede hacérsele a un hombre para que piense lo peor de sí mismo, al menos cuando este escándalo alcanzó su punto culminante, pero por espacio de

[229] Diario:. B. Webb, 4 de enero de 1929
[230] Diario: B. Webb, 26 de octubre de 1930

otros dos años más se vio como diana de una constante descarga de insultos y desdenes gratuitos. Así se condujo con él no sólo gran cantidad de personas, muy variadas y en su mayor parte de todo punto desconocidas, sino también un grupo de hombres y mujeres a los que él había llegado a apreciar como buenos amigos. Iba a costarle nada menos que diez años recobrar la fe en su propia valía, el mismo tiempo que tardó en devolver a su vida profesional el rumbo más adecuado. Y su recuperación como escritor se produjo a la vez que un desplazamiento de terreno: ya no recobró nunca la garra necesaria para correr el riesgo de la exposición en público, que es parte inherente de toda escritura de textos de ficción, y cuando regresó a la palestra en condiciones fue, en cambio, con *Perfil de la historia*. Desde entonces y en lo sucesivo fue más bien un autor de textos didácticos, un hombre de ideas y, sobre todo, un propagandista que sólo incidentalmente se dedicó de nuevo a la novela. Los tratamientos directos, tan maravillosos, de sus primeras obras —esto es, la ausencia que en esas primeras obras se da, tan pronto pudo dar por concluidos sus ejercicios de calentamiento, de toda distancia qtie lo separe del lector—, se habían desvanecido para siempre. Y el resultado de esta aciaga época iba a ser para él un profundo resquemor que vivió de cuando en cuando durante un período mucho más dilatado.

Fue por ejemplo ya en 1932[231], después de entonar el mea culpa en su *Experimento autobiográfico*, después de la muerte de Pember Reeves, cuando lanzó una sonda hacia Rivers Blanco White, por medio de E. S. P. Haynes, insinuándole que seguramente estaría de acuerdo en que habría llegado el momento de que prescribiese la prohibición por la cual se había visto impedido de mantener el más mínimo contacto con la hija que había tenido de Amber. Blanco White se mostró de acuerdo en que quizá hubiese llegado el momento idóneo para que Anna-Jane supiese quién era su verdadero padre, y así accedió a darle una oportunidad para que se conociesen los dos y para que se tratasen, caso de que ella lo quisiera. Ella había crecido convencida de que Rivers Blanco White era sin duda su verdadero padre; éste era uno de los cimientos de su estructura emocional, a partir de la cual iba a realizar su abordaje de la vida de adulta. No le gustó nada que esta piedra angular fuese súbitamente desplazada bajo sus pies. A los veintitrés años, sentía un gran cariño por Rivers, quien era por cierto un hombre muy agradable en el que ella había aprendido poco a poco a depositar toda su confianza. Cuando hubo de vérselas cara a cara con mi padre, se encontró ante un perfecto desconocido. Sabía que se esperaba de ella que manifestase cierto aprecio, pero no fue capaz de cumplir con dicha expectativa. Y tuvo que pasar algún tiempo hasta que mi padre pudo digerir y asumir este duro revés de la vida. No supo lidiar nada bien con la situación. Buena parte del problema se debió seguramente a que por entonces atravesara una fase de su vida en la que sintió la imperiosa necesidad de revisar ciertos aspectos de su pasado personal. No le gustaba nada por entonces que sus hijos se hubiesen criado y hubiesen crecido siendo perfectos desconocidos los unos de los otros. Sentía verdaderas ansias por reunirlos a todos y por

[231] Comunicación oral: A. R. al autor

conformar cierta vida de familia antes de que le llegase la muerte. Víctima de sus prisas, imprimió demasiada velocidad a las cosas. A mí me presentó a Anna-Jane antes de que él mismo hubiese podido establecer alguna relación con ella. Organizó una merienda en la que al parecer íbamos a conocernos, a los pocos días de que me comunicase su existencia mientras almorzábamos los dos en Scott's. Dicha merienda tuvo lugar en el salón de su poco acogedor apartamento de Chiltern Court, el enorme bloque de pisos que se alza sobre la estación del metro de Baker Street. Ella estaba allí cuando yo llegué, y el embrollo de vibraciones que estaba emitiendo, de manera bastante potente, me hizo pensar en que mi padre seguramente le había pedido a ella que acudiese antes, para disponer así de una ocasión de explicarle mi existencia, tal y como me había sido explicada a mí la suya. Imaginé que podía entender sus sentimientos, pero no se me ocurrió nada que decirle; tras haber intercambiado los saludos de rigor, envarados los dos y medio ahogados, nos sentimos incapaces de pronunciar ni siquiera una palabra más. Mi padre nos ofreció té con pastas y corrió con el peso de la conversación como si fuese una persona temerosa de los

animales pero pese a todo empeñada en ganarse la confianza de dos ejemplares de buen tamaño, conocidos los dos por su tendencia a morder. Fue un encuentro que Rivers Blanco White no podría haber dispuesto, y que tampoco se le habría ido de las manos si le hubiese tocado hacerlo. Siempre he pensado que ese encuentro tuvo una gran repercusión en la decisión que tomó Anna-Jane acerca de sus sentimientos respecto de mi padre, aparte de conducirlo a él a ver con toda claridad cuáles iban a ser dichos sentimientos. El golpe, cuando por fin hubo de reconocer para sí que a ella no le caía nada bien, fue tal que no se lo pudo tomar nunca a la ligera.

Por haber participado marginalmente en otra u otras dos experiencias más de este mismo tipo, me pude dar cuenta del peso enorme que había supuesto la tremenda paliza que se había llevado mi padre entre 1908 y 1916. Siendo como era plenamente consciente de que él mismo se había prestado a ser víctima de la persecución social que se organizó contra él, y que efectivamente hubo de resistir durante todos esos años, no le fue más fácil convivir con esas sensaciones; estoy convencido de que fue precisamente esa conciencia la que lo llevó a desarrollar la tendencia a responder de manera excesiva ante toda crítica personal, característica de su persona desde que cumplió cincuenta y pico años. No pienso fingir que, en esos años finales de su vida, no llegase a enaltecer esos estallidos emocionales al nivel del arte; ahora bien, es de esperar cierta vulnerabilidad de piel, cierta carencia de protección, en un hombre que ha sobrevivido a una desolladura semejante. Cuanto más voy sabiendo acerca

de lo que tuvo que sobrellevar mi padre inmediatamente a resultas de la finalización de su dedicación a la Sociedad Fabiana, así como por sus consecuencias a largo plazo, más fácil me resulta entender y perdonar su limitada paciencia y sus violentas explosiones de carácter.

Capítulo XV

Caso de seguir mucho más tiempo a bordo de este maldito vapor, empezaré a escribir igual que Dorothy Richardson.

Carta escrita a bordo del Adriatic.

Entre noviembre de 1906 y abril del año siguiente, estando en su apogeo el combate que sostuvo mi padre en el seno de la Sociedad Fabiana, se las ingenió sin embargo para disponer de tiempo suficiente y dedicarlo a la más extraña y reveladora de sus aventuras amorosas. Fue con Dorothy Richardson, una mujer a la que ya conocía desde sus tiempos en Worcester Park[232]. Treinta años después, cuando tuve ocasión de trabar contacto con ella, me produjo una fuerte impresión, aun cuando sólo fuese por parecerme la persona más presumida y menos sensual, de uno u otro sexo, que hubiese conocido yo hasta entonces. Se comportaba con particular envaramiento, y vestía con una peculiar rigidez, con lo cual recordaba un maniquí de modista o una anticuada figurilla de Belén. Me costó trabajo creer que en efecto hubiera llegado a acostarse con un hombre tan animado y tan vitalista como mi padre, aunque de ello no pudiera caberme ninguna duda: ella misma había escrito su propia versión de los devaneos que tuvo con él, sólo que escuetamente encubierta, transmutada en ficción, dentro de su desmesurado novelón autobiográfico, un interminable flujo de conciencia titulado Pilgrimage (*Peregrinación*); él, por su parte, nunca había desmentido que dicha aventura hubiese tenido lugar.

De jovencita, Dorothy Richardson había ido a la misma escuela que Amy Catherine Robbins. Las dos habían estado muy unidas por sentimientos comunes. La juventud de ambas estuvo ensombrecida por una constante sensación de que iban a producirse problemas inminentes, y no sin razón: una cosa u otra se había torcido aviesamente en los asuntos profesionales de sus respectivos padres. Los problemas del señor Richardson fueron característicos de la época que le tocó vivir[233]. Brotaron

[232] Autobiografía: H. G. W., capítulo 8, sección 3

[233] Biografía: Gloria Fromm, Dorothy Richardson, 1977. Fromm estatuye que Richardson «padre» se zampó la herencia de su padre «en algo menos de dieciséis años». Como heredó su pequeña fortuna en enero de 1874 y terminó con el juicio por bancarrota «a final de

de su apasionamiento por trepar desde abajo y hasta la cúspide de la escala social, hasta llegar al peldaño en que fuese plenamente aceptado como caballero. Era hijo único del próspero propietario de un ultramarinos; lo primero que hizo, nada más heredar el negocio de su padre, fue venderlo. Gracias a la operación obtuvo trece mil libras en limpio, y en cuanto cobró semejante cantidad se dispuso a darse la buena vida, invirtiendo en acciones de bolsa. Aunque técnicamente contase con una muy precaria financiación, tuvo relativamente buena suerte, y logró mantenerse a salvo y alejado de los tribunales por haberse declarado insolvente durante veinte años seguidos. Siendo, en efecto, el típico hombre dedicado a su familia que tanto abundó en la época, nunca comentó la menor cuestión monetaria con las mujeres de su familia, y su lento rodar hacia un desastre del que no podría recobrarse, difuminado por algunos episodios de ilusorio éxito, fueron un infierno de incertidumbres y aprensiones constantes para su esposa y sus cuatro hijas[234]. Las dos hijas mayores de Richardson llegaron a la edad de casarse más o menos cuando empezaban a aquietarse las aguas sobre la cabeza sumergida del señor Richardson; las dos pudieron llegar al altar justo antes de que las aguas se lo tragasen por última y definitiva vez. Cuando llegó efectivamente el momento de afrontar una demanda judicial en toda regla, la señora Richardson, desbordada al darse cuenta de que sus más atroces temores, tanto por ella misma como por sus dos hijas todavía sin casar, habíanse hecho realidad, se volvió loca de remate. Como la más pequeña de todas ni siquiera había terminado sus estudios elementales, cayó sobre Dorothy la penosa tarea de ser la enfermera y custodia personal de la demenciada señora. Al cabo de unas cuantas semanas, sus dos yernos se conchabaron para conseguir que «Madre» se marchase a vivir a la costa y que Dorothy la cuidase, con la esperanza de que la paz y la quietud de Hastings, en temporada baja, sirvieran para tranquilizarla y, sobre todo, para devolverle la cordura. Fue fútil el esfuerzo, ya que el reposo de poco podría haber servido a la señora Richardson. Se encontraba profundamente hundida en una agitada depresión, sin poder conciliar el sueño, sin poder tampoco dejar de hablar, ni mucho menos quedarse quieta. Cumplidos los primeros cinco días de estancia en su alojamiento de Hastings, la demenciada señora estaba exhausta; tocó fondo y hubo de guardar cama. Su hija, casi tan agotada como ella estaba, al verla por fin profundamente dormida, al menos aparentemente y por lo visto durante un buen rato, hizo una maniobra sin duda arriesgada y salió a tomar el fresco, a recapacitar a solas por el paseo marítimo. Allí cometió la estupidez de tomar asiento en uno de los

---

año», en 1893, me da la impresión de que la comilona le duró casi veinte años, aunque ello no tenga mayor importancia

[234] D. R. tenía por costumbre poner por prefacio a su siempre muy realista versión de la caída de su padre y de los últimos días que vivió su madre con una declaración en la que proclamaba que estaba a punto de revelar algo de lo que anteriormente nunca había conseguido hablar. La versión que ofrezco del episodio se basa sobre todo en la historia, tal y como ella misma me la refirió en 1948, aunque también he tenido en consideración leves distinciones de detalle que existen entre aquel relato y las versiones que ofreció a H. G. W., a R. W. y a Gloria Fromm en distintas ocasiones

bancos que miraban al rompeolas, y se quedó adormecida en cuestión de segundos. Transcurrida una hora, cuando volvió corriendo a la casa en que había dejado a su madre sin vigilancia ninguna, se encontró muerta a la pobre señora: se había rajado el cuello con el cuchillo del pan.

Todo el mundo se había portado con Dorothy con una gran amabilidad, pero el sentir general de que nunca debería haber dejado a solas a la finada fue a la vez ineludible. Que no se llegase a decir nada a ese respecto fue, de hecho, la peor de las condenas. Una vez consumada esta traumática disolución de la familia, Dorothy se mudó a un lugar del centro de Londres, para iniciar una nueva vida trabajando como recepcionista de unos dentistas que habían instalado la consulta en Harley Street. Sus patronos iban a pagarle una libra por semana.

Tan pronto se hubo alojado en la buhardilla de una casa de huéspedes, a sólo un paseo de su trabajo, empezó a dar los pasos necesarios para conseguir que su nueva vida resultase al menos soportable. Su primera iniciativa fue buscar a sus antiguas compañeras de colegio, al menos a las que aún vivieran en la ciudad o en sus alrededores. Bien pronto consiguió hacerse recibir en la acogedora villa de Worcester Park, en la que vivía con mi padre Amy Catherine Robbins, al tiempo que experimentaba los primeros compases de su transformación en Jane Wells. Jane guardaba recuerdos muy vivos de lo que había tenido que sufrir cuando su propio padre se suicidó, y no tuvo la más mínima dificultad a la hora de sintonizar con los sentimientos de su maltrecha amiga. También mi padre, al acordarse de la funesta sombra que había proyectado sobre sus años de juventud el tropezón que dio Joseph Wells en el patio posterior de su casa, estuvo en condiciones de mostrarle a Dorothy su simpatía con lógica presteza. Entre los dos convirtieron el apoyo a Dorothy en un proyecto común: bien pronto pasó a ser invitada habitual de sus gregarios almuerzos dominicales, por no decir que muy a menudo se presentaba en Worcester Park los sábados, para pasar allí la noche anterior a las reuniones.

La autora de la biografía de Dorothy, Gloria Fromm, dice que muy pronto se granjeó la admiración de mi padre, aunque yo no soy de la misma opinión. Cuando mi padre y Jane miraban a Dorothy en aquellos tiempos de Worcester Park, era sin duda para ver una misma imagen, a saber, la que puede proyectar la entumecida víctima de una racha de enconada mala suerte. Les costó algún tiempo aprender a ver en ella algo diferente, pues no en vano a ella misma le hizo falta invertir la mejor y mayor parte de los dieciséis años siguientes en recobrarse del revés que supuso la muerte de su madre y en ponerse en marcha y salir del punto muerto en que se encontró de golpe. La capacidad de comprensión por parte de mi padre, a la hora de calibrar el peso enorme que a ella le lastraba, sin duda aumentó cuando la muerte de su propia madre, en 1905, le otorgó la posesión del diario en el que ella había anotado sus reacciones ante las estremecedoras experiencias que hubo de vivir cuando murieron sus padres uno tras otro en la posada de Midhurst. Los paralelismos que puedan trazarse entre la dura experiencia de Sarah Neal

y los sufrimientos de Dorothy no llegan a tanto, pero el exceso del infortunio que a las dos les dio su tono vital fue el factor común que de veras contaba. Aun así, esta semejanza a mi padre le habría dado pie más para la empatia y la compasión que para una verdadera admiración. A los diez años de su primer encuentro en Worcester Park, ella seguía dedicada a su no demasiado impresionante trabajo de recepcionista, al tiempo que su unico logro literario digno de mención había sido un artículo publicado sin firma en The Outlook[235]. No había en ella gran cosa a ojos del joven que acababa de publicar *Kipps*, aparte de llevar escritas ya veinte novelas y tres colecciones de relatos; difícilmente podría haberse quitado el sombrero ante las proezas de ella, que era, por decirlo no sin tosquedad, más objeto de su compasión que de cualquier otro sentimiento, cuando en 1906 iniciaron su breve y penosamente fracasado romance.

El fiasco tuvo lugar tal como sigue. Cuando Dorothy empezó a vivir por su cuenta en Londres, notó que corría ciertos riesgos. Tan pronto pudo permitírselo, comenzó a vivir en compañía de un hombre que la protegiese de las amenazas ante las que se consideraba expuesta, en calidad de sencilla y encantadora jovencita sin relación de pareja conocida. No tuvo que buscar mucho hasta dar con lo que tenía en mente, pues la providencia puso a un tal Benjamín Grad, un joven judío ruso, en la planta inferior de su buhardilla, en la misma pensión. Como era nuevo en el país y era muy escaso su conocimiento de la lengua inglesa, a ella no le costó demasiado hacerse un hueco en la vida de él, en calidad de guía y mentora, de la más sencilla de las maneras, es decir, instruyéndole en la lengua y las costumbres locales. La relación entre ambos fue desarrollándose y adoptó a la sazón otro carácter, convirtiéndose en un juego de perpetuos cortejos, en el que ninguno de los dos pretendientes deseaba en el fondo llevarse el gato al agua. Para asegurarse de que Grad nunca le pidiese una rendición incondicional, Dorothy le dijo muy al principio que, por haber sido testigo de todo lo que condujo a su madre a la locura y al suicidio, era contraria al matrimonio de por vida, mientras él, tras informarle de que había pasado un año internado en un sanatorio psiquiátrico antes de marcharse de Rusia, le aclaró que, en lo que a él incumbía, el sexo sin mediar matrimonio era algo inconcebible. Los dos podrían haber seguido practicando ad infinitum este juego libre de riesgos, de no haber sido por la aparición en escena de una joven actriz, llamada Veronica Leslie-Jones, huida por las bravas de su familia, que aún vivía en el campo. Cayó entre ellos dos como una cuña, declarando al punto una profana pasión carnal por Dorothy, quien con gran sorpresa por su parte descubrió que estaba más que dispuesta a corresponder de igual a igual a dicho enamoramiento. Por vez primera en toda su vida, Dorothy se sorprendió al pensar si de hecho no se estaría vetando algo quizá esencial al planear para sí una vida en la que no tendrían cabida las relaciones sexuales. Hallábase casi tentada a dar a su ansiosa y reciente amiga lo que ésta al parecer tan desesperadamente ansiaba, pero se abstuvo de consumar el impulso por no tener entonces ninguna certeza de que el manifiesto lesbianismo de la otra joven no fuese simplemente mera

[235] Número de The Outlook correspondiente al 4 de octubre de 1902

representación escénica, cuestión de que el deseo de la otra persona pareciera atronadora e interesadamente corrupto, en vez de lo que habitualmente se llega a hacer sólo por impresionar, más allá de esta sospecha, supuso, no era sólo la feminidad de Verónica el factor ante el cual había respondido; se trataba, más bien, de su propia sexualidad y de sus propias ganas. No estaba ni mucho menos segura de que fuese en realidad una historia entre lesbianas lo que en el fondo deseaba. Su gran dificultad era que no sabía nada, lo que se dice nada, de ese aspecto de la vida. Lo cierto era que sólo la experiencia física de tal realidad podría servirle para aclarar las cosas.

El hombre que irrumpe en escena para desempeñar el papel de instructor de una mujer joven que se encuentre en tal situación a la fuerza ha de pasar por sospechoso. Existe un legado de la tradición cómica del pasado que relaciona indisolublemente la juventud con la inocencia y la experiencia con la madurez, de manera tal que sólo sugerir un intercambio entre la una y la otra concita imágenes de un decrépito viejo chocho que pierde el seso, esclavizada su voluntad, por una jovencita intacta. La historia amorosa que pueda darse entre estos dos personajes a menudo se presenta bajo esa luz, en parte por la existencia y el vigor de la tradición, y en parte porque el yo soñado por Dorothy, la heroína de su inacabable Peregrinación, envejeció mucho más lentamente que ella a medida que fue transcurriendo la acción. La realidad del caso es que cuando se hicieron amantes con todas las de la ley, mi padre tenía treinta y nueve años y Dorothy treinta y dos. A veces suele insinuarse que fue una temeridad por parte de mi padre, e incluso, quién sabe, fruto de una crueldad bien calculada, juguetear frivolamente y sin ninguna consideración con el cariño de una joven y brillante escritora, que era entonces todo intuición, todo sensibilidad a flor de piel, de tal modo que bien pudo hacerle perder pie y desbaratar por completo su prometedora trayectoria futura. No fue del todo así. Cuando tuvo lugar el affaire, en 1906, a Dorothy se la tenía más bien por una autora a la antigua usanza, en modo alguno prometedora. Su envaramiento, que en tiempos había sido uno más de sus encantos, parte de una desafiante impertinencia capaz de arrostrar toda adversidad, empezaba a apuntar a un cierto sometimiento a una prematura rigidez. Mi padre, y también Jane, puesto que los dos habían empezado por seguirle la corriente, por respaldar su reclamación de ser alguien que estaba convencido de que un buen día haría algo, aunque fuese sólo por pura amabilidad, no pudo sustraerse al sentimiento de que ella empezaba a dar todas las muestras de estar convirtiéndose en una solterona corriente y moliente.

Así, empezó a enviar a mi padre inconfundibles mensajes indicativos de la existencia de su firme deseo de cambiar su condición. Y él se alegró al sentir que por fin había encaminado ella sus pasos de la forma más sensata. Ni siquiera por un instante se regodeó en pensar que había despertado en ella las más hondas pasiones. Y es que no habría podido acariciar esta idea, ni siquiera aunque lo hubiese deseado, ya que ella le hizo saber con toda claridad que se había vuelto hacia él por estar deseosa de averiguar algo acerca de sí misma. Se sintió encantado de complacerla,

y no sólo porque disfrutase sobremanera del acto en sí. Confió en que a ella le resultase placentero hacer el amor, pues creía que la experiencia sexual formaba parte integral del crecimiento y la maduración de la persona. No pensaba que fuese posible completarse como individuo sin conocer el sexo; estaba seguro de que un ayuntamiento satisfactorio entre los dos supondría el final de los años de suerte adversa que ella había vivido, el comienzo de un capítulo mucho más feliz en la historia de su vida...

Cuando de hecho quedó bien claro que ella no disfrutaba acostándose con él, que él además no le estaba prestando ninguna ayuda, se dio cuenta del embrollo que había liado, y se apenó. La verdad, y él tuvo que reconocerla ante ella, era que le había hecho daño. Había llegado a ella cansado, pensando en otras cosas, sin dedicarle la debida atención. A decir verdad, aunque no cometió la falta de delicadeza que habría supuesto decírselo tal cual, se había limitado a hacerle un hueco. Durante los seis meses a lo largo de los cuales tuvieron seis o siete penosos encuentros, él había estado metido hasta el cuello en la fase más intensa de su agotadora, exigentísima pugna con Sidney Webb y la Vieja Guardia de la Sociedad Fabiana; había estado luchando a brazo partido por dar forma a *Tono-Bungay*; había sacado adelante sus elaborados, complejos flirteos con Violet Hunt, que en efecto le habían interesado y entretenido sobremanera; había hecho infinidad de cosas, aparte de todo esto. Ciertamente, no puede decirse que hubiese hecho todo lo posible por ella. Todo era culpa suya. Le dijo que ella no debía sentirse culpable de nada. Todo lo que entre los dos había salido mal, salió mal en consonancia con las costumbres y la familiaridad. Tendrían que concederse más tiempo; cuando ella acudiese a él, debería hacerlo sin tanta ansiedad, sin cifrar demasiadas expectativas en el encuentro, por más que el sexo constituyese uno de los mayores placeres de la vida, por más que fuese la fuente de una particular felicidad, capaz de irradiar una luz que iluminase el resto de las facetas de la vida, sin ser en cambio nada trascendente o sacramental, sino, al contrario, la más sencilla y natural de las cosas; Dorothy no debía desanimarse.

Ahora bien, Dorothy se quedó helada ante semejante falta de comprensión, horrorizada ante la aparente sugerencia de que continuasen con la aventura amorosa. No era cuestión de que entre los dos algo en concreto se hubiese torcido o hubiese salido mal, ni tampoco que él hubiese incurrido en una falta de tacto o en un error de planteamiento. El problema, lisa y llanamente, era que ella no había sido capaz de soportar el asunto en ninguno de sus aspectos; el acto sexual le había resultado más profundamente desagradable de todo lo que en principio pudo temer. Lo que había aprendido acostándose con mi padre fue que no deseaba mantener relaciones sexuales con nadie: quería permanecer intacta, inconmovible. Sólo deseaba huir, pero sin adquirir el estigma que se impone al fugitivo.

Se libró de mi padre en dos etapas sucesivas. Primero le dijo que estaba embarazada, dándose así una excusa para romper toda relación

física con él; luego le contó que había tenido un aborto. Así pudo distanciarse de él sin que pareciese que había emprendido la huida. Obtuvo seis meses de baja, alejándose de su miserable empleo, y fue a esconderse en un rincón del condado de Sussex, por entonces apacible y lejano, comprendido entre Hailsham y Hurstmonceux, alegando que necesitaba absoluto reposo tras la tortura que había
sufrido.

Mi padre nunca pudo creer que Dorothy hubiese quedado embarazada, y para qué hablar de que hubiese abortado, con lo cual notó que su proceder para cortar la relación por lo sano tuvo algo de naturaleza similar a la capacidad de destrucción que a todas luces resulta superior a la de las fuerzas enemigas. Sin embargo, no movió ni un dedo para resistirse a la decisión por la que Dorothy puso fin a su insípida relación amorosa. Ésa fue esencialmente una cuestión, a su juicio, en la que ella debía tener entera libertad y hacer lo que le viniera en gana. Lo que más le preocupó fue que ella pudiera verse en graves complicaciones de tipo puramente práctico una vez hubiese cortado el cordón umbilical que la unía mediante una nómina mensual a la consulta de los dentistas. Había hecho cuanto pudo por enseñarle el sistema Barrie, perfecto para pergeñar prosas de ocasión a partir, como quien dice, de nada; ella en cambio carecía de la ligereza necesaria para sacar buen partido del trabajo a destajo para los diarios, al tiempo que sí tenía verdadero olfato para una línea de producción mucho menos gratificante, habida cuenta de lo cual se centró en publicaciones tales como Ye Crank, The Open Road y The Dental Record[236]. Con objeto de echarle una mano en lo que él consideró su problema inmediato, le ofreció que trabajase como correctora para él: le haría llegar sus galeradas cada vez que sus impresores se las enviasen, y ella debería corregir erratas varias y especialmente detectar las repeticiones verbales que constituían su principal debilidad estilística, amén de enmendar las pifias gramaticales y sintácticas que se le hubiesen podido colar inadvertidamente. Releer sus escritos para fijarse en tales defectos y encontrarles solución siempre le había parecido la tarea más tediosa de cuantos tedios pueden darse en esta vida; le estaría, pues, eternamente agradecido si aceptase realizar esa labor sobre sus textos. Le pagaría bien por ello, cómo no.

Tengo la sensación de que Dorothy se inventó la historia de su lucha por librarse de las garras de mi padre para dar una cierta coherencia a la imagen de su situación general en aquella época. A raíz de sus diversos y sucesivos fiascos en sus relaciones con él, quiso dejarlo todo atrás y olvidarlo cuanto antes. No sólo dijo adiós al sexo, a mi padre y a la odontología, sino que despachó tambien su asendereada vida londinense y mandó a paseo a su viejo amigo Benjamin y a su nueva amiga Verónica. La señorita Leslie-Jones, una tigresa de tomo y lomo, fue todo lo eficaz que se podía ser entonces en acelerar la ruptura de relaciones. A principios de junio tuvo una iniciativa que a Dorothy le metió el miedo en

[236] Las dos primeras revistillas que menciono las editó y publicó su propietario, Charles Daniels, buen amigo de D. R

el cuerpo, aunque sólo fuese por su apremio y por su insistencia: iban a convertirse en amantes por las buenas, sin más que añadir, porque Verónica se había quedado destrozada a resultas del abandono de su compañero de cama durante aquella época. Dorothy la mantuvo a cierta distancia sólo durante unos cuantos días, para exponerle después una contrapropuesta: los tres eran espíritus afines, Dorothy, Veronica y Benjamin, luego sería de lo más natural que consumasen su unión en un plano puramente espiritual, a la vez que Veronica y Benjamin se unirían legalmente al nivel inferior de las relaciones físicas. Así podrían cohabitar sin suscitar escándalos, e incluso engendrar hijos que espiritualmente serían como Dorothy y físicamente como Veronica y Benjamin... Cuando hubo plantado esta semilla en sus mentes respectivas —los otros dos jamás se habían mirado en tal sentido el uno al otro, al menos hasta que ella esbozó la idea—, Dorothy salió por piernas, refugiándose de toda presión en el edénico escondite que había descubierto en el corazón de Sussex. Volvió brevemente en octubre, sólo para asistir a la boda que se había sacado de la manga, distanciándose después de la pareja al marcharse a Suiza a pasar unas largas vacaciones. Y no regresó después al familiar mundo londinense de las pensiones y los camastros más o menos compartidos, sino a su remanso de paz. Se alojó en régimen de media pensión con una familia de cuáqueros, los Penrose. La señora Penrose cuidaba de la casa, mientras que los dos hijos se ocupaban de la pequeña propiedad que tenían, una sencilla huerta. Convirtieron a Dorothy en una más de la familia, y ella desde luego permaneció con ellos durante los cuatro años siguientes.

La realidad de esta actuación fue algo que ella no iba a reconocer jamás. A mi padre le dijo que se había retirado en el campo para restablecerse de las secuelas del aborto; al parecer, a los Penrose les comentó que su médico de cabecera le había indicado que la única forma de ahorrarse una inminente crisis nerviosa era guardar reposo absoluto en un entorno bien tranquilo. Para mí, tan falso es un cuento como el otro; la utilización que ella hizo de los dos cuentos le dio la clave de una magnífica estrategia para librarse indefinidamente de la confrontación con la verdad. Aún había de fabricar otra historieta, mucho más larga, que expondría sus actos bajo una luz radicalmente distinta. Y de la actividad de relatarla por lo menudo iba a hacer su medio de subsistencia, al cual consagró su vida. Iba a convertirse en novelista, igual que mi padre, sólo que su novela no sería mera ficción, al contrario que las de mi padre. Su novela iba a ser su arte y su vida en el arte. Iba a describir, pensamiento tras pensamiento, el desarrollo vital de una artista dedicada en cuerpo y alma a su obra, cuyo medio de expresión sería la prosa, y de ese modo pondría de manifiesto cómo había sido cada una de las fases de ese proceso, a pesar de lo que pudiera parecer desde fuera, determinadas todas y cada una de ellas por la interacción que se dio entre una sensibilidad única y un irresistible imperativo estético.

Los hechos que más descuellan en la trayectoria profesional adoptada a resultas de tal estrategia son impresionantes: amplió su ensayo sobre el examen de sí misma hasta que adquirió la naturaleza de

una especie de novela descomunal que iba a constar nada menos que de doce volúmenes[237]. Los primeros once se publicaron como entidades autónomas, pero el duodécimo no llegó a editarse como novela independiente. Apareció como colofón del volumen cuarto y último de la edición recopilada de 1938. Se presentó como edición completa, pero lo cierto es que no lo era. *Peregrinación* era una obra inconclusa. Aunque la autora comenzó a trabajar en una decimotercera sección, no consiguió ponerla en marcha. Lo que sí había logrado, en doce volúmenes y a lo largo de veinticuatro años consagrados a su escritura, desde 1912 hasta 1936, fue abarcar los dieciséis años de su vida real que van desde 1891 hasta finales de 1907. No será preciso subrayar el significado que tiene la fecha de arranque. El decimoprimer volumen, Clear Horizons (*Despejado horizonte*), se centra en una inverosímil versión de los últimos compases que vivió en su relación con mi padre, y termina con una conclusión en toda regla. Creíble o no, el volumen tiene comienzo, nudo y desenlace. El volumen siguiente, Dimple Hill (*Cerro del hoyuelo*), pese a tener longitud de novela, en ningún momento parece que vaya a llegar a ninguna parte; al final, traquetrea y termina por calarse, como un motor sin combustible. Que Dorothy fuese incapaz de darle forma y de alcanzar un climax adecuado, terminó por agotar la monumental paciencia de Duckworth. Esta editorial puso con verdadero gusto la informe masa de páginas en manos de Dent, con la seguridad de que Dorothy no iba a saber cómo salir del atolladero. En Dent, los responsables del proyecto editorial confiaron en poder hallar un medio para indicar a la autora cuál era la salida, sólo que no conocían cómo era esta mujer. Al cabo de dos años sin llegar a ninguna parte, aprovecharon el plazo transcurrido para anunciarle que ya había llegado a una conclusión triunfal; casi accionaron el mecanismo de la guillotina. No iban a perder tiempo, le dijeron, publicando Cerro del hoyuelo de forma independiente; el libro tendría una acogida mucho mejor si se publicase tal como estuvo previsto desde el principio, es decir, como colofón del tomo cuarto de su magna obra.

Las objeciones de Dorothy ante este arbitrario proceder no fueron demasiado contundentes; en sus quejas, sus amigos notaron un deje pro forma. Es bien posible que sintiera un gran alivio; sus editores en Dent, después de todo, le habían facilitado una honrosa salida del atolladero ofreciéndole una perfecta disculpa por no haber llegado nunca a lidiar con aquello de lo que, fuera lo que fuese, había decidido huir en el transcurso de aquel lejano mes de agosto. Ciertamente, fue una pena que perdiese fuelle cuando iba acercándose al meollo de la cuestión que todo lo habría aclarado; así concluyó la aventura, como una de las cosas que ocurrían inevitablemente ya por aquel entonces, puesto que el mundo de la edición se había convertido meramente en una cruda actividad comercial. Al menos halló consuelo en un detalle, a saber, que nadie podría haberla acusado de no intentar explicarse.

[237] Los sucesivos volúmenes de la obra aparecieron en 1915, 1916, 1917, 1919 (dos volúmenes), 1921, 1923, 1925, 1927, 1931 y 1935. El duodécimo volumen nunca llegó a publicarse por separado, y terminó por aparecer como conclusión del conjunto de la obra cuando se publicó la obra completa, en cuatro volúmenes, en 1938

Cuando mi padre leyó la primera parte de esta obra monumental, titulada Pointed Rüofa (*Tejados puntiagudos*) y publicada en 1915, le embargaron las dudas acerca de lo que había de seguir, acerca del futuro que aguardaba a Dorothy. Ella había hablado constantemente del libro durante los ocho años transcurridos desde su desaparición en lo más recóndito de Sussex, y algunas de las ideas que expresó no carecieron de interés. Iba a pronunciarse sobre un punto narrativo por lo demás perfectamente válido, a saber, que en una novela sólo puede existir un personaje, al igual que en cualquier otra obra de ficcion que no haya sido escrita en colaboración. Iba de hecho a afrontar esa limitación, e iba a sacar partido de ella, escribiendo una novela acerca de la vida interior de un solo personaje que por fuerza había de ser una transposición de sí misma. La totalidad de la acción iba a girar en torno al desarrollo de sus percepciones del mundo exterior, de su profundización y comprensión del mundo. A él le había extrañado que ella no se diese cuenta de que su gran descubrimiento era un truismo, una verdad de Pero Grullo que cualquier escritor que se haya parado a pensar en lo que hace sabe casi desde que empieza; contra todo pronóstico, se había empeñado en creer firmemente que la novela que ella iba a construir sobre tal cimiento pudiera pese a todo funcionar. Y tras ocho años de charlas apareció *Tejados puntiagudos*. Mi padre conocía bien su fundamento. En 1891, cumplidos los dieciocho años, Dorothy había empezado a trabajar como maestra, al tiempo que completaba su formación, en una escuela para chicas de clase media, en la ciudad alemana de Hanover. No le habían caído bien sus alumnas, hijas de oficiales del Ejército, funcionarios, profesionales liberales, banqueros y empresarios de pro; tampoco supo entenderse con quienes la habían contratado. Poco después de su llegada resultó evidente que carecía de la calificación adecuada para desempeñar el trabajo y que no tenía madera de maestra. Al cabo de seis meses la despidieron y regresó. Mi padre sabía de sobra qué se siente al tener que dar clase sin la preparación necesaria y, conociendo a Dorothy, pudo adivinar qué había ocurrido. Se habría mostrado condescendiente con sus alumnas, pues no en vano tenía por costumbre mostrarse condescendiente con él; las habría tratado con descarada superioridad en lo tocante a la cultura y la inteligencia, y las jovencitas habrían rechazado semejante tratamiento despectivo. Alemania, en la época en que ella sitúa su espúrea ficción, a comienzos de la última década del siglo pasado, era la sociedad con mayor conciencia de clase, la más estratificada de toda Europa; aquellas jovencitas tuvieron que decidir mostrarse implacables con ella, sin dejarle pasar ni una, hasta que lograsen colocarla exactamente en el lugar que le correspondía. Con sólo haber dejado caer media frase que hubiese podido servirles como indicio de sus orígenes, de su condición de hija del humilde vastago de un modesto propietario de una tienda de ultramarinos... Con sólo haber insinuado que su padre se había declarado en bancarrota, que era nieta de un simple comerciante... El acoso y derribo de un mirlo blanco por parte del resto de la bandada habría sido una minucia en comparación con aquello. Y si Dorothy de hecho se hubiese topado con algo semejante, algo habría sacado en limpio, aunque esto hubiese supuesto el tener que enfrentarse con el hecho más sencillo y sobresaliente de todo el episodio, a

saber, que por excusable o comprensible que pudiera ser, no había estado a la altura de las circunstancias. No había sido capaz de hacer acopio de coraje y de quitarse la costra de tan vieja herida, de modo que lo que había cocinado, en lugar de preparar en crudo la realidad de la experiencia, no pasaba de ser sino una pequeña y asoleada viñeta en la que figuraba el episodio tal y como en realidad no había sido. ¿Iba a resultar que la totalidad de *Peregrinación* terminaría por ser así, una estéril fabulación consolatoria? Quiso esperar que no, quiso creer que estaba equivocado, aun cuando sólo fuese por ella.

No tuvo que aguardar demasiado hasta que Dorothy le dio ulterior confirmación de la pesimista visión que se le ofrecía al pensar en las perspectivas a que ella estaba literariamente abocada. Sus sucesivos alojamientos eran determinantes de por sí a la hora de identificar el momento que vivía ella. Las pensiones y las casas de familia que habían constituido sus habitats naturales habían configurado el contorno de su vida. El primer sitio en que vivió le proporcionó el conocimiento de Benjamin Grad y, con él, su primera relación íntima con un hombre. Tras la publicación de Tejados puntiagudos vivió otra relación análoga, aunque la intimidad fuese en este caso de mayor importancia. El libro dio bastante que hablar, e incluso pareció que iba a devengarle más ingresos, aparte del anticipo. Parecía muy probable que fuese a proporcionarle veinte libras más de las treinta que ya había percibido. Con la confianza reforzada que le dio esta perspectiva, subió un peldaño en la escala y pasó de los siete chelines por semana que pagaba por su cuarto en una casa cercana a St. John's Wood, a un alojamiento mucho más grato, por seis peniques más, en Queen's Terrace, en las inmediaciones de Marlborough Road. Siguió encontrándose inmediatamente bajo el vigamen del edificio; en cambio, ya no tuvo que echarse a la calle cuando quisiera desayunar algo caliente, puesto que la dueña de la pensión preparaba el desayuno para sus huéspedes en la cocina del sótano. Empezó a bajar a diario; casi todas las mañanas se encontraba con el inquilino fijo de la mejor habitación de la casa, la que la dueña llamaba «El Estudio», despachándose su arenque ahumado en salazón que tomaba a diario y leyendo su propio ejemplar del Times.

Alan Odie estaba en esta época a punto de tocar fondo; a duras penas sobrevivía gracias a la escueta asignación semanal que le pasaba su padre, director de una sucursal bancaria. No tenía prácticamente ningún ingreso fijo; dicho con palabras de Robert Ross, sólo por los pelos mantenía la barbilla por encima del nivel del agua, a fuerza de apurar cada penique y de cumplir religiosamente su rutina cotidiana. Sólo comía algo al desayunar; tras despachar su arenque y engullir dos tostadas con mermelada y un poco de té que le servía la patrona en su desconchada tetera marrón, ayunaba hasta el anochecer y mataba las largas horas del día en su cuarto, enredando con lo que en cada momento tuviese sobre la mesa de dibujo. Al anochecer, sacaba del armario su atuendo de artista de campanillas y salía a guardar las apariencias de tal y a dar la cara en el Salón del Dominó del Café Royal, lugar que verdaderamente tenía por centro neurálgico de la vida artística y literaria londinense. Había tomado

la inquebrantable determinación de que en tanto en cuanto mantuviese su presencia visible en dicho salón, en calidad de miembro respetado de algún que otro círculo, se tomaría en serio su dedicación al arte.

El patetismo de Odie no pudo convencer a nadie. Habría bastado verlo hacer una de sus aparatosas entradas en el Salón del Dominó para darse cuenta de que estaba irremediablemente enganchado a uno de los peores vicios que pueden darse en el arte, a saber, una moda caduca y engolada. Mientras asistió a la escuela de artes y oficios, época en que debiera haber luchado para superar la timidez y las agotadas convenciones de la novedad que habían concluido en los noventa, en ningún momento intentó dar con algo fresco, distinto. Se había atado cual esclavo al carro de la imaginería legada por Aubrey Beardsley, en la que sólo buscó trucos de los cuales apropiarse... aun cuando su propio estilo procediese del repertorio más recargado y lleno de obstáculos que desplegaba Beardsley. Era la misma vieja historia del siglo pasado, una repetición, aunque a otro nivel, de la peripecia vivida por el padre de Dorothy Richardson. Alan Odie había decidido ser tan diferente como su tozudo, trabajador, implacablemente escrupuloso pariente, tanto como pudiera llegar a ser; para llegar a tal objetivo, pensó que el arte sería el camino más corto, el más rápido. Se había metido de hoz y coz en la decadencia finisecular para ahorrarse una dura actuación contraria a las finanzas y las costumbres bancarias. Había logrado salirse con la suya, por completamente faltos de originalidad que fuesen sus quehaceres, al menos mientras fue un tío guapo, prometedor, impecable, pero ya a sus veintipocos años se había dado un batacazo tremendo, posiblemente a resultas de ingerir demasiada absenta y con demasiada frecuencia. Despareció del todo, virtualmente de la noche a la mañana, su equívoca apariencia de fauno; tan pronto perdió ese atractivo, sus rondas y andanzas dejaron de tener el menor encanto. El precio que hubo de pagar por su falta de originalidad y su insuficiente talento pronto resultó tan exorbitante que se le quedó pendiente de pago. Cuando Dorothy topó con él por primera vez, mientras despachaba su arenque matinal, llevaba cuatro años sometido a la dolorosa experiencia de verse rechazado continuamente. No mucho antes de este encuentro se había hecho falsas ilusiones debido a que un individuo llamado Henry Savage le había pedido que fuese el director de arte final de una revista que por entonces comenzaba a publicarse, The Gypsy, si bien todo quedó en mera estratagema para sacarle unos cuantos trabajitos gráficos que luego no le pagó. Estaba tan a punto de tocar fondo definitivamente que unos cuantos amigos suyos de sus tiempos de crápula habían empezado a hacerle pequeños favores por pura compasión; él había dado en alegrarse de que así fuera.

Y fue la desesperada situación de Odie lo que atrajo a Dorothy. Era, igual que su padre, un perdedor nato; como él, era un jainéant que fingía ser artista, tal y como había fingido su padre ser un caballero de posibles; exactamente igual que su padre, iba cuesta abajo y sin frenos. Ella pudo servirle de ayuda porque sabía bien qué teclas había que tocar en el desvencijado y farisaico mundo de los que han de empezar bajo mínimos.

Había aprendido todos los trucos del sablazo, todas las argucias esenciales para ir tirando prácticamente sin ingresos de ningún tipo. Empezó llamándole la atención sobre su dieta: de ninguna manera podía contar con sobrevivir a base de té, arenques y tostadas. Debía comer, al menos de cuando en cuando, otras cosas más nutritivas[238]. Le advirtió que su salud era algo que ya no podía seguir descuidando alegremente: si enfermase, en su situación, sería como darse por perdido. El le tomó el pelo siguiendo por un tiempo fiel a su dieta, pero ella cayó como un vendaval sobre él y poco a poco, pero con gran seguridad, venció su resistencia y le hizo depender de ella.

Pasados dos años descubrió acerca de él algo que le significó un gran conocimiento de su persona, y es que vivía aterrado por la inminente posibilidad de ser llamado a filas. A ella, esto no le llevó a imaginárselo como un cobarde en el sentido más convencional; sin embargo, sí le hizo pensar que su amaneramiento era, si acaso, pura representación. Caso de haber sido el homosexual al uso, sin contemplaciones ni tapujos, ella creyó que no tendría por qué haber temido el ser llamado a filas, más de lo que podría temer un atracador una oferta de empleo en un banco. Las fuerzas armadas eran, debido a una sacrosanta tradición, terreno abonado para los fieles a ese peculiar credo. Adivinó, así pues, que Odie tenía en realidad una insuperable aversión a las relaciones sexuales, con hombres y mujeres por igual Y acertó de pleno al llegar a semejante conclusión. Había intentado nadar entre dos aguas, a favor de la corriente homosexual de su época, mientras pudo contar con su justa fama de guapo, pero por más que hubiese disfrutado en sus pavoneos, por más que lo hubiesen cortejado no pocos homosexuales, siempre le había resultado ingrato o incluso cruento afrontar las expectativas que su conducta había suscitado. La faceta física del acto no la había disfrutado ni lo más mínimo, y había terminado por refugiarse en su pobreza como quien se emboza en un capote, rehuyendo la mención siquiera de irse a la cama con quien fuese, hombre, mujer o pájaro. Estaban hechos de la misma pasta, y bien podrían montar sociedad sin correr riesgos.

Las últimas, infundadas dudas de Dorothy, en el sentido de que quizá rondase al acecho de Alan un residuo al menos de fuerza viril, de ganas de dominar, desaparecieron totalmente y de un plumazo cuando hubo de presentarse ante un comité de examen médico en julio de 1917. Cuando el médico que lo examinó hubo terminado con él, no sólo se vio con la calificación de «C3» en el bolsillo, que lo eximía del servicio militar, sino también con una nota dirigida «A quien pueda interesar», en la que se certificaba que la precaria condición de sus pulmones desaconsejaba que tuviese que realizar un trabajo regular del tipo que fuera. Esto bastó para obrar el milagro. Si Alan Odie se hallaba de veras en tales condiciones, para ella no podía ser ninguna amenaza; lo más probable era que

[238] Los años que pasó D. R. como recepcionista de la consulta de aquellos dentistas le habían bastado para ser, a su juicio, una experta en dietética, papel gracias al cual colaboró con frecuencia en la tercera de las publicaciones emprendidas por Charles Daniels, The Healthy Life

dependiese por completo de ella durante el resto de sus días. Cuando contrajeron matrimonio, dos meses después de someterse él a dicho examen médico, ella tenía cuarenta y cuatro años, y él acababa de cumplir veintinueve.

Cuando poco después mi padre tuvo un encuentro con los recién casados, se percató al instante de que Dorothy había logrado mediante dicha boda la apariencia perfecta de la unión conyugal sin asomo de sus realidades físicas. Si era eso lo que deseaba, espléndido, adelante, aunque cuanto más se puso a pensar en ello, más probable le pareció que todo el apaño resultase fatal para sus confesas ambiciones literarias. Si estaba realmente no ya dispuesta, sino incluso deseosa de llegar tan lejos en la falsificación de todo lo que había sido su vida, su gran novela, en la que iba a explorar minuciosamente hasta los más recónditos rincones de su ser, tenía todas las trazas de convertirse en una gran impostura, consagrada a la pormenorizada explicación de sus invenciones y sus evasivas. El tiempo se encargaría de poner de manifiesto que tenía desde luego valor más que de sobra para tratar de los avatares propios del pacto que había sellado, aun cuando él no pensara ni por asomo que ésa pudiera ser una perspectiva venturosa. No pudo creer que Dorothy pudiera a su vez permitirse el lujo de convivir con Alan Odie. Ella le había referido la historia de la dotación de fondos que había recibido éste de su padre; el director del banco había dispuesto que recibiese una libra a la semana, al menos durante todo el tiempo en que él por su parte condescendiera a escribir una carta semanal en la que solicitase dicha asignación. Ése era el total de sus ingresos regulares. Los recién casados habían tenido no pocas dudas de que el director de la sucursal bancaria estuviese dispuesto a seguir remitiéndoles la libra semanal, después de que su hijo se hubiese casado, y precisamente por ello no apareció en el Times el anuncio formal de la boda. Habían optado por ocultar la realidad al señor Odie. Mi padre supuso que al cabo de bien poco tiempo, según todo hacía pensar, volvería a los sablazos y a vivir de gorra. Recordó de qué modo se había empecinado Dorothy en no escucharle, sin atender a razones, todas las veces en que quiso darle algún que otro consejo de utilidad acerca de cómo dar mayor encanto a los trabajos que realizaba a destajo; le había querido explicar cuan fácilmente podría embolsarse la holgada cantidad de trescientas o cuatrocientas libras al año, sólo con aprender a fondo los trucos del oficio. Ella, en cambio, le había contestado que no era capaz de ponerse a ello. Mi padre adivinó qué estrategia adoptaría ella cuando llegara el momento oportuno: se pondría de rodillas, dándose el aire de mártir de quien está dispuesto a sacrificar lo que sea, incluido su propio orgullo, por lealtad a su absoluta e irrenunciable lealtad hacia los más enaltecidos principios de la estética.

La instintiva apreciación de mi padre resultó acertada. En cuestión de pocos años, los Odie se habían instalado en lo que esencialmente era una existencia limosnaria. Era una existencia de carácter migratorio, como la de los postulantes, engarzada sobre las idas y venidas de Londres a Cornualles y viceversa. Pasaban los veranos en la ciudad y los inviernos en el típico pueblo vacacional, a orillas del mar, para aprovechar mejor los

precios de los alojamientos en temporada baja, a uno y otro extremo de sus destinos estacionales. Tanto en la ciudad como en la costa cumplían con los actos elementales para ganarse el pan de cada día, aunque la mayor parte de sus ingresos procedieran de obras de caridad tenuemente disimuladas. Alan Odie, cuyas obras eran virtualmente imposibles de comercializar en el mercado abierto, vendía de cuando en cuando los dibujos que daba por buenos de cualquier manera a un conocido o a un antiguo amigo, y de cuando en cuando recibía pingües comisiones por publicar obritas de carácter erótico y marginal, con la vana intención, más que nada, de dar a las llamadas ediciones de lujo el aire de la pornografía pura

y dura sin que los contenidos tuviesen ni mucho menos esa sustancia capaz de venderse realmente bien. Todos estos encargos procedían sobre todo de algunos bohemios aficionados, situados en la periferia artesanal de ese dudoso negocio, bien que conseguidos a resultas de la insistente presión de Dorothy y de sus amistades, rayana en el chantaje, mientras que la paga recibida, en el supuesto de que mereciese tal nombre, por regla general ni siquiera llegaba a cubrir el coste de los materiales empleados. Odie tenía además ese olfato privativo casi de los perdedores natos cuando se trata de detectar los barcos a punto de irse a pique. Sus dos proyectos de mayor envergadura, en los años de entreguerras, se volatilizaron cuando sus editores fueron a la quiebra, dejando el trabajo en ambos casos impagado. Y la propia Dorothy nunca tuvo mucha más suerte. Su *Peregrinación* dio mucho que hablar al poco de ser publicada, pero el interés que suscitó en los círculos literarios no llegó a sostenerse a flote, y tampoco trascendió mucho más allá. De sus volúmenes, pocos llegaron a vender sus primeras ediciones, con tiradas por otra parte penosamente reducidas, de modo que rara vez recibió algo más, aparte del anticipo, incluso cuando Duckworth redujo con elemental prudencia sus anticipos de cincuenta a treinta libras por volumen. Bien pronto se habrían visto los dos al borde de la inanición, de no ser por el pago de las colaboraciones que siguió haciendo Dorothy para mi padre en calidad de correctora de pruebas y de estilo, o bien por otras subvenciones más directas con las que tuvieron la suerte de toparse por el camino, desde 1923 en adelante, gracias a una escritora que resultó ser la hija del más acaudalado propietario de las compañías navieras de Gran Bretaña. Bryher, casada por entonces con Robert McAlmon y residente en París, se encontró con las primeras entregas de *Peregrinación* en la librería de Sylvia Beach, y muy posiblemente porque ella misma había invertido algún tiempo en intentar escribir algo que a buen seguro habría sido extremadamente similar, lo consideró un material infinitamente prometedor. En cuanto pasó por Londres buscó a Dorothy para comunicarle esta impresión. Cuando se presentó en las habitaciones en que se alojaban los Odie, en St. John's Wood, se sintió abrumada por la visión y, sobre todo, por lo que de ella pudo deducir, ya que el ambiente en que vivían hablaba a gritos no sólo de la mezquindad de los recursos de que tenían que echar mano más para seguir con vida que para ganársela, sino también de la pobreza de sus contactos humanos.

Bryher no era persona capaz de apreciar el estilo de vida propio de las pensiones y de las habitaciones alquiladas, aparte de conocer bien qué significaban las privaciones en cuanto las olía. Dijo a los Odie que deberían ver más mundo, y al cabo de unas semanas, cuando tal y como acostumbraban deberían haber desaparecido en su escondite del norte de Cornualles, a invernar, partieron rumbo a París y a Suiza con dinero suficiente para pasar un semestre en el extranjero. El dinero se lo había dado Bryher, so amable pretexto de que era solamente un préstamo.

A la corta, este giro de los acontecimientos dio lugar a unas cuantas escenas de espléndida comicidad[239], pues Dorothy intentó por todos los medios causar una indeleble impresión en ciertos amigos de Bryher, como Ernest Hemingway por ejemplo, dándoselas de auténtico figurón en el mundo de las letras; a la larga, desembocó en esa clase de dependencia que mi padre había previsto para ella, a resultas de su matrimonio. El préstamo con el que pudieron financiar el viaje quedó enseguida reconocido como el regalo que, en el fondo, siempre había sido, y no pasó demasiado tiempo hasta que Dorothy comenzó a enviar, por costumbre, periódicos informes a Bryher, que en realidad constituían rogativas de caridad. Bryher no sólo tenía dinero, sino también un gran corazón, y bien pronto hizo saber a Dorothy que siempre podía contar con ella, que siempre sería capaz de pasarle un cheque o dar una orden bancaria a su favor, a cambio de un informe suficientemente «valeroso» acerca del último revés, del último descalabro que se hubiesen llevado los pobres Odie. Y así desarrolló Dorothy, con celeridad más que notable, el dominio de las artes propias del gorrón avezado.

Las experiencias que tuvo Dorothy de la generosidad de Bryher la llevaron a adoptar una mezquina visión del trato que mi padre había tenido con ella sobre este mismo terreno, de modo que a finales de 1924 se consideró sobradamente pertrechada para indicarle de qué forma podría ponerse a la altura de las expectativas que ella tenía. Wells recibió una carta suya que le sorprendió más de la cuenta. Un viejo amigo de Alan Odie, un poeta, estaba muriéndose sumido en la miseria. Sería sin duda un gesto espléndido por parte de mi padre si ofreciese de su propio peculio solamente «unos cientos de libras», pues con una cantidad semejante bastaría para proporcionar al «anciano» la debida comodidad durante los últimos meses que le quedaban, alojándolo en un lugar de la costa, del estilo de Brighton o Hove, poco antes de que le llegase la hora de la muerte.

La reacción de mi padre frente a esta carta ha de considerarse en relación con el hecho de que el poeta en cuestión fue uno de los más ruidosos actores del desabrido reparto que había tenido un papel u otro en la tragedia vital de Oscar Wilde. Se trataba de uno de los últimos en llegar a dicho escenario teatral: el consumado embaucador literario llamado T. W. H. Crosland, que había tenido a bien pegarse como una sanguijuela a Lord Alfred Douglas en el desorbitadamente ingrato final de

[239] Autobiografía: Robert McAlmon, Being Geniises Together, 1938

dicha tragedia. No sólo había escrito ese texto abominable titulado Oscar Wilde and Myself (*Oscar Wilde y yo*), un nauseabundo vilipendio de la figura de Wilde que Douglas publicó como propio corriendo además con todos los gastos, justificando de ese modo su aberrante intento por equilibrar la balanza frente a lo que su antiguo amante había dicho de él en *De Profundis*, sino que además había sido el factótum de la agria campaña lanzada por Douglas para llevar a la ruina a uno de los amigos de Wilde, que también fue buen amigo de mi padre: el afable y atento Robert Ross. Esta campaña no había sido mera cuestión de mancillar la buena fama de Ross por el simple procedimiento de esparcir por aquí y por allá unas cuantas habladurías, sino que se había tratado de un concienzudo plan, muy a la balzaquiana, pasando por la falsificación de documentos que habrían servido como pruebas incriminatorias y por el soborno a cambio del perjurio de dos ex convictos; por si fuera poco, tuvo por intención obligar a la policía a tomar las medidas necesarias para que Ross tuviese que comparecer ante un tribunal y responder de acusaciones muy similares a las que habían terminado por destrozar a Wilde. Lo cierto es que toda la trama terminó con la comparecencia judicial de Crosland y de Douglas, acusados de publicar libelos delictivos. Mi padre, que fue llamado a declarar en el caso como testigo, solicitado por Robert Ross, el procurador[240], no disfrutó lo más mínimo de esta experiencia, y dio en pensar que su desagrado era debido sobre todo a los procedimientos de Crosland, dignos de un Yago shakespeariano. De este modo podrá entenderse por qué la carta de Dorothy lo llevó a escribir una réplica de esas que a veces se dice que dan asco. ¿No se le había pasado nunca por la cabeza, empezaba diciendo, al menos cuando se le ocurrió hacerle precisamente a él esa sugerencia, esto es, que invirtiese unos cientos de libras en hacerle la vida más fácil a un moribundo llamado Crosland, que el lamentable viejo chocho para el que ella requería su conmiseración y su dinero era, a los cincuenta y seis años de edad, dos más joven que él? ¿Y no se había llegado a enterar de que sus ataques cardiacos, magníficamente simulados, habían sido notorios ya cuando se dedicó a sacarle los cuartos a Douglas mientras los dos estuvieron en contacto por razones más que obvias[241]? ¿No se había dado cuenta de que había intentado sacar tajada de esa misma treta al menos con una docena de personas, que él supiera, en los últimos años? Para terminar, ¿no le había parecido extremadamente llamativo que, si Crosland estuviera muriéndose

[240] No pocos lectores esperarían en este punto la aparición del vocablo «querellante», pero lo cierto es que este caso judicial se tramitó de acuerdo con el antiguo orden, según el cual un particular acusado por otro de haber cometido un delito de tipificación tal que podría desembocar en un castigo de orden físico (como verse condenado a prisión), podía defenderse de dicha acusación por el simple método de poner en manos de la policía una información suficiente para acusar a quien a su vez lo acusaba de haber incurrido en libelo delictivo. Desde el momento en que declaraba en juramento que se había incurrido un libelo delictivo, y hasta que se determinase la validez de su querella, la persona que estaba en posesión de toda la información del caso era denominada el fiscal del mismo. La defensa contra una acusación de comisión de libelo delictivo era únicamente demostrar la veracidad de la acusación original

[241] Biografía: William Freeman, Life of Lord Alfred Douglas, op. cit

de veras cuando ella fue a visitarlo a sus habitaciones durante el mes de agosto, disfrutase pese a todo de una condición que hiciera aconsejable su traslado a Brighton, o a donde fuese, a mediados de diciembre? ¿Tendría Dorothy la amabilidad, concluía, por lo que más quisiera, de intentar no comportarse como una idiota? Fue sin embargo tan incauto que puso en manos de Dorothy un triunfo. Crosland, indigno de toda confianza y molesto hasta el final, no estaba fingiendo cuando Dorothy lo visitó en agosto. Falleció muy poco tiempo después de que Dorothy recibiese la colérica nota de mi padre. Y ella aprovechó la oportunidad que él le había brindado, para escribirle comentándole qué asco le había producido su respuesta. En esa carta quedaba bien claro no sólo que era un individuo despiadado, sino también que no era un caballero. El pobre Crosland había sido un devoto amigo de Douglas.

Quizá ayude al lector a saber algo más acerca de Dorothy Richardson y de su mentalidad si menciono que seguía librando esta ardua batalla, al pie del cañón, cuando fui a visitarla ya en 1949, veinticinco años después del incidente. Cuando me contó su versión de este antiquísimo conflicto, pintó el mismo cuadro que iba a martillearle a la autora de su biografía, la norteamericana Gloria Fromm, a saber, un desencuentro que a ella le daría mayor credibilidad y que para Wells habría de ser totalmente ignominioso. Dijo que todo el asunto no podía ser más revelador del ramalazo de mezquindad que por desgracia le había salido a mi padre del fondo del alma. Se había comportado, oh, realmente muy mal cuando ella apeló a sus buenos sentimientos en favor del pobre Crosland. Ella en cambio le plantó cara y le dijo exactamente lo que había que decirle en tales circunstancias, sin callarse ni una, insistiendo sobre todo en los detalles que delataban su total falta de buena educación. Eso era algo que la propia Jane debería haber hecho en múltiples ocasiones, sólo que nunca tuvo agallas para plantarle cara, ya que siempre se sintió temerosa de él. Por eso, Wells jamás se había acostumbrado a que la gente le plantase cara: era algo que en el fondo detestaba. Ella asumió un riesgo enorme al hacer este gesto, porque supo desde el primer momento que plantarle cara, y además de ese modo, podría haber supuesto el fin de sus encargos de correción de pruebas y de corrección de estilo, y eso sí que le habría perjudicado. Tuvo que hacer acopio de todo su valor... y quedarse esperando a que el hacha del verdugo no cayese sobre su cuello. Él no había contestado a su carta -ella supuso que le habría dado demasiada vergüenza-, de modo que se quedó sumida en un mar de dudas durante dos meses, hasta que le llegó otro de sus manuscritos para que lo corrigiese. Así era él, un desconsiderado. Lamentaba tener que decirlo así de claro, pero Wells carecía totalmente del instinto que tiene un gentleman. En su trasfondo personal, en su educación, siempre permaneció al acecho, siempre a punto de aflorar, el rastro del dependiente de una pañería, algo que en cualquier caso distaba mucho de la auténtica finura. Y nunca era posible saber qué podría dar salida a ese residuo...

Mientras me fue contando todo esto, mentalmente retrocedí una década, hasta situarme a comienzo de los años treinta, en una cena entre

amigos en la que ambos habíamos estado presentes. Esta ocasión queda descrita, casi totalmente desde el punto de vista de Dorothy, en la biografía de Gloria Fromm, escrita con diligencia pero, a mi juicio, con infinidad de cabos sueltos.

> *Al término del verano [Dorothy] volvió a verse las caras una vez más con el «archi-manipulador» de su juventud. Poco antes de que Alan y ella dejaran Londres para marchar a Cornualles, pasaron una velada en la casa que H. G. Wells tenía cerca de Regent's Park. También estuvieron presentes la baronesa Budberg, que le fue presentada como «Moura», y el hijo de Wells, Anthony West... Anthony le conmocionó, dijo, «por su aspecto tenso y recluido en lo más lejano de sí mismo», adonde ella tuvo la total seguridad de que se había retirado «para rehuir toda clase de coercimientos». Confió en que su joven esposa pudiera ayudarle, con el tiempo, a salir a la luz. Por el momento, sin embargo, a Dorothy le pareció que a duras penas era capaz de hablar, lo cual era debido, en su opinión, a los diversos «intentos» que a buen seguro se habían hecho en lo tocante a su vida. Y tuvo la sensación de que sabía de primera mano qué intentos podían haber sido*.

Dorothy estuvo en aquella ocasión del peor talante, del más hiriente que pudo estar. Empezó por tratar a mi mujer, que ya por entonces había gozado del reconocimiento de dos exposiciones individuales en las galerías de arte del West End, y que lógicamente tenía ya bien avanzada su trayectoria profesional, como si fuese una señoritinga de dudoso talento recién salida de la escuela, aparte de tratarme como si yo fuese un idiota clínico que diese muestras alentadoras, por lo inesperado, de comenzar a entender las frases más sencillas e incluso algunas palabras de varias sílabas. Cuando hubo hecho todo lo posible por menoscabarnos, decidió dedicar la velada a tomarle el pelo a mi padre a cuento de la ingenuidad de su superficial concepción de la literatura o de cualquier otro de los temas que fueron surgiendo. Odie no dijo gran cosa, seguramente por no tener gran cosa que decir, pero se le notó en todo momento que se lo estaba pasando en grande. Los dos habían comparecido diríase que sólo por mostrar a su audiencia, compuesta por Moura, mi mujer y yo mismo, que en ningún momento se habían dejado engañar por mi padre, y que en cambio estaban realizando una «divertidísima» actuación en público, dándose un paseo por un territorio claramente inferior al que acostumbraban a frecuentar, sólo por haber accedido a tomar asiento a la mesa de un pigmeo farisaico que se tenía por un gigante, y que estaba convencido de saberlo todo sin haber entendido ni papa.

Ante una de las ocurrencias de Dorothy más particularmente exasperantes, me sentí casi obligado a volverme a mi padre y darle muestras de incredulidad, más que nada por calibrar si iba a dejar que Dorothy se saliera con la suya. Cazó al vuelo mi mensaje y, con una mirada que me hizo saber que entendía lo que yo estaba sintiendo, me indicó que la situación estaba bajo control y que, a pesar de las

apariencias, todo iba tal y como se esperaba de antemano que fuese. Para demostrármelo, a renglón seguido puso sobre la mesa un tema que aún no había salido a relucir, y lo hizo mediante una pregunta en apariencia torpe y desmañada: ¿había tenido Dorothy alguna noticia, recientemente, de su amigo americano, el brujo de Devonshire Place? Ella mordió el anzuelo y se lanzó instantáneamente a referir, perdiendo el resuello varias veces, cómo el verano anterior había sido testigo de un milagro realizado por William Macmillan[242], el curandero, relato que salpimentó con los clásicos términos de los «testimonios no solicitados», propios de los anuncios publicitarios de las patentes medicinales de viejo cuño. El hombre del que tan fervorosamente hablaba, al parecer, se había encargado del caso de una mujer aquejada de parálisis que ya había pasado por las manos de una docena de médicos escoceses, por las consultas de otros tantos especialistas de renombre, de los de Harley Street, y que había sido incluso examinada por el gran Lord Horder en persona, tan sólo en seis años, para que todos y cada uno de ellos le comunicasen que «la ciencia de la medicina» carecía del poder necesario para ayudarle a recuperarse, terminando con que su caso era «absolutamente incurable». A Macmillan le había costado menos de una semana conseguir que volviera a ponerse en pie y a caminar por sí sola. Dorothy le dijo a mi padre que podía reírse todo lo que quisiera, si tanta gracia le hacía la historia; ella sabía bien que su curandero milagroso era genuino. Aquel mismo invierno le había salvado a ella en persona la facultad de la vista. Tuvo la certeza de que estaba quedándose ciega, pero el curandero la sanó en sólo seis semanas de tratamiento. Moura le preguntó qué dolencia había sufrido con exactitud; Dorothy no estaba segura. Pero su oculista debería habérselo comunicado, insistió mi padre. Dorothy reconoció que no había consultado a un oculista; no podía especificar con precisión qué dolencia había padecido. Sin embargo, Macmillan lo detectó a la primera y la curó del todo: eso era todo lo que necesitaba saber. Macmillan era un brillante psicólogo, y aunque no tuviese ninguna de las calificaciones al uso, sí que tenía muy válidas intuiciones. Eso era lo que al final contaba.

Cuando Moura y los Odie por fin se despidieron, cuando mi esposa se fue al chamizo del «señor Mumford», la improvisada vivienda situada al final del jardín de atrás, en donde nos íbamos a quedar a pasar la noche, pregunté a mi padre qué era lo que sucedía con Dorothy. Sopesó un instante la pregunta, diría que incluso calibrando si valía la pena contestarme, y me dijo entonces que él al menos la tenía por un ejemplo extremo de un determinado tipo humano. Quizá con la lógica excepción de su propio marido, Dorothy era el ser humano más totalmente desprovisto de contactos sociales que él hubiese llegado a conocer sin franquear las puertas de un manicomio. Era una exageradísima caricatura del solipsismo activo. Alan Odie estaba especialmente hecho para ella; el uno era fiel espejo del otro, espejo capaz de dar invariablemente la respuesta

[242] Autobiografía: W. M., The Reluctant Healer, 1952. Después de que los presentase D. R., la intempestuosa Verónica, casada con Benjamin Grad, pasó a ser la secretaria de Macmillan y su más devota admiradora

adecuada a la única pregunta de verdadera importancia. Aun así, no era el extremo en que se tenían cada cual en consideración lo que los hacía tan notorios, sino su radical aislamiento.

Mi padre me contó aquella noche que llevaba algún tiempo encontrándose con personas hechas de la misma pasta que los Odie, personas aquejadas con diversos grados de intensidad por la incapacitante convicción de ser superiores al grueso de la humanidad, personas que había ido encontrando ya desde que vio cómo acallaba Morris las voces discordantes que no deseaba escuchar, con la campana de mano, en su casa-embarcadero de Hammersmith. Le había dado la impresión de que lo que afectaba a Morris y a su camarilla era el sentimiento de que estaban haciendo al resto de la humanidad un gran favor meramente por el hecho de estar vivos. Ya desde entonces se había dedicado a estudiar más o menos en serio los modelos y las estructuras del autohalago y del autoengaño de sus semejantes, con una especie de fascinada repulsión. Los Odie eran, de esta especial raza de personas, los especímenes de quienes más cerca estaba y a quienes mejor conocía. Había dado en pensar en ellos como casos ejemplares de una particular patología social, más o menos lo que se había iniciado en el culto o adoración compensatoria del propio yo, con Byron, y que se había convertido en epidémico con la propagación del mito de Goethe, para terminar por ser tan endémico como la anemia en los hijos de los miembros de la clase media, por entonces una especie de nuevos ricos, cuyo flujo sanguíneo se había deteriorado en función de una única idea dominante, a saber, que vivir sin trabajar, dedicándose a la hermosa tarea de ser uno mismo, una persona especialísima y muy amada, era el más alto objetivo que podría idear el ser humano. Los Odie jamás tuvieron la sensación de deber lo que se dice nada a la comunidad en que vivían; nunca llegaron a creer que existiera ninguna razón por la cual debieran tomar parte en la vida del colectivo. Su existencia tenía su centro en la idea de que habían sido apartados de todas las cosas del común debido a su terrible destino. Eran personas de la cultura, que tenían por deber para con la sagrada causa del arte mantenerse alejados de las degradantes vulgaridades el mercado y de la calle, sin tener lo que se dice nada que ver con las ásperas y cegadoras estupideces propias de un mundo en el que todo estribaba en ganar y gastar. Presa de su desmedida ansiedad por certificarse la inmunidad frente a tales contagios, los dos habían optado por la ignorancia, y presa de un miedo cerval por la posibilidad de verse contaminados por las ideas recibidas se aferraron a una visión del mundo concebida íntegramente en función de sus propias ideas preconcebidas y de sus limitaciones. Creían a pie juntillas en la proverbial venalidad de la prensa, en la mediocridad

inherente a todos los políticos, en que todo juego político era siempre algo de segunda fila, en la mortífera influencia de la ciencia y de todo enfoque cientifista, en la amenaza de todo lo que fuese grande, por el mero hecho de serlo. Tenían particular aversión por todo lo que proviniese de los Estados Unidos, por la posibilidad de ganar dinero fácil que América parecía ofrecer a cualquiera, y éste era un sentimiento situado tan lejos de las palabras que, por norma general, sólo era posible expresarlo

expulsando con fiereza el aire por entre los dientes entrecerrados. Todas las experiencias salvo las suyas propias, salvo las de los poquísimos elegidos que, como ellos, vivían en aras del arte, eran experiencias vulgares y carentes de significado, igual que toda acción y actividad tal y como meramente se entendían en el mundo de los de a pie. Ellos estaban muy por encima de todo eso.

Escuché la explicación que acerca de los Odie me facilitó mi padre con una quizá inocultable mezcla de sentimientos. En dicha explicación tuve la impresión de reconocer fragmentos de los que ya había tenido noticia antes. La mayor parte de sus novelas globales, escritas para expresar por así decir el estado de la nación, de las que *Tono-Bungay* y *Kipps* son exponentes destacados, comprenden a lo largo de su decurso algún ataque ferozmente lanzado contra la blandura y la incoherencia de los hijos privilegiados de los nuevos ricos y de los ganadores de la lotería social, hombres y mujeres que, como el padre de Dorothy Richardson, habían aprovechado los frutos heredados de las luchas por medrar libradas duramente por sus padres, trocándolos por dinero contante y sonante con objeto de vivir como los nobles, sin haber tenido que luchar a brazo partido, sin haber tenido que jugarse la piel, sino, muy al contrario, con toda la comodidad que sus ingresos, modestos, sí, pero obtenidos de manera gratuita, les permitieron.

A medida que mi padre siguió hablando, sin perder de vista la pretensión de hablar de Dorothy y de Alan Odie, poco a poco fue resultándome cada vez más obvio que más pronto o más tarde iba a tener que preguntarle el porqué en el fondo, ¿de qué se había tratado durante aquella velada? Era literalmente imposible que la hubiese organizado por puro placer, ni por satisfacción suya ni mucho menos mía o de mi esposa. Cuando por fin me armé de valor para

planteárselo, lo que me salió fue, en cambio, mi propia suposición a la adivinanza: le sugerí que lo que había querido que sacase yo en claro de aquella velada con Dorothy y con Alan Odie era una advertencia acerca de los efectos que puede tener sobre cualquier persona el dárselas de artista tan a la ligera. Me estuvo escrutando unos momentos, con la cabeza ligeramente ladeada, de una manera muy especial, muy suya, y por un instante temí que fuese a mentirme. Lo cierto es que si llegó a sopesar dicha posibilidad, muy pronto la desechó sin miramientos.

«*Pues sí* —dijo—, *eso era, ciertamente, lo que me había propuesto*.» Este cambio de impresiones significó el inicio de una época de franqueza y de palabras llanas entre nosotros dos, a lo largo de la cual logramos algo muy similar a la auténtica intimidad entre dos personas; durante esta época pude conocerlo mucho más a fondo, y este conocimiento me llevó a quererlo y a admirarlo mucho más de lo que por propia naturaleza hubiese sido de esperar. Por desgracia, no iba a durar mucho, e iba a terminar de manera más bien penosa, tal y como ya he descrito al referirme a los últimos compases de la dolencia que acabó con su vida.

Tal y como seguramente apreciarán quienes puedan recordar algo de lo que ya he referido de los últimos compases de su vida, la situación cuando llegó el momento de despedirnos para siempre fue tal que por fuerza hube de quedarme con la intensa sensación de que entre nosotros dos habían quedado demasiadas cosas pendientes de resolución. Gran parte de lo que reconozco que fue para mí motivo de constante meditación durante el año que transcurrió entre la muerte de mi padre y su definitiva certificación mediante la dispersión de sus cenizas, gran parte de dichos pensamientos me llevaron a la conclusión de que el meollo de la cuestión radicaba en una intencionada interpolación de una pieza ficticia entre los hechos que constituían mi propia vida. Mi padre se había hecho de mi persona, en un lapso en el que sus facultades críticas se hallaban bajo mínimos, y menguando a gran velocidad, una idea tal que dio en suponer que me encontraba enzarzado en un feo asunto que no tenía ni la menor relación con la realidad. Mientras me dediqué a repasar los detalles de esta fase de malicia nacida de una total ausencia de motivos, se me ocurrió que era muy alta la probabilidad —por lo menos, desde mi punto de vista era sin duda una probabilidad con visos de ser muy real— de que gran parte de las percepciones de mi padre bien pronto fuesen susceptibles de un notable enriquecimiento, de una sustancial ampliación, por medio de ese mismo y sencillo procedimiento. Me resultó enormemente claro que quizá fuese necesario que una persona que se hubiese apercibido del peligro existente dedicase el tiempo y los esfuerzos necesarios para llevar la cuenta de lo que había sido mi padre, de lo que había representado, y que esa cuenta quedara detallada hasta con decimales.

Quienes no vivieron los cuatro o cinco años de anticlimax constante que sucedieron a la derrota final de las potencias del Eje siendo adultos, solamente podrán tener, a lo sumo, una idea muy vaga de cómo fueron dichos años: era muchísimo lo que se había perdido, era muchísimo lo que aún estaba por hacerse, era más aún lo que había que limpiar y restaurar antes de perpetrar cualquier intento, y eran mínimos los indicios de que pudieran existir la energía, los recursos, el ánimo y los fondos necesarios para tal empresa. Fue un tiempo de agotamiento, durante el cual muchas personas entendieron que las ideas de mi padre respecto de la transformación de la sociedad por medio de la unión de todos los hombres de buena voluntad eran de una irrelevancia casi repugnante. Para la opinión pública, Wells representaba todo aquello que la experiencia de la guerra total y de los años del fascismo había reducido a un posibilismo liberal, optimista, fácil y falsario. La idea de que cualquier escritor competente estuviese dispuesto a consagrar dos o tres años de su vida a la redacción de la biografía de un hombre que a todas luces no pasaba de ser el superviviente de una época periclitada tenía por entonces todas las trazas de un absurdo intolerable. Nunca había conocido una posición y una estima tan bajas: parecía existir casi un acuerdo universal con el veredicto de Lytton Strachey, pronunciado en

Cambridge muchísimos años antes[243], en el sentido de que Wells, lisa y llanamente, no pasaría a la historia. En cambio, mi pasión, mis intereses, mi sentido de la justicia me llevaron a pensar todo lo contrario. Me parecía entonces que mi padre seguía estando muy vivo en los pensamientos de ese sector del público más ágil y más realista, por entonces dedicado en cuerpo y alma a la puesta en práctica del Plan Marshall, a la conversión de la alianza que había salido victoriosa en lo militar en una Liga de las Naciones cualitativamente mejorada respecto del pasado, y a dar nuevo impulso a la idea de una federalización de toda Europa que tomó cuerpo con la creación del Mercado Común. Se me ocurrió que si nadie más estaba preparado o decidido a aclarar el caso, a defender que se le considerase como uno de los precursores más influyentes en los planteamientos más verídicamente progresistas que existen hoy en día, ocuparme de ello bien podría ser una agradable manera de saldar todas las deudas que hube contraído con él. Podría intentar poner de manifiesto que no había sido únicamente el novelista que había carecido de la paciencia para aprender su profesión adecuadamente, tal y como sostenía la leyenda, sino todo eso y mucho más. Quizá podría incluso justificar la conclusión a la que había llegado Bertrand Russell, a saber, que había sido un hombre de gran importancia por haber liberado de sus ataduras el pensamiento y la imaginación, así como el estimulante de un sano y constructivo enfoque de la consideración de las reformas sociales y de la ética en las relaciones personales[244]. Con este estado de ánimo inicié la tarea que por fin ha terminado con la elaboración del libro que el lector tiene en sus manos.

Comencé a trabajar sobre este proyecto en 1948, y al año siguiente la casualidad quiso que me instalase en la misma zona de Cornualles en que ella pasaba el verano, de modo que contacté con Dorothy Richardson, con la esperanza de que se sintiera inclinada bien a modificar, bien a añadir nuevos datos, al nada halagador retrato que había trazado de mi padre como personaje estúpido y obtuso en la parte final de su *Peregrinación*. Tenía por entonces setenta y seis años, edad que, junto con las obligadas austeridades de la guerra y la pérdida de su marido, acaecida dieciocho meses antes, habían terminado por acelerar su desmoronamiento. Alan Odie había salido a dar un paseo matinal, un día de mediados de febrero de 1948, al mes de cumplir sesenta años, y murió fulminado por el camino, antes de recorrer siquiera doscientos metros desde que salió de casa.

A Dorothy la dejó petrificada la brusquedad con que perdió la vida, así como el descubrimiento de que iba a ser ella la que se quedase sola. Tras una breve temporada, durante la cual quiso refugiarse frente a lo inaceptable en el más absoluto silencio, consiguió salir de la depresión forjándose una presencia sustitutoria de Alan, es decir, lanzándose de lleno a clasificar e inventariar sus dibujos y bocetos. Siempre lo había

[243] En un festivo desayuno dominical celebrado por Maynard Keynes: véase JMK, Biografía, obra de R. F. Harrod, 1951

[244] Portraits from Memory (Retratos de memoria), Memorias, B. R., 1956

tenido por un alma generosa en el plano de la creación artística, y se quedó asombrada al descubrir cuan escasa era su obra. Todos los cartapacios que presuntamente contenían, uno tras otro, la obra realizada durante una temporada, durante todo un año, o incluso las pruebas ya terminadas de alguno de sus intentos de mayor envergadura, destinados a su propia imprenta, resultaron estar virtualmente vacíos. No le quedó más alternativa que llegar a una de estas dos conclusiones: o Alan Odie había sido un vago de tomo y lomo, un costosísimo talento, o bien sus cartapacios habían sido pasto de los ladrones, sistemáticamente, año tras año. Comprensiblemente, optó por esta segunda posibilidad; no menos comprensible es que renunciase a poner en orden el decepcionante legado. En lugar de esta tarea emprendió otra, en la que aún estaba teóricamente comprometida cuando la pude localizar. Por entonces se había empeñado, contra viento y marea, en mantener en pie el fingimiento de que su *Peregrinación* seguía siendo todavía una «obra en marcha», de que la escritura de su obra le dejaba poquísimo tiempo libre. Me dejó a elegir: podía acercarme a tomar el té con ella o bien pasar a ver si estaba disponible durante una hora después de la cena, ya que jamás rompía su ritmo de trabajo para dedicar parte del día a alguna clase de actividades sociales. Así pues, mientras conversamos al tomar el té, en un ambiente que me recordó con gran exactitud el maravilloso retrato de los Odie, cuando contaban treinta y pico años, pintado por Adrián Allinson, me comentó que lo que en realidad le había ocupado tantísimo durante los últimos meses fue la relectura detallada de *Peregrinación*, en la edición completa publicada por Dent, repasando el texto en busca de las erratas tipográficas que pudieran haber escapado a sus ojos y a los de los correctores de la editorial. No tengo ni idea de cuál era mi ánimo cuando le pregunté si le agradaba lo que se había propuesto leer, en tanto en cuanto obra literaria, pero me alegré de haberlo hecho, ya que sin solución de continuidad me comunicó que se sentía asombrada por lo buena que era la obra. «*Algunas veces* -dijo-, *me entran ganas de ponerme a cacarear de placer*.»[245] Había empezado a entender, prosiguió, por qué la novela había merecido tan distinguida consideración, por parte de tantos lectores, cuando la publicó Duckworth por primera vez. Y esto era algo que anteriormente no había llegado a entender: había creado una obra de arte, y sólo entonces empezaba a darse cuenta, de manera casi inadvertida, a consecuencia de su absoluta determinación de dar una versión radicalmente honrada del desarrollo y maduración de una sola mentalidad; no creía que nadie más se hubiese aproximado tanto a la solución de la problemática literaria del punto de vista, ni siquiera Proust. Mi padre, continuó dándome palmaditas en el brazo, como si quisiera dejar bien claro que de ningún modo deseaba resultar ofensiva, ni siquiera había llegado a imaginarse la existencia de tal problema. Sencillamente, dijo, porque había creído en la existencia de algo que se llamaba ciencia, algo dotado de una voz que él podía tomar en préstamo. Sí que se había percatado de que algo faltaba en todo su planteamiento, algo que daba un tono más bien hueco a su voz. El gran escollo estuvo en que ni siquiera creía en sí mismo, porque carecía de una vida interior en condiciones. No

[245] Comunicación oral: D. R. al autor

había querido nunca indagar en su interior, explorar su propio ser, porque caso de haberlo intentado se habría visto cara a cara con el hecho inapelable de su propia deficiencia. Porque sabía que era un hombre hueco, vacío, por eso había hecho el uso que hizo de la ciencia. Había utilizado el conocimiento científico tal y como los espíritus de las sesiones de espiritismo utilizan megáfonos que les proporcionan los médiums, a manera de compensación por su carencia de voz propia. Y por haber tenido mi padre plena conciencia de que ella estaba en posesión de lo que él carecía por completo, por eso había desarrollado con ella tal grado de dependencia, por eso había sido tan exigente con ella. Había querido vivir a través de ella, y habría terminado por chupar su alma hasta dejarla reseca si ella no hubiese tenido agallas para romper con él toda relación. Le había costado muchísimo trabajo, porque ya entonces sentía por él una empatia a medio crecer, todavía tierna y necesitada de cuidados. En los momentos más íntimos de su relación, habían sido como madre e hijo, y por eso había sido para ella un dolor agónico el volver la espalda a las súplicas de mi padre, que le pedía básicamente consuelo y protección. Sin embargo, se había visto obligada a hacer lo que hizo. No habría podido sobrevivir, caso de haberse dejado llevar por la debilidad. Mucha gente tenía tendencia a considerarlo un pensador hondamente interesado por el reino de las ideas, pero él mismo le había dicho en cierta ocasión que ella sí que era capaz de pensar en profundidad, que todo lo repensaba más de la cuenta, que se estaba haciendo un lío al tener tal cantidad de ideas. Él nunca había sido tan abierto de miras ni tan intelectual como ella, y a menudo había recurrido a ella; para que le proporcionase explicaciones comprensibles de ciertos conceptos que le resultaban extremadamente difíciles tal y como los había configurado. Una vez incluso le había dicho —en tono de chanza, por descontado, aunque a menudo daba en expresar sus más hondos sentimientos de esa manera, porque le daba auténtico pavor desplegar sus emociones— que si le fuese dado poseer a una sola de las abundantes mujeres que habían tenido arte y parte en su vida, en el supuesto de que tuviese que vivirla de nuevo, la habría escogido a ella. Y esto se lo había dicho porque sabía en el fondo que ella sí había sido capaz de comprenderle, de comprender su irresoluble conflicto entre el yo instintivo, el yo emocional, y la identidad racional que había asumido, mucho mejor que nadie.

Mientras escuchaba toda esta perorata, se me ocurrió que se trataba de algo que Dorothy había repasado tantísimas veces mentalmente que había terminado por creer que ésa era la realidad de la experiencia que tuvo durante el invierno y la primavera de 1906 y 1907, temporada durante la cual invirtió unas cuantas horas diseminadas con mi padre, mientras él intentaba, sin conseguirlo, lograr unos instantes de armonía puramente física con ella. Pude desviar el curso de sus recuerdos y no tardó en pasar a decirme lo terrible que había sido el comportamiento de mi padre en lo tocante a la muerte del pobre Crosland, comentándome de paso que de nuevo se vio obligada a plantarle cara por ese triste asunto. Nos despedimos amigablemente, sobre la base de que volvería a tomar el té con ella algún día de la semana siguiente.

Volvimos a encontrarnos varias veces durante mis vacaciones, habitualmente para tomar el té, salvo una ocasión en que nos reunimos para despachar dilatadamente una de las colaciones de ración que hacía en la pequeña pensión cercana a la casa de campo en que residía. La experiencia de conocerla a fondo fue de lo más curioso, en parte por la intensa coloración que le dio el entorno. En el teatro europeo, la guerra se había dado por terminada sin más, y muy pocas personas llegaron a tener una ligera sensación de triunfo. Era como si la guerra hubiese tardado demasiado en morir por causas naturales. La decepción por fuerza tuvo que sentirse de forma particularmente punzante en sitios similares al que visitaba Dorothy periódicamente para pasar una larga temporada, sitios que uno conociera desde antaño. Yo había conocido el pueblo siendo un niño, en esa edad en la que los veranos parecen durar toda una eternidad. Forma parte del paisaje que proporciona el trasfondo idóneo a la sensación que se tiene en lo alto del acantilado de los poemas de adolescencia escritos por John Betjeman. La marea alta de la guerra lo había arrasado, para dejar con la bajamar el consabido residuo de los recintos misteriosamente protegidos por alambres de espino, las casamatas improvisadas y acto seguido destruidas, las piezas desechadas de quién sabe qué ingenios de maquinaria pesada, como las mezcladoras de cemento o las excavadoras. A lo largo y ancho de este rastro de caracol dejado por un clima de militarización, el auténtico espíritu del lugar se manifestaba con obsesiva insistencia, ofreciente un estímulo tras otro para recordar la felicidad vivida en la niñez. No era posible responder a todos aquellos estímulos sin revivir a la vez la insistente idea de que en aquellos años recientes en todo el mundo se había torcido algo de forma irreparable, terrible, hasta el punto de que jamás debiera permitirse que tal cosa aconteciera de nuevo. No era solamente cuestión de que fuesen tantas las cosas que se habían destrozado, estropeado, deteriorado, esta vez mucho más que la anterior, sino que se trataba más bien de la advertencia que ofrece el final, un final concretado en aquellas dos explosiones de impensable capacidad de destrucción, en el sentido de que si se produjese una nueva guerra total, el incremento del número de víctimas y el despilfarro de los artefactos tan laboriosa y costosamente fabricados sería tanto mayor que bien podría suponer el final mismo de la vida y de la creación tal y como hasta entonces las habíamos entendido. Todo esto, por descontado, no es más que una

visión subjetiva de lo que flotaba en el aire durante aquellos tiempos, si bien entiendo que puede decirse, no obstante, con toda justicia, a manera de reflejo del humor prevaleciente en toda la nación, del sentimiento general de toda Europa occidental, en el sentido de que el mundo ya no podía permitirse el lujo de correr los riesgos que entrañaba el consentir que una guerra de tales características se desatase con tal frecuencia, de que tanto los hombres en particular como las naciones en general tendrían que hallar formas más sensatas de convivencia, más que aquellas en las que habíamos ido creciendo, hasta tenerlas por naturales e inevitables.

Las tardes en que fui a tomar el té con Dorothy terminaron por transportarme a otro país mental. La huida de la realidad que le supuso la

muerte de Alan Odie, rumbo al texto de la edición completa que recogía todos los volúmenes de su novela, era de hecho mucho más que un mero duplicado de su huida al corazón de Sussex, escapando de los problemas propios de su vida londinense tal y como era en 1907. Esta vez lo que procuraba era salirse por completo del mundo de las experiencias comunes, para empezar a vivir desde cero dentro de sus propias fantasías.

Dorothy, aunque de esto yo no tuve constancia entonces, estaba atravesando un período de intensísima actividad mental, en el cual sufrió mucho esas confusiones de pensamiento que terminaron por acercarla muchísimo a esa condición en la cual su madre había puesto fin a su propia vida. Se trataba de un preludio a la caída en la demencia senil, quizá no tan distante como pudiera parecer, aunque no fuese nada obvio. Todavía parecía ser la de siempre, una mujer enormemente habladora y con una tremenda confianza en sí misma, y el único indicio que podía dar acerca de que las cosas no iban nada bien radicaba en su acusada tendencia a terminar por hablar única y exclusivamente de sí misma, al margen del tema del que hubiese querido ocuparse. Era evidente que había vivido en su propia carne la experiencia de la guerra; estaba igual de claro que lo había hecho estrictamente a su manera. Su vida había oscilado durante aquellos años entre Ealing, en Londres, y la bahía de Constantine, cuando se marchaba de Londres a Cornualles. Estaba convencida de que el rinconcito de Comualles en el que pasaba largas temporadas había sido el punto de apoyo sobre el cual accionó su palanca el Ejército aliado durante el último año de la contienda en Europa. Había sido exactamente allí, a la puerta de su casa, en los alrededores de Padstow, donde se concentró el Ejército de liberación antes de pasar a la acción. Tuvo una más bien marginal conciencia de que todo lo que estaba ocurriendo por los alrededores había trastocado el discurrir sin sobresaltos de la vida de muchas personas; para referirme con toda claridad qué extraordinarias desviaciones de la normalidad había impuesto la interrupción de la guerra, me contó cómo un buen día, ya. muy cerca del final de la contienda, había entrado con Alan en un café de Padstow y, como no pudieron encontrar mesa libre, tomaron asiento a la mesa de un joven soldado que estaba a solas. Resultó ser, nada menos, ¡el hijo de una pareja a la que Alan y ella habían conocido tiempo atrás, pero de la cual llevaban años sin saber nada! Habían sido legión los sucesos de este estilo mientras el país estuvo en guerra; se trataba siempre de acontecimientos tan improbables que desafiaban toda explicación racional. Se sentía una inclinada a creer que se había dado provisionalmente una retirada de las barreras que separaban lo normal de lo paranormal.

Y todo esto no había concluido con la guerra. Su amigo Mac, el curandero, había logrado algunas de sus curaciones más espectaculares durante los dieciocho meses que precedieron a nuestro encuentro, aun cuando fuese un hombre cansado... amén de que no conseguía olvidar la mirada extrañamente enigmática y suplicatoria que le dedicó Alan antes de salir de la casa en la que vivían cuando decidió dar aquel último paseo. Se había dado la vuelta en el umbral, antes de salir a afrontar la muerte,

para preguntarle, con un tono muy peculiar, si no le parecía que hacía un frío inusitado... Fue como si ya supiese algo... Los científicos, a pesar de todas sus chacharas, a pesar de estar convencidos de tener la respuesta para todo, carecían de la explicación de momentos como aquéllos, en los que todas sus reglas dejaban de tener vigencia.

Mientras Dorothy se dedicó a seguir perorando de esta manera, pasé buena parte de mi tiempo maravillándome ante lo que, dentro de la configuración intelectual de mi padre, hubiese hecho posible que aguantase durante tanto tiempo la condescendencia de Dorothy, mientras que otra parte de sí mismo llegó casi al punto de encariñarse con ella, con su desquiciante instinto para volverlo todo del revés, para tomar el rábano por las hojas. Cuando volví de Cornualles al terminar aquel verano me propuse de todo corazón mantener el trato con ella, pero por desgracia hube de pasar fuera del país varios años seguidos. A mi regreso, lamenté saber que había fallecido durante mi ausencia[246]. Al comienzo de los años cincuenta, su actitud para quienes consideraba seres inferiores se había crecido tanto que resultaba casi insoportable de tolerar, y empezó a la vez a verse metida de lleno en dificultades y escollos prácticos tales que le resultó imposible seguir viviendo enteramente por su cuenta. Sus parientes se habían sentido compelidos a arrancarla de cuajo del rincón de Cornualles al que ella terminó por creerse indisolublemente ligada, con objeto de encontrarle alojamiento en un asilo del sur de Londres, en el cual podrían visitarla con mayor facilidad y mayor frecuencia. Accedió al traslado no sin expresar sus protestas, y sólo sobrevivió tres años más al mismo; durante esta temporada se diría que fue una persona más que nada inaccesible. Sería muy difícil precisar hasta qué punto se había vuelto quisquillosa, demente, ya que quienes tenían por deber cuidar de ella no habían recibido los informes adecuados, de manera que fueron capaces de tomarse sus afirmaciones de que era una novelista como parte de sus múltiples desvarios. Cuando le dio por decir a los responsables de su cuidado que mi padre muy pronto iría a visitarla, comentando en cada ocasión que no iba a dejar de decirle con qué poco respeto la trataban, para que él se encargase de que se le prestase la debida atención a una persona de su categoría, esas amenazas, cómo no, fueron consideradas otra nueva parte de sus desvarios. Pobre viejecilla, se decían unos a otros: cuando atina un poco, sabe tan bien como el que más que Wells lleva ni se sabe cuántos años en la tumba. Cuando falleció Dorothy, en 1957, había vivido una década más que mi padre.

He dedicado todo este espacio a una persona cuyo auténtico papel en la vida de mi padre no pasó de ser el de una correctora de pruebas y de estilo, más que un gran amor, más que una amistad, en parte por pensar que esta relación ilumina un determinado aspecto del carácter de Wells, y en parte también porque el uso que ella hizo de dicha relación como fundamento de una mitología privada proporciona un perfecto ejemplo de lo que suele acontecer a los fabuladores, a esas personas que manipulan

[246] Estoy en deuda con Gloria Fromm por buena parte de la información que sigue. G. F.: Biografía, D. R., op. cit

verdades inadmisibles modificándolas una y otra vez, hasta lavarles la cara tan por completo que logran su transformación en materiales con los que resulta más llevadero convivir. He querido dejar bien claro, al mostrar sin añadidos lo que hizo Dorothy para sustituir su experiencia de cada día por sus ensoñaciones, que lo que he dicho anteriormente de mi madre, esto es, lo que hizo por hábito consumado, no resulta ni tan inusitado ni, habida cuenta de sus circunstancias, tan difícil de entender. Las diferencias esenciales entre estas dos mujeres, evidentemente, son muy marcadas. Pero son sin embargo diferencias de escala, más que de tipo, que se hallan muy a la par de las diferencias que distinguen al solista de salón de la prima donna capaz efectivamente de colmar y dominar los mayores teatros de la ópera con su voz y su presencia. Y así como estos dos ejemplos tienen el canto en común, también Dorothy y mi madre tuvieron en común el impulso irreprimible de mejorar la verdad, de persistir a toda costa en dicha mejora. Ni siquiera por un instante se me ocurriría sugerir que el hecho de que las dos fuesen mujeres tenga alguna relación con todo esto: la transformación de la verdad es también el nombre del juego practicado tanto por Gissing como por Bland en lo que atañe a las imágenes de sí mismos que quisieron dar, y hay una novela de mi padre, *La autocracia del señor Parham*, que constituye una crítica muy directa de sus propias tendencias en este terreno. El único propósito que me lleva a hacer hincapié en la enorme parte que la fabulación ha desempeñado en las vidas y en las obras de estas dos mujeres ha sido la justificación de una de mis opiniones, a saber, que ninguna de las dos deberían ser aceptadas como fuentes de información en lo tocante al carácter o al comportamiento de mi padre, siempre y cuando quede claro que no son fuentes dignas de confianza. En sus pronunciamientos, en sus comentarios, cada una de ellas desvela mucho de sí misma, pero poco más.

Habrá algunos lectores inclinados a despachar esta cautela, tomándola como una simple invitación a alinearse de uno u otro bando en una fea disputa familiar. A pesar del riesgo de dar cierto color a esta visión de las cosas, debo ahora mismo aducir un fragmento de mi historia personal que sólo a primera vista parecerá vino de tercera clase, hecho de uvas despreciables. Al comenzar la primavera de 1928, una mezcla de estrés y de la crisis habitual en la adolescencia hizo presa en mi ánimo y comenzó a agotar mis fuerzas. Cualquier victoriano diría que había iniciado yo el decaimiento, y lo habría aceptado sin más consideraciones como una de esas cosas que suelen pasar cuando los jóvenes «se exceden a pesar de su fortaleza». Sin embargo, en la ilustrada década de los veinte, todo el mundo había comenzado a esperar bastante más de los médicos, de modo que primero un médico y luego otro, y después uno de los más brillantes, uno de los que tenían consulta de renombre en Harley Street, vino a visitarme a mi lecho de convaleciente, en Kensington, con objeto de auscultarme el pecho y la espalda, de tocarme la nuca, detrás de las orejas, darme ánimos con unos instantes de conversación afable y nada profunda, acorde con mi juventud y mi estado de postración, para terminar por retirarse a murmurar la mala noticia con mi madre en la sala de estar del piso bajo. Pues parece tuberculosis, dijeron cada cual a su

manera, por turnos, y por tumos dijeron que habría que esperar hasta tener los resultados de la baciloscopia y las radiografías. A su debido tiempo, hechas las pruebas y reveladas las radiografías, podría emitir su veredicto.

Del significado esencial de este diagnóstico no pudo caber por aquel entonces la más mínima duda: había hecho presa en mí una enfermedad contra la que no se conocía en aquella época ninguna curación eficaz. Pero eso no era lo mismo que decir que me había llegado la hora. Si bien en aquel entonces la tuberculosis era causa de la muerte de millares de personas, también era algo omnipresente, que distaba mucho de ser fatal. Por desproporcionada que pudiera ser la cifra de los muertos por tuberculosis en un año determinado, la cifra de los afectados, marcados y, pese a todo, curados aun con deficiencias, era rnucho mayor. Y las autopsias, que por entonces se practicaban incluso con más frecuencia que hoy en día, ponían de manifiesto que en infinidad de casos, los afectados por el bacilo en una u otra etapa de sus vidas habían sido inconscientes de padecer la enfermedad: en tales casos, la afección potencialmente fatal no había sido seria en exceso. El punto de vista adoptado al respecto por las autoridades no exageraba la gravedad de la dolencia precisamente por estas causas. Sostenían que las infecciones detectadas en una etapa

muy temprana sólo producían una pequeña mancha en un pulmón, sin que esto fuese motivo de alarma. Bastaba con unos meses de reposo, de aire puro, de alimentos sencillos y de calidad, de inactividad absoluta, para que yo en concreto me restableciese. Aún era demasiado pronto para pensar en desplazarme a Suiza; ya llegaría la hora de calibrar esa posibilidad. El lugar idóneo para un caso como el mío era el sanatorio que dirigía el doctor Morris en Kelling, condado de Norfolk. Morris había tenido muchísimos éxitos en el tratamiento de sus pacientes más jóvenes, y lo más probable, se dijo, era que estuviese como nuevo antes de que pasaran seis meses de cura.

Teniendo en cuenta la situación, mi madre se encontró con dos opciones posibles: podía optar por dar las gracias a su buena estrella, porque la cosa no era del todo grave, y por mantener la calma mientras el doctor Morris se ocupaba de mí, pero podía también estrujar el asunto y convertirlo en un drama épico. Mi madre se decantó por la segunda opción. No pasó demasiado hasta que el ambiente que me rodeaba se tornó de un lúgubre terrorífico; a mi padre se le había hecho entender que no quedaba ni la menor esperanza de que me repusiera. El semestre que habían mencionado los médicos se transformó de un día a otro en el plazo que posiblemente me quedaba de vida.

Cuando mi padre se enteró de esta mala noticia le inundó una inmensa simpatía por mi madre y una idéntica preocupación por mí: entendió que era una verdadera lástima que mi trayectoria fuese a tocar a su fin de manera cochina, y pensó que quizá me facilitase las cosas que iba a tener que soportar, habida cuenta de los problemas que me quedaba por experimentar hasta el final, si se me hiciera saber que tenía en cierto

modo una familia, y que esa familia estaba a mi lado. Convencido de que este pensamiento un tanto confuso valía la pena, convencido de que había que formar una piña a mi alrededor, acto seguido hizo que mi hermanastro George Philip, a sus veintisiete años, viniese a velarme en mi lecho de convaleciente. Cuando entraron los dos en mi habitación yo había decidido dármelas de interesante, hacerme el inválido muy en serio, de modo que me quedé muy quieto, muy empequeñecido bajo las mantas, sin moverme apenas, empeñado en disimular en la medida de lo posible el placer que me producía ser el centro de toda la atención, el que se me consintieran todos los caprichos.

Pero mi padre no era únicamente, tal y como Shaw iba a quejarse más adelante, un individuo de un encanto irresistible, sino también un constante inyector de energía. No llevaba más de diez minutos junto a mi cama cuando me hizo incorporar y sentar, para mejor disfrutar de su presencia. Mi hermanastro, que había parecido más bien proclive a la solemnidad por lo que le inspiraba la ocasión, se animó visiblemente. Pasó en un santiamén una media hora, al término de la cual, cuando mi padre me dijo que estaba totalmente semiro de que iba a ponerme bien prácticamente enseguida, sentí que de uno u otro modo él se había hecho cargo de la situación, y que todo efectivamente iba a solucionarse.

No sabría decir hasta qué pundo ha podido agrandarse con el paso de los años el contento que me produjo este primer contacto de hombre a hombre, pero sí recuerdo que desde entonces tuve perfecta conciencia de que mi enfermedad significaba una cosa para mi madre, y otra mucho menos tétrica, mucho menos sobrecogedora, más tramitable, desde el punto de vista de mi padre. Supongo que habría tenido una impresión sumamente diferente acerca de esta convicción de que de mi propio poder dependía el curarme rápidamente, sólo con hacer acopio de valor para proponérmelo, caso de haber sabido cuan equivocado estuvo en este mismo respecto, sobre la enfermedad de Jane, a comienzos del año anterior, pero por entonces no tenía yo ni la menor noticia de ese suceso, de modo que en mi caso su mágica conjura sí que funcionó. Cuando una gran limusina de alquiler, marca Daimler, llegó desde Knightsbridge a la puerta de mi casa una semana más tarde, para llevarme hasta el norte de Norfolk, estaba yo totalmente bajo su hechizo. Al subirme a aquel impresionante automóvil azul marino, ayudado por el chófer de uniforme y adornos de cuero que iba a conducir todo el trayecto, y por mi padre, no tuve ninguna sensación de que estaba a punto de ser transportado a un sitio en el que iba a estar enfermo. Al contrario, estaba convencido de que, al margen de donde estuviese el Sanatorio Kelling, iba allí para curarme. De eso no me cabía

ninguna duda, pues me lo había dicho mi padre.

La tregua entre mis padres, dictada por la aflicción, había empezado a hacer agua antes incluso de que llegara yo a mi destino. Al cabo de pocos días de la sesión que tuvimos en mi dormitorio, mi padre había escrito a mi madre para expresarle su rechazo de la tétrica visión de mi futuro que ella le había propuesto sin vuelta de hoja. Ella le expresó una

acusada objeción contra la reprensión implícita en su nota, y cuando a su enojado rechazo del moderado optimismo por el que había optado mi padre, éste contestó con una refutación en la que no midió sus palabras al apostar claramente por las posibilidades que yo tenía de restablecerme muy pronto, el enojo que sintió ella por lo que le pareció un detalle de insensibilidad —y en cierto modo de egoísmo— al descartar sin más complicaciones la realidad de la situación en que yo me encontraba se tornó ultraje. Dejó que pensara lo que quisiera. El especialista le había dicho a mi madre que yo a lo sumo podía aspirar a vivir un tiempo de prestado, como un inválido. Tendría que marcharme al extranjero, a un lugar cuyo clima favoreciese mi salud. Era algo penoso de contemplar, pero así estaban las cosas, y a él no le quedaría más remedio que acostumbrarse a esa situación. Era imposible ordenar el futuro de manera que encajase con sus planes para un nuevo libro. Él contestó de manera cortante. Había tenido ocasión de verme con detenimiento; yo le había parecido ciertamente fatigado, escaso de peso. Quizá me iba a morir, pero él no lo creía demasiado probable. No estaba dispuesto a que nada le impidiese trabajar por mi pronta recuperación.

Me fue francamente bien gracias a los cuidados del doctor Morris, y cada vez que mi madre se desplazaba desde Londres para verme, haciendo el viaje en uno de aquellos imponentes Daimler de alquiler, con conductor, pasando en el sanatorio el fin de semana, disminuía su convicción de que fuese yo el muchacho moribundo que en principio había pensado. Al término de los tres meses que pasé en Norfolk, a ella le quedó bien claro que se había metido en un callejón sin salida ya desde el principio, mientras que mi padre en todo momento estuvo en lo cierto.

Todo esto a mi madre no le hizo ninguna gracia, y muy poco después de que se hubiese dado cuenta de cómo iba mi recuperación, los hechos concretos de mi situación experimentaron un proceso de transformación que iba a durar varios años. Cuarenta y tres años más tarde, cuando una de las versiones más elaboradas del asunto fue proporcionada a un distinguido académico norteamericano, la historia había cambiado de tal manera que nadie la habría podido reconocer. Había sido mi madre la primera que entendió que mis posibilidades de recuperación eran muy buenas, mientras que mi padre tardó mucho en aceptar su punto de vista. Al mismo tiempo, por equivocados que estuviesen los médicos cuando por error certificaron que mi vida corría grave peligro debido a la tuberculosis, yo sí que había estado en peligro. Mi afección era una entidad clínica sumamente selectiva, de la que antes nadie había oído hablar, «un tipo de neumonía muy poco común que por entonces acabó con la vida de muchos de los que las publicaciones médicas denominaban "niños bien alimentados"».

Creo que este buen ejemplo de la habitual y caprichosa manera de obrar de los fabuladores fue ideado para explicar por qué mi madre, al haber ido proyectivamente más allá de la defectuosa prognosis de los profesionales médicos, seguía sintiéndose aún tan ansiosa respecto de mi situación que le llegó a parecer necesario el mantenerse de guardia a las

puertas del Sanatorio Kelling durante mis primeros tres meses de internamiento. El académico norteamericano al que antes he hecho referencia cree a pies juntillas en esta guardia junto a mi lecho mortuorio, y refiere a los lectores de su pequeña monografía, acerca de la relación existente entre mis padres, no sólo que para ella fue una «negra experiencia», sino que, además, «el único rasgo que la pudo redimir» fue que a ella le aportó el valor necesario para romper definitivamente una aventura con un amante cuya falta de constancia había terminado por ser muy ingrata para ella. Tendría que suponer, por mi parte, que ella lo citó allá en Norfolk para recibir debidamente su reprimenda, en el supuesto de que mis recuerdos de aquellos primeros noventa días en el establecimiento del doctor Morris no estuviesen totalmente claros. Durante esta primera etapa de mi curación, mi madre vino a verme a intervalos de dos o tres semanas. Venía a pasar el fin de semana; salía de Londres el viernes y pasaba tres noches en uno de los lujosos hoteles eduardianos de la costa, como los que aún hay en Cromer y Sheringham, para regresar el lunes por la mañana. Iba y venía siempre en uno de aquellos Daimler mastodónticos, porque el viaje en tren era muy incómodo; se quedaba con el coche y con su chófer durante todo el fin de semana, pues pensaba que los taxis y los autobuses de la zona no eran muy de fiar. A la sazón, no me quejo de que no viniese a visitarme con frecuencia. Todo lo contrario: llevaba los cinco años anteriores escolarizado en diversos internados, y me había acostumbrado a verla muy poco entre los períodos vacacionales. Mientras estuve en el sanatorio del doctor Morris pude verla mucho más que durante el curso, y en ese sentido tuve conciencia de mi suerte. Entre sus visitas, por supuesto, se dedicaba a seguir con su vida profesional y social en Londres. No estuvo, pues, de guardia; sea como fuere, la historia que oyó de mi madre el académico norteamericano concluye como sigue:

> *Por fin, el médico que dirigía el sanatorio, alertado por el hecho de que Anthony, de manera inexplicable, había ganado bastante peso y estaba con más fuerzas, tuvo que reconocer que nunca había padecido una tuberculosis. Rebecca consultó entonces a otro especialista, a la máxima autoridad en la materia, quien tampoco encontró rastro de una tuberculosis superada. A juzgar por la historia clínica, su opinión fue que el muchacho había sido víctima del peculiar tipo de neumonía que ya he mencionado.*

Todo esto resulta tan circunstancial como cabría esperar, a pesar de lo cual todas las radiografías torácicas que se me han realizado desde que el doctor Morris me dio el alta han indicado la inconfundible señal de una lesión tuberculosa en otro tiempo activa. Algunos darán por hecho, como evidentemente hizo mi madre, que una cicatriz en un órgano interno lógicamente se desvanece con el paso del tiempo, hasta desaparecer al cabo de cinco décadas más o menos. Ahora bien, no es éste el caso de los tejidos pulmonares. En el caso de las lesiones tuberculosas, en los límites de la región dañada se acumulan minúsculos depósitos de calcio, con lo que dichos límites se van definiendo con mayor precisión a medida que pasa el tiempo. El acierto del diagnóstico original, en mi caso, es en

consecuencia algo que nunca se ha podido poner en duda: desde que me rozó la afección pulmonar, he convivido con la confirmación de su exactitud estampada en el pulmón.

Soy de la opinión de que cualquier intento por encontrar los motivos de esta fabulación tan singularmente arbitraria ha de comenzar por otro repaso a aquella «negra experiencia». No creo que sea algo que se pueda despachar sin más diciendo que mi madre era una dramatizadora incurable en todo lo tocante a su persona. La idea de una «negra experiencia» tiene que tener un punto de cristalización, por remoto que sea, en alguna realidad experimentada bien distinta de la que se comenta. Está bien claro que lo que se aduce no funcionará en ese papel. Si bien pudo haber sido muy aburrido para mi madre el desplazarse a través de East Anglia hasta Norfolk, el lenguaje que se emplea parece excesivamente fuerte: mantenerse en contacto con un hijo, mientras éste realiza una recuperación inesperadamente rápida a partir de una infección potencialmente muy peligrosa sí puede calibrarse como una de las más negras experiencias que se puedan tener. También resulta difícil entender por qué, toda vez que el resultado fue de lo más feliz, al menos en términos convencionales, sale a la palestra la necesidad de revestirlo de rasgos externos que lo rediman de toda culpa. A mí me parece bien claro que se ha operado una transferencia, y que en realidad se está comentando una experiencia real como si se hablase de otra más difícil de manipular. Entiendo que una de las claves más útiles para descifrar el acertijo es la que ofrece la interpolación gratuita de la información que concierne al rechazo de ese amante «inconstante». Aunque las palabras que se usan se han medido con cautela, a fin de eliminar la posibilidad de que se refieran a mi padre, estoy convencido de que en realidad de eso se trata.

Esta postura aparentemente perversa se basa desde luego en el hecho de que yo enfermase a los seis meses, más o menos, de la muerte de Jane Wells, más o menos en la época en la que mi madre se vio definitivamente forzada a reconocer que el suceso por el que tanto había suplicado desde 1917-1918, esto es, la desaparición de la mujer que ocupaba el centro de la vida de mi padre, una vez se produjo no iba a constituir ninguna diferencia. Así se vio obligada a afrontar el hecho incontestable de que aun cuando ya nada le impidiera hacerlo, mi padre no tenía ni la más remota intención de pedirle que se casara con él. Caso de que alguien fuese a ocupar en su vida la plaza vacante que había dejado Jane a su muerte, había de ser nada menos que Odette Keun. Esta lectura da cuenta, creo yo, de la curiosa evocación de la valentía como producto principal de aquella guardia que nunca tuvo lugar a las puertas del sanatorio. Hace falta valor, desde luego, para reconocer que uno ha dedicado no pocos años, de manera estúpida, a la consecución de un fata morgana, y poner luego en limpio las pérdidas antes de hacer borrón y cuenta nueva.

Todo esto es así, pero no deja de ser bien diferente de la idea de una guardia, de una prolongada espera hasta que ocurra algo muy

desagradable, que sin embargo no ha ocurrido; esta idea tenía que proceder de algún otro sitio. Creo que éste fue más bien un mero error táctico que cometió en la guerra de guerrillas que libraba con mi padre. Cuando me llevó por vez primera al Sanatorio Kelling, para ponerme en manos del doctor Morris, ya había enviado las pruebas corregidas de su libro de ensayos de crítica literaria, titulado The Strange Necessity (*Una extraña necesidad*). Su publicación estaba prevista para mediados de julio. Sabía de sobra que le estaba esperando una riña nada desdeñable con mi padre tan pronto éste leyese el libro, que no en vano contenía una dura parodia de su estilo, rebajándolo a su peor nivel, y que se ofrecía al lector como si fuese una cita tomada directamente de una de sus novelas. La idea de la trifulca que se avecinaba no le abandonó en ninguno de los momentos que duró su pendencia con él por el estado de gravedad en que yo realmente me encontraba, es decir, durante mayo, junio y buena parte de julio. Una extraña necesidad de una de esas apuestas que hay que hacer mediada la vida cuando uno es una figura literaria ajena al medio académico y universitario, si se pretende alcanzar el reconocimiento de crítico en serio. Con ese volumen mi madre quiso convencer a quienes sólo la conocían como periodista literaria y colaboradora del Saturday Evening Post de que llevaba en las venas lo necesario para destacar como crítica. Teniendo en cuenta el año en que estaba, teniendo en cuenta su objetivo, era más o menos inevitable que el grueso de sus ensayos fuesen consideraciones laudatorias de las innovaciones narrativas de Joyce y de Proust. También era inevitable, ya que había sido muy precoz, amén de haber hecho su debut literario como si fuese uno de los genios descubiertos por Ford Madox Ford, aunque en tiempos antediluvianos, lógicamente tenía que empezar por desmentir de manera ritual algunas lealtades pasadas de moda. Para quitarse de encima todo rastro del olor eduardiano, incluyó algunas críticas deprecativas de Shaw, de Galsworthy, de Arnold Bennet y de H. G. Wells. Mientras se dedicó a cubrir esta parte del expediente cometió su error técnico.

Mi madre quiso acabar con mi padre tan rápidamente como pudiera, para que no diese la sensación de que se estaba tomando su obra en serio. Por lo tanto, arremetió directamente contra el defecto vertebral de su ficción, a saber, la pobreza de las escenas en la que sus personajes masculinos y femeninos tenían que desarrollar un creciente interés mutuo en el plano de las emociones. Mi madre quiso ilustrar esta deficiencia con una cita de una de sus novelas, y contó con que encontraría exactamente lo que necesitaba en las páginas de *Amigos apasionados*. Pensó, con conocimiento de causa, que en este aspecto en concreto ésta era la novela más floja de cuantas había escrito y publicado. Pero también había olvidado que era, sin ninguna duda, el escrito más difuso de cuantos ostentaban su nombre. En medio de esa neblina de palabras vagas no pudo, lisa y llanamente, encontrar el intercambio esencial entre hombre y mujer, típico de la prosa wellsiana, que había supuesto que hallaría a la primera de cambio. Sin embargo, tenía verdaderas dotes para la parodia, un ingenio muy avispado, buen oído: para ella fue coser y cantar el inventarse una escena más wellsiana que todo Wells. En menos que canta un gallo se había sacado de la manga una de las escenas de amor más

deplorables que podría haber escrito mi padre, visible sólo a sacudidas, gracias al uso de una estratagema emparentada con la luz de un estroboscopio, ligando una serie de frases ultra-wellsianas por medio de ristras de puntos suspensivos, tal que así:...

Y ahí es donde cometió su error. Enmarcó toda la pieza entre comillas, indicando que se trataba de una cita. De esta manera, un jeu d'esprit crítico y legitimo se había convertido en una prueba toscamente urdida. Por debajo de este manifiesto delito yacía otro introducido de manera subliminal. Mi madre había dado a su personaje femenino, arquetípicamente wellsiano, el nombre de Queenie.

Para entender del todo la fuerza de esta segunda pifia es necesario recordar que las dos partes implicadas en este episodio se habían criado en la sociedad estratificada anterior a 1914, en la que los prejuicios de clase afectaban incluso a los nombres propios. Lo primero que se acordaba entre una doncella recién contratada y la señora de la casa en la que iba a servir, en aquellos tiempos, era por ejemplo cuál de los nombres de doncella permitidos en la casa iba a ser el que se emplease para llamarla —así, quedaba fuera de toda duda el que contestase la doncella cuando se le llamase por alguno de sus nombres de pila, a menos que éste fuese acorde con su posición social—; los menestrales tenían que atender a nombres de menestrales, que los identificaban dentro de la clase de los de abajo. En este terreno, mi padre siempre manifestó tener un oído enfrente del otro, como se suele decir, y sus admiradores más refinados a menudo se quejaban por el defecto, desde luego menor, que lo llevaba a dar a sus personajes femeninos nombres espantosos, buena prueba de ello es la pobre Weena de La máquina del tiempo, aunque saliera favorecida. Este defecto le fue echado en cara con gran frecuencia en los años escandalosos que siguieron a 1909, cuando gente como St. Loe Strachey, los Webb, Colegate o Harley Granville Baker desataron sus jaurías en su persecución. Se dijo por entonces que su utilización de los nombres delataba sin paliativo el que nunca hubiera llegado a ser un gentleman, amén de explicar por qué le resultaba imposible comportarse como tal. Los cambios acaecidos en la sociedad habían empezado a dejar en ridículo esta línea de ataque ya a finales de los años veinte, pero aún llevaba veneno el empleo que le dio mi madre en su parodia. Queenie nunca había sido nombre de doncella en casa de unos señores —tenía una procedencia aún más baja en la escala social—; si acaso, era nombre de una modistilla, de una lavandera, de una camarera de bar o de una fregona de pensiones, siempre y cuando se llevase bien con los propietarios, hombres por supuesto, esto es, nombre de una moza residente en lo más bajo de la sociedad, del estilo de las dos primeras esposas de Gissing. Al utilizarlo, mi madre jugó con fuego quizá sin darse cuenta, dando a entender que la imaginación de mi padre era propia de un cockney barriobajero y chabacano, y que jamás había logrado superar sus propias limitaciones. Tengo la convicción de que mi madre terminó por darse cuenta de que había cometido estas dos pifias en algún momento de clarividencia, sólo que cuando ya era tarde y el volumen estaba en encuadernación, cuando ya era imposible corregir los errores.

Su negra experiencia no fue otra que la de aguardar a que llegara el momento de la inevitable trifulca que terminaría por disipar hasta la última sombra de esperanza de que algo todavía pudiera salvarse del naufragio a que estaba condenada su relación con él.

A su debido tiempo, a mediados de julio, llegó el día de autos. ¿Quién se creía que era, le espetó mi padre, para mostrarse condescendiente con él? No le había impresionado en absoluto el que se las diera de crítica literaria encumbrada. Tampoco creyó que pudiese impresionar a nadie. Tenía un estilo demasiado elaborado, intrincado, alusivo, admirable para demostrar lo lista que era, sin duda, sólo que cuando se aplicaba a lo esencial lo único que conseguía demostrar es que irremediablemente era un peso ligero. Era la historia de *El juez* vuelta a empezar. Había querido que el mundo entero se enterase de que era una segunda Dostoievski cuando escribió esa novela, y no le había salido como quiso. Tendría que ir haciéndose a la ida de reconocer cuál era su lugar dentro del mundo de la literatura. Su nivel era el de una de las estrellas de turno de la cuadra de Ray Long; lo suyo era el relato corto, igual que lo de Willie Maugham. Como mucho, y con no poca inteligencia por su parte, podría llegar a construir una larga y próspera trayectoria basándose en el talento narrativo que Long le había reconocido. Una extraña necesidad era una aberración; lo único que había conseguido demostrar era que ni siquiera había entendido en qué era realmente buena como escritora.

El golpe inicial de mi padre desató un lógico contragolpe, y así comenzó uno de los agotadores ejercicios de exasperación mutua de la pareja. El abismo que los separaba fue ensanchándose a medida que las insultantes cartas que habían pasado a ser su único vínculo fueron de un lado a otro. Mi padre seguía siendo, a pesar de la batalla del Somme y de todas las demás estupideces de la humanidad, el adorador de la Gran Enciclopedia y de todos los enciclopedistas. Estaba, y seguiría estándolo hasta el final, fiel e indisolublemente entregado a los propósitos de la Ilustración. Sostuvo con firmeza la postura de que existía una realidad objetiva acerca de la cual era preciso calibrar una serie de verdades verificables, y que la peor de las traiciones contra la causa de los hombres era fingir que el conocimiento eran meros prejuicios y suposiciones, amén de propagar los errores mediante ese fingimiento. Uno de sus motivos de máxima aversión era Matthew Arnold, cuya concepción de las responsabilidades sociales del individuo sí que admiraba, pero cuyas ideas en general despreciaba y detestaba. La emprendió muy en concreto contra los reiterados esfuerzos de Arnold por lograr que sus coetáneos diesen la espalda a las ciencias, basándose en que Lucrecio y todos los filósofos clásicos ya supieron todo lo que la humanidad necesita saber sobre la naturaleza de las cosas, y que las ciencias únicamente podían ofrecer una mera proliferación innecesaria de hechos. El peor de los crímenes de Arnold, a ojos de mi padre, fue su defensa de la tesis de que la verdad de las cosas tenía que ser algo más grandioso y más noble que cualquier conjunto de cualidades y atributos propios de los objetos materiales y de los fenómenos tangibles. A su juicio, la única investigación que merecería la pena no se hallaba en la exploración de los vastos desiertos de lo

observable y lo calculable, sino en el cultivo de una vida interior. Poco podía interesarle a mi padre la creencia de Arnold en que la verdad consistía en la suma de las intuiciones que hubieran sido dadas a los mejores cuando mirasen el fondo de sus corazones.

Mi madre, en este terreno, era partidaria de las opiniones de Matthew Arnold. Aun cuando sintiera una violenta antipatía por lo que le había llevado a acuñar el sentimental y vulgar eslogan de dulzura y luminosidad, simpatizaba sin ambages con lo que a su juicio había querido decir Arnold de esta manera, a saber, una especie de radiación espiritual generada por la clase cultural e intelectualmente más privilegiada, dentro de una sociedad idealmente estratificada. Había de ser, por descontado, una sociedad en la que los artistas y los poetas fuesen los legisladores de facto, una sociedad en la que la emoción y las intuiciones fuesen los valores decisivos. En los últimos compases de la correspondencia que mantuvieron, mi madre intentó adoptar la actitud de Arnold, a pesar de que mi padre no estaba dispuesto a tragarse nada de lo que éste postulase. Le dijo que para ella no podía ser nada bueno presentarle su filosofía como un complejo de finos sentimientos, propios de un artista dedicado a su arte, ni tampoco resucitar los cuentos del viejo Henry James, de uso personal, acerca de la primacía del arte y de la singular belleza del proceso creativo. El lugar en el que a ella le agradaba reunirse con otros espíritus afines era The Ivy. Y ella sabía tan bien como él que las artes habían hecho acto de presencia preñadas y con sobrado tiempo libre, y que una carrera profesional dedicada a las artes contemplativas y a la vida interior era un rasgo propio de las sociedades que también se enorgullecieran de instituciones como las castas, la esclavitud y las inversiones. Los griegos, con sus minas de plata explotadas gracias a los esclavos, o los indios, con sus parias e intocables para encargarse de los trabajos más sucios, eran idóneos para tal clase de enaltecidos valores espirituales. Mi madre se subió por las paredes cuando se dio cuenta de que él, lisa y llanamente, no contaba con nada de lo que ella pudiera decir acerca de la función sacerdotal del artista en tanto mediador entre el mundo divino de los instintos y los impulsos que se revelan de forma intuitiva y el reino cotidiano de la vulgaridad y la razón. Él parecía hablar muy en serio cuando describía que expresar la verdad era el logro definitivo, el más prometedor de los que puede alcanzar la mente de los hombres; parecía hablar totalmente en serio cuando pasaba, después, a exponer una nueva cultura que habría de fundamentarse en el concepto del método científico. La literatura propia de esta nueva cultura sería exactamente la antítesis de la literatura existente, basada en la fantasía y la verosimilitud, objetiva y exacta en sus manifestaciones, absoluta por su candor e intolerante en lo relativo a los prejuicios y las falsificaciones. A mi madre le asqueó el deliberado filisteísmo de estos planteamientos, y la insinuación de que una de las cosas que había de exigirse al escritor en el futuro sería la honestidad absoluta. Con poca o ninguna sabiduría contraatacó comentando la decisión de mi padre en lo tocante a centrar sus actividades, en el futuro, en la casa que tenía Odette Keun en Provenía, como continuación de su existencia en Easton Glebe. Y esto lo hizo a su manera, advirtiéndole que

las ideas del propio Wells empezaban a resultarle grotescas excentricidades, como si hubiese perdido de vista la realidad de los contactos con sus pares intelectuales. Dicho y hecho todo esto, él seguía siendo una persona de gran consideración; sería una tragedia que corriese a esconderse en un mundo de referencias exclusivamente privadas, en un atrasado remanso de provincias. Mi padre, que había sopesado la cuestión de las comillas de su texto hasta este punto, sin decir ni palabra al respecto, le arrojó a mi madre a la cara, con amargura, sus reflexiones sobre este tema. Odette, le dijo, quizá fuese una salvaje, y cuando se pasaba de vueltas tal vez fuese una parlanchína compulsiva, pero por lo menos era una mujer honesta consigo misma. Jamás se le habría pasado por la cabeza hacer lo que mi madre había hecho con la misma naturalidad del respirar. Mi madre se había sacado de la manga una invención, la había hecho pasar por un escrito de mi padre y la había utilizado como prueba para destruir la reputación de escritor que pudiera tener. Él jamás había sacado en ninguno de sus libros, nunca, a un personaje llamado Queenie. Mi madre volvió a la carga, aunque sin aludir a este asunto. Él no tenía ningún derecho a poner objeciones de ninguna clase contra lo que había hecho ella. Siempre había sido, en lo profesional, su enemigo declarado. Había rebajado los méritos de *El regreso del soldado* y de *El juez*, y esto lo había hecho a espaldas de ella, por no decir que había intentado muchas veces sabotear su carrera al predisponer a los editores y a los directores literarios de las editoriales en su contra. Contra estas acusaciones, él adujo una brevísima respuesta. Sólo con lanzar tales acusaciones, ella sabía tan bien como él mismo que estaba mintiendo por no callar. La correspondencia concluyó bruscamente. A él había terminado por asquearle, así que la dio por terminada.

Mi madre se sintió ultrajada cuando mi padre le volvió la espalda de esta manera. Y él no tuvo constancia de haber cometido una ofensa imperdonable con tal gesto. Muy al contrario, se quedó con la impresión de que había aireado el ambiente hablando oportunamente de la manera más directa que sabía hablar, con llaneza, poniendo fin a una sarta de estupideces. Cuando acudió a Norfolk a visitarme, semanas más tarde, apareció muy animado, alegre, obviamente convencido de que había despejado el nuboso panorama de nuestras relaciones. En aquel momento yo ya me levantaba de la cama, e incluso se me permitía salir del sanatorio por espacio de cuatro horas, siempre que un visitante deseara llevarme a almorzar por los alrededores. Por eso le fue posible llevarme a Wells-next-the-sea[247]," más allá de Blakney Point, en una zona de marismas saladas frente al frío mar del Norte, al laclo de Holkham Park. Era un lugar campestre y entretenido, que él recordaba con afecto de sus tiempos de ciclista empedernido. Después de almorzar frugalmente a la sombra de un parral, en el jardín de una taberna, salimos a pasear por el camino que cruzaba las salinas hasta llegar al puesto del salvavidas. Allí me pidió que le sacase una fotografia con la Kodak de bolsillo que me había enviado por mi cumpleaños, que había sido poco antes, a principio

[247] Literalmente. «Wells junto al mar», lugar así llamado que existe realmente. (N. del Tr.)

de agosto. Posó de pie sobre la rampa de botadura de los barcos, ante el límpido cielo de septiembre, y cuando le dije que ya estaba me comentó: «Ahí lo tienes: una fotografía de Wells junto al mar en Wells junto al mar». En el instante en que lanzó al aire este juego de palabras tan llano, aunque por otra parte tan cariñoso, se convirtió en la extrapolación de uno de sus personajes: el señor Polly, quizá, cuando por fin le fuera dado llegar a ser padre, o un Art Kipps muy seguro de sí mismo, al que se le hubiese concedido el don de vivir en paz consigo mismo y con su buena suerte. Preferiría dejarlo ahí, envuelto por la calidez de esos instantes del recuerdo, de afecto compartido y de buen humor, en los cuales se convertía de forma tan seductora en el padre de mis sueños, pero eso equivaldría a presentar su figura sólo a la luz de las necesidades de un niño solitario y muy necesitado de afecto. Por sí mismo, sin aditivos de ninguna clase, era mucho más que eso. Este individuo afectuoso, generoso, impaciente, pero en general de buen talante, al que conocí ya en mi madurez, en el que detecté una imaginación portentosa, de la cual habían salido todos sus libros, hombre capaz de escrutar hasta el fondo, de forma muy minuciosa, el pasado y el futuro, y que tanto se preocupó por el presente bienestar y por la felicidad futura de la totalidad de la estúpida raza humana, llegó a trascender sus orígenes y a convertirse en un hombre sin duda de enorme estatura.